LAURELL K. HAMILTON




An Anita Blake, Vampire Hunter, Novel

*—No se puede confiar en alguien que se acuesta con monstruos.*

Eso es lo que Anita Blake siempre había creído. Pero ahora estaba compartiendo la cama con el vampiro maestro de la ciudad. Así, que cuando un pirómano va a dedicarse a convertir a los vampiros en víctimas, las criaturas de la noche volvieren a su antiguo enemigo. Por ahora, sólo «El verdugo» podría salvarlos del infierno.






Laurell K. Hamilton

# Burnt Offerings

## Anita Blake, Cazavampiros-7

**ePUB v1.0**
**fenikz** 22.01.13

Título original: *Burnt Offerings*

Traducción «NO OFICIAL».

Editor original: fenikz (v1.0)
ePub base v2.1



# UNO

La mayoría de la gente no mira fijamente las cicatrices. Pero ellos mirarán, desde luego, luego hacen la «diapositiva del ojo». Tú sabes, la mirada rápida, luego dejan caer la mirada fija, entonces solamente tienen que tener aquella segunda mirada. Pero ellos lo hacen rápido. Las heridas no se parecen a la exposición de monstruos del mal, pero ellas son interesantes. El capitán Pete McKinnon, el bombero y el investigador de incendio, sentados cerca de mí, sus manos grandes se abrigaron alrededor de un vaso de té helado que nuestra secretaria, María, había traído para él. Él miraba fijamente mis brazos. No el lugar que la mayor parte de los hombres miraba. Pero no era sexual. Él miraba fijamente las cicatrices y no pareció avergonzado sobre ello.

Mi brazo derecho tenía dos cortadas abiertas hechas por un cuchillo. Una cicatriz era blanca y vieja. La segunda era todavía rosada y nueva. Mi brazo izquierdo era peor. Un montón de tejido de cicatrices blancas

sosegadas en la curva de mi brazo. Yo tendría que levantar pesas por el resto de mi vida o las cicatrices se pondrían rígidas y perdería la movilidad en el brazo, eso entonces había dicho mi fisioterapeuta. Ahora había una marca cruciforme de la quemadura, un poco torcida debido a las marcas desiguales de las garras que una bruja *cambiaformas* me había dado. Había una o dos cicatrices ocultadas debajo de mi blusa, pero el brazo realmente es el peor.

Bert, mi jefe, había solicitado que yo lleve camisas de mangas largas cuando esté en la oficina.

Él dijo que algunos clientes habían expresado reservas sobre mi ah… heridas ocupacionalmente adquiridas. Yo no había usado una blusa de manga corta desde que él hizo la petición. Él había elevado el aire acondicionado un poco, cada día más frío. Esto era tan frío hoy que yo tenía la carne de gallina. Todos los demás traían suéteres para trabajar. Yo compraba camisas mangas cortas para lucir mis cicatrices antiguas.

McKinnon me había sido recomendado por el sargento Rudolph Storr, poli y amigo. Juntos habían jugado al balompié en la universidad, y habían sido amigos desde entonces. Dolph no utilizó la palabra «amigo» ligeramente, así que sabía que eran cercanos.

—¿Qué le pasó a tu brazo? —McKinnon preguntó finalmente.

—Soy una caza vampiros. A veces ellos se vuelven malditos.

Tomé un sorbo del café.

—Malditos —dijo y rió.

Él puso el vaso sobre el escritorio y se quitó la chaqueta. Tenía los hombros anchos y era tan alto como yo. Un poco más bajo que Dolph. Él estaba en sus 40, pero su pelo era totalmente gris un poco blanco en las sienes. Se veía cansado.

Él tenía muchas cicatrices. Tantas cicatrices que parecían que bailaban desde sus manos hasta desaparecer bajo sus mangas. La piel se moteaba rosada, blanca, y una sombra tan extraña como la piel de un animal.

—Eso debe haber dolido —dije.

—No.

Se sentó allí con una mirada firme.

—Ustedes vieron el interior de un hospital, allí hay mucho de esto.

—Sí.

Hice subir la manga a mi brazo izquierdo y mostré el lugar brillante donde una bala me había rozado. Sus ojos se ensancharon un poco.

—¿Ahora que hemos probado que somos las personas más resistentes, puedes cortar la persecución? ¿Por qué están, tú y el Capitán McKinnon aquí?

Él rió y colocó su chaqueta sobre la espalda de su silla. Tomó su té y lo bebió a sorbos.

—Dolph dijo que no te gustaría estar enredada.

—No me gusta ser investigada.

—¿Cómo pasó?

Esto me hizo reír.

—Intuición de mujer. ¿Ahora, qué quiere usted?

—¿Conoces lo que significa el término «incendiario»?

—Un incendiario —dije.

Él me miró con expectación.

—Un pyrokinetic, alguien que puede llamar el fuego psíquicamente.

Él asintió.

—¿Usted alguna vez ha visto un verdadero pyro?

—Yo vi las películas de Ofelia Ryan —dije.

—¿Las viejas en blanco y negro? Él preguntó.

—Sí. Ella está muerta ahora, usted sabe.

—No, yo no sabía.

—Murió quemada en su cama, combustión espontánea. Muchos incendiarios mueren así, parece que cuando son viejos pierden el control de ello. ¿Ha visto alguna vez uno de ellos en persona?

—Nope.

—¿Dónde viste las películas?

—Dos semestres de Estudios Psíquicos. Teníamos muchos psíquicos que se dirigen a nosotros y demuestran sus capacidades, pero pyrokinetics es una capacidad tan rara, no pienso que el profesor podría encontrar uno.

Él asintió y tomó el resto de su té en un trago largo.

—Encontré a Ofelia Ryan una vez antes de que ella muriera. Era una señora agradable.

Él comenzó a girar el vaso lleno de hielo en sus manos grandes. Miró fijamente el vaso mientras hablaba.

—Encontré a otro incendiario. Él era joven, en sus años veinte. Había empezado prendiendo fuego a casas vacías, como mucho pyromaniacs. Entonces incendió edificios con la gente en ellos, pero la gente se escapó. Luego hizo una vivienda, un verdadero «fuego-trampa».

Prendió fuego a cada salida. Mató a más de sesenta personas, sobre todo mujeres y niños.

McKinnon me miró. La mirada en sus ojos era atormentada.

—Esto es todavía el número de muertos más grande que alguna vez he visto en un fuego. Él le hizo a un edificio de oficinas lo mismo, pero omitió un par de salidas. Veintitrés muerto.

—¿Cómo lo atraparon?

—Él comenzó a escribir a los periódicos y la televisión. Quiso el crédito de las muertes.

Prendió fuego a un par de polis antes de que nosotros lo atrapáramos. Llevábamos aquellos trajes grandes de plata, los que llevan en las plataformas petroleras. No podía quemarnos. Lo bajamos a la comisaría, y ese fue el error. Él prendió allí.

—¿Dónde podría haberlo llevado? Pregunté.

Él encogió hombros.

—No sé, a otra parte. Yo llevaba todavía el traje, y lo sostuve. Le dije que íbamos a detenerlo.

Él se rió y se prendió fuego a sí mismo.

McKinnon puso su vaso con cuidado sobre el borde del escritorio.

—Las llamas eran de color azul casi como un fuego de gas, pero más pálidas. No lo quemó, pero de algún modo esto prendió fuego a mi traje. La maldita cosa aguanta como 6,000 grados, y esto comenzó a derretirse. La piel humana se quema en 120 grados, pero de algún modo no me derretí en un charco, solamente el traje. Tuve que quitármelo mientras él se reía. Salió por la puerta y no pensó que alguien sería lo bastante estúpido para agarrarlo.

No dije el obvio. Le dejé hablar.

—Lo encontré en el vestíbulo y lo tiré de golpe en una pared dos o tres veces. La cosa graciosa, es donde mi piel lo tocó, no se quemó. Apareció el fuego, avanzó lentamente sobre un espacio y comenzó sobre mis brazos, por eso mis manos están bien.

Asentí.

—Hay una teoría, la aureola de un pyro impide a ellos quemarse. Cuando usted tocó su piel, estaba muy cerca a su propia aureola, su propia protección, para no quemarse.

Él me miró fijamente.

—Tal vez eso pasó, porque lo lancé con fuerza contra la pared una y

otra vez. Él gritaba, «te quemaré. Te quemaré vivo». Entonces el fuego cambió de azul a amarillo, y él comenzó a quemarse. Lo dejé ir y fui a buscar el extintor de incendios. Nosotros no podíamos apagar el fuego de su cuerpo. Los extintores trabajaron desde el techo, pero el único que podría apagarlo era él. Era como si el fuego avanzaba lentamente por su cuerpo desde dentro. Nosotros humedecimos algunas llamas, pero había más hasta que él pareció una antorcha humana.

La mirada de McKinnon era distante y llenos de horror como si todavía estuviese ocurriendo.

—Él no murió, Srta. Blake, no como él debería. Gritó mucho tiempo y nosotros no podíamos ayudarle. No podía ayudarle.

Su voz se calmó. Solamente se sentó allí a mirar fijamente a nada. Esperé y finalmente dije, con cuidado:

—¿Por qué están ustedes aquí, Capitán?

Él parpadeó y volvió al presente.

—Pienso que tenemos otro incendiario sobre nuestras manos, Srta. Blake. Dolph dijo que si alguien podría ayudarnos a disminuir las muertes, era usted.

—La capacidad psíquica no es técnicamente sobrenatural. Esto es solamente el talento como el lanzamiento de una bola curva.

Él sacudió su cabeza.

—Yo vi ese día como murió en el suelo de la estación, no era humano. No podía haber sido humano. Dolph dice que usted es el experto de monstruos. Ayúdeme a coger este monstruo antes de que él mate.

—¿Él o ella no ha matado aún? ¿Es sólo daño a la propiedad? Pregunté.

Él asintió.

—Yo podría perder mi trabajo por venir a acá. Me habría sorteado esto hasta la línea y obtenido el permiso de la cadena de mando, pero sólo hemos perdido un par de edificios.

Quiero mantenerlo así.

Cogí un profundo aliento y suspiré.

—Estaremos encantados de ayudar, capitán, pero yo honestamente no sé lo que puedo hacer por usted.

Él sacó una gruesa carpeta.

—Aquí está todo lo que tenemos. Míralo esta noche y llámeme.

Tomé la carpeta y lo coloqué en medio de mi escritorio.

—Mi número está en el archivo. Llámame. Tal vez no es un

incendiario. Tal vez es otra cosa. Pero sea lo que sea, Srta. Blake, puede bañarse en llamas y no se quema. Sé qué puede caminar a través de un edificio y arrojar fuego como rociar agua, Srta. Blake, pero las casas incendiadas han aumentado, como si hubiesen estado impregnadas de algo. Al llegar la madera al laboratorio, es limpio. Es como lo que se puede hacer con la fuerza del fuego para hacer las cosas que no se deben hacer.

Él miró a su reloj.

—Yo estoy llegando tarde. Estoy trabajando en conseguir que sea oficial, pero me temo que van a esperar hasta que la gente esté muerta. No quiero esperar.

—Te llamaré esta noche, pero puede ser tarde. ¿Hasta qué hora es demasiado tarde para llamar?

—En cualquier momento, Srta. Blake, en cualquier momento.

Yo asentí. Ofrecí mi mano. Él la tomó. Su agarre es firme, sólido, pero no demasiado. Una gran cantidad de clientes masculinos querían saber sobre las cicatrices, como que quería llorar «tío». Pero McKinnon fue seguro. Tenía sus propias cicatrices.

Yo apenas me había sentado, cuando el teléfono sonó.

—¿Qué pasa, María?

—¡Soy yo! —dijo Larry—. María no cree que tú puedas tener tu mente clara.

Larry Kirkland, verdugo de vampiro en práctica, se suponía que estaba más en la morgue que en juego de vampiros.

—No. ¿Qué sucede?

—Necesito un aventón a casa.

Hubo sólo la más mínima vacilación de su voz.

—¿Qué tienes?

Se rió.

—Yo debería saber ser tímido contigo. Tengo puntos por todos lados. El doc dice que voy a estar bien.

—¿Qué pasó? —le pregunté.

—Ven conmigo y te diré todo.

Entonces el pequeño hijo de… me colgó.

Hay una sola razón para que él no quiera hablar conmigo. Había hecho algo estúpido. Dos cuerpos para estacar. Dos cuerpos que no se habrían elevado por al menos otra noche. ¿En qué podría haberse equivocado? Como dice el viejo refrán, sólo hay un modo de averiguarlo.

María volvió a reorganizar mis cosas. Conseguí mi pistolera de hombro Hi-Power de la Browning del cajón superior del escritorio. Ya que yo había dejado de llevar mi chaqueta en la oficina, había puesto el arma en el cajón, pero fuera de la oficina y siempre de noche iba armada. La mayor parte de las criaturas que me habían hecho cicatrices estaban muertas. La mayoría las había hecho personalmente. Balas de plata son una maravillosa cosa.



# DOS

Larry se sentó con cuidado en el asiento de pasajeros de mi Jeep. Es difícil de sentarse en un coche cuando tu espalda tiene puntadas frescas. Había visto la herida. Esto era un pinchazo agudo y un raspado largo, sangriento. Dos heridas, realmente. Él todavía llevaba la camiseta azul, con la que había comenzado, pero la espalda era sangrienta y desigual. Me impresioné, él había impedido a las enfermeras que la cortaran. Ellos tenían una tendencia a cortar la ropa.

Larry tiró contra el cinturón de seguridad, tratando de encontrar una posición cómoda. Su pelo corto rojo recién había sido cortado, bastante corto que casi no se notan los rizos. Él se graduó con una licenciatura en biología preternaturales este mes de mayo. Pero con las pecas y arrugas de dolor entre sus claros ojos azules, se veía más cerca de dieciséis que a veintiuno.

Yo estaba tan ocupada viéndolo retorcerse, que no había omitido la

desviación a la I-270.

Estábamos pegados en Ballas. Fue justo antes del almuerzo, y el sitio se llena de personas que tratan de empujar la comida en la boca y la prisa de vuelta al trabajo.

—¿Tomaste una píldora para el dolor? —le pregunté.

Trató de sentarse muy quieto, con un brazo forzado en el borde del asiento.

—No.

—¿Por qué no?

—Me deja pasmado. No quiero dormir.

—Un sueño drogado no es la misma cosa que tratar de dormir —le dije.

—No, los sueños son peores —dijo.

—¿Qué sucedió, Larry?

—Estoy sorprendido que hayas esperado tanto tiempo para preguntar.

—Así soy yo, pero no quería preguntar delante del médico. Empieza hacer preguntas, los médicos tienden a vagar fuera y tratar a alguien más. Quería saber lo grave que eran tus puntos.

—Sólo unos pocos puntos —dijo.

—Veinte —le dije.

—Dieciocho —dijo.

—Yo estaba redondeando.

—Confía en mí —dijo—. Tú no tienes que redondear al alza. ¿Por qué esto duele tanto? —preguntó.

Podría haber sido una pregunta retórica, pero le contesté de todos modos.

—Cada vez que mueves un brazo o una pierna usas los músculos de tu espalda. Mover la cabeza y los músculos en tus hombros hace que los músculos de tu espalda se muevan. No aprecias tu espalda hasta que sabes que está allí.

—Excelente —dijo.

—Basta, Larry. Dime que pasó.

Estuvimos parados en una línea larga de tráfico que conduce hasta la luz sobre Olive. Atrapados entre dos pequeños centros comerciales. El de la izquierda había fuentes y VJ's.

Té y Especias donde consigo mi café. A nuestra derecha estaba la calle Records y un bufet chino. Si subieras a Ballas en la hora del almuerzo, tendrás mucho tiempo para estudiar las tiendas que hay a los lados.

Él rió.

—Yo tenía dos cuerpos para estacar. Ambas víctimas de un vampiro que no quisieron elevarse.

—Tenían que morir, lo recuerdo. Tú has estado haciendo la mayor parte los últimos tiempos.

Él asintió, y luego se congeló.

—Incluso si muevo mi cabeza duele.

—Te dolerá más mañana.

—¡Caramba!, gracias, jefe. Necesitaba saber eso.

Yo me encogí de hombros.

—Mentir no lo hará doler menos.

—¿Nunca nadie te ha dicho que tu forma de pensar apesta?

—Mucha gente.

Hizo un pequeño Hmmh.

—Eso creo. De todas maneras, ya había terminado con los cuerpos y embalado todo. Una mujer cambió en otro cuerpo. Dijo que era una vampiresa, sin orden judicial adjunto.

Le eché un vistazo, frunciendo el ceño.

—¿Tú no hiciste un cuerpo sin papeleo?

Él frunció el ceño.

—Por supuesto que no. Les dije, ninguna orden judicial, ningún vampiro muerto. Estacar un vampiro sin una orden judicial es asesinato, y no voy llevar cargas porque alguien atornilló el papeleo. Les dije a ambos que ningunos términos inciertos.

—¿Ellos?

El tráfico empezó a moverse, una poco más cercano a la luz.

—El otro asistente del depósito de cadáveres se había ido. Salieron en busca del papeleo. Me dejaron con el vampiro. Era de día. Él no iba a ninguna parte.

Él intentó mirar lejos y no ver mis ojos, pero lastimó. Terminó mirándome, enojado.

—Salí para un cigarrillo.

Lo miraba y tuve que frenar de golpe cuando el tráfico acaba de parar.

Larry saltó en el cinturón de seguridad. Él gimió, y cuando él termino de retorcerse en el asiento.

—Tú hiciste eso apropósito —dijo.

—No, no, pero tuve que detenerme. ¿Tú dejaste un cuerpo de vampiro

solo? ¿Un vampiro que pudo haber tenido bastantes matanzas para merecer una orden judicial de ejecución, solo en la morgue?

—Era apenas un cigarrillo, Anita. El cuerpo era mentira justo allí en la camilla. No había cruces. No fue encadenado ni fue atado con correa. He hecho ejecuciones. Enyesan a los vampiros con las cadenas y las cruces de plata hasta que es duro encontrar el corazón. Apenas no parecía derecho. Deseé hablar con el examinador médico. Ella tiene que aprobar a todos los vampiros antes de la ejecución. Además de fumar. Calculé que podríamos tener unos momentos juntos en su oficina.

—¿Y? —dije.

—Ella no estaba adentro, y fui de nuevo al depósito de cadáveres. Cuando me conseguí allí, el asistente de la mujer intentaba golpear una estaca a través del pecho de los vampiros.

Éramos afortunados estaba en un punto muerto en el tráfico. Si nos hubiéramos estado moviendo, habría atropellado a alguien. Lo miré fijamente.

—¿Tú dejaste tu kit de vampiro desatendido?

Su mirada era desconcertada y enojada al mismo tiempo.

—Mi kit no incluye las escopetas como lo hace el tuyo, así que calculé, que lo incomodaría.

—Mucha gente robará cosas del bolso sólo para tener recuerdos, Larry.

El tráfico comenzó a moverse y tuve que mirar el camino en vez de su cara.

—Muy bien, muy bien, era incorrecto. Sé que era incorrecto. La así alrededor de la cintura y la quité del vampiro.

Sus ojos resbalaron hacia abajo, no me miró. Ésta era la parte que lo incomodó, o la parte que él pensó me incomodaría.

—Di vuelta para comprobar al vampiro. Para cerciorarse que ella no lo había lastimado.

—Ella hizo su parte —dije.

Avanzamos un poco. Quedamos atrapados entre la reina de la lechería y Kentucky en un lado, y una representación del coche de Infiniti y una gasolinera en el otro. El paisaje no mejoraba.

—Sí, sí. Ella debe haber pensado que estaba bajo control para la cuenta porque ella me dejó y fue de nuevo al vampiro. La desarmé, pero ella todavía intentaba conseguir al vampiro cuando vino el otro asistente. Nos tomó a nosotros dos para fijarla. Ella estaba loca, maniática.

—¿Por qué no le apuntaste con tu arma, Larry?

Su arma estaba en su kit de vampiro porque una pistolera del hombro y su herida trasera no se mezclaron. Pero él iba armado. Lo había llevado al polígono de tiro, y a cazar vampiros hasta que tuviera confianza.

—Si hubiese sacado mi arma, puede ser que le haya disparado.

—¿Cuál es el punto, Larry?

—Ese es exactamente el punto —dijo—. No deseé dispararle.

—Ella habría podido matarte, Larry.

—Lo sé.

Agarré el volante firmemente hasta que mis nudillos quedaron blancos. Dejé salir mi respiración para no gritar.

—Tú no sabes, obviamente, habrías tenido más cuidado.

—Estoy vivo, y ella no está muerta. El vampiro incluso no consiguió un rasguño. Resolví todo.

Me fui de la manzana y comencé a arrastrarme hacia la 270. Necesitamos dirigirnos al norte hacia el St. Charles. Larry tenía un apartamento allá. Estaba a una distancia de veinte minutos. Su apartamento miraba hacia un lago en donde los gansos se juntaban en el invierno.

Richard Zeeman, profesor alto maestro de ciencia, hombre lobo alfa, y en aquel momento, mi novio, le había ayudado a mover el computador. Richard realmente le habían gustado los gansos que se juntaban debajo del balcón.

—Larry, tú vas a tener que conseguir hacer algo sobre tu delicadeza o tú vas a conseguir matarte.

—Yo pienso que la supervivencia es lo correcto, Anita. Nada de lo que tú puedes decir cambiará mi forma de pensar.

—¡Caray!, Larry. No deseo tener que enterrarte.

—¿Qué habrías hecho? ¿Dispararle?

—No la habría sujetado, Larry. Habría podido desarmarla o guardar probablemente su sitio hasta que llegara el otro asistente. No habría tenido que dispararle.

—Dejé salir las cosas de control —dijo.

—Sus prioridades fueron sujetadas. Debiste haber neutralizado la amenaza antes de comprobar la víctima. Vivo, podrías ayudar al vampiro. Muerto, tú eres justo otra víctima.

—Bien, por lo menos tengo una cicatriz que tú no tienes.

Sacudí mi cabeza.

—Tendrás que intentarlo más si deseas una cicatriz que no tengo.

—¿Dejarías a un ser humano empujar una de tus propias estacas en tu espalda?

—Dos seres humanos con mordeduras múltiples, se llamaban los criados humanos, antes de que supiera que significaba el término realmente. Puñalee a uno. La mujer vino por mi espalda.

—El tuyo no era un error —dijo.

Me encogí mis hombros.

—Habría podido dispararles cuando los vi, pero no maté a ningún ser humano asesino.

Aprendí mi lección. Apenas porque no tiene colmillos no significa que no puede matarte.

—¿Tú eras delicada sobre disparar a criados humanos? —preguntó Larry.

Di vuelta sobre la 270.

—Nadie es perfecto. ¿Por qué la mujer tiene a «duro de para matar al vampiro»?

Él hizo muecas.

—Tú vas amar a éste. Ella es un miembro de seres *Humanos Primero*. El vampiro era doctor en el hospital. Se había remetido en un armario de lino. Era donde dormía durante el día, si tenía que permanecer demasiado tiempo en el hospital para conducir a casa. Ella lo puso en una camilla y acaba de rodarlo abajo al depósito de cadáveres.

—Estoy sorprendida que ella no lo sacara a la luz del sol. La luz del sol de la mañana es tan buena como la del medio día.

—El armario de lino que él utilizó estaba en el piso del sótano, en caso de que alguien abriera la puerta en la hora incorrecta. Ninguna ventana. Estaba asustada que alguien la viera antes de que consiguiera llevarlo al elevador y al exterior.

—¿Ella realmente pensó que tú lo estacarías?

—Conjeturo. No sé, Anita. Ella estaba loca, realmente loca. Ella escupió en el vampiro y a nosotros. Dijo toda la putrefacción del infierno. Que teníamos que limpiar el mundo de los monstruos. Los monstruos iban a esclavizarnos.

Larry tembló, entonces frunció el ceño.

—Los seres humanos con pensamientos contra vampiros eran bastante malos, pero este grupo de la astilla, seres *Humanos Primero*, es genuino,

asustadizo.

—HAV intenta trabajar dentro de la ley —dije—. Los seres *Humanos Primero* incluso no fingen cumplirla. Los demandaron, estacaron a ese alcalde vampiro en Michigan.

—¿Demandado? ¿Tú no les crees?

—Pienso que alguien cercano y estimado a su casa lo hizo.

—¿Por qué?

—Los polis me enviaron una descripción y algunas fotos de las precauciones de seguridad que él había tomado. Los seres *Humanos Primero* pueden ser radicales, pero no parecen organizados muy bien todavía. Tú habrías tenido que planear y ser muy afortunado conseguir a ese vampiro durante el día. Él era como todos los viejos, muy serio sobre su seguridad durante el día. Pienso que quienquiera que lo hizo es feliz, dejó a los radicales de la derecha tomar la culpa.

—¿Tú le dijiste a la policía lo que piensas?

—Seguro. Ése es el por qué me buscaron.

—Estoy sorprendido, no hicieron que fueras y lo vieras en persona.

Me encogí los hombros.

—No puedo ir personalmente a cada crimen preternatural. Además, soy un asesor, un civil. Los polis son recelosos sobre la participación de civiles en sus casos, pero más importante, los medios estarían por todas partes. El verdugo lo soluciona con el asesinato del vampiro.

Larry hizo muecas.

—¿Qué es un título suave para ti?

—Desgraciadamente.

—También, pienso que el asesino es un ser humano. Pienso que es justo alguien que estaba cerca de él. Es como cualquier asesinato bien pensado a excepción de la víctima que es un vampiro.

—Solamente tú harías un ordinario sonido del asesinato de un vampiro.

Tuve que sonreír.

—Presumo.

Mi beeper sonó, y salté. Quité la cosa maldita de mi falda y la llevé a donde podría ver el número. Fruncí el ceño.

—¿Es incorrecto? ¿Es la policía?

—No. No reconozco el número.

—No das tu número del beeper a desconocidos.

—Estoy enterada de eso.

—Hey, no seas gruñona.

Suspiré.

—Lo siento.

Larry veía lentamente mi umbral de la agresión. Él, por la repetición escarpada, me enseñaba a ser más agradable. Yo les habría metido su cabeza en una cesta. Pero Larry manejó bien mis botones. Él podría advertirme que no lo hiciera, que sea más agradable y yo lo hubiese aporreado. La base de muchos es una relación acertada. Estábamos solamente a minutos del apartamento de Larry. Lo metería en cama y contestaría a la llamada. Si no era la policía o un zombi, iba a ser molesto. Odié que me llamaran cuando no era nada importante. ¿Para qué son los beepers, correcto? Si no era materia importante iba a llover por todas partes pedazos de cuerpos. Con Larry dormido, podría ser tan repugnante como quise ser. Casi era una relevación.



# TRES

Larry se fue a buen recaudo a la cama con su Demerol, tan profundamente dormido que ni un terremoto lo despertará, hice mi llamada telefónica. Todavía no tengo la menor idea de quién era, me molestó. No fue sólo un inconveniente, fue desconcertante. ¿Quién estaba dando mi número privado y por qué? El teléfono ni siquiera termino de sonar hasta que contestaron. La voz en el otro extremo era masculina, suave, y entró en pánico.

—Hola, hola.

Toda mi irritación desapareció por algo muy cercano al miedo.

—Stephen, ¿qué pasa?

Escuche tragar saliva del otro lado del teléfono.

—Gracias a Dios.

—¿Qué ha pasado?

Aclare mi voz, muy tranquila, porque quería gritarle, sacarle a la fuerza que me diga qué demonios estaba pasando.

—¿Puedes bajar al Hospital Universitario de San Luis?

Eso me llamó la atención.

—¿Qué tan mal herido estás?

—No soy yo.

Mi corazón se deslizó en mi garganta, y mi voz salió exprimida y apretada.

—Jean-Claude.

En el momento en que lo dije, yo sabía que era una tontería. Es poco después del mediodía. Si Jean-Claude había necesitado un médico, habría tenido que acudir a él. Los vampiros no viajan bien en plena luz del día. ¿Por qué estaba tan preocupada por un vampiro? Sucede que yo estaba saliendo con él. Mi familia, católicos devotos, son simplemente encantadores. Dado que todavía estoy un poco avergonzada de ello, es difícil de defender.

—No es Jean-Claude. Es Nathaniel.

—¿Quién?

El aliento de Stephen salió en un suspiro de largo sufrimiento.

—Fue uno de los de Gabriel.

Que era otra manera de decir que era un hombre-leopardo. Gabriel había sido el líder de los leopardos, su alfa, hasta que lo maté. ¿Por qué lo maté? La mayoría de las heridas que me había dado ya han sanado. Fue uno de los beneficios de las marcas de vampiro. No dejó cicatriz tan fácilmente. Pero hubo un rizo de cicatrices en lo alto de mi trasero y espalda baja, débil, casi delicada, pero siempre habría un pequeño recordatorio de Gabriel. Un recordatorio de que su fantasía había sido mi violación, para hacerme gritar su nombre, y luego matarme. Aunque Gabriel lo supo, probablemente no hubiera sido tan exigente en cuanto murió, después o durante, ya sea que hayan trabajado para él. Mientras todavía estaba caliente. La mayoría de licántropos no está en la carroña. Sonaba informal al respecto, incluso en mi propia cabeza. Pero mis dedos rastrearon a lo largo de mi espalda como si pudiese sentir las cicatrices a través de mi falda. Tenía que ser casual. Tenía que ser. O empieza a gritar, y no se detiene.

—El hospital no sabe que Nathaniel es *cambiaformas*, ¿no?

Bajó la voz.

—Ellos lo saben. La curación es demasiado rápido para que no se den cuenta.

—¿Por qué susurras?

—Porque estoy en la sala de espera en un teléfono público.

Se oyó un ruido en el otro extremo como si se hubiera tenido que sacar el receptor lejos de su boca.

—Voy a estar fuera en un minuto —murmuró—. Necesito que vengas, Anita —me habló de nuevo.

—¿Por qué?

—Por favor.

—Eres un hombre lobo, Stephen. ¿Qué estás haciendo de canguro de uno de los gatitos?

—Soy uno de los nombres en su cartera en caso de emergencias. Nathaniel trabaja en Placeres Prohibidos.

—¿Él es un stripper?

Hice una pregunta, porque podría haber sido un camarero, pero no era probable. Jean-Claude es propietario del Placeres Prohibidos, y nunca habría perdido un *cambiaformas* fuera del escenario. Eran demasiado condenadamente exóticos.

—Sí.

—¿Los dos necesitan un paseo?

Era mi día para paseos, supongo.

—Sí y no.

Había algo en su voz que no me gustó. Una inquietud, una tensión. No era de Stephen ser cauteloso. No jugaba. Él apenas hablaba.

—¿Cómo fue herido Nathaniel?

Tal vez si le hiciera mejores preguntas, me gustaría obtener mejores respuestas.

—Un cliente le pegó demasiado duro.

—¿En el club?

—No, Anita, por favor, no hay tiempo. Vamos hacia afuera y asegúrate de que no se vaya a casa con Zane.

—¿Quién diablos es Zane?

—Otra de las personas de Gabriel. Ha sido el proxeneta a cargo desde que Gabriel murió. Pero no protege bien de ellos como Gabriel lo hizo. No es el alfa.

—¿Chulo a cargo? ¿De qué estás hablando?

Stephen levantó la voz y demasiado alegre.

—Hola, Zane. ¿Has visto Nathaniel?

Realmente no pude oír la respuesta, sólo el zumbido de todas las personas en la sala de espera.

—No creo que los médicos quieran que se vaya todavía. Está herido —dijo Stephen.

Zane dio un paso muy cerca del teléfono, muy cerca de Stephen. Una voz baja y gruñendo vino a través del cable.

—Va a ir a casa cuando le diga que vaya a casa.

La voz de Stephen estaba al borde del pánico.

—No creo que los médicos que les vaya a gustar.

—Me importa una mierda. ¿Con quién estás hablando?

Por su voz tenía que haber clavado a Stephen a la pared. Le amenazaba, sin decir nada concreto.

La voz gruñona de repente muy clara. Había cogido el teléfono, de Stephen.

—¿Quién es?

—Anita Blake, y tú debes ser Zane.

Se rió, y me pareció demasiado baja, como si tuviera la garganta dolorida.

—Lupa humana de los lobos. Oh, estoy tan asustado.

Lupa es la palabra utilizada para los hombres-lobo compañero de su líder. Yo era el primer ser humano lupa en la manada. Ni siquiera sabía de su Ulfric. Habíamos roto después de que lo vi comerse a alguien. ¡Hey!, una niña tiene que tener algunas normas.

—Gabriel no tenía miedo de mí tampoco. Mira lo que tengo.

Zane se quedó callado por un puñado de latidos del corazón. Respiraba a través del teléfono como un perro jadeando, pesado, pero no como si lo estuviera haciendo a propósito, más bien no podía evitarlo.

—Nathaniel es mío. Mantente alejada de él.

—Stephen no es uno de los tuyos.

—¿Te pertenece?

Escuché rozar tela. Una sensación de movimiento en el otro extremo del teléfono que no me gustó.

—Él es taaan bonito. ¿Has probado esos labios suaves? ¿Este pelo largo y amarillo en tu almohada?

Yo sabía sin ver que él estaba tocando a Stephen, acariciándolo para que coincida con las palabras.

—No lo toques, Zane.

—Demasiado tarde.

Apreté el teléfono y forzando la voz para que sonara calmada, incluso.

—Stephen está bajo mi protección, Zane. ¿Me entiendes?

—¿Qué harías para mantener al lobo mascota bajo tu seguridad, Anita?

—Tú no quieres presionar ese botón, Zane. De veras que no.

Bajó la voz a un susurro casi doloroso.

—¿Quieres matarme para mantenerlo a salvo?

Por lo general tienes que conocer a alguien por lo menos una vez antes de amenazarlo de muerte, pero yo estaba a punto de hacer una excepción.

—Sí.

Se rió, bajo y nervioso.

—Ya veo por qué le gustabas a Gabriel. Tan dura, tan segura de sí misma. Taaaan peligrosa.

—Hablas como una mala imitación de Gabriel.

Hizo un sonido que sonaba entre un silbido y un bah.

—Stephen no debería haber intervenido.

—Nathaniel es su amigo.

—Yo soy el amigo que necesita.

—Yo no lo creo.

—Estoy tomando a Nathaniel, Anita. Si Stephen intenta detenerme voy a hacerle daño.

—Si le haces daño a Stephen, te mataré.

—Así sea.

Colgó.

Mierda. Corrí para mi jeep. Tenía treinta minutos, veinte si corro mucho. Veinte minutos.

Stephen no era dominante. Él era una víctima. Pero también era leal. Si pensaba que Nathaniel no debería ir con Zane, lo detendría. Él no lucha, pero podría arrojarse en la parte delantera del coche. No tuve ninguna duda en absoluto de que si Zane iba al volante se lanzaría sobre él. En el mejor de los casos. El peor escenario es que Zane tomara tanto a Stephen como a Nathaniel. Si Zane actúa como Gabriel, mientras hablaba, yo prefiero tomar mis posibilidades con el coche.



# CUATRO

Mi segunda sala de emergencia en menos de dos horas. Fue un día muy movido incluso para mí. Una buena noticia fue que ninguna de las lesiones eran mías. Las malas noticias es que eso podría cambiar. Alfa o no, Zane era un *cambiaformas*. Ellos son capaces de derrotar a un elefante. Yo no iba a luchar cuerpo a cuerpo con él. No sólo voy a perder, sino que también me arrancaría el brazo y se lo comería. La mayoría de los licántropos les gusta pasar por humanos. No estaba segura si Zane usaba pequeños detalles. Sin embargo, yo no quería matar a Zane, si no tenía que hacerlo. No era la misericordia. Era la idea de que podía obligarme a hacerlo en público. Yo no quería ir a la cárcel. El hecho de que el castigo que me preocupara más que el crimen dijo algo acerca de mi estado moral. Hay días en que pensaba que me estaba convirtiendo en una sociópata. Hay días en que pensé que ya lo era.

Yo llevaba balas de plata en mi arma en todo momento. La plata trabaja

en los seres humanos, así como en la mayoría de los seres sobrenaturales. ¿Por qué mantener munición normal que sólo daña a los seres humanos y no a criaturas sobrenaturales? Pero hace unos meses me encontré con un fairie malvado que casi me mató. La plata no daña a las hadas, pero la ventaja normal lo hizo. Así que me había llevado a mantener un cartucho de repuesto de balas comunes en la guantera. Me quito las dos primeras rondas de mi clip de plata y los reemplazo con plomo. Lo que significaba que tenía dos balas para desalentar a Zane, antes de matarlo. Porque, no nos equivoquemos, si es que seguían llegando después de que vaciara dos rondas de seguridad Glazer, que duele muchísimo, incluso si se pudiera reparar el daño, la primera bala de plata no iba a ser destinado para herirlo.

No fue hasta que iba por la puerta me di cuenta que yo no sabía el apellido de Nathaniel. El nombre de Stephen no iba a ayudarme. La sala de espera estaba abarrotada. Las mujeres con bebés que lloran, los niños corriendo a través de los pasillos que pertenecen a nadie, un hombre con un trapo con sangre alrededor de su mano, las personas sin lesiones visibles mirando en el espacio. Vi a Stephen.

Gritos, el sonido de cristales rotos, el metal sonaban en el suelo. Una enfermera salió corriendo del pasillo.

—¡Ponerse a seguro, ahora!

Una enfermera detrás del mostrador de admisión empezó a presionar botones en el teléfono.

Digan que es una corazonada, pero yo estaba apostando que sabía dónde estaban, Stephen y Zane. Le enseñé mi identificación a la enfermera.

—Estoy con el Equipo Regional de Investigación Preternatural. ¿Puedo ayudarle?

La enfermera me agarró del brazo.

—¿Eres un policía?

—Estoy con la policía, sí.

Previsión en su mejor momento. Como un civil adjunto a un escuadrón de la policía aprendí a hacer eso.

—Gracias a Dios.

Ella empezó a llevarme hacia el ruido. Con mi brazo libre saqué mi arma. Apuntando al techo, lista para salir. Con munición normal, no hay que llevar un arma a la ligera, no con un hospital lleno de pacientes. La zona de atrás era como todas las áreas de emergencia llena de cortinas colgadas metal, hechas para hacer montones y montones de pequeñas

habitaciones individuales. Un puñado de cortinas estaban cerradas, pero los pacientes estaban sentados, mirando a través de las cortinas, viendo el espectáculo. Una pared de la habitación dividía por la mitad el corredor, así que no había mucho que ver.

Un hombre vestido de bata quirúrgica verde salió volando por el aire atravesando esa pared. Se estampó contra la pared opuesta, se deslizó, y se quedó muy quieto. La enfermera corrió hacia él, y me dejó allí. ¿Qué había más allá, que lanzó a los médicos como si fueran juguetes?, no era un trabajo para un médico. Era un trabajo para mí. Un hombre y una mujer con batas quirúrgicas yacían en el piso. La mujer estaba despierta, con los ojos muy abiertos.

Su muñeca estaba en un ángulo de 45 grados, rota. Vio mi ID colgada en mi chaqueta.

—Es un cambio de marchas. Ten cuidado.

—Yo sé lo que es.

Bajé la pistola muy lentamente. Sus ojos se estremecieron, y no era de dolor.

—No dispare, es el centro de trauma.

—Trataré de no disparar.

Y pasé junto a ella.

Zane salió al pasillo. Yo nunca había visto Zane antes, pero ¿qué otra cosa podría ser? Llevaba a alguien en sus brazos. Pensé en un primer momento, que era una mujer, por el pelo marrón largo y brillante, la espalda descubierta y los hombros eran demasiado musculosos, muy masculino. Tenía que ser Nathaniel. Encaja fácilmente en los brazos más largos del hombre. Zane de aproximadamente dos metros, alto y delgado. Sólo llevaba un chaleco de cuero negro en su cuerpo delgado, la parte superior era pálida. Su pelo era de algodón blanco, cortado en los lados, con la parte superior en puntas. Abrió la boca y me gruñó. Tenía los colmillos, superiores e inferiores, como un gran gato. Dulce Jesús.

Apunté el arma hacia él y dejé salir el aire de mi pecho, me quedé quieta y en silencio. Yo le estaba apuntando en el hombro por encima de Nathaniel. A esta distancia no podía fallar.

—Sólo te lo digo una vez, Zane. Suéltalo.

—¡Es mío, mío!

Empezó a caminar por el pasillo, y le disparé.

La bala le dio en la mitad, y le hizo tambalear las rodillas. El hombro

que le había golpeado perdió fuerza, y Nathaniel se deslizó de sus brazos. Zane se puso de pie con el hombre más pequeño bajo el brazo como una muñeca. La carne de su hombro ya tenía un punto, la reconstrucción de sí mismo fue como una imagen rápida de una flor en florecimiento. Zane podría haber intentado correr hacia mí, a usar su velocidad, pero no lo hizo. Llegaba caminando hacia mí, como si no creía que le disparé. Él debería haberlo creído. La segunda bala de plomo le hizo un hueco en el pecho. La sangre explotó fuera de su piel pálida. Cayó sobre su espalda, inclinando la columna vertebral, luchando por respirar con un agujero del tamaño de un puño en el pecho. Me fui hacia él, con paso rápido. Caminé a su alrededor, fuera del alcance de su mano, y me acerqué un poco a él. El hombro al que dio la bala aún estaba flojo, el otro brazo atrapado bajo el cuerpo de Nathaniel. Zane sin aliento me miró con sus ojos marrones como platos.

—Plata, Zane, el resto de las balas son de plata. Voy a darte un disparo en la cabeza y volar tus sesos por todo este piso bonito y limpio.

—No —logró decir finalmente con voz entrecortada.

La boca llena de sangre, sangre que se derramó por la barbilla. Apunté con la pistola en la cara, sobre el nivel de las cejas. Si aprieto el gatillo, se iba. Miré a este hombre que nunca había conocido antes. Parecía joven, cerca de treinta años. Un gran vacío me llenó. Era como estar en medio del silencio. No sentí nada. Yo no quería matarlo, pero no me importa si lo hacía. No me importa. Dejé las lágrimas llenar mis ojos. No me importaba un carajo de una forma u otra. Lo dejé de ver, porque era un *cambiaformas*, y él entiende lo que le mostraba.

La mayoría de la gente no. La mayoría de la gente sana de todas formas. Le dije:

—Tú vas a dejar a Nathaniel. Cuando llegue la policía, vas a hacer todo lo que te diga. Argumentos, no pelearás, o te mataré. ¿Me entiendes, Zane?

—Sí.

Y más sangre corría por su boca. Comenzó a llorar. Su rostro ensangrentado se empezó a limpiar por sus lágrimas. ¿Llorando? Los malos no deben llorar.

—Estoy tan contento de que hayas venido. Traté de tomar el cuidado de ellos, pero no pude. Traté de ser Gabriel, pero no podía ser él.

Su hombro había sanado lo suficiente que se cubrió los ojos con la mano, así que no podía verlo llorar, pero su voz estaba llena de lágrimas, así como la sangre.

—Estoy tan contento de que hayas venido a nosotros, Anita. Estoy tan contento de saber que no estamos solos.

Yo no sabía qué decir. Negar que fuera a ser su líder parecía una mala idea con la basura de la zona. Si me negaba a su oferta, podría obtener más enemigos y yo tendría que matarlos. Me di cuenta de repente con algo como una sacudida física que yo no quería matarlo. ¿Era el llanto? Quizás. Pero fue más que eso. Fue el hecho de que yo había matado a su alfa, su protector, y nunca se da una idea de lo que podría hacer para el resto de los hombres-leopardo.

Nunca se me había ocurrido que no había ningún segundo en el mando, nadie para ocupar el lugar de Gabriel. Ciertamente, no podría ser su alfa. No soy tierna una vez al mes. Pero si mantendría a Zane sin desgarrar más médicos, podría jugar a lo largo de un tiempo.

Llegaron los policías, fue curado Zane. Se había enroscado alrededor del cuerpo inconsciente de Nathaniel como si fuera un oso de peluche, seguía llorando. Él acarició el cabello de Nathaniel y murmuró una y otra vez:

—Ella nos mantiene a salvo. Ella nos mantiene a salvo. Ella nos mantiene a salvo.

Creo que «ella» era yo, y yo estaba en camino de perder mi cabeza.



# CINCO

Stephen estaba en la estrecha cama del hospital. Su pelo rubio rizado era más largo que el mío, barriendo a través de la almohadilla blanca. Las cicatrices rojas y rosadas entrecruzaron su cara delicada. Parecía que había sido empujado a través de una ventana, que es exactamente lo que había sucedido. Stephen, que no me pasa por veinte libras, había estado en su tierra. Zane finalmente lo había empujado a través de una ventana de seguridad de alambre. Como alguien que empuja a través de un rallador de queso. Si hubiera sido un ser humano, estaría muerto. Incluso Stephen fue herido, herido de gravedad. Pero él se cura rápido. Yo no podía ver literalmente el desvanecimiento de las cicatrices. Fue como tratar de ver una flor en florecimiento. Tú sabrías que sucedió, pero nunca conseguiste verlo. Si mirabas otra vez ya no verías cicatrices. Es desconcertante como el infierno.

Nathaniel estaba en la otra cama. Su pelo era más largo que el de

Stephen. Hasta la cintura, me aposté. Difícil de juzgar porque sólo lo había visto inclinado. Era más oscuro que caoba, casi marrón. Fue un rico caoba. El cabello estaba en las sábanas blancas como la piel de un animal, grueso y brillante.

Era bastante guapo, y no podría haber sido más de cinco pies y seis pulgadas. El pelo contribuía a la ilusión de la feminidad. Sin embargo, los hombros son desproporcionadamente grandes, en parte por levantamiento de pesas, pero la genética también aporta. Tenía los hombros muy bien, pero pertenecían a alguien cerca de la mitad de un pie más alto. Tenía que tener dieciocho años para ser stripper de Placeres Prohibidos. Su rostro era delgado, la mandíbula demasiado suave. Podría tener unos dieciocho años, pero no era mucho más. Tal vez por el tamaño de sus hombros.

Estábamos en una habitación semiprivada en la sala de aislamiento. La planta que la mayoría de los hospitales utilizaba para mantener licántropos, vampiros, y otros ciudadanos sobrenaturales. Cualquier cosa que hubiera pensado que fuese peligroso. Zane hubiera sido peligroso. Pero los policías le habían transportado lejos, sus heridas casi curadas. Su carne había empujado mis balas en el suelo como pedacitos de rechazo de órganos. No pensé que necesitábamos la sala de aislamiento para Stephen y Nathaniel. Podría estar equivocada sobre Nathaniel, pero yo no lo creo. Yo confió en el juicio de Stephen. Nathaniel no había recuperado la conciencia. Había preguntado por sus lesiones, y me dijeron, debido a que todavía pensaban que yo era un policía, y que les había salvado el culo. La gratitud es una cosa maravillosa. Alguien quería a Nathaniel destripado. No me refiero sólo a que hay que abrirlos el estómago con un cuchillo. Me refiero a abrirlo y dejar que sus intestinos caigan al suelo, se encontraron fragmentos de escombros en sus intestinos. Había signos de traumatismos graves en otras partes del cuerpo. Había sido abusado sexualmente. Y sí, una prostituta puede ser violada. Todo lo que se necesita es decir que no. Nadie, ni siquiera un licántropo, estaría de acuerdo en ser violado, mientras que su interior se derrame en el suelo.

Podrían haberlo violado primero, y luego trataron de matarlo. Fue un toque menos enfermo hecho en ese orden. Un toque. Había marcas en las muñecas y los tobillos como si hubiera sido encadenado. Las marcas se mezclaban con sangre como si hubiera luchado, y no eran de curación. Lo que significaba que habían utilizado las cadenas con un alto contenido en plata lo que haría daño y no sólo lo esperaba. El que lo había hecho sabía

de antemano que podría conseguir un licántropo. Ellos estaban preparados. Lo que planteó algunas preguntas muy interesantes.

Stephen dijo que Gabriel había sido el proxeneta de los hombres-leopardo. Entendí por qué la gente quiere algo tan exótico como un hombre-leopardo. Yo sabía que existía el sadomasoquismo. Un *cambiaformas* podría tomar un infierno de daño. Así que la combinación incluso, tuvo un cierto sentido. Pero esto fue más allá de los juegos sexuales.

Yo nunca había oído hablar de algo que fuera brutal, de un caso de asesino en serie. Yo no podía dejarlos solos, sin protección. Incluso sin la amenaza de los asesinos sexuales, todavía existía la de los hombres-leopardo. Zane hubiera gritado y besado los pies, pero hubo otros. Si no tenían estructura de la manada, sin alfa, ellos no tenían a nadie para decidir dejar a Nathaniel solo. Sin un líder que podría ser un asunto de tener que retroceder o matar a cada uno de ellos individualmente. No es un pensamiento agradable. Los leopardos sangre pura no se preocupan quien está a cargo. Ellos no tienen las estructuras de carga, pero los *cambiaformas* no son animales, son personas. Lo que significaba que no importa cuán solitaria y sencilla sea la forma de animales, la mitad de la gente encontrará una forma de enredar las cosas. Si Gabriel había recogido a su pueblo, no podía confiar en que no iban a venir y tratar de llevarse a Nathaniel de nuevo. Gabriel había sido un gatito enfermo, y Zane no me había impresionado mucho. ¿Quién va a pedir refuerzos? La manada local, por supuesto. Stephen era un miembro de su manada. Se le debía protección. Hubo un golpe en la puerta. Tomé la Browning y la mantuve en mi regazo debajo de la revista que había estado leyendo. Me las arreglé para encontrar una copia antigua de Nacional de Vida Silvestre, con un artículo sobre los osos Kodiak. La revista escondió el arma muy bien.

—¿Quién es?

—Es Irving.

—Adelante.

Saqué la pistola, por si acaso alguien intentaba empujar detrás de él. Irving Griswold era un hombre lobo y un periodista. Para un reportero era un buen tipo, pero no era tan cuidadoso como yo. Cuando vi que estaba solo, puse la pistola hacia arriba. Irving abrió la puerta, sonriendo. Su cabello castaño rizado rodeaba su cabeza como un halo de color marrón con la calva brillante en el centro. Gafas encaramadas en una nariz

pequeña. Era bajito y daba la impresión de ser todo musculo. Parecía otra cosa menos un lobo feroz. Ni siquiera se parece mucho a un reportero, que fue una de las cosas que hizo de él un gran entrevistador, pero es probable que siempre le impidiera estar en frente de la cámara. Trabaja para el St. Louis Post-Dispatch, y me entrevistó muchas veces. Cerró la puerta detrás de él.

Puse la pistola. Sus ojos se agrandaron. Habló bajo, pero no en un susurro.

—¿Cómo está Stephen?

—¿Cómo llegaste aquí? No se supone que hay un policía en la puerta.

—Caramba, Blake, me alegro de verte.

—No te metas conmigo, Irving. Se supone que hay un guardia ahí.

—Está hablando con una enfermera muy bonita en el escritorio.

—¡Caray!

Yo no era un policía de verdad, así que no podía andar gritándole a ellos, pero era tentador.

Había una ley que flota alrededor de Washington que podrían dar a cazadores de vampiros placas federales pronto. A veces pienso que es una mala idea. A veces, no.

—Háblame rápido, antes de que me echen. ¿Cómo está Stephen?

—¿No te importa Nathaniel?

Se le veía incómodo.

—Tú sabes que Sylvie es el líder del grupo, mientras que Richard está fuera de la ciudad trabajando en su grado de maestría, ¿no?

Suspiré.

—No, yo no lo sabía.

—Sé que no estás hablando con Richard desde que se separaron, pero me gustaría que alguien te lo hubiese mencionado.

—Todos los otros lobos se arrastran a mí alrededor como si estuviera muerta. No me hablan de Richard, Irving. Pensé que se había prohibido a hablar conmigo.

—No que yo sepa.

—Me sorprende que tú no vinieras aquí a pedirme la historia.

—No puedo pedirte la historia, Anita. Estamos demasiado cerca de casa.

—¿Por qué tú conoces a Stephen?

—Porque todos los involucrados son *cambiaformas* y yo sólo soy un

reportero de modales suaves.

—¿De verdad crees que perderías tu trabajo si se enteran?

—Empleo, al infierno. ¿Qué diría mi madre?

Me sonrió.

—Así no se puede jugar al guardaespaldas.

Él frunció el ceño.

—Tú sabes, yo no había pensado en eso. Cuando uno de los nuestros es herido en público no se puede ocultar, Raina siempre solía ir al rescate. Con sus muertes, no creo que tengamos ningún alfa que no esconden lo que son. Nadie que me haya confiado a la guardia de Stephen, de todos modos…

Raina había sido la antigua lupa de la manada de lobos antes de que tomara el trabajo.

Técnicamente, la antigua lupa no tiene que morir, a diferencia del Ulfric, o el Rey Lobo. Pero Raina había sido compañera de juegos de Gabriel. Habían compartido algunos pasatiempos, como la realización de películas pornográficas protagonizada por *cambiaformas* y seres humanos. Ella había estado ayudando en la película, mientras que Gabriel trató de violarme.

Oh, sí, Raina se había convertido en un verdadero placer para perforar su boleto.

—Esta es la segunda vez que hemos ignorado a Nathaniel —dije—. ¿Qué pasa, Irving?

—Te dije que Sylvie se encarga hasta que Richard vuelve de la ciudad.

—¿Y?

—Ella prohibió a cualquiera de nosotros ayudar a los hombres-leopardo, de ninguna manera.

—¿Por qué?

—Raina usó demasiado a los hombres-leopardo en sus películas porno, junto con los lobos.

—He visto una de las películas. Yo no estaba impresionada. Horrorizada, pero no me impresionó.

Irving parecía muy preocupado.

—Ella también dejó a Gabriel y a los gatos castigar a los miembros de la manada.

—¿Castigo?

Irving asintió.

—Sylvie fue castigada más de una vez. Ella los odia a todos, Anita. Si Richard no lo hubiera prohibido, habría utilizado a la manada para la caza de leopardos y matar a todos.

—He visto la idea de Gabriel y Raina de diversión y juegos. Creo que estoy en el lado de Sylvie por una vez.

—Tú limpiaste la casa para nosotros, tú y Richard. Richard mató a Marcus y ahora es Ulfric, jefe de la manada. Has matado a Raina para nosotros, y ahora tú eres nuestra lupa.

—Yo le disparé, Irving. Según el paquete de la ley, por lo que me dicen, usando una pistola niega el desafío. Hice trampa.

—Tú no eres lupa porque mataste a Raina. Eres lupa porque Richard te eligió a ti como su compañera.

Sacudí la cabeza.

—No estamos saliendo más, Irving.

—Sin embargo, Richard no ha elegido a una nueva lupa, Anita. Hasta que lo haga, el trabajo es tuyo.

Richard era alto, moreno, guapo, honesto, sincero, valiente. Él era perfecto, excepto por ser un hombre lobo. Incluso había sido perdonable, o eso creía yo. Hasta que lo vi en acción. Vi toda la enchilada. La carne cruda como se retuerce, la salsa, un poco de sangre. Ahora estaba saliendo sólo con Jean-Claude. No estaba segura de cuánto es una mejora de salir con el vampiro jefe de la ciudad o era más fácil salir con el hombre lobo alfa, pero había hecho mi elección. Fue Jean-Claude, pálido, las manos pálidas que celebró mi cuerpo. Su pelo negro y rizado sobre mi almohada. Sus ojos azul medianoche que siempre veía mientras hacíamos el amor.

Las niñas buenas no tienen relaciones sexuales antes del matrimonio, especialmente con los no-muertos. No pensé que las chicas buenas se arrepintieran de un ex-novio, cuando se había elegido un novio B. Tal vez me había equivocado. Richard y yo nos evitábamos cuando podíamos. Que había sido la mayoría de las últimas seis semanas. Ahora él estaba fuera de la ciudad. Fácil de evitarnos el uno al otro.

—No voy a pregunta que estás pensando —dijo Irving—. Creo que lo sé.

—No seas tan inteligente —le dije.

Levantó las manos.

—Riesgo laboral.

Eso me hizo reír.

—Así que Sylvie prohibió ayudar a los leopardos. ¿Dónde nos deja Stephen?

—Él iba en contra de sus órdenes directas, Anita. Para alguien de bajo rango en la estructura de la manada, como Stephen, que tuvo agallas. Pero Sylvie no se impresionará. Ella lo rasgará, y no permitirá a nadie venir y cuidar ellos. Yo la conozco muy bien.

—No puedo hacer esto veinticuatro horas al día, Irving.

—Tal vez, pero en realidad Jamil parece apoyar a Richard. Creo que realmente lo sorprendió cuando él no murió instantáneamente. Richard se ha ganado su lealtad.

—Yo no sabía si Jamil tenía algún tipo de lealtad —le dije.

—Ninguno de nosotros lo hizo. Sylvie ha luchado y ganado el lugar de Geri, segundo en el mando.

—¿Ella mata por eso?

—Sorprendentemente, no.

—Aceptable, así que Sylvie está rompiendo la manada. Ella es el segundo en el mando. ¿Y qué?

—Creo que ella quiere ser Ulfric, Anita. Creo que quiere el trabajo de Richard.

Me quedé mirándolo.

—Sólo hay una manera de ser Ulfric, Irving.

—Matar al viejo rey —dijo Irving—. Sí, creo que Sylvie lo sabe.

—Yo no la he visto luchar, pero he visto pelear a Richard. Se compensa por sus cien libras, cien kilos de músculo, y es bueno. Ella no puede ganarle en una lucha justa, ¿verdad?

—Sólo si Richard está herido, Anita. Tiene el corazón roto. Creo que sí lo desafía y realmente quiere, ella va a ganar.

—¿Qué me estás diciendo? ¿Está deprimido?

—Es más que eso. Ya sabes lo mucho que odia ser uno de los monstruos. Nunca había matado a nadie hasta Marcus. Él no puede perdonarse a sí mismo.

—¿Cómo sabes todo esto?

—Escucho. Los reporteros somos buenos oyentes.

Nos miramos.

—Dime el resto.

Irving miró hacia abajo y hacia arriba.

—Él no habla conmigo. Lo único que dijo fue que aún no podía aceptar

lo que era. Incluso tú, el verdugo, te horrorizaste.

Era mi turno para mirar hacia abajo.

—Yo no quería.

—No podemos cambiar cómo nos sentimos.

Me miró a los ojos.

—Lo haría si pudiera.

—Yo te creo.

—No quiero a Richard muerto.

—Ninguno de nosotros lo quiere. Tengo miedo de lo que Sylvie haría sin nadie que la detenga.

Hizo un gesto a la otra cama.

—La primera orden sería cazar a todos los hombres-leopardo. Haríamos masacre con ellos.

Tomé una respiración profunda y la dejé salir.

—No puedo cambiar lo que siento por lo que vi, Irving. Vi a Richard comerse a Marcus. —Me paseaba por la sala pequeña, sacudiendo la cabeza—. ¿Qué puedo hacer para ayudar?

—Llama a la manada y haz la demanda como lupa. Haz que algunos de ellos vengan aquí y hagan guardia, contra las órdenes expresas de Sylvie. Pero hay que darles tu protección. Tienes que prometerles que no les hará daño, porque lo hará ver como que ella no puede.

—Si hago eso y Sylvie no le gusta, voy a tener que matarla. Es como si yo fuera su entorno para ser asesinados. Eso es un poco premeditado, incluso para mí.

Sacudió la cabeza.

—Yo te estoy pidiendo que seas nuestra lupa. Para ser lupa de Richard. Para demostrar a Sylvie que si sigue presionando, Richard no puede matarla, pero tú lo harás.

Suspiré.

—Mierda.

—Lo siento, Anita. Yo no habría dicho nada, pero…

—Yo necesitaba saber.

Lo abracé, y se puso rígido por la sorpresa, entonces me abrazó de nuevo.

—¿Qué fue eso?

—Porque lo que me dices. Sé que a Richard no le va a gustar.

La sonrisa desapareció de su rostro.

—Richard ha castigado a dos miembros de la manada desde que asumió. Ellos desafiaron su autoridad, en buena hora, y casi mató a ambos.

—¿Qué?

—Él los desgarró, Anita. Era como otra persona, otra cosa.

—Richard no hace las cosas así.

—Lo hace ahora, no todo el tiempo. La mayoría de las veces está bien, pero luego me regaña y entra en cólera. No quiero estar cerca de él cuando explote.

—¿Qué tan grave que es?

—Él tiene que aceptar lo que es, Anita. Él tiene que abrazar a su bestia, o se va a volver loco.

Sacudí la cabeza.

—No puedo ayudarle a amar a su bestia, Irving. No puedo aceptarla tampoco.

Irving se encogió de hombros.

—No es tan malo ser tierno, Anita. Hay cosas peores… Como ser el muerto que camina.

Yo le frunció el ceño.

—¡Fuera, Irving, y gracias por decírmelo!

—Espero que tú todavía estés agradecida en una semana.

—Yo también.

Irving me dio algunos números de teléfono y se fue. No quiero que nadie se quede mucho tiempo. La gente podría sospechar de él de ser más que un reportero. Nadie parecía preocuparse por mi reputación. Levanto zombis, mato vampiros, y estaba saliendo con el Maestro de la ciudad. Si la gente comenzó a sospechar de mí de ser un *cambiaformas*, ¿Cuál sería la diferencia del infierno?

Tres nombres de los miembros de la manada que Irving pensaba que eran lo suficientemente fuertes como para jugar de guardaespaldas y lo suficientemente débil para ser intimidados.

Yo no quería hacer esto. La manada se basa en la obediencia, el castigo y la recompensa, sobre todo el castigo. Si los miembros de la manada que llamé me niegan, tenía que castigarlos, o yo no era lupa, no soy lo suficientemente fuerte para hacer volver a Richard.

Por supuesto, probablemente no estaría agradecido. Parecía que me odian ahora. Yo no los culpo.

Odio interferir.

Pero no fue sólo Richard. Era Stephen. Me había salvado la vida una vez y aún no había devuelto el favor. También fue una de esas personas que fue víctima de todo el mundo, hasta hoy. Sí, Zane casi lo mata, pero no era el punto. Se había puesto la amistad por encima de la lealtad. Lo que significaba que podría retirar la protección de la manada de Sylvie de él. Él sería como el hombre-leopardo, la carne de nadie. No podía dejar que eso le suceda a él, si no lo podía detener. Stephen podría terminar muerto. Richard podría terminar muerto. Voy a tener que matar a Sylvie. Puede que tenga que mutilar o matar a algunos miembros de la manada para hacer mi punto. Podría, podría, podría. Infiernos. Yo nunca había matado antes, salvo en defensa propia o venganza. Si cuelgo mi sombrero en el anillo, sería premeditado, asesinato a sangre fría. Tal vez no en un sentido técnico, pero yo sabía lo que iba a ser a partir de cualquier movimiento. Era como fichas de dominó. Todos ellos quedaron rectos y ordenados hasta llegar a uno de ellos, entonces no se detendrán. Me gustaría terminar con un patrón suficiente en el suelo: Richard sólidamente en el poder, Stephen y el hombre-leopardo seguro, Sylvie fuera del juego, o muerta. Las tres primeras cosas iban a ocurrir. Fue la elección de Sylvie que es como la última parte resultó. Duro, pero cierto. Por supuesto, no había otra opción. Sylvie podía matarme. Qué tipo de cosas nuevas se abren para ella. Sylvie no era exactamente implacable, pero no deja que nadie se interponga en su camino. Compartimos ese rasgo. No, yo no soy despiadada. Si yo lo fuera, llamaría a Sylvie en una reunión y dispararía en el acto. Yo no era muy sociópata para hacerlo. Pedir piedad hace que te maten, pero a veces es todo lo que nos hace humanos.

Hice las llamadas. Elegí el nombre de un hombre que estaba primer lugar, Kevin, no tiene apellidos. Su voz era gruesa como el sueño, ronca, como si fumara.

—¿Quién diablos es?

—Vaya —le dije—, muy elegante.

—¿Quién es?

—Anita Blake. ¿Sabes quién soy?

Cuando se trata de una amenaza, menos es más. Yo y Clint Eastwood.

Guardó silencio durante casi treinta segundos, y dejé que el silencio fluyera. Su respiración se había acelerado. Casi podía el pulso acelerado por teléfono.

Él respondió como estaba acostumbrado a extrañas llamadas telefónicas

y las empresas de carga.

—Eres nuestra lupa.

—Muy bien, Kevin, muy bueno.

Condenar también es bueno. Tosió para aclararse la garganta.

—¿Qué quieres?

—Quiero que vengas a St. Louis University Hospital. Nathaniel y Stephen han sido heridos. Quiero protegerlos.

—Nathaniel, es uno de los hombres-leopardo.

—Eso es correcto.

—Sylvie nos prohibió ayudar a los hombres-leopardo.

—¿Es Sylvie tu lupa?

Las preguntas son grandes, pero sólo si sabes las respuestas. Si tienes preguntas y las respuestas te sorprenden, nos hace parecer tontos. Difícil de ser una amenaza cuando se está mal informado.

Se quedó callado por un segundo.

—No.

—¿Quién es?

Le oí tragar.

—Tú lo eres.

—¿Estoy por encima de ella?

—Tú sabes qué hacer.

—Entonces, trae tu trasero aquí, y haces lo que te pido.

—Sylvie me hará daño, lupa. Ella realmente puede hacerlo.

—Voy cuidar de que ella no lo haga.

—Eres humana, novia de Richard. No se puede luchar con Sylvie, y vivir.

—Tienes razón, Kevin. No puedo luchar con Sylvie, pero puedo matarla.

—¿Qué quieres decir?

—Si ella te hace daño por ayudarme, la voy a matar.

—No se puede decir eso.

Suspiré.

—Mira, Kevin, he conocido a Sylvie. Créeme cuando te digo que podría apuntar un arma en la cabeza y apretar el gatillo. Puedo matar a Sylvie si ella me obliga. No hay que joder, no alardear, no hay juegos.

Yo escuchaba mi voz cuando lo dije. Me sonaba cansada, casi aburrida, y tan grave era casi aterrador.

—Está bien, lo haré, pero si la decepciono puede matarme.

—Tienes mi protección, Kevin, y yo sé lo que eso significa.

—Significa que tengo que reconocer tu dominio hacia mí.

—También significa que si alguien nos reta, te puedo ayudar a luchar tus batallas. Parece un comercio justo.

El silencio llenó la línea de teléfono de nuevo. Su respiración se había desacelerado, se profundizó.

—Prométeme que no me matará.

—No puedo prometer que no lo hará, Kevin, pero puedo prometer que, si Sylvie te mata, la mato por ti.

El silencio, esta vez más breve.

—Ya lo creo que sí. Estaré en el hospital en cuarenta minutos o menos.

—Gracias, estaré esperando.

Colgué e hice las otras dos llamadas. Ambos estuvieron de acuerdo para venir. Yo había dibujado una línea en la arena, con Sylvie por un lado y yo por el otro. A ella no le iba a gustar, ni un poco. No se puede culpar ser ella. Si se invirtieran los lugares, me habría enfadado. Pero debería haber dejado a Richard solo. Irving había dicho que era como Richard resultó herido, al igual que su corazón se rompió. Me ayudó aquella herida allí. Que había cortado su corazón en pequeños pedazos y bailaba con ellos. No deliberadamente. Mis intenciones eran buenas, pero ya sabes lo que dicen acerca de las buenas intenciones. Yo no podría amar a Richard, pero yo podría matar por él. Asesinato fue el más práctico de los dos regalos. Y últimamente me había convertido en muy, muy práctica.



# SEIS

El Sargento Rudolph Storr se presentó ante la sesión de niñera de hombres-lobo. Me llamó. Él era el hombre a cargo de la Regional de Investigación Preternatural Team, RPIT o RIP. Un montón de gente nos llama RIP, para el descanso en paz. Hey, al menos, saben lo que somos.

Dolph es de casi dos metros de alto, construido como un luchador profesional, pero no es sólo el tamaño físico que lo hace impresionante. Había tomado un equipo que había sido una broma para apaciguar a los liberales y la hizo funcionar. RPIT había resuelto los crímenes más sobrenatural en los tres últimos años que cualquier otra unidad de policía. Incluyendo el FBI. Dolph incluso había sido invitado a dar una conferencia en Quántico. No está mal para alguien que había dado su mando como un castigo. Dolph no era precisamente un optimista, los policías son pocos, pero los limones no y les hizo una excelente limonada. Cerró la puerta detrás de él y me miró.

—El doctor dijo que mi detective estaba aquí. Acabo de verlo.

—Nunca dije que era un detective. Le dije que estaba con el equipo. Asumieron el resto.

Sacudió la cabeza. Su pelo negro ocultaba la parte superior de sus orejas. Él necesitaba corte de pelo.

—Si estabas jugando al policía, ¿por qué no le gritaste al uniformado que se suponía iba a estar en esta puerta?

Le sonreí.

—Pensé que había que dejártelo a ti. Supongo que él sabe que fue un niño malo.

—Yo cuidaba de ella.

Se quedó de pie en la puerta. Yo me quedé sentada en mi silla. En realidad no había logrado sacar mi pistola. Yo estaba feliz por eso. Él me miraba sin pestañear.

—¿Qué está pasando, Anita?

—¿Sabes todo lo que sé?

—¿Cómo llegaste hasta aquí?

—Stephen me llamó.

—Dímelo.

Se lo dije. Incluso la parte sobre el proxenetismo. Yo quería que se detuviera. Los policías están para detener el crimen, si le dices la verdad. Me he dejado algunas cosas, como haber matado al antiguo alfa leopardo. Fue lo único que me dejé fuera. Para mí, es casi lo mismo que ser honesto.

Dolph parpadeó y tomó nota de todo en su cuaderno de confianza.

—¿Estás diciendo que nuestra víctima permitió que alguien hiciera esto con él?

Sacudí la cabeza.

—No creo que sea tan simple. Creo que fue allí sabiendo que iban a encadenarlo. Sabía que sería sexo y dolor, pero no creo que supiera que iban a llegar tan cerca de matarlo. Los médicos tuvieron que hacerle una transfusión de sangre. Su cuerpo había entrado en shock más rápido de lo que podría sanarse.

—He oído hablar de *cambiaformas* y la curación de heridas peores que estas.

Me encogió de hombros.

—Algunas personas se curan mejor que otras, incluso entre los *cambiaformas*. Nathaniel es bastante bajo en la estructura de poder, por lo

que me dicen. Tal vez parte de ser débil es su curación. —Abrí mis manos abarcando todo—. No sé.

Dolph estaba buscando en sus notas.

—Alguien lo dejó en la entrada de emergencias envuelto en una sábana. Nadie vio nada.

—Nadie ve nada, Dolph. ¿No es esa la regla?

Eso me valió una pequeña sonrisa. Fue muy bonito ver la sonrisa. Dolph no estaba muy contento conmigo últimamente. Sólo recientemente se enteró de que estaba saliendo con el Maestro de la ciudad. No le gustó. No confía en nadie que socialice con los monstruos. No se le puede culpar.

—Sí, esa es la regla. ¿Me estás diciendo todo lo que sabes acerca de esto, Anita?

Levanté una mano en señal de saludo de un explorador.

—¿Yo mentir?

—Si es adecuado para tu fin, sí.

Nos miramos. El silencio se hizo lo suficientemente grueso como para caminar encima. Yo lo dejaría allí. Si Dolph pensó que iba a romperlo en primer lugar, estaba equivocado. La tensión entre nosotros no era este caso. Era su desaprobación de mi elección. Su decepción en mí siempre estuvo allí. Presionando, ponderado, esperando que me disculpe o decir, caramba, es broma. El hecho de que estaba saliendo con un vampiro le hizo confiar menos en mí. Entendí. Hace dos meses, incluso menos, me sentía de la misma manera. Pero aquí estaba saliendo con el Amo de la Ciudad, y qué. Dolph y yo, ambos, tuvimos que lidiar con él. Y, sin embargo, era mi amigo, y yo lo respetaba. Incluso estaba de acuerdo con él, pero yo quería salir de este maldito hospital, tenía una cita con Jean-Claude esta noche. A pesar de mis dudas acerca de Richard, la moral en general, y los muertos vivientes, yo quería la cita.

El pensamiento de que Jean-Claude me esperaba hizo que mi cuerpo se apretara y se animara. Vergonzoso, pero cierto. No creo que nada menos que renunciar a Jean-Claude habría satisfecho a Dolph. Yo no estaba segura de que era una opción más para un montón de razones. Así que me senté y miré a Dolph. Miró hacia atrás. El silencio se hizo más grueso con cada tic-tac del reloj.

Un golpe en la puerta nos salvó. El oficial, ahora con atención en la puerta, le susurró algo a Dolph. Dolph asintió con la cabeza y cerró la puerta. La mirada que me dio fue menos fácil, si eso era posible.

—El oficial Wayne dice que hay tres familiares de Stephen aquí. También dice que si todos son parientes, va a comer su arma.

—Son miembros de la manada, compañeros. Los hombres lobo se consideran familia.

—Pero, legalmente no son familia.

—¿Cuántos de tus hombres quieres perder cuando el *cambiaformas* siguiente llega a través de esa puerta?

—Podemos dispararles tan bien como tú puedes, Anita.

—Pero todavía tenemos que darles una advertencia antes de dispárales, ¿no? Todavía tienes que tratarlos como personas en vez de monstruos o se termina en frente de la junta de revisión.

—Los testigos dicen que le diste a Zane, sin apellido, una advertencia.

—Me sentía generosa.

—Estaban disparando delante de testigos. Eso siempre te hace generoso.

Volvimos a mirarnos el uno al otro. Tal vez no era sólo salir con un vampiro. Tal vez fue el hecho de que el policía fuera Dolph y estaba empezando a sospechar que estaba matando gente, asesinando a la gente. La gente que me hería o me amenazaba tenía una tendencia a desaparecer. No muchas, pero lo suficiente. Y en menos de dos meses había matado a dos personas en donde los cuerpos no los podía ocultar. Defensa propia en ambas ocasiones.

Nunca vi el interior de una sala de audiencias. Ambos asesinos con los registros más altos. Las huellas dactilares de la mujer habían sido la respuesta a varios asesinatos políticos que la Interpol tenía por ahí. Tiempo de chicos malos que nadie lloró, al menos no a la policía.

Pero alimenté las sospechas de Dolph. Infierno, pero todo lo confirme.

—¿Por qué me recomiendas a McKinnon, Dolph?

Él no contestó durante un tiempo, pensé que no iba a contestar, pero finalmente dijo:

—Porque tú eres la mejor en lo que haces, Anita. Puede que no siempre aprueben tus métodos, pero ayudan a mantenerse con vida, encarcelar a los chicos malos. Eres mejor en una escena de crimen que algunos de los detectives en mi equipo.

Para Dolph, este fue un discurso. Abrí la boca, la cerré, y luego dije:

—Gracias, Dolph. Viniendo de ti, eso es un gran elogio.

—Tú pasas mucho tiempo con los monstruos, Anita. No me refiero a

ahora. Me refiero a todos. Has jugado por tus normas tanto tiempo, a veces se te olvida lo que es ser normal.

Me sonrió.

—Yo levanto a los muertos para ganarme la vida, Dolph. Yo nunca he sido normal.

Sacudió la cabeza.

—No tomes a mal lo que estoy diciendo, Anita. No es la piel o los colmillos lo que hacen un monstruo, no siempre. A veces, es ahí precisamente donde está el límite.

—El hecho de que puedo jugar con los monstruos es lo que me hace valiosa para ti, Dolph. Si fuese honesta, no sería tan buena en ayudar a resolver crímenes sobrenaturales.

—Sí, a veces me pregunto si te hubiera dejado sola, si no hubieras aceptado consultar con nosotros, si deseas ser… Más suave.

Fruncí el ceño.

—¿Estás diciendo que te echo la culpa de lo que me he convertido?

Traté de reírme de ello, pero su rostro me detuvo.

—¿Con qué frecuencia vas a los monstruos en uno de mis casos? ¿Con qué frecuencia tienes que hacer tratos con ellos para ayudar a encarcelar a un tipo malo? Si te hubiera dejado sola…

Me puse de pie. Llegué a él, deje caer mi mano sin tocarlo.

—Yo no soy tu hija, Dolph. Tú no eres mi guardián. Ayudo a la policía porque me gusta. Estoy bien. ¿Y a quién ibas a llamar?

Él asintió.

—Sí, ¿quién más? Los que están afuera puede entrar y… visitar a los pacientes.

—Gracias, Dolph.

Tomó en un largo suspiro y lo dejó escapar.

—Vi la ventana que su amigo Stephen atravesó. Si hubiera sido humano, él estaría muerto. Es cuestión de suerte que no murieran civiles.

Sacudí la cabeza.

—Creo que Zane estaba siendo cuidadoso de los seres humanos, por lo menos. Con la fuerza que tiene, habría sido más fácil matar que hacer daño.

—¿Por qué te preocupas?

—Porque él está en la cárcel, y puede obtener una fianza.

—No lo dejaran salir.

—Él no mató a nadie, Dolph. ¿Desde cuándo no has visto a alguien no

obtener la libertad bajo fianza por asalto y agresión?

—Piensa como un policía, Anita. Es lo que te hace bien.

—Creo que como un policía y como un monstruo. Eso es lo que me hace bien.

Él asintió, cerró su libreta y la guardó en un bolsillo interior de su chaqueta.

—Sí, eso es lo que te hace bien.

Se fue sin decir palabra. Énvió a los tres hombres-lobo y cerró la puerta.

Kevin era alto, moreno, desaliñado y olía a tabaco. Lorraine fue limpia como un maestro de escuela de segundo grado. Olía a perfume de lino blanco y me miró parpadeando nerviosamente. Teddy, su preferencia no la mía, pesaba alrededor de trescientas libras, musculoso. Su cabello oscuro zumbaba en un hormigueo fino, y su cabeza era demasiado pequeña para su enorme cuerpo. Los hombres daban miedo, pero fue el apretón de manos de Lorraine que hizo vibrar mi piel. Parecía un conejo asustado y tenía el poder suficiente para ser el gran lobo feroz. En veinte minutos ya estaba libre para irme. El trío de hombres lobo no coincidente habían dividido los cambios de modo que uno de ellos estaría con los chicos en todo momento. ¿Tenía confianza de los lobos nuevos para protegerlos? Sí. Porque si abandonaran sus puestos y dejan que maten a Stephen, les mataría. Si ellos hicieran todo lo posible y no eran lo suficientemente fuertes, bien, pero si simplemente se rendían… Le había dado a Stephen mi protección, y ahora también, a Nathaniel. Yo no estaba bromeando. Me aseguré de que todos ellos lo sabían.

—Si Sylvie aparece, te la enviaremos —dijo Kevin.

—Háganlo.

Sacudió la cabeza, jugando con un cigarrillo sin encender. Yo le dije que no podía fumar, pero ni siquiera tocarlo parecía calmarlo.

—Has meado en su estanque. Espero que puedas limpiarlo.

Me sonrió.

—Elocuente, Kevin, muy elocuente.

—Elocuente o no, Sylvie te va a reventar el culo, si puede.

La sonrisa se ensanchó. No pude evitarlo.

—Deja que yo me preocupe por mi propio culo. Mi trabajo es mantener tu trasero vivo, no el mío.

Los tres hombres lobo me miraron. Había algo en todas sus caras, casi

la misma expresión, pero no pude leerlo.

—Ser lupa es más que la lucha por la dominación —dijo Lorraine en voz baja.

—Yo sé lo que es.

—¿Y tú? —preguntó ella, y había algo de infantil en la pregunta.

—Creo que sí.

—Tú nos matas si no lo logramos —dijo Kevin—, pero ¿vas a morir por nosotros? ¿Se corre el riesgo del mismo precio que tú nos pides pagar?

Me gustaba Kevin era mejor cuando él no estaba siendo elocuente. Miré a estos tres desconocidos. Personas a las que acababa de conocer. ¿Voy a arriesgar mi vida por ellos? ¿Podía pedirles que arriesguen sus vidas para mí si yo no estaba dispuesta a devolver el favor?

Les miré. Las manos pequeñas de Lorraine estaban agarrando su bolso tan fuertemente que las manos le temblaban. Teddy, me miraba con ojos tranquilos, pero no había un desafío en ellos, una inteligencia que puede perderse si sólo miraba el cuerpo. Kevin, que parecía que debería estar en un callejón en busca de una solución, o en un bar de copas con su cuota de whisky. Había algo debajo del cinismo. Era el miedo. El temor de que me gustaría ser como todos los demás. Un usuario que no le importaba un bledo acerca de ellos. Raina había sido la hembra alfa, y ahora Sylvie. La manada iba a ser su refugio, su protección, no es lo que más temían.

La calidez, llenaba de energía la habitación, fluía de ellos, bailando sobre mi cuerpo. Estaban nerviosos, asustados. Las emociones fuertes hacían perder el control de los *cambiaformas*.

Son sensibles a ella, se siente. Lo había sentido mucho a lo largo de los años. Esta vez era diferente de alguna manera. Yo no sólo sentí el poder, mi cuerpo reacciona a ello. No simplemente un temblor de la piel, la piel de gallina, sino algo más profundo. Era casi sexual, pero que no lo era tampoco. Era como si el poder había encontrado una parte de mí, acarició una parte de mí, que no sabía que estaba allí.

Su poder me llenó, me tocó algo, y yo sentía, lo que fuera, se abre como un interruptor. Una oleada de energía caliente brota dentro de mi cuerpo y se disemina a través de mi piel, como si cada poro de mi cuerpo estaba emitiendo una línea de aire caliente. Trajo un suave jadeo en mi garganta. Yo sabía que era sabor del poder, y no fue Jean-Claude. Fue Richard. De alguna manera, me tocó el poder de Richard. Me pregunté si se sentía en todo el camino fuera del estado, estudiando para su licenciatura.

Hace seis semanas, para salvar la vida de ambos, yo había dejado a Jean-Claude nos uniese a los tres. Se estaban muriendo, y no podía dejarlos ir. Richard había invadido mis sueños por accidente, pero sobre todo, Jean-Claude nos separaba porque cualquier otra cosa era demasiado dolorosa. Esta fue la primera vez que sentí el poder de Richard desde entonces.

La primera vez que la certeza de que la unión estaba ahí, sigue siendo fuerte. La magia es así. Incluso el odio no puede matar.

De repente tuve las palabras, palabras que no podía haber sabido.

—Soy lupa, yo soy la madre de todos, yo soy su guardián, su refugio, su paz. Yo estaré con ustedes contra todo daño. Tus enemigos son mis enemigos. Mi sangre y carne compartiré con ustedes. Estamos en lukoi, estamos en la manada.

El calor cortó abruptamente. Yo estaba mareada. Sólo la mano de Teddy no me dejaba caer al suelo.

—¿Estás bien? —preguntó con una voz tan profunda e impresionante como el resto de él.

Yo asentí.

—Estoy bien, estoy bien.

Tan pronto como pude, di un paso atrás. Richard había sentido la atracción a cientos de kilómetros de distancia, y me cortó. Cerró la puerta sin saber lo que estaba haciendo, o por qué. Una oleada de ira bailando por dentro de mi cabeza como un grito silencioso. Estaba tan enojado.

Los dos estábamos obligados a Jean-Claude. Yo era su siervo humano y Richard fue su lobo.

Era una intimidad dolorosa.

—Tú no eres lukoi —dijo Lorraine—. Tú no eres un *cambiaformas*. ¿Cómo hiciste eso?

Me sonrió.

—Secreto comercial.

La verdad era que yo no lo sabía. Tendría que preguntar esta noche a Jean-Claude. Yo esperaba que me pudiera explicar. Fue sólo el tercer maestro vampiro, en su larga historia nunca se han unido tanto una mortal y un *cambiaformas* en un solo bono. Yo sospechaba fuertemente que no había un manual, y que Jean-Claude presto con más frecuencia de lo que yo quería saber.

Teddy se puso de rodillas.

—Tú eres lupa.

Los otros dos le siguieron. Se rebajaron a sí mismos como buenos lobos poco sumisos, aunque a Kevin no le gustaba, y a mí tampoco, pero yo no estaba segura de cuánto era la forma y en qué medida era necesaria. Yo quería ser sumisa, porque no quiero tener que luchar contra nadie, ni matar a nadie. Así que dejé que se arrastrasen por el suelo y pasar sus manos a lo largo de mis piernas, y oler mi piel como los perros. Cuando la enfermera entró. Todo el mundo se levantó del suelo. Traté de explicarle y finalmente me detuve. La enfermera se quedó allí mirando a todos nosotros, una extraña sonrisa congelada en su rostro. Finalmente se retiró sin hacer una maldita cosa.

—Voy a enviar el doctor Wilson para que los vea.

Ella asintió con la cabeza demasiado a menudo y demasiado rápidamente y cerró la puerta detrás de ella. Si hubiera usado tacones, me apuesto que escuchan su correr. Tanto por no ser uno de los monstruos.



# SIETE

Meter la niñera hombres lobo me retrasó para mi cita. Tomarse el tiempo para leer el archivo de McKinnon ya era tarde, pero si había una noche de fuego, sería embarazoso no estar preparados. Aprendí dos cosas del archivo. Uno, que todos los incendios se habían iniciado durante la noche, que me hizo pensar inmediatamente de los vampiros. Salvo que los vampiros no se pueden iniciar el fuego. No era una de sus capacidades. El fuego de hecho es una de las cosas que más temía. Oh, yo había visto un vampiro controlar las llamas. Encender la llama de una vela, trucos de salón, pero el fuego era el elemento de la pureza. Pureza y los vampiros no se mezclaban. La segunda cosa que aprendí en el expediente era que yo no sabía mucho acerca de los incendios en general o incendios en particular. Iba a necesitar un libro o una buena conferencia.

Jean-Claude habían hecho reservas en Demiche's, un restaurante muy agradable. Yo tenía que correr a casa, a mi nueva casa alquilada, a

cambiarme. Se me había hecho bastante tarde, había quedado con él en el restaurante. El problema con las citas de lujo es donde poner mis armas. Las ropas de mujer son el último desafío a la hora de encubrir el arma. Los vestidos elegantes hacen difícil esconder el arma más poderosa. Cualquier traje ajustado lo hace difícil. Esta noche llevaba una correa formal con aberturas altas a los lados, tenía que asegurarme la ropa interior de encaje y negro. Me conocía lo suficiente para saber que en algún momento durante la noche, me olvidaba, y se vería la ropa interior. Y si tenía que ir por el arma, sin duda se notaba más. Entonces ¿por qué usarlo? Respuesta: Yo tenía una pistola 9mm Firestar metida dentro de una faja bellyband. La faja bellyband era una cinta elástica que se pasa por la ropa interior, pero bajo la ropa exterior. Fue diseñado para usar debajo de un botón de camisa de vestir. Tire de la camisa con la mano libre, tire el arma, y *vualá*, empezar a disparar. La faja bellyband no funcionaba bien en la mayoría de los trajes, ya que había metros de tela para aumentar antes de que pudiera llegar a la pistola. Es mejor que nada, pero sólo si el malo era paciente. Pero este traje, todo lo que tenía que hacer era poner la mano a través de una de las rendijas. Tuve que sacar el arma, abajo, y de debajo del vestido, por lo que aún no rápido, pero no era malo. La faja bellyband no se puede llevar con un vestido especialmente ajustado. Nadie gana con un arma de fuego.

En realidad había encontrado un sujetador sin tirantes a juego con las bragas negras, así que una vez me quite el arma y el vestido, llevaba la ropa interior acorde. Los zapatos eran más altos de los que normalmente aceptaría, pero era eso o dobladillo en el vestido. Me niego a coser.

El principal inconveniente para las correas elásticas es que mostraré a todos mis cicatrices. Yo había pensado en comprar una pequeña chaqueta, pero esto no era un vestido para llevar una chaqueta. Así que al diablo. Jean-Claude había visto antes de las cicatrices, y las personas no son tan valientes como para dar un segundo vistazo.

Faltaba el maquillaje, sombra de ojos, colorete, lápiz de labios. La barra de labios roja, muy, muy roja. Tenía los colores que ya existen. Piel pálida, pelo negro y rizado, ojos marrón puro.

Tenía todos los contrastes y los colores fuertes de barra de labios de color rojo brillante. Me sentía muy bien hasta que tuve una idea de Jean-Claude. Estaba sentado en la mesa, me espera. Lo veía desde la entrada, aunque el jefe de mesoneros estaba ocupado con dos personas delante de mí. No me importaba. Disfrutaba de la vista.

Jean-Claude es de cabello negro y rizado, pero se había hecho algo para que fuera recto y fino, cayendo sobre sus hombros, y rizado en los extremos. Su rostro parecía aún más delicado, como la porcelana fina. Era hermoso, no guapo. Yo no estaba segura de lo que le salvó la cara de ser femenina alguna línea de su mejilla, doble de la mandíbula, algo. Nunca te equivocabas que es un hombre. Estaba vestido de azul marino, un color que nunca le había visto, una chaqueta corta brillante, casi tela metálica estaba cubierta con encajes negro con un patrón de flores. La camisa era típica con volantes, al estilo de 1600, pero fue un rico y vibrante azul, el montículo de volantes subió su cuello para enmarcar la cara y se derramaba fuera de las mangas de la chaqueta para cubrir la mitad superior de sus manos finas blancas.

Levantó una copa de vino vacía en la mano, haciendo girar el tallo de la copa entre los dedos, mirando el derrame de luz a través del cristal. No podía beber más vino que un sorbo a la vez y se lamentó. El mesonero me llevó a través de las mesas hacia él. Miró hacia arriba, y ver su rostro completo apretó mi pecho, y de repente tuve dificultad para respirar. El azul tan cerca de su rostro hacía que sus ojos azules se vieran bellos, no el color del cielo de la medianoche, azul cobalto, más bien el color de un zafiro. Pero no hay joya alguna que el peso de la inteligencia, del conocimiento oscuro. Le miraba en sus ojos mientras me miraba caminar hacia él, me hizo temblar. No es frío, no es miedo. Anticipación. Me temblaban las piernas.

Había querido lanzarme hacia él, pero llevaba un vestido abierto a los lados. Había que caminar elegante y verse maravillosa. Si dudas de ti mismo, te caes al suelo y se convierten en una calabaza. Después de años de no ser capaz de usar zapatos de tacón y ropa de vestir, Jean-Claude me había enseñado en un mes lo que mi madrastra no me enseñó en veinte años.

Se puso de pie, y no me importaba, aunque hubo un tiempo en que me había enojado por un baile de graduación se ponían de pie cada vez que las otras chicas en la mesa lo hacían. Uno, que había madurado desde entonces, dos, pude ver el resto del equipo, Jean-Claude.

Los pantalones de lino negro se aferraban suave y perfectamente a su cuerpo, por lo que convenientemente yo sabía que no había nada en los pantalones. Las botas negras subían por las piernas hasta las rodillas. Las botas eran suaves, crepé como el cuero arrugadas. Se movió hacia mí, y yo

me quedé viéndolo venir. Todavía tenía miedo de él. Miedo de lo mucho que me quería. Yo era como un conejo ante los faros, congelado, esperando la muerte por venir. Pero ¿el corazón del conejo tiene un ritmo rápido y más rápido? Hizo llegar su aliento y sentí ahogo en la garganta ¿Hubo un picor ansioso por el temor, o existe sólo la muerte? Envolvió sus brazos alrededor de mí, me traía cerca. Sus manos estaban calientes pálidas, ya que se pasaba sus manos sobre mis brazos desnudos. Se había alimentado con alguien esta noche, tomando su calor. Pero había estado dispuesto, incluso ansioso. El Maestro de la ciudad nunca pedía a los donantes. La sangre fue prácticamente el único fluido corporal que no compartiría con él. Le pasé mis manos sobre la seda de la camisa, debajo de la chaqueta corta. Yo quería moldear mi cuerpo contra su calor robado. Quería correr las manos sobre la rugosidad de la ropa de cama, haciendo frente a la suavidad de la seda. Jean-Claude fue siempre una fiesta sensual, hasta la ropa.

Me besó en los labios ligeramente. Habíamos aprendido que la barra de labios se regaba.

Luego inclinó la cabeza hacia un lado y respiró a lo largo de mi cara, el cuello. Su aliento era como una línea de fuego a lo largo de mi piel. Habló con los labios justo por encima del pulso en mi cuello.

—Esta noche estás encantadora, *ma petite*.

Apretó sus labios contra mi piel, en voz baja. Se me escapó un suspiro tembloroso y me aparté de él. Un saludo entre vampiros era besar sobre el pulso en la garganta. Fue un gesto reservado a los amigos muy cercanos. Se mostró una gran confianza y afecto. Si se rechaza significaba que estaba enojada o desconfiada. Todavía parecía demasiado íntimo para hacerlo en público, pero yo lo había visto utilizar con otros y las peleas eran vistas con negativa. Fue un gesto antiguo y acaba volver a estar de moda. De hecho, se estaba convirtiendo en una moda entre los artistas, de felicitación y otros de la misma calaña. Mejor que besar el aire cerca de la cara de alguien, supongo.

El mesonero me ofreció la silla. Le hice un gesto. No fue el feminismo, pero si la falta de gracia. Nunca logré sentarme en una silla sin que golpeara la parte trasera de mis piernas o de estar tan lejos de la mesa que acababa de terminar arrimándola hacia adelante por mi cuenta. Así que el diablo con él, lo haría yo misma.

Jean-Claude me miraba luchar en mi silla, sonriendo, pero no se ofreció a ayudar. Finalmente me había roto. Se sentó en su silla con gracia. Fue un

movimiento casi presumido, pero era como un gato. Incluso en reposo, no era el potencial de músculos bajo la piel, una presencia física que era totalmente masculina. Yo solía pensar que el engaño fue vampiro. Pero fue él, sólo él.

Sacudí la cabeza.

—¿Qué pasa, *ma petite*?

—Me sentí muy bonita hasta que te vi. Ahora me siento como una de las hermanastras feas.

El chasqueó la lengua.

—Tú sabes que eres encantadora, *ma petite*. Voy a comer tu vanidad.

—Yo no estoy a la pesca de elogios.

Hice un gesto y le moví la cabeza de nuevo.

—Te ves increíble esta noche.

Él sonrió, moviendo su cabeza hacia un lado para que su pelo recogido se fuera hacia adelante.

—*Merci, ma petite*.

—¿Es permanente lo recto de tu cabello? —le pregunté—. Se ve muy bien.

Añadí rápidamente, y lo hizo, pero yo esperaba que no fuese permanente como una permanente. Me encantan sus rizos.

—Si lo fuera, ¿qué me dirías?

—Si es así, porque te lo acabo de decir. Ahora te estás burlando de mí.

—¿Vas a llorar la pérdida de mis rizos?

—Podría devolver el favor.

Él abrió los ojos con horror.

—¿No es tu gloria?, *ma petite, mon dieu*.

Se reía de mí, pero yo estaba acostumbrada a ello.

—Yo no sabía que tú podrías conseguir ropa apretada.

Su sonrisa se amplió.

—Y yo no sabía que podía ocultar una pistola bajo un vestido de ese tipo… Delgado.

—Mientras yo no abrace a nadie, nunca lo sabrán.

—Muy cierto.

Un camarero se acercó y le preguntó si queríamos bebidas. Pedí agua y Coca-Cola. Jean-Claude se negó. No podría haber ordenado nada, que hubiera sido vino.

Jean-Claude movió su silla para sentarse, casi a mi lado. Cuando llegó

la cena, había regresado a su lugar, pero sacando la comida era parte del entretenimiento de la noche. Se me había llevado la cena varias para darse cuenta de lo que Jean-Claude-no quería, era casi necesario. Yo soy el siervo humano de Jean-Claude. Yo tenía tres de sus marcas. Uno de los efectos secundarios de la segunda marca era que podía tener el sustento a través de mí. Así que si hubiéramos estado en un largo viaje por mar, no habría tenido que alimentarse de cualquier ser humano en el barco. Él podía vivir a través de mí por un tiempo. También podría probar la comida a través de mí.

Por primera vez en casi cuatrocientos años que podía probar la comida. Yo tenía que comer por él, pero no podía disfrutar de una comida. Es trivial en comparación con algunas de las otras cosas que había adquirido a través de la unión, pero que era lo que parecía agradarle más. Ordenó los alimentos con una alegría infantil y me miraba comer, degustando como yo lo hice. En privado, las manos apretadas a la boca como si tratara de que no se escaparan los gustos. Era lo único que hizo que fue lindo. Era hermoso, sensual, pero rara vez lindo. Había ganado cuatro kilos en seis semanas de comer con él.

Él pasó el brazo sobre el respaldo de la silla, y leímos el menú juntos. Se inclinó lo suficiente para cepillarme el pelo a mi mejilla. El olor de su perfume, Oh, lo siento, Colonia, acariciaba mi piel. Aunque si lo que Jean-Claude usaba era Colonia, y después fue Brut insecticida.

Moví mi cabeza de la caricia de su cabello, sobre todo porque la sensación de tenerlo tan cerca era todo lo que podía pensar. Tal vez si hubiera aceptado la oferta de su invitación a vivir con él en el Circo de los Malditos, parte de este calor se hubiese disipado. Pero yo había alquilado una casa en un tiempo récord, en medio de la nada para que mis vecinos no consiguieran un tiro, por lo que me mudé de mi departamento. Odiaba la casa. Yo no era una chica de casa. Yo era una especie de condominios de Gal. Pero había condominios vecinos, también.

La superposición de encaje en su chaqueta era áspera en contra de mis hombros desnudos.

Puso su mano sobre mi hombro, suavizando sus dedos en mi piel. Su pierna rozó mi muslo, y me di cuenta que no había oído una maldita cosa que había dicho. Fue vergonzoso. Dejó de hablar y me miró, me miró a centímetros de distancia con sus ojos extraordinarios.

—He estado explicando mis opciones de menú para ti. ¿Has oído algo

de eso?

Sacudí la cabeza.

—Lo siento.

Se rió, y se cernía sobre mi piel como su aliento, cálido y se desliza sobre mi cuerpo. Era un truco vampiro, pero bajo en la escala, y se había convertido en los juegos previos en público para nosotros. En privado, hicimos otras cosas.

Susurró en mi mejilla.

—No hay disculpas, *ma petite*. Sabes que me gusta que me hayas encontrado… Embriagador.

Se rió de nuevo, y lo rechacé.

—Ve a sentarte en el lado de la mesa. Has estado aquí el tiempo suficiente para saber lo que quieres.

Se movía su silla diligentemente de regreso a su lugar.

—Tengo lo que quiero, *ma petite*.

Tuve que mirar hacia abajo y no a los ojos. El calor se deslizó desde el cuello hasta mi cara, y no pude detenerlo.

—Si te refieres a lo que es lo que quiero para la cena, es una cuestión diferente.

—Tú eres un dolor en el culo.

—Y en muchos otros lugares.

Yo no creía que pudiera sonrojarme más. Pero estaba equivocada.

—Basta ya.

—Me encanta el hecho de que puedo hacerte sonrojar. Es encantador.

El tono de su voz me hizo sonreír a pesar de mí.

—Esto no es un vestido para ser encantadora yo estaba tratando de ser sexy y sofisticada.

—¿No puede ser encantador, así como sexy y sofisticado? ¿Hay alguna regla de ser los tres?

—Muy hábil.

Él abrió los ojos, tratando de ser inocente. Fue muchas cosas, pero inocentes no era uno de ellos.

—Ahora, vamos a empezar a negociar la cena.

—Tú lo haces parecer como una tarea.

Suspiré.

—Antes de que llegaras, pensé que la comida era algo que había que comer para no morir. Yo nunca estaré tan enamorada de la comida como lo

estás tú. Es casi un fetiche contigo.

—Casi un fetiche, *ma petite*.

—Una afición, entonces.

Él asintió con la cabeza.

—Tal vez.

—Así que dime lo que te gusta en el menú, y vamos a negociar.

—Todo lo que se requiere es que te guste lo que ordenamos. Tú no tienes que comer.

—No, no más de esta mierda de degustación. He subido de peso. Nunca aumento de peso.

—Has ganado cuatro libras, me dices. Aunque he buscado con diligencia para este fantasma cuatro libras y no las encuentro. Aporta a su peso hasta un total de ciento diez libras, correcto.

—Eso es correcto.

—Oh, *ma petite*, está cada vez más gigantesca.

Lo miré, y no era una mirada amistosa.

—Nunca molestes a una mujer por su peso, Jean-Claude.

Abrió las manos.

—Mis más profundas disculpas.

—Cuando te disculpas, trata de no sonreír al mismo tiempo. Arruina el efecto.

Su sonrisa se amplió mostrando un poco sus colmillos.

—Voy a tratar de recordarlo que para el futuro.

El camarero regresó.

—¿Le gustaría ordenar, o necesita unos minutos?

Jean-Claude me miró.

—En unos pocos minutos.

La negociación se inició. Veinte minutos más tarde necesitaba un recambio en mi Coca-Cola, y sabíamos lo que queríamos. El camarero volvió, pluma en mano, con la esperanza. Había ganado en el aperitivo, así que no tenía uno. Ya había renunciado a la ensalada, y él tiene la sopa. Patatas sopa de puerros, hey, no era una dificultad. Los dos queríamos el filete.

—Filete —le dije al camarero.

—¿Cómo le gustaría que lo prepararan?

—La mitad bien hecho, la otra mitad medio.

El camarero me miró parpadeando.

—¿Disculpe, señora?

—Es un corte de ocho onzas, ¿verdad?

Él asintió.

—Lo corta por la mitad, y lo cocina bien hecho, y cuatro onzas a medias.

Él frunció el ceño.

—Creo que no podemos hacer eso.

—A estos precios se puede comprar la vaca y tienen un sacrificio ritual en la mesa. Hágalo.

Le entregué el menú. Lo tomó. Todavía con el ceño fruncido, se dirigió a Jean-Claude.

—¿Y usted, señor?

Jean-Claude dio una pequeña sonrisa.

—No voy a ordenar comida esta noche.

—¿Le gustaría el vino con la cena, entonces, señor?

—Yo no bebo vino.

Tire la Coca-Cola en todo el mantel. El camarero se llenó todo. Jean-Claude se echó a reír hasta que las lágrimas salieron de las comisuras de sus ojos. Realmente no podría decir qué en este punto de vista, pero yo sabía que las lágrimas se tiñeron de rojo. Sabía que no habría manchas rosadas en la servilleta de lino, cuando se secó los ojos. El camarero huyó sin haber conseguido la broma. Mirando a través de la mesa en el vampiro sonriente, me preguntaba si fue por la broma o era el blanco de la broma. Había noches en que no estaba segura de qué manera la tierra de la tumba se derrumbó.

Pero cuando él puso su mano en mí a través de la mesa, la tomé. En definitiva, era el blanco de la broma.



# OCHO

El postre consistió en pastel de queso de frambuesa-chocolate. Una triple amenaza para cualquier plan de dieta. A decir verdad, yo prefería mi queso. Frutas, a excepción de las fresas y el chocolate sólo enturbiaba el puro sabor del queso crema. Pero a Jean-Claude le gustó, y el postre ocupó el lugar del vino que había negado a ordenar la cena. Odiaba el sabor del alcohol. Así, que Jean-Claude hizo la elección del postre. Además, el restaurante no sirve queso normal. No artísticamente, supongo.

Me comí todo el queso, el chocolate por último hizo rizo en todo el plato, y lo apartó. Yo estaba llena. Jean-Claude había puesto su brazo sobre el mantel, apoyó la mejilla en su brazo, y cerró los ojos, tratando de saborear todos los gustos. Él me miró parpadeando, como si saliera de un trance. Habló, la cabeza aún apoyada en su brazo:

—Haz dejado un poco de crema batida, *ma petite*.

—Estoy llena —le dije.

—Crema batida, es real. Se derrite en la lengua y se desliza a través del paladar.

Sacudí la cabeza.

—Ya he terminado. Si como más, voy a estar enferma.

Dio un suspiro largo de sufrimiento y se enderezó en su silla.

—Hay noches en que me desespero por ti, *ma petite*.

Me sonrió.

—Es curioso, yo creo que lo mismo me pasa a mí a veces.

Él asintió, haciendo un pequeño arco.

—*Touché, ma petite, Touché*.

Se quedó encima de mi hombro y se puso rígido. La sonrisa no desapareció de su rostro. Fue limpia. Su rostro era una máscara de leer en blanco. Y yo sabía que sin volverme, sabía que alguien estaba detrás de mí, alguien que temía.

Me las arreglé para dejar mi servilleta, y la recogió con la mano izquierda. Con la mano derecha cogí a la Firestar. Me sentí llena de seguridad, el arma estaba en mi mano, en mi regazo. Aunque disparase parecía una mala idea. Pero bueno, no sería mala idea el primero que había tenido.

Me volví a ver a una pareja caminando hacia nosotros a través de las mesas y de cristal. La mujer lo miró desde su altura hasta que pude ver los tacones que llevaba. Stiletto, cuatro pulgadas. Me han roto el tobillo tratando de caminar en ellos. El vestido era blanco, de cuello cuadrado, forma ajustada y más caro que mi equipo completo, incluso si tiro la pistola. Su pelo era de un blanco-rubio, tan pálido que hacía juego con el vestido y la estola de visón blanco simple enroscada alrededor de sus hombros. El pelo se apilaba como en un montón de tierra encima de su cabeza con un brillo de la plata y el fuego de cristal de los diamantes para enmarcar el pelo como una corona. Era tiza blanca, y pese a la composición de expertos yo sabía que no se había alimentado aún esta noche.

El hombre era un ser humano, aunque no era un zumbido de la energía al que me hizo querer hacerse cargo de la parte humana. Fue tan maravilloso su bronceado café fuerte que la piel de oliva puede manejar. Su pelo rizado era un frondoso castaño, afeitado en los lados, pero le que caía en rizos cerca de los ojos. Los ojos eran de color marrón, y observó a Jean-Claude de manera constante, con alegría, pero era una alegría oscura. Estaba vestido con un traje de lino blanco, con corbata de seda. Se

detuvieron en nuestra mesa, como yo sabía que lo harían. El hermoso rostro del hombre estaba fijo en Jean-Claude. Yo también podría no haber estado allí. Tenía características muy fuertes, de pómulos salientes, una nariz ganchuda. Una pulgada cualquier dirección y su rostro habría sido familiar. En cambio, fue sorprendente, convincente, atractivo, de modo muy masculino.

Jean-Claude se quedó con las manos sueltas a su lado, la cara hermosa y vacía.

—Yvette, ha sido un largo tiempo.

Ella sonrió maravillosamente.

—Un tiempo muy largo, Jean-Claude. ¿Te acuerdas de Balthasar?

Tocó el brazo del hombre, y él amablemente se deslizó alrededor de su cintura. Plantó un casto beso en la mejilla pálida. Me miró entonces por primera vez. No era una mirada que jamás había conseguido de un hombre. Si hubiera sido una mujer, me han dicho que ella estaba celosa. El vampiro Inglés era perfecto. Su acento era puro francés.

—Por supuesto, me acuerdo de él —dijo Jean-Claude—. El tiempo dedicado a Balthasar fue siempre memorable.

El hombre se volvió de nuevo a Jean-Claude.

—Pero no lo suficientemente memorable como para seguir con nosotros.

Él también parecía francés, pero no había un trasfondo de algún otro idioma. Era como mezclar azul y rojo y conseguir púrpura.

—Yo soy dueño de mi propio territorio. Es lo que todos soñamos, ¿no?

—Algunos sueñan con un puesto en el consejo —dijo Yvette.

Su voz era todavía un tanto divertida, pero había una corriente ahora, como nadar en aguas oscuras cuando se sabe que hay tiburones.

—No aspiramos a estas alturas —dijo Jean-Claude.

—¿De veras? —dijo Yvette.

—En verdad —dijo Jean-Claude.

Ella sonrió, pero sus ojos se quedaron distantes y vacíos.

—Vamos a ver.

—No hay nada que ver, Yvette. Estoy contento donde estoy.

—Si eso es así, no tienes nada que temer de nosotros.

—No tenemos nada que temer, independientemente —dije. Me sonreí cuando lo dije. Ambos me miraron como si yo fuera un perro que había hecho un truco interesante. Yo estaba realmente allí, no empieza a

gustarme ninguno de ellos.

—Yvette y Baltasar son los enviados del Consejo, *ma petite*.

—Matón para ellos —le dije.

—Ella no parece muy impresionada con nosotros —dijo Yvette.

Ella volteó hacia mí. Tenía los ojos gris-verdes, con manchas pequeñas de ámbar alrededor.

Sentí que trató de chuparme con los ojos, y no funcionó. Su poder me puso la piel de gallina, pero no podía captar sus ojos. Ella era poderosa, pero no era un vampiro maestro. Podía sentir su edad como un dolor en mi cráneo. Un millar de años, por lo menos. La última vez que la vi fue hace mucho tiempo. Sin embargo, Nikolaos había sido maestro de la ciudad, e Yvette nunca sería eso. Si una vampiresa no ha alcanzado estatus maestro en mil años, ella o él, nunca iba a hacerlo. Una vampiresa ha ganado poder y habilidades con la edad, pero había un límite. Yvette había llegado a ella. Me miró a los ojos, vamos a hacerle cosquillas a su poder a través de mi piel, y no me impresionó.

Ella frunció el ceño.

—Impresionante.

—Gracias.

Baltasar dio la vuelta y se puso delante de mí. Puso una mano sobre la parte de atrás de la silla y se inclinó hacia mí. Si Yvette no era un maestro, entonces él no era su siervo humano.

Sólo un vampiro maestro puede hacer un agente humano. Lo que significaba que pertenecía a otra persona. Alguien que no había cumplido todavía. ¿Por qué tengo la sensación de que había alguien que se reunirá pronto?

—Mi maestro es un miembro del consejo —dijo Baltasar—. No tienes idea de qué tipo de poder ostenta.

—Pregúntame si me importa.

La ira estalló en su cara, oscurecimiento sus ojos, haciendo que su agarre en mi silla firme.

Puso su mano sobre mi pierna justo por encima de mi rodilla y comenzó a apretar. Había jugado con los monstruos tiempo suficiente para saber lo que se siente, una fuerza sobrenatural. Sus dedos se hundieron en mi carne, y yo sabía que podía seguir apretando hasta que apareciera el músculo y los huesos desnudos al aire.

Lo cogí de la corbata de seda y lo atraje hacia mí, y le metí el cañón de

la Firestar en el pecho.

Vi la sorpresa en su rostro a centímetros de distancia.

—Apuesto a que puedo hacerte un agujero en el pecho antes de que puedas aplastar mi pierna.

—Tú no te atreverías.

—¿Por qué no?

Un toque de miedo fluyó a través de sus ojos.

—Yo soy el esclavo humano de un miembro del consejo.

—No estoy impresionada —dije—. Prueba la puerta número dos.

Él frunció el ceño.

—No lo entiendo.

—No le des su mejor razón para matar —dijo Jean-Claude.

—Si tú me disparas aquí, delante de testigos, irás a la cárcel.

Suspiré.

—No es eso.

Tiré lo suficientemente cerca para que nuestros rostros casi se tocaran.

—Quita tu mano de mi rodilla, lentamente, y no tiraré del gatillo. Mantener me daña, y voy a arriesgarme con la policía.

Me miró.

—Tú lo harías, realmente lo harías.

—No me engaño, Baltasar. Recuérdalo para una futura referencia, y tal vez no tenga que matarte.

Su mano aliviada, y luego se alejó lentamente de mí. Le dejé volver, la corbata deslizándola a través de mi mano, como un hilo de pescar. Retrocedí en mi silla. La pistola nunca había logrado salir de debajo del mantel. Habíamos sido el alma de la discreción.

El camarero se acercó de todos modos.

—¿Hay algún problema?

—No hay problema —dije.

—Por favor, traer nuestra cuenta —dijo Jean-Claude.

—De inmediato —dijo el camarero.

Se vio un poco nervioso, mientras que Baltasar se puso de pie. Baltasar alisó las arrugas en los pantalones de lino, pero sólo hay tanto que puedes hacer con ropa de cama. Realmente no es para estar adentro se arrodilló.

—Ganaste la primera vuelta, Jean-Claude. Ten cuidado de que no se convierta en una victoria pírrica —dijo Yvette.

Ella y Baltasar a la izquierda se fueron sin tomar una mesa. Supongo

que no tenían hambre.

—¿Qué está pasando? —le pregunté.

Jean-Claude se sentó de nuevo.

—Yvette es un adulador del Consejo. Balthasar es el siervo humano de uno de los miembros del Consejo más poderosos.

—¿Por qué están aquí?

—Creo que es por el Sr. Oliver.

El Sr. Oliver había sido el más viejo vampiro que había conocido. Más antiguo que jamás había oído hablar o insinuado. Había sido un millón de años, no es broma, un millón de años, más o menos. Para todos aquellos con un jefe de la prehistoria, sí, eso quiere decir que no era el Homo Sapiens. Homo erectus, y capaz de caminar durante el día, aunque nunca lo vi cruzar la luz solar directa. Había sido la pala sólo que nunca me engaña, aunque sea por unos instantes pensar que era humano, que está muy bien irónico, ya que no era humano en absoluto. Ya había tenido un plan para llevar a cabo Jean-Claude, hacerse cargo de los vampiros de la zona, y obligar a los seres humanos a una masacre. Oliver había hecho ocurrir una masacre como la que obligaría a las autoridades a hacer vampiros ilegales de nuevo. Pensó que los vampiros se extenderían demasiado rápido con los derechos legales y hacerse cargo de la raza humana. Mi especie de acuerdo con él.

Su plan podría haber funcionado si no lo habría matado. ¿Cómo me las arreglé para matarlo?

Es una historia larga, pero había terminado en un estado de coma. Estuve una semana inconsciente, tan cerca de la muerte que los médicos no sabían cómo sobreviví. Por supuesto, no había sido demasiado claro por qué estaba en un estado de coma, para empezar, y nadie se sentía como para explicar las marcas de vampiro y los vampiros Homo erectus.

Me quedé mirando a Jean-Claude.

—¿El loco hijo de puta que trató de llevarlo a cabo el Halloween pasado?

—*Oui*.

—¿Qué pasa con él?

—Él era un miembro del consejo.

Casi me reí.

—De ninguna manera. Era viejo, más viejo que el pecado, pero no era tan poderoso.

—Te dije que estaba de acuerdo para limitar sus poderes, *ma petite*. Yo no sabía quién era en un principio, pero él era el miembro del Consejo conocido como Muevetierra.

—¿Perdón?

—Podría hacer que la tierra temblara por su poder.

—De ninguna manera —dije.

—Sí, cierto, *ma petite*. Se acordó no hacer que la tierra se tragara a la ciudad porque sería atribuido a un terremoto. Quería que el derramamiento de sangre se atribuyera a los vampiros. ¿Te acuerdas de su plan para impulsar a los vampiros volver a ser ilegales? Un terremoto no haría eso. Un baño de sangre sería. Nadie, ni siquiera tú, puedes creer que un vampiro solo puede causar un terremoto.

—¡Tienes razón, yo no! —dije Me quedé mirando su cara con cuidado —. Estás hablando en serio.

—Terriblemente, *ma petite*.

Fue demasiado para tomar todo a la vez. En caso de duda, ignorar, y muy impresionada.

—Así que tomamos un miembro del consejo, ¿y qué?

Sacudió la cabeza.

—No hay miedo en ti, *ma petite*. ¿Entiendes el peligro que estuve corriendo en casa?

—No, y ¿qué quiere decir el «peligro que todos estamos en»? ¿Quién más está en peligro, además de nosotros?

—Todo nuestro pueblo —dijo.

—Define todos —dije.

—Todos mis vampiros, cualquier persona que el Consejo considera nuestra.

—¿Larry?, —le pregunté.

Suspiró.

—Tal vez.

—¿Debo llamarle? ¿Advertirle? ¿Cómo mucho?

—Yo no estoy seguro. Nadie ha matado un miembro del consejo y no ha tomado su lugar.

—Yo lo maté, no fuiste tú.

—Tú eres mi siervo humano. El Consejo considera que todo lo que haces como una extensión de mis acciones.

Me quedé mirándolo.

—¿Quieres decir que todo el que yo mate, lo matas tú?

Él asintió.

—Yo no estaba a tu servicio cuando maté a Oliver.

—Me gustaría tener un poquito de conocimiento de nosotros mismos.

—¿Por qué?

—No pueden matarme, *ma petite*, pero un cazador de vampiros que mató a un miembro del consejo sería ejecutado. No habrá ningún juicio, sin vacilar.

—¿Aunque yo soy tu siervo humano ahora?

—Eso te puede salvar. Es una de nuestras leyes más estrictas de no destruir otro servidor.

—Así que no pueden matarme, porque yo soy tu siervo.

—Pero te pueden hacer daño, *ma petite*. Se puede hacer mucho daño de manera que tú puedas desear la muerte.

—¿Te refieres a la tortura?

—No en el sentido tradicional. Pero ellos son maestros en encontrar lo que aterroriza más y usarla contra ti. Usarán tus deseos en contra de ti y todo lo que toques, está en una forma de tu elección.

—He conocido a vampiros maestros que podían sentir el deseo de tu corazón y usarlo en tu contra.

—Todo lo que hemos visto antes de nosotros, *ma petite*, es como un sueño lejano. El consejo es la realidad. Son la pesadilla en que se basan. Los que aún tenemos miedo.

—Yvette y Baltasar no parecen asustarme.

Me miró. No había ninguna expresión en su rostro. Era una máscara, suave, agradable, oculto.

—Si no te asustas, *ma petite*, es sólo porque los conozco. Yvette es un adulador del Consejo, porque son lo suficientemente poderoso como para darle un suministro de víctimas.

—¿Las víctimas? No estamos hablando de presa humana, ¿verdad?

—Puede ser humano. Pero Yvette se considera pervertida incluso por otros vampiros.

Yo no estaba segura de querer saber, pero…

—Pervertido de qué manera.

Él suspiró y miró sus manos. Se quedó inmóvil sobre el mantel. Era como si se alejaba de mí.

Pude ver las paredes haciendo clic en su lugar. Fue la reconstrucción de

sí mismo en Jean-Claude, dueño de la ciudad. Fue un shock para darse cuenta de que había habido un cambio.

Que había sido tan gradual que no me había dado cuenta de que conmigo, en nuestros tiempos, él era diferente. No sé si él era más él mismo o más de lo que pensé que quería que fuera, pero él estaba más «relajado», menos vigilado. Al verlo se puso la cara pública mientras yo estaba sentada frente a él era casi deprimente.

—Yvette ama a los muertos.

Yo le frunció el ceño.

—Pero ella es un vampiro. Eso es redundante.

Me miró, y no era una mirada amistosa.

—No voy a sentarme aquí y tener debate contigo, *ma petite*. Tú compartes mi cama. Si yo fuera un zombi, tú no me tocarías.

—Eso es verdad.

Me tomó un puñado de segundos para comprender lo que acababa de decir.

—¿Me estás diciendo que Yvette le gusta tener sexo con zombis, cadáveres putrefactos reales?

—Entre otras cosas, sí.

Yo no podía mantener el disgusto de mi rostro.

—¡Dios mío!, eso es… —La palabra me falló. Entonces encontré una palabra—. Ella es un necrófilo.

—Ella va a utilizar un cadáver, si nada más está disponible, pero su verdadera alegría es el cadáver podrido de animación. Ella encontraría tu talento más atractivo, *ma petite*. Tú podrías levantar una corriente interminable de socios.

—Yo no voy a resucitar a los muertos para su diversión.

—No inicialmente —dijo.

—No, bajo ninguna circunstancia.

—El consejo tiene una manera de encontrar circunstancias que te puede obligar a hacer casi cualquier cosa.

Vi su rostro y deseaba poder leerlo. Pero lo entendí. Él se escondía de ellos, ya.

—¿Qué tan profundo es el hoyo en que estamos?

—En el fondo, lo suficiente como para enterrar a todos nosotros, si el Consejo decide.

—Tal vez no debería haber puesto la pistola —dije.

—Tal vez no —dijo.

La factura llegó. Pagamos y nos fuimos. Hice una parada en el baño de señoras a la salida y recuperé el arma. Jean-Claude me cogió las llaves del coche, así que no tendría que manejar cualquier cosa, pero la pistola. Fue un corto paseo del baño a la puerta. Pistola negra contra un vestido negro. O nadie se dio cuenta, o nadie quería involucrarse. ¿Qué otra cosa nueva?



# NUEVE

El estacionamiento era una extensión oscura de negro brillante, con luces resaltando los coches. Jaguares, Volvo y Mercedes fueron las especies dominantes en el lote. Eché un vistazo a mi jeep en el extremo de una fila. Lo perdí de vista mientras caminábamos entre los coches.

Jean-Claude me cogió las llaves del coche apoyándolas en su mano para que no sonasen cuando se movían. No estábamos cogidos de la mano, o cualquier otra cosa. Tenía la Firestar en las dos manos, apuntando al suelo, pero bien. Yo estaba barriendo el estacionamiento con mi mirada. Mis ojos yendo de un lado a otro. Un policía habría sabido lo que estaba haciendo a dos metros de distancia. Yo estaba buscando el peligro, la búsqueda de objetivos.

Me sentí tonta y nerviosa. Mis hombros y espalda estaban descubiertos. Es una tontería, pero me he sentido mejor en jeans y una camisa. Más seguro.

—Yo no creo que estén aquí —dije en voz baja.

—Estoy seguro de que tienes razón, *ma petite*. Yvette y Baltasar han entregado su mensaje y volverán corriendo a sus amos.

Le miré antes de poner mi atención hacia el estacionamiento.

—Entonces, ¿por qué estoy en el modo de combate?

—Porque el consejo viaja con un séquito. No hemos visto esta noche el último de ellos, te lo prometo.

—Genial.

Llegamos alrededor de los automóviles que estaban entre nosotros y mi jeep. Había un hombre apoyado en el jeep. La Firestar estaba de repente apuntándolo. No pensé, sólo actué.

—Oh, lo siento, la precaución.

Jean-Claude se congeló a mi lado, completamente inmóvil. Los vampiros maestros pueden hacer eso, sólo parecen detenerse, dejar de respirar, dejar de moverse, dejar todo. Como si sólo podrían desaparecer.

El hombre se apoyó en la parte trasera de mi jeep. Estaba a punto de encender un cigarrillo. Se podría pensar que no nos había visto, pero yo lo sabía mejor. Estaba apuntando con mi arma. Él sabía que estábamos allí. Se movió, mostrando uno de los perfiles más perfectos que jamás había visto. Su cabello de oro brillaba en la luz, hasta los hombros, las ondas de espesor le enmarcaban la cara. Tiró el fosforo a la acera con un movimiento práctico de la mano. Se quitó el cigarrillo de la boca y levantó el rostro hacia el cielo. La luz de la calle iluminó a lo largo de la cara y el pelo de oro. Él lanzó tres anillos de humo perfectos y se rió.

Esa risa se arrastró por mi espina dorsal como si me hubiera tocado. Esto me hizo temblar, y me preguntaba cómo diablos había creído que era humano.

—Asher —dijo Jean-Claude.

Una sola palabra, sin emoción, vacía de significado. Pero fue todo lo que no podía hacer para mirar a la cara, Jean-Claude. Yo sabía quién era Asher, pero sólo por su reputación. Asher y su sierva humana, Julianna habían viajado con Jean-Claude a través de Europa durante un par de décadas. Habían sido un *ménage à trois*, o lo más parecido, Jean-Claude había tenido a una familia desde que se convirtió en un vampiro. Jean-Claude había sido llamado al lado de su madre moribunda. Asher y Julianna habían sido capturados por la Iglesia.

Asher se volvió y nos dio su perfil derecho. La luz de la calle que había

acariciado la perfección de su lado izquierdo parecía dura ahora. El lado derecho de su cara parecía cera derretida. Las cicatrices de quemaduras por el agua vendita eran igual a las quemaduras con ácido. Los vampiros no pueden curar los daños causados por objetos sagrados. Los sacerdotes habían tenido una teoría que podrían eliminar al diablo de Asher gota a gota de agua vendita.

Me quedé con la pistola, en alto, sin vacilaciones. Yo sabía que era peor, no hacer nada. Había visto a un vampiro, que se le había podrido medio lado del rostro. Un ojo había estado rodando en un sócalo pelado. Comparado con eso, Asher era un chico de tapa GQ. Lo que hizo la cicatriz de alguna manera fue peor que el resto de él, era tan perfecto. Se hizo peor de alguna manera, más obsceno. La cosa que hizo marcar con una cicatriz peor de alguna manera, era que el resto de él tan perfecto. Lo hizo peor de alguna manera, más obscena.

Habían dejado sus ojos, y la línea media de su cara, así que de su nariz y la plenitud de su boca, estaban sentados en un mar de cicatrices. Jean-Claude le había salvado antes de que los fanáticos lo mataran, pero Julianna había sido quemada como una bruja.

Asher nunca perdono a Jean-Claude por la muerte de la mujer a la que amaba. De hecho, la última vez que había oído hablar de él, le estaba pidiendo mi muerte. Mataría a la sierva humana de Jean-Claude en venganza. El consejo se había negado hasta ahora.

—Aléjate del Jeep, poco a poco —dije.

—¿Quieres matarme por apoyarme en tu coche?

Parecía divertido, agradable. El tono de su voz, la forma en que eligió sus palabras, me recordó a Jean-Claude cuando lo conocí. Asher movió su cuerpo. Sopló un anillo de humo y se rió de nuevo. El sonido se deslizó a través de mi piel como el tacto de piel sobre piel, suave y profundo, ¡oh!, tan poco de la muerte. Se reía como jean-Claude y era desconcertante como el demonio. Jean-Claude tomó una respiración profunda, estremeciéndose y dio un paso adelante. No bloqueó mi línea de visión, y él no me dijo que bajara el arma.

—¿Por qué estás aquí, Asher?

Su voz tenía algo que rara vez había oído, tristeza.

—¿Va a dispararme?

—Pregúntele tú mismo. Yo no soy el que sostiene el arma.

—Así que es cierto. No controlas a tu propio siervo.

—Los mejores servidores humanos son los que vienen de buen grado a la mano. Tú me enseñaste, Asher, tú y Julianna.

Asher arrojó el cigarrillo al suelo. Dio dos pasos rápidos hacia delante.

—No —dije.

Sus manos se apretaron en puños a lo largo de su cuerpo. Su ira se sintió en la noche como un rayo.

—Nunca, nunca digas su nombre otra vez. Tú no mereces hablar de ella.

Jean-Claude hizo una leve reverencia.

—Como quieras. Ahora, ¿qué quieres, Asher? Anita se impacienta pronto.

Asher me miró fijamente. Me miró de pies a cabeza, pero no fue sexual, a pesar de que estaba allí. Me miraba, como si yo fuera un coche que estaba pensando en comprar. Sus ojos eran una sombra extraña de color azul pálido.

—¿Realmente me disparará?

Volvió la cabeza para que yo no pudiera ver las cicatrices. Él sabía exactamente qué hacer. Me dio una sonrisa que se supone que me derretiría en mis calcetines. No funcionó.

—Corta el encanto y dame una razón para no matarte.

Movió la cabeza para que un mechón de pelo cubriera su parte derecha del rostro. Si mi visión nocturna hubiera sido peor, podría haber escondido las cicatrices.

—El consejo extiende una invitación a Jean-Claude, dueño de la ciudad de San Luis, y su sirviente humano, Anita Blake. Solicitan vuestra presencia esta noche.

—Puedes guardar la pistola, *ma petite*. Estamos a salvo hasta que veamos al Consejo.

—Lo último que oí es que, Asher, quería matarme.

—El Consejo rechazó su petición —dijo Jean-Claude—. Nuestros siervos humanos son demasiado preciosos para nosotros para que ellos estén de acuerdo.

—Muy cierto —dijo Asher.

Los dos vampiros se miraron fijamente. Yo esperaba que usaran poderes vampíricos el uno con el otro, pero no lo hicieron. Se quedaron allí, mirándose el uno al otro. Sus rostros no dijeron nada, pero si hubiesen sido gente y no monstruos, yo les hubiese dicho abrácense. Se podía sentir

su dolor en el aire. Me di cuenta de algo que no sabía antes. Ellos se amaron una vez. Sólo el amor puede a su vez convertirse en odio. Julianna había sido su vínculo, pero no sólo había sido su ser querido.

Era el momento de guardar la pistola, pero irritante, tendría que vigilar la estacionamiento.

Realmente tendría que invertir en pantalones para poder esconder mis armas. Es incómodo guardar armas en el vestido. No había nadie más que nosotros tres en el estacionamiento. Le di la espalda a ambos y subí el vestido lo suficiente para poner el arma.

—Por favor, no seas modesta, no repares en mí —dijo Asher.

Me alisé el vestido en su lugar antes de darme la vuelta.

—No te hagas ilusiones.

Él sonrió, y la expresión de su rostro era divertido, condescendiente, y algo más. Ese «algo más» me molestó.

—Modesta, modesta. ¿Eras casta hasta que conociste a nuestro apuesto jean-Claude?

—Es suficiente, Asher —dijo Jean-Claude.

—¿Ella era virgen cuando te conoció?

Hizo una pregunta y luego echó atrás la cabeza y se rió. Se echó a reír hasta que tuvo que apoyarse en el Jeep para mantener el equilibrio.

—Tú, enamorado de una virgen. Es demasiado perfecto.

—Yo no era virgen, pero no es que sea asunto tuyo.

La risa se detuvo tan abruptamente, era sorprendente. Se deslizó hasta el suelo, sentado en el pavimento oscuro. Miró hacia mí a través de una cortina de cabellos dorados. Sus ojos parecían extraños y pálidos.

—No virginal, pero si casta.

—He tenido bastantes juegos por una noche —dije.

—Los juegos son sólo el comienzo —dijo.

—¿Qué se supone que significa eso? —le pregunté.

—Esto quiere decir, *ma petite*, que el consejo nos espera. Ellos tendrán muchos juegos para nosotros, ninguno de ellos agradable.

Asher se levantó como si hubiera sido tirado por cuerdas. Él estuvo de pie, sacudiéndose.

Colocó su abrigo negro más firmemente en su lugar. Estaba caliente para un abrigo largo.

No, que él necesariamente se preocupara, pero era impar. Los vampiros por lo general trataban de armonizar mejor que esto. Claro, que si me

preguntan yo sabía que maravillas podía haber debajo. Podías ocultar un arma bastante grande bajo un abrigo que llega hasta el tobillo. Yo nunca había encontrado a un vampiro que llevase un arma, pero había siempre una primera vez.

Jean-Claude había dicho que nosotros estábamos a salvo hasta que estuviéramos en el consejo, pero esto no significaba que Asher no pudiera tener un arma entonces y atraparnos.

Había estado ocupada apuntando mi arma que se me olvidó revisarlo.

Suspiré.

—¿Qué está mal, *ma petite*?

Asher era un vampiro. ¿Cuánto más peligroso podía ser con una pistola? Pero yo no podía hacerlo.

—Déjame probar mi comprensión. ¿Asher va a montar en el coche con nosotros para ir a la reunión?

—Debo, guiarlos —dijo Asher.

—Entonces apóyate en el Jeep.

Él frunció el ceño, en una divertida clase de manera condescendiente.

—¿Perdón?

—No me importa si eres la segunda venida del Anticristo, pero no puedes sentarte detrás de mí en mi propio coche hasta que sepa que no llevas un arma.

—*Ma petite*, él es un vampiro. Si él está sentado detrás de ti en un coche, es lo suficientemente cerca como para matarte sin un arma.

Sacudí la cabeza.

—Tienes razón. Yo sé que tienes razón, pero el punto no es la lógica, Jean-Claude. El punto es que simplemente no puedo dejarlo en el coche detrás de mí sin saber qué hay debajo del abrigo. No puedo.

—Es cierto. Paranoico, pero sigue siendo cierto.

Jean-Claude me conocía mejor para discutir.

—Muy bien, *ma petite*. Asher ¿serías tan amable de girarte hacia el Jeep?

Asher sonrió brillantemente hacia nosotros, mostrando sus colmillos.

—¿Quieres cachearme? Te podría rasgar en pedazos con mis manos, y ¿estás preocupada por si tengo un arma?

Se rió, un bajo sonido que me recorrió la piel.

—Eso es tan lindo.

—¿Lindo? ¿Yo? Hazlo, por favor.

Se volvió hacia el Jeep, sin dejar de reír en voz baja.
—Las manos sobre el capó, los pies separados.
Saqué el arma una vez más. Tal vez debería llevarla en una cadena alrededor del cuello.
Apreté el cañón en su columna vertebral. Sentí como se tensaba.
—¿Estás hablando en serio?
—Absolutamente —dije—. Los pies más separados.
Se movió, pero no fue suficiente. Le pateé los pies hasta que separó las piernas.
—Dominante, muy dominante. ¿Le gusta estar arriba?
No le hice caso. Más sorprendente, también lo hizo Jean-Claude.
—Más lento, más lento. ¿No te ha enseñado Jean-Claude que no debes tener tanta prisa?
Respiró en el momento oportuno.
—Oooh, eso es bueno.
Sí, fue vergonzoso, pero yo lo registro de arriba a abajo. No había absolutamente nada que encontrar. Pero me sentía mejor. Di un paso atrás hasta que estuve fuera del alcance y baje la pistola.
Estaba mirando sobre su hombro.
—¿Las bragas coindicen con el sujetador?
Sacudí la cabeza.
—Puedes darte la vuelta ahora.
Se quedó apoyado en el coche.
—¿No es necesario terminar con la búsqueda todavía?
—En tus sueños —dije.
Se puso de pie, alisando su abrigo de vuelta en su lugar.
—No tienes idea de lo que sueño, Anita.
No podía leer la expresión de su cara, pero la mirada era suficiente. Yo no quería saber lo que Asher vio cuando cerró los ojos en el descanso del día.
—¿Nos vamos? —dijo Jean-Claude.
—¿Estás tan ansioso por exponer su vida? —preguntó Asher.
La ira regresó con un picor, expulsando a las burlas, divertido galán.
—El consejo no me va a matar esta noche —dijo Jean-Claude.
—¿Estás tan seguro?
—Se trata de sus propias leyes que nos han prohibido en los Estados Unidos luchar entre nosotros hasta que la ley sea aprobada o no aprobada

en Washington. El Consejo quiere que sigan siendo legales en este país. Si se rompen sus propias reglas, nadie los va a obedecer.

Asher se volteó de frente hacia la luz.

—Hay cosas peores que la muerte, Jean-Claude.

Jean-Claude suspiró.

—Yo no te abandoné, Asher. ¿Qué puedo decir para convencerte de la verdad? Tú puedes saber la verdad en mis palabras. Vine a ti en cuanto lo supe.

—Tú has tenido siglos para convencerte a ti mismo de lo que quieres que sea verdad, Jean-Claude. Deseando que sea verdad no lo hace así.

—Que así sea, Asher. Pero me gustaría deshacer lo que creas que hice. Si pudiera, yo te la devolvería.

Asher levantó la mano como si pudiera detener las palabras a distancia.

—No, no, ¡no! La mataste. La dejaste morir. Se dejó quemar hasta la muerte. La sentí morir, Jean-Claude. Yo era su maestro. Tenía tanto miedo. Hasta el último momento pensó que vendrías a salvarla. Yo era su maestro y sé que sus últimas palabras fueron tu nombre.

Jean-Claude dio la espalda a Asher. El vampiro cerró la distancia entre ellos en dos pasos a grandes zancadas. Jean-Claude me agarró del brazo y giró en torno a él. La luz de la calle mostró lágrimas en el rostro de Jean-Claude. Estaba llorando por una mujer que había muerto más de doscientos años. Fue un tiempo de dolor.

—Nunca me lo habías dicho —dijo Jean-Claude en voz baja.

Asher lo empujó con tanta fuerza que se tropezó.

—Guarda tus lágrimas, Jean-Claude. Tú las necesitas para ti y para ella. Han prometido que será mi venganza.

Jean-Claude se limpió las lágrimas con el dorso de la mano.

—No nos puedes matar. No te lo van a permitir.

Asher sonrió, y fue muy desagradable.

—Yo no quiero su vida, Jean-Claude. Quiero tu dolor.

Se acercó a mí, dando vueltas como un tiburón. Me moví con él y sabía que él estaba demasiado cerca. Si se movía rápido, yo nunca podría coger el arma a tiempo.

—Me has dado por fin lo que necesito para hacerte daño, Jean-Claude. Amas a alguien más que a ti. El amor nunca es libre, Jean-Claude. Es la emoción más cara que tenemos, y vas a ver como la pagas en su totalidad.

Se puso de pie delante de Jean-Claude, sus manos con los puños

cerrados estaban al lado de su cuerpo. Estaba temblando, no por el esfuerzo de golpear. Jean-Claude había dejado de llorar, pero no estaba segura de que pudiera luchar. En ese momento me di cuenta de que no quería hacer daño a Asher. La culpa es una cosa esplendorosa. El problema era, Asher quería hacerle daño.

Salí entre ellos. Di un paso hacia adelante. Asher tenía que dar un paso atrás o íbamos a tocarnos. Dio un paso atrás, mirando como si yo sólo hubiera aparecido. Se había olvidado de mí por un segundo.

—El amor no es la emoción más cara, Asher —dije.

Dio otro paso para atrás.

—El odio lo es. Porque el odio te come y destruye el interior, mucho antes de matarte.

—Muy filosófico —dijo.



# DIEZ

Conduje. Asher dio instrucciones. Estaba sentado en la parte de atrás del coche. Yo no le dije nada de que se abrochase el cinturón de seguridad. Jean-Claude se sentó en el asiento del copiloto a mi lado, en silencio, sin mirar a Asher, ni a mí.

—Algo está mal —dijo Jean-Claude.

Me miró.

—¿Quieres decir que, además del Consejo en la ciudad?

Sacudió la cabeza.

—Puede que no lo sientas.

—Yo no siento nada.

Ese es el problema.

Se puso tan lejos como el cinturón de seguridad le dejó y se reunió con los ojos de Asher.

—¿Qué es lo que está pasando en mi ciudad?

Asher sabía lo que su rostro mostraba perfectamente en el espejo retrovisor, como si quisiera que lo viera. Él sonrió. Su rostro se mudó cuando él sonrió. La piel se había marcado por debajo de los músculos. Todo parecía funcionar bien, excepto por las cicatrices. La expresión de su rostro era engreído, satisfecho de sí mismo. El tipo de alegría que los gatos tienen de atormentar a los ratones.

—Yo no sé lo que les está sucediendo, pero debes hacerlo tú. Eres, después de todo, el Maestro de la ciudad.

—¿Qué está pasando, Jean-Claude? ¿Qué otra cosa está mal? —le pregunté.

—Debo poder sentir mi pueblo, *ma petite*. Si concentrarse, es como… ruido fondo. Puedo sentir el flujo y reflujo de ellos. En coacción extrema puedo sentir su dolor, su miedo. Ahora estoy concentrándome, y es como una pared en blanco.

—El Maestro Balthasar fue capaz de impedir que escucharas a tus vampiros —dijo Asher.

La mano de Jean-Claude arremetió en un borrón de velocidad casi mágico. Agarró el cuellodel abrigo de Asher, retorciéndola en un anillo de asfixia.

—No-han-hecho-nada-equivocado. No tienen derecho a dañar a mi gente.

Asher no intentó escapar. Él sólo miró fijamente.

—Hay un asiento vacío en el consejo por primera vez en más de cuatro mil años. Quienquiera ese asiento toma ese asiento. Esa es la ley de sucesión.

Jean-Claude liberó a Asher lentamente.

—No quiero.

—No deberías haber matado a Muevetierra, entonces.

—Nos habría matado a nosotros —dije.

—Privilegio Consejo, Asher dijo.

—Eso es ridículo —dije—. Estás diciendo que porque no nos dejamos mata, ¿vamos a morir ahora?

—Nadie ha venido aquí planeando matar nadie —dijo Asher—. Créame, que era mi voto, pero estaba en minoría. El consejo sólo quiere asegurarse que Jean-Claude no está intentando configurar su propio Consejo.

Jean-Claude y yo nos miramos. Tuve que volver a poner mi atención

hacia la carretera.

—Estás balbuceando, Asher —dijo Jean-Claude.

—No todos son felices con las normas del consejo actual. Algunos dicen que están anticuados.

—Han ido diciendo eso que durante cuatrocientos años, Jean-Claude dijo.

—Sí, pero hasta ahora no había alternativa. Algunos ven tu negativa al asiento del Consejo como un golpe para un nuevo orden.

—Sabes qué no quiero tomarlo.

Asher se rió, un sonido bajo que jugó a lo largo de mi piel.

—¿Qué quieres decir, Jean-Claude?

—Yo no soy lo suficientemente poderoso como para ocupar un asiento del Consejo. Tendría que matar al primer Desafiador, entonces tendría mi asiento en el Consejo. Yo sería un pretexto.

—Sin embargo, has matado a un miembro del Consejo. ¿Cómo lo has logrado, Jean-Claude?

Se apoyó en la parte de atrás de mi asiento. Lo podía sentir. Cogió un mechón de mi cabello y tiró de mi cabeza.

—¿A dónde diablos vamos? Se suponía que tenías que dar las instrucciones —le dije.

—No hay necesidad de que te de las direcciones, *ma petite* —dijo Jean-Claude. Ellos han tomado el circo.

—¿Qué?

Me quedé mirándolo, y lo único que impidió que el Jeep se desviara fue suerte.

—¿Qué dijiste?

—¿No lo entiendes aún? El Viajero, maestro de Balthasar, bloqueo mis poderes y los poderes de los vampiros, y les impidió llegar a mí.

—Tus lobos. Tú debes de haber sentido algo en tus lobos. Son tu animal para llamar —le dije.

Jean-Claude se dirigió a Asher.

—Sólo un vampiro podría haber mantenido a mis lobos para pedir ayuda. El Maestro de las bestias.

Asher apoyó la barbilla en la parte de atrás de mi asiento. Sentí inclinación de cabeza.

—¡Fuera de mi asiento! —le dije.

Alzó la cabeza, pero en realidad no retrocedió.

—Deben pensar que soy poderoso en efecto para enviar a dos señores del Consejo —dijo Jean-Claude.

Asher hizo un sonido áspero.

—Sólo tú, Jean-Claude, serías lo suficientemente arrogante como para creer que dos señores del Consejo llegaron a este país sólo para ti.

—Si no me enseñas una lección, entonces ¿por qué estás aquí? —preguntó Jean-Claude.

—Nuestra reina negra desea saber cómo está trabajando la legalidad para los vampiros en los Estados Unidos. Hemos viajado desde Boston a Nueva Orleans a San Francisco. Eligió las ciudades que visitará, y en qué orden. Nuestra reina negra a la izquierda de Saint Louis, y para el final.

—¿Por qué haría eso? —preguntó Jean-Claude.

—La Reina de las pesadillas puede hacer cualquier cosa que le gusta —dijo Asher—. Ella dice ir a Boston, pues vamos.

—Si ella dice, sal a la luz del sol, ¿lo harías?

Le pregunté. Me miró. Estaba tan cerca que girar la cabeza era suficiente, ningún espejo era necesario. Su rostro estaba en blanco y hermoso, vacío.

—Tal vez —dijo.

Me volví a la carretera.

—Estás loco, estás loco.

—Muy cierto —dijo Asher.

Olió mi pelo.

—Basta.

—Hueles a poder, Anita Blake. Tu hedor de los muertos.

Trazó los dedos a lo largo de mi cuello. Yo desvié el jeep a propósito, él fue lanzado por el asiento de atrás.

—No me toques.

—El Consejo ha considerado que te encontraría con el poder. Hinchado con nuevas capacidades, sin embargo, tú parece lo mismo. Pero ella es diferente. Ella es nueva. Y no es hombre lobo. Sí, ese Ulfric, Richard Zeeman. Tú le has obligado, también.

Asher recobró un poco de seguridad en los asientos, aunque no tan cerca de mí.

—Se trata de tus siervos los que tienen el poder. No tú.

—¿Hay algo de Padma sin sus animales? —preguntó Jean-Claude.

—Muy cierto, aunque yo no podría decir que.

Se apoyó en la parte trasera de los asientos de nuevo, no me tocó esta vez.

—Así que admites que tus siervos te han dado el poder de tomar un miembro del consejo.

—Mi sierva humana y mi lobo son simplemente extensiones de mi poder. Sus manos son mis manos, sus obras, mis obras. Esta es la ley del Consejo. Así que ¿qué importa si el poder proviene de mí?

—Citando la ley del Consejo, Jean-Claude. Has crecido cauteloso desde nuestro último encuentro.

—Precaución me ha servido bien, Asher.

—Pero ¿ha tenido alguna diversión?

Era una pregunta extraña viniendo de alguien que se supone que odia a Jean-Claude.

—Algunos de ellos, y tú, ¿cómo te va a Asher? ¿Sigues sirviendo al Consejo, o has venido a lo largo de esta misión a atormentarme?

—Sí, a ambas preguntas.

—¿Por qué no has huido del Consejo?

—Muchos aspiran a servirles —dijo Asher.

—Tú no lo hiciste.

—Tal vez la venganza ha cambiado mis aspiraciones.

Jean-Claude puso su mano sobre el brazo de Asher.

—*Ma petite* tiene razón. El odio es un fuego frío, y no da calor.

Asher se echó para atrás, deslizándose en el asiento lo que le permitió. Miré en mi espejo retrovisor. Estaba acurrucado en la oscuridad, abrazado a sí mismo.

—Cuando te vea llorar por tu amada, tendré todo el calor que necesito.

—Estaremos en el Circo muy pronto —le dije—. ¿Cuál es el plan?

—No estoy seguro de que hay un plan. Debemos asumir que han convertido a nuestro pueblo en esclavo. Así que será sólo lo que los dos podamos hacer.

—¿Vamos a tratar de tomar la parte de atrás del Circo, o qué?

Asher se rió.

—¿Es en serio?

—Siempre —dijo Jean-Claude.

—Bien. ¿Qué se supone que debemos hacer?

—Sobrevivir si se puede —dijo Asher.

—Cállate —le dije—. Esto es lo que necesito saber, Jean-Claude.

¿Vamos allí pateando traseros, o qué?

—¿Rastrearles, *ma petite*?

—Ellos tienen a Willie, Jason, y quién sabe cuántos más. Así que, sí, si se mantienen a salvo, me gustaría hacer un poco de rastreo.

—Yo no creo que sería muy bueno en eso —dijo Jean-Claude.

—Yo lo soy.

—Pero no, esta noche rastreo no. No somos lo suficientemente fuertes como para retomar el circo, pero vamos, como dices, a aprovecharla.

—¿Dominante? —Hice una pregunta.

—*Oui*.

—¿Cómo dominante?

—Ser agresivos, pero no tontos. Es posible que cualquier persona herida sea capaz de hacer daño, pero no matar. No queremos darles una excusa.

—Ellos piensan que tú has iniciado una revolución, Jean-Claude —dijo Asher en la oscuridad.

—Como todos los revolucionarios, de muertos a convertirse en un mártir.

—No te quiero muerto.

Jean-Claude se dio la vuelta para poder ver el otro vampiro.

—Entonces, ¿qué es lo que quieren?, Asher, dime.

—Tienen que hacer un ejemplo de ti. Seguro que es eso.

—Si yo había planeado forjar un segundo Consejo en Estados Unidos, sí, me gustaría ver su punto. Pero conozco mis limitaciones. No puedo ocupar un asiento del Consejo en contra de todos. Sería una pena de muerte. Solo quiero que me dejen.

Asher suspiró.

—Es demasiado tarde para eso, Jean-Claude.

—El consejo está aquí, y no creerán tus protestas de inocencia.

—¿Tú le crees?, —dije.

Permaneció callado unos segundos, luego dijo:

—Sí, creo en él. La única cosa que Jean-Claude ha hecho siempre bien es sobrevivir. Provocar el consejo no es una buena manera de hacerlo.

Asher se deslizó hacia adelante contra los asientos, poniendo su cara muy cerca de la mía.

—Recuerda, Anita, que hace todos esos años, intentó salvarme. Esperó hasta que sabía que no sería capturado. Esperó hasta que pudo salvarme al

menos sin riesgo para sí mismo. Esperó hasta que Julianna estaba muerta, porque era demasiado grande el riesgo que tomar.

—Eso no es cierto —dijo Jean-Claude.

Asher lo ignoró.

—Ten cuidado que él no espera para salvarte.

—No quiero a nadie alrededor para salvarme —dije.

Jean-Claude miró por la ventana los coches pasar. Temblaba su cabeza suavemente, atrás y adelante, atrás y adelante.

—Ya estoy cansado de ti, Asher.

—Estás cansado de mí porque hablo la verdad.

Jean-Claude se volvió hacia él.

—No, me canso de ti porque me recuerdas a ella, y que una vez, hace mucho tiempo atrás, yo era casi feliz.

Los dos vampiros se miraron fijamente.

—Pero ahora tienes una segunda oportunidad —dijo Asher.

—Tú podrías tener una segunda oportunidad, también, Asher. Si sólo dejaras ir el pasado.

—El pasado es todo lo que tengo.

—Y eso no es culpa mía —dijo Jean-Claude.

Asher se deslizó en la oscuridad, acurrucado en el asiento. Pensé que Jean-Claude había ganado la discusión por ahora. Pero lo llamamos un sentimiento, no pensé que la lucha había terminado.



# ONCE

El Circo de los Condenados se encuentra en un almacén reconvertido. De la parte delantera se ve como un carnaval, con carteles de promoción de fenómeno de circo, payasos y baile dando vueltas en la parte superior de la señal luminosa. Desde el fondo, es simplemente oscuro.

Estacioné el jeep en el pequeño aparcamiento reservado para los empleados. Era pequeña, porque la mayoría de la ayuda vivía en el circo. No hay necesidad de un coche si nunca te vas. Aquí estaba la esperanza de que íbamos a necesitar nuestro coche.

Apagué el motor, y el silencio se arremolinaba en el coche. Los vampiros se habían hundido en esa quietud absoluta que me hizo tener que mirarlos para asegurarme de que seguían allí.

Los mamíferos se pueden congelar, pero un conejo congelado en espera del zorro para pasar es una cosa vibrante. Se respira rápido y más rápido. Su corazón late. Los vampiros son más como las serpientes. Una serpiente

pondrá una longitud de su cuerpo, luego se congelará. No hay sensación de movimiento se detuvo. No tiene ningún sentido que el movimiento va a continuar. En ese momento de tiempo congelado una serpiente parece irreal, más como una obra de arte, algo esculpido en lugar de algo vivo. Jean-Claude parecía haber caído en un pozo de silencio donde el movimiento, incluso el aliento, estaba prohibido.

Miré hacia Asher. Sentado en el asiento trasero. Inmóviles, una presencia de oro perfecto, pero no vivo.

El silencio llenó el Jeep como el agua helada. Yo quería aplaudir, gritar, hacer ruido, para asustarlos para que volvieran a tener movimiento. Pero yo lo sabía mejor. Lo único que conseguiría sería un pestañeo y una mirada. Una mirada que no era humana y tal vez nunca lo hubiera sido.

—¿Palmaditas en busca de armas?

Mi voz era plana en el silencio cargado.

Jean-Claude parpadeó con gracia, y luego volvió la cabeza para mirarme. La mirada era pacífica y no vacía. Yo había empezado a preguntarme si el silencio era una forma de meditación para los vampiros. ¿Tal vez si viviéramos en la noche?, me pregunte.

—Este es un desafío, *ma petite*. Ellos nos permitirán ser peligroso. A pesar de que no hacen alarde de su armamento. Tu arma más pequeña está bien.

Sacudí la cabeza.

—Yo estaba pensando en más.

Levantó las cejas.

—¿Más?

Me volví a mirar a Asher. Él parpadeó y me miró. Me golpeó la luz del techo y vio verdadero color de sus ojos por primera vez. Eran azules. Pero eso no les hacía justicia. Eran como un azul pálido como Jean-Claude eran de un azul oscuro. Pálido, frío, azul, el color de los ojos de un sorprendente Husky. Pero no fue sólo los ojos, era el pelo. Se había convertido de oro, pero el oro normal de un rubio oscuro. A la luz más verdadera del coche, me di cuenta que no era sólo la ilusión y la luz tenue, que era de oro. Su pelo era el verdadero oro que había visto fuera de una botella o una lata de pintura metalizada. La combinación de pelo y los ojos fue increíble. Incluso sin las cicatrices que no había buscado de verdad.

Eché una mirada de un vampiro al otro. Jean-Claude era el más hermoso, y no se las cicatrices. Asher era sólo una huella más guapo de lo

que era bonito.

—El mismo vampiro os hizo a los dos, ¿verdad? —le pregunté.

Jean-Claude asintió.

Asher sólo se me quedó mirando.

—¿Adónde fue? —le pregunté.

—¿Estudio-de-belleza-sobrenatural?

Asher soltó una risita. Se pasó los dedos por el lado de las cicatrices de su rostro, haciendo el estiramiento de la piel, tirando de ella fuera de su ojo para que tú pudieras ver el interior de la carne pálida de la cuenca del ojo. Hizo hincapié en todo lo que en una especie de máscara horrible.

—¿Crees que soy bello, Anita?

Lanzó la piel, y se quebró en su lugar, resistente, perfecto en su propia manera.

Le miré.

—¿Qué quieres que te diga, Asher?

—Yo quiero que te asustes. Quiero ver en tu cara lo que he visto en todos los rostros de los últimos doscientos años, asco, desprecio, horror.

—Lo siento —dije.

Se apoyó en el asiento, mostrando las cicatrices a la luz. Parecía tener un sentido innato de lo que haría cualquier luz de las heridas, para saber cómo las sombras caen. Años de práctica, supongo.

Me miró. Miré a sus pálidos, ojos perfectos, contemplaba las olas gruesas de pelo dorado, la plenitud de sus labios. Me encogí de hombros.

—¿Qué puedo decir? Soy una persona que me fijo en el cabello y los ojos, y tiene un buen cabello y los ojos increíble.

Asher se echó para atrás en su asiento. Nos miró, y no había tanta rabia en los ojos. La rabia tan horrible que me daba miedo.

—No —dijo—. No, tienes miedo de mí. Puedo verlo, olerlo, probarlo.

Él sonrió, satisfecho de sí mismo, de alguna manera triunfal.

—Dile lo que es el miedo, *ma petite*.

Miré a Jean-Claude, luego a Asher.

—No es la cicatriz, Asher. Es tu odio lo que me da miedo.

Se inclinó hacia adelante, y creo que sin querer, su pelo derramado alrededor de su rostro, camuflándolo. Tenía la mirada de costumbre, la comodidad.

—Sí, mi odio es aterrador. Aterrador. Y recuerda, Anita Blake, que el odio es todo para ti y tu maestro.

Yo sabía que quería decir, Jean-Claude y yo, no podía discutir con el título más, aunque a veces quisiera.

—El odio nos hace feos, me dijo.

Me siseó y no había nada humano en el gesto. Le di una mirada aburrida.

—Vamos, Asher. He estado allí, hecho eso. Si quieres jugar grandes-vampiros-malos, ponte en la cola.

Se quitó su abrigo en un movimiento brusco y violento. Una chaqueta de tweed marrón terminó arrugada en el asiento. Volvió la cabeza para que pudiera ver que las cicatrices que marcharon por el cuello de su camisa blanca. Comenzó a desabrocharse la camisa.

Miré a Jean-Claude. Su rostro era impasible, inútil. Yo estaba por mi cuenta. Entonces, ¿qué era nuevo?

—No es que no me guste la oferta, pero no suelen dejar una franja hombre desnudo en la primera cita.

Me gruñó. Se descubrió el pecho a la luz, seguí cuidadosamente la camisa metida en los pantalones. Las cicatrices que chorreaba por su carne como si alguien hubiera trazado una línea divisoria en el centro de su cuerpo. La mitad pálida y perfecta, la otra mitad monstruosa. Habían sido más cuidadosos en la cara y el cuello. Ellos no habían tenido cuidado de su pecho. Cicatrices de cortes y surcos profundos. La piel tan fundida que ni siquiera parecía de verdad. Las cicatrices que corrían por el estómago en la parte superior con un cinturón de sus pantalones.

Me quedé porque eso es lo que él quería que hiciera. Cuando finalmente pude mirarlo a los ojos, no tenía palabras. Había tenido agua bendita derramada sobre la mordedura de un vampiro antes. Limpiar, lo llamaban. La tortura era una palabra que ya existía. Me arrastré y maldije y vomité. No me podía imaginar el dolor que había sobrevivido. Sus ojos estaban muy abiertos, feroces y terribles.

—Las cicatrices van hasta el fondo —dijo.

Dejó una estela de imágenes que yo había estado tratando de evitar. Pensé en un montón de cosas para decir: «Wow», pero parecía demasiado escuela secundaria y los tratos crueles, «lo siento» era totalmente inadecuado. Extendí mis manos todo, de rodillas en el asiento mirando.

—Te pedí una vez antes, Asher. ¿Qué quieres que diga?

Se puso tan lejos de mí, como pudo, la espalda contra la puerta del Jeep.

—¿Por qué no miras a otro lado? ¿Por qué no me odias? ¿Por qué no estás disgustada con este cuerpo?

Al igual que él estaba disgustado. Se colgó sin decir nada, pero allí estaba en sus ojos, en la forma que tenía él mismo. Tácito, las palabras flotaban en el aire con el peso y el empuje de un trueno.

Me gritó.

—¿Por qué no veo en tus ojos lo que veo en los ojos de todos?

—No se ve el horror en los ojos, *mon ami* —dijo Jean-Claude.

—No —dijo Asher, Yo lo veo peor. Veo ¡lástima!

Abrió la puerta del coche sin volverse. Me han dicho que se cayó del coche, pero eso no es cierto. Flotaba hacia arriba antes de que pudiera tocar el suelo. Hubo una repercusión en el viento que soplaba sobre mí como una tormenta, se había ido.



# DOCE

Nos sentamos en silencio durante unos segundos, ambos mirando a la puerta abierta.

Finalmente, tuve que llenar el silencio.

—La gente va y viene rápidamente.

Jean-Claude no encontró la referencia de la película. Richard lo habría conseguido. Le gustaba el «Mago de Oz». Jean-Claude me respondió seriamente.

—Asher siempre fue muy bueno en el vuelo.

Alguien se rió. El sonido me hizo coger la Firestar. La voz era familiar, pero el tono era nuevo; arrogante, profundamente arrogante.

—Las balas de plata no me van a matar, Anita. Mi nuevo amo me lo ha prometido.

Liv apareció en la puerta del coche, mirándonos, con los musculosos brazos apoyados a los lados de la puerta. Ella sonrió ampliamente para

enseñar un flash de sus colmillos. Cuando pasas quinientos años como Liv, sólo muestra el flash de los colmillos cuando lo desee. Ella sonreía como el gato de Cheshire, muy contento por algo. Llevaba un sujetador deportivo negro y un alto Pantalón corto para correr que hacía que todos los músculos del cuerpo brillaran a las luces de la calle. Ella fue una de las vampiresas que Jean-Claude había invitado a su territorio recientemente. Se suponía que debía ser uno de sus lugartenientes vampiros.

—¿Qué, comiste un canario? —le pregunté.

Ella frunció el ceño.

—¿Qué?

—El gato que se comió el canario —le dije.

Siguió frunciendo el ceño. El Inglés de Liv es perfecto, sin acento de ninguna clase. A veces me olvido de que no es su primer idioma. Muchos de los vampiros han perdido su acento original, pero todavía no entienden toda la jerga. Pero, hey, apuesto a que Liv sabía un poco de jerga eslava que yo nunca había oído.

—Anita se pregunta por qué estás tan contenta —dijo Jean-Claude—, pero creo que ya sé la respuesta.

Me miró, luego a Liv. Tuve la Firestar a punto, pero no a la vista. Se suponía que debía de estar de nuestro lado. Me daba la sensación de que podría haber cambiado.

—¿Dijiste que tenías un nuevo amo? —le pregunté.

—Sí, lo dijo —dijo Jean-Claude.

Levanté el arma y le apunté. Ella se rió. Era desconcertante. Ella se metió en el asiento de atrás, sin dejar de reír. Muy inquietante. Liv puede tener más de seiscientos años de edad y algunos cambios, pero no era poderosa. Ciertamente, no lo suficientemente potente como para reírse de la munición de plata.

—Tú sabes que soy capaz de pegarte un tiro, Liv. ¿Cuál es la broma?

—¿No sientes, *ma petite*? La diferencia en ella.

Liv estabilizó la mano en la parte posterior del asiento, apuntando con la pistola en el pecho impresionante. Yo estaba a menos de dos metros de ella, a esta distancia, la bala sacaba su corazón. Ella no estaba preocupada. Ella debería haberlo estado.

Me concentré en Liv. Trató de rodar su poder en mi mente. Lo que había hecho hasta entonces, sabía lo que sentía en mi cabeza. O pensaba. Noté su poder alrededor de mi cráneo, zumbaba por mis huesos. Podía

sentir su poder como un zumbido tan profundo y bajo que era casi doloroso.

Tomé una respiración profunda y dejé escapar el aire lentamente. Me quedé con la pistola apuntándola.

—Si tiro del gatillo, Liv, incluso con el impulso del poder, vas a morir.

Liv miró a Jean-Claude. Fue una larga y auto-mirada satisfecha.

—Tú sabes que no voy a morir, Jean-Claude.

—Sólo el Viajero puede hacer tal promesa extravagante, y espero que la mantenga —dijo Jean-Claude—. Tú eres muy poco femenina para su gusto, a menos que haya cambiado.

Su rostro era despectivo.

—Él está por encima de tales deseos mezquinos. Me ofreció sólo el poder y yo acepté.

Jean-Claude movió la cabeza.

—Si realmente crees que el Viajero está por encima de los deseos del cuerpo, entonces él ha sido muy… Cuida tú alrededor, Liv.

—Él no es como los demás —dijo.

Jean-Claude suspiró.

—Eso no lo voy a discutir, Liv. Pero ten cuidado de que su poder no se convierta en adicción.

—Quieres asustarme, pero no va a funcionar, Jean-Claude. Su poder no se parece a nada que yo haya experimentado antes, y se puede compartir. Puedo ser lo que yo estaba destinada a ser.

—Él los llena a reventar con su poder, Liv, no te hará un maestro. Si él ha prometido eso, entonces, te ha mentido.

Ella le susurró.

—Dirías cualquier cosa para escapar esta noche.

Se encogió de hombros.

—Tal vez.

—Pensé que Liv había tomado un juramento de lealtad hacia ti —le dije.

—*Oui*.

—Entonces, ¿qué está pasando?

—El consejo va a ser muy cuidadoso de respetar las normas, *ma petite*. El circo es una empresa pública, con lo que el Consejo podría haber cruzado el umbral de no invitados. En su lugar, encontró a alguien que los invitó a entrar.

Me quedé mirando al vampiro en la parte trasera de mi jeep.

—¿Ella nos traicionó?

—Sí —dijo en voz baja. Me tocó el hombro—. No la mates, *ma petite*. La bala entrará, pero el Viajero no permitiría su muerte. Simplemente sería desperdiciar una bala.

Sacudí la cabeza.

—Ella te traicionó, a todos vosotros.

—Si no podían sobornar a alguien, habrían torturado a alguien más. Me gusta mucho más este método —dijo.

Me quedé mirando el cañón de la pistola en la cara sonriente de Liv. Podría haber apretado el gatillo y no me hubiera preocupado. Había hecho todo el daño que podía hacer. No era como si hubiera matado a su ser para salvarnos. Yo quería apretar el gatillo. Simplemente pensaba que merecía la muerte por traicionarnos. No la ira, o incluso la indignación, sólo un buen negocio. Fue un mal precedente para permitir que nadie te traicione y sobrevivir. Es un mal ejemplo. Me di cuenta con una sacudida casi física que matar no significaba nada para mí. Sólo un buen negocio. Dulce Jesús. Bajé la pistola. Yo no quería matar a nadie. Con frialdad. Matar no me molestaba, pero debe significar algo.

Liv se recostó en el asiento, sonriente, contenta de que había visto la inutilidad de su muerte.

Si se diera cuenta de por qué no lo había hecho, todavía podría haber tenido miedo de mí, pero ella se escondía detrás de la potencia de este Viajero. Confiaba en que fuera escudo suficiente contra cualquier cosa. Ella me molestó bastante esta noche, tal vez había prueba de la teoría.

Sacudí la cabeza. Si yo iba a cumplir con los fantasmas de vampirekind necesitaba más armas. Tenía mis vainas de la muñeca, con cuchillos de plata, en la guantera. A menudo las llevaba en el jeep cuando me ponía algo que no podía usarlas, como el vestido. Nunca sabía cuándo se necesita un buen cuchillo.

—Voy a hablarles de todas las armas que veo —dijo.

Terminé el pandeo de los cuchillos en el lugar.

—Yvette y Baltasar saben que tengo armas.

No estoy tratando de ser sutil, acababa de empezar. Abrió la puerta y salió. Recorrió la oscuridad para más seguridad, aunque los muy viejos podían ocultarse casi a la vista.

Algunos vampiros eran como camaleones salidos todos del infierno a la

hora de mezclarse con su entorno. Había visto uno que podría envolverse en las sombras, y luego arrojarla a un lado como una capa. Había sido impresionante.

Liv salió a toda prisa del coche para estar cerca de mí. Había levantado unos pocos pesos, demasiados para cruzar los brazos cómodamente, pero estaba tratando. Tratando de parecer un guardaespaldas indiferente. Ella tenía seis pies de alto y construida como una casa de ladrillos, no tenía que esforzarse para parecer intimidante.

Jean-Claude se bajó del coche y fue a mi lado, poniéndose entre las dos. No estaba segura para quién era la protección, ella o yo.

Tenía el abrigo largo de Asher en sus brazos.

—Sugiero, *ma petite*, que tú uses este abrigo para esconder las armas.

—Voy a hablarles de los cuchillos —dijo Liv.

—Si las armas están a la vista, es más que un desafío —dijo Jean-Claude—. Alguien podría sentirse obligado a tomar parte de ti.

—Lo pueden intentar —dije.

Jean-Claude me entregó la capa, envuelta en sus brazos.

—Por favor, *ma petite*.

La tomé de él. Él no decía «por favor» a menudo.

Me puse el abrigo negro sobre el vestido. Me acordé de dos cosas. Una, hacia un maldito calor para usar un abrigo. Dos, Asher, medía seis pies o más, el abrigo era enorme. Empecé a enrollar las mangas.

—Anita —dijo Liv.

La miré.

Se veía seria ahora, su rostro fuerte estaba en blanco era ilegible.

—Mírame a los ojos.

Sacudí la cabeza.

—¿Qué es lo que ustedes hacen, se sientan alrededor de ver viejas películas de Drácula y robar el diálogo?

Liv dio un paso amenazador hacia adelante. Sólo la miré.

—Acaba con esta maldita rutina de vampiro, Liv. Hemos hecho esto y no me puedes encantar con tus ojos.

—*Ma petite* —dijo Jean-Claude dijo—, haz lo que ella pide.

Yo le frunció el ceño.

—¿Por qué? ¿Sospechas, de mí?

—Porque la mejor habilidad del Viajero es que puede ver a través de los ojos de Liv, sería mejor conocerla aquí, en la seguridad relativa, que

dentro, entre nuestros mayores enemigos.

Había un punto, pero no me gusta. Me encogió de hombros.

—Bien.

Me quedé mirando su cara, sus ojos azules, aunque el color era un poco lavado por la luz de la calle.

Liv volteó, hubo un derrame de luz amarilla proveniente de la puerta abierta del coche que golpeó sus ojos y les hizo ver de un color violeta, casi morado. Sus ojos eran su mejor característica y nunca había tenido problemas para recibir flores para su mirada.

Todavía no podía. Ni siquiera una punzada.

Las manos de Liv se cerraron en puños. Ella hablaba, pero no creo que estaba hablando con cualquiera de nosotros.

—Tú me prometiste. Me prometiste el poder suficiente para hechizar su mente.

Hubo una ráfaga de viento, el frío suficiente para hacerme temblar y apiñarme en el abrigo largo.

Liv rió, un rebuzno fuerte de sonido. Ella levantó los brazos al viento frío, como si tratara de envolverlo a su alrededor, como cortinas en la brisa.

El frío viento levantó el vello de la parte de atrás de mi cuello, pero no fue la temperatura, era el poder en ella.

—Ahora —dijo Liv—, mírame a los ojos, si te atreves.

—Mejoró tu diálogo —dije.

—¿Tienes miedo de conocer mi mirada, ejecutora?

El viento frío que había salido de la nada murió, y luego se desvaneció, quedó una caricia de hielo. Esperé hasta que el calor del verano cayó sobre mí como un envoltorio plástico, esperé hasta que el sudor arrastrara por mi espina dorsal, luego la miré.

Una vez había evitado mirar a cualquier vampiro a los ojos. Había tenido una cierta inmunidad natural, incluso los vampiros menores eran peligrosos. Su mirada era un truco que casi todos ellos tenían en menor medida, o más. Mis poderes habían crecido, y las marcas de vampiro los habían consolidado. Yo era más o menos inmune a la mirada de vampiro. Así que ¿por qué tengo miedo ahora?

Me encontré con la mirada violeta Liv, sin pestañear. Al principio no había nada, sólo su extraordinario color. Una tensión salió de mí, mis hombros sueltos. Eran sólo los ojos.

Entonces era como si el violeta de sus ojos, fuesen agua, y yo era algo

que patinaba sobre la tensión superficial, hasta que algo pasó de los ojos y me tiró abajo. Antes de que hubiera sido como la caída, pero ahora algo me sostenía, algo oscuro y fuerte. Me sostenía, me bajo como el agua baja el hielo. Yo grité, y arremetió. Arremetí contra la película fría de hielo, alcanzada por una superficie que no era física, ni siquiera era metafórico, pero he luchado. Luché contra la fuerza de la oscuridad.

Volví en mí, de rodillas en el estacionamiento, Jean-Claude cogió mi mano en la suya.

—*Ma petite, ma petite*, ¿estás bien?

Moví la cabeza. Yo no confiaba en mi voz todavía. Se me había olvidado lo mucho que odiaba ser laminada por su mirada. Olvidé cómo me sentía impotente. Mi propio poder me estaba haciendo descuidada alrededor de los malditos.

Liv se apoyó en el lado del jeep. Parecía cansada.

—Casi te tenía.

Encontré mi voz.

—Tú no tienes nada. No fue tu mirada la que me estaba absorbiendo. Fue la suya.

Sacudió la cabeza.

—Me prometió que me daría el poder, Anita. Para tener tu mente.

Dejé que Jean-Claude me ayudara a ponerme sobre mis pies, me decía que me sentía débil.

—Entonces él mintió, Liv. No es tu poder es el suyo.

—Tienes miedo de mí ahora —dijo—. Puedo sentir el miedo en mi cabeza.

Yo asentí.

—Sí, estoy asustada. Si eso te hace feliz, después puedes reírte.

Empecé a alejarme de ella. Más armas. Necesitaba más armas.

—Me hace feliz —dijo—. Nunca vas a saber lo feliz que me hace.

—No ha sido tu poder, Liv —dijo Jean-Claude.

—Va a volver —dijo.

Yo estaba en el otro lado del Jeep. Me dirigí a la parte de atrás, pero no quería estar dentro del alcance de Liv en este instante. Me había librado, pero yo no quería seguir presionando mi suerte.

—El poder puede volver, Liv, pero Anita ha roto su vínculo contigo. Se ha llevado tu poder a un lado.

—No —dijo Liv—. Él ha elegido dejarla ir.

Jean-Claude se echó a reír y me persiguió a lo largo de mi cuerpo, y sabía que Liv lo había sentido, también.

—El Viajero habría mantenido a *ma petite*, si pudiera tenerla. Pero no pudo. Es un pez demasiado grande incluso para tu rey.

—¡Mentiroso! —dijo Liv.

Dejé a Liv y Jean-Claude discutir entre ellos mismos. Me había liberado del poder del Viajero, pero no había sido bonito, ni fácil. Aunque ahora que lo pienso, tan pronto como empecé a tener problemas, se había roto. La triste verdad era que no había tratado de protegerme. Miré a los ojos vacíos de Liv como esperaba, confiando en que ella no pudiera tomar mi mente. Había sido una estupidez. Arrogante. A veces no hay una gran diferencia entre los dos.

Me acerqué a la parte trasera del Jeep. Me metí en la zona de carga. Edward, asesino de los muertos vivientes, me había convencido de llevar mi jeep a un conocido suyo para que le hiciera una remodelación. La rueda tenía por un lado un compartimiento secreto. Dentro estaba mi Browning extra y munición extra. Me sentía tonta, cuando me había hablado de ello. No me sentía tonta ahora. Abrí el compartimento y encontré una sorpresa. Un mini-Uzi completa con correa de hombro. Había una nota pegada a la pistola:

*Nunca se puede tener demasiado poder de fuego*.

No se había firmado, pero fue Edward. Había comenzado su carrera como un asesino normal, pero los seres humanos se hicieron demasiado fáciles, así que pasó a los monstruos.

Él quería un desafío. Yo tenía otra mini-Uzi en casa. Había sido un regalo de Edward, también. Tenía los mejores juguetes.

Me quité la chaqueta y me deslicé la correa de la Uzi sobre el pecho. Dejé caer el pelo de nuevo, la Uzi colgada en mi espalda. No quedaba perfecta, pero no demasiado perceptible.

La segunda Browning la guardé en el compartimiento, también. La puse en mi bolsillo y dos cargadores extra de munición en el otro bolsillo. Cuando caí al suelo, la capa colgaba graciosa, pero era tan grande en mí que las armas no eran visibles.

Los vampiros no estaban discutiendo más. Liv se apoyó en el Jeep con el rostro hosco, como si Jean-Claude hubiera tenido la última palabra, o

ganó la discusión.

Me quedé mirándola. Quería dispararle. No porque ella nos había traicionado, sino porque me había asustado. No es una razón suficiente. Además, había sido mi propio descuido, dejé que me asustara. Trato de no castigar a los demás de mis errores.

—Yo no puedo permitir que quedes impunes, Liv —dijo Jean-Claude —. El Consejo lo ve como una debilidad.

Ella lo miró.

—¡Pégame!, si eso te hace sentir mejor, Jean-Claude.

Se apartó del Jeep y cruzó la distancia entre ellos con tres grandes zancadas. Ella levantó la barbilla como un matón, esperando el primer golpe.

Sacudió la cabeza.

—No, Liv —le tocó la cara suavemente—. Yo tenía otra cosa en mente.

Le acarició la cara, frotándole la mano por la mejilla.

Ella suspiró, frotando su cara contra la palma de su mano. Liv había estado tratando de entrar en los pantalones de Jean-Claude, desde que llegó a la ciudad. Ella nunca había ocultado su plan de llegar a la cima del cielo escalando desde la cama de Jean-Claude. Ella estaba muy… frustrada por no cooperar.

Puso un beso en la mano.

—Las cosas podrían haber sido muy diferentes si no fuera por tu mascota humana.

Caminé detrás de ellos y fue como si yo no estuviera allí. Estaban en un lugar privado, que acaba de pasar a ser a la vista.

—No, Liv —dijo Jean-Claude—, no habría sido diferente. No fue Anita que te impidió entrar en mi cama, fuiste tú. —Su mano se cerró en la garganta. Sus dedos convulsos en su carne. Hizo un movimiento brusco y rompió la parte delantera de la garganta.

Liv se desplomó en el pavimento, asfixiada, la sangre fluía como un mar de color carmesí por su boca. Se giró sobre su espalda, las manos arañaban su garganta.

Me puse junto a él y la miré. Vi una parte de la columna vertebral por la herida. Sus ojos estaban muy abiertos, llenos de dolor, miedo.

Jean-Claude se limpiaba la mano en un pañuelo de seda que había sacado de alguna parte. Había lanzado los restos de carne a la acera.

Los dos la mirábamos como se retorcía en el pavimento. La cara de

Jean-Claude era una máscara que estaba vacía, hermosa y distante, como tratando de hallar consuelo en la luna.

Yo no tenía un espejo, y mi cara nunca sería su perfección encantadora, pero era tan vacía. Vi sufrir a Liv en el pavimento y no sentía ninguna piedad.

Ningún viento frío vino a salvarla. Creo que Liv se sorprendido, porque llegó a Jean-Claude.

Alcanzándolo a él, con mendicidad en sus ojos para que la ayudara. Estaba inmóvil, hundido en esa quietud de espera, como si él mismo estuviese dispuesto a desaparecer. Tal vez le molestaba verla morir.

Si hubiera sido humano, hubiera sido muy rápido. Pero ella no era humana, y no fue rápido.

Ella no se estaba muriendo. Yo no estaba segura de que si era lástima, pero yo no podía estar allí y ver a nadie con ese dolor, el terror.

Saqué la Browning del bolsillo del abrigo y le apuntó a la cabeza.

—Voy a terminar con esto.

—Ella se va a curar, *ma petite*. Es una herida que su propio cuerpo vampiro curará, con el tiempo.

—¿Por qué no me llevas con tu nuevo amo? —le pregunté.

—Porque él sabe que se cura sin su ayuda.

—No hay desperdicio de energía, ¿eh?

—Algo así —dijo.

Es difícil ver a través de la sangre, pero parecía como si la herida se fuese llenando.

—Ofrecemos nuestra garganta, la muñeca, o la curva de nuestro codo uno al otro como un saludo formal. La oferta de menor cuantía, la carne es el mayor reconocimiento del poder. Es una cosa bonita, una cosa amable, pero esta es la realidad, *ma petite*. Liv me ofreció su garganta y la tomé.

Le miré con ojos grandes y anchos.

—¿Sabías que esto era una posibilidad?

—Nunca. Si no lo hacía, entonces iba a ser un necio. Esa violencia es tolerada a menos que las preguntas sean respondidas por el vampiro menor la autoridad la pone el vampiro mayor.

Rechazó mi dominio sobre ella. Este es el precio.

Liv se volvió de lado, con tos. Su respiración se sacudió en su garganta en un doloroso suspiro. Las cosas eran reformadas. Ella respira de nuevo. Cuando tuvo suficiente aire para hablar dijo:

—¡Maldito seas!, Jean-Claude —luego tosió sangre. Yummy.

Jean-Claude me tendió la mano. Estaba limpia, pero nunca se saca la sangre de alrededor de las uñas, sin agua y jabón, no. Dudé, le tomé la mano. Se iba a poner más sangrienta antes de que terminara la noche, es casi garantizado.

Caminamos hacia el Circo.

El abrigo se elevaba detrás de mí como una capa. La Uzi pegada ligeramente contra mi espalda. Yo había añadido una cosa extra de la guantera. Una larga cadena de plata con una cruz sobre ella. Me había comprado cadenas más largas cuando empecé a salir con Jean-Claude. Las más cortas se derramaban de mi ropa en momentos difíciles. Yo estaba lista para el ataque, vampiro, y lista para matar a alguien. Edward habría estado orgulloso.



# TRECE

La puerta lateral del circo no tiene manija. La única manera de entrar era que alguien nos abriera la puerta. Las medidas de seguridad. Jean-Claude llamó, y la puerta se abrió a su contacto. Se abrió, esperándonos a nosotros. Ominosa.

La puerta se abrió en un pequeño depósito con una bombilla que colgaba del techo. En una habitación austera con unas pocas cajas contra una pared. Una puerta a la derecha llevaba a la parte principal del circo, donde la gente suele montar en la noria y comer algodón de azúcar. Una pequeña puerta daba a la izquierda. No había luces brillantes y algodón de azúcar en esa dirección.

La luz se movió hacia atrás y hacia adelante como si alguien acabara de golpearla. La bombilla hizo las sombras más gruesas, y la danza de la luz, hasta que era difícil diferenciar la sombra de la luz. Algo brillaba en la puerta de la izquierda. Algo unido a su superficie. Yo no sabía lo que era,

excepto que se reflejaba debidamente en la extraña luz.

Empujé despacio la puerta hasta que chocó contra la pared para asegurarme de que no había nadie detrás de la puerta, después entré despacio a la habitación con la Borwing apuntando.

—Detén la bombilla —dije.

Jean-Claude se acercó y tocó la bombilla. Tuvo que ponerse de puntillas para hacerlo. El que lo había movido media más de seis pies.

—La habitación está vacía, *ma petite* —dijo Jean-Claude.

—¿Qué hay en la puerta?

Era plana y delgada, y mi mente no podía salir de ella. Fuera lo que fuera, estaba clavado a la puerta con clavos de plata.

Jean-Claude dejó escapar un largo suspiro.

—*Mon dieu*.

Crucé la habitación con la Browning en las dos manos señalando el suelo. Jean-Claude dijo que la habitación estaba vacía. Confiaba en él, pero yo confiaba más en mí. Liv se acercaba a la puerta. La parte frontal de su cuerpo estaba cubierto de sangre, pero su garganta estaba perfecta. Me preguntaba si el Viajero la había ayudado después de que nos marcháramos. Ella tosió, y se aclaró la garganta con tanta fuerza que sonaba doloroso.

—Yo quería ver sus caras cuando vieran al dueño de las bestias —dijo —. El Viajero se negó a que él y su pueblo te saludaran en persona. Este es el Maestro al que llaman Bestia. ¿Te gusta?

Parecía ansiosa como un depredador, una especie bastante desagradable. ¿Qué carajo estaba en la puerta?

Incluso estando de pie junto a él, yo no sabía lo que era. Riachuelos de sangre se filtraban hacia abajo de la puerta. El olor metálico dulce de la sangre caliente se notaba en el ambiente.

La cosa era casi papel delgado, pero tenía una consistencia más como el plástico. Se rizaba en los bordes, contra los cinco clavos de plata.

De repente tuve una idea horrible. Tan horrible, mis ojos no podían ver que después de lo que yo había pensado. Di tres pasos hacia atrás de la cosa y traté de ver la silueta. No, no, dos brazos, dos piernas, los hombros. Fue una piel humana. Una vez que encontré la forma de ella, no podía dejar de verla. Yo sabía que cuando cerrara los ojos iba a tener pesadillas.

Esa cosa solía ser una persona.

—¿Dónde están las manos y los pies? —pregunté.

Mi voz sonaba extraña, distante, casi sin ataduras. Tenía un hormigueo en los dedos y en los labios por el horror puro.

—Se trata simplemente de la parte posterior del cuerpo de una persona, no toda la piel, *ma petite*. Además, es difícil tomar la piel que se extrae de los dedos de las manos y de los pies cuando su víctima sigue luchando —dijo Jean-Claude. Su voz era completamente plana, cuidadosamente vacía.

—¿Luchando? ¿Quieres decir que sea lo que esto era, estaba vivo?

—Tú eres la experta de la policía, *ma petite*.

—No sería más abundante el sangrado si hubiera estado vivo —le dije.

—Sí, *ma petite*.

Él tenía razón. Yo lo sabía. Pero la vista de una piel humana clavada en la puerta había podido conmigo. Era la primera vez, incluso para mí. ¡Dios mío!, vi los clavos de plata.

—¿La víctima era vampiro o licántropo?

—Lo más probable —dijo Jean-Claude.

—¿Significa eso que todavía está vivo?

Me miró. Su mirada lograba estar vacía y elocuente todo al mismo tiempo.

—Ellos estaban vivos cuando le quitaron la piel. Vampiro o licántropo, la simple eliminación de la piel no sería suficiente para matarlos.

Un escalofrío me recorrió el cuerpo de pies a cabeza. No era exactamente miedo. Era el horror. Horror ante la indiferencia, la dureza de la misma.

—Asher mencionó a Padma. ¿Es el Maestro Bestia?

—El señor de las bestias —dijo Jean-Claude—. No se puede matar por esta indiscreción, *ma petite*.

—Estás equivocado —dije.

El horror estaba allí como una capa de hielo debajo de mi piel, pero también había ira. Rabia.

Y bajo la rabia estaba el miedo. El miedo a cualquier, persona que arranque la piel de otra persona viva sólo para hacer un punto. Te dije algo sobre una persona. Te dije que las pocas normas que tenían. Me dije, en términos inequívocos, que debo matar al que hizo esto tan pronto como lo viera.

—No podemos castigar esta noche, *ma petite*. Esta noche es acerca de la supervivencia para todos nosotros. Recuérdalo y frena tu ira.

Me quedé mirando la cosa en la puerta.

—Estoy en camino de dejar la ira en el pasado.

—Entonces, frena tu cólera. Hay que salvar el resto de nuestro pueblo.

—Si están vivos.

—Ellos estaban vivos cuando estaba arriba, así que espero que aún lo estén —dijo Liv.

—¿De quién es la piel? —le pregunté.

Ella rió, e hizo su rebuzno habitual. Ya estaba curada, hasta su voz.

—Adivina —dijo—. Si aciertas, te lo diré, pero sólo si tú aciertas.

Mi control que no fue absoluta, le apunté con la Browning. Sacudí la cabeza.

—No hay partida, Liv, no contigo. Los juegos reales ni siquiera comenzaran hasta llegar abajo.

—Bien dicho, *ma petite*. Bajemos.

—No —dijo Liv—. No, tú te imaginas. Tú adivinarás quien es. Quiero ver tu cara. Quiero ver el dolor en tus ojos mientras piensas en cada uno de tus amigos, Anita. Quiero ver el horror en tu cara mientras te imaginas que esto le ocurra a cada uno de ellos.

—¿Qué te he hecho a ti, Liv?

—Te metiste en mi camino —dijo.

Sacudí la cabeza y apunté el arma hacia ella de nuevo.

—Tres strikes y estás fuera, Liv.

Ella frunció el ceño.

—¿De qué estás hablando?

—Nos traicionaste es el primero. Trataste de manipularme con tus ojos, es el número dos. Esto fue en parte culpa mía, así que me habrías dejado ir. Pero tú hiciste un juramento para proteger a todas las personas de Jean-Claude. Juraste utilizar ese cuerpo maravilloso, esa fortaleza, para proteger a los más débiles. Quien pertenece a esa piel era alguien que juraste proteger. En su lugar, les ha traicionado, entregándolos al infierno. Strike tres, Liv.

—No me puedes matar, Anita. El Viajero me va a curar, no importa lo que hagas.

Yo le disparé en la rótula de la rodilla derecha. Cayó al suelo, sosteniendo la pierna rota, retorciéndose y gritando.

Le di mi sonrisa más desagradable.

—Espero que te duela, Liv. Espero que duela como el infierno.

La temperatura en la habitación cayó como una piedra. Se sentía lo

suficientemente frío que casi esperaba ver mi respiración. Liv gritó se detuvo y miró hacia mí con sus ojos violeta. Si las miradas mataran, me habría caído sobre el terreno.

—Tú no puedes hacerme daño, Anita. Mi amo no lo permite.

Liv se puso de pie con la menor de las cojeras. Se acercó a la puerta con su carga terrible. Estiró el borde de la cosa, mostrando los agujeros en la piel que no tenían nada que ver con el proceso de pelado.

—Yo me alimentaba de él mientras lo torturaban. Bebí su sangre mientras él gritaba. —Sus dedos manchados de sangre. Se lamió, deslizando los dedos dentro y fuera de la boca—. Mmm, delicioso.

Todo lo que tenía que hacer era adivinar quién era, y ella me dejaría. Todo lo que tenía que hacer era jugar su juego. Yo le disparé en la otra rodilla.

Se desplomó en el suelo, gritando.

—¿No lo entiendes? No puedes hacerme daño.

—Oh, creo que puedo, Liv, creo que puedo.

Le disparé en la rodilla derecha. Ella estaba de espaldas, gritando, agarrándose de las rodillas destrozadas, y en retroceso, con su propio toque herido.

El poder del Viajero levantó el vello de mi cuerpo en un escalofrío, tenía la piel de gallina. Él realmente le iba a curar. Si no la iba a matar, tenía que estar en otro lugar antes de que ella pudiera caminar. Liv sabía lo suficiente para saber cuánto ella podía soportar, iba a ser molesto. No es que la culpara. De hecho, si me quedé allí el tiempo suficiente para ella se pusiera de pie, sería en defensa propia. Por supuesto, sería en premeditada defensa propia.

—Ven, *ma petite*, déjala ir. El Viajero no da su bendición tan fácilmente una segunda vez, o ¿esta sería la tercera? Ella sanará a su propio ritmo ahora. Una bendición y un castigo en uno. Como la mayoría de los dones del Consejo suelen ser.

Abrió la puerta que condujo abajo. Su mano se llenó con sangre. Tenía la mano en frente de él, no sabía qué hacer con ella. Finalmente, entró por la puerta, limpiándose la mano en la pared, corría sangre por las piedras en una línea de color carmesí débil.

—Cuanto más tardemos, más torturas va hacer.

Con esa línea reconfortante empezó a bajar las escaleras. Le di una última mirada a Liv. Se echó a un lado, llorando, gritando. Estaba gritando

que iba a verme muerta. Le habría disparado en la cabeza hasta que su cerebro se curare lentamente. Si yo fuera realmente despiadada, lo habría hecho. Pero no lo hice. La dejé amenazarme, viva y gritando. Edward habría estado tan decepcionado.



# CATORCE

Los pasillos principales eran más altos de lo normal, como si todo lo hubiesen diseñado originalmente para algo que no era muy humano. Pateé la puerta cerrada, no quería tocar la sangre. La puerta se cerró, Liv dio un grito apagado. Todavía podía oírla muy débilmente, como el alto zumbido de un insecto, pero la puerta la dejaba casi insonora. Necesitaban algo para amortiguar los gritos de abajo. Por supuesto, esta noche sólo había silencio en las escaleras. Un silencio tan profundo que vibraba en mis oídos.

Jean-Claude se trasladó en una gracia, como un gato grande, sin pasos torpes. Tuve que envolver el extremo de la capa de encima de mi brazo izquierdo para no tropezar con él.

Incluso entonces, se deslizaba por las escaleras. En los tacones de tres pulgadas parecía que cojeaba.

Jean-Claude esperaba en el recodo de la escalera.

—Yo podría llevarte en mis brazos, *ma petite*.

—No, gracias.

Si me quitara los zapatos, el vestido sería tan largo que habría necesidad de sostenerme.

Necesitaba una mano libre para la pistola. Mis opciones estaban siendo pocas y con un arma en la mano, o ser rápida y tener las manos llenas de ropa… Yo sería lenta.

La escalera se extendía vacía, lo suficientemente amplia como para conducir un coche pequeño abajo. La puerta de la base de la escalera era de roble macizo, hierro atado como la puerta de un calabozo. Esta noche, no es una mala analogía.

Jean-Claude tiró de la pesada puerta, y ésta se abrió. Por lo general era cerrada con llave. Se volvió hacia mí.

—El consejo puede exigir que saludes a todos los vampiros dentro de estas paredes, de manera formal.

—¿Quieres decir como lo hiciste con Liv? —pregunté.

Me dio una sonrisa muy pequeña.

—Si yo no reconozco su dominio sobre mí, entonces tal vez.

—¿Y si lo reconocen ellos? —pregunté.

Sacudió la cabeza.

—Si hubiéramos ido al Consejo con ayuda de algún tipo, entonces no habría lucha. Simplemente quiero reconocer su superioridad y hacerme con él. Yo no soy lo suficientemente fuerte como para ser del Consejo. Lo sé.

Se alisó los volantes de la camisa con las manos, ajustó de los puños de su chaqueta para que los volantes en las muñecas se mostraran de la mejor manera. A menudo se preocupaba por su ropa cuando estaba nervioso. Por supuesto, le he prestado atención a su ropa cuando él no está nervioso.

—He oído un «pero» que viene —le dije.

Él me sonrió.

—*Oui, ma petite*. Pero han llegado a nosotros. Han invadido nuestras tierras. Dañado a nuestra gente. Si reconocemos como superior a nosotros mismos sin lucha, se podrá crear un nuevo amo en mi lugar. Pueden tomar todas las que he ganado.

—Pensé que la única manera de dimitir como maestro era morir.

—Ellos vienen, con el tiempo.

—Entonces vamos a darle patadas al balón.

—Pero no podemos ganar con la violencia, *ma petite*. Lo que hicimos con Liv era de esperar.

Tenía que ser castigada. Pero es una lucha a matar o morir, el Consejo va a ganar.

Fruncí el ceño hacia él.

—Si no se puede decir que somos más grandes y más malo, y no podemos luchar contra ellos, ¿qué podemos hacer?

—Estamos en el juego, *ma petite*.

—¿Qué juego?

—El juego que domina la corte hace mucho tiempo. Es una cosa de la diplomacia, las bravatas, los insultos —levantó mi mano izquierda a sus labios y dejó un tierno beso en ella—. Tú serás muy buena para una parte el juego, y muy mala en otros. La diplomacia no es tu fuerte.

—Alarde e insultos son dos de mis mejores cosas.

Él sonrió, todavía tomando mi mano.

—De hecho, *ma petite*, de hecho. Guarda el arma. No estoy diciendo que no la uses, pero ten cuidado a que le disparas. No todo lo que se reunirá esta noche puede ser dañado por las balas de plata. —Inclinó la cabeza hacia un lado como si estuviera presintiendo algo—. A pesar de llegar a eso, yo nunca he visto a nadie tratar de matar a un miembro del consejo con munición de plata moderna. —Él sonrió—. Podría funcionar. —Sacudió la cabeza como para librarse de la imagen—. Pero si tratas de intentar matar al Consejo con las balas, entonces todo está perdido y todo lo que queda es llevarnos con nosotros a tantos de ellos como podamos.

—Vamos a proteger a tantos de nuestra gente como podamos, también —dije.

—Tú no entiendes, *ma petite*. Si estamos muertos, no habrá misericordia para los que son leales a nosotros. Cualquier buena revolución mata a los leales en primer lugar.

Tocó la parte de atrás de mi mano derecha ligeramente. Recuerda. Todavía tengo la pistola.

De alguna manera, yo no quería ponerla en la basura.

Pero lo hice. Puse el seguro. Yo no quiero que ellos sepan que el arma estaba allí, así que no podía seguir manteniéndola. Puse el seguro porque no quería pegarme un tiro en la pierna.

Sería vergonzoso y doloroso y probablemente no impresionaría al Consejo un poquito. Yo no entendía «el juego», pero yo me había colgado en torno a los vampiros tiempo suficiente para saber que sí se puede impresionarlos, a veces se salía con vida. Por supuesto, a veces te matan de

todos modos. A veces una demostración de valentía sólo te hace ganar una muerte lenta, como lo hicieron algunas tribus de indios americanos que sólo los enemigos torturados era un pensamiento digno de ese honor. Un honor que podía prescindir. Pero a veces, en medio de ser atormentada podría escapar. Si sólo rompió su garganta, todas las opciones se habían acabado. Fuimos sin duda, voy a ser impresionante. Si no puede impresionar, nos matan. Si no puedo matarlos… nos matarían. Liv ha sido el comienzo del entretenimiento de la noche.

La sala era una habitación de piedra desnuda una vez más. Tantos esfuerzos que hizo Jean-Claude para decorar la habitación ahora estaban en montones de paño negro y blanco y la madera destrozada. Lo único que no tocaron era el retrato encima de la chimenea falsa. Jean-Claude, Julianna, y un sin cicatrices Asher contempló las ruinas.

Yo esperaba una sorpresa desagradable para nosotros. Sólo estaba Willie McCoy en pie delante de la chimenea fría. Estaba de espaldas a nosotros, con las manos detrás de él. Su traje de guisante verde chocó con su pelo negro peinado hacia atrás. Una manga desgarrada y manchada de sangre. Se volvió hacia nosotros. La sangre salía por una herida en la frente.

Se las limpiaba con un pañuelo cubierto de esqueletos bailando. Es de seda y había sido un regalo de su novia, un siglo vampiro de edad que había unido recientemente a nosotros.

Hannah era tan alta, de piernas largas y hermosas, como Willie fue corto, mal vestido, y bien… era Willie.

Nos sonrió.

—Qué bueno que se sumen a nosotros.

—¿Puedes dejar el sarcasmo? —dije—. ¿Dónde están todos?

Comencé a caminar hacia él, pero Jean-Claude me detuvo con una mano en mi brazo.

La sonrisa de Willie era casi dulce. Miró a Jean-Claude con una mirada de esperanza. Era una expresión que nunca había visto en la cara de Willie.

Miré a Jean-Claude, perfecta máscara de un rostro, cerrado y con cuidado. Sin miedo.

—¿Qué está pasando? —le pregunté.

—*Ma petite*, puedo sentir al Viajero.

Yo le fruncí el ceño.

—¿Qué estás hablando?

Willie se rió, y fue el mismo rebuzno irritante que siempre había tenido, pero terminó en un gruñido, riendo entre dientes que levantó los pelos en la base de mi cuello. Me miró y sabía que el desagrado lo mostré en el rostro.

Tuve que tragar antes de que pudiera hablar, incluso entonces no sabía qué decir.

—¿Willie?

—Él ya no puede responder a tu llamada, *ma petite*.

Willie se quedó mirando fijamente. Había sido una persona difícil viva. Muerto, no había sido mucho mejor. No tenía muerto el tiempo suficiente para los movimientos otros maestros tenían. Se acercó a nosotros en un gesto de gracia propio líquido. No era Willie.

—Mierda —dije en voz baja—. ¿Es permanente?

El extraño en el cuerpo de Willie rió otra vez.

—Yo no soy más que el préstamo de su cuerpo. Me han prestado un gran número de órganos, ¿no, Jean-Claude?

Sentí a Jean-Claude llevarme hacia atrás. Él no quería estar más cerca. No discutí. Tenemos una copia. Era extraño ser respaldada por Willie. Normalmente, él era uno de los vampiros menos miedosos que yo conocía. Ahora, la tensión cantó por la mano de Jean-Claude. Pude probar su corazón latiendo en mi propia cabeza. Tenía miedo, y eso me daba miedo.

El Viajero se detuvo, con las manos en las caderas, riendo.

—Me temo que voy a utilizarte como mi caballo, ¿Jean-Claude? Si eres realmente lo suficientemente fuerte como para haber matado a la Muevetierra, entonces tú debes ser lo suficientemente fuerte como para resistirme.

—Soy prudente por naturaleza, Viajero. El tiempo no ha disminuido el hábito.

—Siempre tenías una lengua lisa en tu cabeza y en otros tantos lugares.

Frunció el ceño en el doble sentido, no estaba segura si cogí el sentido, no estaba segura de que yo quería.

—Vamos deja ir a Willie.

—Él no está siendo perjudicado —dijo el vampiro.

—Él todavía está dentro del cuerpo —dijo Jean-Claude—. Todavía se siente, todavía ve. Sólo lo apartaste, Viajero, no lo reemplazaste.

Miré a Jean-Claude. Su rostro no mostraba nada.

—Tú los dices, lo sabes por experiencia personal. Jean-Claude fue uno de mis órganos favoritos, como lo fue Balthasar y he disfrutado mucho.

Baltasar salió del pasillo ahora como si hubiera estado esperando por su señal. Tal vez lo era lo que esperaba. Sonreía, pero era más enseñando los dientes que placer. Él entró en la habitación de forma elegante y pícara con su traje blanco. Se puso de pie detrás de Willie, las manos sobre los hombros delgados del corto hombre. Willie, el Viajero, se recostó sobre el pecho de Baltasar. El hombre más grande envolvió con sus brazos alrededor de él. Eran una pareja.

—¿Él sabe lo que están haciendo con su cuerpo? —le pregunté.

—Sí —dijo Jean-Claude.

—A Willie no le gustan los hombres.

—No —dijo Jean-Claude.

Tragué y traté de pensar razonablemente, y no podía. Los vampiros no podían tomar el cuerpo de otro vampiro. No es posible. Simplemente no lo era. Pero miré la cara familiar de Willie con los pensamientos de un desconocido que fluye a través de sus ojos marrones y sabía que era verdad.

Los ojos marrones sonrieron a los míos. Dejé mi mirada. Si el Viajero podía hacer conmigo lo que hizo a través de los ojos de Liv cuando él no estaba dentro de ella, me imagino que podría hacer estando dentro de Willie. Ha pasado un largo tiempo desde que había tenido que practicar el truco de mirar a la cara sin mirar a los ojos. Era como una etiqueta con la pala tratando de capturar mi mirada, y de evitarlo. Es irritante, y da miedo.

Jean-Claude había dicho que la violencia no nos salvaría esta noche. Él no estaba bromeando.

Si un vampiro había mantenido a Willie contra su voluntad, lo obligó sexual, me habría matado. Pero era el cuerpo de Willie, se curaba de nuevo. Llenarlo de agujeros fue una mala idea. Lo que necesitaba era una buena idea.

—¿Al Viajero le gustan las mujeres? —le pregunté.

—¿Te estás ofreciendo para ocupar su lugar? —preguntó el vampiro.

—No, sólo preguntaba cómo le gustaría si se cambiado las tornas.

—Nadie más tiene mi capacidad de compartir un cuerpo —dijo el Viajero.

—¿Le gustaría que alguien le obligase a tener relaciones sexuales con una mujer?

Willie se inclinó hacia un lado, y la expresión le era ajena. El sentido de la alteridad era lo suficientemente fuerte para que mi piel se pusiera de gallina.

—Nunca he sentido las ganas de un cuerpo de mujer.

—Te parece de mal gusto —dije.

Willie, el Viajero, asintió con la cabeza.

—Sí.

—Entonces, deje a Willie ir. Elija a alguien que no le importaría tanto.

El Viajero se acurrucó en los brazos de Baltasar y se reía de mí.

—¿Estás apelando a mi sentido de la misericordia?

Me encogí de hombros.

—No puedo disparar. Estás en el Consejo. Tenía la esperanza de que eso significara que había más reglas que para el resto de ellos. Supongo que me equivoqué.

Miró a Jean-Claude.

—¿Tienes un siervo humano muy hablador ahora?

—Ella lo hace suficientemente bien —dijo Jean-Claude.

—Si se trata de apelar a mi sentido del juego limpio, entonces a usted no le han dicho nada acerca de su tiempo con nosotros en la corte.

Jean-Claude mantuvo mi mano izquierda unida a la de él, pero él se apartó de mí. Sentí ponerse rígido, acurrucado en torno a su angustia. Yo sabía que estaba teniendo miedo, pero él había reunido valor. Valiente Jean-Claude. Yo no tenía miedo todavía. Pero entonces, yo no sabía nada mejor que hacer.

—No te detengas en el pasado —dijo Jean-Claude.

—Él se avergüenza de nosotros —dijo Baltasar, frotando la cara contra la de Willie. Plantó un beso suave en sus labios.

—No —dijo el Viajero—. Se nos teme.

—¿Qué quieres de mí, Viajero, por qué el Consejo ha invadido mis tierras y tomado como rehenes a mi pueblo?

El cuerpo de Willie se apartó de Baltasar de pie justo en frente del hombre más alto. Willie normalmente parecía más pequeño de lo que era, una especie de joroba y lleno de conejos, pero ahora se veía delgado y seguro de sí mismo. El Viajero Willie había dado la gracia y la garantía de que no hacía nada por su cuenta.

—Tú mataste a la Muevetierra, pero no llegaste a ocupar su asiento en el Consejo. No hay otra manera de aumentar al Consejo, sino por la muerte de otro. Tenemos una vacante que sólo tú puedes llenar, Jean-Claude.

—Yo no lo quiero, no soy lo suficientemente poderoso como para mantenerla.

—Si no eres lo suficientemente poderoso, entonces ¿cómo mataste a Oliver? Era una fuerza terrible de la naturaleza. —El Viajero se dirigió a nosotros con Baltasar en su estela—. ¿Cómo pudiste matarlo?

Jean-Claude no volvió hasta este momento. Su mano se cerró sobre la mía, pero él se mantuvo firme.

—El no accedió a llamar a la tierra contra mí.

El vampiro y su criado andaban en círculos alrededor nosotros como tiburones. Uno dando vueltas a la izquierda, el otro a la derecha, por lo que era difícil mantener un ojo en ambos.

—¿Por qué iba a limitar sus poderes?

—Quería ser astuto, Viajero. Oliver quería traer de vuelta los días en que los vampiros eran ilegales. Un terremoto podría haber destruido la ciudad, pero no se le atribuiría a un vampiro. Quería tener a mis vampiros y provocar un baño de sangre que nos llevaría de vuelta a la caza. Oliver temía que destruiríamos a todos los seres humanos con el tiempo, y por lo tanto a nosotros mismos. Pensó que eran demasiado peligrosos para ser permitidos a derechos y la libertad.

—Hemos recibido su informe —dijo el Viajero. Se detuvo junto a mí. Balthasar se detuvo en el otro lado, más cercano a Jean-Claude. Eran reflejo de sí mismos. No estaba segura de sí el vampiro controla a su servidor o simplemente siglos de práctica—. Yo sabía de las ideas de Oliver.

Me aparté contra Jean-Claude.

—¿Eran sólo vampiros o puede tener control sobre los seres humanos, también?

—Tú estás segura de su intrusión, *ma petite*.

—Grandioso —dije.

Me quedé mirando al Viajero, y daba miedo lo fácil que estaba empezando a pensar de este órgano como el Viajero y no como Willie.

—¿Por qué no mataste a Oliver, entonces? —le pregunté.

El Viajero se acercó más y más hasta que sólo las estrictamente pulgadas nos impedían tocar.

—Fue consejo. Consejo no puede luchar hasta la muerte entre nosotros. Y nada menos que de la verdadera muerte que han dejado de él.

—Tú lo vengas aquí, sabiendo lo que pensaba hacer —le dije.

—Sabíamos que había abandonado el país, pero no a donde había huido o cuáles eran sus planes.

El Viajero levantó una mano hacia mi cara. Baltasar hizo lo mismo en su lado de Jean-Claude.

La pequeña mano de Willie rondaba cerca de mi cara.

—Tú lo habrías declarado parias —dijo Jean-Claude—. Cualquier vampiro que lo encontrara podría matarlo sin violar nuestras leyes. Eso es lo que significa.

El Viajero trazó el más elemental de los toques por la cara. Un temblor, un toque provisional.

—Así que pensaste que no llegaría a tu puerta porque nos había salvado del problema de la caza de él.

—*Oui*.

Balthasar había dejado de acariciar la cara de Jean-Claude. Llegó hasta su maestro. Vio la diapositiva del hombre más pequeño pasar su mano por mi rostro. Baltasar parecía perplejo, sorprendido.

Algo estaba pasando, y yo no sabía lo que era.

El Viajero ahuecaba mi mentón en la mano. Volvió la cara a él. Deslizó su mano sobre mi mandíbula, detrás de mí cuello, para pasar los dedos en mi cabello.

Me aparté de él.

—Pensé que no le gustaban las niñas.

—No. —Se quedó allí, mirándome—. Tu poder es increíble.

Su mano atacó demasiado rápido para verla, demasiado rápido para reaccionar. Había un puñado de mi pelo, y sus ojos, los ojos de Willie, se reunieron con los míos. Estaba protegiéndome a mí misma esta vez, preparada, pero mi corazón cayó a mis pies. Esperé a que la oscuridad fría tirara de mí hacia abajo. No pasó nada. Nos quedamos allí, a pulgadas, y ellos son sólo los ojos. Podía sentir su poder vencerse en su brazo como una marcha de dedos helados, pero no fue suficiente.

Puso las manos a cada lado de mi cara, casi como si fuera a darme un beso. Nuestras caras estaban tan cerca que sus siguientes palabras parecían íntimas, a pesar de que no lo eran.

—Yo podría obligarte con mi mirada sobre ti, Anita, pero sería un gasto de energía que puedo llegar a lamentar en la madrugada. Liv se ha lesionado dos veces esta noche. Yo soy la curación, pero que también tengo el poder.

Dio un paso atrás de mí, abrazadme como si hubiera logrado más que tocar lo sentí en la piel.

Dio tres pasos de para ponerse cara a cara con Jean-Claude.

—Su poder es una cosa vertiginosa. Algo que envuelve su piel fría y caliente tu corazón para toda la eternidad.

Jean-Claude dejó escapar un suspiro lento.

—Ella es mi siervo humano.

—De hecho —dijo el Viajero—. Hace cien años la podría invadir sin tocar su piel blanca. Ahora no puedo. ¿Le has dado este poder?

Tocó a Jean-Claude en la cara como lo había hecho con la mía.

Tiré a Jean-Claude atrás, fuera de su alcance, y me interpuse entre ellos.

—¡Es mío!, no lo comparto.

Jean-Claude deslizó su brazo alrededor de mí, me sostuve libremente a su lado.

—Si nos dejas en paz, yo dejaría a Balthasar y cualquier persona que elijas el uso de mí, pero no de buen grado seré tu caballo nunca más, Viajero.

Los ojos marrones de Willie se quedaron mirando a Jean-Claude. Hubo astucia, una intensidad alarmante, miradas familiares.

—Yo soy del Consejo. Tú no lo eres. No tendrás otra opción en el elemento.

—¿Estás diciendo que si él ocupa el asiento del Consejo, entonces no podrías hacerle daño? —pregunté.

—Si es lo suficientemente potente como para ocupar un asiento del Consejo, entonces no debería ser capaz de invadir su hermoso cuerpo, aunque estén mis labios pegados a él.

—Déjame probar mi entender aquí. Si se toma la sede del Consejo, seguirán tratando de forzarle, porque si pueden obligarlo, ¿entonces no es lo suficientemente potente como para ser consejo? Pero si no se toma el asiento, lo hará de todos modos.

El Viajero sonrió, brillando de deleite en sus ojos, los ojos de Willie.

—Muy cierto.

—¿Por qué todo con ustedes es un callejón sin salida? No hacen negocios. Acabas de hacer la tortura —dije.

—¿Nos juzgas? —preguntó.

Su voz era más baja y de repente más profunda que la garganta de Willie debería haber sido capaz de mantener. Tomó el último paso hacia adelante, y de repente toqué a ambos. Su poder estalló sobre mí, era como estar en medio de dos fuegos distintos, pero no me quemé.

El poder del Viajero fue como Jean-Claude, fresco y de zambullida, un soplo de mortalidad, el toque de la tumba.

El poder sacó un grito de mi garganta y se crió hasta los cabellos de mi cuerpo.

—¡Atrás!

Traté de empujar para alejarlo de nosotros, pero me agarró la muñeca demasiado rápida para detenerme, casi demasiado rápido de ver. La sensación de su piel desnuda en la mía envió una ola de frío adormecedor a través de mi cuerpo, como una lanza de hielo. Tiró de mí lejos de Jean-Claude.

Jean-Claude me agarró la otra muñeca. En un momento su mano tocó mi piel, el frío se desvaneció. Su poder se extendió por mí como un torrente de agua caliente, y no era su poder. Yo conocía el sabor de este calor. Fue Richard. Jean-Claude estaba convocando el poder de Richard como lo había hecho antes.

Sacó el poder del Viajero de mí como el calor del verano en el hielo. El Viajero me soltó. Dio un paso atrás frotándose la mano en la chaqueta, como si le doliera.

—Jean-Claude, haz sido un niño muy travieso.

Jean-Claude me atrajo hacia sí, con una mano apoyada en mi cuello para que sus dedos tocaran mi piel. El calor eléctrico todavía estaba allí jugando sobre su piel y la mía, y yo sabía que en ese momento Richard había sentido nuestra urgencia, nuestra necesidad.



# QUINCE

Un ruido vino del pasillo todos volvimos para ver al causante del ruido. No reconocí al hombre. Él era alto, delgado, de piel oscura, tal vez hispano, tal vez algo más exótico. Vestía sólo un par de pantalones de satén negro con bordados de plata a lo largo de las piernas. Fue arrastrando a la amada de Willie, Hannah, por un brazo.

Su máscara para pestañas había manchado de negro por las lágrimas derramadas por sus mejillas. Su corte de pelo caro todavía enmarcaba su cara, sus ojos aún traídos a sus pómulos y labios gruesos. Pero su rostro era como una máscara, las lágrimas negras, y labios pintados de color burdeos untado en la parte baja de la cara como una herida.

—¿Por qué la has traído aquí, Fernando? —dijo el Viajero.

—Mi padre es del consejo igual que todos lo son, Viajero.

—Yo no discuto eso.

—Sin embargo, tú quieres que venga a este primer encuentro.

—Si él es consejo, entonces vas a someterme a su voluntad.

La voz del Viajero era de burla.

—Estamos todos en el consejo, pero no todos somos iguales.

Fernando sonrió. Agarró el vestido de cuentas azules de Hannah y lo rompió por la espalda.

Ella gritó.

El Viajero se balanceaba, poniéndose una mano a la cara.

—Te voy a hacer mía —dijo Fernando.

Baltasar se dirigió hacia ellos, pero dos leopardos del tamaño de potros se arrastraron desde el pasillo. Uno negro, uno amarillo con manchas, tan grandes como para despedazarlo.

Gruñó bajo y profundo, moviéndose en enormes pies acolchado entre Baltasar y Fernando.

Fernando tomó a Hannah alrededor de su cintura, tirando de su vestido sobre las caderas para exponer ligas pálido azul. Ella se volvió y le golpeó con tanta fuerza que se balanceó hacia atrás. Era tan femenino como se veía, pero también era un vampiro y podría haberlo arrojado en el sólido muro de piedra de modo que él se quedara allí.

Fernando le golpeó la espalda. La sangre salpicó de la boca a las brillantes cuentas. Se sentó medio atontada en el suelo. El poder de Fernando escaldado a través de la sala como si hasta ahora hubiera estado celebrando en comprobar. *Cambiaformas*. ¿Han salido de los leopardos que le cuidaban la espalda? Tal vez, pero no importa ahora. Tomó a Hannah por la parte delantera de su vestido, arrastrando sobre sus rodillas. Retiró la mano para golpearla de nuevo.

Tiré de la Browning del bolsillo del abrigo. Willie se derrumbó de rodillas en el suelo. Se quedó mirando y dijo:

—Ángel-colmillos.

Trató de ponerse de pie y no podía. Jean-Claude lo recogió en los brazos y lo levantó con facilidad.

Fernando golpeó a Hannah de nuevo. Una bofetada casual que sacudió la cabeza hacia atrás y puso los ojos en blanco.

—Tu verdadero amor debe luchar del toque del Viajero cada vez que te ve maltratada.

Jean-Claude puso su mano en mi brazo me trajo de vuelta a mí misma. Tuve la Browning apunté a Fernando. Tuve que dejar escapar un suspiro para no apretar el gatillo. Había quitado el seguro, y no me acordaba de

haberlo hecho. ¿Por qué Fernando y no los gatitos? El hombre-leopardo podría cerrar la distancia en un abrir y cerrar de ojos, pero yo sabía que era el alfa. Saca el líder, y los gatos pueden ir a jugar a otra parte.

Jean-Claude apoyó a Willie con un brazo, el otro todavía ligeramente en mi brazo, como si tuviera miedo de lo que yo haría.

—Fernando —dijo, has hecho lo que te propusiste hacer. El Viajero está obligado a abandonar, y le tomará un poco de tiempo para encontrar un segundo anfitrión. Hannah. Puedes dejarla ir.

Fernando nos sonrió, los dientes de color blanco brillante en su cara oscura.

—Yo no lo creo.

Arrastró Hannah a sus pies, los brazos alrededor de su cintura, sujetando sus brazos a los costados. Él trató de besarla. Volvió la cabeza y gritó. Willie estaba de pie en su propio cuerpo ahora. Se apartó de Jean-Claude.

—No, yo no te permitiré hacerle daño.

El leopardo negro bajó a su vientre, arrastrándose más a Willie, a nosotros.

—Si vamos a llevarlo a cabo, tenemos que hacerlo ahora —le dije.

—Fernando primero, y luego uno de los leopardos, si tuviera tiempo. Si no… Uno de los problemas a la vez.

—Todavía no, *ma petite*. El padre de Fernando, Padma, no pierda su valioso tiempo atormentando a los más pequeños. El Viajero vuelve demasiado pronto para eso.

—El Viajero no me deja saborear nada una vez que regresa —dijo Fernando.

Mantuvo a Hannah presionada a su cuerpo con un brazo y con el otro levantó el vestido.

—¿Piensas en serio que vamos a estar aquí mientras la violas? —le pregunté.

—Mi padre es el maestro de las Bestias. Tú no me detendrás, por temor a su ira.

—Simplemente no lo entiendes, ¿verdad, Fernando?

Apunté con la pistola muy fijamente a la cabeza.

—Me importa una mierda lo que tu padre es. Deshágase de ella, y dile a tus amigos peludos que retrocedan o voy a hacer a tu papá un vampiro muy infeliz.

—No me quieren infeliz.

Moví mis ojos a la voz del pasillo más allá, pero el arma no se movió.

El vampiro en la puerta era de la India, como en el de la India. Incluso estaba usando una de esos abrigos combinados con una larga túnica. Era blanco y oro y se reflejaba en el borde de mi visión al andar más en la habitación. Mantuve mi mirada en su hijo. Un monstruo a la vez.

Jean-Claude dejó caer la mano de mi brazo. Dio un paso atrás y de lado, con cuidado de no bloquear mi oportunidad.

—Padma, maestro de las bestias, saludos y bienvenido a mi casa.

—Jean-Claude, dueño de la ciudad, saludos. Su hospitalidad ha ido más allá de mis expectativas más optimistas.

Se rió entonces, pero era una risa. Teatral y molesta, incluso siniestra, pero no tenía mi salto de la piel.

—Dile que deje a Hannah ir —dije.

—Tú debes ser el siervo humano de Jean-Claude, Anita Blake.

—Sí, mucho gusto. Dile a tu hijo que deje ir a nuestro vampiro, o voy a poner un agujero muy grande en él.

—Tú no te atreverías a dañar a mi hijo.

Era mi turno de reír, corto, abrupto, y no muy divertida.

—Su hijo me dijo casi lo mismo. Ambos están tan mal.

—Si matas a mi hijo, te mato. Voy a matarlos a todos.

—Bien, déjame comprender. Si él no la deja ir, ¿qué va a hacer con ella?

Fernando se echó a reír, y fue bajo y más bien como un silbido. La risa fue suficiente. En algún lugar en ese hermoso cuerpo fue pelaje negro y los ojos de botón grande; hombre-rata.

—La tendré a ella, porque el Viajero lo tiene prohibido, y mi padre me la ha dado a mí.

—No —dijo Willie.

Dio un paso adelante, pero Jean-Claude lo detuvo.

—No, Willie, esta no es tu lucha.

Fernando deslizó su mano sobre la ingle de Hannah. Sólo la mano de Jean-Claude en el brazo de Willie le impidió correr hacia el *cambiaformas*.

—Señor, ayúdame —dijo Hannah.

—No puede ayudarte, hija —dijo Padma—. Él no puede ayudar a ninguno de ustedes.

Apunté dos pulgadas a la derecha de la cabeza de Fernando. El disparo

resonó en la sala grande. La bala se incrustó en la pared de piedra. Todo el mundo se congeló.

—La próxima bala va en el cráneo de Fernando.

—No te atreverías —dijo Padma.

—Sigues diciendo eso. Vamos a conseguir algo, Maestro de las Bestias. Fernando no puede violar a Hannah. De ninguna manera. Primero lo mato.

—Entonces, te mataré —dijo Padma.

—Bien, pero eso no traerá de vuelta a tu hijo, ¿ahora qué?

Dejé salir el aliento de mi cuerpo y sentí que se derramó silencio a través de mí.

—Decide, Maestro de las Bestias, decide.

—Yo soy el maestro de las bestias —dijo.

—No me importa si eres Santa Claus. Deja que se vaya o se muere.

—Jean-Claude, controla a tu siervo.

—Si puedes controlarla, Padma, adelante. Pero ten mucho cuidado. Anita es peor que los acantilados. Ella va a matar a tu hijo.

—Decide —dije en voz baja—, decide-decide-decide-decide.

Quería matarlo. Realmente quería, porque sabía tan cierto como que yo estaba allí, que si yo no le disparó ahora, tendría que matarlo después. Era demasiado arrogante para dejarlo solo, demasiado cegado por su propio poder para dejar a Hannah sola, y no podía tenerla. Esa fue una línea que no podía cruzar y vivir.

—Que se vaya, Fernando —dijo Padma.

—Padre —el hombre parecía sorprendido.

—Ella va apretar el gatillo, Fernando. Ella quiere tirar de él. ¿No, Anita?

—Sí, lo sé.

—Balas de plata, supongo —dijo Padma.

—Nunca salgas de casa sin ellas —le dije.

—Que se vaya, Fernando. Incluso yo no te puede salvar de una bala de plata.

—No, es mía. Lo prometiste.

—Te gustaría escuchar a tu padre, Fernando.

—¿Me desobedeces a mí, hijo?

Había un tono en la voz de Padma que envió una ráfaga de aire caliente a través de la habitación. Los inicios de la ira. Algo se arrojó sobre mi piel, una repercusión en el poder, pero no era el poder de los vampiros, no

exactamente. No estaba tratando de controlar a Jean-Claude. Tenía un sabor de sangre caliente, un baile eléctrico que dijo licántropo. No era realmente posible. Un vampiro no puede ser un licántropo, y viceversa.

Fernando se encogió, aferrándose a Hannah como una muñeca, ocultando su cara en el pelo amarillo.

—No, padre, yo nunca te desobedeceré.

—Entonces haz lo que yo digo.

Fernando tiró a Hannah hacia atrás. Se arrastró a Willie. La tomó en sus brazos, al tocar la sangre en su rostro, borrándola de ella con el pañuelo de seda.

Bajé la pistola.

Fernando señaló una mano oscura a mí.

—Tal vez te pediré que seas mi mascota.

—Lo dudo, chico-rata. Vamos a ver si eres lo suficientemente hombre para respaldarlo.

Yo estaba jugando con él. Me di cuenta que yo quería que me provocara. Quería una excusa para matar. No es bueno. No es bueno. Tuve que calmarme o iba a hacer que nos maten.

El leopardo negro más alto, tenía sus hombros en mi cintura, comenzó a arrastrarse hacia mí.

Con el vientre en la tierra, los músculos tensos y ondulantes. La pistola sólo pasó a apuntarlo.

—No lo intentes.

—Elizabeth —dijo Padma.

El nombre me sobresaltó. Yo había visto a Elizabeth en forma humana una vez, hace tiempo.

Ella era una de las mujeres-leopardo locales. Había supuesto que, hasta ese momento, que los leopardos son parte de la comitiva que Padma había traído con él. Si Elizabeth era local, cualquier leopardo puede serlo, también. Lo único que estaba segura era de que no era Zane o Nataniel. Aparte de eso, podría haber sido cualquiera. Pero Zane me reconoce como su alfa le había salvado de estar aquí. Si Zane había sido alfa, por constancia, golpearlo me habría dado a todos los leopardos, y ninguno de ellos hubiera estado aquí. O esa era la teoría.

Siendo yo simplemente humano y no un licántropo, el Maestro de las bestias todavía podría haber llamado a los gatitos. Pero yo he tratado de mantenerlos seguros. Me preguntaba si Elizabeth lo había intentado.

Le espetó a él, a mí, a todo el mundo. Sus colmillos son de marfil blanco, y en menos de diez pies, impresionante como el infierno. Este acercamiento, incluso un leopardo real podría haber llegado a mí antes de que pudiera disparar un tiro a matar. ¿No se supone que la caza mayor es con un arma de fuego?

El leopardo tomó otro rastreo hacia delante.

—Elizabeth.

Una palabra echó hacia fuera quemando a lo largo de mi piel y me dejó. El leopardo se quedó corto, cuando se había golpeado al final de su correa. Rodó por el suelo, luchando, reduciendo el aire.

—Ella te odia, Anita, Padma —dijo.

Su voz era normal ahora, de conversación, pero lo que estaba haciendo a la mujer-leopardo todavía estaba ocurriendo. Yo podía sentir hormigas marchando por mi piel. Hormigas rojas atizadoras, caliente en mis pequeñas manos.

Miré a Jean-Claude, preguntándome si lo podía sentir. Su rostro estaba en blanco, vacío, ilegible. Si sentía el dolor, no me lo demostró.

No estaba segura de admitir lo que podía sentir que era una buena idea.

—Basta ya —le dije.

—Ella te iba a matar si se lo permitía. Has matado al que amaba, su líder. Tendrá su venganza.

—Tú has hecho tu punto. Déjala ir.

—¿Misericordia para quien te odia?

Se deslizó en la habitación, las zapatillas de sus pies apenas tocaban el suelo, como si montara siempre en pequeñas corrientes de su propio poder.

Yo debería haber detectado sus poderes de vampiros. Pero fue casi en blanco, como si algo lo mantenía bajo control o lo protegía de mí. Miré a Jean-Claude de nuevo.

¿Era lo suficientemente poderoso para mantenernos a salvo ahora? ¿El triunvirato le ayudó mucho? Su cara no dijo nada, y no me atreví a preguntar, no delante del Maestro de las bestias.

El leopardo estaba a su lado, jadeando. Me miraba con ojos verdes pálidos, y no era una mirada amistosa.

—Cuando los llamé —dijo Padma—. Ella trató de negociar conmigo. No tienen alfa y sin embargo, trató de negociar. Elizabeth traería a los leopardos sin una lucha para hacer lo que me gustaría, si le dejaría matarte. Ayúdele a matar.

El Maestro Bestia hizo señas detrás de él, una pequeña, y delgada figura, se puso a su lado, como si hubiera estado esperando en el pasillo por su llamada. Al igual que un perro bien entrenado. Estaba desnuda, excepto por un collar que pesaba cinco libras y con diamantes.

Su piel era una pálida sombra de ese oscuro que dice afro-americanos a través de Irlanda.

Moretones decoraban su cara, corriendo en las manchas de color púrpura por su cuerpo. Ella fue una de las mujeres más hermosas que jamás había visto, incluso con los moretones. Ella estaba perfectamente proporcionada desde la frente hasta los pies delgados. Sus ojos eran de color marrón y tiró del leopardo en el suelo a Jean-Claude y a la rata-hombre. Adelante y atrás, adelante y atrás, hasta que finalmente se instaló en mí.

Se declaró con los ojos, y yo no necesitaba palabras para saber que ella estaba diciendo, ayúdame. Eso lo entendí, pero ¿por qué yo?

—Cuando Elizabeth vino, trajo a los otros con ella. Elegí a Vivian como mi regalo.

Padma le acarició el cabello ausente, en la forma un perro de compañía.

—Voy a darle un regalo por todo el daño que hago. Ella es divina, si sobrevive.

El aire alrededor de ella temblaba como el lavado de calor de un camino de verano.

Otro hombre-leopardo que nunca había conocido. ¿Cuántos de ellos estaban allí? ¿Cuántas personas había entregado Elizabeth a los malos?

—¿Qué es esto, un padre e hijo violan en conjunto? —le pregunté.

Padma frunció el ceño.

—Me canso de ti, Anita Blake.

—Es común —dije.

—Obligó al Viajero poseer al organismo de Willie para nuestra acogida, pero tú escudaste tu poder. Fue para evitar que detectara tu sensor de vampiro. Ahora parece ser que le proteges de la carrera completa de mis poderes. Una pena. Tú tiemblas al sentirlos.

Jean-Claude me tocó el hombro ligeramente. El toque fue suficiente. Yo no estaba aquí para replicar inteligentemente con el Maestro de las bestias. Matarlo sonaba como una buena idea, pero he conocido a más vampiros que no se podía sacar con balas de plata. Sería mi suerte que Padma era uno de ellos.

Padma llamó a los leopardos. El amarillo enrollado alrededor de sus tobillos como un gatito.

Elizabeth se sentó como un perro bien entrenado.

Willie y Hannah fueron ajenos a la habitación. Le tocó suavemente, como si fuera de vidrio.

Se besaron, y un toque casto de labios lo dice todo, la ternura, el amor. Willie y Hannah eran simplemente el uno del otro. Fue hermoso.

—¿Ves por qué le di a mi hijo? Su abuso habría causado tanta angustia a los dos. Pero el Viajero necesita su cuerpo.

Me quedé mirándolo. Ya era bastante malo cuando pensaba que la elección fue sólo porque Ana era rubia y hermosa, pero para saber la crueldad fue deliberada y no sólo la lujuria lo hizo peor.

—¡Hijo de puta! —le dije.

—¿Está tratando de hacerme enojar? —dijo Padma.

Jean-Claude me tocó de nuevo.

—Anita, por favor.

Rara vez utiliza mi nombre. Cuando lo hizo, era muy grave o algo que no me gustaría. Esta vez fue a la vez.

No sé lo que me iba a decir, porque de repente el Viajero levantó su escudo. El poder de Padma se estrelló sobre nosotros. Tronaba sobre mí, llenando mi cabeza, luchando cada por pensamiento que tenía. Yo caí de rodillas como si hubiera sido golpeada por un martillo entre los ojos.

Jean-Claude se quedó de pie, pero sentí su dominio a mi lado.

Padma rió.

—No puede volver a entrar en otro anfitrión y mantener su escudo.

Una voz vino como un viento a través de la habitación. Yo no estaba segura de sí oí la voz en voz alta o si era sólo en mi cabeza.

—Él tendrá sus poderes en el pasillo. Elegí levantar el escudo. Bastantes juegos, Padma.

Vamos a ver qué hay más allá.

Había un olor con las palabras, la tierra se volvió dulce, el olor de las raíces arrancadas de la tierra. Casi podía sentir el derrumbe del suelo negro rico entre mis manos. Apreté las manos alrededor de la Browning hasta que cedieron, y yo todavía no podía evitar la sensación de la tierra entre las manos en el arma. Incluso mirando el arma, estaba limpia, no hagas que se vaya.

—¿Qué está pasando? —le pregunté.

Sorprendida y complacida de que podía formar una frase coherente.

—Son del Consejo —dijo Jean-Claude—. Ellos se han quitado, ¿cómo se dice?, ¿los guantes?

—Mierda —dije.

Padma rió. Me miró fijamente, y yo sabía que se estaba concentrando sólo por mí. Su poder se estrelló sobre mí, en mí. Fue a mitad de camino entre poner la mano sobre un cable eléctrico en vivo y empujar a la misma mano en el fuego. El calor eléctrico comió a través de mi cuerpo. El calor se reunió en el centro de mí. Se flexiona como un puño cada vez más grande, más grande. Él extendió sus dedos dentro de mí, me rasgaba, me echó de adentro hacia afuera, con sólo su poder. Yo grité.




Un toque fresco se deslizaba sobre el calor. Un viento fresco y llevadero de muerte, invadió mi cuerpo. El viento soplaba mi pelo, mi cara. Bendita frescura me llenó. Las manos de Jean-Claude acariciaban mis hombros. Estaba arrodillado en el suelo, sosteniéndome en sus brazos. No me acordaba de la caída. Su piel era fría al tacto. Yo sabía que de alguna manera estaba lanzando su duramente ganado calor de distancia. Su calor para enfriar el fuego.

Esa presión terrible en mi interior aliviado, y luego se redujo. Era como si Jean-Claude fuese un viento que sopla el fuego de Padma. Pero le costó. Sentía su corazón lento. La sangre en sus venas corría lenta y más lenta. El calor que la vida imita lo dejaba, y la muerte se filtró en el interior para ocupar su lugar.

Me volví en sus brazos para poder ver su rostro. El rostro estaba pálido y perfecto, y si nunca lo han conocido, con sólo mirar, lo que le había

costado salvarme.

Hannah se dirigió a nosotros, su rostro maltratado, señalaba en las líneas de la calma.

—Mis disculpas, Jean-Claude. He dejado el desafío de tu siervo, por un mejor juicio.

Willie se alejó de Hannah, sacudiendo la cabeza.

—¡Maldita sea, maldita sea!

Los ojos grises de Hannah se volvieron hacia él, enojada.

—No me tientes, pequeño. No se puede intercambiar insultos conmigo y sobrevivir.

—Willie —dijo Jean-Claude. No hubo poder en la palabra, sólo una advertencia. Fue suficiente.

Willie dio un paso atrás.

Jean-Claude miró al Viajero en su nuevo cuerpo.

—Él habría matado a Anita, podría haber muerto con ella. ¿Es por eso que han venido realmente? ¿A matarnos?

—Juro que no.

En el cuerpo de Willie hizo movimientos torpes, con Hannah era mucho más torpe en sus tacones de aguja. Él no se cayó, pero no se mueve bien. Era casi alentador. No era perfecto.

—Para probar mi sinceridad —dijo—, toma de nuevo tu calor de tu siervo. No vamos a detenerte.

—Él me atacó —dijo Padma—. ¿Cómo se puede permitir que recupere su fuerza otra vez?

—Hablas con miedo —dijo el Viajero.

—Yo no le temo —dijo Padma.

—¡Qué es lo que piensas!

Me apoyé en su pecho, Jean-Claude, apoyó, mi mejilla contra el montículo de volantes de seda de su camisa. Su corazón dejó de latir. Ni siquiera estaba presente la respiración. Había usado demasiado de sí mismo.

Vi a Padma tomar la seguridad de las armas de Jean-Claude, sabía que me iban a matar. Yo sabía que Padma nos quería muertos. Lo había sentido. Nadie tan poderoso como él perdía el control. Que casi me había matado a mí, nosotros, y todo hubiera sido un trágico accidente.

Mentira.

La Browning estaba donde la había dejado, pero había probado el poder

de Padma ahora. La plata no puede ser suficiente para matarlo. Hiriéndolo parecía una idea realmente mala.

Matar o salir de él, el infierno, solo, como cualquier gran depredador. No juegues con ella a menos que puedas terminar el trabajo.

—Come de tu siervo —dijo Padma—. Yo no te detendré. El Viajero ha hablado.

Esto último tuvo lugar un toque de amargura. Miembro del Consejo o no, Padma temía que el Viajero, había luchado más con él. Compatriotas, pero no iguales.

Me arrodillé, agarrando los brazos de Jean-Claude a través de los encajes y el material brillante de su chaqueta. Sus brazos se sentían tranquilizadores, sólidos, reales.

—¿Qué…?

Él me detuvo con sus dedos en mis labios, un toque delicado.

—No es la sangre que necesito, Padma. Es su calor. Sólo un menor maestro debe tener la sangre de sus siervos.

La cara de Padma se puso vacía, en blanco.

—Tú no has perdido tu habilidad de insultar sin ultrajar, Jean-Claude.

Jean-Claude me miró fijamente, incluso de rodillas era más alto. Su voz suministrada en mi mente.

—No hay preguntas, *ma petite*, o sabrán que no eres totalmente mía.

Desde luego que tenía un montón de preguntas, era bastante complicado. Pero si yo no podía hacer preguntas directas, hay otras maneras.

—¿El Maestro de las Bestias tiene corazón? ¿Tienes que hundir los colmillos para arrancar su corazón?

—*Oui, ma petite*.

—¿Cómo…? Mediocre —le dije.

Fue uno de los insultos más civilizados que yo había tenido en mi mente. Se ocupó, también.

Padma silbó en nosotros.

—No pruebes demasiado mi paciencia, Jean-Claude. El Viajero no es el jefe del consejo. Tienes suficientes enemigos, ahora que la votación no puede ir a su manera. Púlsame demasiado duro y me obligarás a una votación.

—¿Obligar a una votación con qué fin? —preguntó Jean-Claude—. El Viajero ha prometido que no estás aquí para matarme. ¿Qué más quieres

votar, Maestro de las bestias?

—¡Fuerza, Jean-Claude!

La vos de Padma era baja, con un sonido que era casi un gruñido. Sonaba más animal que vampiro.

Jean-Claude me tocó la cara suavemente, girando me miró.

—Vamos a mostrarle al Maestro de las bestias cómo se hace, *ma petite*.

No me gusta el sonido de eso. Pero yo sabía una cosa segura, Jean-Claude necesita sus fuerzas. Nunca sería capaz de repetir el truco de empujar a un miembro del Consejo cuando él estaba tan frío, tan agotado.

—Hazlo —le dije.

Tuve que confiar en él. Confiar en él para no hacerme daño. Confía en él no hay que hacer algo horrible o embarazoso. Me di cuenta de que no me fiaba de él. Que no importa lo mucho que amaba a su cuerpo, yo sabía que él era otro. Yo sabía que lo que él consideraba como bien no es necesariamente bien a todos.

Él sonrió.

—Voy a bañarme en tu calor, *ma petite*. Enróllate a mí alrededor, hasta que mi corazón lata sólo para ti. Crecerá. Mi aliento cálido de tu beso.

Él me tomó la cara entre la piel fría de sus manos y me besó.

Sus labios eran de terciopelo, su luz tacto, caricias. Sus manos se deslizaron por las laderas de mi cara, los dedos deslizándose por mi cabello junto al cuero cabelludo, amasar, masajear.

Me besó la frente y se estremeció.

Traté de besarlo otra vez, y él se retiró.

—Recuerda, *ma petite*, si alguno de nuestros cuerpos toca justo demasiado, se amortiguar el poder. No seas tan ansiosa por perder la sensación de dulzura de tus labios por la noche.

Me puse muy quieta en sus brazos, pensando en lo que acababa de decir. Acariciar los órganos, ¿la piel desnuda es necesaria, tal vez? Pero si cualquier parte se toca demasiado tiempo o con demasiada fuerza, mi piel se amortiguar, sino sólo para la noche. Jean-Claude fue realmente muy bueno en dar información sin que parezca. Me pregunto cuántas veces había tenido que hacerlo en el pasado.

Pasó el abrigo por mis hombros hasta que colgaba casi hasta la cintura. Me pasó sus manos sobre mi piel, sus dedos frotándome. Sus manos estaban calientes. Me deslizó el abrigo con sus manos, agarrándome los brazos en el movimiento, pero no a piel desnuda. Me besó, fueron

mariposas en mi garganta, su rostro frotando mi cuello, mi mejilla.

Se apartó de mí con una rápida respiración. Puse mi mano sobre su corazón, y no había nada.

Acaricié su rostro, toqué el pulso en la garganta. Nada. Quería preguntarle que estábamos haciendo mal, pero no me atreví. No quería que los chicos malos supieran que no hacíamos mucho estas cosas. Sexo, la mierda de otro vampiro jugueteamos, podía manejarlo.

Comenzó a desabrocharse la camisa.

Lo miré, sus ojos tenían un poco de todo.

Se descubrió su estómago.

Tuve la visión de su piel pálida.

—¿Qué? —le pregunté.

—Tócame, *ma petite*.

Miré a los vampiros que nos estaban viendo. Sacudí la cabeza.

—No juego frente a los malos.

—Simplemente podría tomar sangre, si tú lo prefieres —dijo en voz baja.

Lo dijo como si lo hiciéramos todas las noches. Lo habíamos hecho dos veces voluntariamente, por mi parte. Una vez cuando tuve que salvar su vida. La segunda vez fue para salvarlo a él y a Richard. Yo no quería donar sangre. A veces pienso que el otorgamiento de sangre a un vampiro era más íntimo que el sexo. Yo no quería hacer eso en frente de ellos tampoco.

Me miró fijamente, enojado. Él me estaba pidiendo hacer cosas muy íntimas en frente de extraños. No me gustaba, y él sabía que no me gustaría. Así que ¿por qué no me advirtió?

¿Realmente no pensaba que tendría que hacerlo esta noche?

—Ella está enojada contigo —dijo Padma—. ¿Es verdad que tiene modales modestos? —Parecía dudoso—. ¿Podría ser que no puedes realmente hacer lo que tú dices que puedes hacer?

El cuerpo de Hannah estaba manteniendo el equilibrio en sus piernas.

—¿Estás tan débil como Padma? ¿Eres otra sanguijuela?

El Viajero sacudió la cabeza, el pelo de Hannah se movió sobre los hombros de su vestido en ruinas.

—¿Qué más ha sido un farol, Jean-Claude?

—¡Maldito sean todos en el infierno! —le dije.

Metí mis manos dentro de la camisa de Jean-Claude, mis dedos se deslizaron sobre su estómago. Estaba frío al tacto. Maldita sea. Le saqué la

camisa fuera del pantalón, no muy suavemente, y le pasé las manos por la piel. Acariciando con mis dedos a lo largo de los músculos de su espalda, y podía sentir el calor que se levanta desde cuello a la cara. En otras circunstancias, en la intimidad de un dormitorio, había posibilidades. Ahora, es simplemente vergonzoso.

Señaló a mis brazos.

—Cuidado, *ma petite*, o las manos se enfriarán.

Las yemas de mis dedos estaban frías como si hubiera estado en la intemperie sin guantes. Lo miré fijamente durante un segundo o dos.

—Si no puedo tocar con mis manos, ¿qué me aconsejas?

Padma sugirió algo lo suficientemente explícito para que lo señalara con el dedo a él.

—Quédate fuera de esto.

Se reía de mí.

—Ella está realmente incómoda. Cómo terriblemente preciosa. Asher dijo que ella era casta antes de que tú la tomaras. Yo no le creí, hasta ahora.

Dejé caer mi cabeza hacia abajo. Yo no iba a decirlo. El Consejo de vampiros no debe tener un resumen de mi vida amorosa.

Jean-Claude trasladó una mano a la vista. Nunca me tocó, sólo el movimiento de su mano llevó mi boca hacia arriba para encontrarme con su mirada.

—Yo no iba a pedirte eso aquí y ahora, si no fuera necesario. Tú debes creer que puedes hacerlo.

Mirando hacia el azul de sus ojos, yo le creí. Estúpido, pero cierto.

—¿Qué quieres que haga?

Levantó las manos y las puso justo encima de mi boca, tan cerca que si se inhalaba, lo podría tocar.

—Coloca tu hermosa boca sobre mi corazón. Si nuestro vínculo es tan fuerte como yo creo que lo es, no hay atajos, *ma petite*.

Suspiré y tiré de la camisa, dejando al descubierto su pecho. En privado me gustaba correr la lengua por la cruz en forma de cicatriz de quemadura en el pecho. Pero esto no era privado.

El infierno con él.

Puse mis labios sobre la piel fría de su estómago, y lancé un rápido lamido, una línea húmeda hasta su pecho.

Hizo un siseo agudo con su respiración. ¿Cómo podía tener respiración y no tener un latido del corazón? No hay respuesta a eso, pero yo lo había

visto antes. Vampiros que respiran, pero no tienen pulso.

Pasé la lengua por la suavidad de la cicatriz en forma de cruz en forma, y terminé con un beso sobre su corazón. Sentí que mis labios se enfriaban. No era el frío del invierno, sólo un hormigueo, sin embargo. Fue así como él lo había dicho. Su cuerpo robando mi calor. Mi vida diluirse en él.

Me arrodillé de nuevo lejos de él, lamiendo mis labios, tratando de sentir.

—¿Cómo pasó eso?

Se rió, y el sonido se deslizó por mi espalda como un cubo de hielo, me rozó a lo largo de la base de mi espina dorsal. Me estremecí.

—Tú te sientes mejor.

Se levantó de pronto, con las manos sobre los muslos. Se me escapó un sorprendido yip, poniendo las manos sobre mis hombros para mantener el equilibrio. Se envolvió con sus brazos alrededor de mis piernas y miró hacia mí. Las pupilas de sus ojos habían acabado en un fuego azul brillante.

Sentía los latidos de su corazón en mi garganta. Su pulso corrió por mi cuerpo. Él me dejó deslizar lentamente a través de sus brazos.

—Bésame, *ma petite*, como sólo tú me sabes besar. Estoy caliente y seguro al tacto.

—Caliente pero no seguro —le dije.

Comencé a darle un beso, ya estaba a escasos centímetros por encima de su frente y continué el beso que se deslizó por su cuerpo. Él me besó como si quisiera comerme desde la boca hacia abajo. Presionó sus colmillos afilados, y tuve que alejarme o tomaría sangre. El beso me dejó sin aliento, hubo una sensación de hormigueo, pero no de frío.

Me di cuenta de que había llegado a beber en mi calor. Que se había sentido bien en una forma más práctica. Confié en él para hacer una virtud de la necesidad.

—Ahora que tú tienes en pleno tus poderes, una vez más —dijo el Viajero—. Voy a dejarte.

Padma hizo todo sin mi ayuda. Sin duda, te puedes defender de nuevo.

—Él te venció así —dijo Padma.

El rostro de Hannah nos miró.

—Sí, lo hizo. No esperaría nada menos del maestro que mató a Muevetierra. —Hannah volvió a mirar a Padma—. Y él hizo algo que no hemos podido hacer. Recuperó su calor con su siervo humano sin tomar su sangre. Un truco que cualquier verdadero maestro puede conseguir.

—Basta de esto —dijo Padma. Parecía enojado. Tener que compartir la sangre con su servidor humano parecía ser un paso en falso—. La noche se desvanece. Ahora que estás a plena potencia, Jean-Claude, llama a tu gente. Ve que tu gente responda a tu llamada.

—Voy a salir ahora, Jean-Claude. Yo le aguardaré más allá.

Hannah pronto se hundió. Willie la agarró y bajó suavemente hacia el suelo.

—Llámalos, Jean-Claude, busca tu gente —dijo Padma.

Jean-Claude se levantó, me atrajo a él. Su gente nadando por el azul brillante de sus ojos. Sus ojos se fijaron en su color normal. Miró a Padma pasando más allá de mí. No pensé que estaba viendo algo en la habitación. Su poder se deslizó de sus manos a través de mi piel.

Creo que si yo no lo hubiera estado tocando, no hubiese sentido nada. Ni el menor brillo de energía, como si se tratara de una pequeña cosa que hacer.

Él parpadeó y miró a Padma.

—Damián.

Damián fue uno de los lugartenientes de Jean-Claude. Al igual que Liv, con más de quinientos, pero nunca sería un maestro.

En el caso de Damián era más de mil años, pero nunca sería un maestro. Era una cantidad alarmante de tiempo en el cual no ha adquirido un poder tan poco. No me malinterpreten, Damián fue de gran alcance. Para obtener una vida de quinientos años de edad, fue aterrador. Durante mil años fue un bebé. Un peligroso, bebé carnívoro, pero todavía Damián no había adquirido todo el poder que nunca podría tener. Él podría vivir hasta que el sol se apague y se trague la tierra, y no habría nadie más poderoso, él había estado en el atardecer de hoy.

Fue uno de los pocos vampiros que pudo engañarme completamente con su edad. Yo había subestimado su edad por más de la mitad. Lo juzgué por el poder y estaba empezando a aprender que el poder no era la única cosa a juzgar por la edad.

Jean-Claude había negociado con los antiguos maestros de Damián su libertad para venir aquí y jugar.

—¿Qué le has hecho a Damián? —Jean-Claude preguntó.

—Yo, nada, pero ¿está muerto? —Padma sonrió y tomó la mano de Vivian—. Esa es una pregunta que sólo puede responder a su amo.

Caminó por el pasillo principal, con la mujer-leopardo de la mano.

Vivian me miraba, me miraba con ojos asustados, hasta que se perdieron de vista. El leopardo negro se quedó mirándome.

Hablé antes de pensar.

—¿Cómo pudiste darle más poder a esa cosa?

Me espetó, moviendo la cola.

—Ustedes son débiles, Elizabeth. Sabías lo que Gabriel hacía y deberías despreciarlo por ello.

Ella soltó un rugido. La voz de Padma hiso un sonido como de cuchillo.

—Elizabeth, ven a mí ahora o voy a estar muy enfadado.

El leopardo me dio un gruñido.

—¿Por qué le dijiste que Gabriel era débil, *ma petite*?

Sacudí la cabeza.

—No la habría traído aquí si ella fuera más fuerte. La llamó y vino, pero debería haber venido sola.

—Tal vez ella hizo lo posible, *ma petite*.

—Entonces lo mejor no es lo suficientemente bueno.

Miré a Jean-Claude con cuidado, su cara ilegible. Su cuerpo estaba en calma, calma. Puse mi mano sobre su corazón debajo de su camisa. Su corazón palpitaba.

—¿Crees que Damián está muerto? —le dije.

—Yo sé que está muerto. —Fijó la mirada en mí—. Si es permanente, es la cuestión.

—Muerto, está muerto —le dije.

Se echó a reír y me abrazó a él.

—Oh, *ma petite*, sobre todo, deben saber que no es verdad.

—Pensé que habías dicho que no podía matarnos esta noche —le dije.

—Así pensé —dijo.

Cada vez que creí entender las reglas, cambiaban. ¿Por qué será que las malditas normas siempre parecen cambiar a peor?



# DIECISIETE

Willie se acercó a nosotros, con Hannah de la mano.

—Gracias, maestro, Anita.

Hubo un asentamiento cortes en su fina cara, parte de la lucha inicial para el circo, supongo.

Ya se estaban curando. Parecía horrible, aún más de lo habitual en los muertos vivientes.

—Te ves como el infierno —le dije.

Me sonrió, mostrando los colmillos. Se había muerto hace tres años. Toma un poco de práctica para sonreír sin mostrar los colmillos.

—Estoy bien. —Miró a Jean-Claude—. Traté de detenerlos. Todos lo hicimos.

Jean-Claude se había metido de nuevo la camisa en los pantalones. Se alisó con las manos la parte delantera de la camisa y tocó el hombro de Willie.

—Has luchado con el Consejo, Willie. Ganes o pierdas, lo hiciste bien.

—Gracias, maestro.

Jean-Claude normalmente no corrige a nadie cuando le llaman maestro, pero esta noche, creo que íbamos a lo formal.

—Vamos, tenemos que asistir a Damián.

Me ofreció su muñeca, y cuando yo no sabía muy bien lo que quería decir, puse mi mano sobre su pulso.

—Me tocas como si me estuvieras tomando el pulso.

—¿Hay algún problema con eso?

—Esto demuestra que tú eres más que mi siervo o mi compañera de cama. Demuestra que me consideras un igual.

—¿Cuál será la decisión del Consejo con respecto a esto? —le pregunté.

—Les obligará a negociar no sólo conmigo, sino contigo. Se complican las cosas para ellos y eso nos dará más opciones.

Apoyé la mano en su muñeca. Su pulso se mantuvo bajo mis dedos.

—Confundimos a nuestros enemigos, ¿eh?

Él asintió.

—De hecho, *ma petite*, de hecho.

Caminé junto a él hacia el pasillo, mi mano derecha en el bolsillo con la Browning, que había rescatado desde el suelo. Cuando llegamos a una visión clara del pasillo, el pulso de Jean-Claude se aceleró bajo mis dedos.

Damián yacía a un lado enroscado alrededor de una espada. Su camisa y chaqueta estaban empapadas de sangre oscura alrededor del material de la espada. La punta de la espada salía por la espalda. Había sido atravesado. No estaba un cien por ciento segura, pero parecía como un golpe al corazón.

Había un nuevo vampiro junto a él. Con una espada de dos manos, apuntando hacia abajo, como un bastón. Reconocí la espada. El único vampiro acostado en el ataúd era Damián.

El vampiro nueva era alto, seis pies y seis pulgadas o más, ancho de hombros. Tenía el pelo cortado como un tazón de rizos amarillos alrededor de su rostro, dejando al descubierto las orejas. Vestía una túnica blanca, pantalón blanco, blanco sobre blanco en capas. Se quedó rígido, como un soldado.

—Warrick —dijo Jean-Claude—. Tenía la esperanza de que no tuvieras misericordia y mataras a Yvette.

El vampiro nos miró. Sus ojos se clavaron en mi mano, en la muñeca de Jean-Claude. Él se arrodilló y con sus manos recogió la espada que tenía Damián. Bajó la cabeza y nos ofreció la espada.

—Peleó bien. Ha pasado mucho tiempo desde que tenía un buen adversario. Me olvidé de mí mismo y lo maté. No habría deseado la muerte de un buen guerrero. Su muerte final es una gran pérdida.

Jean-Claude tomó la espada de las manos del vampiro.

—Guarda tus disculpas, Warrick. Vengo a salvar a Damián, no a enterrarlo.

Warrick nos miró con sus ojos azules.

—Pero temo que atravesó su corazón. Si tú fueras el maestro que lo creó, entonces habría una oportunidad, pero no le has llamado de su tumba para su segunda vida.

—Pero yo soy dueño de la ciudad, y Damián tomó un juramento de sangre.

Warrick puso la espada en el suelo cerca de Damián.

—Tu sangre puede traerlo. Creo que será suficiente. Oremos.

Me quedé mirándolo. Yo nunca había oído decir a un vampiro la palabra «orar». Los vampiros, por razones obvias, no rezan mucho. Quiero decir, ¿quién iba a responder? Oh, sí, estaba la Iglesia de la Vida Eterna, pero eran más una religión humanista, una especie de Nueva Calentura. No estoy segura de que hablaba mucho acerca de Dios.

El cabello de Damián era casi de color rojo sangre, un color sorprendente en la blancura de alabastro de su piel. Sabía que sus ojos eran de color verde que sería la envidia de cualquier gato, pero esta noche sus ojos se cerraron, y si las cosas iban mal, nunca los abriría de nuevo.

Jean-Claude se arrodilló al lado de Damián. Puso su mano sobre el pecho, cerca de la espada.

—Si se saca la espada y su corazón no late, y sus ojos no se abren, entonces se ha ido. Una oportunidad, y una única oportunidad. Podríamos ponerlo en un agujero en alguna parte un centenar de años y hasta la espada sacar de su corazón, todavía habría una oportunidad. Si lo hacemos aquí y ahora, corremos el riesgo de perderlo para siempre.

Esa última parte de la tradición es la razón de nunca jamás quitar una estaca o una espada del corazón de un cadáver, no importa cuán muerto parece que esté.

Me arrodillé junto a ellos.

—¿Hay un ritual para hacerlo?

Sacudió la cabeza.

—Voy a invocar el juramento de sangre que tomó. Eso ayudará a llamarlo, pero Warrick tiene razón. Yo no hice a Damián. Yo no soy su verdadero maestro.

—No, él es mayor que tú por unos seiscientos años.

Miré el vampiro, ensartado en la espada, en un charco de sangre oscura. Llevaba un par de pantalones de vestir a juego con el chaleco. Sin camisa bajo el chaleco que parecía extrañamente erótico. Todavía podía sentir a Damián en mi cabeza. Su poder, el ritmo y el pulso de los siglos fluyeron a través de él. No estaba muerto, o al menos no del todo muerto.

Todavía podía sentir su aura, algo.

—Todavía puedo sentir Damián —le dije.

—¿Qué quieres decir, *ma petite*?

Tuve un apuro terrible por tocar a Damián. Para poner mis manos sobre sus brazos desnudos. Yo no estaba en necrolandia, no importa lo cerca que caminaba por el borde. ¿Qué estaba pasando?

—Puedo sentirlo. Su energía en mi cabeza. Es como la que viene de en un cadáver fresco antes de que el alma ha abandonado el cuerpo. Todavía está intacta, creo.

Warrick me estaba mirando.

—¿Cómo puedes saber eso?

Me estiré hacia Damián y me detuve, con las manos en puños. Mis manos dolían al tocarlo, no era algo sexual, sino exactamente era como ver una buena escultura. Quería trazar las líneas de su cuerpo, sentir el flujo y el reflujo de él. Para…

—¿Qué está mal, *ma petite*?

Toqué con la punta de los dedos el brazo de Damián, como si temiera que me fuese a quemar. Mi mano se deslizó sobre su carne fresca, casi sin querer. La fuerza que el cuerpo de Damián fluía a través de su enfriamiento de la piel, fluía por mi mano, por mi brazo, mi piel se puso gallina en todo mi cuerpo. Gemí.

—¿Qué estás haciendo, *ma petite*?

Jean-Claude se frotaba los brazos como si él también lo sintiera.

Warrick extendió una mano hacia mí como si estuviera sosteniendo su mano enfrente del fuego, no estaba seguro de si puede o debe tocar. Dio un paso atrás, frotándose las manos en el pantalón.

—Es cierto. Eres un nigromante.

—No has visto nada todavía —dije en voz baja. Me volví a Jean-Claude—. Cuando saques la espada, el truco está en mantener la potencia de sangre que viene de salida por la herida. Para evitar, a falta de una palabra mejor, que su alma huya ¿verdad?

Jean-Claude me miraba, como si nunca me hubiese visto antes. Es bueno saber que todavía podría sorprenderlo.

—Yo no sé, *ma petite*. Yo no soy una bruja o un estudiante de la metafísica mágica. Voy a invocar el juramento, diré el ritual, y espero que sobreviva.

—A veces cuando llamo a un zombi de la tumba, es más fácil llamarlo por segunda vez.

Pasé mis manos para tomar las manos de Damián, pero no fue suficiente. Mi fuerza y el poder dentro de los vampiros necesitan un toque más inmediato que meras manos.

—Él no es un zombi, *ma petite*.

—Warrick dijo que no habías llamado a Damián de la tumba, tengo que hacerlo.

Una vez, casi por accidente había levantado a tres de los vampiros. Fue cuando él, Richard, y yo invocamos por primera vez el triunvirato. El poder había sido tan abrumador que había levantado cada cadáver, cerca de nosotros como un zombi, pero no había sido demasiado poder. Yo se los di a los vampiros y que habían venido a mí. Se rumorea que lo Nigromantes tienen el poder de llamar a todo tipo de muertos a sus órdenes. Pero eso era una leyenda. Por lo que yo sabía, yo era el nigromante que vive sólo para este truco en particular.

—¿Qué quieres, *ma petite*?

Me arrastré alrededor del cuerpo de Damián. La sangre estaba fresca. Mi mano se perdía en su brazo, sin perder nunca el contacto con su cuerpo, con ese poder acurrucado en el interior de él. El poder que le animaba me había metido una vez, me expulsó, me dolió. Pero fue como sí, estuviésemos vinculados.

—Estás vinculado a Damián, pero también está ligado a mí. Siento Damián en mi cabeza. Yo no sé si es un enlace, pero es algo. Que se puede usar —dije.

—¿Te refieres a recurrir a tu poder para ayudar a fortalecer mi mandato en él? —Jean-Claude dijo.

—Sí.

Traje a Damián en mi regazo, por su parte, la espada seguía en él. Cuando Jean-Claude vio lo que estaba haciendo, él me ayudó. Acuné Damián, por los hombros en mi regazo, con la cabeza apoyada en mi brazo. Le pasé la mano por el pecho, en busca de su corazón, y encontró la hoja en su lugar. Se había atravesado el corazón. Incluso con mi ayuda, incluso con la ayuda de Jean-Claude, si no hubiera poseído más de quinientos años, él estaría muerto. Quinientos años parecía ser una época en que los vampiros han ganado una gran cantidad de poder. Tener más de mil sólo podían ayudarlo. Podía sentirlo, a través de mi cuerpo, mi cabeza. A través del creciente poder, me di cuenta que había dado la espalda al pasillo. Era difícil pensar, pero pregunté:

—¿Tenemos una tregua hasta que lo consigamos?

—¿Quieres decir que nos atacan mientras le salvamos?

—Sí.

—Yo te protegeré —dijo Warrick. Se puso de pie y tomó la espada de Damián.

—¿No es un conflicto de intereses? —le pregunté.

—Si no se levanta, seré castigado por haberle matado. No es sólo el dolor de mi propio descuido que me impulsa a ayudar. Temo lo que puede hacerme mi señora.

Jean-Claude miró a Damián.

—Padma quiere matarnos por el poder del triunvirato nos ha dado, *ma petite*. Ahora que él sabe que has llamado a Damián de su ataúd como un zombi, él te teme aún más.

—¿Warrick se lo va a decir?

Jean-Claude me dio una dulce sonrisa.

—No hay necesidad de que Warrick se lo diga, ¿Viajero estás aquí?

Una voz, un suspiro que nos rodea.

—Estoy aquí.

Me quedé mirando el aire, a la nada.

—Pequeño hijo de puta, eres un espía.

Willie tropezó. Hannah se echó para atrás de él.

—Yo soy muchas cosas, Anita.

Willie se dirigió a nosotros con la antigua inteligencia en sus ojos.

—¿Por qué has omitido esta información de nosotros, Jean-Claude?

—Ustedes nos ven como una amenaza sin este pedacito de la

información, Viajero.

¿Me culpas por ocultártelo?

Le dio una pequeña sonrisa que era a la vez amable y condescendiente.

—No, supongo que no.

Jean-Claude se apoderó de la empuñadura de la espada. Puso su mano sobre el pecho de Damián para sostenerse a sí mismo. Sus dedos rozaron mi mano.

—Puedes mover la mano, *ma petite*. La espada está fuertemente incrustada.

Sacudí la cabeza.

—Yo voy a hacer latir su corazón. No puedo hacer eso si no lo estoy tocando.

Jean-Claude volvió la cabeza hacia un lado, me miraba.

—La magia te aferra, *ma petite*, y te olvidas de ti misma. Por lo menos utilizar tu mano izquierda.

Él tenía razón. La magia, por falta de una palabra mejor, era la reconstrucción. Nunca había sentido mi propio poder tan fuertemente fuera de un sacrificio de sangre. Por supuesto, hubo un montón de sangre, al igual que yo no la había derramado. Pero yo podía sentir el corazón de Damián dentro de su pecho. Era casi como si pudiera alcanzar el interior y acariciar el músculo. No lo veía, pero podía sentirlo, y a la vez no lo era tampoco. Yo no tenía palabra.

No era el tacto o la vista, pero yo podía sentir lo mismo. Saqué mi mano de inmediato y deslicé mi mano izquierda sobre el corazón de Damián.

—¿Estás preparada, *ma petite*?

Yo asentí.

Jean-Claude se levantó sobre sus rodillas.

—Yo soy el dueño de la ciudad. Mi sangre se ha bebido. Mi carne se ha tocado. ¡Eres mío, Damián! Te entregaste dispuesto a mí. Venid a mí ahora, Damián. Asciende a mí ahora. Ven a mi lado.

Aumentó la presión sobre la hoja. Sentí un cambio en el cuerpo de Damián deshuesado como los muertos.

Sentía su corazón, lo acariciaba y hacía frío, muerto.

—Yo soy dueño de tu corazón, Damián —dijo Jean-Claude—. Voy a sacarla.

—Vamos a hacerlo latir —dije.

Mi voz sonaba distante, extraña, no, como mi voz. El poder respira a través de mí, a través de Damián, en Jean-Claude. Sentí que se propagaba hacia afuera y sabía que cada cadáver en el lugar sintió la prisa.

—Ahora —dije en voz baja.

Jean-Claude me miró por última vez, luego volvió toda su atención a Damián. Arrancó la hoja en un solo movimiento.

La esencia de Damián trató de seguir la hoja hacia fuera, trató de escapar a través de la herida. Sentí que se deslizaba lejos. Le llamé, lo puse en la carne muerta, y no fue suficiente.

Moví mi mano sobre su corazón. La hoja cortó mi mano. Mi sangre, fresca, cálida y humana, fluía sobre la herida. La cosa dentro de Damián vaciló. Se quedó con el sabor de mi sangre.

Fue suficiente. No le acariciaba el corazón. Se rompió, lo llenó con el poder que se arrastraban sobre nosotros.

El corazón dio un vuelco en el pecho yo lo sentí en mis huesos. Su columna vertebral inclinada, se levantó para traerlo de vuelta, echando la cabeza atrás. Su boca abierta en un grito silencioso. Sus ojos se abrieron de par en par. Se dejó caer de nuevo en mi regazo.

Miró hacia mí, con los ojos muy abiertos, asustados. Me agarró del brazo. Trató de hablar y no podía hablar más allá del atronador pulso en la garganta. Pude sentir la sangre en su cuerpo, el latido de su corazón, la prisa de él.

Él se acercó a Jean-Claude, agarró la manga de la chaqueta. Por último, susurró:

—¿Qué me has hecho?

—Salvarte, mon ami, salvarte.

Damián se desplomó de repente. Su cuerpo se hundió en el silencio. Empecé a perder el sentido de su pulso, el sabor de su corazón. Se deslizó lentamente y me dejó ir. Pero yo estaba casi segura de que lo podría haber celebrado. Podría haber mantenido la sensación y el pulso de su cuerpo. Yo podría haberlo hecho subir y bajar a mi tacto. Yo estaba casi segura.

Le pasé la mano por el pelo rojo y espeso, y sabía la tentación, y fue sólo ligeramente teñida con el sexo. Levanté mi mano que seguía sangrando para que él pudiera verla. No era grande el corte, dos, tres puntos y yo estaría bien. Me dolió, pero no lo suficiente.

Pasé la mano que seguía sangrando por el pelo. El grosor de su cabello se deslizó a través de la herida abierta, sentí abrasión en ella. El dolor era

más agudo de repente, dolor y náuseas.

Lo suficiente como para traerme de vuelta a mí misma.

Damián miró hacia mí, con miedo. Miedo de mí.



# DIECIOCHO

—Muy impresionante.

Me volví, Damián todavía estaba en mi regazo. Yvette estaba al acecho por el pasillo hacia nosotros. Había perdido la estola de visón, y el vestido blanco era muy simple, muy elegante, muy Chanel. El resto de la escena era puro Marqués de Sade.

Jason, hombre lobo, lacayo, un aperitivo a veces voluntario a los no-muertos, estaba con ella.

Estaba vestido con una cruz entre los pantalones de cuero negro y piel apretada. Piel desnuda mostró en los muslos, y lo que parecía una correa de cuero cubierto en la ingle.

Alrededor de su cuello había un metal tachonada de collar de perro con una correa atada a ella. Yvette fue quien puso la correa. Moretones recientes marcharon por la cara, el cuello, los brazos. Hubo cortes en el pecho y el estómago más bajos, parecían marcas de garras. Sus manos

estaban atadas a la espalda, los brazos tan apretados a su cuerpo que sólo podría hacerle daño.

Yvette se detuvo a unos dos metros de nosotros. Empujó a Jason lo suficientemente duro en la espalda para que él dejara escapar un pequeño sonido, lo que le obligó a arrodillarse. Miró la rienda corta por lo que fue casi colgando.

Le pasó la mano por el pelo amarillo, ajustándolo, como si estuviera a punto de hacerle una foto.

—Es mi regalo, mientras yo esté aquí. ¿Te gusta el envoltorio?

—¿Puedes sentarte? —pregunté a Damián.

—Creo que sí.

Él salió de mi regazo, y se sentó con cuidado, como si todo no estaba funcionando muy bien todavía.

—¿Cómo estás, Jason?

—Estoy bien —dijo.

Yvette tensó la correa, por lo que no podía hablar. Me di cuenta de que el interior del cuello había puntas de metal en ella, un collar de ahogo.

—Él es mi lobo, Yvette. Es mío para proteger. No lo puedes tener —dijo Jean-Claude.

—Ya le he tenido —dijo—. Pero lo voy a tener de nuevo. No le he lastimado todavía. Los moretones no son obra mía. Los consiguió defendiendo este lugar. En defensa de ti. Pregúntale tú mismo.

Aflojó el cuello, y luego la correa.

Jason tomó un largo suspiro y nos miraba.

—¿Te duele? —preguntó Jean-Claude.

—No —dijo.

—Ustedes han demostrado poca moderación —dijo Jean-Claude—. ¿O es que tu gusto cambió desde la última vez que nos abrazamos?

Ella se rió.

—Oh, no, mis gustos son los mismos que los de siempre. Le atormento ahora delante de ti y tú no podrás hacer nada para detenerme. De esta manera atormento a varias personas por el precio de uno.

Ella sonrió. Se veía mejor de lo que la había visto en el restaurante. No tan pálida.

—¿De quién te alimentaste? —le pregunté.

Sus ojos se posaron a mí.

—Ya lo verás muy pronto.

Volvió su atención a Warrick. No exactamente se encogió, pero pareció de repente más pequeña, menos brillante.

—Warrick, me fallaste.

Warrick estaba contra la pared, la espada de Damián todavía en la mano.

—No quise hacerle daño, señora.

—¡Oh!, no me refiero a eso. Tú vigilabas mientras lo traían de regreso.

—Usted me dijo que sería castigado si moría.

—Así lo hice, pero ¿realmente habrías utilizado esa gran espada contra mí?

Se dejó caer de rodillas.

—No, señora.

—Entonces, ¿cómo puedes protegerlos?

Warrick sacudió la cabeza.

—Yo no creo…

—Nunca lo haces.

Sacó a Jason en contra de sus piernas, sosteniendo su rostro contra su muslo.

—Mira, Jason, mira y ve lo que le hago a los niños pequeños que se portan mal.

Warrick se puso de pie, poniéndose de espaldas a la pared. Dejó caer la espada, el traqueteo de las piedras.

—Por favor, señora, por favor, no hagas esto.

Yvette tomó una respiración profunda, la cabeza hacia atrás, los ojos cerrados, acariciando la cara de Jason. Ella se estaba anticipando.

—¿Qué vas a hacer? le pregunté.

—Mira —fue todo, lo que dijo Jean-Claude.

Warrick estaba de rodillas lo suficientemente cerca como para tocarme. Lo que iba a ocurrir, íbamos a tener un asiento de primera fila. ¿Cuál fue el punto?

Warrick se quedó mirando la pared del fondo, más allá de nosotros, haciendo caso omiso de nosotros tanto como podía. Una divergencia de película blanca sobre sus ojos de color azul claro, hasta que fueron nublados, ciego. Si yo no hubiera estado de pie dentro del alcance de la mano, hubiera sido demasiado sutil para ver.

Sus ojos se voltearon hacia el interior, desmoronado podredumbre. Su rostro seguía siendo perfecto, fuerte, heroico, como en un grabado de San

Jorge, pero sus ojos estaban vacíos, agujeros de podredumbre. Un pus espeso, verdoso se arrastraba por sus mejillas, como lágrimas espesas.

—¿Le está haciendo? —le pregunté.

—Sí, —dijo Jean-Claude, casi demasiado suave para escuchar.

Warrick hizo un pequeño sonido bajo en la garganta. Un estallido líquido negro salió de la boca, corría por sus labios. Trató de gritar, y todo lo que salió fue un profundo borboteo de asfixia. Se cayó hacia delante sobre manos y rodillas. Llenando todo de pus líquido vertido de su boca, ojos, oídos. Corría un charco de líquido más grueso que la sangre.

Debe apestar, como tantas veces sucedía con los vampiros que se pudren, no hay olor.

Warrick vomitó sus propios órganos internos de descomposición en el suelo.

Todos empezaron a moverse detrás de la piscina cada vez mayor. ¿No deseas caminar en ella? No nos haría daño, pero incluso los demás vampiros se apartaron de él.

Warrick se desplomó de lado. Sus ropas blancas eran casi negras, con sangre. Pero por debajo de la confusión que seguía su conjunto. Su cuerpo estaba intacto.

Su mano se extendió a ciegas. Fue un gesto de impotencia. Un gesto que dice mejor que las palabras que le dolía, y todavía estaba allí. ¿Todavía te siento? Siempre pensando.

—¡Dios mío! —le dije.

—Hay que ver lo que puedo hacer con mi propio cuerpo.

La voz de Yvette fue arrastrando nuestra atención hacia ella. Ella todavía estaba allí de pie, sosteniendo a Jason contra su pierna. Ella era una blanca figura brillante, a excepción de su mano. Desde el codo hasta donde una podredumbre verde había comenzado.

Jason se dio cuenta. Empezó a gritar, y tiró de su cuello, demasiado corto para que hablara.

Ella le acarició la cara con la mano podrida, dejando una mancha de algo espeso y oscuro y muy real.

Jason se volvió loco. Se apartó lejos de ella. Tensó de su cuello hasta que su rostro se volvió rosa, rojo. Luchó para mantenerse alejado de ella. Luchó como un pez en un anzuelo. Su cara se volvió púrpura, y todavía no llegaría a su mano podrida.

Jason se desplomó en el suelo. Estaba a punto de ahogarse a sí mismo

en la inconsciencia.

—Has probado los placeres de la carne podrida antes con otros vampiros, ¿no, Jason? Le tienes tanto miedo. Es por eso que Padma me lo dio a mí. —Yvette comenzó a cerrar la distancia entre ella y el cuerpo de Jason—. Dudo que tu mente sobreviva incluso por la noche.

¿No es delicioso?

—No vas hacer eso —dije.

Tomé la Browning de mi bolsillo y se la enseñé.

—No lo toques.

—Ustedes son un pueblo conquistado, Anita. ¿No te das cuenta todavía? —preguntó ella.

—Conquista esto —dije.

Levanté la Browning hacia ella. Jean-Claude me tocó el brazo.

—Guarda tu arma, *ma petite*.

—No podemos dejar que le hagan daño a Jason.

—Ella no tendrá Jason —dijo. Miró por el pasillo a Yvette—. Jason es mío. En todos los sentidos.

No voy a compartirlo con ustedes, y va en contra de las reglas de la hospitalidad, no le pueden hacer daño permanente a ninguno de mi pueblo. Romper su mente está en contra de la ley del consejo.

—Padma no lo cree así —dijo Yvette.

—Pero tú no eres Padma.

Jean-Claude se deslizó hacia ellos. Su poder comenzó a llenar el pasillo, como el agua fresca en aumento.

—Tú fuiste mi juguete por más de cien años, Jean-Claude. ¿De verdad crees que puedes estar en contra de mí ahora?

Sentí su arremeter, como un cuchillo en huelga, pero su poder reconoció el de Jean-Claude y se desvaneció. Era como si estuviera en huelga en la niebla. Su poder no lucha. Es absorbido.

Jean-Claude intensificado, casi tocándola, ella tiró de la correa que tenía en la mano. Le tocó la cara con su carne podrida, lo peor es que corra la sangre por su mejilla.

Jean-Claude se echó a reír, y era amargo, como tragar cristales rotos. Me dolía escuchar el sonido.

—Yo te he visto en tus peores momentos, Yvette. No hay nada nuevo que puedas mostrarme.

Dejó caer las manos a su lado y lo miró fijamente.

—Hay más placeres más adelante. Padma y el Viajero te esperan.

Ella no sabía que el Viajero ya estaba entre nosotros. El cuerpo de Willie se quedó quieto, el Viajero no dio movimiento de distancia. Interesante.

Yvette levantó la mano, era suave y perfecta, una vez más.

—Tú estás conquistado, Jean-Claude. Simplemente no lo sabes todavía.

Jean-Claude golpeó, un borrón de velocidad a la que envió con sus palabras a lo largo de una palabra al final se convirtió en un paquete no tan elegante en la pared.

—Puedo ser conquistado, Yvette, pero no por ti. No por ti.



# DIECINUEVE

Jean-Claude desató las manos de Jason y rompió el collar de su cuello. Jason apiñado en una pequeña bola en el suelo. Estaba haciendo pequeños ruidos con la garganta más primitiva que las palabras y más lamentable.

Yvette había llegado en sus tacones altos y nos dejó. Warrick se curó, si esa fue la palabra correcta. Se sentó, aún cubierto de los restos de sus propios fluidos corporales, pero sus ojos eran claros y azules, y veía todo.

El Viajero en el cuerpo de Willie, se acercó a Jean-Claude.

—Ustedes me han impresionado más de una vez esta noche.

—No hice nada de eso para impresionar, Viajero. Esta es mi gente. Estas son mis tierras. Defiendo lo mío. No es un juego. —Sacó dos pañuelos de alguna parte. Me dio uno—. Límpiate, *ma petite*.

Empezó a limpiar el pegote de la cara de Jason con el pañuelo de otro.

Miré a mi izquierda. La sangre corría en una línea constante por mi mano. Me había olvidado, viendo la podredumbre de Warrick. Algunos

horrores eran peores que el dolor.

Tomé el pedazo de seda azul de Jean-Claude.

—Gracias.

Me envolví el vendaje improvisado alrededor de la herida, pero no pude con una sola mano.

El Viajero trató de ayudarme a empatar el vendaje. Me aparté de él.

—Te ofrezco ayuda, no te dañaré.

—No, gracias.

Él sonrió, y de nuevo no eran los pensamientos de Willie que se deslizaban por la cara.

—Es que te molesta tanto lo que habita en este cuerpo. ¿Por qué?

—Él es mi amigo —le dije.

—Amistad. Tú afirmas amistad con este vampiro. No es nada. Un poder que no puedo tener en cuenta.

—Él no es mi amigo, porque sea poderoso o de gran alcance. Es sólo mi amigo.

—Ha sido un largo tiempo desde que alguien ha invocado la amistad, en mi presencia. Se implora compasión, pero nunca sobre la base de la amistad.

Jean-Claude se puso de pie.

—Nadie hubiera pensado en ello.

—Nadie más hubiera sido tan ingenuo —dijo el Viajero.

—Es una forma de ingenuidad —dijo Jean-Claude—. Eso es cierto, pero ¿cuánto tiempo ha pasado, Viajero, ya que alguien, cualquiera, tuvo el coraje de ser ingenuo ante el Consejo? Vienen antes de preguntar por el poder, la seguridad, la venganza, pero no la amistad, la lealtad, no. No, no van a pedir al Consejo.

La cabeza de Willie se puso a un lado de nuevo, como si el Viajero estaba pensando.

—¿Acaso me ofreces amistad o me pides qué?

Empecé a responder, pero Jean-Claude me pegó a él.

—¿Puedes ofrecer verdadera amistad sin pedir nada a cambio?

Abrí la boca para decir que yo preferiría ser amigo de un cocodrilo hambriento, pero Jean-Claude me tocó el brazo suavemente. Fue suficiente. Estábamos ganando.

—Amistad —dijo el Viajero—. Ahora que es de hecho algo que no se ha ofrecido desde que tomé mi asiento en el Consejo.

Hablé entonces, sin pensar primero.

—Eso, debe ser muy solitario.

Se rió, y fue esa mezcla extraña de rebuznar tan fuerte de Willie fuerte.

—Ella es como un viento a través de una ventana cerrada, Jean-Claude. Una mezcla de cinismo, ingenuidad, y el poder.

Me tocó la cara, y lo dejé. Tomó el lado de mi cara en su mano en un gesto casi familiar.

—Ella tiene un cierto… Encanto.

Su mano se arrastraba por mi cara, manos persistentes contra mi mejilla. La dejó caer de repente, rozó los dedos unos contra otros como si estuviera tratando de sentir un poco de algo invisible. Sacudió la cabeza.

—Yo y este órgano le esperan en la sala de torturas. —Él me respondió antes de que pudiera decir que no—. No pienso dañar a este órgano, Anita, pero lo necesitamos para caminar.

Dejaré este anfitrión, si hay otro que prefiere que tome.

Se volvió y miró al resto del grupo. Su mirada se posó en último en Damián.

—Yo podría tomar éste. Yo creo que Balthasar gozaría.

Sacudí la cabeza.

—No.

—¿Es este también tu amigo?

Miré a Damián.

—No es mi amigo, no, pero sigue siendo mío.

El Viajero volvió la cabeza hacia un lado, me miraba.

—Él te pertenece, ¿cómo? ¿Es tu amante?

Sacudí la cabeza.

—No.

—¿Hermano? ¿Primo? ¿Antepasado?

—No —dije.

—¿Y cómo es él? ¿Es tuyo…?

Yo no sabía cómo explicarlo.

—No voy a darte a Damián tú puedes salvar a Willie. Tú lo has dicho. No le estás haciendo daño.

—¿Y si lo fuera? ¿Te comercio la seguridad de Damián para tu amigo?

Sacudí la cabeza.

—Yo no voy a debatir esto con usted.

—Sólo estoy tratando de discernir lo importante que sus amigos son

para usted, Anita.

Sacudí la cabeza de nuevo. No me gustó el curso de esta conversación. Si dijera algo equivocado, el Viajero iba a comenzar a cortar Willie allá arriba. Yo lo veía venir. Era una trampa, y todo lo que pensaba decir, iba dirigido derecho a él.

Jean-Claude interrumpió:

—*Ma petite* valora a sus amigos.

El Viajero levantó una mano.

—No, ella debe responder, ella misma. Es su lealtad la que quiero entender, no la tuya. —Me miró a menos de un pie de distancia, incómodamente cerca—. ¿Qué tan importante son tus amigos para ti, Anita? Responde a la pregunta.

Pensé en una respuesta que no podría dar lugar a donde el Viajero quería ir.

—Lo suficiente como para matar —le dije.

Sus ojos se abrieron de ancho. Abrió la boca con asombro.

—¿Me estás amenazando?

Me encogí de hombros.

—Tú me hiciste una pregunta. Contesté.

Echó la cabeza hacia atrás y se rió.

—¡Oh, qué hombre que habría sido!

Me había pasado tiempo suficiente en torno a individuos machos para saber que era un cumplido, uno sincero. Nunca entendieron el insulto implícito. Y mientras que no se corte a la gente que me importaba, yo no lo iba a notar.

—Gracias —dije.

Su rostro cesó de inmediato, el humor desapareció, como un mal recuerdo. Sólo sus ojos, los ojos de Willie, todavía estaban vivos, brillantes, con una fuerza que se deslizó a lo largo de mi piel como un viento frío. Él me ofreció su brazo como Jean-Claude había hecho antes.

Miré a Jean-Claude. Dio el más elemental de los movimientos de cabeza. Puse mi mano sangrando en la muñeca del Viajero. Su latido fuerte y rápido en contra de mi mano. Se sentía como la pequeña herida tenía un latido del corazón en segundo lugar, golpeando al ritmo de su pulso. La sangre fluía más rápido del corte, llamado por su poder. Golpeaba en una línea de cosquilleo por mi brazo hasta el codo a caer en el interior del brazo de la chaqueta, empapando la tela oscura. Sangre, repartidas en la muñeca

en arroyos carmesí. Mi sangre. Mi corazón se aceleró, alimentando el miedo, la conducción de la sangre más rápido.

Yo sabía en ese momento que podía estar allí y me desangrarían hasta la muerte de esa pequeña herida. Podía perder toda la sangre, en mí, todo el poder en mí, para hacer un punto.

El corazón latía con fuerza en mis oídos. Sabía que debía mover mi mano, pero no me parecía que empezara a moverse, como si algo estaba interfiriendo con los gritos en mi cabeza, antes de que pudiera llegar a mi mano.

Jean-Claude se acercó a mí, pero el Viajero habló antes de que pudiera tocar con nosotros.

—No, Jean-Claude. Te reconozco como una fuerza y tengo en cuenta que puedes romper este dominio por tu cuenta.

Mi voz era entrecortada, me lancé, como si no hubiera estado funcionando, pero no pude hablar, pensar, yo no podía mover mi mano.

—¿Qué gano yo con esto?

Se rió, satisfecho de sí mismo. Creo que por fin había hecho una pregunta que estaba cómoda con él.

—¿Qué quieres?

El pulso en mi mano hizo un ritmo rápido y más rápido. La sangre comenzaba a empapar la manga del Viajero, la manga de Willie. Quería a Willie de espalda.

—Paso seguro para mí, toda mi gente y amigos.

Echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada. La risa se detuvo en midmotion como una película mal hecha. Volvió los ojos brillantes hacia mí.

—Rompe esta bodega, Anita, y le daré lo que piden, pero si no se rompe, ¿qué gano?

Era una trampa, y yo lo sabía, pero yo no sabía cómo salir de ella. Si seguía sangrando, me iba a desmayar por la pérdida de sangre, y todo habría terminado.

—Sangre —dije.

Él sonrió.

—Tengo ahora.

—Una bebida de mí. No es eso.

—Es tentador, pero no suficiente.

Manchas grises se extendían a través de mi visión. Yo estaba sudando y

vagamente tenía náuseas. Me tomó mucho tiempo para pasar la pérdida de sangre, pero era acelerarlo. No podía pensar en lo que me ofrecen. Yo estaba teniendo problemas para pensar en todo.

—¿Qué quieres?

Jean-Claude dejó escapar un suspiro, como si yo hubiera dicho algo equivocado.

—La verdad.

Poco a poco me dejé caer de rodillas, y sólo su mano en mi codo me mantuvo en pie. Mi visión se iba de gris a grandes manchas blancas. Yo estaba mareada, y sólo va a empeorar.

—¿Qué verdad?

—¿Quién mató realmente a Muevetierra? Dime ya eres libre.

Tragué saliva, y le susurré:

—Jódete.

Me caí al suelo sin soltarme de él, seguí sangrando. Se inclinó sobre mí, vi a través de mi visión en ruinas que era sólo Willie. La aguda cara de Willie. Willie con sus trajes de alta y peores lazos. Willie que amaba a Hannah con una devoción suave que hizo que mi garganta se sintiera apretada. Toqué esa cara, pasé la punta de los dedos a través de su pelo engominado hacia atrás, acuné la mandíbula en la mano, y le susurré:

—Willie, ven a mí.

Hubo una sacudida como un escalofrío de electricidad, y pude ver. Mi cuerpo todavía se sentía aturdido y distante, pero mi visión era clara. Lo miré a los ojos brillantes y sentí el pensamiento de Willie. Ahí, en el fondo era un grito de respuesta.

—Willie, ven a mí.

Mi voz era más fuerte esta vez.

—¿Qué estás haciendo? —dijo el Viajero.

No le hice caso. Willie fue uno de los otros vampiros que accidentalmente había llamado desde sus ataúdes, al igual que Damián. Y tal vez, sólo tal vez, fue en más de amistad.

—Con la sangre te llamo, Willie McCoy. Levántate y ven a mí.

El latido del corazón en la mano era lento. El Viajero trató de escapar, tratando de no romper el control que había forjado, pero era una palabra de doble hoja. Es arma de doble filo, y yo quería hacer mi punto profundo y agudo.

—Ven a mí, Willie.

Alcé a mi voz, mis manos, mi sangre. Mucho auge y me contestó.

—¡Willie McCoy, vamos!

Vi a Willie en los ojos, como si estuviera llenando una taza de agua. Sentí obligado al Viajero a abandonarlo. Le eché fuera, lo empujé lejos, y se estrelló contra una puerta que yo no había sabido que tenía en mi cabeza. En el cuerpo de Willie. Obligamos irse al Viajero, y se fue chillando en la oscuridad.

Willie me miró, y era él, pero había una mirada en sus ojos que nunca había visto antes.

—¿Qué quieres de mí, señora?

Me desplomé en el suelo, llorando. Quise decir: «*Yo no soy tu maestro*», pero las palabras se murieron en mi garganta, tragadas por la oscuridad de terciopelo que se comió mi visión, y luego el mundo.



# VEINTE

Me había quedado dormida con mi cabeza en el regazo de mi padre. Me acarició el cabello. Me acurruqué contra su regazo, la mejilla apoyada en su muslo desnudo. ¿Muslo desnudo? De repente, me desperté, empujándome a una posición sentada. Jason estaba apoyado contra una pared de piedra. Era su regazo, me había despertado encima de él. Me dio una gran versión suavizada de su habitual e insinuante sonrisa, pero dejó sus ojos fríos y cansados. No me daba una mirada lasciva a mí esta noche. Las cosas son ásperas cuando Jason deja de molestar.

Jean-Claude y Padma estaban discutiendo en francés. Estaban de pie a ambos lados de una mesa de madera. Un hombre fue amarrado hacia abajo de la mesa con las bandas de plata en la muñeca, tobillos y cuello. Las bandas se atornillaban a la mesa. Estaba desnudo, pero sus ropas estaban desaparecidas. Toda la parte posterior de su cuerpo era una masa sanguinolenta de castigos. Había encontrado el propietario de la piel en la

puerta. La cara oscura y guapa de Rafael fue floja, inconsciente. Yo esperaba que no quedara de esa manera durante mucho tiempo.

Rafael, el Rey Rata, era el jefe del segundo más grande y más fuerte grupo de *cambiaformas* de la ciudad. Era el juguete de nadie. ¿Qué demonios estaba haciendo allí de esa manera?

—¿Qué está haciendo Rafael aquí? —pregunté a Jason.

Él contestó, con voz cansada, y arrastrada.

—El Señor de las Bestias quiere al hombre-rata. Rafael no fue lo suficientemente fuerte para no venir cuando se le llama, pero era lo suficientemente fuerte para no traer ninguna de las otras ratas. Se entregó a sí mismo más como un sacrificio.

Jason apoyó la cabeza contra la pared, sus ojos cerrados.

—Ellos no pudieron doblarlo. No pudieron romper a Sylvie tampoco.

—¿Sylvie?

Miré alrededor del cuarto. Era de veinte por veinte, no tan grande. Miré a través de la habitación, estaba encadenada a la pared. Ella se hundió en las cadenas, todo el peso en las muñecas, inconsciente. La mayor parte de ella se oculta a la vista por el cuadro de Rafael encadenado. No parecía herida.

—¿Por qué está aquí?

—El señor de las bestias llamó a los lobos, también. Richard no estaba aquí para responder, por lo que Sylvie vino. Ella protegió al resto de nosotros, al igual que Rafael hizo por su pueblo.

—¿Por qué Jean-Claude y el Señor de las Bestias están discutiendo?

—El Viajero nos dio nuestra libertad, pero no quieren incluir a Rafael en la negociación. El señor de las bestias, dice que el rey rata no es de nuestro pueblo, ni nuestro amigo.

—Él es mi amigo —le dije.

Él sonrió sin abrir los ojos.

—Yo sabía que ibas a decir eso.

Me puse de pie, empujándome contra la pared. Me sentía un poco inestable, pero no está mal. Caminé hacia donde los vampiros discutían. El francés era caliente y furioso.

Jean-Claude se volvió hacia mí.

—*Ma petite*, estás despierta.

Su inglés fue muy acentuado. A menudo después de que había estado hablando mucho en francés.

Padma levantó una mano.

—No, no influyas con ella.

Jean-Claude hizo una reverencia.

—Como quieras.

Yo quería tocar a Rafael. Pude ver su espalda subiendo y bajando, pero realmente no iba a creer que estaba bien hasta que le tocara. Mis manos se cernían sobre él, pero no había casi ningún lugar para tocar que no estuviera crudo y sufriendo. Por fin le toqué el pelo y luego retrocedí. Yo no quería despertarlo. Inconsciente está mejor que cualquier otra cosa en estos momentos.

—¿Quién es éste para ti? —preguntó Padma.

—Él es Rafael, el Rey Rata. Él es mi amigo.

Hannah entró por la puerta del calabozo abierta. En el momento en que apareció, yo sabía que era el Viajero. Se inclinó en ese cuerpo muy femenino contra el lado de la puerta y logró una mirada masculina.

—No se puede ser amigos de todos los monstruos de la ciudad.

Me miró fijamente.

—¿Quieres apostar?

Sacudió la cabeza, el pelo rubio de Hannah rebotando como en el comercial de champú. Se rió, y era de niña.

—Oh, no, Anita Blake, no voy a negociar de nuevo con ustedes esta noche. —Empezó a bajar las escaleras. Se había quitado los zapatos de tacón alto, y se deslizó por la escalera en calcetines—. Pero habrá otras noches.

—Le pedí por un paso seguro y me lo dio —le dije—. Tú no puedes hacernos más daño.

—Le di un paso seguro sólo para esta noche, Anita.

—No recuerdo que se colocara un plazo en tu promesa —dijo Jean-Claude.

El Viajero saludó la objeción a distancia.

—Se entiende.

—No por mí —le dije.

Se detuvo en el otro lado de la mesa, junto a Padma. Me miró con los ojos grises de Hannah y frunció el ceño.

—Cualquier otra persona hubiera sabido que yo quería decir sólo esta noche.

—Como tú mismo has dicho, Viajero, ella no es cualquiera —dijo Jean-

Claude.

—Él es uno de los miembros del Consejo. No se puede negociar para todos —dijo Padma—. Se nos puede obligar a dejarles ir esta noche, pero con el resto no se puede hacer. No se puede liberar a todos sin someterlo a votación con todos los aquí representados.

—Entonces su promesa no significa nada —le dije.

—Si yo había soñado que se referirme a la seguridad de toda nuestra estancia —dijo el Viajero—. Yo simplemente había pedido la verdad sobre la muerte del Muevetierra.

—Hicimos un trato. Mantuve mi final —le dije.

Él trató de cruzar los brazos sobre el pecho, pero tuvo que conformarse con el estómago, los brazos acunando los senos. Las mujeres no son diseñadas para parecer duras.

—Tú me has dado otro problema, Anita. Sería prudente no ser tan problemática.

—Amenaza todo lo que quieras —le dije—, pero para esta noche no se puede tocar a ninguno de nosotros.

—No dejes que se te suba a la cabeza.

Su voz se había arrastrado por una pocas octavas, arrastrando desde la garganta de Hannah. Me moví, hasta situarme en la cabeza de Rafael, con ganas de acariciarle el pelo y no atreverme. Lágrimas presionando para salir de mis ojos.

—Desencadénalo. Él se va con nosotros, o tu palabra vale mierda, Viajero.

—No voy a renunciar a él —dijo Padma.

—Haz lo que se te dice —dijo Viajero.

Aparté la vista del cuerpo sacrificado de Rafael. Yo tampoco quería que los chicos malos me vieran llorar. Alejándome de Rafael me di una mejor visión de Sylvie. Lo que vi me detuvo en seco.

Sus pantalones abajo alrededor de sus tobillos, aún en los zapatos. Di un paso hacia ella, y luego otro, y fui casi corriendo en el momento en que llegué a ella. Me hinqué a su lado. La sangre manchaba sus muslos. Sus manos cerradas en puños, los ojos apretados. Ella decía en voz baja algo, muy suavemente, una y otra vez. Le toqué el brazo y se estremeció. Su voz se elevó lo suficiente como para escuchar una sola palabra: «No, no, no». Una y otra y otra vez como un mantra.

Yo estaba llorando. Había estado hablando de poner una bala en Sylvie

el día de hoy. Ahora yo estaba llorando por ella. Tremenda psicópata dura resulté ser. Tuve mis problemas con Sylvie, pero esto… Ni siquiera le gustan los hombres en las mejores circunstancias. Había pagado lo que había hecho mal de alguna manera, de la forma más insultante. O tal vez sólo era que yo la recordaba tan orgullosa, tan segura y llena de sí misma. Para verla como está era casi más de lo que podía soportar.

—Sylvie, Sylvie, es Anita.

Yo quería poner su ropa en su lugar, pero tenía miedo de tocarla de nuevo hasta que no estuviera segura de que sabía que era yo.

—Sylvie, ¿me oyes?

Jason llegó hasta mi lado.

—Déjame intentarlo.

—Ella no va a querer que un hombre la toque.

—No voy a tocarla. —Se arrodilló al otro lado de ella—. Huelo a mochila. No. —Con mucho cuidado deslizó su brazo delante de su cara, tratando de no tocarla—. Huele el paquete, Sylvie. Conoce la comodidad de nuestro toque.

Dejó de decir que no, pero eso fue todo. Ni siquiera quiso abrir los ojos.

Me puse de pie y me enfrenté a la habitación.

—¿Quién hizo esto?

—Ella podía haber parado en cualquier momento —dijo Padma—, me hubiese dado a la manada y todo habría terminado. Ella podía haberse ido gratis.

—¡¿Quién hizo esto?! —grité.

—Yo lo hice —dijo Padma.

Me quedé mirando hacia el suelo, y cuando volví a subir, la Uzi le estaba apuntando.

—Te voy a cortar por la mitad.

—*Ma petite*, llegarás a Rafael y tal vez a mí.

Una ametralladora no se hizo para un objetivo en una multitud, pero podría sobrevivir a la Browning. Sacudí la cabeza.

—Él muere. Por eso, se muere.

El Viajero se puso junto a Padma.

—¿Quieres matar a este cuerpo? —Extendió las manos y se paró delante de Padma—. ¿Vas a matar a la amada de Willie?

Las lágrimas fueron lo suficientemente caliente para escaldar mis mejillas.

—¡Maldita sea, maldita sea todo!

—Padma personalmente no violó a tu amiga —dijo el Viajero—. Cualquier hombre no calificado puede violar, pero se necesita un verdadero artista para la piel de un *cambiaformas*, para que pueda sobrevivir.

—¿Quién?

Mi voz era apenas un poco más tranquila. Yo no iba a usar la ametralladora, y todos lo sabían. Dejé caer la Uzi, dejando que se deslice de nuevo bajo la capa. Envolví mi mano alrededor de la Browning y pensado en ello.

Jean-Claude comenzó a caminar hacia mí. Él me conocía demasiado bien.

—*Ma petite*, todos estamos por salir de aquí en materia de seguridad, al menos esta noche. Tú nos has dado esto. No nos destruyas a todos ahora por venganza.

Fernando entró por la puerta, y yo lo sabía. Tal vez no sea el único, pero había sido uno de ellos. Él me sonrió.

—El Viajero no me dejaba tener a Hannah.

Empecé a temblar, un temblor fino que se inició en mis brazos y se difundió a través de mis hombros y por mi cuerpo. Yo nunca había querido tanto matar a alguien como yo quería matarlo a él. Se deslizó por las escaleras con los pies descalzos, las manos itinerantes sobre el pecho, jugando con la línea del cabello, que comenzó en el vientre. Frotándose las manos en la seda de sus pantalones.

—Tal vez la he encadenado a una pared —dijo.

Sentí un tramo de sonrisa en mi cara. Hablé con mucha claridad, con mucho cuidado, porque si no lo hacía, iba a gritar, y si pierdo el control de mi voz, iba a disparar. Sabía que era tan cierto como que yo estaba allí.

—¿Quién te ayudó?

Padma detuvo a su hijo, tirando de él en el círculo de sus brazos. Vi el miedo real en la cara del vampiro maestro. Su hijo todavía era demasiado arrogante o demasiado estúpido para entender.

—Lo hice yo mismo.

Una risa que era bastante amarga para ahogarme salió.

—No puedes hacer mucho daño por tu cuenta. ¿Quién te ayudó?

El Viajero tocó el hombro de Fernando.

—Otros, otros no identificados. Si la mujer puede decirte, vamos a ella. Si no, tú no necesitas saberlo. No se caza al verdugo.

—Esta noche no —dije.

El temblor se fue tranquilizando. Frío, mi alma tenía un centro de hielo, el lugar donde me había dado un pedazo de mí misma, se extendió hacia el exterior. Yo estaba en calma, calma mortal. Yo podría haber disparado a todos y no parpadear.

—Pero tú mismo lo has dicho, Viajero: habrá otras noches.

Jason estaba hablando en voz baja y Sylvie estaba respondiendo. Me miró. Ella no estaba llorando. Su rostro estaba pálido y extrañamente rígido, como si todo se llevó a cabo en el interior, apretado y duro. Jason desató las cerraduras de las cadenas y se deslizó por la pared.

Él trató de ayudarla a subir sus pantalones, pero ella lo rechazó.

Me arrodillé junto a ella.

—Deja que te ayude, por favor.

Sylvie intentó ponerse los pantalones, pero sus manos no estaban funcionando bien. Siguió buscando a tientas y, finalmente, se desplomó en el suelo llorando.

Empecé a vestirla, y ella me dejó. Ella ayudó donde pudo, pero sus manos temblaban tanto, no podía hacer mucho. Sus pantalones eran de lino color rosa. No pude encontrar la ropa interior. Se había ido. Yo sabía que ella había estado usando algunas, porque Sylvie no iría sin ella. Ella era una señora, y las damas no lo hacían.

Cuando se cubrió todo, por fin conoció mis ojos. La mirada en sus ojos castaños me dio ganas de mirar a otro lado, pero no lo hice. Si hubiera podido iba a causar mucho dolor en su rostro, lo menos que podía hacer era mirar. No pestañear. Incluso había dejado de llorar.

—Yo no les di a la manada —dijo.

—Yo sé —le dije.

Quería tocarla, tranquilizarla, y daba miedo.

Se desplomó hacia delante, sollozando, no lloraba, pero sollozando como si lanzara pedazos de sí misma en el suelo. Puse mis brazos alrededor de ella, fugazmente. Ella se hundió en mi contra, le sostuve. La abracé medio en mis brazos, la mitad en mi regazo, empecé a mecerla lentamente. Me incliné junto a su oído y le susurré:

—Ha muerto. Están todos muertos.

Se calmó poco a poco, luego me miró.

—¿Lo juras?

—Lo juro.

Se acurrucó contra mí y me dijo suavemente:

—No voy a matar a Richard.

—Bien, porque me gustaría matarlo ahora.

Ella rió, y empezó a llorar más, pero ahora más suave, más tranquila, no tan desesperada. Miré a los otros. Los hombres, muertos y vivos, me miraban.

—Rafael viene con nosotros, sin más debate.

Padma asintió.

—Muy bien.

Fernando se volvió hacia él.

—Padre, tú no puedes dejarla hacer esto. Los lobos, sí, pero no el Rey Rata.

—Calla, Fernando.

—No se le puede permitir vivir, si no se somete.

—No se es rata suficiente como para ser dominante como él, ¿verdad, Fernando? —dije—. Él es más fuerte que tú, tú nunca lo serás, y te odio por ello.

Fernando dio un paso hacia mí. Padma y el Viajero, lo detuvieron, una mano en cada hombro.

Jean-Claude se interpuso entre nosotros.

—Vamos a seguir nuestro camino, *ma petite*. La noche es larga.

El Viajero se alejó de Fernando lentamente. No estaba segura en quien él confiaba menos, la rata o yo. Empezó a desabrochar las cadenas de Rafael en su lugar. El hombre-rata todavía estaba inconsciente, ajeno a su suerte.

Me puse de pie, y Sylvie se vino conmigo. Se apartó de mí, trató de caminar y casi se cayó. La atrapé, y Jason la cogió el otro brazo.

Fernando se rió.

Sylvie tropezó. Parecía que había recibido una bofetada. La risa de corte más que cualquier palabra. Puse mis labios contra su mejilla, le acarició la cara contra la mía con mi mano libre, los labios a su oreja.

—Está muerto, recuérdalo.

Se inclinó hacia mí por un momento, luego asintió. Se enderezó y dejó que Jason la ayudara a caminar hacia las escaleras.

Jean-Claude levantó a Rafael en sus brazos tan suavemente como pudo, equilibró al hombre sobre los hombros. Rafael gimió, espasmos en las manos, pero sus ojos quedaron cerrados.

Me quedé mirando al Viajero.

—Tú tendrás que encontrar otro caballo para montar —le dije—. Hannah viene con nosotros.

—Por supuesto —dijo.

—Ahora, Viajero —dije.

Vi arrogancia en su cara. Era una mirada que nunca había visto en el rostro de Hannah antes.

—No dejes que un acto de valentía mágico te haga tonta, Anita. —Me sonrió y sabía que no era agradable. Fue amargo, arrogante y enojado.

—Mi paciencia de esta noche se ha ido, Viajero. Salga de su cuerpo, o…

Metí la Browning en la ingle de Fernando. Todos estaban amontonados. Fernando abrió los ojos, pero no estaba tan asustado como él debería haber sido. Apreté el barril en un poco más difícil, la mayoría de los hombres hacen un gesto de seguridad. Dio un gruñido pequeño, pero se inclinó hacia mí, su rostro inclinado hacia mí.

Iba a intentar darme un beso.

Yo me reí. Yo me reí, mientras sus labios se cernían sobre mi boca y apreté el arma en su cuerpo. Era la risa, no el arma, lo que le hizo retroceder.

Hannah se derrumbó de rodillas. El Viajero se había ido. Alguien tenía que ayudarle a bajar las escaleras. Pensé en Willie y vino. Él la ayudó a ponerse de pie sin mirarme. Mantuve la mirada en los malos. Uno de los problemas a la vez.

—¿Por qué te ríes? —preguntó Fernando.

—Debido a que son demasiado estúpidos para sobrevivir. —Me aparté de ellos, el arma seguía apuntándole—. ¿Es tu único hijo? —le pregunté.

—Mi único hijo —dijo Padma.

—Mi sentido pésame —le dije.

No, yo no le disparé. Pero mirando a los ojos de ira de Fernando, yo sabía que habría otras oportunidades. Algunas personas buscan la muerte a través de la desesperación. Algunas personas caen en ella fuera de la estupidez. Si Fernando quería caer, estaba más que feliz de atraparlo.



# VEINTIUNO

Rafael estaba en una mesa de examen. No estábamos en el hospital. El licántropo tenía una sala de emergencia improvisada en el sótano de un edificio de su propiedad. Mis propias heridas las había atendido allí una vez. Ahora, Rafael estaba sobre su estómago conectado a un IV cargado con líquidos y analgésicos. Los analgésicos no siempre funcionan bien en los licántropos pero bueno, había que intentar algo. Había recuperado la conciencia en el jeep. Él no había gritado, pero pequeños lloriqueos exprimidos de la garganta cada vez que caíamos en un bache eran más que suficiente.

La Dra. Lillian era una mujer pequeña con sal y pimienta, llevaba cortado el cabello en un estilo sensato. También es una mujer-rata. Se volvió hacia mí.

—He hecho lo más cómodo posible.

—¿Se curará?

Ella asintió.

—Sí. El verdadero peligro con este tipo de lesión una vez que sobreviven a la conmoción y la pérdida de sangre, es la infección. No podemos tener infecciones.

—Vamos a oírlo en los términos peludos —dije.

Ella sonrió y le dio unas palmaditas en el hombro.

—Sé que el humor es su manera de lidiar con el estrés, pero no lo intentes esta noche. Rafael. Él quiere hablar contigo.

—¿Es…?

—Bastante bien, no, pero él es mi rey, y él no me permite ponerlo abajo hasta que haya hablado contigo. Iré a ver a otros pacientes, mientras que oyes todo lo que él piensa que es tan importante.

Le toqué el brazo antes de que pudiera moverse más allá de mí.

—¿Cómo está Sylvie?

Lillian no me miraba, y finalmente lo hizo.

—Físicamente, ella está sana, pero no soy un terapeuta. Yo no estoy preparada para hacer frente a las secuelas de un ataque como este. Yo quiero que se quede aquí esta noche, pero ella insiste en irse contigo.

Mis ojos se abrieron.

—¿Por qué?

Lillian se encogió de hombros.

—Creo que se siente segura contigo. Creo que aquí no se siente segura.

De repente vi a la Dra. Unos años más vieja.

—¿Hay alguna razón por la que no debe sentirse segura aquí? —pensó en ello—. ¿Por alguna razón has tratado alguna vez a algún hombre-leopardo?

—Sí —dijo.

—Malditos.

—¿Por qué importa? Este es un lugar neutral. Todos estamos de acuerdo con eso.

Sacudí la cabeza.

—Por esta noche estás a salvo, pero cualquier cosa que Elizabeth sepa, el Maestro de las Bestias lo va a saber también. Para mañana puede que no sea un refugio seguro.

—¿Estás segura de eso? —preguntó ella.

—No, pero yo no lo sé con certeza, mañana puede que no estés a salvo aquí.

Ella asintió.

—Muy bien. Lleva a Sylvie contigo, entonces, pero Rafael, debe quedarse aquí por lo menos por una noche. Voy a hacer planes para trasladarlo por la mañana. —Miró a su alrededor a todo el equipo médico —. No podemos llevar todo, pero haremos lo que podamos. Ahora, ve hablar con nuestro rey. —Salió de la habitación.

De repente me sentí sola en el silencio del sótano. Miré a Rafael. Se había organizado una especie de tienda con una sábana sobre su cuerpo, cubierto, pero sin tocar. La piel desnuda se cubrió en ungüento, pero no vendas. Cualquier cosa que podría poner en él haría daño más que nada. Estaban tratando algo así como una quemadura. Yo no sabía todo lo que había hecho para tratar con él porque había estado fuera cociendo mi mano recordando una parte de mi época.

Caminé por la mesa para que Rafael no tenga que mover la cabeza para mirarme. Moverse era malo. Tenía los ojos cerrados, pero su respiración era rápida y entrecortada. No estaba dormido.

—Lillian dijo que querías hablar conmigo.

Él parpadeó y me miró. Sus ojos en blanco en un ángulo incómodo. Trató de mover la cabeza, y un sonido bajo provenía del pecho. Yo nunca había oído un sonido parecido. Yo no quería volver a oírlo.

—No te muevas, por favor.

Encontré un pequeño taburete con ruedas y lo traje. Estaba sentada, estábamos casi a la misma altura.

—Debes dejar que te llenen de drogas. Necesitas dormir si puedes.

—En primer lugar —dijo—, tengo que saber cómo se me dio la libertad.

Tomó una respiración más profunda, y el dolor pasó sobre su rostro como una ola.

Aparté la vista, luego lo volví a mirar. No pestañeé.

—Me comprometí por ti.

—¿Qué…?

Sus manos hicieron un espasmo, y cerró los labios apretados en una línea. Cuando volvió a hablar, su voz era más baja, más cuidada, una voz normal lo hería.

—¿Qué les has dado por mí?

—Nada.

—Él no… Me he dado por vencido tan fácilmente.

Rafael me miró, sus ojos oscuros dispuestos a que le diga la verdad. Él pensó que yo estaba mintiendo, por eso él no podía descansar. Él pensó que yo había hecho algo noble y terrible para salvarlo.

Suspiré y le dije una versión muy abreviada de la noche. Era la manera más fácil de explicar.

—Mira, no cuesta nada extra para tratar de entrar.

Casi sonrió.

—El hombre-rata recordará lo de esta noche, Anita. Yo lo voy a recordar.

—Tal vez no vamos de compras juntos, o incluso hacia el campo de tiro, pero tú eres mi amigo, Rafael. Yo sé que si te llamo para pedir ayuda, vendrías.

—Sí —dijo—. Sí, lo haría.

Le sonreí.

—Iré a buscar a Lillian, ¿vale?

Cerró los ojos y alguna pieza de la tensión salía de él. Era casi como si ahora por fin podía entregarse al dolor.

—Sí, sí.

Envié a Lillian a él y fui a buscar a Sylvie. Estaba en una pequeña habitación donde Lillian los ponía para que pudieran dormir un poco. Sylvie se ha sumado a su amiga, amante, de otro significativo, lo que sea. Jason la había llamado. Yo no sabía que existía. La voz de Gwen llegó muy claramente por el pasillo.

—Tú tienes que decirle, Sylvie, tiene que hacerlo.

No pude oír la respuesta de Sylvie, pero los tacones altos no se quedaron callados. Ellos sabían que yo venía. Entré por la puerta abierta para encontrar a Gwen, me miraba, y Sylvie, decididamente no. La almohada blanca enmarcaba su muy corto, pelo castaño rizado. Era tres pulgadas más alta que yo, pero logró un aspecto frágil en la cama pequeña.

Gwen se sentó en una silla de respaldo recto al lado de la cama, tomando de la mano a Sylvie. Gwen tenía el cabello rubio y grandes ojos marrones en un rostro delicado. Todo en ella era delicado, femenino, como una muñeca pálida, finamente realizada. Pero la intensidad de su rostro, la inteligencia en sus ojos, era una cosa que vibra. Gwen fue a un psicólogo. Ella habría sido una persona de peso, incluso sin el goteo de la energía licántropo que se perdía a su alrededor, como el perfume.

—¿Qué se necesita para que me lo digas? —dije.

—¿Cómo sabes que yo me refería a ti? —dijo Gwen.

—Digamos que es una corazonada.

Ella le acarició la mano a Sylvie.

—Dile.

Sylvie volvió la cabeza, pero aún no mira mis ojos. Me apoyé en la pared y esperé. La ametralladora hizo presión en la parte baja de mi espalda, me obliga a apoyarme en su mayoría en los hombros contra la pared de bloques de hormigón. ¿Por qué no me había quitado algunas de las armas? Con un arma en algún lugar, ahí es cuando más lo necesitas.

Yo confiaba que el Viajero a mantenga su palabra, pero no lo suficiente para apostar mi vida en él.

El silencio se derramó en la pequeña habitación de madera hasta que el ruido del aire acondicionado estaba tan fuerte como la sangre en mis propios oídos. Sylvie finalmente me miró.

—El señor de las bestias ordenó al hermano de Stephen mi violación. —Miró hacia abajo, luego otra vez, derramando la ira en los ojos—. Gregory se negó.

No me molesté en ocultar la sorpresa en mi cara.

—Pensé que Gregory era una de las estrellas de las películas porno de Raina.

—Él lo era —dijo Sylvie en voz baja.

Lo que quería preguntar era, ¿cuándo se llega a ser enfermizo? pero parecía crudo.

—¿Acaso de repente le empezó a crecer una conciencia? —le pregunté.

—No sé.

Estaba mirando la hoja, sostenían en las manos de Gwen, como si hubiera algo peor.

—Se negó a ayudar a torturarme. El señor de las bestias dijo que había que castigarlo. Gregory siguió negándose. Dijo que Zane le había dicho que Anita era su nuevo alfa. Que todas las ofertas realizadas a través de Elizabeth no eran vinculantes. Que eras necesaria para tratar contigo por ellos.

Sylvie retiró la mano de Gwen y miró hacia mí. Sus ojos castaños estaban furiosos, pero no era yo la que estaba enojada.

—No puedes ser su líder y nuestra lupa. No se puede ser ambas cosas. Él estaba mintiendo.

Suspiré.

—Me temo que no.

—Pero ¿cómo…?

—Mira, ya es tarde, y todos estamos cansados. Vamos a hacer la versión corta. Maté a Gabriel, lo que me hace técnicamente el líder de los hombres-leopardo. Zane me reconoció después de poner un par de balas de plata en él.

—¿Por qué no lo mataste? —preguntó Sylvie.

—Es una especie de culpa mía. Yo no entendía lo que significaba cuando les deja sin un líder. Alguien me dijo que eran carne para cualquiera que tenga un líder.

—Yo quería que sufrieran —dijo Sylvie.

—Me dijeron que los querías a todos muertos, que tú tenías tu rango en la manada, les cazarías y asesinarías a todos.

—Sí —dijo ella—, sí. Quiero que todos estén muertos.

—Sé que ayudaron a castigarte y a otros miembros de la manada.

Sacudió la cabeza, las manos delante de sus ojos. Me tomó un segundo para darme cuenta de que estaba llorando.

—Tú no entiendes. No es una película de mí que anda por ahí. Es una película de los leopardos violándome. —Se llevó las manos hacia abajo y me miraba con ojos llenos de lágrimas. La rabia y el dolor en su rostro eran apremiantes—. Yo estaba abiertamente en contra de Raina y Marcus. Es mi castigo. Raina quiso hacer un ejemplo de mí para los demás.

Funcionó, también. Todo el mundo tenía miedo después de eso.

Abrí mi boca cerrada, y luego dije:

—No me di cuenta.

—Ahora bien, ¿los quieres muertos?

—Sí —dije.

—Gregory me había violado una vez. ¿Por qué no lo haría otra vez? ¿Por qué se negó a hacerme daño esta noche?

—Si él realmente cree que yo soy su líder, entonces él sabe lo que yo haría con él.

—¿Te refieres a qué en la habitación? ¿Te refieres a que nosotros debemos matarlos a todos?

—Oh, sí, —me dijo—, me refería a él.

—Entonces Gregory tenía razón.

Me frunció el ceño.

—¿Qué quieres decir?

—Dijo que eran tus Léoparde Lionne, su leopardo rampante.

—Yo no conozco la palabra —le dije.

—Léoparde Lionne —respondió Gwen—, es un término de la heráldica francesa. Es un leopardo, o incluso un león rampante en la acción en una cresta. Simboliza guerreros valientes y generosos por haber realizado una hazaña. En este caso significa un protector, incluso un vengador. Gabriel era un pasante de león, un león dormido. Lideró pero no protegió. En efecto, Gregory se limitó a negarse a hacerle daño a Sylvie, también dijo al señor de las bestias que si se le hacía daño a él, que ibas a salvarlo.

—¿Cómo puedo ser su léoparde o cómo se llame si no soy un leopardo?

—Léoparde Lionne —dijo Sylvie—. ¿Cómo puedes ser lupa y no ser el lobo ni nuestra amante del Ulfric?

Punto para ella.

Nuevas lágrimas corrían por la cara de Sylvie.

—Padma trató de que Vivian, su mascota personal, hiciera cosas conmigo mientras que él esté aquí. Dijo que me gustaban las mujeres, y tal vez soltaba la lengua. Ella se negó, y dio la misma razón que hizo Gregory.

Me acordé de Vivian, me miraba, sus ojos asustados pidiendo que le ayudara.

—Mierda, quiere decir que realmente me esperaba para rescatarla esta noche.

Sylvie asintió.

—Sí —dijo Gwen.

—Mierda.

—Honestamente, no pensé en ella hasta después de que estábamos en el jeep. Juro que no lo pensé antes —dijo Sylvie—. Pero yo no dije nada porque yo quería que ellos sufrieran. No puedo dejar de odiarlos así como así. ¿Me entiendes?

La entendía.

—Sylvie, tú y yo tenemos una cosa en común. Las dos somos vengativas como el infierno. Así que, sí, lo entiendo, pero no podemos dejarlos allí como si no existieran, si es que estaban esperando para ser salvos.

Se secó las lágrimas.

—No se puede ir en contra de ellos esta noche. No podemos hacer más esta noche.

—Yo no pienso pelear más esta noche, Sylvie.

—Pero tú estás planeando algo.

Parecía preocupada. Me sonrió.

—Sí.

Gwen se quejó.

—No seas tonta, Anita.

Sacudí la cabeza.

—Tonta. Yo tengo una manera más allá de ser tonta.

Me detuve en la puerta y me volví.

—Por cierto, Sylvie, no cuestiones a Richard, nunca.

Sus ojos se abrieron.

—¿Cómo lo sabes?

Me encogí de hombros.

—No importa. Lo que importa es que te voy a matar si lo matas.

—Sería una lucha justa.

—No me importa.

—No lo he visto, Anita. Está en el borde. Tú puedes prohibirme que le rete, pero hay otros, y no serán tan buenos para la manada como yo.

—Entonces hacer carta blanca —dije—. Si alguien mata a Richard, voy a ejecutarlo. No hay reto, no hay lucha justa, voy a sacarlos.

—No se puede hacer eso —dijo Sylvie.

—Oh, creo que puedo. Soy lupa, recuerdas.

—Si se prohíben las luchas de sucesión, —dijo Gwen—, tú estás quebrantando la ley de Richard. ¿Estás diciendo que en efecto, que no crees que realmente puede llevar la manada?

—Dos miembros de la manada me han dicho hoy que Richard está fuera de control, maldito suicida. Que él sacó su auto-odio, su desprecio por su bestia, y mi rechazo, hasta las orejas. No voy a dejarle morir, porque elegí a otra persona. En pocos meses, cuando esté sano, entonces voy a renunciar. Le dejaré cuidar de sí mismo, pero no ahora.

—Voy a pasar la palabra —dijo Gwen.

—Hazlo.

—Vas a tratar de salvar a los leopardos esta noche, ¿no? —dijo Sylvie.

Yo seguía viendo los moretones en el cuerpo de Vivian. El dolor en los ojos.

—Me esperaban para salvarlos, y no lo hice.

—Tú no lo sabías —dijo Gwen.

—Ahora lo sé —dije.

—No se puede salvar a todos —dijo Sylvie.

—Todo el mundo tiene un hobby.

Empecé a caminar de nuevo, pero Gwen me llamó de vuelta.

Me volví a la puerta.

—Dile el resto —dijo Gwen en voz baja.

Sylvie no me miraba. Habló con la mirada fija en la hoja.

—Cuando Vivian se negó a hacerme daño, llamó a Liv. —Miró hacia arriba, con lágrimas en los ojos brillantes—. Ella usó cosas sobre mí. Las cosas…

Sylvie se cubrió la cara con las manos y se volcó sobre su lado, llorando.

Gwen miró mis ojos. La expresión de su cara daba miedo en su odio.

—Es necesario saber a quién matar.

Yo asentí.

—Ella no se irá de San Luis con vida.

—¿Y el otro? ¿El hijo del miembro del Consejo? —preguntó Gwen.

—Él tampoco —dije.

—Promesa —dijo.

—Ya la tengo —dije.

Salí entonces, en búsqueda de un teléfono. Yo quería hablar con Jean-Claude antes de hacer nada. Jean-Claude había llevado a todo el mundo a mi casa. Fueron clausuradas hasta las ventanas del sótano para que los vampiros pudieran esconderse a buen recaudo antes del amanecer. El Viajero se había negado a permitir que se lleven sus ataúdes. Además, ¿alguna vez trató de alquilar un camión en un fin de semana después de la medianoche? ¿Qué iba a hacer con la mujer-leopardo? Temblé, claro que lo sabía.



# VEINTIDOS

La vos de Jean-Claude flotaba sobre el teléfono, mi teléfono, mi casa. Nunca había estado allí antes.

—¿Qué ha ocurrido, *ma petite*? Jason dijo que sonaba urgente.

Le hablé de la mujer-leopardo.

Se quedó callado durante mucho tiempo. Que tenía que decir algo.

—Háblame, Jean-Claude.

—¿Estás pensando en realidad en ponernos en peligro a todos por el bien de dos personas, uno de los cuales nunca has visto antes, y el otro, que una vez describiste como un desecho de piel?

—No pueden salir de allí sí esperaban que les ayude.

—*Ma petite, ma petite*, tienes un sentido de nobleza obliga que te honra. Pero no puedes salvarlos. Mañana por la tarde el Consejo vendrá por nosotros, y puede incluso no seamos capaces de salvarnos a nosotros mismos.

—¿Están aquí para matarnos?

—Padma nos mataría si pudiera. Él es el más débil del Consejo. Y creo que nos teme.

—El Viajero es al que tenemos que convencer —dije.

—No, *ma petite*, el Consejo son siete en número, siempre un número impar a fin de que la votación puede resolver una cuestión. Padma y el Viajero votarán en contra de uno al otro, esto es cierto. Ha sido así durante siglos. Pero Yvette está aquí para votar en el lugar de su señor, *Morte d'Amour*. Ella odia a Padma pero puede odiarme más. Para el caso, Baltasar podría persuadir al Viajero contra nosotros, y estamos perdidos.

—¿Qué pasa con todos los demás? ¿Representan a alguien?

—Asher habla por *Belle Morte*. Bella Muerte. Es la línea de la que soy descendiente, como él.

—Él odia tu coraje —le dije—. Estamos hundidos.

—Creo que la elección de los cuatro fue muy deliberada. Quieren que me tomara un asiento en el Consejo, así que soy el quinto voto.

—Si los votos del Viajero son tuyos, Yvette y Padma te odian más de lo que te odia…

—*Ma petite*, si actúo como miembro con voto del consejo, entonces se espera que regrese a Francia y ocupar mi lugar en el Consejo.

—¿Francia? —dije.

Se rió, y se deslizó a través del teléfono como un toque de enjambre.

—No es dejar nuestra bella ciudad lo que me asusta, *ma petite*. Se trata de la celebración de la sede. Si el triunvirato estuviese formado completamente, quizás, sería posible que dé miedo suficiente como para obligar a los posibles rivales para elegir otro.

—¿Estás diciendo que sin la marca de sesiones, el triunvirato es inútil?

Silencio a su fin, tan larga y profunda, que le dijo:

—¿Jean-Claude?

—Estoy aquí, *ma petite*. La marca de sesiones no hará que nuestro triunvirato funcional a menos que Richard se cure a sí mismo.

—¿Quieres decir que su odio hacia mí?

—Sus celos de nosotros, sí, eso es un problema, pero no el único, *ma petite*. Su odio por la bestia es tan intenso, que lo debilita. Debilita cualquier eslabón de una cadena y puede coser y cantar.

—¿Sabías tú acerca de lo que está ocurriendo en la manada?

—Richard ha prohibido a cualquiera de los lobos decirme nada sin su

permiso. Creo que están bajo la misma restricción. Se trata de, y cito, ninguno de mi negocio maldito.

—Me sorprende que no obligó a Jason a decirlo de todos modos.

—¿Has visto a Richard en el último mes?

—No.

—Yo. Él está en el borde, *ma petite*. No necesitó que Jason me lo diga. Es evidente para todos.

Su castigo será visto como una debilidad entre la manada. Debilidad atrae como la sangre a un archivo… vampiro. Se le desafiará con el tiempo.

—He tenido dos lukoi que me dicen que no creen que Richard luche. El hecho de que sólo va a dejar que alguien matarlo. ¿Tú cree eso?

—El suicidio simplemente no depende lo suficiente. Hmm. —Fue de nuevo el silencio y finalmente dijo—, no se me había ocurrido tal cosa. Si lo tuviera, *ma petite*, yo os lo hubiera dicho todo acerca de mis preocupaciones. No quiero perjudicar a Richard.

—Sí, claro.

—Él es nuestro tercero, *ma petite*. Es mi propio interés, hacerle feliz y saludable. Lo necesito.

—Al igual que me necesitas —le dije.

Se rió bajo y profundo, e incluso por teléfono pude sentir cosquillas a lo largo de mi cuerpo.

—*Oui, ma petite*. Richard no debe morir. Pero para curar su desesperación se debe abrazar a su bestia. No puedo dejar que lo haga. Lo he intentado y no me ha escuchado. Él toma la limitada ayuda que necesita para mantenerme lejos de invadir sus sueños, o de él, pero más allá de que él no quiere saber nada de nosotros. Nada de lo que va a admitir.

—¿Qué se supone que significa eso? —le pregunté.

—Es tu misericordia lo que necesita, *ma petite*, no la mía.

—¿Misericordia? Hice una pregunta.

—Si puedes aceptar a su bestia, completamente, esto significa algo para él.

—No puedo, Jean-Claude. Ojalá pudiera, pero no puedo. Lo vi comer a Marcus. Yo…

Yo sólo había visto a Richard cambiar de forma una vez. Había sido herido en la lucha con Marcus. El medio se derrumbó conmigo debajo de él. Me habían atrapado debajo de él, mientras cambiaba de piel, los músculos y cambió de forma, los huesos se rompieron e hice un punto de

nuevo. Líquido transparente brotó de su poder, vertiéndose sobre mí como una ola casi hirviendo. Tal vez si yo había estado observando, hubiera sido diferente. Pero atrapada debajo de él, sentir su cuerpo, hacer las cosas sobre mí, los cuerpos no fueron hechos para hacer… había sido demasiado. Si Richard lo hubiese manejado de manera diferente, si yo había visto el cambio de una manera tranquila agradable a distancia, a continuación, construido para todo el viaje, tal vez, quizás. Pero había sucedido, y no he podido olvidarlo. Todavía podía cerrar los ojos y ver su forma hombre-lobo tragando una pieza roja, y sangrienta de Marcus.

Apoyé la espalda contra la pared, sosteniendo el receptor. Yo me balanceaba muy ligeramente. Recordé a Jason en el pasillo. Me hice de pie quieto. Quería olvidar. Yo quería ser capaz de aceptar Richard. Pero yo no podía.

—*Ma petite*, ¿estás bien?

—Bien, estoy bien.

Jean-Claude dejar eso atrás. Realmente era cada vez más inteligente, al menos por mí.

—No quiero que te cause angustia.

—He hecho lo que puedo por Richard.

Le dije a Jean-Claude lo que había dicho a los hombres-lobo.

—Me sorprendes, *ma petite*. Pensé que no querías tener nada más con el lukoi.

—No quiero morir porque Richard me rompió el corazón.

—Tú te sientes responsable si muere ahora, ¿es eso?

—Sí.

Tomó una respiración profunda y dejó un suspiro por teléfono. Esto me hizo temblar, sin ninguna razón en particular.

—¿Qué mal deseas por ayudar a la mujer-leopardo?

—¿Qué clase de pregunta es esa?

—Una importante —dijo—. ¿Qué estás dispuesta a arriesgar por ellos? ¿Qué harías tú para soportarlo por ellos?

—Tú tienes algo específico en mente, ¿no?

—Padma podría renunciar a Vivian, a cambio de tu libertad. Gregory se podría ganar si les das a Jason.

—He notado que tú no te has comercializado —le dije.

—Padma no me quiere, *ma petite*. Él no es un amante de los hombres ni las de otros vampiros en particular. Prefiere sus compañeros cálidos y

femeninos.

—¿Por qué Jason entonces?

—Un hombre lobo por un hombre-leopardo podría ser un compromiso aceptable para él.

—Para mí no. No estamos de comercio, ni vamos a cambiar un rehén por otro, y yo ciertamente no me voy a entregar a ese monstruo.

—Ves, *ma petite*, no durarás con eso. No pondrás en riesgo a Jason para salvar a Gregory. Vuelvo a preguntar: ¿qué vas arriesgar por ellos?

—Voy arriesgar mi vida, pero sólo si tengo una buena oportunidad de salir con vida. Nada de sexo, absolutamente no. Ni comercio de rehenes. Nadie será desollado vivo o violado. ¿Cómo es eso de los parámetros?

—Padma y Fernando se sentirán decepcionados, pero los otros podrían estar de acuerdo. Lo haré lo mejor que pueda dentro de los límites que me has dado.

—No hay violación, sin mutilaciones, sin relaciones sexuales reales, no hay rehenes, ¿Qué tanto tienes en tus manos?

—Cuando hayamos sobrevivido a todo esto, *ma petite*, y el Consejo haya ido a casa, voy a contarte historias de mi tiempo en la corte. He visto los espectáculos que, incluso el relato te dará pesadillas.

—Agradable saberlo creo que vamos a sobrevivir.

—Tengo la esperanza, sí.

—Pero no es cierto —le dije.

—Nada es cierto, *ma petite*, ni siquiera la muerte.

Me tenía allí. Mi beeper vibró. Sacó un grito de mi garganta. ¿Nerviosa, yo?

—¿Estás bien, *ma petite*?

—Mi beeper vibró —dije. Comprobé el número. Era Dolph—. Es la policía. Tengo que devolver la llamada.

—Voy a comenzar las negociaciones con el Consejo, *ma petite*. Si piden demasiado, me permitirás que tus leopardos se queden donde están.

—Padma matará a Vivian, ahora que él cree que ella me pertenece. Podía haberla matado antes, pero hubiera sido por accidente. Si no la saco de allí, lo hará a propósito.

—Una reunión con él y ¿estás tan segura de esto?

—¿Crees que estoy equivocada? —le pregunté.

—No, *ma petite*, creo que tienes toda la razón.

—¡Fuera de ahí, Jean-Claude! Haz el mejor trato posible.

—¿Tengo tu permiso para utilizar tu nombre en esto?

—Sí.

Mi beeper sonó por segunda vez. Dolph, estaba impaciente, como de costumbre.

—Tengo que colgar, Jean-Claude.

—Muy bien, *ma petite*. Voy a negociar para todos nosotros, entonces.

—Si haces eso —le dije—. Espera…

—Sí, *ma petite*.

—No vamos a volver al circo esta noche, ¿verdad? No quiero que vayas allí solo —dije.

—Voy a usar el teléfono, si lo prefieres —dijo.

—Yo…

—No me fío de ellos —dijo.

—De ningún modo.

—Sabia más allá de tus años —dijo.

—Sabia más allá de mis años, que quieres decir.

—Qué como bien, *ma petite*. ¿Si no quieren a negociar por teléfono? —preguntó.

—Entonces, déjalo ir.

—Tú dijiste que estabas dispuesta a arriesgar tu vida, *ma petite*.

—Yo no he dicho que estaba dispuesta a arriesgar la tuya.

—Ah —dijo—. *Aime Jet, ma petite*.

—También Te quiero —dije.

Colgué en primer lugar, y llamé a la policía. Aquí estaba la esperanza de Dolph lo que tenía en mente era un bonito trabajo directo de la policía. Sí, claro.



# VEINTITRES

La víctima había sido trasladada a un hospital en el momento en que llegué a *Promesas Calcinadas*. Es uno de mis negocios favoritos más nuevos de vampiros. Era cerca del distrito de vampiro. Las únicas empresas vampiras bloquean a otros, a kilómetros de distancia. A medida que caminaba por la puerta había un cartel de la película de «1970 *Promesas Calcinadas*», de Oliver Reed y Bette Davis. Hubo una figura de cera de tamaño natural de Christopher Lee como Drácula en el bar. Había una pared con caricaturas y cuadros de las estrellas de terror de los años sesenta y setenta, del suelo hasta el techo, las tablas no pueden obstruir la vista. No era raro ver a grupos de visitantes tratar de identificar quién era quién.

A medianoche, quien tenía las conjeturas más correctas tiene una cena gratuita para dos personas.

El lugar era puro vampirismo. Algunos de los camareros eran vampiros reales, pero otras simplemente eran aspirantes. Para algunos era sólo un

trabajo, y se especializaron en los dientes de plástico de Halloween y bromas. Para otros, era su oportunidad de fingir. Había fundas dentales sobre sus caninos y trabajó muy duro para ser la cosa real. Otros camareros o camareras vestían como momias, hombre lobo, el monstruo de Frankenstein. Que yo sepa, los únicos monstruos reales fueron los vampiros. Si un *cambiaformas* quería salir del armario, no había mejor dinero que se hará en lugares más exóticos.

El lugar estaba siempre lleno. Yo no estaba segura de que si Jean-Claude lo lamentaba no había pensado en primer lugar, o si simplemente estaba avergonzado por ello. Era un poco desclasado para él. A mí, me encantó. La banda sonora de la casa embrujada a las hamburguesas de Bela Lugosi, extra raras a menos que se solicite lo contrario. Bela fue una de las pocas excepciones a los 60 y 70 decorado de cine. Difícil tener un restaurante temático de terror sin la película original de Drácula.

No había vivido hasta que he estado allí en un viernes por la noche para Scary Karaoke.

Tomé a Ronnie. Verónica (Ronnie) Sims es un detective privado y mi mejor amiga. Tuvimos una explosión.

Pero de regreso al cuerpo. Bueno, no un cuerpo, una víctima. Pero si el camarero no había sido más rápido con un extintor de fuego, habría sido un cuerpo.

El Detective Clive Perry fue el hombre a cargo. Es alto, delgado, una especie de Denzel Washington, sin hombros. Él es uno de las personas más amables que he conocido. Yo nunca le he oído gritar, y sólo lo he visto perder la compostura una vez, cuando un policía blanco había señalado con un arma a la detective «negra». Incluso entonces yo era el que apuntó la pistola al policía sin escrúpulos. Yo era la que estaba lista para disparar, mientras que Perry estaba todavía tratando calmar la situación. Tal vez perdieron los estribos. Tal vez no lo hice.

Nadie murió.

Se volvió con una sonrisa, y voz suave.

—Sra. Blake, me alegro de verte.

—Me alegro de verte, también, detective Perry.

Siempre me ha afectado de esta manera. Era tan amable, tan suave hablando que caí en el mismo patrón. Yo nunca fui tan agradable para nadie.

Estábamos en el bar con su vida de cera tamaño de Christopher Lee

como Drácula se cierne sobre nosotros. El camarero era un vampiro llamado Harry, que durante mucho tiempo llevó el pelo castaño y un pircing de plata en la nariz. Se veía muy joven, muy de vanguardia, y probablemente se acordaba de la carta de Jamestown, aunque su acento británico demostró que era más nuevo en el país, por los años 1600. Estaba puliendo la barra, como si su vida dependiera de ello. Aun con su cara en blanco agradable, me di cuenta que estaba nervioso.

No se le puede culpar, supongo. Harry era dueño de una parte, así como camarero.

Una mujer había sido atacada en el bar por un patrón de vampiros. Muy malo para los negocios. La mujer le había arrojado una copa en la cara y lo iluminaba con su encendedor.

Ingenioso en una emergencia. Los vampiros se queman muy bien. Pero el bar era tranquilo para una familia turística orientada, no parecía el lugar para medidas tan extremas. Tal vez ella entró en pánico.

—Los testigos dicen que todo parecía tranquilo hasta que llegó un poco cerca —dijo Perry.

—¿La mordía?

Perry asintió.

—Mierda —dije.

—Pero ella encendió sus brazos, Anita. Está muy quemado. No puede ser. ¿Qué podía haber tirado sobre él para obtener quemaduras de tercer grado tan rápidamente?

—¿Con qué rapidez?

Él miró sus notas.

—Segundos y aumentó.

Le pregunté a Harry.

—¿Qué estaba bebiendo?

No le pregunté, simplemente dijo:

—Escocés. El mejor que había en el lugar.

—¿Alto contenido de alcohol?

Él asintió con la cabeza.

—Eso habría sido suficiente —dije—. Una vez que uno quema a un vampiro, se queman hasta que no queda nada. Son muy volátiles.

—¿Así que ella no vino aquí con algún tipo de acelerador? —preguntó.

Sacudí la cabeza.

—Ella no lo necesitaba. Lo que no me gusta es el hecho de que sabía lo

que podía hacer con las llamas de la vela. Si hubiera sido humano y las cosas salieron de las manos, habría arrojado la bebida y gritar pidiendo ayuda.

—La mordió —dijo Perry.

—Si hubiera mucho problema con que un colmillo de vampiro se hunde en ella, no habría ido a abrazarse con él en un bar. Hubieran ido a un sitio diferente.

—Sí —dijo—, pero yo no sé. Si el vampiro sobrevive, él va a presentar cargos.

—Me gustaría ver a la mujer.

—Dolph la llevó a la sala de emergencias para tratar la mordedura. Tienes que bajar en nuestra sede. Si quieres vamos hacia allá, si tú crees que necesitas verla.

Era tarde, y yo estaba cansada, pero maldita sea, algo andaba mal. Me acerqué a la barra.

—¿Ella venía en busca de algún vampiros, Harry?

Sacudió la cabeza.

—Vino a usar el teléfono, luego se sentó. Ella es una belleza. No toma mucho tiempo para que alguien se siente con ella. Sólo mala suerte que era un vampiro.

—Sí —dije—, mala suerte.

Se mantuvo puliendo la barra en círculos, mientras sus ojos me observaban.

—Si se nos demanda, nos va a arruinar.

—No va a demandar —dije.

—Díselo al crematorio en Boston. Una mujer tiene poco allí y los demandó a la quiebra.

Tenían piquetes para salir al exterior.

Le di unas palmaditas en su mano, y fue completamente blando en mi tacto. Su piel tenía que sentirse dura, casi de madera los vampiros puede tener cuando no se trata de ser humanos.

Me encontré con sus ojos oscuros, y su rostro era tan inmóvil y fácil de leer como el cristal.

—Voy a ir a hablar con la supuesta víctima.

Él sólo me miró.

—No va a ayudar, Anita. Ella es humana. Nosotros no lo somos. Nada de lo que hagan en Washington va a cambiar eso.

Tomó mi mano y me resistí a un deseo de limpiarla en mi vestido. Nunca me gustó la manera que se sienten los vampiros cuando son duros y de otro mundo. No tenía ganas de carne, entonces, casi de plástico, como un delfín, pero más difícil, ya que si no hay músculo debajo, nada más solidez como un árbol.

—Haré lo que pueda, Harry.

—Somos monstruos, Anita. Siempre seremos monstruos. He disfrutado mucho de ser capaz de caminar por las calles como todos los demás, pero no va a durar.

—Quizá, quizá no —le dije—. Vamos a tratar de este problema antes de pedir otro, ¿de acuerdo?

Él asintió y se alejó a apilar vasos.

—Eso fue muy reconfortante —dijo Perry.

Cualquier otra persona en el equipo habría dicho que no era como yo de ser reconfortante.

Por supuesto, cualquier otra persona ya habría dado un mal rato sobre el vestido. Iba a tener que ir a la sede de RIP. Dolph estaría allí y Zerbrowski, probablemente. Ellos sabrían qué decir sobre el vestido.



# VEINTICUATRO

Tres de la mañana me encontraba en la sede del equipo Regional de Investigación Preternatural. Otro equipo había hecho para nosotros unos botones con la sigla RIP sangrando en la parte delantera del botón en rojo y verde, a su elección. Zerbrowski me entregó uno, y todos lo llevaban, incluso Dolph. El primer vampiro que mataron después de los botones llegó a la morgue con uno de los botones enganchado en su camisa. Nunca se supo quién lo hizo. Mi dinero estaba en Zerbrowski.

Zerbrowski se reunió conmigo en la escalera que conduce a la sala de la brigada.

—Si ese vestido lo cortas más arriba, sería una camisa —dijo.

Me miró de arriba abajo. Su camisa azul pálido venía metida de un par de pantalones de vestir color verde oscuro, corbata floja, parecía un collar voluminoso.

—¿Oye Zerbrowski, está Katie enojada contigo?

Él frunció el ceño.

—No, ¿por qué?

Hice un gesto a la corbata a juego ni la camisa ni pantalones.

—Ella te permite llevar eso donde la gente pudiera verlo.

Él sonrió.

—Me vestí en la oscuridad.

Toqué el negro de figuras empate.

—Eso creo.

Para no perturbarlo. Abrí la puerta a la sala de la brigada con un ademán. Él me sonrió.

—La belleza antes que la edad.

Era mi turno para fruncir el ceño.

—¿Qué estás haciendo, Zerbrowski?

Él puso ojos inocentes.

—¿Yo, hice algo?

Sacudí la cabeza y salí. Había un pingüino de peluche en cada escritorio. Todo el mundo responde a los teléfonos, me presentó, trabajan en sus equipos. Nadie me prestaba atención.

Sólo los pingüinos sentados en cualquier escritorio. Ha pasado casi un año desde que Dolph y Zerbrowski habían visto mi colección de pingüinos.

Las bromas se iniciaron de inmediato, pensé que era seguro. Cuando Zerbrowski dio marcha atrás la baja por enfermedad, después del nuevo año, los pingüinos habían comenzado a aparecer en cada escena del crimen. En mi asiento del coche, en mi baúl. Deben de haber gastado un par de cientos de dólares en las cosas por ahora.

Todavía no sabía cómo reaccionar. ¿No hago caso de ella? ¿Hago que no había una docena de pingüinos sentados alrededor de la habitación? ¿Recogerlos cuando pase por cada oficina y me los llevo a casa? ¿Se enojarán? Si yo pudiera haber imaginado la reacción que pudiera detener la broma, que me han dado a ellos. Hasta ahora, había intentado ignorarlo y la recolección. Ni lo detuvo. De hecho, parece estar empeorando. Yo sospechaba que estaban construyendo cierta gran culminación. No tenía idea de lo que ya no estaba seguro de lo que siempre quise saber.

—Me alegra ver a todos tan enérgicos a las tres de la mañana.

—Ningún esfuerzo es demasiado grande, no son horas demasiado tarde —dijo Zerbrowski.

—¿Dónde está Dolph?

—En la sala de entrevistas con nuestra víctima.

Había algo en la forma en que lo dijo que me hizo mirarlo.

—Dolph la llamó la «supuesta víctima» por teléfono. ¿Por qué no le creo a nadie?

Él sonrió.

—Dolph estaría loco si le arruino la sorpresa. —El torció el dedo hacia mí—. Vamos, niña. Tenemos a alguien que quiero que conozcas.

Le fruncí el ceño.

—Si esto es una broma elaborada, voy a estar molesta.

Abrió la puerta para mí.

—¿Hemos interrumpido tu cita con el Conde Drácula?

—Ninguno de sus negocios malditos.

Un coro de «ooohs» pasó por la oficina de la brigada. Pasé por la puerta con todo el mundo vociferando después de mí. Algunas de las sugerencias eran groseras, unas físicamente imposible, incluso con un vampiro. El acoso sexual o simplemente ser uno de los chicos, siempre fue una línea fina.

Me asomé por la puerta de atrás y dije:

—Todos ustedes están celosos. —Que llevó a más silbidos.

Zerbrowski estaba esperando en la escalera por mí.

—Yo no sé si tú me dejas ver más la pierna si camino delante de ti, mirando hacia atrás, o detrás de ti. Creo que en el frente.

—Mantente demasiado lejos, Zerbrowski, o le diré a Katie.

—Ella sabe que yo soy un Lech.

Bajó las escaleras mirándome.

Caminé por las escaleras y se dejé caer el vestido donde pude. Contando que usaba un vestido de raja casi a las caderas, incluso si tratara de tener una pistola con la mano, te pones algo más o estás a gusto con hombres que te buscan.

—¿Cómo lograste convencer a Katie, para casarse contigo?

—La emborraché —dijo.

Yo me reí.

—Voy a pedirle que la próxima vez me invite a cenar.

Él sonrió.

—Te va a contar la historia sobre algo romántico y estúpido. No le creas.

Se detuvo delante de la sala de la primera entrevista y tocó suavemente.

Dolph abrió la puerta. Llenó completamente la puerta. No sólo es alto, es voluminoso como un luchador profesional. Llevaba la corbata perfectamente anudada, de cuello blanco almidonado. Sus pantalones de vestir gris todavía tenían un pliegue agudo. Su única aprobación al calor y lo avanzado de la hora, su camisa era manga larga de color blanco. No llevaba chaqueta. Podía contar con una mano las veces que había visto Dolph en camisas mangas largas.

Todos los policías con un rostro perfecto aburrido o una cara en blanco, algunos incluso un rostro un tanto divertido, pero al final, todos tienen una cara que mantiene todo en su interior. Un vacío se instala en sus ojos que guarda todos sus secretos. Dolph me dio una cara en blanco, la usaba cuando estaba interrogando sospechosos. La expresión de su rostro ahora era de enojado. Yo nunca lo había visto tan enojado, obviamente interrogando a un sospechoso.

—¿Qué pasa? —le pregunté.

Cerró la puerta detrás de él, entró en el pasillo. Sacudió la cabeza.

—Yo no sé por qué esto me está sucediendo a mí.

—Háblame —dije.

Sus ojos se clavaron en mi ropa, como si se hubiera dado cuenta. El ceño se suavizó en algo parecido a una sonrisa.

—Alguien se ha convertido en una mala influencia para tu armario.

Yo le fruncí el ceño.

—Tengo un arma en una faja, ¿de acuerdo? Con los cortes, es más fácil llegar.

Nunca le he explicado mi vestido para Zerbrowski, pero a Dolph…

—Ooh —dijo Zerbrowski—. Un flash para nosotros, un flash para nosotros.

Dolph amplió su sonrisa suficiente como para que sus ojos brillaran.

—Si tú vas darnos un flash de gran parte de tu pierna, por lo menos es por una buena causa.

Crucé los brazos sobre mi estómago.

—¿Existe realmente un sospechoso allí o me han llamado aquí simplemente para darme un golpe bajo?

La sonrisa se desvaneció, y el ceño enojado regresó.

—Ella no es el sospechoso. Ella es la víctima. Sé que has hablado con Perry en la escena, pero quiero que escuches su historia, entonces me dices lo que piensas.

Con ello, abrió la puerta. Ese es Dolph, nunca le gusta la influencia de su pueblo.

Pero, francamente, fue un poco abrupto. No tuve tiempo para poner mi cara profesional.

Hice contacto visual con la mujer, mientras yo seguía mirando con tipo de sorpresa.

Tuve la impresión de ver unos enormes ojos azules, pelo rubio y sedoso, de aspecto delicado, y sin embargo, era alta. Incluso sentada, me di cuenta de eso. Muy pocas mujeres pueden ser altas y delicadas, pero lo logró.

—Sra. Vicki Pierce, esta es Anita Blake. Le gustaría contarle su historia.

La Sra. Pierce parpadeó con sus grandes ojos azules, con lágrimas en ellos. Se secó con un pañuelo de papel. Hubo un vendaje en el costado de su cuello.

—Sargento Storr, le he dicho lo que pasó. Se lo he dicho y lo dije. —Una lágrima resbaló por su mejilla—. Estoy tan cansada, y ha sido una noche tan traumática. ¿Tengo que decirlo de nuevo?

Se inclinó hacia él en la silla, los brazos en forma protectora frente a ella, casi suplicante con él. Muchos hombres se han cerrado bajo la presión de aquellos ojos dulces. Lástima que el rendimiento fue desperdiciado en Dolph.

—Sólo una vez más a la Sra. Blake —dijo.

Ella me miró más allá de Zerbrowski.

—Por favor, estoy tan cansada.

Zerbrowski se apoyó contra la pared.

—Él es el jefe.

Ella había intentado usar sus artimañas femeninas, pero no estaba funcionando. Se cambió a la unidad fraternal con sólo un abrir y cerrar de su melancolía de la maternidad.

—Eres una mujer. Tú sabes cómo es, tan sola entre todos estos… —su voz se hizo un silencio—, hombres.

Miró hacia abajo en la tapa de la mesa, de nuevo hacia arriba con lágrimas de verdad por detrás de su piel perfecta.

Se trataba de un Oscar en rendimiento digno. Yo quería aplaudir, pero me gustaría probar simpatía primero. Siempre había tiempo para el sarcasmo más tarde.

Me acerqué a la mesa con ella y me apoyó en ella sin realmente estarlo. Yo estaba a sólo unos centímetros de ella, sin duda, una invasión del espacio personal. Le di unas palmaditas en el hombro y sonrió, aunque no era una actriz bastante buena para que llegue a mis ojos.

—No está sola ahora, Sra. Pierce. Estoy aquí. Por favor, cuénteme su historia.

—¿Es usted un abogada? —preguntó ella.

Si se le preguntó por un abogado y fue insistente, la entrevista había terminado. Me arrodillé delante de ella, ella sigue teniendo las manos temblorosas en las mías. Me quedé mirándola.

Yo no lograba una mirada compasiva, pero me interesaba. Le di toda mi atención. Me quedé mirando su cara como si hubiera que memorizarla y dije:

—Por favor, Vicki, déjame ayudarte.

Sus manos estaban muy quietas bajo las mías. Ella me miró con sus ojos grandes como un ciervo que había olido el arma, pero pensó que si se quedara muy quieta, el arma no disparaba. Ella asintió casi a sí misma más que a mí. Agarró mis manos, y su rostro era totalmente sincero.

—He tenido problemas con el coche, y me fui hacia el lado de la barra de un restaurante para utilizar el teléfono. —Ella agachó la cabeza, no encontró mis ojos—. Sé que no debería haber ido allí. Una mujer en un bar sola es buscar problemas. Sin embargo, no había teléfonos en cualquier otro lugar.

—Tienes el derecho a ir a donde quieras, cuando quieras, Vicki. Ser mujer no te quita ese derecho.

Yo no tenía que fingir el sonido indignado.

Ella me miró de nuevo, el estudiando los ojos de mi cara. Casi podía ver sus pensamientos.

Ella pensó que me tenía. Dios, ella era joven.

Sus dedos apretados en mis manos, un leve temblor subió por los brazos.

—Llamé a un amigo mío para que viniera a ver el coche. Estoy en la universidad y no tengo mucho dinero, así que no quería llamar a un garaje de inmediato, no hasta que mi amigo hubiera visto el coche. Yo esperaba que lo pudiera arreglar.

Era demasiada información. Ya que se justifica a sí misma. O tal vez sólo había contado la historia muchas veces. Naa.

—Yo habría hecho lo mismo —le dije.

Y yo la pueda tener.

Ella me apretó la mano y se inclinó hacia mí, un poco ansiosa, de entrar en su historia.

—Había un hombre en el bar. Parecía agradable. Hablamos y me pidió que me sentara con él.

Yo le dije que estaba esperando mi amigo. Dijo, muy bien, con el que acababa de hablar. —Nuevamente miró hacia abajo—. Me dijo que tenía la piel más hermosa que había visto. —Ella me miró con los ojos abiertos—. Quiero decir, era tan romántico.

Era tan ensayado.

—Continúa.

—Dejé que me comprara un trago. Sé que no debí. —Ella se secó los ojos—. Le pregunté si él fumaba, y dijo que no. —Había un cenicero lleno en el recodo de la mesa. Ni Dolph ni Zerbrowski fuman, lo que significa que la pequeña Vicki es una maldita fumadora en cadena.

—Él tenía su brazo alrededor de mí y se inclinó para besarme, pensé. —Las lágrimas llegaron más rápido, un poco encorvada, la espalda temblando—. Él me mordió en el cuello. Te juro que hasta el segundo no me di cuenta que era un vampiro. —Ella me miró, desde centímetros vibrando con sinceridad.

Le di unas palmaditas en el brazo.

—Un montón de gente no puede distinguir vampiros de los seres humanos. Especialmente si se han alimentado en primer lugar.

Ella me miró parpadeando.

—¿Alimentar primero?

—Si un vampiro está lleno de sangre, entonces parece más humano.

Ella asintió.

—Oh.

—¿Qué hiciste cuando te mordió?

—Yo le tiré mi bebida y le prendí fuego con mi encendedor.

—¿Encendió? —le dije—. ¿Es, el licor, o bien, el vampiro?

—Ambos —dijo.

Yo asentí.

—Los vampiros son muy inflamables. Se queman muy bien, ¿no?

—Yo no sabía que estallaría en llamas, como lo hizo —dijo—. Una persona no se quema así.

—No —le dije—, no.

—Comencé a gritar y a huir de él. Mi amigo entró por la puerta. La gente gritaba y gritaba. Fue horrible.

Me puse de pie.

—Apuesto a que lo era.

Levantó la mirada hacia mí, ojos azules, sinceros, pero no llenos de horror por lo que había hecho. No hubo ningún remordimiento. Ella me agarró el brazo de pronto, muy apretado, como si pudiera entenderla.

—Tuve que protegerme a mí misma.

Puse mi mano sobre la suya y le sonreí.

—¿Qué te hizo pensar en prender fuego al licor una vez que lo habías tirado?

—Me acordé de que los vampiros tienen miedo al fuego.

—Pero si le lanzaras una bebida en la cara a un ser humano y lo encendieras, sólo se quemaría hasta que el licor se evaporará. Un zumbido y sería todo. Un ser humano dejaría solo después de eso, aunque estaría herido. ¿No tenías miedo de hacer enojar más al vampiro?

—Pero los vampiros son muy inflamables, lo dijo usted misma —dijo Vicki.

Mi sonrisa se amplió.

—¿Así que sabías que se prendería en llamas?

—Sí —dijo, agarrándose a mí, dispuesta a que entendiera su situación.

—Pensé que no sabía que el vampiro prendería en llamas, Sra. Pierce —dijo Dolph.

—No, no hasta que ardió como eso —dijo.

Le di unas palmaditas en la mano.

—Pero, querida Vicki, acabas de decir que sabías que era inflamable.

—Pero tú lo dijiste primero.

—Vicki, acabas de decir que sabías que se prendería en llamas cuando lo encendiste.

—Yo no lo hice.

Yo asentí.

—Sí, lo hiciste.

Llevó las manos lejos de mí, sentada muy erguida en su silla.

—Estás tratando de confundirme.

Sacudí la cabeza.

—No, Vicki, estás haciendo todo por tu cuenta.

Me alejé de ella, manteniendo el contacto visual.

—¿Qué se supone que significa eso? —preguntó.

Un poco de ira se asomó a través de su acto de indefensa doncella.

—¿A qué restaurante fuiste? —pregunté, si yo hubiera estado allí veinte minutos antes tal vez le habrían hecho la misma pregunta. Los interrogatorios son a menudo repetitivos.

—¿Qué? —preguntó ella.

—¿Cuál era el nombre del bar?

—No me acuerdo.

—¿Dolph? —le pregunté.

—Holocaustos —dijo.

Yo me reí.

—Un lugar de reunión de vampiros conocidos.

—No es en el distrito de vampiro —dijo—. ¿Cómo iba yo a saber que era un bar de vampiros?

—¿Y la imagen de Christopher Lee como Drácula en el signo de fuera? —dije.

—Era muy tarde y nada más estaba abierto.

—¿En la Universidad de la Ciudad de Delmar en un viernes por la noche? Vamos, Vicki. Sé que puedes hacerlo mejor que eso —le dije.

Se tocó el vendaje en el cuello con una mano delicada, temblando.

—Él me mordió.

Le temblaba la voz, y más lágrimas arrastrando por su rostro.

Regresé a ella. Puse una mano en cada lado de la silla y me incliné hacia su cara.

—Estás mintiendo, Vicki.

Se echó a llorar, ocultando su cara. Puse un dedo por debajo de la barbilla y le levanté la cara.

—Joder, eres buena, pero no lo suficiente.

Ella se apartó de mí, de pie, tan de repente, la silla cayó al suelo.

—Fui atacada, y tú me estás haciendo sentir como el malo. Eres una mujer. Pensé que me entendías.

Sacudí la cabeza.

—¿Puede que el recurso de casación hermandad universal lo haga?, Vicki. No se lavan.

Sacudió el vendaje de su cuello y lo tiró al suelo.

—¡Mira, mira lo que me hizo!

Si esperaba que me estremeciera, tenía a la chica equivocada. Me acerqué a ella, volviendo la cabeza hacia un lado. He visto muchas marcas de colmillos de vampiros, bastante frescas.

Una limpia, agradable mordida, pero no hay hematomas, no marca contagio a través de su carne cremosa. Fueron sólo dos marcas de colmillo limpias.

Me alejé de ella.

—¿Tú lanzaste su bebida en la cara tan pronto como te mordió?

—Sí, yo no quería que me tocara.

—Un vampiro sucio —le dije.

—Un cadáver ambulante.

Ella tenía un punto.

—Gracias, Vicki, gracias por hablar conmigo.

Me acerqué a la puerta y Dolph me indicó que lo siguiera. Zerbrowski se quedó con la Sra. Pierce.

Dolph cerró la puerta detrás de nosotros.

—¿Qué vez en la mordida que yo no? —preguntó.

—Si hincó sus colmillos, no tuvo tiempo para alimentarse mucho, deja un chupón. Al igual que un humano hace una succión en el cuello. Los colmillos no son huecos, que sólo atraviesan la piel para que la paja que puede aspirar la sangre. Una de las razones es muy pequeña. Si el vampiro se alimenta lo suficiente, toma la sangre fuera de la zona y no te marca. Ninguna manera de un bocado rápido y chupar la deja limpia como eso. Hubo alguien más que lo hizo antes de tiempo, y le tomó mucho más que unos pocos segundos.

—Yo sabía que estaba mintiendo —dijo Dolph, y sacudió la cabeza—. Pero yo creía que ella había arrojado más en él que una bebida. Pensé que había entrado en el bar con algún tipo de acelerante.

Sacudí la cabeza.

—Una vez que un vampiro empieza a arder, se quema hasta que se apaga o se quema hasta las cenizas. Puede tener un hueso de unos pocos fragmentos, pero los vampiros se queman más completamente que cualquier humano. Registros dentales ni siquiera ayudan.

—El cantinero utilizó un extintor de fuego que tenía detrás de la barra. Los testigos dicen que fue rápido.

Yo asentí.

—Sí, bien por Harry. Es un milagro que la pala todavía está viva. Sé

que hay cierta oposición por la parte principal del negocio vampiro fuera del distrito vampiro. Hay una petición y una especie de reunión programada por la ciudad. La Sra. Pierce será un gran testigo a los peligros de los vampiros que están fuera del distrito.

—El dueño del restaurante dijo que la mala publicidad podría arruinarlo.

Yo asentí.

—Oh, sí. También podría ser un motivo personal contra el vampiro. No es la pequeña Miss Blue Eyes, pero alguien sabe que lo querían muerto.

—Ella podría ser un miembro de los *Humanos Primero*. Les encantaría quemar a todos los vampiros.

—Un fanático enemigo de vampiros no permitiría a un vampiro poner su cuello así. *Humanos Primero* podría haberle pagado para desacreditar al bar. Se puede ser miembro de seres humanos contra los vampiros, el VHA, o incluso *Humanos Primero*s, pero ella no, realmente no creo. La mordida demuestra otra cosa.

—¿El vampiro podría haberle capturado la mente?

—No lo creo, pero tengo algunas preguntas para tu otro mejor testigo ahora.

—¿Por ejemplo? —preguntó.

—¿Están seguros que el vampiro en cuestión ni siquiera tuvo el gusto de ella? ¿Es positivo que le mordió? Pregúntales si olía a sangre cuando entró.

—Explícate —dijo Dolph.

—Si ella llegó con la mordedura, a continuación, algunos de ellos podrían haberlo olido. ¿No la olieron?, la herida estaba bastante limpia, fue probablemente la razón por la que lo hizo de esa manera. Si hubiera mordido y llevado la sangre a la superficie, los vampiros se habrían perfumado de él.

Dolph estaba escribiendo todo en su cuaderno de confianza.

—¿Así que un vampiro está implicado?

—Él no puede saber lo que estaba planeando hacer. Chequea si tiene un novio vampiro, tal vez, o al menos uno que está fechada. Novio puede ser una palabra demasiado fuerte para la Sra. Pierce. Vería si tiene alguna de fondo en la actuación. Echa un vistazo a sus principales en la universidad, tal vez.

—Ya lo hemos hecho —dijo Dolph—. Ella tiene experiencia en artes

del teatro.

Le sonreí.

—¿Por qué me necesitas? Lo tenías todo resuelto.

—La mordedura, el hecho de que los vampiros se queman con facilidad… —sacudió la cabeza—. Nada de esta mierda está en la literatura.

—Los libros no están diseñados para el trabajo policial, Dolph.

—Tal vez deberías hacer un libro —dijo.

—Sí, claro. ¿Tengo suficiente para obtener una orden de sus registros bancarios?

—Si soy juez cuidado con lo que pides, tal vez.

—Tú sabes, incluso si es acusado y declarado culpable, el daño está hecho. La petición y la reunión están previstas para la próxima semana. Todo lo que ellos tendrán son rumores de un ataque, y crecerá en el relato.

Dolph asintió.

—No podemos hacer nada sobre eso.

—Puedo ir allí y decirles lo que he aprendido acerca de Vicki.

—¿Por qué no hacerlo?

—Porque yo soy la puta de Babilonia a los derechistas. Estoy harta hasta la cabeza de la sanguijuela. Ellos no creen una maldita cosa.

—No tengo tiempo para asistir a reuniones cívicas, Anita.

—¿Crees que las empresas deben estar separadas de vampiros? —le pregunté.

—No vayas por ahí, Anita. No te gustaran las respuestas.

La arrojé. El pensamiento de Dolph hacia los vampiros eran monstruos que el público debía ser protegido. Incluso estaba de acuerdo con él en un grado. Pero yo estaba durmiendo con uno de los monstruos. Se hacía difícil permanecer en el mismo tren con Dolph. Estuvimos de acuerdo o en desacuerdo. Se mantuvo la paz y nos mantuvo trabajando juntos.

—Si odias tanto a los vampiros, ¿por qué no compras la historia de la Sra. Pierce? —le pregunté.

—Porque yo no soy estúpido —dijo Dolph.

—Lo siento —dije—. Lo pensé por un segundo, los sentimientos personales no pueden interferir con tu trabajo. Nunca lo permites, ¿verdad?

Él sonrió.

—No lo sé. Tú no estás en la cárcel todavía.

—Si tienes pruebas del delito, que podría ser.

—Es posible —dijo. La sonrisa desapareció de su rostro. Sus ojos se vaciaron, ojos de policía—. ¿Qué te pasó en la mano?

Me miré la mano vendada como si acababa de aparecer.

—Accidente de cocina —le dije.

—Accidente de cocina —dijo.

—Sí.

—¿Qué pasó?

—Me corté la mano con un cuchillo.

—¿Qué estabas haciendo? —preguntó.

Nunca cocino en casa. Dolph lo sabía.

—Cortar un pan.

Me dio los ojos vacíos de nuevo. Una vez, no hace mucho tiempo, mi cara mostraba todo.

Cada pensamiento a la vista, pero no ahora. Me quedé mirando su cara de sospechoso, Dolph sabía que mi cara no le daría nada. Sólo el vacío en sí era un indicio de que yo estaba mintiendo. Pero él sabía que yo estaba mintiendo. Yo no iba a desperdiciar su tiempo ni el mío por venir para acá con una mentira, muy bien. ¿Por qué molestarse?

Nos miramos uno a otro.

—Hay sangre en tu manga, Anita. Eso debe haber sido algún bágel —dijo.

—Era —dije, y no podía dejar de sonreír—. Me han dicho que fue asaltado, pero me gustaría que llenar un informe.

Suspiró.

—¡Mierda! Estás envuelta en otra cosa. Ahora mismo. —Sus grandes manos apretaron en puños casi del tamaño de mi cara—. Me gustaría gritarte, pero no serviría de nada. Yo te pondría en una celda durante la noche. —Se rió, y era amargo—. Para lo que queda de la noche, pero no tengo ningún cargo, ¿no?

—No he hecho nada, Dolph —levanté la mano lesionada—. Estaba haciendo un favor a un amigo, levantando algunos muertos. Tengo corte para más sangre. Eso es todo.

—¿La verdad? —preguntó.

Yo asentí.

—Sí.

—¿Por qué no me lo dijiste? —preguntó.

—Debido a que era un favor, nada de dinero. Si Bert se entera de que

estoy levantando a los muertos de forma gratuita, tendrá un ataque cardíaco. Le vas hacer creer la historia bagel.

Dolph rió.

—No te preguntará cómo te lesionaste. No quiero saber.

Yo asentí.

—Muy cierto.

—Sólo en caso de que la cocina se caliente toda, recuerda que debes llamar si necesitas ayuda.

—Voy a tenerlo en cuenta, Dolph.

—Hazlo. —Puso su cuaderno—. Trata de no matar a nadie este mes, Anita. Incluso en clara defensa propia se acumulan demasiados cuerpos, y vamos a tenerte encerrada.

—Yo no he matado a nadie en más de seis semanas, el infierno, casi siete. Estoy contando.

Sacudió la cabeza.

—Los dos últimos eran los únicos que hemos sido capaces de demostrar, Anita. Tanto la defensa propia. Uno de los testigos hasta el culo, pero nunca hemos encontrado el cadáver de Harold Gaynor. Sólo su silla de ruedas en ese cementerio. Dominga Salvador todavía está desaparecida.

Le sonreí.

—La gente dice que la señora volvió a América del Sur.

—Había sangre por todas partes en esa silla, Anita.

—¿Estaba allí?

—Tu suerte se va a acabar, y no voy a ser capaz de ayudarte.

—Yo no pedí ayuda —le dije—. Además, si la nueva ley pasa, voy a tener una tarjeta de identificación federal.

—Ser un policía, no importa qué tipo, no significa que no puedas ser arrestada.

Era mi turno de suspiro.

—Estoy cansada, y me voy a casa. Buenas noches, Dolph.

Me miró por un segundo o dos, y luego dijo:

—Buenas noches, Anita.

Volvió a la sala de entrevista y me dejó en la sala.

Dolph nunca había estado de tan mal humor antes de que él supiera que yo estaba saliendo con Jean-Claude. Yo no estaba segura de que era consciente de lo mucho que había cambiado su actitud hacia mí, pero yo ciertamente lo estaba. Un poco de nookie muertos vivientes y no confías en

mí, no por completo.

Me puso triste y enojada. Lo que fue realmente duro fue el hecho de que hace menos de dos meses había estado de acuerdo con Dolph. No se puede confiar en alguien que se acuesta con los monstruos. Pero ahí estaba yo, haciéndolo. Anita Blake, se convirtió en el cebo ataúd.

Triste, muy triste. No sería ninguna gracia si Dolph es quién me fecha. Pero yo no podía culparlo por la actitud. No me gusta, pero no me podía quejar de él. Bueno, yo podría ser una perra, pero no era justo de mi parte hacerlo.

Salí sin pasar por la oficina de la brigada principal de nuevo. Me pregunté cuánto tiempo debían mantener a los pingüinos en sus escritorios esperando a que yo vuelva. El pensamiento de todas las aves de juguete sillylooking tristemente sentados esperando a que yo regrese trajo una sonrisa en mi cara. Pero no duró mucho. No era sólo que Dolph desconfiaba de mí. Era un policía muy bueno, un buen investigador. Si realmente empezó a cavar, podría obtener la prueba. Dios sabía que yo había hecho lo suficiente no autorizada a matar para ponerme en la cárcel. Que había utilizado mis poderes de animar para matar a seres humanos. Si se puede demostrar, se trataba de una sentencia de muerte automática. La pena de muerte para alguien que había utilizado la magia para matar no era el mismo tipo de frase como, por ejemplo, un asesino tiene un hacha. Un hombre puede cortar a su familia y pasar los próximos quince años en el corredor de la muerte de las apelaciones. No hay recursos para la magia inducida para el asesinato. Juicio, la condena, la muerte de un plazo de seis semanas, por lo general menos.

Las prisiones tienen miedo de la magia y no les gusta mantener las brujas y como en todo tiempo. Hubo un mago en Maine, que llamó a demonios, mientras que estaba en su celda.

¿Cómo alguien le dejó solo el tiempo suficiente para hacer el ritual particular?, yo no lo sé.

Las personas que habían metido la pata toda terminaron muertos, por lo que no podría ser cuestionada. Nunca se encontró la cabeza. Incluso yo no podía levantar suficiente de ellos como zombis para hacer que hablaran o escribir lo que había sucedido. Fue un desastre.

El brujo se escapó, pero más tarde fue capturado con la ayuda de un aquelarre de brujas blancas y, curiosamente, un grupo de satanistas. Nadie que realiza la magia le gusta cuando alguien va deshonesto. Se nos da a

todos un mal nombre. La última bruja quemada viva por una multitud en este país fue sólo en 1953. Su nombre era Agnes Simpson. Yo había visto fotografías en blanco y negro de su muerte. Cualquier persona que estudió algo sobrenatural tenía que tener su foto en al menos un libro de texto. La foto que me quedó fue una en la que su rostro estaba intacto, pálido, incluso desde una distancia normal del terror en el rostro. Su cabello castaño largo moviendo en el calor, pero aún no se quema. Sólo el camisón y la bata se habían incendiado. Tenía la cabeza echada hacia atrás, gritando. La foto ganó el Premio Pulitzer. El resto de las fotos no se ven tan a menudo. Una progresión de las fotografías que termina con su quemados y ennegrecidos muertos.

¿Cómo alguien puede estar allí y seguir tomando fotos?, yo no lo sé. Tal vez el Premio Pulitzer es un amuleto contra las pesadillas. Por otra parte, tal vez no.



# VEINTICINCO

Entré en el aparcamiento del hospital con su secreto en el sótano. Eran casi las cinco. El alba presionando como una mano fría contra el viento. El cielo estaba gris, atrapados entre la oscuridad y la luz. Esa ventaja temblando donde los vampiros están todavía en movimiento, y puedes despedirte de tu garganta, la pueden arrancar momentos antes de que salga el sol.

Un taxi se detuvo delante del edificio. Una mujer alta con el pelo rubio muy corto salió. Llevaba una falda muy corta y una chaqueta de cuero, sin zapatos. Zane salió más atrás.

Alguien había pagado su fianza, y no era yo. Lo que significaba que había estado a la atención de la oferta del Maestro de las Bestia. Sólo una parte de la suerte de que no había sido parte del tormento de Sylvie. Si se hubiera negado, habría sido herido. Si lo hubiera hecho, tendría que matarlo. Eso habría sido condenadamente torpe.

Él me vio caminando hacia ellos. Levaba el abrigo largo y su

armamento nuevo. Zane me saludó, sonriendo. Iba más que brillante, pantalones de vinilo negro, suficiente para ser la piel, y las botas. Ah, y un anillo en el pezón. No hay que olvidar las joyas.

La mujer alta me miró fijamente. Ella no parecía muy contenta de verme. No era algo hostil exactamente, pero no me agradó. El conductor le dijo algo, y ella consiguió un fajo de billetes del bolsillo de su chaqueta y le pagó.

El taxi se alejó. Vivian, mascota del Maestro de las Bestias, mientras él se quedará aquí, no podrá salir. Gregory, hermano de Stephen con su nueva conciencia, no había salido bien. Me faltaban al menos dos hombres-leopardo. ¿Qué estaba pasando?

Zane se acercó a mí como si fuéramos viejos amigos.

—Te dije, Cherry, ella es nuestra alfa, nuestra Lionne léoparde. Yo sabía que iba a salvarnos.

Se dejó caer de rodillas delante de mí. Mi mano derecha estaba en el bolsillo, agarrando la Browning, por lo que tuve que conformarme con la mano izquierda. Me había pasado el tiempo suficiente en saber todo sobre los hombres lobo alfa que era una especie de ascenso de cosas. Al igual que los animales que a veces eran, *cambiaformas* parecían tener la certeza del contacto. Así que no lucharé contra él, pero me dejé la seguridad de la Browning.

Zane me tomó de la mano suavemente, casi con reverencia. Puso su mejilla contra mis nudillos, luego puso la cara de lado, como un gato marcándome. Su lengua me dio una lamida lentamente hacia la palma de mi mano, y suavemente la retiré.

Tuve mucha fuerza de voluntad para no limpiarme la mano en el abrigo.

La mujer alta, Cherry presumí, sólo me miró.

—Ella nos guardar a todos nosotros. —Su voz era sorprendentemente baja. Un ronroneo, incluso en forma humana.

—¿Dónde están Vivian y Gregory? —le pregunté.

Ella señaló hacia la zona de donde habían venido.

—Allá, ellos todavía están allí.

—El acuerdo era que toda mi gente saliera.

Zane se levantó de un salto. El movimiento fue tan rápido que mi corazón y mi garganta se apretaron, y mi dedo pasó del gatillo para desencadenar la guardia. Coloqué el seguro en la Browning y alivié mi

mano. Ellos no iban a hacerme daño, pero si Zane se mantiene rebotando como una versión punk de Tigre accidentalmente podría disparar el arma. Mis nervios eran por lo general mejor que esto.

—El Señor de las Bestias dijo que cualquier persona que deseé reconocer su posición dominante los podría dejar salir. Pero él ya se había asegurado de que Gregory y Vivian no podían caminar.

Algo frío y apretado lleno mi estómago.

—¿Qué quieres decir?

—Vivian estaba inconsciente cuando nos fuimos. —Cherry miró al suelo cuando ella pronunció las palabras que vinieron—. Gregory intentó rastrearnos después de que nosotros nos fuimos, pero estaba muy mal herido —levantó los ojos, y hubo lágrimas temblando en ellos. Tenía los ojos muy amplios—. Lloró después de que nos fuimos. Rogó para qué no lo dejáramos. —Se secó las lágrimas con un golpe de ira de la mano—. Pero lo dejé. Lo dejé gritando, porque yo quería salir de allí, más que nada en el mundo. Aun cuando eso significara dejar a mis amigos para ser torturados y asesinados y violados. —Ella se tapó la cara con ambas manos y lloró.

Zane se colocó detrás de ella y la abrazó.

—Gabriel no podía mantenernos a todos salvo. Ella hizo lo posible.

—Al igual que el infierno —le dije.

Zane me miró. Se frotó la mejilla contra el lado derecho del cuello de Cherry, pero sus ojos eran graves. Estaba contento de estar vivo, pero él no quería dejarlos.

—Voy a hacer una llamada telefónica.

Entré en el edificio y después de unos segundos me siguieron. He utilizado el mismo teléfono con el que había llamado a Jean-Claude con anterioridad. Yo sólo tenía unos momentos antes del amanecer, la verdad y él descansa, para el recuento.

Me contestó el teléfono como si hubiera estado esperando la llamada.

—*Oui, ma petite*.

—Gregory y Vivian no lo lograron. Pensé que se negociaría por ellos.

—Los otros obligaron a Padma a llegar a un acuerdo, pero se creó una regla, que quien quisiera salir tenía que hacerlo por sus propios pies. Yo sabía lo que quería hacer, pero era el mejor trato que podría conseguir. Por favor, créelo.

—Bien, pero no voy a dejarlos. Por lo que voy a dividir a los peludos.

—¿Qué piensas hacer, *ma petite*?

—Voy a regresar y ayudarles a salir. Padma no dijo nada acerca de caminar en el hombro de otro, ¿no?

—No —Jean-Claude dio un largo suspiro—. El amanecer está terriblemente cerca, *ma petite*. Si tú tienes que hacer esto, espera al menos dos horas. Tiempo suficiente para que incluso los más poderosos de nosotros a estén dormidos, pero no esperes mucho más tiempo. No sé cuánto sueño necesitan los miembros del Consejo. Ellos pueden despertar muy temprano.

—Voy a esperar dos horas.

—Te voy a enviar a algunos de los lobos. Con Padma dormido serán de utilidad.

—Bien.

—Me tengo que ir.

El teléfono se cortó, y sentí el estallido del sol sobre el horizonte. Sentí como un gran peso, y por sólo un instante no podía respirar, mi cuerpo se sentía pesado, muy pesado. Entonces, la sensación se había ido, y yo sabía que Jean-Claude se había ido para el día. Incluso con tres marcas compartidas, nunca había sentido nada así antes. Yo sabía que él me protegía de las cosas que la tercera marca me dejaría sentir. Incluso protegía a Richard. De los tres de nosotros, Jean-Claude sabía más sobre las marcas, cómo usarlas, ¿cómo no usarlas, y lo que realmente significa?

Han pasado muchos meses, después de todo, y yo todavía tenía muchas preguntas.

A veces, no estaba segura de que quería saber. Richard parecía igualmente reacio, con respecto a Jean-Claude. El vampiro sólo parecía paciente con nosotros, como un padre con un niño pequeño.

Cherry se apoyó contra la pared, los brazos cruzados sobre su estómago. No llevaba nada debajo de la chaqueta de cuero. Sus ojos eran cautelosos, como si hubiese sido decepcionada muchas veces.

—Te vas tras ellos. ¿Por qué?

Zane estaba sentada junto a sus piernas, la espalda contra la pared.

—Porque ella es nuestra alfa.

Cherry sacudió la cabeza.

—¿Por qué te arriesgas a ti misma por dos personas que no conoces? Acepté tu dominio porque quería salir de allí, pero yo no lo creo. ¿Por qué vuelves allí?

Yo no estaba segura de cómo explicarlo.

—Esperan ser salvados.

—¿Y? —dijo.

—Entonces, yo voy a intentarlo.

—¿Por qué?

Suspiré.

—Porque… Porque me acuerdo de los ojos suplicantes de Vivian y los moretones en su cuerpo. Porque Gregory lloraba y gritaba para no dejarlo. Porque Padma les hará daño peor ahora de lo que hubiera hecho antes, porque piensa que por hacerles daño a ellos, a mí me va a doler. —Sacudí la cabeza—. Voy a encontrar una cama para dormir un par de horas. Les sugiero que hagan lo mismo. Pero no tienes que venir conmigo. Esta cosa es estrictamente voluntaria.

—No quiero volver allí —dijo.

—Claro que no —le dije.

—Yo voy —dijo Zane.

Casi me hizo sonreír.

—De algún modo sabía que lo harías.



# VEINTISEIS

Yo estaba en la angosta cama del hospital en una de las salas de descanso. El vestido de noche fue doblado en la única silla de la sala. La silla fue empujada en el marco de la perilla de la puerta. Cerradura endeble. No mantendría a alguien realmente decidido a entrar pero me daba algo de tiempo para apuntar el arma. Me duché y arrojé toda la sangre con una manguera. Yo llevaba sólo mi ropa interior. Ni siquiera tienen una bata de hospital de repuesto. Me quedé dormida en una cama extraña, con la bata de papel agarrando mis pechos desnudos, y la Firestar bajo la almohada. La ametralladora estaba bajo la cama. No creo que la necesite, pero ¿dónde si no iba a esconderla?

Estaba soñando. Algo acerca de estar perdida en una casa abandonada, en busca de los gatitos. Los gatitos estaban llorando, y había serpientes en la oscuridad, querían comer gatitos. No tienes que ser Freud para interpretar esto. El momento pensé que, claramente, que era un sueño y lo

que significaba, el sueño se desvaneció y me dejó despierta en la oscuridad. Me desperté mirando hacia arriba, La bata de papel derramada por mi cuerpo yo estaba casi desnuda en la oscuridad.

Podía sentir mi cuerpo palpitante. Era como si hubiera estado corriendo una carrera en mi sueño. El sudor en mi pecho. Algo estaba mal.

Tiré de la sábana por encima de mí cuando me senté, aunque no tenía frío. Cuando era niña yo creía que los monstruos en el armario y debajo de la cama no podían conmigo si yo estaba cubierta por una sábana. Después de despertar de una pesadilla, sin importar lo caliente que estaba me seguía escondiendo en las sábanas. Por supuesto, yo estaba en un sótano con aire acondicionado. No estaba caliente. Entonces, ¿por qué mi cuerpo se siente casi febril?

Pasé mi mano debajo de la almohada y saqué la Firestar. Me sentía mejor con ella en la mano.

Tan sólo estaba asustada por un sueño, me sentía tonta.

Me senté en la oscuridad y agucé el oído nada antes de encender las luces. Si había alguien en el pasillo, vería la luz bajo la puerta. Si se trata de una emboscada, no quiero que vean la luz.

Todavía no.

Sentí algo que viene por el pasillo hacia mí. Enturbiando la energía, el calor, jugó en mi cuerpo como una mano. Era como si una tormenta estaba corriendo hacia mí, con el cepillo espinoso de un rayo, sentí el peso creciente en la habitación. Quité el seguro de la Firestar, y de repente sabía quién era. Era Richard. Richard caminando hacia mí. Richard viene como una tormenta furiosa.

He hecho clic de nuevo en el seguro, pero no guardé la pistola. Estaba loco. Yo lo podía sentir. Lo había visto arrojar un árbol de roble macizo a cuatro metro de distancia como si nada, cuando estaba enojado. Mantuve el arma, por si acaso. No me gustaba mantenerla, pero el dilema moral no me molesta lo suficiente como para ponerla a la basura. Golpeé las luces. Me senté a parpadear en la claridad repentina, formándose un nudo en mi estómago.

No quería verlo. Yo no sabía qué decirle, desde la noche en que había dormido con Jean-Claude. La noche que había corrido del lado de Richard, lo hice una noche de luna llena, desde la visión de su bestia.

Estaba descalza, caminé hasta mi ropa que estaba en la silla. Tuve problemas con el sujetador sin tirantes, las armas a mi lado en la cama, olí

la loción para después del afeitado. Sentí el movimiento de aire debajo de la puerta y sabía que era su cuerpo perturbando las corrientes de aire. Su colonia no era tan fuerte. No debería haberlo olido. Sabía de repente como un susurro al oído que Richard podía olerme a través de la puerta, que sabía que yo llevaba el perfume de Jean-Claude.

Sentí su mano posarse en la manilla de la puerta con un pequeño movimiento, lo sentí respirar y el olor de mi cuerpo profundamente en él.

¿Qué demonios estaba pasando? Habíamos estado sin vernos dos meses, nunca había sentido nada parecido, no con Richard, y no con Jean-Claude.

La voz de Richard, dolorosamente familiar:

—Anita, necesito hablar contigo.

Había enojo en su voz, en su cuerpo, rabia. Fue como un trueno presionado contra la puerta.

—Me estoy vistiendo —dije.

Le oí dar un paso hacia atrás de la puerta.

—Lo sé. Siento que estás ahí. ¿Qué nos está pasando?

Esa fue una pregunta capciosa si alguna vez había oído una. Me preguntaba si podía sentir mis manos como me había sentido su hace un momento.

—No hemos estado tan cerca. Jean-Claude no está aquí para actuar como un amortiguador.

Yo esperaba que fuera eso. La única alternativa que podía pensar era que el Consejo había hecho algo con nuestras marcas. No pensé que fuera eso, sin embargo. Pero nosotros no lo sabemos con certeza hasta que pudiésemos preguntarle a Jean-Claude.

Richard intentó abrir de nuevo la puerta.

—¿Qué te está tomando tanto tiempo?

—Casi estoy —le dije.

Me puse el vestido. En realidad, fue más fácil para entrar. Los zapatos no eran cómodas, sin correa, pero me habría sentido más incómoda descalza y menos preparada. No puedo explicarlo, pero los zapatos me hacen sentir mejor. Quité la silla y abrí la puerta. Di un paso atrás, un demasiado rápido, hasta que estuve en el otro lado de la habitación. Puse las manos detrás de mí, sin soltar la pistola. No creo que me haga daño, pero nunca lo había sentido así.

Su ira era como un nudo de ardor en el estómago.

Abrió la puerta con cuidado, como si él tenía que pensar antes de cada movimiento.

Su control era una fina línea entre la rabia y yo.

Él era seis pies de alto, ancho de hombros, con altos pómulos esculpidos, y una boca ancha y suave. Tenía un hoyuelo en la barbilla, él era demasiado guapo. Sus ojos seguían siendo perfectos marrón chocolate, sólo el dolor en ellos era nuevo. Su cabello le caía en gruesas ondas alrededor de los hombros, un marrón tan lleno de oro y cobre, debería usar otra palabra describir su cabello. Marrón es una palabra sorda, y su cabello no era aburrido. Me encantaba pasar mis manos por su pelo, agarrando puñados de ellos cuando nos besábamos.

Llevaba una camiseta sin mangas color rojo que dejó a vista los hombros y brazos musculosos. Yo podía ver cada centímetro de él, y también lo que no podía, era un suave bronceado. Pero en realidad no era bronceado, sólo su color de piel natural. Mi corazón latía en la garganta, pero no era de miedo. Me miró en mi vestido negro. Llevaba la cara limpia de maquillaje, el pelo sin peinar, y sentí su cuerpo reaccionar a la vista de mí.

Sentí un giro en mi propio cuerpo. Tuve que cerrar los ojos para no mirar los pantalones, para ver si lo que yo sentía era visible.

Cuando abrí los ojos, no se había movido. Se quedó parado en el centro de la habitación, las manos apretadas en puños, respiraba demasiado fuerte. Sus ojos eran salvajes, mostrando demasiado blanco como un caballo a punto de perno.

Encontré mi voz.

—Dijiste que querías hablar, así que habla.

Sonaba sin aliento. Era como si podía sentir el corazón de Ricardo, su pecho sube y bajo, como si fuera mío. Había tenido momentos de estos con Jean-Claude, pero nunca con Richard. Si todavía nos estuviésemos viendo, habría sido interesante. Ahora, sólo era confuso.

Relajó sus manos, flexionándolas, luchando por no hacer puños.

—Jean-Claude dijo que nos protege de los demás. Nos impide acercarse demasiado hasta que estemos listos. Yo no le creí, hasta ahora.

Yo asentí.

—Es incómodo.

Se sonrió y movió la cabeza, pero la sonrisa nunca tuvo la ira de sus ojos.

—¿Torpe? ¿Es que todo lo que soy para ti, Anita? ¿Sólo torpe?

—Puedes sentir lo que siento, ahora mismo, Richard. Tienes tu respuesta a tu maldita pregunta.

Cerró los ojos y apretó las manos delante de su pecho. Apoyó la palma de las manos junto a sus brazos, temblaba con el esfuerzo y los músculos se tensaron, luchando con su piel por todo el camino hasta los hombros.

Sentí que se retiraba de mí. A pesar de que no comprendí cómo se sentía. Era como si él construyó un muro entre nosotros. Estaba levantando escudos mentales entre nosotros.

Alguien tenía que hacerlo. No había pensado en intentarlo. La vista y el tacto de él en mi mente me habían convertido en una hormona de pulsación. Era demasiado embarazoso para las palabras.

Observé como su cuerpo se relajó, un músculo a la vez, hasta que abrió los ojos, lentamente, casi dormido, su cuerpo tranquilo, en paz. Yo nunca había sido tan buena en la meditación.

Él bajó los brazos y me miró.

—¿Mejor?

Yo asentí.

—Sí, gracias.

Sacudió la cabeza.

—No me des las gracias. Fue más control que salir corriendo y gritando.

Nos quedamos mirando el uno al otro. El silencio era incómodo, espeso.

—¿Qué quieres, Richard?

Soltó una carcajada ahogo que trajo el calor hasta mi cara.

—¿Sabes lo que hice? —le dije.

—Sí —dijo—. Yo sé lo que hiciste. Invocaste tu condición de lupa mientras yo estaba fuera de la ciudad.

—¿Te refieres a la protección de Stephen?

Él asintió.

—No tienes derecho a ir en contra de las órdenes expresas de Sylvie. Ella fue la que quedó a cargo, no tú.

—Se había eliminado la protección de la manada para él. ¿Sabes lo que eso significa?

—Mejor que tú —dijo—. Sin la protección de una posición dominante es carne de nadie para quien la quiera, como hiciste con los hombres-

leopardo después de que mataste a Gabriel.

Me aparté de la pared.

—Si me hubieras dicho lo que estaba sucediendo con ellos, Richard, los hubiese ayudado.

—¿Y tú? —preguntó. Hizo un gesto hacia la pistola en mi mano—. ¿O sólo los has matado?

—No, eso es lo que Sylvie quería hacer, no yo.

Pero me quedé con el arma en la mano, no sabía una manera elegante de dejarla.

—Sé lo mucho que odias a los *cambiaformas*, Anita. Yo no creo que te importe un comino, y a ningún otro ha hecho bien o se lo habrías dicho tú. Todos pensaban que no me importaría. Quiero decir que si podrías rechazar a alguien que supuestamente amabas, porque se convierte en un monstruo una vez al mes, ¿qué posibilidades le das a los extraños?

Estaba siendo deliberadamente cruel. Yo nunca lo había visto hacer cualquier cosa con tal de hacer daño, solo para tratar de clavar el cuchillo un poco más. Era pequeña, pero era una cosa que Richard no sabía.

—Tú me conoces mejor que eso —le dije.

—¿Sí? —dijo.

Se sentó en la cama, agarrando con los puñados la bata de papel. Levantó la tela a la cara y respiró hondo. Él me miraba con ojos irritados, mientras lo hacía.

—El olor que todavía me mueve como una especie de droga, y te odio por ello.

—Acabo de pasar unos minutos dentro de tu cabeza, recuerdas. No me odies, Richard. Sería menos doloroso si lo hicieras.

Arrugó la bata en su regazo, las manos bailaban en la tela en puños apretados.

—El amor no todo conquista, ¿no? —preguntó.

Sacudí la cabeza.

—No, no lo hace.

Se puso de pie en un movimiento casi violento, caminó por la habitación en un estrecho círculo. Llegó a estar delante de mí. No hubo magia ahora, sólo dos personas. Pero seguía siendo difícil estar tan cerca de él. Aún es difícil saber que no estaba autorizado a tocarme nunca más. ¡Maldita sea!, no debería haber sido tan dura. Había hecho mi elección.

—Tú nunca fuiste mi amante, ahora ni siquiera eres mi novia. No eres

un *cambiaformas*. No puedes ser mi lupa.

—¿Está muy enfadado de que protegiera a Stephen?

—Ordenaste a dos miembros de la manada para protegerle a él y a un hombre-leopardo. Se les dijo que les matarías si no obedecían. No tienes ese derecho.

—Me diste ese derecho cuando me hiciste lupa. —Le levanté una mano para evitar que me interrumpiera—. Y te guste o no, era una cosa buena que tuviera alguna influencia para lanzar alrededor. Stephen podría estar muerto si no hubiera estado allí para él. Y Zane habría provocado un peor desastre en el hospital. Los licántropos no necesitan presionar más para parecer malos.

—Somos monstruos, Anita. No se puede tener una buena publicidad, si eres un monstruo.

—No lo creo.

—No crees que somos monstruos, Anita. Tú ya lo has demostrado. Prefieres dormir con un cadáver que dejar que te toque.

—¿Qué quieres que te diga, Richard? ¿Lo qué yo siento, no puedo hacerle frente? Lo siento. ¿Que aún estoy avergonzada de que corrí a la cama de Jean-Claude? Lo estoy. Eso creo menos de mí misma por no ser capaz de amarte ¿incluso después de lo que vi hacer a Marcus?

—Tú querías matar a Marcus.

—Él iba a matarte si no lo hacías. Así que sí, quería matar a Marcus. Pero yo no te dije que te lo comieras.

—Cuando un miembro de la manada es asesinado en una lucha por la dominación, es una manera de absorber su energía. Raina y Marcus no estarían realmente fuera.

—¿Raina también?

—¿Dónde crees que está su cuerpo? ¿Qué crees que harían tus amigos de la fuerza de policía si no se hubiesen desaparecido todos los cadáveres?

—Pensé que Jean-Claude lo había arreglado.

—Él lo hizo, pero fue la manada la que hizo el trabajo sucio. Los vampiros no se preocupan por un cuerpo una vez que esté frío. Si la sangre no está caliente, no lo quieren.

Casi le pregunto si prefería la carne caliente a la fría, pero no lo hice. Yo realmente no quiero saber. Esta conversación no va a ninguna parte. Miré el reloj en mi muñeca.

—Me tengo que ir, Richard.

—Ir al rescate de tus hombres-leopardo.

Le miré.

—Sí.

—Es por eso que estoy aquí. Soy tu guardaespaldas.

—¿Fue idea de Jean-Claude?

—Sylvie me dijo que Gregory se negó a hacerle daño. Independientemente de lo que hicieron con Gabriel, son licántropos y ayudamos a los nuestros, incluso si no se es lukoi.

—¿Los hombres-leopardo tienen un nombre de fantasía para sí mismos? —le pregunté.

Él asintió.

—Se llaman a sí mismos pard. Los hombres lobo son los lukoi. Los leopardos son el pard.

Pasé junto a él, mi hombro rozó su brazo desnudo. Planteó un toque en la piel de mi cuerpo como si hubiera tocado algo mucho más personal. Pero me acostumbre a ella. Había hecho mi elección, y no importa cuán confundida estaba, no tenía que confundirme. Así que todavía codiciaba a Richard, aunque lo amaba. Yo había escogido al vampiro, y no puedo tener al vampiro y al hombre lobo, también.

Tengo la metralleta debajo de la cama y la deslicé en la correa a través de mi pecho.

—Jean-Claude dijo que no debíamos matar a nadie —dijo Richard.

—¿Sabía que ibas a venir aquí? —le pregunté.

Él asintió.

Yo sonreí, pero no era feliz.

—¿Él no te lo dijo? —preguntó Richard.

—No.

Nos quedamos mirando el uno al otro de nuevo.

—No se puede confiar en él, Anita, tú lo sabes.

—Tú eres el que dejó que te diera la primera marca de forma voluntaria. Lo que hice, Richard, lo hice para salvar sus vidas. Si de verdad pensabas que era tan maldito indigno de confianza, ¿por qué te uniste a él?

Richard se apartó entonces, y hablaba en voz muy baja.

—Yo no quería perderte.

—Espérame en la sala, Richard.

—¿Por qué?

—Tengo que terminar de vestirme.

Su mirada se deslizó a mis piernas, muy blanca contra el negro del vestido y los talones.

—Medias —dijo, en voz baja.

—Unas nuevas, en realidad —le dije—. Las medias se destrozaron anoche. Ahora, por favor, sal.

Él lo hizo. Ni siquiera hizo un comentario. Fue una mejora. Cuando cerró la puerta detrás de él, me senté en la cama. Yo no quería hacer esto. Retrocediendo para el rescate de los leopardos era una mala idea. Ir con Richard como guardaespaldas fue peor. Pero nosotros lo haríamos. Yo no podía decirle que se quede en casa. Además, yo necesitaba un guardaespaldas. No importa lo doloroso que emocionalmente era estar alrededor de él, fue uno de los *cambiaformas* más poderoso que jamás había conocido. Si no hubiera sido paralizado por una conciencia del tamaño de Rhode Island, había sido peligroso. Por supuesto, Marcus probablemente habría dicho que Richard era muy peligroso tal como estaba. Y estaría bien.



# VEINTISIETE

Richard conducía su 4 X 4 al circo. Me senté junto a él, pero de alguna manera no podría haber estado allí en absoluto. Nunca me miró, y mucho menos habló. Pero la tensión en su cuerpo era suficiente. Él sabía que yo estaba allí.

Cherry y Zane viajaban en el asiento trasero. Me había sorprendido cuando Cherry se subió en el coche. Sus ojos brillaban en blanco, parpadeando como un tic nervioso. Parecía que se iba a desmayar. Zane era el de siempre, sonriente, ojos secretos. ¿El mismo de siempre? Eso fue casi cómico. Yo lo conocía menos de veinte y cuatro horas. No sabía qué diablos era «habitual» para él.

Cherry se había hundido en el asiento, abrasándose a sí misma. Fue poco a poco rizando en una pequeña bola. Yo la había conocido hacía menos tiempo del que yo había conocido Zane, pero esto no era normal para nadie.

Me volví hasta lo que el cinturón de seguridad permitiría, y dije:

—¿Qué va mal, Cherry?

Sus ojos en blanco me miraron, entonces los cerró, apretados. Sacudió la cabeza y se acurrucó aún más en sí misma. Hubo un golpe fresco formado en la mejilla. Ella lo pudo haber tenido cuando la vi por primera vez. No estaba segura.

—Zane, ¿qué pasa con ella?

—Ella tiene miedo —dijo.

Su voz era neutra, pero había algo en su cara que me decía que estaba enojado.

—Le dije que esto era estrictamente voluntario. Ella no tiene que venir.

—Díselo al Sr. Macho —dijo.

Tenía la mirada fija en la parte posterior de la cabeza de Richard.

Me volví en el asiento hasta que miraba a su perfil. Él no me miraba.

—¿Qué está pasando, Richard?

—Va a venir —dijo, con voz muy tranquila.

—¿Por qué?

—Porque yo lo digo.

—Mentira.

Me miró entonces. Trató de que fuese una mirada fría, pero estaba enojado.

—Tú eres mi lupa, pero todavía soy Ulfric. Mi palabra es todavía la ley.

—Al carajo. La estás arrastrando en esto porque estás enojado conmigo.

El músculo de la mandíbula estaba lo suficientemente apretado para poder verlo.

—Los dos abandonaron a su gente. Ahora, ambos lo van hacer bien.

Su voz todavía era tranquila, baja, y cuidadosa, él no era muy cuidadoso cuando perdía el control. Hablaba como las personas hablan cuando quieren gritar.

—Mírala, Richard. Va a ser peor que inútil. Ella sólo será una víctima más que tendremos que proteger.

Sacudió la cabeza.

—No se deja a uno atrás, no por cualquier razón. Es la ley.

—Ley de la manada, pero no es para todos.

—Hasta que dejes de ser mi lupa, Anita, lo que te pertenece, me pertenece a mí.

—Arrogante.

Él sonrió, pero era sólo una exclusión de los dientes, gruñe más el humor.

—Todo el mundo tiene que hacer algo para mantenerse al margen.

Me tomó un segundo para darme cuenta de lo que quería decir, entonces me daba vergüenza. Pero temblaba si me sentaba ahí y explicar que yo no había querido decirlo literalmente. Él sabía que yo no había querido decir literalmente. Estaba tratando de avergonzarme. ¡Mierda!

—¿Le pegaste a Cherry?

De repente se sintió muy interesado en la carretera, pero sus manos se suavizaron en el volante. No le gustaba golpearla. Ni a mí tampoco.

—Tú querías que fuera fuerte. Bueno, tienes tu deseo.

—Hay una diferencia entre ser fuerte y cruel, Richard.

—¿De veras? Nunca me di cuenta de la diferencia. Creo que lo que pasó fue por mí. Pero sólo puedes hacerme sentir culpable por un tiempo, y luego me enojo.

—Bien, si lo que me pertenece, te pertenece a ti, entonces funciona, el otro también.

Me miró con el ceño fruncido.

—¿Qué quieres decir?

Me gustó el malestar en su rostro. He disfrutado volviendo la lógica. En mi propio camino, yo estaba tan enojada con él conmigo. Yo no tenía la moral alta, pero no habría se convierten en caníbales. Tal vez yo tenía algo de terreno moral, después de todo.

—Si se puede obligar a Cherry a ir con nosotros, entonces puedo solicitar a la manada para proteger a Stephen. Puedo pedir que hagan alguna maldita cosa soy lo suficientemente dominante como para que lo hagan.

—No —dijo.

—¿Por qué no? —le pregunté.

—Porque yo lo digo.

Yo me reí entonces, y hasta a mí me sonaba con picardía.

Gritó, un largo y desigual grito de frustración y enojo.

—Dios, Anita, Dios.

—Vamos a cortar esto, si no lo hacemos algo sucederá —dije.

Me miró de nuevo. Sus ojos no se enojaron más. Eran casi de pánico.

—Estás durmiendo con el vampiro. No hay nada que resolver.

—Los tres estamos vinculados entre sí por lo que podría ser un muy, muy largo trígono, Richard. Vamos a tener que encontrar una manera de vivir juntos.

Se rió, y era amargo.

—¿Vivir juntos? ¿Quieres una casa de tres con Jean-Claude en el sótano y yo encadenado en el patio?

—No exactamente, pero no te puedes mantener odiándote a ti mismo.

—No me odio. Es a ti a quien odio.

Sacudí la cabeza.

—Si eso fuera cierto, me dejarías en paz. Pero odias a tu bestia, y tu bestia eres tú.

Se paró en frente del Circo.

—Estamos aquí. —Apagó el motor y el silencio llenó el coche—. Cherry puede esperar aquí.

—Gracias, Richard —dije.

Sacudió la cabeza.

—No me des las gracias, Anita.

Pasó sus manos sobre su rostro y su cabello, peinándolo con los dedos. El gesto mostraba sus brazos y el pecho con una ventaja maravillosa. Nunca había sido consciente de lo mucho que la cosa más sencilla me había conmovido.

—No me des las gracias. —Se bajó del coche.

Le dije a Cherry que permaneciera abajo. No quiero que se haga ilusiones acerca de tomarse un tiempo, ya estábamos dentro del rescate de los otros. Sería la forma de echar a perder el viaje.

Zane la besó en la frente, en la forma que había de calmar a un niño. Él le dijo que todo estaría bien, que se mantuviera a salvo. Dios, yo esperaba que él tuviera razón.



# VEINTIOCHO

Un hombre había salido a reconocer a Richard. Él había estado esperando por él. Metí la mano en el bolsillo del abrigo y quité el seguro de la Browning, porque sabía quién era él.

Zane, que estaba muy cerca detrás de mí preguntó:

—¿Pasa algo?

Sacudí la cabeza.

—Hola, Jamil.

—Hola, Anita.

Apenas medía seis pies, vestido con una camiseta blanca, casi el doble de la que Richard llevaba. Salvo que Jamil había cortado el cuello, los brazos, y picado por la mitad la camisa para que su esbelta cintura y los abdominales de adoquines se vieran. La camiseta blanca fue en sorprendente contraste con el sólido rico en color marrón de su piel. Tenía el pelo largo hasta la cintura, trabajó en los mechones de color maíz

entrelazadas con cuentas de colores.

Llevaba pantalones deportivos blancos y parecía que acababa de venir del gimnasio. La última vez que había visto a Jamil, había estado tratando de matar a Richard.

—¿Qué estás haciendo aquí?

Incluso a mí, no me parecía fácil.

Él sonrió, dejando al descubierto una manera rápida de los dientes.

—Estoy respaldando a Richard.

—¿Y?

—Ellos nos permitieron a cada uno un guardaespaldas, además de la mujer-leopardo —dijo Richard.

Hablaba sin mirarme, mirando al frente del Circo, la luz del sol estaba más intensa.

—Estoy bien con un hombre-leopardo y un guardaespaldas —le dije.

Él me miró entonces. Su rostro era tan cerrado y alertado como yo lo había visto.

—Pensé que Jean-Claude te lo había dicho, y sólo lo había decidido en contra de cualquier guardaespaldas.

—Me gustaría tener un guardaespaldas en el infierno, Richard. Tú lo sabes.

—No me culpes si tu novio se olvidó mencionarlo.

—Probablemente pensó que te mencionó.

Me miró con sus ojos enojados.

—¿Hay algo más que se te olvidó decirme?

—Sólo dijo que te dijera, que no mataras a nadie.

—¿Él mencionó a alguien en particular? —le pregunté.

Richard frunció el ceño.

—Ahora que lo preguntas, de hecho, lo hizo. —Dijo lo siguiente con un acento francés malo—. Dile a *ma petite* no matar a Fernando, no importa cuál sea la provocación.

Trajo una tensa sonrisa en mi cara.

—Bien.

Jamil me estaba mirando.

—La mirada en tu cara, nena. Esa es la sonrisa más perversa que he visto. ¿Qué te hizo Fernando?

—A mí, personalmente, nada.

—Él violó a su Geri, su segundo al mando —dijo Zane.

Todos los hombres lobos lo miraron, un relámpago de hostilidad, Zane dio un paso atrás. Se acercó un poco detrás de mí, no funcionó desde que era casi un pie más alto. Difícil agacharse detrás de alguien que es más bajo de lo que eres.

—¿Violó a Sylvie? —preguntó Richard.

Yo asentí.

—Tiene que ser castigado —dijo Richard.

Sacudí la cabeza.

—Le dije a Sylvie que lo mataría. Que los mataría a todos.

—¿Todos? —Richard hizo una pregunta.

—Todos —dije.

Se apartó entonces, no buscó mis ojos. Preguntó sin darse vuelta.

—¿Cuántos?

—Dos que ella me contó. Puede haber más, pero si existen, no está dispuesta a hablar de eso todavía.

—¿Estás segura de que había alguien más aparte de Fernando?

Richard me miró, con ojos de esperanza, casi como él quería que yo le dijera que no era tan malo como parecía.

—Fue una violación en grupo, Richard. Tomaron gran orgullo en decir eso.

—¿Quién fue el segundo? —preguntó.

Le contesté.

—Liv.

Él me miró parpadeando.

—Ella es una mujer.

—Soy consciente de eso.

Él sólo me miró.

—¿Cómo?

Levanté las cejas.

—¿De verdad quieres que te de la técnica?

Richard sacudió la cabeza. Parecía enfermo. Jamil no lo hizo. Se reunió con mis ojos sin pestañear, con la cara diluido en estrecha línea de enojo.

—Si se puede tomar a uno de nuestros más altos lobos y usarlo así, entonces la amenaza de la manada no significa nada.

—Eso, también —dije—. Pero yo no voy a matar a alguien sólo para mantener el buen estado de la manada.

—Entonces, ¿por qué? —dijo Jamil.

Pensé por un segundo.

—Porque yo le di mi palabra de que lo haría. Cavaron su tumba cuando la tocaron. Todo lo que estoy haciendo es llenar con tierra el hueco.

—¿Por qué? —dijo Jamil—. Odiabas a Sylvie.

Me pareció que era importante para él que yo respondiera, como si la cuestión significaba más de lo que debería, al menos para él.

—Ellos no pudieron romperla. Todo lo que le hicieron, y no podía romperse. Ella pudo haber detenido la tortura renunciando a la manada. Ella no renunció a ellos. —Traté de poner todo en palabras—. Ese tipo de lealtad y la fuerza merece lo mismo a cambio.

—¿Qué sabes acerca de la lealtad? —preguntó Richard.

—Eso es todo —le dije.

Me volví hacia él y le metí un dedo en el pecho.

—Podemos tener un derribo de lucha gloriosa después de salvar a Gregory y a Vivian. Ellos violaron a Sylvie. ¿De verdad crees que están haciendo menos a dos *cambiaformas* que ellos pensaban que no tenían alfa para protegerlos?

Yo estaba escupiendo cada palabra en su rostro, la voz apretada y baja, porque si me dejo llevar, yo estaría gritando.

—Vamos a sacarlos y llevarlos a un lugar seguro. Cuando hagamos todo eso, entonces tú puedes volver a estar enojado conmigo. Puede envolver tus celos y odio que nos rodea, tanto hasta que nos ahogue. Pero en este segundo, tenemos trabajo que hacer. ¿Está bien?

Me miró por un instante o dos, y dio el más elemental de los movimientos de cabeza.

—Muy bien.

—Genial —dije.

Yo había abandonado mi bolso en el hospital, pero yo tenía la llave de la puerta de entrada en mi bolsillo, junto con mi ID. ¿Qué más necesita una chica?

—¿Tienes la llave de la puerta? —preguntó Richard.

—Déjalo, Richard —dije.

—Tienes razón. Tienes razón, y yo estoy mal. No he estado prestando atención a las empresas durante dos meses. Sylvie me dijo eso. No le hice caso. Tal vez si yo hubiera hecho… Tal vez si hubiera estado escuchando, no la habrían lastimado.

—Jesús, Richard, no tires otro viaje por culpa mía. Podrías ser Atila el

Huno, y el Consejo aún habría venido. No es la demostración de fuerza lo que los ha mantenido alejados.

—¿Qué tienes? —preguntó.

Sacudí la cabeza.

—Ellos son el Consejo, Richard. La materia de las pesadillas. A las pesadillas no les importa lo fuerte que eres.

—¿Qué les importa? —preguntó.

Metí la llave en la cerradura.

—Asustarte.

Empujé las grandes puertas dobles hacia dentro. Saqué la Browning de mi bolsillo.

—No se supone que no debes matar a nadie —dijo Richard.

—Lo recuerdo —le dije, pero me quedé con el arma.

Yo no podía matar a nadie, pero Jean-Claude no me había dicho que yo no podía mutilar a alguien. Tal vez no sea tan satisfactorio, pero cuando se necesita una segura amenaza, alguien tenía que retorcerse en el suelo de dolor es casi tan bueno como un cuerpo. A veces es mejor.



# VEINTINUEVE

Yo estaba de espaldas a la puerta cerrada, los otros se desplegaban a mí alrededor. La luz se filtraba suave bajo las ventanas altas. La mitad del camino se veía oscuro y cansado en el sol de la mañana. La rueda de la fortuna mucho más alto que la casa encantada y el laberinto de espejos y las cabinas de juego. Fue un carnaval de viaje completa que no viajaba. Olía como se supone, algodón de azúcar, perros de maíz, tortas de embudo.

Dos hombres salieron de la carpa del circo, enormes que ocupaban toda una esquina.

Caminaron hacia nosotros lado a lado. El hombre más alto fue de aproximadamente seis metros, la espalda ancha, con cabello que estaba en algún lugar entre rubio y moreno. El pelo era recto, espeso. Llevaba camisa blanca de vestir metida en pantalones blancos, con cinturón blanco. Llevaba unos zapatos blancos, sin calcetines. Parecía como si hubiera estado caminando por una playa en un comercial de tarjeta de crédito, a

excepción de los ojos. Incluso desde una distancia había algo extraño en los ojos. Eran anaranjados. La gente no tenía los ojos de ese color.

El segundo hombre fue de unos cinco pies, con el pelo dorado oscuro muy corto. Un bigote color marrón adornaba su labio superior y curvado hacia atrás para satisfacer las patillas de color marrón. Nadie había usado un bigote como ese que desde el año 1800. Sus pantalones blancos ajustados y metidos en botas negras pulidas. Un chaleco blanco y una camisa blanca se asomaban por debajo de una chaqueta roja. Parecía que debería haber estado viajando con los perros, persiguiendo a los pequeños animales peludos.

Sus ojos eran de un marrón normal. Pero los ojos del primer hombre acaban de conseguirlos extraños más se acercaba a nosotros. Sus ojos eran de color amarillo ámbar, no, no marrón-amarillo con puntas de color naranja que irradian de la pupila como un remolino de color.

No eran ojos humanos, de ninguna manera.

Si no hubiera sido por los ojos, yo no lo habría reconocido como un licántropo, pero los ojos le mandaron a la basura. Yo había visto fotos de tigres con los ojos así.

Se detuvieron a poca distancia de nosotros. Richard se movió a mi lado, Zane y Jamil a nuestras espaldas. Nos quedamos mirando el uno al otro. Si yo lo hubiera conocido mejor.

Los dos hombres parecían incómodos o avergonzados.

El hombre más pequeño dijo:

—Yo soy el capitán Thomas Carswell. Tú debe ser Richard Zeeman.

Su acento era británico y de clase alta, pero no demasiado de alta alcurnia.

Richard dio un paso adelante.

—Soy Richard Zeeman. Esta es Anita Blake, Jamil, y Zane.

—Soy Gideon, —dijo el hombre de los ojos.

Su voz era casi dolorosamente baja, como si gruñera incluso en el lenguaje humano. El sonido era tan bajo que hizo que temblara mi columna vertebral.

—¿Dónde están Vivian y Gregory? —dije.

Capitán Thomas Carswell parpadeó y me miró. No parecía feliz por la interrupción.

—Cerca.

—En primer lugar —dijo Gideon—, necesitamos su arma de fuego,

Srta. Blake.

Sacudí la cabeza.

—No lo creo.

Se miraron.

—No podemos permitir que siga adelante con una pistola en la mano, Srita. Blake —dijo Carswell.

—Cada vez que alguien quiere tomar mi arma, eso significa que no confían en mí o que están planeando hacer algo que no me gusta.

—Por favor —dijo Gideon en su voz ronca—. Sin duda, debe entender nuestra resistencia. Tiene cierta reputación.

—¿Anita? —Richard dijo, mitad pregunta, mitad otra cosa.

Yo puse el seguro del arma y se la tendí a Gideon. Tenía dos armas más y dos cuchillos. Podría tener la Browning.

Gideon tomó la pistola de mí mano y dio un paso atrás para estar al lado de Carswell.

—Gracias, Srita. Blake.

Yo asentí.

—De nada.

—¿Nos vamos? —dijo Carswell.

Él me ofreció su brazo como si fuera acompañarme a cenar.

Me quedé mirándolo, luego a Richard. Levanté las cejas, tratando de hacer lo que pensaba sin preguntar.

Dio un medio gesto encogiéndose de hombros.

Pasé mi brazo izquierdo a través del brazo de Carswell.

—Están siendo muy civilizados sobre esto —dije.

—No hay razón para perder todos los buenos modales sólo porque las cosas se han vuelto… un poco extremas.

Dejé que me llevaran hacia la tienda. Gideon se puso a caminar con Richard. Eran casi de la misma altura, y la agitación de energía que salió de ellos erizó mi pelo desde el cuello hasta los pies. Estaban tratando a cada uno de alimentación, degustación de unos a otros sin hacer nada en absoluto, sino disminuir su duramente ganado control. Jamil y Zane cerraban la marcha, como buenos soldados.

Estábamos casi en la tienda cuando se detuvo Carswell, apretó la mano en mi brazo.

Deslicé mi mano derecha detrás de mi espalda, bajo el abrigo, tocando la ametralladora.

—Hay algo pesado en su espalda, Srta. Blake. Algo que no es una bolsa.

Su control sobre mi brazo izquierdo creció con más fuerza, no dolía, pero yo sabía que no me dejaría ir, no sin una lucha.

Moví la ametralladora alrededor de su correa con la mano derecha y puso el cañón en el pecho, sin empujar, justo ahí, como su mano sobre mi otro brazo.

—Todo el mundo se calma —le dije.

Los otros hombres de pronto muy, muy quietos.

—Vamos a darle a su gente, Srita. Blake —gruñó Gideon—. No hay necesidad de esto.

—Thomas aquí me preguntó qué tenía en mi espalda. Le estoy mostrando.

—No me conoce lo suficientemente bien como para llamarme por mi nombre de pila, Srta. Blake —dijo Carswell.

Yo parpadeé. No había miedo en él. Era humano, un tirón en el gatillo y se había ido, pero no había miedo. Me miró a los ojos de color marrón y sólo vi… tristeza.

Un dolor cansado, como si casi le daría la bienvenida a ella.

Sacudí la cabeza.

—Lo siento, capitán Carswell.

—No es posible que le permitan entrar a la tienda de campaña con esta arma.

Su voz era muy tranquila, de hecho.

—Sé razonable, Anita —dijo Richard.

—Si se invirtieron las cosas, es que te quiere sin armas.

El problema era que tenía que quitarme la chaqueta para sacar la ametralladora. Si me quitaba la chaqueta, verían los cuchillos. Yo no quería perder los cuchillos. Por supuesto, todavía tendría la Firestar.

Dejé la ametralladora volver a la vista.

—Voy a tener que quitarme el abrigo.

Carswell soltó mi brazo con cautela y dio un paso atrás, lo suficientemente cerca como para agarrarme. Me quedé mirando su ropa con cuidado. La chaqueta era demasiado adaptada para una sobaquera, los pantalones no tenían bolsillos, pero podría haber tenido algo en la parte baja de la espalda.

—Voy a quitarme el abrigo si se quita el suyo —le dije.

—Yo no tengo armas, Sta. Blake.

—Quítese su abrigo y le creo.

Suspiró y se deslizó fuera de la chaqueta roja, se volvió en un círculo completo, los brazos extendidos a los costados.

—Como ve, no hay armas.

Para estar realmente segura había necesidad de palparlo, pero yo no le quería devolver el favor, así que lo dejé pasar.

Salí de la chaqueta y vi sus ojos ampliarse a las vainas de la muñeca.

—Srita. Blake, estoy impresionado y decepcionado.

Dejé caer abrigo al suelo y deslice la correa sobre mi cabeza. Odiaba renunciar a la ametralladora, pero… Yo no entendía. Habían estado haciendo cosas terribles a Gregory y Vivian. No necesariamente podían confiar en mí con una pistola, si yo estuviera en su lugar.

Tomé el clip de la pistola y le entregué el arma a Carswell.

Sus ojos se agrandaron un poco.

—¿Temiendo que le voy a referir a usted y a sus amigos?

Me encogí de hombros.

—No se puede culpar a una chica por ser prudente.

Él sonrió, y casi llegó a los ojos.

—No, supongo que no puedo.

Saqué uno de los cuchillos de su vaina y se lo entregué a él por la empuñadura.

Saludó a la basura.

—Usted puede guardar sus cuchillos, señorita Blake. Ellos sólo serán de protección, si alguien se pone muy cerca, muy personal. Creo que a una dama debe permitírsele defender su honor.

Maldita sea, estaba siendo agradable, caballeroso. Si mantenía la segunda arma y se enterara más tarde, no sería tan agradable.

—Maldición —dije.

Carswell, frunció el ceño.

—Tengo un arma más.

—Debe estar muy bien escondido, Srita. Blake.

Suspiré de nuevo.

—Poco conveniente, sí. ¿La quiere o no?

Volvió a mirar a Gideon, que asintió.

—Sí, por favor, Srita. Blake.

—Todo el mundo de la espalda.

Divertido o desconcertado miraron a su alrededor.

—Tengo que subir el vestido y dar un flash a la habitación para obtener el arma. No quiero a nadie espiando.

Muy bien, era una estupidez y de menores, pero todavía no podía levantar el vestido frente a cinco hombres. Mi papá me hizo mejor que eso.

Carswell giró sin haber preguntado una segunda vez. Algunas veces parece muy divertido, pero todo el mundo se volvió, a excepción de Gideon.

—Yo sería un mal guardaespaldas, si le permito a usted dispararme por la espalda mientras estaba defendiendo su modestia. —Tenía un punto.

—Está bien, voy a dar la espalda.

Lo hice, la pesca de la última pistola. La faja era una buena idea, pero la Firestar iba en el bolsillo de la chaqueta de otros cuando me lo devolvieran. Estaba cansada de jugar con él.

Le entregué el arma a Gideon. La tomó, sin dejar de mirar divertido.

—¿Es todo a excepción de los cuchillos?

—Sí —dije.

—¿Su palabra de honor?

Yo asentí.

—Mi palabra.

Él asintió, también, como si eso fuera suficiente. Yo ya sabía que Carswell era el siervo humano de alguien. Él era un artículo genuino, un soldado británico del ejército de la reina Victoria. Pero hasta ese momento no sabía que era tan viejo. Licántropos de edad duraban poco. Estaba recibiendo ayuda de algún lugar o era más que un *cambiaformas*.

—Licántropo —le dije—, pero ¿qué otra cosa eres?

Él sonrió, mostrando pequeños dientes superiores e inferiores. El único licántropo que le había visto colmillos así, había sido Gabriel. Consigues cosas cuando pasas mucho tiempo en forma de animal.

—Adivina —dijo en un susurro tan bajo y ruidos que me hizo temblar.

—¿Podemos dar la vuelta, Srita. Blake? —dijo Carswell.

—Claro —dije.

Se deslizó de nuevo en su chaqueta, y me ofreció su brazo una vez más.

—¿Vamos, Srita. Blake?

—Anita, mi nombre es Anita.

Él sonrió.

—Entonces, puedes llamarme Thomas.

Lo dijo como si él no dejara a muchas personas llamarle por su nombre. Me hizo sonreír.

—Gracias, Thomas.

Puse el brazo de forma más segura en el hueco del suyo.

—Me gustaría… Anita, que nuestra reunión pudiera ser en mejores circunstancias.

Me encontré con sus ojos tristes y le dije:

—¿Qué le pasa a mi gente, mientras nos demoramos aquí con su amable sonrisa?

Suspiró.

—Estoy esperando que estén terminando de sanar antes de caminar por ellos mismos. —Una mirada casi como de dolor cruzó su rostro—. No es una buena vista para una dama.

Traté de tirar de mi brazo libre, y me agarró con más fuerza. Sus ojos no eran más tristes. Estaban llenos de algo que no podía leer.

—Sepan que esta no es mi elección.

—¡Suéltame, Thomas!

Él me dejó sacar el brazo. De repente sentí miedo de lo que estaba dentro de la carpa. Yo nunca había hablado con Vivian, y Gregory era un pedazo de mierda pervertida, pero de repente no quería ver lo que le había sucedido a ellos.

—Tomás, ¿se le…? —dijo Gideon.

—Déjala —dijo—. Ella tiene sólo los cuchillos.

Yo no sabía exactamente correr, pero yo estaba cerca cuando llegué a la solapa de cierre de la tienda. Oí decir a Richard.

—Anita…

Lo sentí venir detrás de mí, pero yo no esperé. Arrojé la solapa a un lado y entré. La tienda tenía sólo un anillo, el anillo central. Gregory estaba en un montón desnudo en el centro de este anillo, con las manos atadas a la espalda con cinta gris. Su cuerpo era una masa de contusiones y cortes. Pude ver los huesos de sus piernas brillantes, dentadas y húmedas, le habían roto las piernas. Fracturas hechas con cosas muy desagradables. Por eso no podía sanar con su propio poder. Se había roto las piernas.

Hubo un pequeño sonido que me condujo por el pasillo a la baranda alrededor del anillo.

Vivian y Fernando se encontraban en el anillo, también. Me había perdido porque estaba demasiado cerca del lado de la baranda, a la vista.

Vivian levantó la cara desde el suelo, con cinta en la boca, un ojo hinchado y ensangrentado.

Fernando metió la cara de nuevo a la tierra, mostrando sus manos atadas con cinta adhesiva. Mostrando lo que estaba haciendo con ella. Se puso fuera de ella, húmeda y terminó en el último. Él le acarició el trasero desnudo, dándole una bofetada pequeña.

—Eso estuvo bien.

Yo ya estaba caminando hacia ellos por la arena de la pista. Lo que significa que había conseguido saltar un piso por la borda en tacones de aguja y la falda. No me acordaba haberlo hacho.

Fernando estaba de pie, poniéndose los pantalones, me sonreía.

—Si no había negociado su libertad, nunca habría podido tocarla. Mi padre no comparte.

Seguí caminando. Yo tenía uno de los cuchillos, empuñado al lado del vestido. No estaba segura de sí lo había notado, como si me importara. Mantuve mi mano izquierda vacía a él.

—Eres un hombre grande cuando la mujer está atada y amordazada. ¿Cómo eres cuando la dama está armada?

Él sonrió, de burla. Tocó a Vivian con el pie, casualmente, el que uno le mete a un perro.

—Ella es hermosa, pero un poco sumisa para mi gusto. Me gusta pelear un poco más con ellas como con tu loba-puta.

Terminó de colocarse sus pantalones, pasando sus manos hasta el pecho, como si recordara.

—*Bourre C't'une bonne*.

Yo sabía bastante francés para saber que él había dicho que Sylvie era un buen polvo.

Equilibré el cuchillo. No se hizo para lanzar, pero en un sujetador que haría.

No había la menor sombra en sus ojos, como si fuera la primera vez que se diera cuenta de que no había nadie aquí para salvarlo, entonces algo saltó por encima de la verja. Una mancha de velocidad y el movimiento que afectó a Fernando lo suficiente para rodar al otro lado de la tierra. Cuando subieron, Richard estaba encima de él.

—¡No lo mates, Richard! ¡No lo mates! —grité.

Corrí hacia ellos, pero Jamil llegó primero. Jamil se arrodilló al lado de Richard, agarrando su brazo, diciéndole algo. Richard agarró a Jamil por el

cuello y lo arrojó a través del anillo.

Corrí hacia Jamil, de rodillas junto a él, pero era demasiado tarde. Su garganta fue aplastada. Sus ojos estaban muy abiertos, asustado, trató de respirar, pero no estaba funcionando. Sus piernas hacían espasmos, inclinando la columna vertebral, él luchó para respirar. Le cogí la mano, sus ojos me gritaban. No había nada que pudiera hacer. Había que curarlo o moriría.

—¡Mierda, Richard, ayúdele! —grité.

Richard metió la mano en el estómago de Fernando. No tenía garras todavía. Fueron los dedos humanos excavando en la carne, buscando el corazón. Él era lo suficientemente fuerte como para cavar, a menos que lo detuvieran.

Me paré y la mano de Jamil se deslizó fuera de la mía. Él me dejó ir, pero sus ojos me persiguieron. Corrí hasta Richard, gritando su nombre:

—¡Richard!

Me miró con ojos de lobo de color ámbar en su rostro humano. Llegó hacia mí con una mano ensangrentada, y los escudos mentales que nos mantenía a salvo uno del otro se estrellaron.

Mi visión se volvió negra, y cuando pude volver a ver, yo estaba arrodillada en el ring. Podía sentir mi cuerpo, pero también podía sentir los dedos de Richard abriéndose paso a través de la carne gruesa. La sangre estaba caliente pero no fue suficiente. Quería utilizar los dientes para abrir el vientre y estaba luchando contra la necesidad.

Thomas se arrodilló a mi lado.

—Lleva tu marca a la calma antes de que él mate a Fernando.

Sacudí la cabeza. Mis dedos estaban desgarrando la carne. Yo tenía que apretar las manos contra mis ojos para recordar mi cuerpo, encontré mi voz y tenía que ayudarlo a separarse.

Me ayudó a saber quién era yo, lo que era.

—Mierda, no sé cómo.

—Entonces toma su rabia, su bestia.

Thomas tocó mis manos, apretando los costados, para no herirme, sino para ayudarme a mí misma a encajar en este cuerpo. Agarré sus manos y miré a su cara como una mujer que se ahoga.

—Yo no sé cómo, Thomas.

Hizo un sonido de exasperación.

—Gideon tendrá que intervenir hasta que puedas calmarlo.

Era casi una pregunta.

Yo asentí. Claro, yo había estado a punto de matar a Fernando, pero sabía que si lo mataba, nunca a veríamos otro amanecer. Padma nos mataría. Matarnos a todos.

Yo miraba a la cara de Thomas, pero sentía a Gideon agarrar a Richard. Sentí que lo tiraba fuera de Fernando. Richard estaba retorcido y Gideon lo golpeó, tirándolo al suelo, y luego saltó sobre él. Rodaron una y otra vez sobre el terreno, cada uno tratando de llegar a la cima.

La única cosa que le impedía ser una lucha asesinato fue que ambos mantuvieron sus formas humanas y todavía trataban de luchar como ellos tuviesen garras. Pero la bestia de Richard crecía dentro de él. Si cambió, sin llegar a matarlo, nunca habíamos evitado matar a alguien más.

Thomas me tocó la cara, y me di cuenta que yo no había estado viendo su cara. Yo estaba viendo los ojos extraños de Gideon a centímetros de distancia mientras mis manos trataban de aplastar la garganta. Pero no eran mis manos.

—Ayúdame —le dije.

—Sólo tienes que abrirte a su bestia —dijo Thomas—. Simplemente ábrete y se llena. La bestia es la búsqueda de una vía de escape. Dale una y fluye dentro de ti.

Sabía en ese instante en que Thomas y Gideon fueron parte de un triunvirato al igual que nosotros.

—Yo no soy un licántropo —le dije.

—No importa. Hazlo o vamos a tener que matarlo.

Grité y hacía lo que decía. Pero no fue sólo la apertura a la misma. Llegué a esa rabia. Ese poder que él llamó a su bestia vino a mi tacto. Yo olía a casa para que, de alguna manera, se vierta en mí, por mí, por mi intermedio, como una tormenta cegadora de calor y electricidad.

Que era similar a los tiempos que había planteado el poder con Richard y son Jean-Claude, pero esta vez no hubo hechizo para utilizar sobre el poder. En ninguna parte de la bestia para correr. Trató de arrastrarme fuera de mi piel, trató de ampliarse dentro de mi cuerpo, pero no había ninguna bestia para llamar. Estaba vacía, y desató su furia dentro de mí. Sentí cada vez, hasta pensé que iba a estallar en fragmentos sangrientos. La presión construyó y construyó y no tenía adónde ir.

Grité, un largo y desigual grito tras otro, tan rápido como podía respirar. Sentí a Richard arrastrarse hacia mí, sentía las manos y las piernas

moverse sobre la tierra, sentí que los músculos en su cuerpo se convertían en un arte rastreo sensual, una cosa acechando.

Apareció por encima de mí, sólo su rostro, mirando hacia abajo. Su cabello largo caía sobre su rostro como una cortina. La sangre brillaba en la esquina de su boca. Sentí que quería lamer la sangre, dejarse a sí mismo, y está estrechamente vinculado, supe por qué se detuvo. Por mí. El miedo que yo creía que era monstruoso.

Su poder estaba todavía tratando de encontrar una manera de salir de mi cuerpo. Quería la sangre, también. Ganas de lamer la sangre de la cara y el sabor en la boca. Buscó para envolver el calor de su cuerpo alrededor de sí mismo y convertirse en uno. Su poder grita como un amante frustrado por él para abrir sus brazos, su cuerpo, su mente, a él y abrazarlo.

Richard dio un nombre, lo aparte de él mismo, de su bestia, pero no fue separado. En ese momento me di cuenta de por qué Richard era tan duro y tan lejos del poder. Era él. Su pelaje le fue retirado de su propio cuerpo humano, por la rabia y la destrucción, fue sacado de su psique muy humana. La bestia se formó en esa parte de nuestro cerebro que hay que enterrar, sólo arrastrándose en nuestra conciencia, en la peor de nuestras pesadillas. No los sueños en los que somos cazados por los monstruos, pero si los sueños en los que somos los monstruos. Levantamos las manos ensangrentadas al cielo y gritamos, no por temor, sino de alegría. La alegría pura de la masacre. El momento catártico para cuando meter las manos en la sangre caliente de nuestros enemigos y no hay pensamiento civilizado para que dejemos de bailar sobre sus tumbas.

El poder estalló dentro de mí como una mano acariciando desde adentro hacia afuera, extendiéndome hacia él, arrodillado sobre mí. El miedo me llenó los ojos, y no era el miedo para mí o de mí. Fue el temor de que la bestia era la realidad y que todo el cuidado de la moral, todo lo que era o había sido alguna vez, fue la mentira.

Me miró fijamente.

—Richard —dije en voz baja—, todos somos criaturas de la luz y la oscuridad. Abrazando la oscuridad no matarás a la luz. La bondad es más fuerte que eso.

Se dejó caer de rodillas, en el suelo, sólo apoyándose en los codos. Su cabello me rozó la cara en cualquier, y he tenido que luchar contra el impulso a frotar la cara en él. Estaba tan cerca que podía oler su piel, la loción para después del afeitado, pero en el fondo era él. El aroma cálido

que era su cuerpo. Yo quería tocar ese calor, para envolver mi boca alrededor de ella y tratar de mantenerlo para siempre. Yo lo quería a él. El poder estalló en el pensamiento, el pensamiento primitivo excitado, hizo más difícil el control.

Susurró, con sangre aun goteando de su boca.

—¿Cómo puedes decir que Dios es más fuerte? Quiero lamer la sangre de mi propio cuerpo. Quiero prensar mi boca ensangrentada a la suya. Quiero que te alimentes de mi herida. Eso es malo.

Le toqué la cara, el más elemental rastro de los dedos, e incluso hizo saltar el poder entre nosotros.

—No es malo, Richard. Simplemente, no es muy civilizado.

La sangre estaba construyéndose en una gota única en el borde de la cara. Cayó sobre mi piel, y estaba ardiendo. Su poder estalló hacia arriba y me llevó con él. Que quería, quería lamer la sangre de la cara de Richard. Una parte de mí seguía diciendo que no, mientras yo levanté la cabeza lo suficientemente para posar los labios, la lengua, los dientes y ligeramente a lo largo de su cara. Me acosté con el sabor salado de él en mi boca y quería más. Cuanto más me asustó. Estaba tan asustada de esta parte de él, de mí, como él. Por eso, me encontré con él la noche de la luna llena. No es que se comió a Marcus, a pesar de que no había ayudado, o que se había manejado todo tan mal. La memoria que rondaba era el momento en que me había dejado llevar por el poder de la manada, y por sólo un instante, quería caer de rodillas y alimentarme con ellos. Tenía miedo de que la bestia de Richard tomara lo que quedaba de mi humanidad. Tenía miedo por la misma razón, Richard tenía miedo. Pero lo que yo había dicho era verdad. No era malo, pero no muy humano.

Él puso sus labios contra los míos en un beso tembloroso. Un sonido bajo que provenía de la garganta, y de pronto se apretó la boca contra la mía, hasta que fui golpeada y abrí la boca a él. Abrí, y su lengua se hundió dentro de mí, sus labios se alimentan de los míos. El corte dentro de su boca llenó mi boca con el gusto de él, salado, dulce. Agarré su rostro en mis manos, mi boca en busca de él, y no fue suficiente. Un pequeño sonido de lamento salió de mi boca en la suya. El sonido se compone de necesidad, frustración, un deseo que no era civilizad y nunca lo había sido. Habíamos estado jugando a Ozzie y Harriet, pero lo que quería de los demás fue más Hustler y Penthouse.

Nos trasladamos a nuestras rodillas, bocas aún apretadas. Mis manos se

deslizaban sobre su pecho, espalda, y algo muy dentro de mí hizo clic y se relajó. ¿Cómo iba a estar tan cerca de él y no tocarlo?

Su poder trató de derramarse hacia el exterior, pero le contuve. Yo sé lo que podía sostener mi propia magia, dejando la construcción hasta que no pudo mantenerla por más tiempo. Las manos de Richard se deslizaron por mis piernas para encontrar la parte superior de la ropa interior de encaje negro. Sus dedos trazaron mi columna desnuda y yo estaba perdida.

El poder derramado hacia arriba, hacia el exterior, nos llena tanto. Que estalló sobre nosotros en una ola de calor y luz, hasta que mi visión nadaba en pedazos, y los dos gritamos con una sola voz. La bestia se deslizó dentro de él. Sentí arrastrarse fuera de mí, tirado como una cadena grande, gruesa, derramando en el interior de Richard, enrollado en su cuerpo.

Esperaba sentir el último trozo del mismo derrame entre nosotros, como el drenaje hasta la última gota de vino de una copa, pero que sigue siendo baja.

En algún lugar de esa prisa de poder, había sentido a Richard tomar el control de su bestia y enviarla pulsando el calor hacia el exterior en Jamil. Yo no habría sabido cómo hacerlo, pero Richard lo hizo. Había sentido a Jamil curarse en la carrera fulminante de poder.

Richard se arrodilló conmigo en sus brazos, mi cara apretada contra su pecho. Su corazón latía contra mi mejilla, como una cosa viva. El sudor se había roto durante su cuerpo en un rocío de luz. Lamí el sudor de su pecho y lo miré fijamente.

Tenía los ojos de pesados párpados, aturdido. Casi se han confundido con la apariencia del sueño, pero no del todo. Llevé las manos a ambos lados de la cara. La herida en la boca fue sanada. La fiebre de poder, su bestia, se había curado. Bajó sus labios suaves a los míos y apenas me rozó la boca.

—¿Qué vamos a hacer?

Levantó las manos contra mi cara.

—Vamos a hacer lo que vinimos a hacer.

—Entonces, ¿qué? —preguntó.

Sacudí la cabeza, froté mi rostro contra sus manos.

—Sobrevivir en primer lugar, Richard. Preocúpate por las sutilezas más tarde.

Algo que le llenó los ojos con una repentina oleada de pánico.

—Podría haber matado a Jamil.

—También sanó.

Dejó de asumir parte de la angustia de su rostro, pero aun así se levantó y fue a su compañero caído. Una disculpa por lo menos se necesitaba. Yo no podía realmente discutir con eso.

Yo me quedé de rodillas, no estaba segura de que podía caminar, sin embargo, para una variedad de razones.

—No de la forma Gideon y lo habría hecho —dijo Thomas—, pero en un apuro lo hará.

Sentí pico de calor en mi cara.

—Lo siento.

—No te disculpes —gruñó Gideon—. Fue un espectáculo hermoso.

Se arrastró hacia nosotros, uno de sus brazos acunado contra su cuerpo. La sangre escurría por el brazo y el hombro. El color rojo, que brillaba en contra de la camisa blanca. Yo no tenía absolutamente ningún deseo de lamer la sangre de su cuerpo. Estaba agradecida por ello.

—¿Richard hizo eso? —le pregunté.

—Estaba empezando a cambiar de forma cuando lo llamaste. Bebiste su bestia y se tranquilizó.

Se sentó inclinado hacia un lado, sangrando en un pequeño charco en el suelo, pero él nunca pidió ayuda, no de palabra o expresión. Pero Thomas se acercó a él. Le tocó el hombro en un gesto neutro, casi fraternal. Su poder reforzó con un picor de la piel que manaba sobre mí como un viento frío, pero si yo no hubiera sido capaz de sentirlo, yo nunca lo habría conocido.

—¿Se trata sólo de reserva europea? —le pregunté—, o ¿Richard y yo hicimos algo terriblemente mal?

Thomas sonrió, pero fue Gideon quien respondió.

—No haces nada malo. De hecho, me siento engañado —le acarició la mano de Thomas y sonrió intermitente con sus colmillos—. Hay maneras de compartir el poder que son más silenciosas y menos… llamativas. Sin embargo, por hoy se hizo lo que tenía que hacerse. Era una cosa desesperada y tuvieron que adoptarse medidas desesperadas.

Lo dejé pasar. No hay necesidad de explicar la frecuencia con que se termina en torno a Richard esas «medidas desesperadas». A través del anillo Jamil se incorporó con la ayuda de Richard. Zane había desatado a los hombres-leopardo. Se había llevado a Vivian y a Gregory. Ambos se arrodillaron juntos a él, Vivian y Zane se estaban abrazando y llorando.

Tenía mis pies debajo de mí y encontré que podía caminar. Richard llegó allí antes que yo. Acarició el cabello enmarañado de Gregory con su rostro hasta que el hombre-leopardo miró.

—Tenemos que establecer estas piernas.

Gregory asintió, los labios apretados en una línea delgada que me recordaba las cerezas.

—Necesitamos un hospital para esto —dije.

Richard me miró.

—Las piernas ya han comenzado a juntarse. Anita. Cada minuto, si los huesos están fuera de la alineación es otro minuto que se curan, mal.

Yo miraba a las piernas de Gregory. Estaba totalmente desnudo, pero las heridas eran tan terribles que no era vergonzoso, simplemente era lamentable. Sus piernas desde las rodillas dobladas hacia abajo en una forma equivocada. Tuve que cerrar los ojos y mirar a otro lado.

Si hubiera sido un cadáver, podría haber mirado, pero Gregory seguía sangrando, sangrando por la herida. Empeoró las cosas de alguna manera.

Miré hacia atrás.

—¿Quieres decir que las piernas se curarían de esa manera?

—Sí —dijo Richard.

Miré a los ojos asustados de Gregory. Todavía era sorpresa, el azul aciano de Stephen. Se veían aún más azul con la máscara de sangre que cubría su rostro. Traté de pensar en algo que decir, pero él habló primero.

Su voz era fina y áspera, como si hubiera gritado hasta quedarse sin voz.

—Cuando te fuiste sin mí la primera vez, pensé que ibas a dejar que me conservaran.

Me arrodillé junto a él.

—Tú no eres algo que conservar. Eres una persona. Tú te mereces ser tratado…

Quise decir, «mejor que esto» parece demasiado obvio. Traté de sostener su mano en la forma en que había que consolar a un niño, pero dos de los dedos fueron fracturados, yo ni siquiera sabía cómo tocarlo.

Vivian habló por primera vez.

—¿Está muerto?

Su voz era entrecortada y ronca, en algún lugar entre el de una niña y una mujer seductora. Ayudaría mucho en el teléfono. La mirada en sus ojos no era ni infantil ni seductora, era aterrador. Se quedó junto a nosotros a

donde estaba Fernando, y su odio era caliente, cosa hirviendo.

No es que la culpara a ella. Me fui a tomar un poco al violador. Gideon y Thomas llegaron a él primero. Me di cuenta de que no había ido cerca de él hasta que lo hice. ¿Por qué creo que no les gustaba más que a nosotros? Fernando sólo tenía una manera de mear a la gente.

Parecía ser su único talento.

Su estómago desnudo, era un caos sangriento, donde Richard había tratado de cavar a sus intestinos, pero la herida se fue curando. Llenándose a sí misma como un avance rápido de imágenes en movimiento. Se podía ver su cuerpo reconstruirse.

—Vivirá —dije. Incluso yo parecía decepcionada.

—Sí —dijo Thomas, y que una palabra sonaba tan decepcionado como me sentía. Él visiblemente se sacudió, y volvió sus tristes ojos de color café a mí—. Si hubiera muerto, entonces Padma habría destruido la ciudad, en tu busca. No te equivoques, Anita, Padma ama a su hijo, pero más que eso, es su único hijo. La única posibilidad que tiene de tener un heredero.

—Yo no creo en el sudor de un vampiro —le dije.

—Él viene de una época y una cultura en la que un hijo es una cosa muy importante. No importa el tiempo que vivimos o lo que son, al fin, nosotros empezamos como personas. Nunca perdemos bastante lo que éramos durante la vida. Nos persigue por largos siglos, nuestra humanidad.

—Eres humano.

Él sonrió y movió la cabeza.

—Una vez, tal vez.

Abrí la boca para pedir algo, pero él levantó la mano.

—Si hay tiempo, Gideon y yo estaremos encantados de hablar contigo y Richard largo y tendido sobre lo que puede ser un triunvirato, pero ahora, tienen que salir antes de que se despierta Fernando.

Durante el día está a cargo de nosotros.

Mis ojos se abrieron, y miré a Gideon.

—Pero no es suficiente alfa para obligar a Gideon.

—Padma es un amo cruel, Anita. Obedecemos o sufrimos.

—Por eso —dijo Gideon—, todos ustedes deben irse tan pronto como sea posible. Lo que el *bâtard Petit* nos ordene, lo haremos si se despierta, ahora es mejor no decirlo.

Tenía un punto.

Gregory grito, un chillido alto, que terminó en lloriqueo. Richard había

dicho que las piernas habían comenzado a cicatrizar, se inclinó hacia atrás. De repente me di cuenta de lo que significaba.

—Si las piernas se hubiesen curado rotas, Gregory sería un paralítico —dije.

—Sí —dijo Gideon—. Fue la idea de castigarlo de Padma.

Fernando se quejó con los ojos todavía cerrados. Teníamos que salir de ahí.

—Mis armas —le dije.

Ellos ni siquiera discutieron. Se me acaba de devolver todo. Cualquiera que confiaba en mí o se imaginaba que no dispararía a Fernando mientras estaba inconsciente. Tenían razón, aunque había ganado. Había matado a gente por mucho menos de lo que el niño-rata había hecho, mucho menos.

Gregory afortunadamente se desmayó. Richard lo tenía tan cuidadosamente como pudo en sus brazos. Habían encontrado madera de alguna parte y utilizado la camisa de Richard para atar las férulas improvisadas a las piernas de Gregory. Vivian se apoyó en gran medida de Zane como si las piernas no estuvieran del todo bien. Ella también estaba tratando de cubrir sus extremidades inferiores. Por tanto dolor que apenas podía caminar y tenía vergüenza de su desnudez. Estábamos escasos de ropa para ofrecerles. El abrigo que había traído estaba en el área exterior.

Thomas salvó el día dándole su chaqueta roja spiffy. Era grande en su cubierta y suficiente.

Justo cuando estuvimos fuera de la carpa a la mitad del camino mis hombros se relajaron un poco más. Cogí el abrigo y puse una pistola en cada bolsillo. La ametralladora ya estaba en mi pecho.

Thomas abrió la puerta para nosotros. Pasé por última vez.

—Gracias —dije.

Los dos sabíamos que no quise decirlo por la puerta.

—De nada.

Cerró la puerta detrás de nosotros, y oí el bloqueo.

Me quedé en la luz del sol caliente del verano y sentí que mi cuerpo se hundía en el calor.

Fue bueno estar fuera a la luz del día. Pero la noche se acercaba, y yo aún no sabía qué precio había negociado Jean-Claude para sacar a Vivian y a Gregory de allí. Pero la idea del bello cuerpo de Gregory deliberadamente mutilado, y Vivian pasa alrededor, como la carne, me alegré de haber negociado. Yo no diría que cualquiera que sea el precio, que sería digno de

él, pero cerca. Jean-Claude dijo que no había violación, relaciones sexuales no reales, sin mutilaciones, sin desollar vivos. La lista que parecía más seguro y más completa hace una hora.



# TREINTA

Llegamos a la entrada de mi casa de alquiler con dos hombres-leopardo heridos, dos hombres-leopardo ilesos, dos hombres-lobo muy silenciosos, una perdiz en un peral, y un equipo suficiente para que Richard monte un par de férulas en mi dormitorio. Gregory tenía que tener las férulas durante veinticuatro horas, de acuerdo a la Dra. Lillian. El hospital estaba siendo evacuado. Si Fernando era el encargado para el día, la evacuación era más que una medida de precaución, era una necesidad. El niño-rata no quería liberar a Rafael, y sin duda querría vengarse de Richard por golpearlo, por lo tanto la mujer-rata y los hombres-lobo estaban en peligro. La idea de lo que él haría si consiguiera las patas traseras de Gregory y Vivian era demasiado aterradora para pensar. Lo mejor que podía hacer era seguir con nosotros y tratar de no estar en cualquier parte, Fernando podría pensar en ir.

Yo estaba medio confiando en Thomas y Gideon para mantener al niño-

rata ocupado para que no busque mucho. Normalmente la gente no confía con facilidad, pero Gideon le había llamado el *bâtard Petit*. El pequeño bastardo. No le gustaba mucho más que a nosotros. Difícil de creer, pero tal vez cierto.

Además, ¿dónde podíamos ir, donde estaríamos a salvo? No podíamos ir a un hotel. Podría poner en peligro a todos en el lugar. Lo mismo ocurre con la mayoría de las casas. Una de las principales cosas que había estado buscando en un contrato de alquiler era el aislamiento.

Francamente, no me gustó una pequeña ciudad a mí alrededor, pero mi vida se había convertido en una zona de libre fuego últimamente. No hay apartamentos, villas, ni barrios, algo con un montón de tierra y no hay vecinos para disparar, era lo que yo quería. Lo tengo.

Aunque el aislamiento era sobre todo lo que había conseguido, lo que yo quería.

La casa era demasiado grande para mí sola. Era una casa que clamaba por una familia con paseos por el bosque y un perro para correr en círculos alrededor de los chiquillos. Richard nunca había visto la casa. Hubiera sido más cómodo para él, ya antes habíamos tenido nuestra pequeña…, oh, UMH, sesión de planes. Antes de que Jean-Claude hubiera interferido, Richard y yo habíamos participado. Habíamos estado planeando el tipo de futuro que sería con este tipo de casa. No sé si Richard había despertado y olía el café, pero yo tenía.

El futuro que incluía una valla de 2,5 metros, y niños, simplemente no estaba en mis planes.

No me parece que estuviese en sus planes tampoco, pero yo no iba a reventar su burbuja. No, siempre que su burbuja no me incluya. Si lo hiciera… tendremos un problema.

La casa tenía un jardín rectangular, a pleno sol casi todo el día. Era un jardín de rosas, pero los últimos propietarios habían cavado hasta las plantas y se las llevaron con ellos. Parecía el otro lado de la luna, con cráteres. Tenía un aspecto tan estéril, que había pasado un fin de semana plantando la maldita cosa. Césped artificial por el límite sólo porque yo amaba el verde brillante. Las zinnias plantadas en la parte atrás debido a que el color de las flores hizo eco unos a otros. Fue un derroche de color, nada sutil. Mariposas y colibríes fueron atraídos por las zinnias. Yo había plantado un mundo detrás de las zinnias, torres, plumas y enredado, al mismo tiempo, con bellas flores pálidas abiertas ya que las mariposas

amados y los colibríes no eran tan amigos. Los colores del cosmos son un poco pastel, en comparación con los otros colores, pero bueno, todavía funcionaba. En el otoño del habrán cabezas de semilla para los jilgueros.

La cama de flores había sido una especie de admisión a mí misma, podría ser que esté aquí un rato. No podía regresar a un apartamento o un condominio. Mi vida no me permitía el lujo de vecinos cercanos.

Richard las había señalado cuando subíamos.

—Flores de Niza.

—Yo no podía dejarlas por fuera.

Hizo un ruido evasivo. Casi tres meses de distancia, uno del otro, e incluso sin las marcas, me conocía bastante bien para saber cuándo no decir algo. Me molestaba que no hubiera podido salir de la cama de flores estériles y rasgadas. Yo odiaba el hecho de que me había visto obligada a hacerlo bonito. No, no me siento cómoda con mi lado femenino.

Richard y Jamil llevaban a Gregory en la camilla que el hospital nos había prestado. Lillian lo había llenado de analgésicos, no sentía ningún dolor. Estaba agradecida por ello. Despierto, hubiera gemido y gritado.

Curiosamente, Cherry resultó ser una enfermera. Había echado un vistazo a Gregory y de repente se convirtió en una profesional. Una capa de confianza y competencia salió de la nada. Era como una persona diferente. Una vez que Gregory dejó que lo tocara, y no rechazó su ayuda, Cherry estaba tranquila. Aunque la verdad, no fue hasta que la Dra. Lillian parecía confiar en Cherry más que yo.

Lillian estaba segura de que ella podría ayudarnos a poner a Gregory seguro y no dañarlo aún más. Confié en la opinión de Lillian, pero todavía no me fiaba de Cherry. Yo no podría haber aprobado que Richard la golpeara, pero estaba de acuerdo en que cualquier persona que te dejó atrás pata morir no era digna de confianza. No hay vergüenza en ser débil, pero nunca podría confiar en ella a mis espaldas.

Vivian no dejó a Zane llevarla a su casa, a pesar de su caminar era obviamente doloroso. Se aferró a mi brazo con las dos manos pequeñas. A decir verdad, sus manos no eran más pequeñas que la mías, pero de alguna manera, parecía frágil. No era el tamaño, o incluso sólo de violación, pero Vivian tenía algo en sí misma. Aún envuelta en la chaqueta roja prestada y una túnica azul desaliñada que Lillian le había prestado, Vivian parecía delicada, femenina, hermosa en una especie de forma casi etérea. Es difícil mirar encantadora y etérea con media cara hinchada y apretada con

contusiones, pero lo consiguió.

Tropezó en el paseo de rocas a la casa. La agarré, pero se le doblaron las rodillas y se vino, dejándose caer sobre las rocas.

Zane trató de ayudarme, pero Vivian dejó escapar un pequeño sonido y escondió su cabeza en mi hombro. Una vez que alcanzó el vehículo no había querido que un hombre la tocara.

Zane desistió, pero parecía que ella me miraba como su salvador. O tal vez fue sólo el único salvador mujer, y la mujer estaba en lo cierto, salvada.

Suspiré y asentí. Zane retrocedió. Si hubiera llevado zapatos de correr o incluso en el apartamento, tendría que llevar Vivian a la casa, pero yo llevaba tacones de tres pulgadas. No podía llevar a alguien cerca de mi propio peso corporal usando estos zapatos.

Si me quitó los zapatos, el vestido se hacía más largo. Estaba empezando a odiar realmente este equipo.

—Vivian. —Ella no respondió—. ¿Vivian?

Todavía estaba en el suelo. Me preparé con mis piernas separadas, lo suficiente como para conseguir aprovechar que no iba a ponerme los zapatos, y estaba lista para ella cuando le fallaron las piernas y se derrumbó por completo. Podría haber sido capaz de llevarla como hacen los bomberos, incluso con los tacones, pero yo había visto su cuerpo y tenía hematomas profundos en su estómago. Alzarla sobre mis hombros le haría daño. Me las arreglé para levantarla en brazos, pero yo sabía que era mejor que tratar de hacerla caminar.

—Trae a Cherry —dije.

Zane asintió y entró en la casa.

Me quedé allí sosteniendo a Vivian, esperando que llegue la ayuda. El sol de julio caía sobre mi espalda a través del abrigo negro. El sudor corría por mi columna vertebral. Cigarras llenando el calor con su zumbido. Hubo un pequeño ejército de mariposas que se alimentan de las flores. No lo digas, pero me tomo por lo menos una taza de café todos los días por aquí viendo las cosas estúpidas. Todo era muy pintoresco, pero yo estaba impaciente. ¿Cuánto tiempo le toma a Zane decirle a Cherry que traiga su culo aquí afuera? Por supuesto, tal vez ella estaba ocupada con Gregory y sus lesiones terribles. Si estaba, podría tardar un tiempo.

No es que yo no podía explotarla. Es que me sentía estúpida usando tacones tan altos y no poder llevarla a la casa. Me hizo sentir una niña de la peor manera.

Traté de esperar contando unas cuantas especies diferentes de mariposas que eran visibles. Mariposas tigre, cola de golondrina spicebrush, mayor frittilary, el gigante de azufre, cola de milano negro, redspotted púrpura, y señora pintada. Un trío de pequeñas Hairstreaks azul giraban en el aire como brillantes trozos de cielo. Cherry maravillosa, pero ¿dónde demonios estaba? Basta de esto. Comencé a caminar con mucho cuidado hacia adelante, mi tobillo se torció, y tuve que tirarme hacia atrás para evitar lanzar a Vivian a las rocas. Acabé con el trasero en la cama de flores, trituré la frontera del musgo y de tomé una pocas zinnias conmigo. El cosmos se elevaba por encima de mí, algunos de ellos tan alto como de seis pies.

Vivian dio un pequeño gemido, abrió sus ojos.

—Todo está bien, —le tranquilicé—. Está bien.

Me senté sosteniéndola, medio meciéndola, con mi trasero en las flores y los pies casi en línea recta delante de mí. Había conseguido mantener los pies firmes a través de vampiros, *cambiaformas*, agentes humanos, y los incendiarios, pero un par de zapatos de tacón me habían fijado de nuevo en mi culo. Vanidad, tu nombre es mujer. Quién lo escribió nunca había visto un tema de GQ.

Una mariposa cola de golondrina tigre casi tan grande como mi mano extendida revoloteaba cerca de mi cara. Es de color amarillo pálido con fuertes barras cafés en sus alas. Se cernía sobre Vivian, y finalmente se posó en mi mano. Las mariposas lamen el sudor de la piel para conseguir sal, pero por lo general tienes que quedarte quieto para ello. Si te mueves, se alejan flotando. Este insecto parecía decidido. Su trompa no es mucho más gruesa que un alfiler, un tubo curvo, pero pude sentir como un cosquilleo.

Era tal vez la tercera vez en mi vida que yo había tenido una mariposa comiendo de mi piel. No traté de espantarla. Fue genial. Sus alas se impulsaron hacia arriba y abajo muy lentamente a medida que se alimentaba, sus pequeños pies casi sin peso en contra de mi mano.

Cherry salió por la puerta, los ojos muy abiertos cuando ella me vio.

—¿Estás herida?

Sacudí la cabeza, todavía con cuidado de no asustar a la mariposa.

—Simplemente no pude conseguir el efecto palanca para poder mantenerla.

Cherry se arrodilló para ayudarnos a levantar, y la mariposa se alejó.

Ella la vio por un momento.

—Nunca he visto una mariposa hacer eso.

—Vino por la sal en mi piel. Las mariposas se alimentan de frutas o de mierda de perro en mal estado, también —dije.

Cherry hizo una mueca.

—Gracias por arruinar otra imagen idílica.

Tomó a Vivian de mis brazos, tambaleándose sobre una rodilla. Vivian gemía en sus brazos cuando Cherry se puso de pie, tratando de conseguir el equilibrio. La elevación no es sólo la fuerza. Es el equilibrio, y un cuerpo inconsciente no es lo mejor para el equilibrio.

—¿Necesitas una mano? —preguntó ella.

Sacudí la cabeza, llegando a las rodillas.

Cherry tomó mi palabra, y simplemente se fue hacia la casa. Ella era más inteligente de lo que yo había pensado primero. Por supuesto, si me hubiera pasado la noche en el cuidado de Padma, tal vez no hubiera hecho una buena primera impresión.

Estaba tratando de quitarme las pelusas de las flores aplastadas cuando el aleteo de una mariposa llegó a mi espalda. Revoloteando alrededor de mi cara sentía picazón. Si hubiera sido de noche, le habría dicho «hola vampiro», pero era pleno día.

Me puse de pie y saqué la Browning del bolsillo del abrigo. El color amarillo brillante del insecto me bateó en la cara con alas de papel finas. Lo que había sido un momento de diversión antes de que sintiera el mal agüero. Por primera vez en mi vida me quité una mariposa, como si hubiera sido algo asqueroso. Y quizá lo fue.

No quiero decir que la mariposa era literalmente un vampiro. No podían cambiar de forma, no a mi conocimiento. Por supuesto, no podían estar en pleno día.

Eran el Consejo. ¿Realmente sé de lo que eran capaces?

La mariposa se fue flotando lejos de mí hacia el bosque en el lado opuesto de la calzada. Se agitaba adelante y atrás, adelante y atrás, como si me estuviera esperando. Sacudí la cabeza.

Me sentía tonta sosteniendo el arma mientras veía a la mariposa volar por el bosque. Pero había algo más ahí fuera. Me quedé en el calor del verano, sintiendo como el sol caía a plomo en la parte superior de mi cabeza. Debería haber sido fuerte. Al menos que los vampiros cambiaran de forma. No era justo que cambiaran las reglas.

Yo estaba a punto de entrar en la casa y grité, cuando vi una figura. Alta, con una capa gruesa con capucha, envolviéndolo a su alrededor. Incluso con la capa supe que era él. Hombros amplios y altos, y no estaba segura si era Warrick. Excepto que no podía ser él. Él no estaba ni siquiera cerca del poder suficiente para estar fuera durante el día.

Miré a esa figura alta en el manto blanco brillante del sol. Se quedó inmóvil, como si estuviera esculpido en mármol. Incluso el Sr. Oliver, el más antiguo lo había visto evitando la luz solar directa. Pero Warrick se quedó como un fantasma que había aprendido el truco de caminar en la luz del día. Por supuesto, no estaba caminando. Se puso de pie en la sombra vacilante de los árboles. Tratando de no salir a la luz directa del sol. Tal vez no pudo. Tal vez esa estrecha banda de sombra fue todo lo que le impidió estallar en llamas. Quizás.

Caminé hacia él. Estiré mis sentidos, pero el suyo era el único poder que yo sentía. Podría ser una trampa, una emboscada, pero no lo creo. Si la intención era engañarme, no habría sido tan flagrante. Pero por si acaso, me detuve a una buena distancia de los bosques. Si veo algún movimiento podría gritar pidiendo ayuda y correr hacia la casa. Puedo hacer un disparo o dos.

Warrick se quedó con la cabeza inclinada hacia abajo, la capa ocultaba por completo su rostro. Se quedó inmóvil, como si él no supiera que yo estaba allí. Sólo el viento haciendo una línea de plegado suave en la tela blanca, no mostró ningún movimiento. Era como una estatua con un paño arrojado sobre él.

Cuanto más tiempo se quedará allí inmóvil, le hacía parecer más misterioso. Tuve que llenar el silencio.

—¿Qué quieres, Warrick?

Un escalofrío se apoderó de él y levantó la cabeza lentamente. La putrefacción se extendió. Su piel era verde y negra, como si esa delgada capa de tejido fuese aprovechando los siglos de la muerte. Aunque sus ojos azules se habían debilitado una película, como un pez que había estado muerto mucho tiempo para comer.

Mi boca estaba abierta. Pensaría que después de lo que había visto a Yvette hacer con él, no me habría sorprendido, pero lo hizo.

—¿Yvette te está castigando? —le pregunté.

—No, no, mi señora pálida duerme en su ataúd. Ella no sabe nada de esta visita.

Su voz era la única cosa que sigue siendo «normal». La voz era todavía fuerte y firme. No se han encontrado pruebas de lo que estaba sucediendo a su cuerpo.

—¿Qué te pasa, Warrick?

—Cuando salió el sol yo no morí. Pensé que era una señal de Dios. Que Él me estaba dando permiso para poner fin a esta falta de existencia. Que Él me había dado la oportunidad de caminar hacia la luz por última vez. Caminé en el sol y no me quemé, pero esto sucedió.

Levantó las manos fuera de la capa, mostrándome la carne envejecida. Las uñas eran negras, aunque los extremos de los dedos parecían encogidos.

—¿Se cura? —le pregunté.

Él sonrió y aun con esa cara horrible, era una sonrisa llena de esperanza. Su rostro podrido mostró una luz que no tenía nada que ver con los poderes de vampiros. La mariposa se cernía sobre su rostro.

—Dios me llama a sus brazos. Yo soy, después de todo un hombre muerto.

Yo no podía discutir con él allí.

—¿Por qué has venido aquí, Warrick?

Una segunda mariposa se unió a la primera, luego una tercera. Que revoloteaban encima de su cabeza como un carrusel. Warrick sonrió a ellas.

—Yo he venido para que le avises. Padma teme a Jean-Claude y a su triunvirato. Él quiere verte muerta, si puede.

—Eso no es noticia —le dije.

—Nuestro maestro, *Morte d'Amour*, ha dado orden a Yvette para destruirlos a todos.

Eso era noticia.

—¿Por qué? —le pregunté.

—Yo no creo que ninguno del consejo cree verdaderamente que Jean-Claude usó medios para crear su propio consejo rival en este país. Pero todos lo ven como una parte de este vampirismo jurídico. Lo ven como parte de un cambio que puede barrer nuestra existencia.

Los viejos que tienen el poder suficiente para estar cómodos no quieren ningún cambio en nuestra situación actual. Cuando llegue la votación, Anita, habrá dos en contra de usted.

—¿Quién llega a votar? —le pregunté.

—Asher tiene el poder por su amante, *BelleMorte*, Bella Muerte. Odia a

Jean-Claude con un castigo, le quema el odio, como la luz del sol a través del cristal. Yo no creo que se pueda contar con su ayuda.

—Así que todos ellos han venido a matarnos —le dije.

—Si hubieran venido simplemente a matar, Anita, lo habrían hecho ya.

—Entonces, estoy confundida —le dije.

—El miedo de Padma es demasiado fuerte, pero creo que nuestro maestro estaría contento si Jean-Claude renunciara a su escaño de poder aquí y se uniera al Consejo como se supone que debía.

—El desafío primero que llega lo llevará a cabo —dije—. No, gracias.

—Así, que Jean-Claude lo sigue diciendo —dijo Warrick—. Estoy empezando a pensar que se subestima a sí mismo, y ti.

—Es prudente, y yo también.

Una gran cantidad de mariposas se habían reunido sobre su cabeza. Revoloteaban a su alrededor en una nube de colores. Uno de ellos cayó en la mano, brillantes alas Fanning, se alimentaba de la carne podrida.

Su poder repiqueteaba a lo largo de mi cuerpo. No era del Consejo el nivel de potencia, pero fue maestro de nivel. Warrick era un vampiro maestro, y no lo había sido la noche anterior.

—¿Estás tú absorbiendo el poder de otra persona?

—De Dios —dijo.

Por supuesto.

—Cuanto más nos encontramos lejos de nuestro maestro, Yvette es más débil, y el más fuerte, crece. El fuego sagrado de la luz eterna de Dios ha entrado en mi cuerpo una vez más. Tal vez se me perdone por mi debilidad. Temía la muerte, Anita. Yo temía al castigo del infierno, de lo que más temía a Yvette. Pero yo caminamos en la luz. Puedo tallar con el poder de Dios, una vez más.

Personalmente no creo que Dios tenía una cámara privada de tortura, el infierno se estaba separando de Dios, aislado de su poder, su energía, él. Caminamos a través de su poder todos los días de nuestras vidas hasta que fue como el ruido blanco, algo que ignorar o no escuchar. Pero de alguna manera la docencia de Warrick sobre el hecho de que él había dejado a Yvette torturarle durante siglos, porque tenía miedo de la condenación eterna, que en realidad no creer que existiera, parecía inútil. ¡No, cruel!

—Estoy feliz por ti, Warrick.

—Me gustaría hacer una gran ayuda para ustedes, Anita.

—Un favor es un favor, ¿no? —le pregunté.

No quería estar de acuerdo con algo y estar equivocada.

—Sí —dijo.

—Pregunta.

—¿Tienes una cruz sobre ti?

Yo asentí.

—Muéstramela, por favor.

No pensé que esto era una buena idea, pero… Tiré de la cadena de plata hasta que la cruz brilló en el sol. No brillaba. Simplemente colgaba.

Warrick sonrió.

—La Santa Cruz no me rechaza.

Yo no tenía el corazón para decirle que la cruz no siempre brilla en torno a todos los vampiros. Parecía esperar que no significara hacerle daño, aunque hubo excepciones en ambos sentidos. Yo, como Warrick, no puse en duda la sabiduría de Dios. Me imaginé que él sabía lo que estaba haciendo, y si él no lo hizo, yo realmente no quiero saber.

Warrick se acercó al borde de la línea de árboles. Se quedó en el manto blanco con su forro negro, vacilando. Vi la lucha en su rostro. Quería cruzar a esa banda de la última luz del sol puro y tenía miedo. Yo no culpo.

Él extendió su mano al borde de la luz temblorosa de oro sólido, y luego cayó de espaldas.

—Mi coraje y mi fe, aún me faltan. Todavía no estoy digno. Paso a la luz y agarro la Santa Cruz y mantenerla sin miedo.

Se cubrió la cara con las manos oscuras. Las mariposas encendidas en cada centímetro de piel desnuda, alas Fanning. No había nada que ver, sólo el manto blanco y los insectos revoloteando. Por un momento, la ilusión era perfecta, las mariposas eran todo lo que estaba dentro de la capa.

Warrick extendió las manos lentamente, con cuidado, para no molestar a los insectos. Él sonrió.

—He oído hablar de los maestros que llaman a sus animales durante siglos, pero nunca lo había entendido hasta ahora. Es un vínculo maravilloso.

Parecía feliz con sus animales.

—Me siento decepcionado un poco. Una mariposa no iba a ser la defensa en contra de la clase de animales que la mayoría de los vampiros llaman.

Pero, hey, mientras Warrick era feliz, ¿quién era yo para dañarlo?

—Yvette me hizo jurar a Dios en algunos de sus secretos. No he

traicionado a mi palabra, o mi juramento.

—¿Estás diciendo que hay cosas que sabes que no me has dicho? —le pregunté.

—He dicho todo lo que soy libre de decir, Anita. Yvette fue siempre inteligente.

Manipulándome todos esos años de traicionar todo lo que tenía en gran estima. Ella me atado con juramentos antes de llegar a vuestras costas. Yo no entendía en el momento, pero lo hago ahora. Ella sabía que yo vería como una persona de honor. Una persona que protege a los débiles, y no abandona a sus amigos. Haces hablar del consejo de honor y la responsabilidad parece una pretensión clara.

Decir gracias no parece suficiente, pero era todo lo que tenía.

—Gracias, Warrick.

Incluso cuando estaba vivo había una gran diferencia entre los nobles que realmente dirigió y en atender las necesidades de sus pueblos, y los que sólo les quitó.

—No ha cambiado mucho —le dije.

—Siento mucho oír eso —dijo.

Miró hacia arriba, tal vez en el sol, tal vez en algo que yo no podía ver.

—Cuando el sol alcanza su cenit me siento más débil.

—¿Necesitas un lugar para descansar durante el día? —le pregunté.

En el momento en que lo dije, yo no estaba segura de haber hecho la oferta. ¿Realmente confiaba en él estando en el sótano con Jean-Claude y la banda, sin verlo cada minuto? No exactamente.

—Si este sería mi último día en la luz del día, entonces no me lo perdería por la clandestinidad. Voy a caminar en el encantador bosque, entonces voy a cavar profundo entre las hojas. Me he escondido entre las hojas antes. Caen gruesas y profundas, en los huecos.

Yo asentí.

—Lo sé. De alguna manera te imaginé un chico de ciudad.

—He vivido en una ciudad por muchos años, pero mis primeros días fueron en los árboles más gruesos y más exuberantes que éstos. Las tierras de mi padre estaban muy lejos de cualquier ciudad. A pesar de eso ha cambiado. No hay árboles donde pescaba y cazaba cuando era un chico. Todo se ha ido. Yvette me permitió un viaje a casa, en su compañía.

Ojalá no se hubieran ido. Se han manchado mis recuerdos, y parece como un sueño.

—Lo bueno es tan real como lo malo —le dije—. No dejes que Yvette te tome.

Él sonrió, y luego se estremeció. Las mariposas giraban en el aire como hojas de otoño lanzándose hacia el cielo.

—Tengo que irme.

Se alejó a través de los árboles, seguido por una línea de mariposas ansiosas. He perdido de vista el manto blanco mientras caminaba por el otro lado de una colina, pero las mariposas se arrastraban como buitres pequeños marcando la línea de la muerte.



# TREINTA Y UNO

Crucé el patio, al camino de entrada, y estaba de regreso en la acera, cuando el sonido de un vehículo que venía por el camino de grava me hizo girar. Era Ronnie. Mierda. Me había olvidado de llamarla y cancelar nuestros ejercicios. Verónica (Ronnie) Sims era un detective privado y mi mejor amiga. Hemos trabajado juntas al menos una vez a la semana, generalmente los sábados por la mañana. A veces íbamos al gimnasio, a veces nos encontramos. Era sábado por la mañana, y me había olvidado cancelar.

Yo sostenía el arma a lo largo de mi lado, escondida en el abrigo. No es que ella era de cuidado. Sólo era algo automático. Si no tuviese el privilegio de disponer de un permiso para llevar armas, no la mostraría alrededor. Mostrar deliberadamente un arma de fuego en público, sin justa causa se llama «mente blanda» y me pueden quitar mi permiso. Es como un nuevo vampiro siendo intermitente con sus colmillos.

Es un signo de aficionado.

Me sentía culpable de que yo había hecho a Ronnie venir hasta aquí para nada, cuando me di cuenta que no estaba sola. Louie Fane, el Dr. Louis Fane, quien enseñaba biología en la Universidad. Estaba con ella. Se apearon del coche juntos, riendo, se agarraron las manos tan pronto como el coche no estaba entre ellos. Ambos estaban vestidos para hacer footing. Su camisa estaba por fuera, bajando lo suficientemente en sus cinco pies y seis pulgadas de alto, sus shorts apenas se veían.

Su cabello negro estaba cortado y limpio, y él no coincide con la enorme camiseta.

Ronnie llevaba un par de shorts de ciclista lavanda que mostraron sus largas piernas a la perfección. Una camiseta Polo del mismo color, mostró destellos de vientre plano, mientras caminaba hacia mí. Ella no está muy bien vestida sólo para salir hacer ejercicio conmigo. Su pelo rubio le llegaba por los hombros, estaba recién lavado, secado al golpe, y brillante. Lo único que faltaba era el maquillaje, pero ella no lo necesitaba. Su rostro brillaba. Sus ojos grises tenían un toque de azul que resultan cuando viste el traje de color correcto. Había elegido el color, y Luis sólo tenía ojos para ella.

Me quedé mirando mientras caminaban agarrados de las manos por la acera y me pregunté cuándo se darían cuenta a mí. Los dos me miraron casi sorprendidos, como si hubiera aparecido de la nada. Ronnie tuvo la gracia de mirar con vergüenza, pero Louie parecía Louie contenido. Yo sabía a ciencia cierta que estaban teniendo relaciones sexuales, pero simplemente mirarlos juntos habría sido suficiente. Sus dedos jugaron ligeramente sobre los nudillos, se quedó mirándome. No estaba segura de que estaban enamorados, pero estaba segura de la lujuria.

Ronnie me miró de arriba abajo.

—Llevas demasiada ropa para correr, ¿no?

Le fruncí el ceño.

—Lo siento, me olvidé de llamar. Acabo de llegar a casa.

—¿Qué pasó? —preguntó Louie.

Él todavía sostenía la mano de Ronnie, pero todo lo demás cambió. De repente se sintió alerta, más alto de alguna manera, los ojos negros buscando mi cara, notando por primera vez el vendaje en la mano y otras señales de desgaste.

—Hueles como a sangre —sus aletas de la nariz se abrieron—, algo

peor.

Me preguntaba si podía oler la carne podrida Warrick en mis zapatos, pero yo no le pregunté. Yo realmente no quería saber. Es uno de los lugartenientes de Rafael, y me sorprendió que no supiera lo que había ocurrido.

—¿Han estado fuera de la ciudad?

Ambos asintieron, y la sonrisa de Ronnie se había ido, también.

—Estábamos en la cabaña.

La cabaña ha sido parte de su acuerdo de divorcio de un matrimonio de dos años que terminó muy mal. Pero fue un gran alojamiento.

—Sí, es bueno estar allí.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Louie de nuevo.

—Vamos a entrar. No puedo pensar en una versión lo suficientemente corta como para no necesitar de café.

Me siguieron a la casa, algunos rayos de luz se habían filtrado en la estancia. Parecía tener ese efecto en las personas. Difícil de ser brillante y brillante en el centro de una zona de muerte.

Gregory estaba acostado en mi sofá, aún drogado en la inconsciencia feliz. Louie se detuvo en seco. Por supuesto, tal vez no era sólo el hombre-leopardo. Había una gran alfombra persa blanca debajo de mi sofá y una silla. No era mi alfombra. Había almohadas brillantes en los muebles blancos que hicieron eco en los colores de la alfombra. Los colores eran como joyas en el sol de la mañana.

—Stephen —dijo Ronnie.

Ella incluso fue a tocarlo, pero Louie tiró de ella.

—No es Stephen.

—¿Cómo puedes saberlo? —le pregunté.

—Ellos no huelen igual.

Ronnie dejo la mirada fija.

—¿Se trata de Gregory?

Louie asintió.

—Yo sabía que eran gemelos idénticos, pero…

—Sí —dije—. Tengo que salir de este vestido, pero permítanme dejar una cosa clara. Gregory es mío ahora. Es un buen tipo. No abusen de él.

Louie se volvió hacia mí y sus ojos negros habían sangrado a través de las pupilas, de modo que sus ojos eran como botones negros, ojos de rata.

—Torturaba a su propio hermano.

—Yo estaba allí, Louie. Yo lo vi.

—Entonces, ¿cómo lo puedes defender?

Sacudí la cabeza.

—Ha sido una noche larga, Louie. Digamos que sin Gabriel para obligar a los hombres-leopardo hacer el mal, han elegido diferentes caminos. Se negó a torturar, a uno de los lobos, y por eso le rompieron las piernas.

La expresión de Louie dijo que no lo creía. Sacudí la cabeza.

—Ve a la cocina, haz el café. Déjame escapar de este maldito vestido y te diré todo.

Ronnie tiró de él hacia la cocina, pero sus ojos me miraban, llenos de preguntas. Yo le dije sin hablar, «Más tarde», y ella se fue a la cocina. Yo confiaba en ella para mantener a Louie ocupado hasta que me hubiera cambiado. Realmente no creía que hiciera daño a Gregory, pero el hombre-leopardo había cabreado a mucha gente. Es mejor prevenir que lamentar.

Richard subió por una escalera hasta mi dormitorio. Mi depósito de armas estaba allí. Mi dormitorio era el único en el primer piso. El techo tenía finos copos de polvo blanco. Se veía muy varonil en jeans ajustados. Cherry y Zane estaban montados en la cama ayudando a montar el aparato suspensor para Gregory. El taladro dejó de sonar.

—¿Dónde está Vivian?

—Gwen la llevó a ver a Sylvie —dijo Richard.

Sus ojos eran neutrales en cuanto me miró. No nos habíamos dicho mucho el uno al otro desde nuestro momento en el circo.

—Es bueno tener un terapeuta capacitado en casa —le dije.

Cherry y Zane me miraron. Me recordaban a dos golden retrievers obedientes, la mirada seria, la intención de cada palabra y cada gesto. No me gusta mucho que la gente me mire de esa manera. Me pone nerviosa.

—Quiero cambiarme esta ropa. Quiero salir de este vestido.

Pasé por delante de ellos hacia los cajones. Jean-Claude había estado ocupado aquí, también.

Simplemente era tan evidente que no me gusto. En el otro extremo había una ventana completa con asiento en la ventana. Estaba llena a rebosar de mi colección de pingüinos.

Había un pingüino nuevo sentado en la cama con un lazo rojo grande en su cuello y una tarjeta apoyada en su vientre peludo. Pedazos de techo ya habían llovido sobre su pelo negro.

El taladro se detuvo, y Richard dijo:

—Adelante, consulta la tarjeta.

Me miró, y allí estaba todavía la ira en los ojos y el dolor, pero en el fondo era otra cosa. Algo para lo que no tenía palabras, o quizás no quería palabras. Tomé el pingüino de la cama, quité el polvo pegado, y abrí la tarjeta de espaldas a él. El ejercicio se ha iniciado de nuevo.

Podía sentir que me estaba mirando mientras yo leía la tarjeta. Decía: Algo para dormir con cuando no estoy contigo.

Fue firmada simplemente con un elegante J.

Metí la tarjeta en el sobre y me volví hacia Richard, Aferré el pingüino a mi estómago. Su expresión era muy cuidadosa, lo más neutral que podía manejar. Me miró, luchando por mantener su rostro vacío y, finalmente, se escurrió. Una crudeza derramada en los ojos, la necesidad y las palabras y las cosas no dichas.

Zane y Cherry estaban en el respaldo de la cama, caminando hacia la puerta. Ellos no se fueron, pero hicieron un punto de no permanecer entre nosotros. No pensé que íbamos a tener una batalla completa, pero no podía culparlos por salir del camino.

—Puedes leer la nota, si lo deseas. Pero no estoy segura de que nos ayude.

Hizo un pequeño sonido brusco, no del todo una risa.

—¿Le ofreces cartas de amor de tu novio a tu ex-novio?

—No quiero hacerte daño, Richard. Realmente no. Si la nota te hace sentir mejor, puedes verla.

Excepto la primera vez, nunca he hecho nada que no supiera. Yo no tengo intención de empezar ahora.

Vi los músculos de su mandíbula apretarse hasta que la tensión aumentó en el cuello y los hombros. Sacudió la cabeza.

—Yo no quiero verlo.

—Bien.

Me di la vuelta, con el pingüino y la tarjeta en un brazo, y abrí el cajón de la cómoda. Agarré lo que estaba encima, no le presté atención. Yo sólo quería salir de la habitación en silencio, lejos del peso de los ojos de Richard.

—He oído a alguien entrar contigo —dijo, con la voz baja—. ¿Quién era?

Me volví, con el pingüino y la ropa apretada en una masa.

—Louie y Ronnie.

Richard frunció el ceño.

—¿Rafael envió a Louie?

Sacudí la cabeza.

—Vienen de un nido de amor. Louie no sabe lo que está sucediendo. Parece muy cabreado por Gregory. ¿Es personal, o por lo que le hizo a Stephen?

—Stephen —dijo Richard—. Louie es muy leal a sus amigos.

Había algo en la forma en que dijo lo anterior, parecía dar a entender que tal vez no todos en la casa eran tan leales. O tal vez yo estaba leyendo las cosas en una declaración de otra manera inocente. Quizás. La culpa es un multi-esplendoroso. Pero el encuentro con Richard era real, ojos marrones, no pensé que estaba atendiendo todo lo que no significa para mí escuchar.

Si hubiera sabido qué decirle a él, hubiera enviado a la mujer-leopardo fuera de la habitación para que pudiéramos hablar. Pero Dios me ayude si yo sabía qué decir. Hasta que tenga tiempo para pensar en las cosas, la conversación podía esperar. De hecho, es mejor esperar.

Yo no esperaba todavía ser capaz de sentir algo por Richard. Yo estaba durmiendo con otro hombre, hacía el amor con otro hombre. Las cosas se complican. Pensarlo me hizo sonreír y agitar la cabeza.

—¿Qué es tan gracioso? —preguntó.

Sus ojos estaban tan heridos y confundidos.

—¿Gracioso? —dije—. Nada, Richard, absolutamente nada.

Huí al baño de abajo para cambiarme. Ese es el baño más grade de la casa, tenía una tina de mármol hundida. No era tan grande como la de Jean-Claude tenía en el Circo, pero estuvo cerca. Velas blancas rodeadas en la cabeza y el pie de la bañera. Intacta, fresca, nueva, en espera de la noche. Había escogido velas de menta. Amaba las velas perfumadas con olor comestible. Estaba mostrando mi fetiche de alimentos.

Hubo una segunda tarjeta pegada en un candelabro de plata. No había nada en el exterior del sobre, pero lo llaman una corazonada. La abrí.

La nota decía: Si nos quedamos solos, *ma petite*, quiero la luz del atardecer. Y quiero unirme a ti. *Je rêve de toi*.

Lo último fue en francés «Nuestros sueños». Esta no estaba firmada. Es una cosa tan poco segura. Según él, yo era la única mujer en casi cuatrocientos años que lo rechazó. Por fin había perdido la batalla. Es

difícil no tener la confianza con un historial de esa manera. A decir verdad, me hubiera encantado llenar la bañera, encender las velas, y esperarle desnuda y mojada para cuando se levantase por la noche. Sonaba como un tiempo muy, muy bueno.

Pero teníamos una casa llena de invitados, y si Richard va a pasar la noche. Íbamos a actuar como nosotros mismos. Si Richard me hubiese tirado por otra mujer. Yo no lo habría tomado tan mal como lo estaba tomando él, pero yo no podría haber dormido en una casa y escuchar cuanto tiene relaciones sexuales con la otra mujer. Incluso mis nervios no era tan fuerte. Yo no iba a poner a Richard en esa posición. No a propósito.

Tuve que hacer dos viajes de ida y vuelta del dormitorio al cuarto de baño. En primer lugar, me olvidé de un sujetador normal. Un sujetador sin tirantes no se ha de llevar tanto tiempo. En segundo lugar, cambié los pantalones y agarré los jeans.

Yo era muy consciente de que Richard me miraba cuando iba y venía. Zane y Cherry, nos miraban como perros nerviosos que esperan a ser expulsados. La tensión era lo suficientemente gruesa como para caminar encima de ella y los leopardos lo sentían. La tensión era más que la conciencia física. Era como que estaba pensando muy duro, y yo podía sentir la presión.

Acabé vestida con un par de jeans nuevos de ese maravilloso color azul oscuro que nunca dura, una real camiseta azul, calcetines blancos para correr, y Nike blanco con una raya negro. Metí la mayoría de la ropa vieja doblada en la ropa sucia y el vestido en la parte superior de la misma. El vestido era, por supuesto, lavado al seco. Metí la Firestar en la parte delantera de los pantalones vaqueros. Tuve una funda interior en los pantalones para ella, pero estaba en el dormitorio. Yo no lo quería volver allí en este instante. Me sentía como si el destino era una tentación cada vez que Richard y yo pasábamos uno a otro. Finalmente, había que hablar, y yo no estaba lista. Tal vez por esta charla en particular, yo nunca estaría lista.

Doblé el abrigo prestado por encima de mi brazo con la Browning colgando muy dura en un bolsillo. La ametralladora se quedó en mi hombro como un bolso.

Cuando el dormitorio quedara limpio, pondría la ametralladora en el armario. El truco de tener presente muchas armas cargadas es que no te atreves a dejarlos ahí. Los licántropos son grandes en una pelea, pero la mayoría de ellos no parecen conocer el extremo de un arma de fuego de la

otra. Hay algo acerca de un arma de fuego sola en el suelo, especialmente uno tan ingenioso como una metralleta que tienta a la gente. Hay un prurito casi físico para recogerla, el punto, es que no vayan a disparar. Puede o bien ser un arma segura, descargada o bajo llave, o la mantengo en mi cuerpo donde se puede controlar. Esas son las reglas. Desviarse de las normas es lo que permite a los niños de ocho años de edad, volar las cabezas de sus bebes hermanos.

Entré en la sala de estar. Gregory no estaba en el sofá. Empecé a asumir que había sido llevada a la habitación, luego entro en la habitación para asegurarme. Son unos malditos tontos para dejar que se lleven a Gregory de mi sala de estar y no notarlo.

Cherry y Richard le fueron metiendo en la cama con la ayuda de Zane. Gregory se había despertado lo suficiente porque estaba gimiendo. Richard me sorprendió espiando en la puerta.

—Sólo quería asegurarme de que Gregory estaba bien —le dije.

—No, te asegurabas de que los malos no le habían conseguido —dijo.

Miré hacia abajo y hacia arriba.

—Sí —dije.

Podríamos haber dicho más, pero Gregory se despertó, ya que poner las piernas en la tracción era doloroso. Él empezó a gritar. Los fármacos no surtían mucho efecto en los licántropos su metabolismo es increíblemente rápido. Cherry tenía preparada una aguja llena de un líquido claro. Huí. No me gustan las agujas. Pero la verdad, yo no quería dar lecciones a Richard en los cañones. El ser un licántropo no era nuestro único problema. Richard cree que mato con demasiada facilidad. Tal vez tenía razón, pero me salvé el culo más de una vez con mi dedo rápido en el gatillo. Y él me había puesto en peligro más de una vez con sus remilgos.

Volví por la escalera, sacudiendo la cabeza. ¿Por qué se molestó? Hemos tenido muchas áreas importantes en la que no estamos de acuerdo. No funcionaría. Así lo deseaban los demás, incluso los que no te amaban. No era suficiente. No hemos podido encontrar una forma de responsabilidad sobre el resto, acabábamos de terminar definitivamente.

Mejor simplemente hago la pausa de la forma más limpia posible. Mi cabeza está de acuerdo con la lógica. Otras partes del cuerpo no estaban tan seguras.

Seguí el olor del café en la cocina. Era una hermosa cocina, si alguna vez cocino será entretenido. Todos los gabinetes eran de madera oscura,

con una gran isla en el centro con los ganchos por encima de ella para ollas y sartenes. Yo no tenía utensilios de cocina como para llenar un arcón con todo y mucho menos el resto de la extensión. De todas las habitaciones de la casa nueva esta fue la que me hizo sentir más como un extraño. No era así lo que yo hubiera elegido.

Ronnie y Louis estaban sentados en mi pequeña mesa de dos plazas de la cocina. Me senté en una plataforma elevada en uno de los tres lados de la bahía de la ventana. El área fue destinada a un tamaño completo para la mesa del comedor. Hacer mi desayuno en un pequeño rincón parecía una medida temporal. A excepción de las flores. Las flores ocupaban la mayor parte de la pequeña mesa. Las flores son otra añadidura.

No tenía que contar para saber que había una docena de rosas blancas y una roja en solitario. Jean-Claude me había estado enviando rosas blancas durante años, pero desde que hicimos el amor por primera vez ha habido una treceava rosa. Rojo, carmesí, un lugar de la pasión perdida en un mar de pureza blanca. No había ninguna tarjeta, porque no había necesidad de una tarjeta.

Jamil se apoyó contra la pared, cerca de Ronnie y Louie, tomando café. Dejó de hablar cuando entré en la habitación, lo que significa que probablemente había estado hablando de mí. Tal vez no, pero el silencio era espeso, y Ronnie estaba muy ocupada y no me miraba.

Louie me miró un poco duro. Sí, Jamil había estado derramando los granos.

Ni siquiera quiero saber nada antes de tener un poco de cafeína. Serví el café en una taza que decía Advertencia: El Médico General ha determinado que me preocupe por comer antes de que tomar mi primera taza de café, es peligroso para su salud. La taza había estado en mi oficina hasta que mi jefe me ha acusado de amenazar a los clientes. Yo no había escogido a una taza nueva todavía. Yo tenía que encontrar algo lo suficientemente irritante.

Hubo una nueva nota en la máquina de café expreso. Tomé un sorbo de café y la abrí.

La nota decía: Algo para calentar tu cuerpo y llenar este vacío en la cocina. Lo último fue en francés para «cocina». Hacía a menudo lo de las notas, aún después de cien años en este país todavía a veces olvidaba la frase de inglés correcta. Su discurso fue impecable, pero muchas personas hablan una segunda lengua, mejor de lo que escribe. Por supuesto, podría ser su manera de enseñarme francés. Estaba trabajando. Tendría que

escribir una nota, y me gustaría darle caza y preguntar lo que significaba. Susurrando un francés dulce en el oído es grande, pero después de un tiempo te preguntas exactamente lo que está susurrando, así que lo pedí. Ha habido otras experiencias, pero nada más que compartir en público.

—Flores de Niza —dijo Ronnie.

Su voz era neutra, pero era muy clara sobre el tema de Jean-Claude. Ella pensó que era un bastardo insistente. Ella tenía razón. Ella pensó que estaba mal. No estoy de acuerdo en eso.

Me senté en el extremo opuesto del octágono, con la espalda a la pared, la cabeza debajo del nivel de las ventanas.

—No necesitamos más conferencias por hoy, Ronnie. Bien.

Ella se encogió de hombros y bebió un sorbo de café.

—Eres una niña grande, Anita.

—Así es, lo soy.

Sonaba petulante, incluso para mí. Coloqué la ametralladora a mi lado en el suelo con el abrigo. Respiraba en el café, negro y espeso. A veces le agrego crema y azúcar, pero para la primera copa del día, era negro.

—Jamil nos ha informado —dijo Louie—. ¿Tú y Richard realmente elevaron el poder en medio del circo?

Tomé un sorbo de café antes de responder.

—Aparentemente.

—No hay un equivalente entre los hombres-rata lupa de los lobos, pero ¿es común que se pueda llamar un poder como ese?

Ronnie estaba mirando hacia atrás y adelante de uno a otro de nosotros. Sus ojos estaban un poco anchos. Había estado diciéndole lo que estaba pasando en mi vida. Ella había estado dando vueltas conmigo y con los monstruos el tiempo suficiente para saber de Louie, pero seguía siendo un mundo nuevo y extraño para ella. A veces pensé que sería mejor mantenerla más lejos de los monstruos, pero como ella había dicho, las dos éramos niñas grandes. A veces, incluso llevaba una pistola. Podía tomar sus propias decisiones.

—He sido un hombre lobo por más de diez años —dijo Jamil—. Esta es mi tercera manada. Nunca he oído hablar de una lupa que podría ayudar a aumentar el poder de Ulfric fuera del lupanar, nuestro lugar de poder. La mayoría de lobas no pueden incluso hacer eso. Raina fue la primera que conocí que podría llamar el poder dentro del lupanar. Ella no podía hacer las pequeñas potencias, sin la luna llena para aumentar su poder, pero nada

como lo que sentí hoy.

—Jamil dice que ayudaste a Richard para elevar el poder suficiente para curarlo —dijo Louie.

Yo me encogí de hombros, con cuidado para que el café no se derrame.

—Ayudé a Richard a controlar su bestia. Levanté… Algo. No sé. Algo.

—Richard fue uno de tus arrebatos, y ¿ayudaste a traerlo de vuelta? —preguntó Louie.

Lo miré entonces.

—¿Lo has visto cuando pierde el control?

Él asintió.

—Una vez.

La memoria me hizo temblar.

—Una vez es suficiente.

—Pero le ayudaste a controlarlo.

—Ella lo hizo —dijo Jamil. Parecía contento.

Louie le miró y movió la cabeza.

—¿Qué está pasando? —le pregunté.

—Le he estado diciendo a Richard que no van a mejorar si no consigue sacarte por completo de su sistema. Pensé que había que olvidar para curarse a sí mismo.

—Parece que ha cambiado de opinión —le dije.

—Si tú puedes ayudar a Richard a recuperar el control de su bestia, entonces él te necesita. No me importa qué tipo de régimen funcione, Anita. Pero si no haces algo pronto, va a terminar muerto. Para evitar que eso suceda, haría casi cualquier cosa.

Por primera vez me di cuenta de que Louie no me quería más. Era el mejor amigo de Richard. Supongo que no podía culparle. Si le hubiera hecho a Ronnie algo tan mal como yo había hecho con Richard, estaría enojada, también.

—¿Incluso animar a Richard para volver a verme? —Hice una pregunta.

—¿Es eso lo que quieres?

Sacudí la cabeza.

—No lo sé. Estamos unidos por la eternidad. Eso es mucho tiempo para nosotros.

Richard apareció en la puerta.

—Un tiempo muy largo —dijo—, para verte en sus brazos.

No parecía amargo entonces. Parecía cansado. Su pelo grueso y la parte superior de su musculoso cuerpo muscular estaban cubiertos de polvo blanco fino. Incluso los vaqueros fueron recubiertos con la misma película. Parecía algo salido de una película porno donde el hombre hábil consuela a la sola ama de casa. Se acercó a para colocarse delante de las rosas.

—Siempre para ver las rosas blancas con su nombre en ellas. —Tocó la rosa roja, y sonrió—. Muy simbólico.

Su mano se cerró alrededor de la flor carmesí, cuando abrió la mano, esparcía los pétalos rojos sobre la mesa. Una gota de sangre cayó a la pálida mesa. Había encontrado una espina.

Ronnie tenía sus ojos muy abiertos, mirando a la arruinada flor. Ella me miró, las cejas arqueadas, pero yo ni siquiera sabía qué expresión darle a cambio.

—Eso fue infantil —dije.

Richard se volvió hacia mí, con la mano tendida.

—Lástima que nuestro tercero no está aquí para lamer la sangre de mi mano.

Sentí una sonrisa desagradable en mis labios, y hablé antes de que lo pudiera evitar, o tal vez estaba cansada de intentarlo.

—Hay por lo menos tres personas en esta sala con el amor a lamer la sangre de tu piel, Richard. Yo no soy uno de ellos.

Él apretó su mano en un puño.

—Eres una perra.

—Guau, guau —le dije.

Louie se puso de pie.

—Ya basta, los dos.

—Yo sí quiero —le dije.

Richard sólo dio la vuelta, habló sin mirar a nadie.

—Hemos cambiado las sábanas de la cama. Pero todavía es un desastre.

Abrió la mano. La sangre se había extendido a lo largo de las líneas de su mano como un río.

Se volvió hacia mí con ojos airados.

—¿Puedo utilizar uno de los baños para limpiarme?

Levantó la mano lentamente a su boca y lamió la sangre muy lentamente, muy deliberadamente, fuera de su piel. Ronnie hizo un pequeño sonido, casi un grito. Me las arreglé para no desmayarme, había visto el programa antes.

—Hay un baño completo con ducha arriba. La puerta del pasillo de la habitación.

Puso un dedo en la boca en cámara lenta, como si acabara de comerse un pollo. Sus ojos no se movieron de mi cara. Yo estaba dando mi mejor mirada en blanco, vacía, nada. Lo que él quería de mí, desconcierto no era eso.

—¿Qué pasa con el baño de abajo, el de la bañera de lujo? —preguntó.

—Respóndete tú mismo —le dije.

Yo bebía mi café, con despreocupación. Edward habría estado orgulloso.

—¿No se enojará Jean-Claude si he usado su preciosa tina de baño? Sé lo mucho que le gusta el agua.

Alguien le había dicho que habíamos hecho el amor en la bañera del circo. Me habría gustado saber quién y hacerle daño. El calor se levantó por mi cara, no pude detenerla.

—Una reacción en el pasado —dijo.

—Me has avergonzado, ¿feliz?

Él asintió.

—Sí, sí lo soy.

—Vete a la ducha, Richard, o a la bañera. Prende la maldita luz de las velas.

—¿Vas a venir conmigo?

Hubo un momento en que yo quería una invitación como la que me acaba de hacer Richard más que casi cualquier cosa en el mundo. La ira en su voz cuando lo dijo, trajo algo muy cercano a las lágrimas de mis ojos. Yo no iba a llorar exactamente, pero me dolía.

Ronnie se levantó, y Louie puso una mano sobre su brazo. Todos de pie o sentados y traté de fingir que no estaban presenciando algo dolorosamente personal.

Un par de respiraciones profundas y estaba bien. Yo no iba a dejar que me vean llorar. De ninguna manera.

—Yo no me uní a Jean-Claude en la bañera, Richard. Él se unió a mí.

—¿Fue una buena cogida todo las veces que se han tomado? ¿Es así de fácil para ti?

Me empujé sobre mis pies, el café derramándose por mi mano en el suelo. Dejé la tasa sobre la mesa, me puse muy cerca de Richard.

Ronnie y Louie se habían movido de la mesa, no de la habitación. Creo

que tendrían que salir de la habitación si estaba segura de que no llegaríamos a las manos. Jamil había colocado su tasa café hacia un lado, como si se estuviera preparando para saltar y salvarnos de nosotros mismos. Pero ya era demasiado tarde para salvarnos, demasiado tarde.

—Eres un cabrón —le dije—. Nos tomó tanto para llegar a donde estamos, Richard.

—Tres de nosotros —dijo.

—Bien —dije.

Mis ojos estaban calientes, tenía la garganta apretada.

—Tal vez una buena cogida lo habría hecho. No lo sé. ¿Sus altos ideales mantienen el calor de la noche, Richard? ¿Tu autoridad moral hace que tú estés menos solo?

Tomó el último paso que nos puso casi tocando. Su ira se corría sobre mí como una corriente eléctrica.

—Tú me engañaste, pero lo tienes en tu cama, y yo no tengo a nadie.

—Entonces, encuentra a alguien, Richard, encuentra a alguien.

Dio un paso atrás tan bruscamente, hizo dominio. Salió de la habitación a zancadas, su ira detrás de él como el olor de un perfume inquietante.

Me quedé allí por un segundo, y luego dije:

—Salgan de aquí, todo el mundo.

Los hombres se fueron, pero Ronnie se quedó. Yo habría llorado, consciente, pero me tocó los hombros, me abrazó por detrás, y me susurró:

—Lo siento.

Podría haber soportado cualquier cosa excepto la simpatía.

Lloré con las manos cubriendo mi cara, todavía escondida, seguí escondida.



# TREINTA Y DOS

Sonó el timbre. Me moví como para responder, pero Ronnie dijo:

—Que alguien lo haga.

Zane dijo desde la sala de estar.

—Yo voy.

Me hizo pensar en que Jamil y Louie se fueron. ¿Reconfortando a Richard, tal vez?

Me aparté de Ronnie, para lavarme la cara.

—¿Quién será? Estamos en medio de la nada.

Jamil y Louie estaban de repente de nuevo en la habitación. Cualquiera me había oído, o eran tan sospechosos como yo. Tomé la ametralladora del suelo y me quedé en la puerta con el arma en mi lado izquierdo, a la vista. La Firestar estaba en mi mano derecha, también a la vista. Louie y Jamil se trasladaron a la sala a cada lado.

—No crucen mi línea de visión —le dije.

Ambos se movieron un poco más alejados.

—Yo no he traído mi pistola —dijo Ronnie.

—La Browning está en el suelo.

Sus ojos grises eran sólo un toque de ancho, su respiración un poco rápido, pero asintió y fue a por el arma.

Zane estaba mirando hacia mí con los ojos muy abiertos. Parecía una pregunta para mí, y yo asentí. Miró por la mirilla.

—Parece un tipo de entrega de flores.

—Abre —dije.

Zane lo hizo, el bloqueó mi vista del hombre. La voz del hombre era demasiado baja para escucharla. Zane se volvió hacia mí.

—Dice que tú tienes que firmar para recibir las flores.

—¿De quién son?

El hombre miró alrededor de Zane, alzando la voz para decir:

—Jean-Claude.

—Sólo un minuto.

Dejé la ametralladora en el piso fuera de la vista y mantuve la Firestar oculta detrás de mi pierna, me trasladé a la puerta. Jean-Claude se mantuvo suministrado flores, pero por lo general esperaba a los más viejos para empezar a morir, o al menos se desvanecen. Por supuesto, él se había convertido en extra romántico hoy en día.

Era un hombre pequeño, con la caja de rosas en el brazo, la mano izquierda en la parte superior de la caja con una tabla y un lápiz con una de esas cadenas en ella.

Zane se apartó de la puerta para dejarme subir, pero tuve el primer vistazo en la ventana de plástico de la caja. Las rosas eran amarillas. Dejé de moverme hacia adelante y traté de sonreír.

—Necesita una propina. Espera ahí, mientras yo traigo mi bolso.

Los ojos del hombre miraron por la habitación, mirando a Jamil pasar a su izquierda y Louie a su derecha. Me acerqué a un lado tratando de no estar directamente en frente de él. Él me siguió con la caja, con su mano debajo.

Jamil tenía el mejor ángulo. Hice una pregunta con su nombre.

—¿Jamil?

—Sí —fue todo lo que dijo, pero fue suficiente.

—No necesito propina —dijo el hombre—, pero estoy retrasado. ¿Podría usted terminar de firmar para que pueda irme?

—Claro —dije.

Jamil había entendido lo que estaba pasando, pero Zane seguía mirando perplejo. Ronnie estaba en algún lugar detrás de mí. No me atreví a mirarla, pero fui un poco más fuera de línea y el hombre me siguió con la mano que no podía ver, con la mano, Jamil confirmó que tenía una pistola en ella.

Yo estaba casi cerca de Louie. Había dejado de moverse, esperando a que fuese a él.

Se había descubierto, también. Bien, ¿ahora qué?

Fue Ronnie quien decidió.

—¡Suelta el arma!

Su voz fue segura, determinada. Me salvó de un vistazo para ver sus pies separados, la Browning en las dos manos apuntando al hombre en la puerta.

—¡Anita! —gritó Jamil.

Me volví y apunté la Firestar en un solo movimiento. El hombre ya estaba levantando la mano y la caja. Tuve una idea de la pistola. Hice caso omiso de Ronnie, señalando el arma.

Como si se hubiera despedido de su cadera, había tenido tiempo para un disparo, pero él se colocó en una postura de mejor tiro y eso fue todo.

Zane finalmente reaccionó, cuando lo que debería haber hecho era quedarse fuera del camino, sólo para demostrar que la fuerza y la velocidad súper no son suficientes. Tengo que saber qué hacer con él. Dio una palmada a la caja y el portapapeles de la mano del hombre, haciendo su primer disparo en el suelo.

El primer disparo de Ronnie fue amplio en el marco de la puerta. Zane estaba bloqueando mi línea de fuego. Vi la pistola volver arriba, apuntando hacia Ronnie en ese instante.

Zane tomó el arma y el arma se disparó dos veces más. El cuerpo de Zane, cayendo bruscamente en cámara lenta al suelo. Tuve el arma apuntando de manera que cuando el cuerpo de Zane despejara el camino, yo estaba lista. El segundo tiro de Ronnie tomó al hombre en el hombro, empujándolo hacia atrás. Me disparó a mí, me desplomé en la puerta. La bala siguió. La mía no lo hizo.

Sangre floreció de su pecho. Se me quedó mirando, con los ojos muy abiertos, casi perplejo, como si no entendía lo que estaba sucediéndole. Incluso con ese primer toque de la muerte de lleno en sus ojos, comenzó a levantar el arma, para intentar una última oportunidad.

Dos disparos fueron como ecos estruendosos. Mi tiro le llegó en el pecho. El tiro de Ronnie ocupó la parte superior de la cabeza. Rondas de disparos entraran a la carne sin protección.

Caminé hasta el hombre, apuntándolo con la pistola, dispuestos a disparar de nuevo, pero se había terminado. Su pecho era una masa de sangre, y su cabeza parecía que alguien había arrancado el cuero cabelludo. Fluidos más pesados que la sangre se escapaban por todo el escalón del porche.

Ronnie se me acercó, apuntándolo con la pistola. Echó un vistazo y salió del porche, casi tropezando con las piernas del muerto. Cayó en la hierba, con arcadas y llorando.

Zane allí, tendido, sangrando. Louie estaba comprobando su pulso.

—Se está muriendo.

Se limpió la sangre en su camiseta y salió a la luz del sol para cuidar de Ronnie.

Miré hacia abajo en el pecho pálido de Zane. Una bala le había llegado bajo en los pulmones.

Burbujas rojas llenaban la herida, haciendo el sonido horrible que las heridas en el pecho hacen, sin un médico o un médico, la persona está muerta. Apenas una cuestión de cuándo.



# TREINTA Y TRES

Llamamos a la ambulancia y comprobé que no venían de inmediato. Había muchas otras situaciones de emergencia por delante de nosotros. Louie tomó el teléfono de mis manos y se disculpó con el operador.

Cherry corrió a la cocina. Oía abrir y cerrar cajones, armarios de golpe.

Entré en la cocina.

Estaba de pie en el centro de la habitación sacó un cajón, llevaba todo en la mano. Sus ojos eran casi salvajes. Antes de que pudiera decir nada dijo:

—Necesito una bolsa Ziploc, cinta adhesiva y tijeras.

Yo no hacía preguntas estúpidas. Abrí el cajón pequeño al lado de la estufa y le entregó la cinta y tijeras. Las bolsas Ziploc fue una de las pocas cosas en el armario en la despensa espaciosa.

Cherry me lo arrebató de las manos y se dirigió a la sala de estar. No tenía idea de lo que tenía en mente, pero tenía la formación médica. Yo no.

Si le daría Zane unos minutos más, entonces yo iba a ayudar. La ambulancia llegaría a tiempo. El truco era que permaneciera vivo.

Por lo que yo sabía, ella no hizo uso de la tijera. Pegó la bolsa sobre el pecho, pegándola con cinta a excepción de una esquina. Fue muy evidente la intención de dejarlo de esa manera, pero yo tenía que preguntar.

—¿Por qué dejas una de las esquinas sin pegar?

Ella respondió sin levantar la vista de su paciente.

—La esquina abierta le permite respirar, pero cuando se aspira el aire derrumba la bolsa y sella la herida. Se llama un vendaje inclusivo.

Parecía como si estuviera dando una conferencia. Me preguntaba, por primera vez, como es Cherry fuera de las cosas de monstruo. Era casi como dos personas diferentes. Yo nunca había querido decirle a nadie, monstruo o no, que parecía tan dividida.

—¿Va a mantenerse vivo el tiempo suficiente para que la ambulancia llegue aquí? —pregunté.

Finalmente me miró con una mirada muy grave.

—Espero que sí.

Yo asentí. Era lo mejor que pude haber hecho. Yo estaba muy predispuesta a poner agujeros en las personas. No tan buena en mantenerlos con vida.

Richard trajo una manta y la dobló en las piernas de Zane, dejando a Cherry tomar la parte superior de la manta para fijar la forma en que quería alrededor de la herida.

Richard estaba vestido sólo con una toalla alrededor de su cintura su piel bronceada perlas de agua como si no hubiera tenido siquiera tiempo para secarse. La toalla se aferró en una línea suave apretada en el culo mientras doblaba la manta sobre Zane.

Su pelo grueso colgado en cadenas pesadas, tan mojadas que el agua brotaba en las líneas finas en la espalda.

Se puso de pie, y la toalla le reveló una gran cantidad de muslo.

—Tengo toallas grandes —dije.

Él frunció el ceño.

—Oí disparos. Yo no estaba realmente preocupado por el tamaño de la toalla.

Yo asentí.

—Tienes razón. Lo siento.

Mi enojo con Richard parecía reducirse en proporción directa a su ropa.

Si él realmente quería ganar la guerra, todo lo que tenía que hacer era tener poca ropa. Me han puesto una bandera blanca y aplaudieron. Vergonzoso, pero casi verdad.

Se pasó la mano por el pelo, suavizando la cara y exprimiendo el exceso de agua. Ese movimiento pequeño mostró sus brazos y el pecho con la ventaja maravillosa. Él arqueó la espalda un poco, se extendía al resto de su cuerpo musculoso en una larga línea. Fue el arco de la espalda que lo hizo. Yo sabía que él estaba mostrando su cuerpo a propósito. Siempre parecía inconsciente del efecto que su cuerpo hacía en mí hasta ahora. Ahora, mirando con ojos enojados, yo sabía que me había mostrado su cuerpo muy deliberadamente. Su manera de decir, sin palabras, a ver qué pasa, mira lo que has perdido. El gran cuerpo que había perdido, no hubiera dolido tanto.

Echaba de menos las tardes de domingo viendo viejos musicales. Los sábados senderismo por el bosque, observación de aves, fines de semana completos de rafting en el Meramec.

Echaba de menos escuchar acerca de su día en la escuela. Le echaba de menos. El cuerpo era sólo una prima muy agradable. Yo no estaba segura de que había suficientes rosas en el mundo que me hicieran olvidar lo que Richard había sido casi para mí.

Se alejaba hacia las escaleras y a su interrumpida ducha. Si yo hubiera sido tan fuerte de voluntad como me gustaba pensar, no lo hubiera seguido con la mirada. Yo tenía una imagen repentinamente vívida de lamer el agua de su pecho y sacudir la pequeña toalla blanca a la distancia. La imagen fue lo suficientemente clara que tenía que alejarme y tomar unas cuantas respiraciones profundas. Él no era mío más. Tal vez nunca lo fue.

—Yo no quiero interrumpir —dijo Jamil—. ¿Pero quién es el muerto? y ¿por qué trató de matarte?

Si pensaba que había sido antes avergonzada, yo estaba equivocada. El hecho de que voy a dejar que la mierda con Richard me distraiga de la cuestión mucho más fundamental de los aspirantes a asesino acaba de demostrar que no estaba en mi juego. Era demasiado descuidado a las palabras. El tipo de descuido que puede costarme la vida.

—No lo conozco —dije.

Louie levantó la sábana que alguien había echado sobre él.

—Yo tampoco lo reconozco.

—Por favor —dijo Ronnie.

Estaba buscando algún lugar entre gris y verde.

Louie dejó caer la sábana, pero era más plana de alguna manera y se aferró a la parte superior de la cabeza. La sangre empapó el algodón, como el aceite a una mecha.

Ronnie hizo un pequeño sonido y corrió para el baño.

Louie observaba agotado. Lo vi mirarla. Me pilló mirando y dijo:

—Ella ha matado gente antes —supuso—. ¿Por qué es peor ahora?

—No siempre es igual —dije.

Se puso de pie.

—¿Reacciona así?

Sacudí la cabeza.

—Creo que fue la visión de que su cerebro se esparció por todo el porche.

Gwen entró en la habitación.

—Un montón de gente que puede ver la sangre no les gusta ver otras cosas en escape.

—Gracias, Sra. Terapeuta —dijo Jamil.

Se volvió hacia él como una tormenta rubia, su energía sobrenatural comenzó a ascender en espiral a través de la habitación.

—Eres un bastardo homofóbico.

Levanté las cejas.

—¿Me perdí algo?

—Jamil es uno de esos hombres que se cree que cada lesbiana es una mujer heterosexual en espera del hombre adecuado. Fue bastante persistente conmigo hasta que Sylvie le dio una patada en el culo.

—Ese tipo de lenguaje no es de un terapeuta entrenado —dijo Jason.

Había aparecido desde el sótano donde los vampiros se guardaron desde el día en que empezó el tiroteo. Cuando la excitación se calmó, se había vuelto a comprobar a todo el mundo.

—¿Todo tranquilo abajo? —le pregunté.

Me dio esa sonrisa de la que logra ser pícara y a la vez un mal contacto.

—Silencioso como una tumba.

Me quejé porque él esperaba. Pero la sonrisa desapareció de mi cara antes de salir de él.

—¿Podría ser del Consejo? —le pregunté.

—¿Podría ser del Consejo, qué? —preguntó Louie.

—Quien sea que enviara el sicario —le dije.

—¿De verdad crees que era un asesino a sueldo? —preguntó Jamil.

—¿Quieres decir que si era un asesino profesional?

Jamil asintió.

—No —dije.

—¿Por qué no fue un profesional? —preguntó Gwen.

—No es suficiente —dije.

—Tal vez era un principiante —dijo Jamil.

—¿Te refieres a que contrataron al primero que estuvo disponible?

—Sí.

—Tal vez. —Eché un vistazo al bulto en el piso—. Tomó la carrera equivocada.

—Si hubiera sido un ama de casa o un banquero, lo habría hecho bien —dijo Jamil.

—Parece que sabes mucho.

Se encogió de hombros.

—He sido un sicario desde que tenía quince años. Mi amenaza no vale nada a menos que esté dispuesto a matar.

—¿Cómo se siente Richard al respecto? —le pregunté.

Jamil se encogió de hombros.

—Richard es diferente, pero si no lo era, entonces yo estaría muerto. Tendría que matarme inmediatamente después de que mató a Marcus. Es un patrón para el nuevo Ulfric matar a los encargados de hacer cumplir la ley del líder del viejo.

—Querías matarle.

Él sonrió y fue forzado, pero no del todo desagradable.

—Yo sé lo que quería. Está más cerca de ser uno de nosotros de lo que es a veces.

—Simplemente tienes un montón de ilusiones, Jamil. Eso es todo.

—¿Crees que la moral de Richard es una ilusión?

—Él casi te aplastó la garganta el día de hoy. ¿Qué te parece?

—Creo que él también me curó. Marcus y Raina no podrían haber hecho eso.

—¿Te han herido tan mal por accidente? —le pregunté.

Él sonrió, dejando al descubierto los dientes.

—Si Raina hubiera ido a mi garganta, no habría sido por accidente.

—En un capricho —dijo Gwen—, pero no por accidente.

Todos los hombres-lobo tuvieron un momento de perfecto

entendimiento. Ninguno de ellos lloraba a Raina, ni siquiera Jamil, que había estado de su lado.

Sacudí la cabeza.

—Yo no creo que el Consejo envíe a un aficionado con un arma. Ellos tienen suficiente músculo durante el día para hacer el trabajo sin tener que contratar a alguien de afuera.

—Entonces, ¿quién? —preguntó Jamil.

Sacudí la cabeza de nuevo.

—Ojalá lo supiera.

Ronnie volvió a entrar en la sala de estar. Todos vimos como ella se dirigió inestable de nuevo al sofá. Se sentó, con los ojos enrojecidos por el llanto y otras cosas. Louie le trajo un vaso de agua. Ella bebió muy despacio y me miró. Yo esperaba que ella se calmara para hablar sobre el hombre muerto. Tal vez para acusarme de ser una amiga horrible. Pero ella había decidido ignorar el cuerpo sin vida y el trabajo en los que viven.

—Si te hubieras acostado con Richard la primera vez que comenzaron a salir, todo este dolor podría haberse evitado.

—Estás segura de eso —dije.

Dejé a Ronnie cambiar de tema. Necesitaba algo más en que concentrase. Yo hubiera preferido que el tema era algo más que mi vida amorosa, pero… Le debía.

—Sí —dijo—, la manera de mirarlo, Anita. La manera en que te mira cuando no está siendo cruel. Sí, estoy segura.

Una parte de mí estuvo de acuerdo con ella, otra parte de mí…

—Allí todavía estaría Jean-Claude.

Ella hizo un sonido impaciente.

—Yo te conozco. Si hubieses tenido relaciones sexuales con Richard en primer lugar, no estarías durmiendo con el maldito vampiro. ¿Crees que el sexo es un compromiso?

Suspiré. Habíamos tenido esta conversación antes.

—El sexo debe significar algo, Ronnie.

—Estoy de acuerdo —dijo—. Pero si yo tuviera tus escrúpulos, no acabaría de la mano de Louie. Estamos teniendo un tiempo maravilloso.

—Pero ¿a dónde van?

Cerró los ojos y apoyó la cabeza contra el respaldo del sofá.

—Anita, te haces la vida más difícil de lo que tiene que ser. —Abrió los ojos y volteó para poder mirarme y todavía había depresión.

—¿Por qué no puede ser simplemente una relación? ¿Por qué todo lo que haces tiene con que ser tan grave?

Me crucé de brazos sobre mi estómago y la miré. Si yo pensaba que iba a mirar hacia abajo, yo estaba equivocado. Aparté la vista en primer lugar.

—Es grave o debería ser.

—¿Por qué? —dijo.

Finalmente estaba reducida y encogiéndome de hombros. Si yo no hubiera tenido relaciones sexuales con un vampiro fuera del matrimonio, hubiera tenido algún fundamento moral para estar de pie. Así son las cosas, no tenía nada que pelear con ella. Había sido virtuosa por tanto tiempo, pero cuando lo perdí, perdí el tiempo. Desde el celibato a mierda de los muertos vivientes. Si todavía hubiese sido católica, habría sido suficiente para que ser excomulgada. Por supuesto, ser un animador fue suficiente para que me excomulguen. Por suerte para mí, era protestante.

—¿Quieres un consejo de tu tía Ronnie?

Eso me hizo sonreír, una pequeña sonrisa, pero era mejor que nada.

—¿Qué consejo?

—Sube las escaleras y únete a ese hombre en la ducha.

La miré, escandalizada. El hecho de que yo había estado fantaseando acerca de hacer precisamente eso no hace ni diez minutos sólo hizo más embarazoso.

—Tú lo viste en la cocina, Ronnie. No creo que él esté en la ducha con esa especie de estado de ánimo.

Una mirada en sus ojos apareció de repente que me hizo sentir joven o quizá ingenua.

—Te desnudas y le sorprendes, así no te saca a patadas. No tenemos ese tipo de ira sin calor. Él te quiere tanto como tú lo quieres a él. Sólo sé ella, la novia.

Sacudí la cabeza.

Ella suspiró.

—¿Por qué no?

—Mil cosas, pero sobre todo, Jean-Claude.

—Aléjate de él —dijo.

Yo me reí.

—Sí, claro.

—¿Es realmente tan bueno? ¿Tan bueno que no puedes renunciar a él?

Pensé en ello durante un minuto y no sabía qué decir. Por último, todo

se reduce a una cosa, y lo dije en voz alta.

—No estoy segura de que haya suficientes rosas blancas en el mundo para hacer que me olvide de Richard —levanté la mano antes de que me pudiera interrumpir—. Pero no estoy segura de que haya bastantes tardes agradables en toda la eternidad para que me olvide de Jean-Claude.

Se enderezó en el sofá, mirándome. Una mirada llena de tristeza.

—¿Quieres decir que no?

—Sí —dije.

Ronnie sacudió la cabeza.

—Jesús, Anita, estás jodida.

Eso me hizo reír, porque ella tenía razón. Era llorar o reírse de ello, y Richard había conseguido todas las lágrimas que estaba recibiendo de mí por un día.



# TREINTA Y CUATRO

El teléfono sonó, y yo salté. Ahora que el peligro había pasado, podía estar nerviosa. Fui a la cocina y cogí el teléfono. Antes de que pudiera responder, oí la voz de Dolph.

—Anita, ¿estás bien?

—La presencia de la policía es aún más rápida de lo que pensaba —le dije.

—¿De qué estás hablando?

Le dije lo que había dicho a la operadora del 911.

—Yo no sabía —dijo Dolph.

—Entonces, ¿por qué quieres saber si estoy bien?

—Casi todas las empresas de vampiros o casas en la ciudad fueron atacadas a la misma hora de esta mañana. Se dispara un bombardeo de la Iglesia de la Vida Eterna, y hemos tenido un monto de vampiros muertos en toda la ciudad.

El miedo se precipitó a través de mí como el champán, la adrenalina inútil a dónde ir. Tuve un montón de amigos que eran muertos vivientes, no sólo Jean-Claude.

—Está muerto ¿Dave, está muerto?

—Sé que Dave se debilitó después de que se inició a la fuerza… Muerto, pero nosotros nos encargamos de los nuestros. Su bar tiene un guardia uniformado hasta que sepamos qué demonios está pasando. Llegamos al pirómano antes de que pudiera hacer más que humo de una pared exterior.

Yo sabía que sólo los vampiros malos estaban en el circo, pero no se lo dije a Dolph. Tal vez resulta extraño si no se lo pregunté.

—¿El circo?

—Ellos se defendieron en contra de un par de pirómanos. ¿Por qué no preguntas por el amor de tu vida, en primer lugar, Anita? ¿No es su casa?

Dolph preguntó como ya sabía, podría significar que él sabía o podía decir que estaba a la pesca. Pero yo estaba bastante segura de que los acólitos del Consejo no han dicho toda la verdad. Verdad a medias, lo fue.

—Jean-Claude pasó la noche aquí.

El silencio esta vez fue aún más grueso que antes. Lo dejó construir en algo espeso y desagradable como para ahogarme. No sé cuánto tiempo escuchamos el uno al otro respirar, pero fue Dolph que rompió primero.

—Por suerte para él. ¿Sabías que esto sucedería?

Eso me tomó por sorpresa. Si él pensó que yo me había guardado información sobre algo tan grande, no es de extrañar que estuviera enojado conmigo.

—No, Dolph, te juro que no tenía ni idea.

—¿Tu novio?

Pensé por un segundo.

—No lo creo, pero voy a preguntarle en que cuanto se levante.

—¿Quieres decir cuando se levante de entre los muertos?

—Sí, Dolph —dije—, eso es lo que quiero decir.

—¿Crees que podría haber sabido acerca de toda esta mierda y no te lo dijo?

—Probablemente no, pero tiene sus momentos.

—Sin embargo, todavía desconfías… Yo no lo entiendo, Anita.

—Si pudiera explicarlo de modo que tuviese sentido para ti, Dolph, lo haría, pero no puedo.

Suspiró.

—¿Tienes alguna idea por qué alguien está pegando a todos los monstruos de hoy?

—¿Qué quieres decir? ¿Por qué monstruos o por qué esta fecha? —le pregunté.

—Oh —dijo.

—Hay algunos sospechosos en custodia, ¿verdad?

—Sí.

—No han hablado.

—Sólo para pedir un abogado. Muchos de ellos no terminaron muertos como el tuyo.

—Los seres humanos contra los vampiros, o *Humanos Primero*s, tal vez —dije.

—¿Alguno de ellos golpeó a *cambiaformas*?

Sentí un nudo en el estómago.

—¿Qué quieres decir?

—Un hombre entró a un bar con una ametralladora con munición de plata.

Por un momento pensé que Dolph hablaba del Café Lunático, un viejo restaurante que pertenecía a Raina, pero no era un lugar de reunión abierta para licántropos. Traté de pensar que no fuese allí.

—¿The Den Leather? —Hice una pregunta.

—Sí —dijo.

The Den Leather era el único bar en el país, a mi conocimiento, lugar de reunión de sadomasoquistas gays que pasó a ser de *cambiaformas*. Fue una triple amenaza para cualquier traficante del odio.

—Caray, Dolph, que está pasando con todo lo demás, yo diría que podría ser casi cualquier derecho a comerse el pastel de frutas. ¿Sabes sí la máquina artillera está viva?

—No —dijo Dolph—. Los supervivientes se lo comieron.

—Seguro que no —le dije.

—Ellos utilizaron los dientes para matarlo, Anita. Eso es en mi libro comer.

Yo había visto *cambiaformas* comerse a la gente, no sólo la de ellos, pero como la mayoría de ellos eran ilegales matan y asesinan, es decir, dejé que Dolph ganara la pelea. Todavía estaba mal, pero es difícil mostrarle mi prueba sin conseguir meter en problemas a la gente.

—Lo que tú digas, Dolph.

Guardó silencio durante un tiempo suficiente para lo que tenía que decir.

—¿Todavía estás ahí?

—¿Por qué crees que está sucediendo esto, Anita?

—¿Me lo preguntas a mí?

—En un latido del corazón —dijo.

Su pregunta sobre la fecha había provocado algún vago recuerdo.

—Hay algo acerca de la fecha de hoy.

—¿Qué es? —preguntó.

—Yo no sé, pero hay algo. ¿Me necesitas?

—Dado que casi toda esta mierda es sobrenatural, cada uniformado y el K9 está pidiendo por nosotros. Así que sí, necesitamos a todos en el campo hoy. Ellos han estado golpeando al monstruo en las salas de aislamiento de la mayoría de los grandes hospitales.

—Jesús, Stephen —dije.

—Está bien, todos lo están —dijo Dolph—. Un tipo con una 9mm los estaba juzgando a ellos. La policía fue golpeada cuando entraron.

—¿Está bien? —le pregunté.

—Vivirá.

Dolph no parecía feliz, y no fue sólo por el bateador o un policía herido.

—¿Qué pasó con el tirador? —le pregunté.

Su risa fue brusca, un sonido áspero.

—Uno de los primos de Stephen lo tiró contra la pared con tanta fuerza, que fracturó su cráneo. Las Enfermeras afirman que el tirador estaba a punto de irse y se dio cuenta que estaba viniendo la policía… iba a dispararle.

—Así que el primo Stephen salvó la vida del policía —le dije.

—Sí —dijo Dolph.

—No pareces feliz por eso.

—Déjalo, Anita.

—Lo siento. ¿Qué quieres que haga?

—El detective a cargo es Padgett. Es un buen policía.

—Ningún pequeño elogio sale de ti —le dije—. ¿Por qué oigo un «pero» venir?

—Pero —dijo Dolph—, él se asustó con los monstruos. Alguien tiene

que ir allá y tomar su mano para que no se deje llevar por los *cambiaformas* y los asesine.

—¿Así que soy una niñera?

—Es tu fiesta, Anita. Puedo enviar a alguien más. Pensé que te gustaría esta.

—Sí, y gracias.

—No te quedes todo el día, Anita. Hazlo tan rápido como puedas. Pete McKinnon me acaba de llamar para preguntarme si podía tomarte prestada.

—¿Hubo otro incendio?

—Sí, pero no era su quemador. Te dije que bombardearon la Iglesia de la Vida Eterna.

—Sí.

—Malcolm está ahí —dijo.

—Mierda —dije.

Malcolm fue el no-muerto Billy Graham, fundador de la institución de más rápido crecimiento en el país. Era la iglesia de vampiros, pero los seres humanos podrían unirse. De hecho, se les alentaba. A pesar de cuánto tiempo permanecieron humanos es discutible.

—Me sorprende que su retiro durante el día fuera tan obvio.

—¿Qué quieres decir?

—La mayoría de los vampiros maestro gastan mucho tiempo y energía ocultando su guarida durante el día para que una mierda como esta no les ocurra. ¿Está muerto?

—Tú eres divertida como el infierno hoy, Anita.

—¿Sabes lo que quiero decir? —dije.

—Nadie lo sabe. McKinnon te va a llamar con más detalles. Primero al hospital, entonces haces tú lugar allí. Cuando termines me llamas. Voy a averiguar a dónde te debo enviar.

—¿Has llamado a Larry?

—¿Crees que dependes de esta acción en solitario?

Pensé por un segundo.

—Él sabe de cosas sobrenaturales.

—He oído un «pero» que viene —dijo Dolph.

Yo me reí.

—Hemos trabajado juntos mucho tiempo. Sí, pero no es un asesino. Y no creo que eso vaya a cambiar.

—Un montón de buenos policías no son buenos tiradores, Anita.

—Los policías pueden ir disparando durante veinticinco años. Los verdugos de Vampiros no tienen ese lujo. Entramos en la planificación para matar a las cosas. Las cosas que estamos planeando matar.

—Si todo lo que tienes es un martillo, Anita, cada problema empieza a parecerse a un clavo.

—He leído Massad Ayoob, también, Dolph. Yo no uso mi pistola como la única solución.

—Claro, Anita. Llamaré a Larry.

Quise decir, no lo mates, pero no lo hice. Dolph no lo matara a propósito, y Larry era un adulto. Se había ganado el derecho a tomar sus posibilidades como los demás. Pero dolía algo dentro de mí sabiendo que estaría por ahí hoy, sin mí para ayudarlo. Lo llaman corte de faldas. Se siente más como la amputación de partes del cuerpo.

De repente me acordé por qué la fecha de hoy es importante.

—El Día de Limpieza —dije.

—¿Qué? —dijo Dolph.

—Los libros de historia lo llaman el Día de Limpieza. Los vampiros lo llaman el infierno. Hace doscientos años la Iglesia se unió a los militares en Alemania e Inglaterra, oh, diablos, casi todos los países europeos excepto Francia y quemaron todos los vampiros o simpatizantes de vampiros sospechosos en un solo día. La destrucción fue total y un montón de gente inocente pereció en las llamas. Pero el fuego logró su objetivo, los vampiros fueron menos en Europa.

—¿Por qué no se unió Francia con todo el mundo?

—Algunos historiadores piensan que el rey de Francia tenía una amante vampiro. Los revolucionarios franceses ponen la propaganda de que en la nobleza eran todos vampiros, que no era cierto, por supuesto. Algunos dicen que esa es la razón por lo cual la guillotina era tan popular. Mata a los vivos y los muertos vivientes.

En algún momento durante la mini-conferencia me di cuenta de que podría pedir a Jean-Claude. Si se perdió la Revolución Francesa, no fue por mucho. Por todo lo que sabía, había huido de la Revolución para venir a este país. ¿Por qué no lo había pensado antes? Debido a que todavía me asusto cuando sé que con el hombre que estoy durmiendo es casi trescientos años más viejo que yo. Hablo de una brecha generacional. Así que me demanden, si he intentado ser normal en algunas zonas como sea posible. Pidiendo a mi amante sobre acontecimientos que ocurrieron

cuando George Washington y Thomas Jefferson todavía estaban vivos definitivamente no era normal.

—Anita, ¿estás bien?

—Lo siento, Dolph, yo… Estaba pensando.

—¿Quiero saber acerca de qué?

—Probablemente no —le dije.

Lo dejó ir. Hace un puñado de meses atrás Dolph habría presionado hasta que pensara que yo le había contado todo acerca de todo. Pero si nos vamos a quedar como compañeros de trabajo, por no hablar de amigos, algunas cosas eran mejor dejarlas así. Nuestra relación no podría sobrevivir a la revelación completa. Que nunca tuvimos, pero no creo que Dolph lo haya entendido hasta hace poco.

—Día de la Limpieza, está bien.

—Si hablas con cualquier vampiro, no lo llames así. Llámalo el Infierno. La otra frase es como llamar el Holocausto judío, una limpieza racial.

—Has hecho tu punto —dijo—. Recuerda, mientras sales a hacer el trabajo de la policía que todavía estás en la lista de sospechosos.

—Caramba, Dolph, me amas.

—No te pases —dijo.

—Ten cuidado, Dolph. Cualquier cosa que sucede contigo o Zerbrowski está a mi cargo.

Las carcajadas de Dolph fue lo último que oí antes de que el teléfono hiciera clic. Creo que en los casi cinco años que había conocido a Dolph él nunca había dicho adiós en el teléfono.

Sonó el teléfono tan pronto como lo dejé. Fue Pete McKinnon.

—Hola, Pete. Acabo de hablar por teléfono con Dolph. Me dijo que querías que yo estuviese en la Iglesia.

—¿Te dijo por qué?

—Algo acerca de Malcolm.

—Tenemos casi todos los miembros humanos de su Iglesia gritando por nosotros para asegurarse de que su gran queso no se tostó. Pero nos dijeron para verificar en algunos vampiros en el oeste y no se encontraban en sus ataúdes. Dos de ellos se convirtieron en humo. Si dejamos que Malcolm se cocine, tratando de salvarlo… Digamos que no quiero hacer el trabajo diario.

—¿Qué quieres que haga?

Me parecía estar pidiendo mucho últimamente.

—Tenemos que saber si es seguro dejarlo solo hasta que se puede ayudar por su cuenta, o si tenemos que encontrar la manera de rescatarlo. Los vampiros no pueden ahogarse, ¿no?

Pensé que el pasado fue una pregunta extraña.

—Con excepción de agua bendita, los vampiros no tienen ningún problema con el agua.

—¿Incluso el agua corriendo? —preguntó.

—Has estado haciendo tu tarea. Estoy impresionada —le dije.

—Me gusta mucho la auto-mejora. ¿Qué pasa con el agua corriente?

—Que yo sepa, el agua no es un impedimento. ¿Por qué lo preguntas?

—Nunca has estado en un edificio después de un incendio, ¿verdad? —preguntó.

—No —dije.

—A menos que el sótano no sea hermético, estará lleno de agua. Una gran cantidad de agua.

¿Podrían ahogarse los vampiros? Era una buena pregunta. Yo no estaba segura. Tal vez se podría, y por eso algunos folclores hablan de agua corriente. O tal vez era como decir que los vampiros podían cambiar de forma, no es cierto en absoluto.

—No siempre respiran, así que no creo que se ahogaría. Quiero decir, si un vampiro se despertó con su ataúd bajo el agua, creo que no podría respirar y solo salir del agua. Pero, sinceramente, me no estoy un cien por ciento segura.

—¿Puedes decirme si estará bien sin tener que pasar por allí?

—La verdad es que no estoy segura. Yo nunca he intentado algo así.

—¿Quieres probar?

Asentí con la cabeza, me di cuenta de que no podía verme, y dije:

—Claro, pero tú eres el segundo en mi lista, no el primero.

—Está bien, pero date prisa. Los medios de comunicación están en todo este asunto. Entre ellos y los miembros de la Iglesia, no estamos teniendo un buen momento.

—Pregúnteles si Malcolm el único vampiro allí. Pregúnteles si el sótano es de acero reforzado.

—¿Por qué sería?

—Muchos de los sótanos donde los vampiros tienen su sueño tienen techos de hormigón armado con vigas de acero. El sótano de la iglesia no

tiene ventanas, por lo que podría significar que la zona baja ha sido especialmente diseñada para vampiros. Creo que tendríamos que saberlo, si decides abrir el piso hacia arriba.

—Lo haremos.

—Toma parte de los fieles que putean a un lado y hazles preguntas. Necesitas saber las respuestas de cualquier manera, y va a por lo menos darles la ilusión de que algo está pasando hasta que pueda llegar.

—Esa es la mejor idea que he escuchado en dos horas.

—Gracias. Estaré allí tan pronto como pueda, lo prometo.

Tuve un pensamiento.

—Espera, Pete. ¿Tiene Malcolm un servidor humano?

—Mucha de la gente de aquí tiene mordeduras de vampiros.

—No —dije—. Me refiero a un siervo humano verdadero.

—Pensé que era sólo un ser humano con uno o dos bocados de vampiros.

—Así lo pensé una vez —dije—. Un ser humano con sólo un par de las mordeduras de vampiro es lo que llaman un Renfield, como en el personaje de la novela Drácula.

Le pregunté a Jean-Claude lo que llamaban antes de que el libro saliera. Se había dicho, «esclavos». Era una pregunta tonta.

—¿Qué es un agente humano, entonces? —preguntó Pete. Me recordó a Dolph.

—Un ser humano que está ligado al vampiro por algo llamado marcas. Es una especie de mierda mística y mágica, da el criado y al vampiro un empate que podría utilizar para ver si Malcolm está bien.

—¿Puede un vampiro tener un servidor?

—No, sólo un vampiro maestro, y ni siquiera todos ellos. Nunca he oído hablar de Malcolm tener uno, pero podría si quisiera. Pregúntales a los fieles, aunque creo que si hubiera una parte, el siervo estaría gritando más fuerte que el resto. Todavía merece la pena intentarlo. Si vas a resolverlo antes de llegar allí, llámame. Dolph dice que hay un montón de mierda de otros para todos.

—No es broma. La ciudad se está volviendo loca. Hasta el momento hemos logrado contener los incendios a sólo unos pocos edificios, pero si los locos siguen así, va a ir de las manos. No se sabe qué parte de la de la ciudad podría aumentar.

—Tenemos que saber quién está detrás de esto —dije.

—Sí, lo haremos —dijo Pete—. Ven aquí tan pronto como sea posible.

Parecía tan seguro de que le podía ayudar. Ojalá estuviese tan segura. Yo no estaba segura de que podía hacer mierda en pleno día. Me habían dicho una vez que la única razón de que no podía levantar a los muertos al mediodía fue porque pensé que no podía. Yo estaba a punto de ponerlo a prueba. Todavía no creo que pueda hacerlo. La duda es el mayor enemigo de cualquier capacidad mágica o psíquica. La duda es una profecía auto cumplida.

—Estaré allí tan pronto como pueda.

—Excelente. No voy a mentir. Me siento aliviado de que alguien con experiencia vampiro va a estar en el lugar. Los policías están empezando a recibir capacitación sobre cómo manejar lo sobrenatural, pero no hay bomberos que se entrenen para este tipo de mierda.

Nunca se me había ocurrido que los bomberos tienen que lidiar con los monstruos, casi tanto como la policía. No darles caza, pero entran en sus casas. Eso puede ser peligroso, dependiendo de si el monstruo en cuestión se da cuenta de que estás ahí para ayudar o no.

—Estaré allí, Pete.

—Vamos a estar esperando. Nos vemos.

—Adiós, Pete.

Colgamos. Me fui a buscar mi sobaquera y una camisa diferente. La funda del hombro me irrita con la tapa.



# TREINTA Y CINCO

Me puse una camisa polo azul marino y no se presentó Richard. El agua había dejado de sonar, pero no había salido. Yo no quería volver a verlo, sobre todo no medio desnudo. Yo quería alejarme de él. Por suerte para mí la mierda había golpeado el ventilador, profesionalmente hablando. El trabajo policial, tengo mucho de ello, tal vez lo suficiente como para mantenerme fuera de la casa todo el día. Me parece muy bien. La ambulancia llegó, y Zane se cargó, Cherry fue con él. Me sentía culpable, de no ir con él, pero podía hacer más bien que yo. La policía aún no había aparecido a ver el cadáver. Odiaba dejando a los demás para hablar con la policía sin mí, pero yo tenía que ir. El hecho de que me sentí aliviada de ir me causó un momento de culpa, pero no mucho.

Ronnie había vuelto a sentarse en el sofá. Me preguntó antes de salir.

—¿Voy a la cárcel esta noche?

Me arrodillé delante de ella, teniendo sus manos extrañamente fría en

las mías.

—Ronnie, no lo mataste.

—Yo le disparé en la parte superior de la cabeza. ¿Qué tipo de munición tienes en el arma de todos modos?

—Yo le disparé dos veces en el pecho. No muy suficientemente cerca de su corazón para raspar con una cuchara —le dije.

Cerró los ojos.

—Su cerebro está esparcido por todo el porche. No me digas que no lo hubiera matado por mí misma.

Suspiré y le di unas palmaditas en las manos.

—Por favor, Ronnie, hiciste lo que tenías que hacer. Tal vez tendrás un examinador médico para decidir cuál de las balas lo hizo, pero cuando la policía llegar hasta aquí, asegúrate de no darte crédito.

—He estado aquí antes, Anita, recuerda. Yo sé qué decir y qué no decir.

Ella me miró y no era un aspecto totalmente amigable.

Solté las manos y me levanté.

—Lo siento, Ronnie.

—Yo sólo he matado a dos personas y las dos veces he estado contigo.

—Las dos veces lo hicimos para salvar mi vida —le dije.

Ella me miró con ojos sombríos.

—Yo sé.

Le toqué la cara y quería darle una palmada en la cabeza o algo así, la forma en que había para consolar a un niño, pero ella no era un niño.

—Lamento que esto ocurriera, Ronnie. En verdad, pero ¿qué otra cosa podía haber hecho?

—Nada —dijo—, y eso me hace preguntarme si estoy en el negocio correcto.

Algo dentro de mí, se sintió apretado.

—No lo quieres decir, ¿somos amigas? Esto no sucedió debido a tu negocio. Sucedió a causa de los míos.

Agarró mi mano firme.

—Las mejores amigas, Anita, para siempre.

—Gracias, Ronnie, más de lo que nunca lo sabré. No creo que jamás pudiera superar la pérdida de una amiga, pero no decidas quedarte conmigo por lealtad. Piénsalo bien, Ronnie, de verdad piensa en ello. Mi vida no parece estar más segura. En todo caso, es cada vez más peligrosa. Es posible que desees pensar si quieres estar en la línea de fuego.

Sólo pensar en que pudiera tomar la oferta hizo que mis ojos se quemaran. Le apreté la mano y me alejé antes de que ella pudiera ver que el castigo me estaba rompiendo.

Ella no me llamó y prometió eterna amistad. Yo casi lo había querido, pero la otra mitad se alegraba de que lo estuviera pensando. Si Ronnie consigue ser asesinada a causa mía, yo podría tirar de la culpa hasta las orejas y meterme en un agujero. Cogí a Richard mirándome desde la puerta por debajo de la escalera. Tal vez él y yo podríamos compartir un agujero juntos. Eso sería castigo suficiente.

—¿Qué ha pasado ahora? —preguntó.

Se había secado el pelo en una masa brillante de olas que se deslizó por encima de los hombros mientras se movía en la habitación. Se había puesto de nuevo en sus pantalones vaqueros y encontró una camisa que se adaptó a él. Era una camiseta grande con una caricatura de Arthur Conan Doyle en él. La uso para dormir. Era un poco ajustada para Richard a través de los hombros y el pecho. No es pequeña, la mente, simplemente imaginando. A mí la camisa me colgaba casi hasta las rodillas.

—Veo que has encontrado el secador y la camisa en el cajón. Ayúdate a ti mismo —le dije.

—Responde a mi pregunta —dijo.

—Pregúntele a Jamil. Tiene todos los detalles.

—Te lo pedí a ti —dijo Richard.

—Yo no tengo tiempo para estar aquí y decirlo dos veces. Tengo que ir a trabajar.

—¿La policía o el vampiro?

—Nunca te preocupaste por preguntar, porque yo estaba en la ejecución de un vampiro. Siempre estabas aliviado si sólo era el trabajo policial. ¿Por qué demonios quieres saber ahora, Richard? ¿Qué te importa?

Salí sin esperar una respuesta.

Tuve que pasar por encima del hombre muerto en mi porche. Yo esperaba que la policía llegara pronto. Fue un típico día de julio en San Luis caliente y húmedo. El cuerpo comenzará a oler si no se llevan en breve. Una más de las muchas alegrías de verano.

Mi jeep estaba en el garaje. Voy a dejar que Jean-Claude lo utilice para transportar a todos los presentes. A pesar de que no conducía. Yo nunca había conocido a un vampiro que condujera. Los mayores tienden a ser un poco tecnófobos. En realidad estaba saliendo del garaje cuando vi a

Richard en el espejo retrovisor. Parecía enojado. Pensé muy seriamente en sólo continuar hacia fuera. Había movimiento. Pero por si acaso él sería estúpido no lo suficiente para, esperé a que viniera a la ventana del conductor.

Apreté el botón y la ventana bajo.

—¿Qué? —le pregunté.

Dije una palabra tan hostil como mi mirada.

—Tres de mi manada están en peligro. Tres de mis personas pueden ser detenidas, y no me lo dijiste.

—Estoy cuidando de ellos, Richard.

—Es mi trabajo cuidar de mis lobos.

—¿Quieres ir allí en persona y anunciar que eres su Ulfric? Ni siquiera puedes ir allá y ser su amigo porque eso podría poner en peligro tu precioso secreto.

Agarró el borde de la ventana lo suficientemente duro para que sus dedos palidecieran.

—La mayoría de los líderes de la manada tienen identidades secretas, Anita. Tú lo sabes.

—Raina fue tu alfa pública, Richard. Ella habría ido al hospital para ellos. Pero está muerta. No puedes ir. ¿Quién queda?

Alguien apareció en la puerta.

—Voy a estar molesta si rompes mi auto —le dije.

Movió las manos lentamente, como si necesitara algo para hacerlo, simplemente para mantener las manos ocupadas.

—No te pongas demasiada cómoda como lupa, Anita. Voy a reemplazarte.

Nos miramos uno a otro a menos de un pie de distancia. Una vez hace tiempo salía del coche por un último beso de despedida. Ahora bien, fue una lucha pasada.

—Bien, pero hasta que encuentres a alguien, yo soy todo lo que tienes. Ahora tengo que ir y ver si puedo mantener a nuestros lobos fuera de la cárcel.

—Ellos no se encontrarían bajo custodia policial si no los hubieras puesto en peligro.

Me tenía allí.

—Si yo no hubiese puesto guardias a Stephen y Nathaniel, estarían muertos.

Sacudí la cabeza y empecé a retroceder el jeep. Richard quitó sus manos para o perder sus dedos.

Se quedó allí y me observó en el coche. Si él lo hubiera pedido, le hubiese encontrado una camisa, pero no hubiera sido esa. Uno, era mi favorita, dos, me recordó de un fin de semana en particular. Había sido un maratón de películas de Sherlock Holmes, protagonizada por Basil Rathbone. No es mi favorito, principalmente porque hacen que el Dr. Watson ser un bufón, pero sigue siendo buena. Yo llevaba la camiseta ese fin de semana a pesar de que era demasiado grande para usar fuera de la casa. La policía de la moda no iría tras de mí, pero Richard quería la camisa. ¿Si sólo tomó la camisa y no se acordaba? ¿O había llevado a recordarme lo que yo había dado por vencido? Creo que lo prefería como un gesto vengativo.

Si pudiera vestir la camiseta y no recordar el fin de semana, yo no quiero saber. Habíamos conseguido derramar palomitas de maíz sobre mí y el sofá. Richard no me dejaba levantarme. Había insistido en limpiarme él mismo. La limpieza no parecía implicar sus manos pero si un montón de la boca. Si los recuerdos no significaban nada para él, entonces tal vez nunca había estado el amor. Tal vez todo había sido lujuria y acabo de confundir los dos. Dios, yo no lo esperaba.



# TREINTA Y SEIS

Otra escena del crimen, otro espectáculo. Al menos, el cuerpo había sido removido. Eso fue una mejora para mi cabeza. Dejó a tres hombres-lobos detrás de la guardia de Stephen y Nathaniel. Dos de los hombres lobo se encontraban en el pasillo. Lorraine todavía vestida como la ideal maestra de segundo grado de la escuela, excepto para las esposas, que no parecen coincidir con el equipo. Ella estaba sentada en una de esas sillas de plástico que todos los hospitales parecen tener. De un color naranja horrible que no acertaron en ninguno de los colores pasteles de las paredes. Ella estaba llorando con las manos cubriéndole el rostro. Sus muñecas se veían pequeñas en las esposas. Teddy se arrodilló a su lado como una pequeña montaña musculosa, acariciando su espalda delgada.

Había un policía uniformado en cada lado de ellos, custodiándolos. Uno de los uniformados tenía su mano sobre la culata de su pistola. La correa que sostenía el arma en la funda estaba desabrochada. Eso me molestó.

Me acerqué al policía en cuestión, demasiado cerca, invadiendo el infierno fuera de su espacio personal.

—Es mejor dejar el arma allí, oficial, antes de que alguien se la quite a usted.

Parpadeó con claros ojos en mí.

—¿Señora?

—Use la funda de la forma en que está destinada a ser usada o aléjese de estas personas.

—¿Cuál es el problema aquí, Murdock?

Un hombre alto y desgarbado con una cabeza full de rizos oscuros se dirigió hacia nosotros. Su traje colgaba de manera suelta en su cuerpo delgado, parecía prestado. Su rostro fue tomado por un par de enormes ojos azules. A excepción de la altura, parecía un niño de doce años de edad que había tomado prestada la ropa de su papá.

—No lo sé, señor —dijo Murdock, la vista al frente.

Yo apostaba a que había estado en el ejército o quería estarlo. Sólo tenía ese sabor que le da un aspirante.

El hombre alto se volvió hacia mí.

—¿Cuál es el problema, el detective…?

Dejó un espacio en blanco largo para que ponga mi nombre allí.

—Blake, Anita Blake. Estoy con el Equipo Regional de Investigación Preternatural.

Me tendió una gran mano llena de nudillos. Mueve la mano demasiado vigorosamente pero no apretaba duro. Él no estaba tratando de probarme nada, estaba contento de verme. Su toque formó un hormigueo en mi piel. Es psíquico. El primero entre la policía que había conocido, a excepción de una bruja que había contratado a propósito.

—Usted debe ser el detective Padgett —dije.

Él asintió y me soltó la mano, sonriendo maravillosamente. Sonriendo le hacía parecer aún más joven. Si no hubiera sido casi de la altura de Dolph, él habría tenido serios problemas con su autoridad. Pero un montón de gente alta no tenía autoridad para el cargo. He luchado en contra de esa reacción frente a la mayor parte de mi vida.

Puso una mano sobre mis hombros y me llevó lejos de los hombres-lobo. No me importaba mucho la mano en mi hombro. Si yo hubiera sido un hombre, él no lo habría hecho. Dejé mi rebaño a un lado, y luego salí de su brazo. No iba hacer un punto en él, simplemente lo hacía.

¿Quién dice que no he madurado?

—Infórmeme —dije.

Él lo hizo. Era bastante más de lo que Dolph me había dicho. La única novedad fue que había sido Lorraine, quien golpeó al hombre en la pared, lo que explica las lágrimas. Habrá pensado que iba a la cárcel. Yo no podía prometer que no lo haría. Si hubiera sido una hembra humana que le acababa de salvar la vida de un policía matando accidentalmente a un tipo malo, ella no iría a la cárcel, hoy no. Pero ella no era humana, y la ley no es imparcial, o ciega, no importa lo que nos gustaría creer.

—Déjeme comprender —le dije—. El oficial entró a la habitación. El asesino tenía la pistola en la cabeza del oficial y estaba a punto de dar el golpe de gracia cuando la mujer se zambulló en él. Su impulso llevó a los dos de nuevo en la pared del fondo, donde se golpeó la cabeza. ¿Hasta ahí voy bien?

Padgett dio un vistazo a sus notas.

—Sí, eso es correcto.

—¿Por qué está esposada?

Sus ojos se abrieron, y él me dio su mejor sonrisa de niño. El detective Padgett era un encanto. ¿No importa que se pareciera a un espantapájaros?, estaba acostumbrado a ser encantador. Al menos con las mujeres. Yo estaba apostando su acto a que había trabajado incluso menos en Lorraine.

—Ella es un licántropo —dijo sonriendo, como si eso lo explicara todo.

—¿Ella te dijo eso? —le pregunté.

Él se quedó perplejo.

—No.

—Supones que es una *cambiaformas*, ¿por qué?

La sonrisa se marchitó, sustituida por un gesto que le hacía parecer petulante en lugar de enojado.

—Ella echó a un hombre contra una pared lo suficientemente fuerte para romperle el cráneo.

—Viejecitas levantando carros a sus nietos. ¿Eso la hacen licántropos?

—No, pero…

Su rostro se cerró, a la defensiva.

—Me han dicho que no le gustan los *cambiaformas*, Padgett.

—Como me sienta personalmente no interfiere con mi trabajo.

Yo me reí, y se sorprendió.

—Padgett, cómo nos sentimos personalmente siempre afecta a nuestro

trabajo. Vine aquí enojada porque había tenido una pelea con un ex novio, así que le dije a Murdock en la cara que dejara su pistola en su funda. ¿Por qué no le gustan los licántropos, Padgett?

—Me ponen los pelos de punta, está bien.

Tuve una idea.

—¿Literalmente? —le pregunté.

—¿Qué quieres decir, con literalmente?

—Estás rodeado de *cambiaformas*, realmente ¿cuál es su fluencia en la piel?

Levantó la mirada hacia donde se agrupaban los otros policías. Se inclinó hacia adelante y bajó la voz, y yo sabía quién tenía razón.

—Es como insectos en mi piel cada vez que estoy cerca de ellos.

No parecía de doce ahora. El miedo y el odio en su rostro mostraban las líneas que lo puso más cerca de veinte o treinta.

—Está sintiendo su energía, su aura.

Él se echó para atrás de mí.

—El infierno, yo soy…

—Mire, Padgett, yo supe que es psíquico desde el segundo que sacudí su mano.

—Estás llena de mierda —dijo.

Tenía miedo, miedo de sí mismo.

—Dolph puso la voz para cualquier policía que tuviera talento en este campo. ¿Por qué no se aplica?

—Yo no soy un monstruo —dijo.

—¡Ah!, se descubre la verdad. ¿No tienes miedo de los licántropos. Tienes miedo de ti?

Levantó un puño grande, no me golpeó, pero era una forma de expresar su enojo.

—Tú no sabes nada de mí.

—Mi piel también se pone de gallina cuando estoy junto a ellos, Padgett.

Eso lo tranquilizó un poco.

—¿Cómo puedes soportar estar cerca de ellos?

Me encogí de hombros.

—Uno se acostumbra a ella.

Sacudió la cabeza, casi temblando.

—Nunca podría acostumbrarme a esto.

—No lo están haciendo a propósito, detective. Algunos *cambiaformas* son mejores en ocultarlo que otros, pero todos ellos emiten más energía durante las emociones fuertes. Cuanto más se les interroga, más afligidos están, es más la energía que despiden, y más espeluznante se sentirá.

—He tenido la mujer en una habitación solo y pensé que mi piel se iba arrastrar fuera de mi cuerpo.

—¿Espera, solo? ¿Te quedaste solo con ella?

Él asintió.

—¿Te dijo algo?

Sacudió la cabeza.

—Ni una maldita palabra.

—¿Y los demás?

—Los hombres no hicieron nada.

—¿Son libres de irse?

—El grande no la dejó y el otro está en la habitación con los dos heridos. Dice que no puede dejarlos sin vigilancia. Le dije que podía cuidar de ella. Agregó que, al parecer no.

Estoy de acuerdo con Kevin.

—Hay testigos que dicen que ella no quería hacerle daño al hombre. Ni siquiera está muerto. ¿Por qué todavía está aquí esposada?

—Ella ya ha matado a un hombre hoy. Creo que eso es suficiente —dijo.

—Dos cosas, detective. En primer lugar, podría romper las esposas en cualquier momento que quisiera. En segundo lugar, si fuera humana, tendría que dejarla ir a casa por ahora.

—Eso no es cierto —dijo.

Le miré. Trató de mirar hacia abajo pero retrocedió en primer lugar. Él dijo, mirando a un punto por encima de mi cabeza.

—El hombre se está muriendo. Si la dejo ir, ella podría salir de la ciudad.

—¿Irse y a dónde? Ella vio a un policía a punto de conseguir que le vuelen la cabeza y saltó sobre el hombre armado para salvarlo. Ella no le arrancó la cabeza. Ella lo empujó contra una pared. Confíe en mí, detective, si hubiera la intención de matarlo, habría hecho un trabajo más a fondo. Ella arriesgó su vida para salvar a uno de los suyos.

—Ella no corrió ningún riesgo. Las balas no hacen daño a los licántropos.

—Las balas de plata sí. Trabajan como munición real en un ser humano. Todos los afectados que se han investigado el día de hoy tenían munición de plata, Padgett. Lorraine podría haber muerto, pero ella no dudó. Si lo hubiera hecho, tendríamos un policía muerto en nuestras manos. ¿Cuántos ciudadanos arriesgan sus vidas para salvar a un policía?

Por último, me miró, con los ojos tan enfadados que había oscurecido dos tonos de azul.

—Has hecho tu punto.

—¿Lo he hecho?

Él asintió.

—Sí.

Caminó de vuelta hacia el oficial en espera y el hombre lobo sollozando.

—Déjala ir.

—¿Señor? —dijo Murdock.

—Hágalo, Murdock —dijo Padgett.

No lo puso en duda de nuevo, sólo se arrodilló delante de Lorraine y abrió las esposas. Su compañero en el otro lado desabrochó la funda y dio dos pasos de vuelta. Lo dejé pasar. Estábamos ganando, no hay necesidad de luchar.

Tan pronto como sus manos estaban libres, Lorraine vino a mí. Yo sabía que no tenía ninguna mala intención, pero pude oír el movimiento por el pasillo. Levanté la voz y dije:

—Está bien, muchachos. Ella está bien. Bajen las armas.

Lorraine estaba de rodillas, los brazos entrelazados alrededor de mis piernas, llorando por completo, fuerte y sucio. Con una palma de la mano señalé a cada extremo del pasillo. Teddy se puso de pie y la mitad de las armas de fuego giraron para cubrirlo. Estábamos a punto de tener las cosas realmente mal.

—Padgett, controle a sus hombres.

Lo miré y encontré su pistola, apuntó a Teddy. Mierda.

—Padgett, baje arma y van a seguir su ejemplo.

—Dígale que se siente —dijo Padgett, la voz muy grave.

—Teddy —dije en voz baja—, siéntate de nuevo, muy lentamente, sin movimientos bruscos.

—No he hecho nada —dijo.

—No importa, hazlo, por favor.

Volvió a sentarse bajo la atenta mirada de media docena de armas de fuego. Puso sus grandes manos sobre las rodillas, las palmas hacia abajo mostrando que estaba desarmado.

Al igual que había tenido la práctica tratando de parecer inofensivo.

—Ahora guarde su pistola, detective —le dije.

Padgett me miró por un segundo. Pensé que no iba a hacerlo. Lo miré a los grandes ojos azules y vi algo peligroso. Un temor tan profundo y amplio que tenía que destruir lo que temía. Guardó la pistola, pero en un momento la desnudez en sus ojos fue suficiente. Yo hable con Dolph y ver si tenía alguna referencia si Padgett había matado a algún *cambiaformas*. Casi me había apostado que lo hizo. Absuelto de los cargos no siempre significa ser inocente.

Le di unas palmaditas en la parte superior de la cabeza de Lorraine.

—Está bien. Todo está en orden.

Tengo que sacarlos de aquí. Los buenos eran casi una amenaza tan grande como los malos.

Ella me miró, con los ojos hinchados, y un moqueo. Llorar es como el sexo real. Si lo haces realmente, no es bonito.

—No quise hacerle daño —susurró.

—Lo sé.

Miré a la policía y por el pasillo. Algunos de ellos evitaron mis ojos. Sacudí la cabeza y la ayudé a levantarse.

—Voy a llevarlos conmigo a la sala donde están Stephen y Nathaniel, detective Padgett. ¿Alguna objeción?

Sacudió la cabeza.

—Excelente. Vamos, Teddy.

—¿Yo puedo quedarme? —preguntó.

Miré a Padgett.

—¿Crees que tú y tu equipo pueden dejar de mantener la rutina de Rambo?

—Si se porta bien, seguro.

Padgett no estaba tratando de ser más encantador. Creo que estaba avergonzado por el espectáculo. Yo sabía que él estaba enojado, tal vez por mí, lo mejor de sí mismo. No me importaba el tiempo para no empezar a disparar.

—¿Tienes un oficial dentro de la habitación? —le pregunté.

Él dio una breve inclinación.

—¿Es de gatillo fácil como el resto de ustedes, o puedo abrir la puerta sin ser atacada a tiros?

Padgett se acercó a la puerta y llamó.

—Smith, es Padgett. Va a pasar un detective.

Abrió la puerta con una reverencia y dio paso a Lorraine y a mí.

Miré al joven oficial sentado junto a la puerta. Kevin se desplomó en una silla frente a él, un cigarrillo apagado en la esquina de su boca. El hombre lobo me miró, y una mirada era suficiente, no era un campista feliz. No fue sólo la retirada de la nicotina tampoco.

Yo empujé a Lorraine en la sala, y luego regresé con Teddy. Extendí la mano izquierda hacia él, y él la tomó. Le ayudé a ponerse de pie, aunque no necesita la ayuda.

—Gracias —dijo, y no fue por ayudarle a levantarse.

—No hay problema —dije.

Yo lo acompañé de vuelta a la habitación. Una vez que ambos estábamos a salvo dentro, me dirigí a Padgett.

—Tenemos que hablar. Prefiero hacerlo en privado si se puede garantizar que nadie va a recibir un disparo mientras estoy fuera.

—¿Estás bien aquí, Smith? —preguntó.

El joven policía dijo:

—Estoy bien. Me gustan los animales.

La mirada en el rostro de Teddy fue de miedo, incluso para mí. La energía de otro subía como una marea cálida y punzante.

—Si la policía se comporta de forma agradable, entonces también lo hacen el resto de ustedes —le dije.

Teddy me miró.

—Yo sé cómo seguir las órdenes.

—Genial, vamos a encontrar un lugar privado, ¿detective Padgett?

Su aliento se acercaba rápidamente. Se sentía la energía en aumento, también.

—Podemos hablar aquí. Yo no voy a dejar a uno de mis hombres solo con estas cosas.

—Jefe. Estoy bien —dijo el joven policía.

—¿Tú no tienes miedo? —le preguntó Padgett.

Era una pregunta que los policías rara vez se preguntan unos a otros. Se preguntan, ¿Estás bien? Admiten estar nervioso. Nunca asustados.

Los ojos del oficial Smith se abrieron un poco, pero él sacudió la

cabeza.

—Crossman. Es un buen tipo. Ella salvó su vida. —Smith se incorporó un poco más en su recta silla dijo en voz baja—: Estos no son los malos.

Un tic apareció en la mejilla de Padgett. Abrió la boca, la cerró y se volvió bruscamente sobre sus talones y se fue. La puerta se cerró detrás de él. Nos quedamos en silencio de repente.

—Anita —dijo Stephen.

Él me tendió la mano. Su cara era perfecta, sin cicatrices, sin marcas de ningún tipo. Tomé su mano y sonrió.

—Sé que ustedes se curan rápidamente, pero sigue siendo impresionante. Se te veía muy mal la última vez que te vi.

—Lo he visto peor —dijo una suave voz masculina.

Nathaniel estaba despierto en la otra cama. Su cabello castaño largo colgaba como una cortina brillante alrededor de su cara, tal vez más allá de la cintura. Yo nunca había visto a un hombre con el pelo tan largo. No pude verle la cara porque estaba demasiado ocupada mirando a sus ojos. Que eran del color de lilas, un lavanda pálido maravilloso que fue un show verdadero. Me tomó unos segundos mirar para poder ver el resto de su cara. Lo miré despierto y me di cuenta que había pensado que tendría como diecinueve años mientras estuvo inconsciente, ahora que lo veo bien aparentaba como dieciséis años, tal vez. Todavía parecía cansado, enfermo, pero no hubo una gran mejora.

—Sí, te veo mal —le dije.

Stephen habló con el oficial Smith, como si fueran viejos amigos.

—¿Podemos tener unos minutos a solas?

Smith me miró.

—¿Estará bien con ellos?

Yo asentí.

Se puso de pie.

—Yo no sé si a Padgett le va a gustar, así que si quieres intercambiar códigos secretos o algo, que sea rápido.

—Gracias —dije.

—No es nada.

Se detuvo frente a Lorraine antes de irse.

—Gracias. Crossman tiene una esposa y dos hijas. Sé que habría muchos gracias, si pudieran.

Lorraine se sonrojó y asintió, murmurando:

—No es nada.

Smith, salió, y me acerqué a la cama de Nathaniel.

—Qué bueno encontrarte consciente.

Trató de sonreír, pero demostró el esfuerzo. Extendió su mano izquierda para mí, la mano derecha sigue conectado a un goteo IV.

Tomé su mano. Su agarre era tembloroso, débil. Llevó mi mano hacia su boca como si fuera a besarla. Lo dejé de hacerlo. Fue un gran esfuerzo.

Apretó los labios a mi mano, con los ojos cerrados, casi como si estuviera en reposo. Por un segundo pensé que había pasado, pero su lengua pasó por mi mano, una humedad rápida.

Di un respingo, luchando contra el impulso de limpiar mi mano en mis pantalones vaqueros.

—Gracias, un apretón de manos habría estado bien.

Él frunció el ceño.

—Pero tú eres nuestro Lionne léoparde —dijo.

—Así es como la gente me dice —le dije.

Volvió la cabeza para poder ver a Stephen.

—Tú me mentiste. —Lágrimas temblaron en sus pálidos ojos claros—. Ella no nos dará de comer.

Miré a Stephen.

—He perdido parte de esta conversación, ¿no?

—¿Has visto la cuota de sangre de Richard con la manada?

Empecé a decir que no, entonces, lo vi.

—Vi a Jason alimentarse de una herida de cuchillo una vez. Jason parecía drogado de ella.

Stephen asintió.

—Eso es todo. Gabriel podría compartir la sangre.

Mis ojos se abrieron.

—Yo no creía que fuera lo suficientemente fuerte para hacer eso.

—Tampoco nosotros —dijo Kevin.

Llegó a estar cerca de mí, con su cigarrillo apagado, aún a oscuras, en su mano izquierda.

—Ha sido muy interesante escucharte hablar acerca de Gabriel, Nathaniel. Nathaniel era adicto a la heroína y una puta de la calle, cuando Gabriel le rescató, le dio una segunda vida.

—Matón para él, consiguiendo lo de las drogas, pero Gabriel aún era un proxeneta. Buscando una clientela más enferma.

Kevin dio unas palmaditas en la pierna de Nathaniel debajo de la sábana, un gesto casual, como si hubiera acariciado a un perro.

—Pero a Nat, aquí le gusta, ¿verdad, muchacho?

Nathaniel lo miró y lo dijo en voz baja:

—Sí.

—Por favor, dime que no te gusta ser eviscerado.

Cerró los ojos.

—No, eso no. Pero hasta entonces había sido…

—Eso está bien —le dije. Algo se me ocurrió—. ¿Has dicho a la policía quien te hizo esto?

—No sabe —dijo Kevin.

Con el siempre presente cigarrillo en su boca, como si sólo el sabor fuera dulce.

—¿Qué quieres decir, que no sabe? —le pregunté.

—Zane estaba encadenado y le vendaron los ojos, luego se lo llevaron. Ese fue el trato —contestó Stephen—. Nathaniel nunca los vio.

—¿Ellos? —hice una pregunta.

Stephen asintió.

—Ellos.

Tomé una respiración profunda y la dejé escapar poco a poco.

—¿Te acuerdas de algo único o diferente que podría ayudar a identificarlos?

—El perfume, como las gardenias, y un olor nauseabundo.

Pensé, que era útil.

Él miró de frente a mí, y de pronto sus ojos no eran sólo mate con la enfermedad. Me di cuenta de que ese mate es la experiencia. Esto es más que agotador, como si Nathaniel hubiera visto los peldaños más bajos del infierno. Había vivido para contarlo, pero en realidad había sobrevivido, no intacto.

—Recuerdo el perfume. Lo reconoceré de nuevo lo huelo.

—Está bien, Nathaniel, está bien.

La parte inferior del vacío terrible de sus ojos era de pánico. Estaba asustado, increíblemente asustado. Le di unas palmaditas en su mano, y sus dedos doblados alrededor de los míos, me agarró.

—Nadie te hará daño de nuevo, nada de eso, Nathaniel. Te prometo que…

—¿Te ocuparás de mí?

Él me miró con una necesidad en sus ojos que tan cruda, tan primitiva, yo le he prometido, nada de persecución.

—Sí, yo me ocuparé de ti.

Todo su cuerpo se relajó. La tensión salió de él como el agua de un vaso roto. La sentía correr por su brazo en su mano en mí como una sacudida de energía. Me hizo saltar, pero no la retiré.

Él me sonrió, recostado contra las almohadas. Parecía un poco mejor de alguna manera, más fuerte.

Le pasé la mano con lentitud, y me dejó ir. Me volví hacia el resto de la habitación.

—Tenemos que sacarlos a todos ustedes de aquí.

—Yo podría ir a casa ahora —dijo Stephen—, pero Nathaniel aún no se puede mover.

—No me fío de la policía sin mí aquí para actuar como un amortiguador.

—Padgett tiene miedo de nosotros —dijo Teddy.

Yo asentí.

—Lo sé.

—Aliméntame —dijo Nathaniel—. Dame tu fuerza, y yo iré contigo.

Yo le frunció el ceño, y luego volvió a mirar a Stephen.

—No es en serio lo que sugiere, ¿una vena abierta para él?

—Richard podría hacerlo —dijo Stephen.

—Richard no podría alimentar a uno de los leopardos —dijo Lorraine —, sólo nosotros.

—Raina también podría —dijo Kevin.

Que le valió una larga mirada mía.

—¿Qué estás diciendo?

—Raina podría compartir la energía, sin compartir la sangre —dijo.

Su rostro registró tanto el disgusto y la lujuria, como si hubiera disfrutado de algunos de los programas Raina, a pesar de sí mismo.

—Había quedado con las manos sobre ti, y luego tu cuerpo. Siempre terminaba. Cuanto más daño hacía, más le gustaba, pero tú estabas sanado cuando terminaba.

Me volví a Stephen, porque yo no lo creía. Él asintió.

—Yo he visto hacerlo.

—No estamos sugiriendo que ella… —Lorraine dejó ir el horrible pensamiento sin terminar, pero yo estaba con ella.

—Yo no voy a abrirme una vena, y ciertamente no voy a tener sexo con él.

—Tú no me quieres.

La voz de Nathaniel estaba llena de lágrimas, de corazón roto.

—No es nada personal —le dije—. Simplemente no me gusta el sexo casual.

Esta conversación entera era demasiado rara incluso para mí.

—Entonces, Nathaniel tiene que quedarse aquí por lo menos otras veinticuatro horas —dijo Kevin.

Hizo girar el cigarrillo entre los dedos mientras hablaba.

Stephen asintió.

—Eso es lo que dijo el médico. Preguntamos cuando me dijo si podía ir a casa hoy.

—No me dejes, Stephen.

Nathaniel extendió la mano por el espacio entre ellos, como si pudiera tocarlo.

—No los dejaré solos, Nathaniel, no sin que alguien cuide de ti.

—El hecho de que terminara en sexo con Raina no significa que tiene que terminar de esa manera —dijo Teddy.

Lo miramos.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Kevin.

—Todo terminaba en sexo con Raina. Pero fue el contacto lo que me curó. Creo que mis heridas se curaban antes de llegar a lo básico.

Sólo escucharlo hablar así con un pecho sesenta centímetros de puro músculo hizo daño a mi cerebro. Fue como encontrar a un perro perdiguero de oro. Simplemente no espero conseguir cerebros en uno de estos paquetes voluminosos.

Kevin se encogió de hombros.

—No lo sé. Lo único que sé es que me curó. Yo no recuerdo cuando estaba mejor. Me acuerdo de ella.

—¿Hay alguien en esta sala que no se acostaba con Raina? —le pregunté.

La única persona que levantó su mano fue Lorraine, y conociendo a Raina, había sido discutible.

—Dulce Jesús.

—Creo que Anita podría curarlo sin sexo, sólo la piel desnuda —dijo Teddy.

Empecé a decir que no, y entonces recordé el intercambio de energía con Jean-Claude. La piel desnuda había sido importante allí, también. Tal vez fuese lo mismo.

—¿Raina parecía sentirse cansada después de tu curación?

Todos los hombres sacudieron la cabeza. El consenso fue que parecía que su energía no la debilitaba a ella. Por supuesto, sé que Raina había sido un cachorro inusual incluso para una mujer-lobo.

Yo no quería dejar a Nathaniel aquí, ni siquiera con los hombres-lobo para protegerlo. Yo no confiaba en Padgett. Tampoco había ninguna garantía de que los fanáticos, quienquiera que fueran, no lo intentarían con éxito. O bien nos íbamos todos o nos quedamos todos. Había más escenas de crimen que visitar. No podía quedarme aquí todo el maldito día.

—Está bien, vamos a probar, pero no tengo la menor idea de cómo empezar.

Nathaniel se recostó en las almohadas con algo parecido a una sonrisa de esperanza en su rostro. Como un niño que está a punto de conseguir el helado que se le había prometido. El problema era que yo era el helado.



# TREINTA Y SIETE

Kevin puso una silla bajo la manija de la puerta y estábamos un poco más seguros. Me dijo Smith, que podíamos cerrar la puerta, tenía que tener una idea de las cosas, y me gustaría hacerlo cuando termine. Estaba siendo tratada como un detective, por lo que los oficiales se quedarían fuera. La única preocupación era Padgett. Lo único que quedaba hasta que su ego se recuperó. Yo casi esperaba que no se tratara de nosotros. Lo único que puede salvarnos de él es el hecho de que rompiera la puerta porque estaría percibiendo lo que estábamos haciendo, y él no quería admitirlo.

Me levanté de la cama. Nathaniel me miró confiado, me ponía nerviosa. Me di la vuelta y me encontré que todos los demás estaban mirando también.

—Muy bien, muchachos, ¿ahora qué? Nunca he visto esto.

Hubo un intercambio de miradas.

—Yo no sé si podemos explicarte —dijo Stephen.

Yo asentí.

—Yo sé, la magia es así. La consigues, o no.

—¿Es esto magia? —preguntó Teddy—. ¿O es apenas la habilidad psíquica?

—No estoy segura de que haya una diferencia —le dije—. A veces pienso que la única diferencia es que la capacidad psíquica es algo que haces sin pensar en ello, y la magia requiere un ritual para obtener su jugo.

—Haces más de este tipo de mierda que nosotros —dijo Kevin—. Somos hombres lobos, no, brujas.

—Yo no soy una bruja. Soy un nigromante.

Se encogió de hombros.

—Están en la misma mierda para mí.

Se sentó en la silla, aplastando el cigarrillo en la palma de su mano como si fuera apagado y su carne fuera un cenicero. Él frunció el ceño hacia mí. Yo no sabía lo suficiente como para estar segura, pero parecía nervioso.

Yo también. Sólo conocía dos maneras de aumentar la energía: el ritual o el sexo. El sexo ocupa el lugar del ritual, cuando estaba con Jean-Claude, o Richard. Pero yo no tenía vínculo con Nathaniel. No hay marcas, ni emoción, ni nada. Yo no era su Lionne léoparde, no realmente. Todo era mentira. Yo no podía hacer esto sin algún sentimiento hacia él. La lástima no era suficiente.

Teddy se alzaba detrás de mí.

—¿Qué pasa, Anita?

Empecé a caminar por la habitación y le dije, pero yo sabía que Nathaniel oiría en cualquier lugar de la pequeña habitación.

—Necesito un poco de emoción para trabajar, algo.

—¿Emoción? —preguntó.

—No sé. Nathaniel. No siento nada por él, excepto la piedad, obligación. Ninguno de estos es suficiente ni para empezar.

—¿Qué necesitas?

Su mirada era grave. La inteligencia de esos ojos era casi palpable.

Traté de ponerlo en palabras y terminé diciendo:

—Necesito algo para tomar el lugar de un ritual.

—Raina no hizo uso de un ritual —dijo Kevin de la silla.

—Ella usó el sexo. El sexo puede ocupar el lugar del ritual.

—Planteaste el poder del lupanar una noche con Richard —dijo

Stephen—. No tuviste relaciones sexuales, pero aún salió el poder.

—Pero… Yo quería a Richard sexualmente. Es una especie de poder que da a la energía el suyo propio.

—Nathaniel es hermoso —dijo Stephen.

Sacudí la cabeza.

—Nunca ha sido tan fácil para mí. Necesito más que una cara bonita.

Stephen se deslizó de la cama en uno de esos vestidos envolventes, pero ni bostezó mientras se movía. Estaba envuelto alrededor de él como una hoja, un paño más de lo que necesitaba, al igual que me hizo a mí. Una única talla realmente nunca es para todos.

Trató de tomar mi mano, y yo no se lo permití.

—Déjame ayudarte.

—Define ayuda.

¿Sospechosa, yo?

Él sonrió, y era casi condescendiente. Los hombres sonríen para sortear a las niñas cuando están haciendo algo de lindo y juvenil. La sonrisa sólo me molestó.

—¿Cuál es tu problema? —le pregunté.

—Tú —dijo en voz baja—. Tú sabes que yo nunca te haría daño, ¿no?

Lo miré a los ojos, de azul aciano y asentí.

—Nunca a propósito —dije.

—Entonces confía en mí ahora. Déjame ayudarte a llamar al poder.

—¿Cómo? —le pregunté.

Tomó mi mano entre las suyas, y esta vez lo permití. Señaló la mano para Nathaniel. Apoyó la punta de mis dedos en la frente de Nathaniel. Su piel era fría. Apenas el tacto de su piel, y sabía que no estaba bien.

—Está domesticado —dijo Stephen.

Me miró, sacudiendo la cabeza. Saqué mi mano hacia atrás.

—Yo no lo creo.

Nathaniel empezó a decir algo, pero Stephen puso sus dedos en la boca.

—No, Nathaniel.

Era casi como si supiera lo que el otro iba a decir. Pero él no podía saber, no seguro, ¿no?

Podría haberlo creído si Nataniel fuera fuerte, pero no lo era.

—Cierra los ojos —dijo Stephen.

—Uh-huh —dije.

—No tengo tiempo para esto —dijo Kevin.

—Tiene razón —dijo Teddy—. Entiendo tu reticencia natural, pero la policía va a llamar a la puerta con el tiempo.

Si Nathaniel no podía irse con nosotros, eso significaba dejar a la gente para protegerle detrás de él, ponerlos en peligro nuevamente. Si fuéramos todos juntos a algún lugar, por lo menos no estaríamos poniendo en peligro a los policías inocentes, aunque la mayoría de los policías sería una mueca de dolor al ser llamados inocentes.

Respiré profundo y lo solté.

—Bien, ¿cuál es tu idea?

—Cierra los ojos —dijo Stephen.

Yo le frunció el ceño. Miró paciente, sufrido, incluso, y yo cerré los ojos. Tomó mi mano en la suya, y no fue hasta que empezó a abrir suavemente el puño que me di cuenta que lo había cerrado. Empezó a dar masajes a mi mano.

—Basta —dije.

—Entonces aflójalo —dijo—. No te haré daño.

—No temo que me hagas daño —le dije.

Se movía detrás de mí, tan cerca del borde que su vestido rozó mis piernas.

—Pero aún tienes miedo. —Su voz había disminuido casi en un susurro —. ¿Se puede utilizar el miedo para llamar el poder?

Mi pulso era un martillar en mi garganta, y tuve miedo, pero no era el tipo adecuado de miedo. El temor te abruma en medio de una emergencia puede llamar a un poder casi sin esfuerzo. Este es el tipo de miedo que le impide saltar de aviones en perfecto estado a pesar de que había decidido a hacerlo. No es un temor saludable, pero sería de nuevo.

—No —dije.

—Entonces, suelta el miedo —dijo.

Me tocó suavemente los brazos y me sentó en el borde de la cama.

Nathaniel hizo un pequeño sonido de protesta, como si le hubiera lastimado.

Abrí los ojos y dijo Stephen.

—Ciérralos.

Fue lo más parecido a una orden que nunca había oído dar. Los cerré.

Él me tomó las manos y puso la punta de los dedos a ambos lados de la cara de Nathaniel.

—La piel es tan suave que los templos.

Señaló a mis dedos en una línea de plumas suaves por la cara de Nathaniel, los dedos se deslizaron en ambos lados, como si yo fuera ciega y estaba tratando de memorizar sus rasgos.

Me deslizó las manos en el cabello de Nathaniel. Era de seda, increíblemente suave. Su cabello tenía la textura de raso. Apreté las manos en el calor suave, bajé mi cara hacia el pelo y lo olí. Había un débil olor a medicamento. Enterré mi cara en el cepillo del pelo raso y encontré a su aroma en todo. Olía a vainilla, y en virtud de que era el olor de la madera y sobre terreno y pieles. Él no era fuerte, pero el olor era similar. Olía como en casa. Algo se encendió dentro de mí, como un interruptor de ser lanzado.

Abrí los ojos y sabía qué hacer, cómo hacerlo, quería hacerlo. Como un pensamiento lejano, me di cuenta de que las manos de Stephen se habían ido hace mucho tiempo. Miré a los ojos de color lila de Nathaniel y me incliné hacia esa increíble vista. Le toqué los labios con los míos, un beso casto, y un cepillo suave interpuso el poder en un ambiente cálido, un hormigueo en la punta de la piel. Se derramó en mí como el agua, caliente, suave.

Pero el poder por sí solo no era suficiente. Se necesita dirección, orientación, y sabía cómo hacerlo, como si lo hubiera hecho antes. No preguntar, ¿no quieres?

Traté de pasar la mano por el pecho, pero el vestido le cubría. Era como Stephen, como yo, pequeño. El vestido se sujeta en el frente, no en la espalda. Mi mano buscó la apertura y se deslizó a lo largo de la piel desnuda. Se deslizó hasta que sentí la incisión.

Yo a horcajadas sobre las piernas de Nathaniel. Hizo otro pequeño sonido de daño y me gustó. Yo me levanté en mis rodillas de modo que sólo los lados de las piernas le tocaron su cuerpo. Deslicé la sábana hacia abajo alrededor de su cuerpo y abrió la bata, la exposición de él. Los puntos eran una delgada línea negra a través de la palidez de su piel que corrió casi de una cadera a la otra. Una herida terrible, una herida de muerte.

Él no llevaba nada debajo de la cintura. Los hospitales siempre nos despojan de nuestra ropa de la parte de abajo, nos dejan tan vulnerables como sea posible. El espectáculo de desnudo tendría que haber cesado en mis canciones. Vagamente, me impactó. No me lo esperaba, pero ya era demasiado tarde. El poder no le importaba. Pasé los dedos suavemente sobre los puntos de sutura.

Nathaniel gritó, sólo la mitad del dolor. Estaba medio erecto antes de que yo bajara la cara a los puntos de sutura. Lamía la herida como un perro, largas, lentas caricias. Era más de la mitad erecto cuando levanté la cara para ver sus ojos mirando hacia mí. Yo sabía en ese momento que yo lo podría tener, quería dar ese último paso.

Podía sentir a los demás en la habitación como un zumbido de energía, un escenario que vibra con la energía dentro de mí. Yo nunca había estado interesada en el sexo casual, pero el olor y la sensación de cuerpo de Nathaniel era casi abrumadora. Yo nunca había estado tan tentada por un desconocido. Pero la tentación es tentadora. No tengo que ceder, me levanté de rodillas sobre él, poniendo las manos sobre los huesos de las suaves caderas, llevé mis manos hacia el centro de la incisión. Cuando mis manos lo tocaron, puse una encima de la otra, presioné. No con el músculo y la carne, sino con el poder. El empuje fue caliente, la potencia en ascenso en su cuerpo.

Se quedó sin aliento, la columna vertebral inclinándose por debajo de mí, con las manos agarrando mis brazos, los dedos convulsionaron en contra de mi piel desnuda.

Era como suavizar las imperfecciones en un zombi, excepto que esta carne era cálida y viva, y yo no podía ver lo que yo estaba arreglando con mis ojos. Pero yo lo sentía. Podía sentir su cuerpo suave y firme, acariciando los lugares que ninguna mano entiende al tacto. Rodé entre los dedos, llenándolo con el calor en aumento, corriendo dentro de mí. Se derramó por mis brazos, mis manos, en él. La difusión de calor a través de su cuerpo, a través de mi cuerpo, hasta que fue como la fiebre, corriendo sobre la piel, a través del cuerpo, la formación de nuestros cuerpos en una sola cosa, el calor y la carne, y un torrente de poder que sólo mantuvo un edificio. Se construyó hasta que cerré los ojos, pero incluso la oscuridad la dispararon con el brillo, la explosión de flores blancas en mi visión.

Mi respiración se hizo demasiado rápida, demasiado superficial. Abrí los ojos y vi la cara de Nathaniel. Su respiración emparejada en la mía. Me obligaba a nosotros ir más lento, obligó a su respiración lenta. Podía sentir su corazón que me acarició, celebrado en mis manos. Podía tocar cualquier parte de él. Podría haber alguna parte de él. Podía oler la sangre bajo la piel y quería un gusto.

Fue sanado cuando bajé por la parte superior de él, me apretó la boca a la suya. Le volví la cara hacia un lado y comí por el costado de su cuello

hasta que sentí el pulso bajo la piel.

Lamía la piel, pero no fue suficiente. Puse mi boca sobre el pulso latiendo, suavemente sobre la piel hasta que pude mantener el latido de él en mi boca. Quería morder más y más hasta que la sangre fluyera. Yo quería. Vagamente, yo sabía que Jean-Claude había despertado por el día. Que era su hambre que sentía, su necesidad. Pero no fue su necesidad que me hizo a caballo entre el cuerpo de Nathaniel. Ni siquiera era mía.

Me acordé de cuerpo de Nathaniel, y yo nunca lo había conocido antes. Yo sabía el gusto de él. La sensación de tenerlo, ya que sólo una antigua amante puede. No mis recuerdos. No es mi energía.

Bajé de Nathaniel, trató de arrastrarse fuera de la cama, y cayó de rodillas. No podía soportarse, no todavía. Richard había dicho siempre que el paquete existe, Raina no se había ido. Yo no había entendido lo que quería decir, hasta ahora. Yo estaba canalizando a la perra del infierno, la canalización de ella, y tenía un muy buen momento para hacerlo.

Pero yo sabía algo más, algo que Raina no había hecho. No se le puede culpar por esto. Yo sabía cómo curar el cuerpo de Nathaniel, pero también sabía cómo destrozarlo. Cualquier cosa que se puede arreglar, se puede romper. Cuando tuve el ficticio corazón en la mano, había tenido una fracción de segundo, un deseo oscuro, cerca de ese lado, para aplastar ese pulso, los latidos del músculo hasta que la sangre fluía y su vida se detuvo. Un momento, un abrir y cerrar de ojos, de un mal impulso, incluso me daba miedo. Me hubiera gustado culpar a la perra del infierno, pero algo me dijo que ese poco de oscuridad era toda mía. Stephen su mano sobre mi boca era lo único que me impedía gritar en voz alta.



# TREINTA Y OCHO

La mano de Stephen aguantando mis gritos convirtiéndolos en un gemido. Me sostuvo contra su cuerpo, duro, como si tuviera miedo de lo que yo haría si me suelto. Yo no estaba tan segura de mí misma. Correr parecía buena idea. Correr hasta que superé la idea, la sensación, todo fuera de mí. Pero al igual que Richard, no podía correr de mí misma. Ese pensamiento me hizo dejar de luchar y simplemente sentarse en el círculo de los brazos de Stephen.

—¿Estás bien? —preguntó en voz baja.

Yo asentí.

Su mano se deslizó fuera de mi boca, lentamente, como si no estuviera seguro de que yo había oído o comprendido.

Me hundía en su regazo, casi cayendo al suelo.

Me acarició la cara, una y otra vez, como si estuviera consolando a un niño enfermo. No me preguntó qué pasaba. Ninguno de ellos lo hizo.

Nathaniel se arrodilló nuestro lado. No sólo se veía curado, parecía saludable. Estaba sonriente, guapo, juvenil, una especie de camino sin terminar. Si se corta el pelo y cambia los ojos, pareciera estar jugando de corredor del equipo de fútbol secundario y venir de regreso a casa.

El hecho de que me había bajado de él hace dos minutos trajo una oleada de calor que me hizo esconder mi cara contra el hombro de Stephen. Yo no quería mirar su joven cara, y darme cuenta de lo cerca que estuve de tener sexo con él. El hecho de que todavía me acordaba de su cuerpo en detalles que yo personalmente nunca había tocado, no ayudaba. Raina se había ido, pero no olvidado.

Sentía el movimiento. La energía vibratoria de los *cambiaformas* cuando se acercaban. Sin mirar sabía que se agolpaban a mí alrededor. La energía me aprieta como un círculo cerrado.

Era difícil respirar.

Sentí que alguien tocaba mi cara. Moví la cabeza lo suficiente para ver pulgadas de mí a Kevin. Esperaba a Nathaniel. Las grandes manos de Teddy acariciaron mis brazos desnudos.

Se llevó las manos a la cara.

—Hueles a manada.

Lorraine de espaldas mirando al pasado con ojos extraños y rapaz.

—Huele a Raina.

Ella puso su cara de modo que sus labios rozaron la rodilla de los vaqueros.

Yo sabía que si me lo permitía, podíamos dormir en un montón de grandes comunidades como una camada de cachorros, que tocan esa parte de lo que mantiene a la manada en conjunto, como el aseo mutuo que hacen los primates. Tocar, reconfortante. No tiene que ser sexual. Había sido la elección de Raina. Eran lobos, pero también eran personas y les hizo primates. Dos animales en realidad, no sólo uno.

Kevin puso su cabeza en mi regazo, la mejilla apoyada en mi pierna. Yo no podía ver sus ojos, para saber si eran de lobo. Su voz era gruesa y baja.

—Ahora necesito un cigarrillo.

Me hizo reír. Una vez que me puse a reír, yo no podía parar. Me reí hasta que las lágrimas corrían por mi cara. El lobo corrió sus manos arriba y abajo de mí, queriendo frotar mi piel desnuda. Estaban tomando mi olor, rodando en el olor persistente de Raina. Marcándome con su olor.

Stephen me besó en la mejilla, la forma de besar a tu hermana.

—¿Estás bien?

Es difícil de recordarlo, pero creo que él lo había preguntado antes.

Yo asentí.

—Sí.

Mi voz sonaba metálica y lejana. Me di cuenta que estaba al borde del shock. No es bueno.

Stephen echó a los lobos lejos de mí. Se movieron lánguidamente, como si la energía que había plantado había sido algún tipo de droga, o tal vez el sexo era una mejor analogía. Yo no lo sabía. Ni siquiera estaba segura de que quería saber.

—Richard dijo que Raina no había desaparecido, mientras la manada dure. ¿Es esto lo que quiso decir? —le pregunté.

—Sí —dijo Stephen—, aunque nunca he oído hablar de un tercer poder y hacer lo que acabas de hacer. Los espíritus de los muertos sólo deben ser capaces de entrar en el lukoi.

—Los espíritus de los muertos —le dije—. ¿Quieres decir que no tienen un nombre de fantasía para ellos?

—Son Munin —dijo Stephen.

Eso casi me hizo reír de nuevo.

—Memoria, cuervo de Odin.

Él asintió.

—Sí.

—Eso fue exactamente lo que sucedió ¿verdad? No era un fantasma. Yo sé cómo se siente un fantasma.

—Tú has sentido a uno de ellos —dijo Stephen—. Es la mejor explicación que puedo darte.

—Es la energía —dijo Teddy—. La energía no se crea ni se destruye. Existe. Contamos con la energía de todo el mundo que ha sido de la manada.

—No te refieres a todos los lukoi, ¿verdad?

—No —dijo—, pero desde el primer miembro de nuestra manada hasta ahora, los tenemos todos.

—No todos —dijo Lorraine.

Él asintió.

—A veces uno de nosotros se pierde en un accidente y el cuerpo no puede ser recuperado y compartido. Entonces todo lo que se es, todos sus

conocimientos, su poder, se ha perdido para nosotros.

Kevin había vuelto a la silla, todavía sentado en el suelo, apoyando su espalda contra el asiento de la silla.

—A veces —dijo—, decidimos no alimentarnos. Es una especie de excomunión. La manada te rechaza en la muerte como en la vida.

—¿Por qué no rechazaron a Raina? Ella era una perra sádica torcida.

—Fue la elección de Richard —dijo Teddy—. Con el rechazo de su cuerpo la última vez, pensó que habría molestado a algunos de los miembros de la manada que no están plenamente de su lado todavía. Él tenía razón, pero… Ahora la tenemos en el interior de nosotros.

—Ella es poderosa —dijo Lorraine, y se estremeció—. De gran alcance, suficiente como para tener un lobo menor.

—Cuentos de viejas —dijo Kevin—. Ella está muerta. Su poder sobrevivió, pero sólo cuando se le llama.

—Yo no la llamaba —le dije.

—Nosotros podemos tenerla —dijo Stephen suavemente.

Se recostó en el piso, las manos cubriendo sus ojos como si fuera demasiado horrible para mirar.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que nunca he visto a nadie, hacer lo que acabas de hacer. Yo estaba pensando en ella, recordando.

—Yo también —dijo Kevin.

—Sí —dijo Teddy.

Se había trasladado de nuevo a la pared del fondo, como si él no se fiaba estar cerca de mí.

Lorraine se había movido con él, sentados de tal manera que sus cuerpos se tocaron a la ligera.

Una cercanía reconfortante.

—Yo también estaba pensando en ella. Alegre de que no estuviera aquí. Anita era feliz.

Abrazó sus brazos como si tuviese frío, y Teddy puso un musculoso brazo alrededor de ella, abrazándola, apoyando el mentón en el pelo.

—Yo no estaba pensando en Raina —dijo Nathaniel.

Se arrastró hacia mí.

—No me toques —le dije.

Se dio la vuelta, hacia todo el mundo como un gato grande. Se estiró, con esfuerzo hasta la punta de sus dedos. Se rió y rodó sobre su estómago,

apoyado en los codos. Él me miró, su pelo largo y marrón oscuro, como una cortina en su cara. Sus ojos color lila miraron hacia mí, salvajes y casi aterradores. Se acostó en un charco de pelo y de energía. Su mirada se quedó en mi cara, y me di cuenta que estaba siendo juguetón. No exactamente seductor, pero si juguetón. Era diferente y casi más preocupante. Nathaniel se las arregló para parecer un niño, un gato, y aun así ser un adulto. No sabía si darle una palmada en la cabeza, frotar su vientre, o darle un beso. Los tres parecían estar en juego. Era muy confuso para mí.

Usé la cama para levantarme. Cuando ya estaba segura de poder caminar sin caer, me solté de la cama. Me balanceaba un poco, pero no demasiado. Yo no podía caminar. Yo quería salir de aquí.

—¿Qué quieres que hagamos? —preguntó Stephen.

—Ir a mi casa. Jean-Claude está allí, y también Richard.

—¿Qué pasa con él? —preguntó Kevin.

Nathaniel levantó la cabeza para mirar a todos nosotros. No dijo nada, no pedía nada, pero me gusto su pulso en la boca. Yo sabía que él tenía miedo. Miedo de estar solo de nuevo. Yo esperaba esta empatía conmigo no fuera permanente. Ya había suficiente cantidad de hombres corriendo en mi cabeza sin necesidad de añadir otro.

—Llévenlo con ustedes —le dije—. Los leopardos son míos, como tú eres mío.

—¿Él debe ser protegido y tratado como de la manada? —preguntó Kevin.

Me froté las sienes de mi cabeza. Se me estaba formando un dolor de cabeza.

—Sí, sí. Le he dado mi protección. Cualquiera de los leopardos que quiera mi protección la puede tener.

—¿Cómo nuestra lupa nos une a protegerlos? —dijo Lorraine—, ¿incluso a dar la vida por ellos? ¿Ellos van a hacer lo mismo?

Yo no estaba consiguiendo un dolor de cabeza, ya tenía uno.

Nathaniel rodó en sus pies en un movimiento que era muy gracioso para ser real y demasiado rápido para ver. Se sentó a los pies de la cama de Stephen, me miraba con ojos brillantes y ansiosos.

—Mi cuerpo es tuyo. Mi vida, si tú lo desea, es tuya —dijo.

Él no dijo el asunto casi de manera casual, no, alegremente, como si fuera una cosa buena.

Me quedé mirándolo.

—No quiero la vida de nadie, Nathaniel, pero si la manada está dispuesta a arriesgar sus vidas para protegerte, espero que hagas lo mismo.

—Voy hacer lo que quieras —dijo—. Todo lo que tienes que hacer es decirme.

Él no dijo, «preguntarme». Él dijo, «decirme». Yo nunca había oído su enunciado exactamente así. Esto implicaba que no tenía derecho a decir que no.

—¿Todos aquí saben que tienen el derecho de discutir el punto conmigo? —pregunté—. Quiero decir cuando digo saltar, no sólo digo qué tan alto, ¿no?

—No —dijo Stephen.

Su rostro estaba callado, cuidadoso.

—¿Y tú? —pregunté, dirigiéndome a Nathaniel.

Se puso de rodillas, apoyando la parte superior del cuerpo hacia mí, pero con ambas manos en la baranda de la cama. No tratan de tocarme, sino estar más cerca.

—¿Y yo, qué? —preguntó.

—¿Entiendes que tienes el derecho de negarte? ¿Qué mi palabra no es la ley?

—Sólo dime lo que quieres que haga, Anita, y yo lo haré.

—Al igual que ¿sin preguntar, vas a hacerlo?

Él asintió.

—Cualquier cosa.

—¿Es una costumbre entre los leopardos ser así? —le pregunté.

—No —dijo Stephen—, es sólo la forma de Nathaniel.

Sacudí la cabeza, literalmente, agitando las manos en el aire como si acabara de borrarlo todo.

—No tengo tiempo para esto. Él está sanado. Llévenselo con ustedes.

—¿Quieres que te espere en tu habitación? —Nataniel preguntó.

—Si la necesitas para descansar, puedes disfrutar además de una cama. No voy a estar allí.

Sonrió feliz y tenía la más extraña sensación de que lo que estaba diciendo no era lo que estaba oyendo. Yo quería salir de la habitación, lejos de todos ellos. Yo le diría a Padgett que estaba enviando a todos a una casa de seguridad.

El médico se sorprendió por la recuperación de Nathaniel. Lo liberaron,

aunque empezó a hablar de querer hacer más pruebas. Yo lo frené. Teníamos lugares a donde ir, la gente se reunía. Todos subieron a los coches de Kevin y de Teddy, me fui hacia mi jeep. Feliz de librarme de ellos por un tiempo. Feliz, incluso si ello significaba otra escena del crimen. Feliz, incluso si todavía no sabía cómo saber si Malcolm vivía allí en la oscuridad. Nathaniel me miraba por la ventana trasera del coche, su mirada color lila en mí hasta que el coche dobló la esquina. Se había perdido, y ahora pensaba que había sido encontrado. Pero si esperaba a ser más que amigos, aún estaba perdido.



# TREINTA Y NUEVE

Me sentí como una mierda y no tenía un moretón para demostrarlo. Me concentré en el problema siguiente, empujando lo que había hecho, y casi hecho, a un segundo plano. No podía hacer nada al respecto hasta que hablé con Richard y Jean-Claude. Me preocupa estar atada al vampiro, pero yo nunca me había preocupado por estar ligada al hombre lobo.

Debería saber que puse mierda de ambos lados.

Me sonó tres veces el busca en tres minutos. McKinnon, en primer lugar, Dolph segundo, y un número desconocido. El número desconocido llamó de nuevo dos veces más en diez minutos. Infiernos. Me paré en una estación de servicio. Llamé a Dolph primero.

—Anita.

—¿Cómo sabes siempre que soy yo?

—No —dijo.

—¿Qué pasa?

—Te necesitamos en una nueva ubicación.

—Estoy en mi camino hacia el sitio de la iglesia, McKinnon me está esperando.

—Pete está aquí conmigo.

—Eso suena siniestro.

—Tenemos un vampiro en tu camino hacia el hospital —dijo.

—¿En su ataúd?

—No.

—Entonces, ¿cómo…?

—Estaba en la escalera cubierto con mantas. No creo que le pase nada. Pero esta es una de las casas a medio camino de la Iglesia. Tenemos dos mordedores de aquí que dicen que el vampiro que salvaron fue tutor de jóvenes vampiros que están dentro. Parece preocupado por lo que los vampiros harán cuando se despierten y el tutor no está ahí para calmarlos o darles de comer.

—¿Darles de comer? —le pregunté.

—Dice que cada uno toma una copa pequeña del Guardián para iniciar la noche. Sin ella, dicen que el hambre se hace muy fuerte, y puede ser peligroso.

—No es una fuente de buena información.

—Tienes miedo, Anita.

—Mierda —dije—. Estoy en mi camino, pero, francamente, Dolph, no sé lo que quieres hacer.

—Tú eres el experto vampiro, tú dime.

Nos pusimos hostiles.

—Yo voy a pensar en el camino. Tal vez me tenga un plan para el momento en que yo llegue.

—Antes de pasar a ser legales, los hemos quemado nosotros mismos.

—Sí —le dije—, los buenos viejos tiempos.

—Sí —dijo.

No creo que consiguiera el sarcasmo. Sin embargo, con Dolph siempre fue difícil de decir.

Marqué el tercer número. Larry contestó.

—¿Anita?

Su voz sonaba tensa, llena de dolor.

—¿Qué pasa? —le pregunté, mi garganta se apretó de repente.

—Estoy bien.

—No lo pareces —dije.

—Acabo de moverme mucho con los puntos y esas cosas. Tengo que tomar una pastilla para el dolor, pero no seré capaz de conducir.

—¿Necesitas que te lleve?

Guardó silencio durante un segundo o dos, entonces dijo:

—Sí.

Yo sabía cuánto le había costado llamarme. Este fue uno de sus primeros trabajos en el campo de la policía sin mí. El hecho era que necesitaba mi ayuda. Habría escuchado el infierno fuera de mí. De hecho, no le habría llamado. Tendría que aguantar el dolor, hasta que me desmaye.

Esto no era una crítica de Larry, era una crítica de mí. No era más inteligente que yo a veces.

Este fue uno de esos momentos.

—¿Dónde estás?

Él me dio la dirección, y estaba cerca. Suerte para nosotros.

—Estoy a menos de cinco minutos, pero no puedo llevarte a casa. Estoy en camino a otra escena del crimen.

—Mientras yo no tenga que conducir, voy a estar bien. Está empezando a tener toda mi atención sólo para mantenerme en el camino. Es hora de dejar de conducir cuando es tan difícil.

—Realmente tienes una puntuación mayor en sabiduría que yo.

—Lo que significa que no has pedido ayuda todavía —dijo.

—Bueno… Sí.

—¿Cuándo has pedido ayuda?

—Cuando mi coche salió de la carretera y tuve que llamar a una grúa.

Se rió y tomó un aire agudo como si le doliera.

—Estaré esperando por ti.

—Voy a estar allí.

—Lo sé —dijo—. Gracias por no decir te lo dije.

—Ni siquiera lo estaba pensando, Larry.

—¿Honesta?

—Cruz y mi corazón…

—No lo digas.

—¿Eres supersticioso conmigo, Larry?

Él se quedó callado por un espacio de latidos del corazón.

—Tal vez, o tal vez sólo ha sido un día largo.

—Será una noche más larga —le dije.

—Gracias —dijo—. Justo lo que quería oír.

Colgué luego, sin decir adiós.

Tal vez me había entrenado Dolph a nunca decir adiós. Tal vez yo era siempre el portador de malas noticias, y todos querían salir del teléfono tan pronto como sea posible. Naa.



# CUARENTA

Yo esperaba que Larry estuviera sentado en su automóvil. No lo estaba. Estaba recostado sobre su coche. Incluso desde la distancia me di cuenta de que estaba con el dolor, la espalda rígida, tratando de no moverse más de lo necesario. Paré a su lado. De cerca se veía peor. Su camisa blanca estaba manchada de hollín negro. Pantalones de vestir color marrón, por lo que habían sobrevivido un poco mejor. Una mancha de negro des la frente hasta la barbilla.

La oscuridad se acentuaba en sus ojos azules, de modo que parecía más oscuro, como un zafiro rodeado de ónix.

La mirada de sus ojos era sorda, como si el dolor lo hubiese drenado.

—Jesús, te ves como la mierda —dije.

Casi sonrió.

—Gracias, lo necesitaba.

—Toma una pastilla, metete en el Jeep.

Empezó a sacudir la cabeza, se detuvo a mediados de movimiento y dijo:

—No, si se pueda conducir, puedo ir al próximo desastre.

—Hueles a alguien que prendió su ropa en llamas.

—Te ves prístina —dijo, y sonaba resentido.

—¿Qué pasa, Larry?

—¿Aparte de que mi espalda que se siente como un hierro al rojo estoy siendo empujado hasta él?

—Además de eso —le dije.

—Te lo diré en el coche.

Debajo del enfado, se le vio cansado.

No discutí con él, sólo comenzó a caminar hacia el Jeep. A unos pocos pasos me di cuenta que no se estaba manteniendo. Me volví y le encontré de pie, inmóvil, los ojos cerrados, manos en puños a los lados.

Caminé hacia él.

—¿Necesitas una mano?

Abrió los ojos y sonrió.

—Una nueva espalda, en realidad. Las manos funcionan bien.

Le sonreí y le cogí del brazo suavemente, medio esperando que me dijera que no, pero no lo hizo. Estaba herido. Dio un paso rígido, y yo lo sostuve. Hemos hecho un progreso lento pero seguro hacia el Jeep. Su aliento poco profundo, en el momento lo tuve cerca a la puerta del lado del pasajero. Abrí la puerta, no estaba segura de cómo llevarlo al interior. Se va a lastimar de cualquier forma que pudiera hacerlo.

—Déjame sostenerme de tu brazo. Puedo hacerlo yo mismo —dijo.

Le ofrecí mi brazo. Consiguió darme un apretón de muerte pero se sentó. Hizo un pequeño silbido entre los dientes.

—Dijiste que me dolería más el segundo día. ¿Por qué siempre tienes razón?

—Es difícil ser perfecto —le dije—, pero es una carga que he aprendido hacer frente.

Le di mi mejor cara amable.

Él sonrió, y luego se echó a reír, casi se duplicó el dolor, duele más. Terminó retorciéndose en el asiento durante unos segundos. Cuando pudo quedarse quieto de nuevo, se agarró el tablero hasta que sus dedos se volvieron pálidos.

—Dios, no me hagas reír.

—Lo siento —dije.

Tengo toallitas de sábila y lanolina para bebés en la guantera de mi coche. Eran maravillosas para limpiar la sangre. Probablemente había trabajo en el hollín. Le entregué las toallitas y le ayudé a abrochar su cinturón de seguridad. Las heridas podrían lastimarse menos si no hubiera tenido el cinturón, pero no monto a nadie conmigo sin cinturón de seguridad. Mi mamá estaría viva si hubiera llevado puesto el cinturón.

—Toma una pastilla, Larry. Duerme en el coche. Te llevaré a casa después de esta escena.

—No —dijo, y parecía tan terco, tan decidido, que yo sabía que no podía hablar con él estando de esa manera. Entonces ¿por qué intentarlo?

—Como quieras —le dije—. Pero ¿qué has estado haciendo que parece que has estado tratando de ocultar tus manchas?

Sus ojos me miraron, frunciendo el ceño.

—Rodando en el hollín —dijo—. ¿Nunca ves películas de Disney o lees libros para niños?

Le di una pequeña sonrisa.

—No últimamente. He tenido tres escenas de fuego, donde sólo tenía que confirmar que los vampiros habían muerto. Dos de las escenas no pude encontrar nada, sólo cenizas. El tercero parecía palos negro. Yo no sabía qué a hacer, Anita. Traté de revisar el pulso. Sé que era estúpido. El cráneo sólo explotó en cenizas por todas partes.

Estaba sentado muy tieso, muy controlado, sin embargo, su cuerpo daba la impresión de estar encorvado de dolor, evitando el golpe de lo que había visto hoy.

Lo que iba a decir no ayudaría a las cosas.

—Los vampiros se convierten en cenizas, Larry. Si hubiera restos óseos, entonces no es vampiro.

Me miró entonces, el movimiento brusco trajo lágrimas a sus ojos.

—¿Quieres decir que era un ser humano?

—Probablemente, no estoy segura, pero probablemente.

—Gracias nunca lo sabremos con certeza. Sin los colmillos en el cráneo no se puede saber la diferencia.

—Eso no es del todo cierto. Se puede hacer el ADN. Aunque la verdad no estoy segura si el fuego lo destruya. Si pueden recogerlo, por lo menos pueden saber si es humano o vampiro.

—Si es humano, ha destruido toda posibilidad que tienen de la

utilización de registros dentales —dijo.

—Larry, si el cráneo era frágil, no creo que cualquier cosa podría haberlo salvado. Ciertamente, no se han levantado para impresión dental.

—¿Estás segura? —preguntó.

Lamía los labios y quería mentir.

—No es cien por ciento.

—De haber sabido que era humano. No lo hubiera tocado, pensando que estaba vivo, ¿verdad?

Dejé que el silencio llenara el coche.

—Contéstame —dijo.

—No, yo no hubiese comprobado el pulso. Hubiera asumido que eran restos humanos.

—¡Maldita sea, Anita!, he estado haciendo esto por más de un año, y todavía estoy cometiendo errores estúpidos.

—No es estúpido, sólo son errores.

—¿Cuál es la diferencia? —preguntó.

Estaba pensando que lo que lo había hecho para vengarse, fue un error estúpido, pero decidí no decirlo en voz alta.

—¿Sabes la diferencia, Larry? Cuando uno llega a sentir lástima por uno mismo, sabrás la diferencia.

—No seas condescendiente, Anita.

La ira en su voz picaba más que las palabras. No necesitaba esto hoy. Realmente no.

—Larry, me encantaría calmar tu ego y hacer todo mejor, pero estoy fuera de todos los confites y colas de cachorro. Mi día no ha sido precisamente un barril de risas tampoco.

—¿Qué pasa? —preguntó.

Sacudí la cabeza.

—Vamos. Lo siento. Voy a escuchar.

Yo no estaba segura por dónde empezar, y no estaba dispuesta a decirle a nadie lo que había sucedido en la habitación del hospital, y menos a Larry.

—Yo no sé ni por dónde empezar, Larry.

—Trata —dijo.

—Richard es la maldad.

—Problemas de ex novio —dijo, sonaba casi divertido.

Le miré.

—No seas condescendiente, Larry.

—Lo siento.

—No es sólo eso. Antes de esta emergencia se acercó, y me pidieron que fuese a la Iglesia de la Vida Eterna. Malcolm estaba descansando en el sótano. Sus seguidores quieren que sea rescatado. Los bomberos quieren saber si pueden dejarle ahí hasta el anochecer, cuando se levanta por su cuenta.

—¿Y? —preguntó Larry.

—Entonces, yo no tengo la menor idea de cómo averiguar si Malcolm está vivo o muerto.

Me miró.

—Estás bromeando.

—Ojalá lo estuviera.

—Pero tú eres una bruja —dijo.

—Levanto zombies y un vampiro de vez en cuando, pero no puedo levantar a un maestro vampiro con el poder de Malcolm. Además, si pudiera. ¿Eso demostraría que estaba vivo o demostraría que estaba muerto? Quiero decir que si yo podría levantarlo, sólo puede significar que estaba listo para ser un zombi. Infierno, Jean-Claude puede estar despierto durante el día, tal vez Malcolm, también.

—¿Un zombie vampiro? —dijo Larry.

Me encogí de hombros.

—No lo sé. Yo soy la única persona que puede levantar como zombis a los vampiros, que yo sepa. No hay un montón de libros sobre el tema.

—¿Qué pasa con Sabitini?

—¿Quieres decir el mago?

—Levantó zombies como parte de su acto, y había vampiros en su oferta. He leído testimonios de ello.

—En primer lugar, murió en 1880. Un poco antes de mi tiempo. En segundo lugar, los vampiros son sólo copias que fueron con él. Era una forma de vampiro que normalmente habrían sido asesinados por el acto de caminar libremente entre la gente. Sabitini y sus mascotas vampiros, los llamaban.

—Nadie ha demostrado que era un fraude, Anita.

—Bien, pero está muerto y no salió en los diarios.

—Levántalo y pregúntale —dijo Larry.

Le miré el tiempo suficiente que tenía para pisar el freno rápido para

evitar embestir un coche delante de mí.

—¿Qué dijiste?

—Levanta a Sabitini y averigua si podía levantar a vampiros como tú puede. Es sólo un poco más de cien años muerto. Has levantado zombies mucho más viejos.

—Te perdiste el año pasado cuando una sacerdotisa vudú había levantado a un nigromante.

El zombie estuvo completamente fuera de control y comenzó a matar gente.

—Me has dicho al respecto, pero la sacerdotisa no sabía lo que era. Tú sabes lo que es, puedes tomar precauciones.

—No —dije.

—¿Por qué no? —dijo.

Abrí la boca, la cerré, porque yo no tenía una buena respuesta.

—Yo no apruebo resucitar a los muertos por curiosidad. ¿Sabes cuánto dinero me han ofrecido para levantar celebridades muertas?

—Todavía me gustaría saber lo que realmente sucedió con Marilyn Monroe —dijo.

—Cuando su familia venga y pregunte, tal vez lo haga. Pero yo no estoy planteando saber lo que pasó con la pobre mujer, porque una celebridad le de dinero a nuestro jefe.

—Hizo mucho dinero en nuestro jefe —dijo Larry—. El dinero suficiente que le envió Jamison por intentarlo. No lo pudo levantar. Demasiado tiempo muerto sin un mayor sacrificio.

Sacudí la cabeza.

—Jamison es un pito.

—Todos los demás en Reanimators, Inc. lo rechazaron.

—Por ejemplo —le dije.

Se encogió de hombros.

—Podría levantarla y preguntarle cómo murió, pero no delante de las cámaras. La pobre mujer fue acosada viva. Muerta, ella sigue siendo acosada. No parece justo.

—Eres un buen chico, Larry.

—No es suficiente para saber que los vampiros se queman hasta las cenizas y los restos óseos son humanos.

—No empieces, Larry. Es simplemente la experiencia. Me lo han dicho antes de que saliera hoy. A decir verdad, te va tan bien en el trabajo, que no

pensé en decirte.

—¿Supones que yo lo sabía? —dijo.

—Sí.

—He notado que el material de mi diario de conferencias han sido escaso últimamente. Solía tomar más notas en el trabajo contigo que las que he tomado en la universidad.

—Sin tantas notas últimamente, ¿eh? —dije.

—No, yo no había pensado en ello, pero no.

Él sonrió de repente y se iluminaron sus ojos, alejaron a los horrores de la época. Por un momento, él era el muchacho optimista que había aparecido por primera vez en mi puerta.

—¿Quieres decir que finalmente estoy aprendiendo a hacer el trabajo?

—Sí —dije—, tú. De hecho, si fueras más rápido en el gatillo, yo diría que estás bien. Pero es muy duro aprender todo, Larry. Surge algo y encuentras que realmente no sabes qué diablos está pasando después de todo.

—¿Tú también? —dijo.

—Yo también.

Tomó una respiración profunda y la dejó salir.

—Yo te he visto sorprendida una o dos veces, Anita. Cuando los monstruos consiguen algo extraño que no sabes lo que va bien, por lo general te pones muy desagradable, muy rápido.

Él tenía razón. Yo quería que no, porque ahora yo no sabía qué diablos estaba pasando. Yo no entendía lo que había sucedido con Nathaniel. Yo no sabía cómo las marcas trabajan con Richard. Yo no sabía cómo averiguar si Malcolm todavía estaba entre los muertos vivientes, o si se había cruzado en ese estado más permanente de la muerte de verdad. De hecho, yo tenía tantas preguntas y tan pocas respuestas, sólo quería irme a casa. Tal vez Larry y yo podíamos tomar una píldora, para el dolor y dormir hasta mañana. Seguramente mañana será un día mejor. Dios, yo esperaba.



# CUARENTA Y UNO

La casa seguía humeando cuando llegamos allí. Volutas de humo gris se levantaron de las vigas ennegrecidas como fantasmas en miniatura. Algún truco del fuego que había dejado la cúpula en lo alto del edificio intacta. Los pisos inferiores fueron destruidos y ennegrecidos, pero la cúpula se levantó como un faro blanco sobre el incendio. Parecía un gigante negro de dientes que había tomado un gran bocado de la casa.

El camión de bomberos tomó la mayor parte de la estrecha calle. Hubo una extensión de agua que se filtra a lo largo de la calle como un lago poco profundo. Los bomberos se metieron en el agua, enrollando millas de manguera sobre sus hombros.

Un oficial de policía uniformado nos paró bien atrás de la acción.

Abrí mi ventana y le enseñé mi identificación. Era de plástico la tarjeta y en espera oficial, pero no era una tarjeta de identificación. A veces los oficiales me dejan pasar, y a veces tenía que ir a pedir permiso. La Ley de

Brewster estaba pasando alrededor de Washington y les daría a los verdugos vampiros lo que equivalía a la condición de agente federal. No estaba segura de cómo me sentía al respecto. Se necesita un infierno de mucho más para hacer a un policía que sólo una placa, pero para mí personalmente, me encantaría tener una tarjeta de identificación.

—Anita Blake y Larry Kirkland, necesitamos ver al sargento Storr.

El oficial frunció el ceño ante el ID.

—Voy a tener que aclarar esto con alguien.

Suspiré.

—Bien, vamos a esperar aquí.

El oficial se fue en busca de Dolph, y esperamos.

—Solías discutir con ellos —dijo Larry.

Me encogí de hombros.

—Ellos están haciendo su trabajo.

—¿Desde cuándo dejaste de joder?

Le miré. Estaba sonriente, que le salvó de la remontada mordaz que había preparado.

Además, era agradable verlo sonreír por nada ahora.

—Estoy madurando, un poco. ¿Y qué?

La sonrisa se amplió a una cara de idiota, mi tío lo habría llamado así. Era como el siguiente paso de su boca, era casi tan divertido decir. Yo estaba apostando que no fue gracioso.

—¿Es que el amor con Jean-Claude te suavizó o fue el sexo normal?

Me sonrió con dulzura.

—Hablando de relaciones sexuales regulares, ¿cómo está la detective Tammy?

Se sonrojó primero. Yo estaba feliz.

El oficial estaba caminando por la calle mojada hacia nosotros con el detective Tammy Reynolds detrás. Ah, la vida era buena.

—Bueno, si no has visto a tu caramelo falta poco ahora —le dije.

Larry vio entonces. El color rojo se iluminó parecía el color de la llama en bruto, más rojo que su pelo. Sus ojos azules eran un poco abultados con el esfuerzo para respirar. El hollín había sido borrado, lo que le salvó la cara de verse como un hematoma de color rojizo.

—No vas a decir nada, ¿verdad, Anita? Tammy no le gusta que se burlen.

—¿A quién? —dije.

—Lo siento —dijo, hablando muy rápido antes de que pudieran llegar a nosotros—. Te pido disculpas. Nunca volverá a suceder. Por favor, no me avergüenzas delante de Tammy.

—¿Hacerte eso a ti?

—En un segundo caliente —dijo—. Por favor, no.

Estaban casi en el coche.

—No tires de mi pierna y no voy a tirar de la tuya —dije en voz baja.

—Trato hecho —dijo.

Me asomé por la ventana, sonriendo.

—Detective Reynolds, qué bueno verte.

Reynolds, frunció el ceño, porque rara vez me alegra de verla. Ella era una bruja y el primer detective de la policía con habilidades sobrenaturales más allá de los regalos psíquicos. Pero ella era joven, brillante, y trató de sólo un poco para ser mi amiga. Estaba sólo fascinada con el hecho de que resucito a los muertos. Ella quería saber todo sobre mí. Yo nunca había tenido una bruja que me hiciera sentir como un maldito freak. La mayoría de las brujas eran almas comprimidas. Quizá fue el hecho de que Reynolds era una bruja cristiana, un miembro de los seguidores del Camino. Una secta que se remonta a los gnósticos, que abrazó casi todas las habilidades mágicas. Todos ellos fueron eliminados, durante la Inquisición, debido al hecho de que sus creencias no les permiten ocultar su luz bajo el celemín, sino que sobrevivieron. Los fanáticos tienen una manera de hacer eso.

Reynolds era alta, delgada, pelo castaño y liso sobre sus hombros, y ojos color avellana, pero los califiqué verdes. Verde grisáceo con un gran círculo de color marrón claro alrededor de la pupila. Los gatos tienen ojos verdes. La mayoría de las personas no. Había tratado de ser mi amiga, y cuando yo no le dije sobre levantar a los muertos, había ido donde Larry. Había sido reacio en un principio por las mismas razones que yo, pero ella no me había ofrecido sexo.

Empujó Larry sobre el borde y en sus brazos.

No fue la parte de policía o de bruja que me ha molestado. Fue la parte religiosa-fanática. Pero cuando se comparten las sábanas con los muertos caminantes, recibes un montón de espacio para ser puta.

Le sonreí dulcemente.

Reynolds frunció el ceño. Yo nunca había estado tan contenta de verla antes.

—Es bueno verte también, Anita.

Su saludo fue prudente, pero parecía sincero. Siempre dispuestos a poner la otra mejilla. Un muy poco cristiano.

Estaba empezando a preguntarme si yo era todavía una buena cristiana. No tengo dudas de Dios. Dudaba de mí. Tener relaciones sexuales antes del matrimonio con un vampiro había sacudido mi fe en un montón de cosas.

Ella se inclinó en sus cinco pies en la ventana de junto a mí a Larry.

—Hola, Larry.

Su sonrisa era sincera, también. Sus ojos brillaban hacia él. Podía sentir las olas de lujuria, no el amor, va de ella a él como un cálido y vergonzoso calor.

El rubor se había ido de la frente de leche de Larry, estaba pálido, la salpicadura de pecas resaltaban más, como manchas de tinta marrón. Volvió sus grandes ojos azules a ella, y no me gustó la forma en que la miraba. No estaba segura de que era sólo la lujuria por parte de Larry. Tal vez no era para Reynolds, tampoco, pero no me preocupé por los sentimientos de ella, lo hice por Larry.

—Detective Reynolds —dijo.

¿Es mi imaginación o su voz fue un toque más profunda? Nah.

—Larry.

Una palabra llena de demasiado calor.

—¿Dónde quiere que estacione? —le pregunté.

Ella parpadeó, como si por un segundo había olvidado que estaba allí.

—Donde quiera.

—Bien.

Dio un paso atrás y me dejó estacionar, pero sus ojos se detuvieron en Larry. Tal vez fue más que la lujuria. Infiernos.

Hemos aparcado. Larry desató el cinturón de seguridad con cuidado, haciendo una mueca.

Yo había abierto la puerta para él en la estación de gas.

—¿Quieres que abra la puerta?

Se volvió rígido hacia la puerta, tratando de mantener la parte superior del cuerpo inmóvil. Se detuvo con la mano en el mango. Su respiración se hizo un poco entrecortada.

—Sí, por favor.

Yo hubiese abierto mi puerta, sólo por pura terquedad. Larry era realmente el más sabio de los dos.

Le abrí la puerta y le ofrecí una mano. Sacó, de empujón sus piernas, y

se puso de pie. Empezó quejarse del dolor, pero inclinó la espalda, lo que hizo que el dolor empeore.

Terminó de pie y derecho como pudo. Apoyado en el jeep, tratando de recobrar el aliento. El dolor le dejará sin aliento.

Reynolds estuvo de repente a nuestro lado.

—¿Qué pasa?

—Dile tú. Voy a ir hablar con Dolph.

—Claro —dijo Larry, con voz tensa.

Necesitaba estar en la cama, tumbado por los analgésicos. Tal vez no fue mucho más inteligente que yo.

No era difícil ver a Dolph. Pete McKinnon estaba con ellos. Era como caminar hacia dos pequeñas montañas.

Dolph lucía un traje oscuro recién planchado, camisa blanca impecable, corbata anudada contra el cuello. Él no podía ir así mucho tiempo con este calor. Incluso estaba sudado.

—Anita —dijo.

—Dolph.

—Sra. Blake, me alegro de verla de nuevo —dijo Pete McKinnon.

Le sonreí.

—Es bueno saber que alguien es feliz de verme.

Si Dolph se molestó, no le hizo caso.

—Todo el mundo te está esperando.

—Dolph siempre fue un hombre de pocas palabras —dijo Pete.

Le sonreí.

—Es bueno saber que no es nada personal.

Dolph frunció el ceño ante nosotros.

—Ustedes dos corten eso, tenemos trabajo que hacer.

Pete y yo sonreímos el uno al otro y seguimos a Dolph al otro lado de la calle mojada. Yo estaba feliz de estar de vuelta en mis Nike. Podía caminar tan bien como cualquiera de los hombres, en los zapatos adecuados.

Un hombre alto, delgado con un bigote gris me miraba paso a través de la calle, era un bombero. Todavía llevaba el casco y el abrigo en el calor de julio. Otros cuatro habían despojado hasta sus camisetas sólo iban en pantalones. Alguien había rociado hacia abajo con el agua. Parecían un anuncio de camisas mojadas. Estaban bebiendo Gatorade y agua como si su vida dependiera de ello.

—¿Un camión de Gatorade por puro gusto o se trata de un ritual arcano

de fuego? —pregunté.

Peter respondió:

—Hace un maldito calor en un incendio con el equipo completo. Te deshidratas. Agua para rehidratar y Gatorade para los electrolitos así no salen por el calor.

—Ah —dije.

El bombero que había enrollado la manguera se acercó a nosotros. Un triángulo delicado de la cara se asomó por debajo del casco. Ojos grises claros m miraban. Levantó la cara hasta la barbilla, de forma que se viera como si era un desafío. He reconocido los síntomas. Tenía mi propia montaña del tamaño de chip en mi hombro. Le sentía como pidiendo disculpas por asumir que no era un hombre, pero no lo hizo. Hubiera sido insultante.

Pete me presentó al hombre alto.

—Este es el capitán Fulton. Él es Comandante de Incidentes en este sitio.

Le ofrecí mi mano mientras seguía pensando en ello. Su mano era grande, de grandes nudillos. Me dio la mano, como si tuviera miedo de apretar demasiado, y cayó en contacto tan pronto como pudo. Apuesto a que no estaba contento como para tener a un personal femenino en su unidad.

Él presentó al personal contra incendios.

—Cabo Tucker.

Ella me ofreció su mano.

Ella tenía un fuerte apretón de manos y un contacto con los ojos tan sincero que era agresivo.

Le sonreí.

—Es bueno no ser la única mujer en el escenario.

Eso provocó una pequeña sonrisa en la cara. Le dio el más elemental de los movimientos de cabeza y dio un paso atrás, dejando que su capitán tomara el relevo.

—¿Cuánto sabes acerca de un lugar del incendio, Srta. Blake?

—Es la Sra. Blake, y no mucho.

Él frunció el ceño en la corrección. Sentí el cambio de Dolph junto a mí, desgraciada de mí. Su rostro no lo mostraba, pero casi lo sentía dispuesto, no ser un dolor en el trasero. ¿Quién, yo?

La Cabo Tucker me estaba mirando, la cara inmóvil como si estuviera

tratando de no reírse.

Uno de los otros bomberos se unió a nosotros. La camisa húmeda se aferró a un estómago que se requiere demasiados abdominales, pero he disfrutado de la vista de todos modos. Era alto, ancho de hombros, rubio, y parecía que debería haber estado llevando una tabla de surf o visitar a Barbie en la casa de sus sueños de Malibu. Había una mancha de hollín en su rostro sonriente, y sus ojos enrojecidos.

Le ofrecí la mano sin que se presentara.

—Soy Wren.

Nada de rango, sólo su nombre. Confianza.

Me sostuvo la mano un poco más de lo necesario. No era desagradable, sólo interesado.

Dejé sus ojos. No por timidez, sino porque es un error el contacto directo visual con los hombres, es como un señuelo. Tenía mucha carne de ternera en mi plato que podía manejar sin añadir a un bombero amoroso.

El capitán Fulton frunció el ceño ante Wren.

—¿Tiene usted alguna pregunta, Sra. Blake?

Destacó la Sra. por lo que sonaba como tres de Z al final.

—Hay un sótano lleno de vampiros que necesita rescatar sin exponerles a la luz del sol o de comerse a alguna de su gente, ¿no?

Me miró por un segundo o dos.

—Ese es el quid de la cuestión.

—¿Por qué no puedes dejarlos en el sótano hasta que sea noche completa? —le pregunté.

—La placa podría desplomarse en cualquier momento —dijo.

—Y los expondría a la luz solar y los mataría —le dije.

Él asintió.

—Dolph —dijo que un vampiro estaba cubierta con mantas, y fue llevado al hospital. ¿Es por eso que cree que los demás no pueden estar en sus ataúdes?

Él parpadeó.

—También hay un vampiro en la escalera que conduce abajo. Es…

Su mirada se posó, entonces me miró de repente, enojado.

—He visto a las víctimas de quemaduras, pero nada como esto.

—¿Estás seguro de que es un vampiro?

—Sí, ¿por qué?

—Debido a que los vampiros expuestos a la luz solar o al fuego

normalmente se queman completamente hechos cenizas y algunos fragmentos de hueso.

—Nosotros lo rociamos con agua —dijo Wren—. Pensé que era una persona en un principio.

—¿Qué le hizo cambiar de opinión?

Era mi turno para la mirada.

—Se movió. Era como quemaduras de tercer grado hasta el cartílago, músculo, huesos, y tendió la mano a nosotros. —Su rostro estaba pálido, encantado—. Ninguna persona pudo haber hecho eso. Conseguimos rociarle agua, pensando que tal vez podríamos salvarlo, pero dejó de moverse.

—¿Así que supone que estaba muerto? —le pregunté.

Los tres se miraron. El Capitán Fulton dijo:

—¿Quieres decir que no podría estar muerto?

Me encogí de hombros.

—Nunca hay que subestimar la capacidad de un vampiro para sobrevivir, capitán.

—Tenemos que volver allí y conseguir llevarlo a un hospital —dijo Wren.

Se volvió como si regresara a pie a la casa. Fulton lo cogió del brazo.

—¿Puede decirme si el vampiro está vivo o muerto?" Fulton preguntó.

—Creo que sí.

—¿Usted cree?

—Nunca he oído hablar de un vampiro sobrevivir al fuego. Así que sí, creo que puedo decir si está vivo. Si dijera otra cosa, estaría mintiendo. Trato de no hacerlo cuando es importante.

Él asintió con la cabeza dos veces, con rapidez, como si hubiera tomado una decisión acerca de mí.

—El pirómano arrojó un acelerador por todo el suelo, así que vamos a estar caminando en la parte superior del sótano que es la misma planta que estará por encima de nosotros.

—¿Y?

—Esa palabra no se va a celebrar, Sra. Blake. Voy a hacer de este un trabajo estrictamente voluntario para mi gente.

Miré su cara seria.

—¿Qué tan probable es que el piso se caiga y qué tan pronto?

—No hay manera de saberlo. Francamente, estoy sorprendido de que

no ha cedido hasta ahora.

—Es una casa de transición para la Iglesia de la Vida Eterna. Si es como el sótano que vi la última vez en casa de un Lifer, el techo es de hormigón armado con vigas de acero.

—Eso explicaría por qué no ha caído —dijo Fulton.

—Así que estamos a salvo, ¿verdad? —le pregunté.

Fulton, me miró y movió la cabeza.

—El calor podría haber debilitado el hormigón, o incluso debilitado la resistencia a la tracción de las vigas de acero.

—Así que podría caer —le dije.

Él asintió.

—Con nosotros en ella.

—Vamos a hacerlo.

Fulton me agarró del brazo y fue un agarre demasiado apretado. Me quedé mirándolo, pero él no se inmutó y no me dejó ir.

—¿Entiendes que podrías ser enterrada viva allá abajo o aplastada, ahogada o incluso si no hay agua suficiente?

—¡Suéltame, capitán Fulton!

Mi voz era tranquila, estable, no enojada. Punto para mí.

Fulton me soltó y retrocedió. Sus ojos parecían un poco salvajes. Estaba asustado.

—Sólo quiero que usted entienda lo que podría suceder.

—Ella entiende —dijo Dolph.

Tuve una idea.

—Capitán Fulton, ¿cómo te sientes acerca de enviar a tu gente a una trampa mortal potencial para ahorrar a un montón de vampiros?

Algo pasó a través de sus ojos oscuros.

—La ley dice que son personas. No dejo a las personas heridas o atrapadas.

—Pero —se lo solicite.

—Pero mis hombres tienen más valor para mí, más que un montón de cadáveres.

—No hace mucho me han traído malvaviscos y salchichas para el asado —le dije.

—¿Qué ha cambiado de opinión? —preguntó Fulton.

—Mantuve una reunión con demasiados seres humanos, eran tan monstruosos como los monstruos. Tal vez no daban miedo, pero eran igual

de malos.

—El trabajo policial arruinará tu punto de vista de tu prójimo —dijo la detective Tammy.

Ella y Larry se sumaron a nosotros. Larry le había tomado mucho tiempo para cruzar los astilleros. Era hacerle demasiado daño insistir que fuera dentro de la casa. Bueno.

—Voy a entrar, porque es mi trabajo, pero no me tiene que gustar —dijo Fulton.

—Bueno, pero si tenemos un derrumbe, es mejor ser sacados antes de la noche, porque sin el chaperón vampiro vamos a enfrentar un sótano lleno de vampiros nuevos que no pueden tener un perfecto control sobre el hambre.

Sus ojos se abrieron, mostrando demasiado blanco. Hubiera apostado dinero que Fulton había tenido un encuentro cercano del tipo colmillos una vez. No se observaron cicatrices en el cuello, pero eso no prueba nada. Los vampiros no siempre van para el cuello, no importa lo que dicen las películas. La sangre fluye cerca de la superficie en muchos lugares.

Me tocó el brazo a la ligera. Sentí la tensión de sus músculos, como una cadena con demasiados tirantes.

—¿Quién va a perder?

—¿Qué?

Él parecía tener dificultades para concentrarse en mí.

—¿A quién te quitó el vampiro?

Me miró, sus ojos oscuros se centraron en mí. Cualquiera que sea la imagen horrible estaba flotando detrás de sus ojos, se retiró. Su rostro era casi normal cuando dijo:

—Esposa, hija.

Esperé por si tenías algo más que decir, pero el silencio se reunió alrededor de nosotros en un alambique, una piscina profunda formada por todo el horror de esas dos palabras en voz baja. Esposa, hija. Ambos perdimos.

—Y ahora tienes que ir en la oscuridad y salvar a un poco de sanguijuelas y correr el riesgo de sí mismo y su gente. Eso realmente apesta.

Tomó una respiración profunda por la nariz y la dejó escapar lentamente. Lo vi hacerse con el control de sí mismo, lo vi construir sus defensas pieza por pieza.

—Yo quería dejar que se queme cuando me enteré de lo que había dentro.

—Pero no lo hizo —le dije—. Hizo su trabajo.

—Pero el trabajo no está hecho —dijo en voz baja.

—La vida apesta —dije.

—Y entonces te mueres —Larry terminó la frase para mí.

Me volví y le frunció el ceño, pero era difícil de discutir. Hoy en día, tenía razón.



# CUARENTA Y DOS

Los dos mordedores, como Dolph tan poéticamente los llamaba, era una mujer pequeña, de unos treinta años. Su cabello castaño estaba recogido en una coleta dejando apretado el cuello y el vampiro dolorosamente visible. Monstruos vampiros, la gente que simplemente le gustaba a los vampiros de turno sexual complemento, ocultaron las marcas de sus dientes a menos que fuera en un lugar no visible. Los miembros humanos de la Iglesia de la Vida Eterna, casi siempre se aseguraban que las picaduras fueran visibles. Mangas cortas, si las marcas estaban en la muñeca o en la curva del codo. Estaban orgullosos de las mordeduras, las veían como un signo de la salvación.

El conjunto superior de marcas de colmillos eran más grandes, la piel roja y más desgarrada.

Alguien no había sido cuidadoso con la comida. La segunda marca fue casi delicada, mediante intervención quirúrgica limpia. El nombre de dos

mordedores era Caroline, y se puso de pie abrazándose a sí misma como si tuviera frío. Ya que es posible probablemente freír huevos en la acera, no pensé que tenía frío, o al menos no ese tipo de frío.

—¿Querías verme, Caroline?

Ella asintió, la cabeza subiendo y bajando como uno de esos perros que solía ver en la parte trasera de los coches.

—Sí —dijo, con voz entrecortada.

Ella miró Dolph y a McKinnon, luego a mí. La mirada era suficiente. Ella quería privacidad.

—Voy a llevar a Caroline para dar un paseo. ¿Si eso está bien?

Dolph asintió.

—La Cruz Roja tiene café y refrescos —dijo McKinnon.

Se refirió a un camión pequeño con una cubierta tipo camper. Voluntarios de la Cruz Roja dan café y consuelo a los policías y los bomberos. No los veía en cada escena del crimen, pero lleguen a su cuota.

Dolph captó mi mirada y asintió. Confió en mí para interrogarla sin él, confiar en mí para traer de vuelta cualquier información que se referían a la delincuencia. El hecho de que todavía confiaba en mí hizo que gran parte del día un poco más brillante.

Algo sucedió.

También fue agradable estar haciendo algo útil. Dolph se reusaba a darme la escena. Ahora se paralizó todo. Fulton sólo no estaba dispuesto a arriesgar su gente por los cadáveres. Pero eso no fue todo. Si hubiera habido seis personas allí, nos es apto para rescatarlas se arriesgaría, pero ellos no eran humanos, y no importa lo que la ley dice, hizo una diferencia.

Dolph tenía razón, antes de Addison V. Clark, había adquirido un equipo de bomberos aquí para asegurarse de que no se extendiera el fuego a las otras casas, pero tendría que dejar que se queme. Procedimiento operativo estándar.

Pero eso fue hace cuatro años, y el mundo había cambiado. O al menos eso nos dijimos. Si los vampiros no estaban en los ataúdes y el techo se derrumba, se verían expuestos a la luz solar, y eso sería todo. Los bomberos habían utilizado un hacha en la pared junto a la escalera para que pudiera ver el cadáver del segundo vampiro. Era crujiente polvo. Yo no tenía explicación de por qué el cuerpo había permanecido tan intacto. Ni siquiera estaba un cien por ciento segura de que la noche que viene lo curaría. Eso incluso podría esperarse. Pero el cuerpo estaba tan quemado,

como palos negros y piel marrón, los músculos de la cara se habían alejado para salir los dientes, con colmillos, en una mueca que parecía dolor. El Bombero Wren me ha explicado que los músculos se contraen con el calor suficiente para romper los huesos a veces. Justo cuando crees que sabes todo lo horrible de la muerte, se entere de que estás equivocado.

Tuve que pensar en el cuerpo como una «cosa» o no podría mirarlo. Caroline había conocido al vampiro. Creo que ella estaba teniendo un problema mucho más pensando en el cuerpo como él.

Ella consiguió un refresco de la buena señora de la Cruz Roja. Incluso recibí una Coca-Cola, lo que significaba que fue muy caliente para mí pensar en el café.

La llevé al patio delantero de una casa vecina, donde nadie había llegado para comprobar la escena. Las cortinas estaban cerradas, el camino de entrada vacío. Todos se han ido para el día. El único signo de vida fue una mariposa cola de milano negro, flotando. Tranquilo. Por un momento me pregunté si la mariposa era una de las mascotas de Warrick, pero no había sensación de poder. Era sólo una mariposa flotando como un pequeño cometa de papel sobre el patio. Me senté en la hierba. Caroline se unió a mí, alisando sus pantalones cortos de color azul pálido en la parte trasera, como si ella estaba más acostumbrada a usar faldas. Ella tomó un trago de refresco. Ahora que la tenía allí, no parecía saber cómo empezar.

Podría haber funcionado mejor si la esperaba para comenzar, pero mi paciencia se había agotado hace mucho tiempo. No era una de mis virtudes, para empezar.

—¿Qué quieres decirme? —le pregunté.

Ella colocó su lata de refresco con cuidado sobre la hierba, las manos finas suavizaban el dobladillo de sus pantalones cortos. Tenía un claro esmalte de uñas de color rosa en sus uñas cortas a juego con las rayas rosadas en la parte superior de la camiseta. Mejor que el color azul claro, supongo.

—¿Puedo confiar en usted? —preguntó con una voz tan frágil y pálida como parecía.

Odio que me hagan preguntas de ese estilo. Yo no estaba de humor para mentir.

—Tal vez. Depende de lo que deseas confiarme.

Caroline pareció un poco sorprendida, como si se hubiera esperado que le dijera seguro.

—Eso fue muy honesto de usted. La mayoría de las personas responden sin pensar en ello.

Algo en la manera en que lo dijo me hizo pensar que Caroline había mentido muchas veces, por gente que había confiado.

—Trato de no mentir, Caroline, pero si tienes información que nos ayudará aquí, tienes que decirme.

Tomé un trago de mi refresco y traté de parecer casual, no forzando mi cuerpo tenso, no para demostrar lo mucho que quería simplemente gritarle hasta que me dijera lo que sabía. Corta la tortura, no puede hacer que la gente habla, en realidad no. Caroline quería decirme sus secretos. Tenía que mantener la calma y dejar que ella lo haga. Si fuese demasiado ansiosa o abusiva, bien que hacía a veces y lo dice todo, o callarse y dejar que nos consuma la putrefacción. Nunca se sabía de qué manera se iría, por lo que prueba mi paciencia en primer lugar. Siempre se puede intimidar más tarde.

—He sido el contacto humano para esta casa de medio camino durante tres meses. El tutor que supervisó a los más jóvenes se llama Giles. Era fuerte y poderoso, pero estaba atrapado en su ataúd hasta que la oscuridad regresara. Entonces, hace dos noches se despertó en la mitad del día. Primera vez para él. La de la escalera tiene que ser uno de los más jóvenes vampiros.

Ella me miró, con sus anchos ojos marrones. Se inclinó hacia mí, bajando la suave voz aún más. Tenía que apoyarme en ella sólo para escuchar su voz, tan cerca que rozó mi cabello con su hombro.

—Ninguno de los más jóvenes se ha muerto en dos años. ¿Entiendes lo que eso significa?

—Esto significa que no deberían haber aumentado durante el día. Esto significa que el de la escalera debería haber sido reducidos a cenizas.

—Exactamente —dijo.

Parecía aliviada por fin encontrar a alguien que entiende.

—¿Se levantó temprano para ser restringido en la casa de tu mitad de camino?

Sacudió la cabeza, murmurando ahora. Pusimos nuestras cabezas juntas, como alumnos de primer grado hablando en clase. Yo estaba lo suficientemente cerca para ver las finas líneas rojas en los ojos. Caroline había estado perdiendo el sueño por algo.

—Cada casa y toda la iglesia de repente empezó a tener vampiros levantándose temprano. El hambre parecía peor en los jóvenes. —Su mano

fue a su cuello y sobre la herida sucia—. Ellos eran más difíciles de controlar, incluso por los guardianes.

—¿Alguna persona tiene alguna teoría de por qué esto estaba ocurriendo? —le pregunté.

—Malcolm pensó que alguien estaba interfiriendo con ellos.

Había varios candidatos para que puedan estar interfiriendo con los vampiros, pero no estábamos aquí para conseguir mis respuestas. Estamos aquí para obtener respuestas de Caroline.

—¿Tienes alguna idea acerca de quién puede ser?

—¿Sabe acerca de nuestros ilustres visitantes? —preguntó ella, con la voz aún más baja, como si tuviera miedo a decir la última.

—Si te refieres al Consejo Vampiro, los he conocido.

Ella se alejó de mí, entonces, sorprendida.

—Se reunió con ellos —dijo—. Pero Malcolm no ha cumplido todavía.

Me encogí de hombros.

—Ellos pagaron sus… Respeta al maestro de la ciudad.

—Malcolm dijo que se pondría en contacto con nosotros cuando ellos estuvieran listos. Vio su llegada como una señal de que el resto de los vampiros estaba dispuesto a abrazar la fe verdadera.

Yo no iba a sentarme allí y decirle por qué el Consejo realmente había llegado a la ciudad. Si la Iglesia no lo sabía, no necesitaba saberlo.

—No creo que el Consejo piense mucho sobre la religión, Caroline.

—¿Por qué si no iban a venir?

Me encogí de hombros.

—El consejo tiene sus razones.

No era una mentira, crípticos como el infierno, pero no una mentira.

Ella pareció aceptar la declaración. Tal vez se utilizó para una mierda críptica.

—¿Por qué el Consejo nos quiere hacer daño?

—Tal vez no lo ven como un daño.

—Si los bomberos bajan allí para salvar a los jóvenes y se despiertan sin un tutor…

Llevó las rodillas al pecho, abrazando las piernas.

—Van a subir como aparecidos, bestias sin sentido, hasta que se hayan alimentado. La gente podría estar muerta antes de que tomen su control. —Me tocó el hombro—. Usted tiene miedo de ellos, ¿no?

Yo nunca había conocido a un miembro humano de la iglesia que

tuviera miedo de los vampiros, sobre todo, no uno que era donador de sangre como un enlace humano.

Ella bajó el escote de su camiseta hasta que pude ver las copas de sus senos pequeños. Había una marca de mordedura en la carne pálida de un pecho que se parecía más a una mordedura de perro que una hecha por un vampiro. La carne se había golpeado mal, como si el vampiro la hubiese retirado casi tan pronto como había empezado a succionar.

—Giles tuvo que tirar de él fuera de mí. Tenía que detenerlo. Yo sabía que si Giles no había estado allí, me habría matado. No quería venir más, pero sólo yo era la comida.

Ella cubrió de nuevo su mordedura y se volvió a abrazar a sus piernas bajo el sol caliente de julio.

—¿Cuánto tiempo has estado con la Iglesia, Caroline?

—Dos años.

—¿Y esta es la primera vez que te has asustado?

Ella asintió.

—Han sido muy cuidadosos en torno a usted, entonces.

—¿Qué quieres decir? —preguntó ella.

Le mostré las cicatrices de mi brazo izquierdo.

—El montículo de tejido cicatricial en el hueco es donde un vampiro me mordió. Me rompió la clavícula. Yo podría correr con la mala suerte de no poder usar de nuevo el brazo.

—¿Qué pasa aquí?

Ella tocó las marcas de la garra que colgaba por la parte inferior del brazo.

—Una bruja *cambiaformas*.

—¿Y la quemadura en forma de cruz?

—Los seres humanos que habían tenido unos pocos bocados como tú pensaron que era divertido, me hicieron esta marca. Así se divertían hasta que su amo se levantó por la noche.

Sus ojos estaban muy abiertos.

—Pero los vampiros en la Iglesia no son así. Nosotros no somos así.

—Todos los vampiros son así, Caroline. Algunos de ellos se controlan mejor que otros, pero todavía tienen que alimentarse de seres humanos. En realidad no se puede respetar algo que ven como la comida.

—Pero tú estás con el Maestro de la ciudad. ¿Confías en él?

Pensé en ello y respondí con sinceridad.

—A veces.

Sacudió la cabeza.

—Pensé que sabía lo que quería. Lo que iba a hacer por toda la eternidad. Ahora yo no sé nada. Me siento… perdida.

Sus lágrimas empezaron a brotar de sus ojos.

Puse mi brazo sobre sus hombros, y se inclinó hacia mí, aferrándose a mí con sus pequeñas uñas, cuidadosamente pintadas. Lloró en silencio, sólo el temblor de su respiración la traicionaba.

La abracé y la dejé llorar. Si los bomberos iban hacia la oscuridad y seis vampiros recién muertos se levantaban como aparecidos, los bomberos habrían muerto o estaría obligada a matar a los vampiros. De cualquier manera, no es una situación agradable.

Teníamos que averiguar si los vampiros estaban vivos, necesitan algún tipo de control sobre ellos. Si el Consejo estaba causando los problemas, tal vez podría ayudar a solucionarlo.

Cuando grandes vampiros malos vienen a la ciudad para matarme, yo no suelo recurrir a ellos para que me ayuden. Pero estábamos tratando de salvar a los vampiros que viven aquí, no sólo humanos. Tal vez me ayudarían. Tal vez no lo harían, pero no podría perder nada por preguntar. Muy bien, podrían dañarme por preguntar, y probablemente lo haría.



# CUARENTA Y TRES

Incluso por teléfono, me di cuenta de que Jean-Claude se sorprendió a mi idea de pedir al Consejo ayuda. Es una conjetura. Fue, literalmente, sin habla. Era casi la primera vez.

—¿Por qué no pedir su ayuda?

—Ellos son el Consejo, *ma petite* —dijo, con voz casi entrecortada por la emoción.

—Exactamente —le dije—. Ellos son los líderes de tu pueblo. El liderazgo no se trata sólo de los privilegios. Tiene una etiqueta de precio.

—Díselo a tus políticos en Washington, en sus trajes de tres mil dólares —dijo.

—Yo no he dicho que lo hicimos mejor. Ese es el punto. Ellos han ayudado a formar este problema. Ellos pueden, por Dios, ayudar a solucionarlo. —Tuve un mal pensamiento—. A menos que lo estén haciendo a propósito —le dije.

Dio un largo suspiro.

—No, *ma petite*, no es a propósito. No me di cuenta que estaba pasando con los demás.

—¿Por qué no les está sucediendo a nuestros vampiros?

Creo que él se rió.

—¿Nuestros vampiros, *ma petite*?

—Sabes lo que quiero decir.

—Sí, *ma petite*, sé lo que quieres decir. Has estado protegiendo a nuestro pueblo.

—No te lo tomes a mal, pero me sorprende que el jugo que mantiene al Consejo lo enreden con su gente.

—En verdad, *ma petite*, yo también.

—¿Así que tú eres más poderoso que Malcolm ahora?

—Eso parece —dijo en voz baja.

Pensé en ello durante un minuto.

—Pero ¿por qué levantarse temprano? ¿Por qué el aumento del hambre? ¿Por qué el Consejo quiere que esto esté sucediendo?

—Ellos no lo quieren, *ma petite*. Es simplemente un efecto secundario de su proximidad.

—Explica —dije.

—Su presencia les da poder a los vampiros sin protección adicional: levantarse temprano, tal vez otros regalos. El apetito más voraz y falta de control de los más jóvenes puede significar que el Consejo ha decidido no alimentar, mientras que en mi territorio. Sé que el Viajero puede llevar la energía a través de vampiros menores sin contar con ellos.

—¿Así que él forma parte de la sangre que beben?

—*Oui, ma petite*.

—¿Es el alimento de los demás? —le pregunté.

—Si todos los miembros de la Iglesia experimenta esta dificultad, yo diría que no. Creo que el Viajero ha encontrado una de pérdida de energía para todos ellos, aunque no puedo imaginar a Yvette esperar hasta la noche sin causar dolor a alguien.

—Ella ha tomado a Warrick.

En el momento en que lo dije, me di cuenta que no había tenido la oportunidad de decirle a Jean-Claude acerca de la poca excursión durante el día de Warrick, o su advertencia. Jean-Claude había despertado de su sueño, mientras yo estaba en el hospital rodead de hombres-animales.

Desde entonces me había pasado de una emergencia a otra.

—Warrick me vino a visitar mientras estuve fuera durante el día —le dije.

—¿Qué quieres decir, *ma petite*?

Le dije. Todo.

Se quedó en silencio. Sólo su suave respiración me hace saber que seguía allí. Por último, habló.

—Yo sabía que Yvette llegó al poder a través de su maestro, pero no me di cuenta que tenía la capacidad de amortiguar a Warrick. —Se echó a reír de repente—. Tal vez por eso no me di cuenta que era un vampiro maestro mientras yo estaba con el Consejo por primera vez. Tal vez mi amo, también, tuvo la prevención del progreso de mis facultades.

—¿Warrick cambiará nuestros planes? —le pregunté.

—Estamos comprometidos a un entretenimiento formal, *ma petite*. Si nos negamos a pagar el precio de tu hombres-leopardo, entonces le daremos a Padma e Yvette la excusa que necesitan para superarnos. Romper la fe una vez dada su palabra es casi imperdonable es un pecado entre nosotros.

—Nos he puesto en peligro —dije.

—*Oui*, pero siendo quien eres, no se podía hacer menos. Warrick es un vampiro maestro, ¿quién lo hubiera pensado? Ha sido el juguete de Yvette durante tanto tiempo.

—¿Cuánto tiempo? —le pregunté.

Jean-Claude se quedó callado por un latido del corazón o dos, entonces.

—Él era un caballero de las Cruzadas, *ma petite*.

—¿Qué cruzada? Hubo varias —le dije.

—Es tan agradable hablar con alguien que conoce su historia, *ma petite*. Pero has estado cerca de él. ¿Qué edad tiene?

Pensé en ello.

—Novecientos, más o menos.

—¿Qué significa?

—No me gusta ser interrogada, Jean-Claude. La Primera Cruzada fue en el año 1000.

—Exactamente.

—Así que Yvette era vieja, incluso entonces —dije.

—¿No sabes su edad?

—Ella es una de mil años. Pero es un suave mil. He conocido a los

vampiros de su edad que me asustan el infierno. Ella no.

—Sí, Yvette es terrible, pero no por su edad o su poder. Ella puede vivir hasta el fin del mundo y nunca va a ser un maestro entre nosotros.

—Y por eso te quejas —le dije.

—Simplificando, pero con precisión, *ma petite*.

—Voy a preguntarle al Viajero si puede ayudarme.

—Hemos negociado toda la ayuda que alguna vez pudimos obtener de ellos, *ma petite*. No pongas más a tu deuda. Ruego esto de ti.

—Nunca me has rogado nada —dije.

—Entonces, escúchame ahora, *ma petite*. No hagas esto.

—Yo no voy a negociar —le dije.

Él dejó escapar un suspiro.

—Bien, *ma petite*, muy bien.

—Yo sólo voy a preguntar.

—*Ma petite, ma petite*, ¿qué te acabo de decir?

—Mira, estamos tratando de salvar la vida de varios vampiros aquí, no sólo humanos. Los vampiros son legales en este país. No sólo significa que obtienen privilegios. Viene con un precio. ¿O debería?

—¿Vas a apelar al sentido de justicia del Consejo?

No se preocupó de mantener la incredulidad de su voz. De hecho, jugó con en él. Dicho así sonaba tonto, pero…

—El consejo tiene parcialmente la culpa de lo que está pasando. Han puesto en peligro su propia gente. Los buenos líderes no hacen eso.

—Nadie los acusa de ser buenos líderes, *ma petite*. Simplemente son. No es una cuestión buena o mala. Lo tememos, y eso es suficiente.

—Tonterías. Eso no es suficiente. No es ni siquiera cercano a lo suficiente.

Suspiró.

—Sólo prométeme que no negociarás con ellos. Haz tu solicitud, pero no les ofrezcas nada por su ayuda. Debes jurarme esto, *ma petite*. Por favor.

Era el «por favor» por lo que lo hice, y el miedo en su voz.

—Te lo prometo. Es tu trabajo para hacer esto. No negociaré para conseguir a alguien hacer lo que debe hacer en primer lugar.

—Eres una maravillosa combinación de cinismo e ingenuidad, *ma petite*.

—¿Crees que es ingenuo esperar que el Consejo ayude a los vampiros de esta ciudad?

—Ellos se preguntarán qué es para ellos, *ma petite*. ¿Qué vas a decir?

—Les diré que es su deber, y los llamaré cabrones honorarios si no lo hacen.

Le hice reír.

—Yo tendría que pagar para escuchar esta conversación.

—¿Serías útil para que puedas escuchar?

—No. Si sospechan que esto es mi idea, exigirán un precio. Solamente tú, *ma petite*, esto podría ser ingenuos ante ellos y la esperanza de que lo crean.

Yo no me considero ingenua, y me molestaba que lo hiciera. Por supuesto, fue casi tres siglos de más edad que yo. Madonna probablemente le pareció ingenua.

—Yo te diré cómo va.

—¡Oh! el Viajero hará muy cierto, que yo sepa el resultado.

—¿Estoy a punto de meterte en problemas?

—Ya estamos en problemas, *ma petite*. ¡No puede ser mucho más profundo!

—¿Era mi intención ser reconfortante? —le pregunté.

—Un *peu* —dijo.

—Eso significa «un poco», ¿verdad?

—*Oui, ma petite. Vous disponer un apprendre*.

—Basta ya —le dije.

—Como quieras.

Bajó la voz a un susurro seductor, como si no fuera ya la voz de los sueños húmedos.

—¿Qué estabas haciendo cuando me desperté hoy?

Casi se me había olvidado de mi pequeña aventura en el hospital. Ahora bien, las imágenes se precipitaron de nuevo, lo suficiente para producir calor en mi cara.

—Nada.

—No, no, *ma petite*, no es correcto. Sin dudas hiciste algo.

—¿Stephen y Nathaniel llegaron a la casa?

—Ellos lo hicieron.

—Excelente. Voy a hablar contigo más tarde.

—¿Te niegas a contestar a mi pregunta?

—No, yo no sé una versión corta, que no me haga sentir como una puta. No tengo tiempo para la versión larga en estos momentos. Por lo tanto,

¿puedes esperar?

—Voy a esperar por toda la eternidad, si mi señora lo pide.

—¿Puede la basura? Jean-Claude.

—Sí, te deseo suerte con el Consejo, por favor, ¿qué más necesitas?

—Sí, sí.

—Está bien ser una mujer, Anita. No es malo ser una mujer.

—Trata de ser yo, y luego hablas conmigo —le dije. Me colgó.

«Mi señora» sonaba como a mi perro. Propiedad. Yo era su siervo humano. Corto de matarlo, yo no podía cambiar eso. Pero yo no le pertenecía. Yo no pertenecía a nadie, yo me pertenecía. Y así era como me iba a dirigir al Consejo, como yo: Anita Blake, verdugo de los vampiros, enlace de la policía de los monstruos. No quieren escuchar al siervo humano de Jean-Claude, pero que pueden escuchar a mí.



# CUARENTA Y CUATRO

Thomas contestó el teléfono en el circo.

—¿Tiene que hacer el trabajo lacayo? —le pregunté.

—¿Perdón? —dijo.

—Lo siento, es Anita Blake.

Se quedó callado un segundo.

—Lo siento, no estamos abiertos a los negocios hasta la noche.

—¿Está Fernando allí?

—Sí, es cierto. Cuando caiga la noche.

—Necesito hablar con el Viajero, Thomas. Estoy pidiendo este asunto en nombre de la policía, no como siervo humano de Jean-Claude. Tenemos algunos vampiros en problemas, y creo que puede ayudar.

—Sí, tienen reservas —dijo.

Le di el número de teléfono del coche de Dolph.

—No tenemos mucho tiempo, Thomas. Si no me ayudas, me tengo que

ir con los policías y bomberos por mi cuenta.

—Espero verte esta noche. Colgó.

La vida sería mucho más fácil si Fernando estuviese muerto. Además, yo había prometido a Sylvie que lo mataría. Siempre trato de mantener mi promesa.

Dolph se apoyaba en la puerta queriendo saber lo que pasaba, cuando sonó el teléfono. Le miré. Él asintió y se alejó. Contesté.

—Sí.

—Me dijeron que necesitabas hablar conmigo.

Me preguntaba qué labios estaba usando, de quien era el cuerpo.

—Gracias regresar mi llamada, Viajero.

Un poco de cortesía no hace daño.

—Thomas fue sorprendentemente elocuente en tu nombre. ¿Qué quieres de mí?

Le expliqué lo más brevemente posible.

—¿Y quieres hacer tuyo este problema?

—Puede dejar de tomar la energía a través de ellos. Eso ayudaría.

—Entonces tengo que alimentarme de seres humanos vivos. ¿Hay alguien que se ofrece en tu lugar para cada uno de mis usos?

—No, no ofrezco, no hay gangas. Este es un asunto de la policía, Viajero. Hablo con la autoridad de la ley humana detrás de mí, no, con la de Jean-Claude.

—¿Qué es el derecho humano para mí? ¿Para nosotros?

—Si vamos allí y nos atacan a nosotros, voy a terminar matando a algunos de ustedes. Ellos pueden matar a los policías, los bomberos. Esa es la mala publicidad de la Ley de Brewster que se decidió en el otoño. El consejo ha dejado que todos los vampiros en este país dejen la lucha entre ellos hasta que se finalice la ley. ¿Seguramente el sacrificio de policías está prohibido también?

—Está —dijo.

Su voz era tan cuidadosa. Él no me dio nada. Yo no sabía si estaba enfadado o divertido o no le importó nada de cualquier manera.

—Les estoy pidiendo que me ayude a salvar la vida de sus vampiros.

—Ellos pertenecen a esta Iglesia. Ellos no son míos —dijo.

—Pero el Consejo es la dirección general de los vampiros, ¿verdad?

—Estamos en su ley fundamental.

No me gustó el fraseo, pero siguió adelante.

—Se puede averiguar caso por caso si los vampiros están vivos o muertos en los edificios incendiados. Podrías mantener a los vampiros de levantarse temprano y evitar que nos ataquen.

—Creo que sobreestimas mis poderes, Anita.

—Yo no lo creo —le dije.

—Si Jean-Claude nos proporciona… alimentos, estaré más que feliz de poner fin a los préstamos de los otros.

—No, no recibe nada de esto, Viajero.

—Si no me dan nada, no te doy nada —dijo.

—¡Maldita sea!, esto no es un juego.

—Somos vampiros, Anita. ¿No comprendes lo que eso significa? Estamos al margen de tu mundo. ¿Qué te afecta lo que nos suceda?

—Tonterías. Algunos fanáticos están aquí, tratando de duplicar el infierno de nuevo. Eso les afecta. Gideon y Thomas han tenido que rechazar a los invasores mientras dormía. Eso les afecta.

—No importa. Estamos en el mundo, pero el mundo no está en nosotros —dijo.

—Mire, puede haber funcionado en el 1500 o cuando sea, pero en el minuto en que los vampiros se convirtieron en ciudadanos legales, cambió. Se llevaron al vampiro al hospital en una ambulancia. Ellos están haciendo todo lo posible para mantenerlo con vida, cualquiera que sea el infierno que significa para ustedes. Los bomberos están arriesgando sus vidas para entrar en edificios incendiados para salvar a los vampiros. Los fanáticos están tratando de matarte, pero el resto de nosotros los seres humanos están tratando de salvarlos.

—Entonces ¿son tontos? —dijo.

—Tal vez —le dije—, pero los pobres seres humanos han tomado juramento para proteger y servir. Honramos nuestras promesas.

—¿Estás insinuando que yo no?

—Estoy diciendo que si no nos ayuda aquí, hoy, entonces no son dignos de ser del Consejo. No son líderes. Es un parásito alimentado por el temor de sus seguidores. Los verdaderos líderes no dejan a su gente morir, no si se pueden salvar.

—Parásitos. ¿Puedo decir al resto del Consejo, tu opinión tan alta de nosotros?

Estaba enojado ahora. Yo sentía la rabia a través de la línea.

—Sí, dígalo a todos. Pero recuerde esto, Viajero, los vampiros no sólo

pueden ganar privilegios de la ciudadanía legal. También ganan responsabilidades a la ley humana que les hizo legales.

—¿Es eso así?

—Sí, así es. Es un misterio su mundo, pero no una parte de ella pudo haber funcionado en el pasado. Pero bienvenidos al siglo XX, porque es lo que significa estatus legal. Una vez que eres ciudadano que paga impuestos, negocios propios, casarse, heredar, tener hijos, no se puede ocultar en alguna cripta, en alguna parte y contar las últimas décadas. Eres una parte de nuestro mundo actual.

—Voy a pensar en lo que has dicho, Anita Blake.

—Cuando deje de hablar por teléfono con usted, me voy dentro de la casa. Vamos a comenzar a llevar a los vampiros en bolsas para protegerlos en caso de que el piso se venga abajo. Si se levantan como aparecidos, ya que estamos por hacerlo, va a ser un baño de sangre.

—Soy consciente de los problemas —dijo.

—¿Es consciente de que es la presencia del Consejo, que les da energía a la posibilidad de levantarse más temprano en el día?

—No puedo cambiar el sentido que nuestra presencia tiene en los vampiros menores de Malcolm. Si desea reivindicar la condición de maestro, entonces es su deber de mantener a su gente a salvo. No puedo hacerlo por él.

—¿No se puede o no quiere? —le pregunté.

—No se puede —dijo.

—Hmmm. Tal vez haya sobreestimado su poder. Mis disculpas.

—Aceptadas, y entiendo lo raro que es para ti pedir disculpas por nada, Anita.

El teléfono se cortó.

Pulsé el botón que desactiva la línea de zumbido.

Dolph regresó cuando bajé del coche.

—¿Y bien? —preguntó Dolph.

Me encogí de hombros.

—Parece que vamos por nuestro riesgo con los vampiros.

—No se puede depender de ellos, Anita, no para ir seguros. —Tomó mi mano, algo que nunca había hecho, y la apretó—. Esto es con todo lo que puedes contar. Un humano a otro. A los monstruos no les importamos una mierda. Si crees que les importa, entonces te estás engañando.

Dejó caer la mano y se marchó antes de que pudiera pensar en una

respuesta. Igual de bien.

Después de hablar con el Viajero, no estaba segura si tenía una.



# CUARENTA Y CINCO

Una hora más tarde, estaba vestida con un traje de Materiales Peligrosos-Haz-Mat para abreviar. Es voluminoso, por decir lo menos, y se convirtió en un sauna portátil en el calor de San Luis. Cinta adhesiva fuerte fue envuelta alrededor de los codos y muñecas, para asegurar el sello entre los guantes y las mangas. Me salí de las botas en dos ocasiones, por lo que lo pegué en las piernas, también. Me sentía como un astronauta que había ido al viaje equivocado. Para colmo, había un tanque de oxígeno, un aparato respiratorio autónomo, atado a la espalda. Añade un submarino y tienes SCUBA, pero no estábamos planeando ir bajo el agua. Yo estaba agradecido por ello.

Tenía una máscara que cubría toda mi cara en lugar de una boquilla con el regulador, pero aparte de eso, fue malditamente cerca de un equipo de buceo. Tengo mi certificación de buceo. Lo tengo de la universidad y lo mantengo actualizado. Si se deja pasar, tienes que tomar el curso de

formación otra vez. La actualización es menos dolorosa. Yo iba a retrasar ponerme la máscara el mayor tiempo posible. Debido a un accidente de buceo en la Florida, tengo claustrofobia ahora. No son un problema los ascensores, pero encerrada con una máscara sobre a mi cara y el casco de Haz-Mat sobre mi cabeza estaba aterrada y no sabía qué hacer al respecto.

—¿Crees realmente que todo esto es necesario?

Le pregunté por enésima vez. Si sólo me diera un casco de fuego regular con el aparato respiratorio autónomo, podría manejar la situación.

—Si vas con nosotros, sí —dijo el cabo Tucker.

Sus tres pulgadas de altura adicional no sirvió de mucho.

—Existe la posibilidad de contaminación de enfermedades si hay cadáveres flotando en el sótano —dijo el teniente Wren.

—¿Realmente habrá gran cantidad de agua en el sótano?

Se miraron.

—Nunca has estado en una casa después de un incendio, ¿verdad? —preguntó Tucker.

—No.

—Lo entenderás una vez que estemos adentro —dijo.

—Bien.

—No es mi intención preocuparte —dijo.

Tucker no tenía mucho sentido del humor, y Wren hablaba demasiado. Había sido totalmente demasiado solícito mientras nos retorcíamos en los trajes. Estaba seguro de que me había impactado con sexapil y ahora estaba perdiendo una radiante sonrisa en mí. Pero no era nada demasiado evidente. Nada bastante obvio para mí decir, mira tengo un novio.

Por todo lo que sabía, él siempre fue así y me gustaría mirar a un asno para tomarlo como algo personal.

—Ponte la máscara, y yo te ayudaré a ajustar la capucha sobre ella —dijo Wren.

Sacudí la cabeza.

—Dame un casco de regular y voy a utilizar el aparato respiratorio autónomo.

—Si te caes en el agua sin el casco sellado, Anita, no podrás hacer el trabajo en absoluto.

—Voy a correr el riesgo —dije.

—Tenías problemas para caminar desde el camión de Haz-Mat hasta aquí —dijo Tucker—. Estarás mejor con la práctica, pero en aguas

profundas, incluso vamos a tener problemas para mantener nuestros pies.

Sacudí la cabeza de nuevo. Mi corazón latía tan fuerte, que estaba teniendo problemas para respirar. Me puse la máscara en la cara. Tomé aire, y empezó a sonar horrible. Era como la respiración de Darth Vader, excepto que era mía. En el agua, en la oscuridad, su respiración era el único sonido. Podría convertirse en estruendosamente alta mientras esperas morir.

—Necesito ajustar las correas —dijo Wren.

Él comenzó a ajustar la correa como si fuera de cinco años y está incluido a jugar en la nieve.

—Yo puedo hacerlo.

Mi voz se apoderó de la línea de la radio abierta en la máscara.

Levantó sus manos enguantadas al cielo, sin dejar de sonreír. Él era un hombre difícil de insulto, porque yo había estado tratando. Había esta especie de fondo de comercio alegre que parecía desviar todo. Nunca confíes en la gente que sonríe constantemente. Ya sea vendiendo algo o no son muy brillantes. Wren no me parece estúpido.

Para colmo, no pude conseguir la correa de ajuste en la máscara de los condenados. Siempre he odiado tratar de trabajar con algo más voluminoso que los guantes quirúrgicos. Tiré la máscara y mi primer soplo de aire real era demasiado fuerte, demasiado tiempo. Yo estaba sudando, y no fue sólo el calor.

Tuve la Browning y la Firestar extendidas en el lado del camión contra incendios. Había suficiente bolsillos en la parte exterior del traje para colocar media docena de armas de fuego.

Tenía una escopeta recortada en mi kit de vampiros en un paquete de fabricación casera para la espalda. Sí, es ilegal, pero Dolph había estado conmigo una vez en un momento en que un vampiro renegado despertó. Eran como los usuarios de PCP: inmune al dolor, más fuerte que un vampiro normal. Una fuerza del infierno con colmillos. Le mostré la pistola antes. El visto bueno es. Terminamos con dos guardias de seguridad muertos y un oficial novato repartidos por todo el pasillo la última vez. Al menos Dolph y sus hombres tenían munición de plata. Él y Zerbrowski estuvieron a punto de morir porque no tenían balas de plata, llevaban sus balas reglamentarias. Yo les di una caja de munición de plata para la Navidad antes de que llegara la munición de plata oficial. No quería volver a ver a ninguno de ellos sangrar sus vidas por la falta de ellas.

Había dejado los cuchillos en sus vainas de las muñecas. Llevar las hojas desnudas en los bolsillos de un traje que tenía aire y agua parecía una especie de derrotista. Si pierdo dos armas cortas y había que luchar con los cuchillos bajo el traje, entonces probablemente haría un brindis con el agua. No hay necesidad de preocuparse por ello. Mi cruz de plata colgada desnudo alrededor de mi cuello. Fue la mejor disuasión que tenía en contra de vampiros bebés. Ellos no podían abrirse camino junto a una cruz desnuda, cuando estaba respaldada por la fe. Yo sólo había conocido a un vampiro que podría obligar a su manera poner una cruz en llamas, y hacerme daño. Y él estaba muerto. Es curioso cómo muchos de ellos terminaron de esa manera.

Tucker se acercó a mí.

—Voy ayudarte a ajustar la máscara.

Sacudí la cabeza.

—Déjame para el final. Cuanto menos tiempo estoy en esto, me siento mejor.

Se humedeció los labios, comenzó a decir algo, se detuvo y luego dijo:

—¿Estás bien?

Normalmente, habría dicho que sí, pero dependían de mí, tal vez por su vida. ¿Yo tenía miedo? Asustada.

—No exactamente —dije.

—Eres claustrofóbica, ¿no? —dijo.

Debo haber mirado sorprendida, porque dijo:

—Muchas personas quieren ser bomberos, pero en medio de un fuego con la máscara y el humo tan denso no puedes ver tu mano en frente de tus ojos, en ese momento tú quieres ser claustrofóbica.

Yo asentí.

—Puedo entender eso.

—Hay una parte de la formación en los que cubren los ojos por completo y te hacen tocar el equipo por el tacto como si el humo se había llevado el mundo. Aprendes que no les gusta estar atrapados.

—Yo podría hacer el trabajo sin la capucha. Es escucharme respirar. Tuve un accidente de buceo justo después de la universidad.

—¿Puedes hacer esto?

No hay ninguna acusación, sólo la honestidad.

Yo asentí.

—No os dejaré abandonados.

—Eso no es lo que yo preguntaba —dijo.

Nos miramos una a otra.

—Dame unos minutos. Yo no entendía lo que es el Haz-Mat. Voy a estar bien.

—¿Estás segura?

Yo asentí.

Ella no dijo nada, sólo se alejó para dejarme recoger mis ideas dispersas.

Wren finalmente se acercó a hablar con Fulton. Wren y Tucker fueron entrando porque ambos eran paramédicos y podría ser necesario su formación médica. Además, francamente, yo no quería a Fulton en la oscuridad, conmigo y un grupo de vampiros. Estaba simplemente demasiado asustado. Yo no lo culpo, pero yo no lo quería en mi espalda tampoco. Por supuesto, si yo hubiera estado observándome el sudor y la lucha para respirar con calma, tal vez no quiera estar allí. Maldita sea. Podía hacer esto. Tengo que hacer esto.

La detective Tammy Reynolds fue penosamente en su propio traje. Ellos no tienen lo suficientemente grande de Dolph como para caber, por lo que fueron mis copias de seguridad armados. ¡Oh, alegría! Yo no podía enviarlos con Tammy como su copia de seguridad solamente.

Tammy había logrado colocar el aparejo del hombro por encima del traje. Ella tenía una de esas fundas que sólo se montaba en los hombros, sin cinturón de poner a través de correas.

Cuando me había ido de compras, todas las fundas que acaba de cruzar por los hombros se movían demasiado. Parte de esto es tener los hombros estrechos. Me han tenido que cortar la funda. Yo no compro cosas que tienen que ser con arregladas. Ni vestidos o fundas.

Reynolds me sonrió.

—Larry está realmente decepcionado porque no puede venir.

—Estoy aliviada —dije.

Ella frunció el ceño.

—Pensé que querías que te apoyara.

—Sí, pero un arma no le puede ayudar si el techo de la cueva se viene sobre nosotros.

—¿Tú crees que lo hará? —preguntó ella.

Me encogí de hombros. Me concentré en conseguir el traje puesto y en los pequeños detalles, en las burlas tranquilas de Wren. Me las arreglé para

no insistir en la idea de que íbamos a caminar a través de un piso que podría colapsar debajo de nosotros, y luego caminar debajo de ella y esperar a que se derrumbe encima de nosotros, mientras que vadear el agua llena de ataúdes y vampiros. ¿Qué podría ser mejor?

—Digamos que soy precavida.

—Y no quieres arriesgar a Larry.

—Eso es correcto. No me gusta la idea de hacerle daño a Larry, por cualquier cosa.

La miré fijamente mientras se lo decía.

Ella parpadeó con sus ojos color avellana, y luego sonrió.

—Ni yo, Anita, yo tampoco.

Yo asentí y lo dejé ir. Ya había puesto mi granito de arena para padres. Ni siquiera estaba segura de por qué yo no confiaba en Tammy, pero no lo hice. Intuición femenina, o tal vez yo no tenía mucha confianza de nadie más. Quizás.

Tucker regresó a nosotros.

—¿Ya estás adaptada?

Ella me miró.

Yo asentí. Dejé que me ayudara ajustar la máscara sobre la cara. Cerré los ojos y me concentré en mi respiración, adentro, afuera, adentro, afuera. En el buceo, se si respiras muy rápido, puedes volar a tus pulmones. Ahora era sólo una manera de mantener la hiperventilación.

Ajustó la capucha del traje sobre mi cabeza. La vi hacerlo y sabía que mis ojos estaban un poco demasiado amplios.

La alegre voz de Wren llegó por la radio en la máscara.

—Respira normalmente, Anita.

—Estoy respirando normalmente —dije.

Sonaba raro poder hablar normalmente, mientras que mi propia respiración se sibilancias, fuerte y ominoso en mis oídos. Con un regulador, no podía hablar, aunque yo había aprendido que podía gritar con un regulador apretado entre los dientes. Sonidos hecho como un hijo de puta bajo el agua.

Con el casco sobre la máscara, la visibilidad no era la mejor. Practiqué volver la cabeza, al ver cuán grandes fueron los puntos ciegos. Mi visión periférica casi había desaparecido.

La voz de Tammy llegó por la radio.

—Es difícil ver en esto.

—Te acostumbrarás a ella —dijo Tucker.

—Espero que no estemos en eso, no hay tiempo suficiente para acostumbrarse a él —dije.

—Si decimos corre, es corre como el infierno —dijo Tucker.

—Debido a que el piso se desmorone, ¿verdad? —dije.

Creo que ella asintió con la cabeza, pero era difícil saber a través de las capas.

—Correcto.

—Bien, pero cuando lleguemos a las escaleras, tengo que tomar la iniciativa, y si digo corran como el infierno, significa que los vampiros van a comer con nosotros.

Wren y Tucker, intercambiaron miradas.

—Nos dices a correr —dijo Wren,— vamos a pedir la rapidez.

—De acuerdo —dijo Tucker.

A decir verdad, fue un alivio no discutir con nadie. No hay debate. Qué alivio. Si no hubiera estado sudando como un cerdo, escuchando mi propia respiración eco horriblemente como el corazón delator, tener que volver a aprender a caminar en metal y forrada hasta las botas, les hubiese dicho que trabajar con el departamento de bomberos fue una ruptura. Pero no fue así. Hubiera preferido rappel abajo en las cuerdas con las Fuerzas Especiales en una zona de libre fuego que andar arrastrando los pies a lo largo del trayecto y tratando de no perder a la momia. Era sólo una fobia, maldita sea. No pasara nada. Nada me hacía daño. Mi cuerpo no cree en la lógica. Las fobias son así.

Wren pisó el suelo. Hizo un ruido como un gemido de gigante en su sueño. Se quedó inmóvil, a continuación, pisoteó los pies tanto que pensé que mi pulso se iba a derramar por mi boca.

—¿No deberíamos estar más tranquilos? —le pregunté.

La voz de Wren llegó en mi oído.

—Camina exactamente dónde yo camine. No te desvíes, no hacia fuera.

—¿Por qué? —le pregunté.

—Sólo porque el suelo es sólido, donde voy caminando, no significa que sea sólida en otro sitio.

—Oh —dije.

Fui detrás de Wren, por lo que tengo una visión más cercana de su baile zapateando. No fue reconfortante. Tucker llegó detrás de mí, a continuación, el detective Reynolds en la retaguardia.

Le había dado a todo el mundo una cruz para poner en los bolsillos de sus trajes. ¿Por qué no todo el mundo lleva una como yo? Tucker y Wren llevaban un paquete de bolsas de plástico opacas cada uno. El plan era poner a los vampiros en las bolsas y llevarlos hacia arriba.

Dentro de una ambulancia en las bolsas donde estarían a salvo hasta la noche. Si los sacamos dormidos y el techo se derrumbó antes de la oscuridad, yo iba a estar molesta. Mientras no se cayera mientras estábamos aquí. Que podría pasar.

Caminé por donde Wren caminó, religiosamente. A pesar de que tenía que decir:

—Incluso fuera de este traje mi paso no es tan grande como el tuyo. Que me parta un rayo sino termino lisiada. ¿Puedo tomar pasos más pequeños?

—Siempre y cuando que las medidas están directamente en línea con el mío, sí —dijo Wren. Socorro. El suelo estaba cubierto de escombros. Clavos estaban por todas partes en las juntas ennegrecidas. Entendí que el metal era plantillas ahora. Yo estaba agradecida por ellos, pero no les hizo más fácil caminar.

Había una línea a un lado que iba por un agujero en el suelo. Era una manguera de succión dura conectada a una bomba alta a cierta distancia. Que estaban sacando el agua fuera del sótano. Si el lugar era hermético, podría estar lleno hasta el techo. Idea reconfortante. Fulton había llamado a un Haz-Mat cisterna para el agua. Parecía que el tratamiento de vampirismo como una enfermedad contagiosa. Es contagiosa, pero no en la forma en que parecía pensar. Pero él era Comandante de Incidentes. Yo estaba aprendiendo que ese título era equipararse con Dios en la escena del fuego. No se podía discutir con Dios. Podrías enojarte con él, pero no cambia nada.

Me concentré en mover los pies. Observando los desechos. Paso a paso las huellas de Wren. Me dejé caer un mundo de distancia, salvo para seguir adelante. Yo era consciente de la paliza del sol, el sudor corría por mi columna, pero todo era lejano. No había nada más que avanzar, el pensamiento no lo requiere. Mi respiración era normal, cuando me encontré en la espalda de Wren.

Me quedé inmóvil, con miedo a moverme. ¿Era algo malo?

—¿Qué pasa? —le pregunté.

—Escaleras —dijo.

Ah, pensé. Se suponía que debía tomar ahora la iniciativa. Yo no estaba lista. A decir verdad, yo no estaba segura de lo bien que podía caminar en las escaleras en este traje maldito. Yo no había apreciado lo difícil que sería para caminar en ellas.

—Las escaleras son la parte más peligrosa de un edificio como este —dijo Wren—. Si algo va a caer va a ser la escalera.

—¿Estás tratando de hacernos sentir mejor? —preguntó Reynolds.

—Sólo prepararlos —dijo—. Voy a probar los primeros pasos. Sí parece sólida, voy a retroceder y dejar que Blake tome la delantera.

Él no estaba haciendo una broma más. Estaba en todo el negocio, y de repente en sentí una base en mi apellido.

—Veo el cuerpo en la escalera —dijo.

Se trasladó en el primer paso, pisando bastante difícil que saltó.

El cuerpo en la escalera era negro. La boca abierta en un grito mudo. Había que examinarlo de cerca para ver los colmillos. Los colmillos de los vampiros reales no son tan grandes. Los tendones se estiraron desnudos. El cuerpo parecía frágil, un solo toque, y sería el polvo. Me acordé de Larry y el cráneo que se había convertido en polvo en su contacto. Este cuerpo parecía más duro que eso, pero no por mucho. ¿Podría estar vivo? ¿Hubo una chispa dentro de él, con la noche se movería, vivo? Yo no lo sabía. Debería haber sido ceniza. Todavía debe haber estado ardiendo en la luz del sol, no importa la cantidad de agua que viertan en él.

La vos de Wren me sobresaltó.

—Puedes tomar ahora la iniciativa, Anita.

Miré por la escalera y me encontré a Wren varios pasos más adelante, casi a mitad de camino.

La oscuridad de abajo derramada alrededor de sus pies como una piscina. Fue lo suficiente para que un vampiro realmente ambicioso pudiera haber agarrado su pierna y tirar de él hacia abajo. No me estaba concentrando. Mi culpa.

—Regresa, Wren —dije.

Lo hizo, y era ajeno al posible peligro. Infierno.

—Las escaleras son de concreto, lo que las hace más seguras. Deberías estar bien.

—¿Todavía tengo que pisar a cada paso?

—Sería más seguro —dijo.

—Si siento que me voy, ¿grito?

—Sí —dijo.

Él pasó junto a mí.

Miré hacia las profundidades Estigias.

—Necesito un cambio en la barandilla. Para tener una mano libre para la pistola. Dejo la linterna —dije.

—Puedo tratar de brillar una luz delante de ti, pero no sé dónde la necesitas.

—No te preocupes por eso, a menos que te lo pida.

Me tomó más de un minuto, quizá dos, a hurgar en el bolsillo en busca de la Browning. El arma iba definitivamente en una mano. Tuve que utilizar las dos manos para quitar el seguro con los guantes voluminosos. Empecé a moverme con mi dedo en el gatillo. Nunca he llevado un arma como esta con guantes. Pero mi dedo enguantado no quería encajar dentro del gatillo. Estaba dispuesta a ir ahora. Si ponía el seguro, yo nunca conseguiría disparar a tiempo. Había practicado con guantes de invierno, pero nunca había soñado con tener que disparar a los vampiros en un traje de Haz-Mat. Caray, yo no sabía qué era un traje de Haz-Mat fue hasta hoy.

—¿Cuál es la demora?

La voz de Fulton. Se me había olvidado que estaba vigilando todo lo que digo. No me gusta que me espíen.

—Estos malditos guantes no son precisamente hechos para disparar.

—¿Qué significa eso? —preguntó.

—Esto significa que, estoy dispuesto a bajar ahora —le dije.

Me quedé con la Browning apuntando hacia arriba y un poco hacia adelante. Si me cayera en la escalera podría accidentalmente salir un disparo, iba a ser muy difícil no disparar a nadie detrás de mí. Me preguntaba si la detective Tammy tenía su pistola. Me preguntaba cómo sería de buena disparando con estos guantes. ¿Cómo era su puntería en una emergencia? Dije una oración corta, tuve un agarre de muerte en la barandilla, y empecé a dar el primer paso.

No me caí. Me quedé por delante en la negrura en la mitad de la escalera. El corte de luz parecía un cuchillo de luz solar a través de la oscuridad.

—Aquí vamos, chicos y chicas, —les dije.

Y fuimos abajo.



# CUARENTA Y SEIS

El agua lamía los últimos pasos. El sótano se había convertido en un lago. La linterna de Wren pasó sobre el agua oscura como un reflector pequeño. El agua era de un negro sólido, manteniendo todos sus secretos estrechos y tranquilos. Un ataúd flotaba cerca de diez pies de las escaleras, moviéndose suavemente en el agua oscura.

Incluso por encima de las sibilancias y silbido de mi propia respiración, podía oír el chapoteo del agua. Hubo un sonido de roce de madera así como los barcos amarrados en un muelle.

Señalé, y la luz de Wren siguió mi mano. Dos ataúdes chocando unos contra otros cerca de la pared del fondo.

—Tres ataúdes visible, pero deben haber cuatro más. Uno para el tutor, uno para los vampiros menores en la escalera, y dos más.

Tomé el último paso en el agua. Incluso a través del traje podía sentir el líquido como una frialdad distante, un peso líquido lamiendo mis tobillos.

La sensación de que el agua era suficiente para acelerar mi respiración, enviar mi corazón a mi garganta.

—Vas a hiperventilar —dijo Wren—. Respira lento.

Tomé una respiración profunda y dejé escapar el aire lentamente, tratando de hacerlo más lento. Un recuento de los quince años, luego otro aliento.

—¿Estás bien? —preguntó.

—¿Qué está pasando? —preguntó Fulton.

—Nada —dijo Wren.

—Estoy bien —le dije.

—¿Qué está pasando? —volvió a preguntar Fulton.

—Nos faltan cuatro ataúdes. Dos podrían haberse hundido, pero todavía tenemos dos desaparecidos. Sólo me preguntaba dónde están —le dije.

—Tengan cuidado ahí abajo —dijo.

—Como una virgen en su noche de bodas —dije en voz baja.

Alguien se rió. Siempre es bueno ser divertida.

He intentado pisotear el siguiente paso, el agua ya en las rodillas, y mis pies se escondieron debajo de mí. De repente me sentí deslizarme por la escalera, sólo mis manos en la barandilla me impedía ir hacia abajo. Me hundí en el agua hasta la barbilla, y flotó la estúpida sensación de miedo. Esa combinación no me gusta.

Wren llegó hasta mí, la luz se desliza sobre el agua mientras él me ayudó apoyarme sobre mis pies. Necesitaba la ayuda. Levanté la Browning mojada a la luz.

—¿Funcionará tu pistola ahora? —preguntó.

—Yo podría disparar bajo el agua y todavía funcionaría —dije.

Todavía me sorprende cuánta gente cree que un poco de agua, arruina un arma. Hay que limpiarla muy bien después, pero durante los disparos en el agua está bien. Los días de tener que mantener la pólvora seca son historia.

Di los pasos restantes y me deslicé lentamente en el agua fría. Mi respiración se hizo entrecortada. A la mierda, yo estaba asustada. De pies planos en el agua, podría haber ido la linterna en uno de los bolsillos, o podría haberme deslizado la escopeta en una bolsa en la espalda. Pero antes de empezar a cambiar las armas, voy a dejar que la detective Tammy venga aquí abajo con su arma para cubrirme. Todavía no sabía lo buena que era, pero era mejor que nada.

El agua se deslizó por mi parte superior del pecho, todavía no me llegaba a las axilas, pero casi. Me metí muy cuidadosamente en el agua, más nadando que caminando, llevaba armas en las dos manos y listas. O tan lista como puedo estar en medio de un sótano inundado con un traje de astronauta prestado.

No me gustaba el hecho de que teníamos perdidos dos ataúdes con los vampiros dentro.

Probablemente sólo se hundieron, pero mi instinto era tenso, en espera de manos para cogerme por los tobillos, y un tirón hacia abajo. Mi pie tocó algo sólido, y yo no pude respirar por un segundo. Sacudí mi pie a toda prisa. Quizás sea un bote de pintura. Supongo que incluso los vampiros tienen basura en su sótano al igual que el resto de nosotros.

—Tengo algunos desechos aquí —le dije.

—Hablas como un verdadero bombero —dijo Wren.

—¿Ataúd? —preguntó la detective Tammy desde la escalera. Se hundió en el agua.

—No, sólo una lata de algún tipo de químico.

El ataúd flotaba casi hacia mí. Ningún esfuerzo. Le puse una mano para tocarlo, flotando suavemente en las olas pequeñas.

—Cuando Wren y Tucker lleguen hasta el ataúd, voy a retroceder. Cúbreme mientras saco la escopeta.

—Está bien —dijo Tammy.

Ella tenía su linterna y un arma de dos manos, uno encima del otro, de modo que la luz se movía con el cañón de la pistola. Ella estaba vigilando el agua con el movimiento. Sólo viéndola me hizo aliviar la tensión en los hombros un poco.

—No abras la caja hasta que esté lista —le dije.

Tuve un momento para darme cuenta de que yo no estaba preocupada por mi respiración. La cercanía sofocante había retrocedido en virtud de la adrenalina pura de tener hasta el pecho el agua con los vampiros por todos lados. Podría ser fóbico más tarde, después de haber sobrevivido.

Wren y Tucker tomaron los dos extremos de la caja. Incluso ellos estaban teniendo problemas para moverse en el agua con el traje completo.

—Voy por la escopeta ahora, Reynolds.

—Estás cubierta —dijo.

Di marcha atrás y abrí la bolsa. Tuve un momento para decidir si para tratar de poner la Browning de vuelta en un bolsillo del pantalón o en la

bolsa donde estaba la escopeta. Elegí la bolsa. Me quedé con la bolsa en la parte delantera de mi traje sin embargo, donde podría poner la mano en caso de que necesitara el arma. Levanté la escopeta, la culata contra mi hombro. Me preparé tanto como pude en el agua y dije:

—Ábrelo.

Tucker se estabilizó, y Wren abrió la tapa trasera. Pasó por la línea de fuego, mientras lo hacía.

—Pasaste por la línea de mi visión de fuego, Wren.

—¿Qué?

—Muévete a la derecha —le dije.

Lo hizo sin más preguntas, pero un retraso podría haber sido suficiente para salir herido o muerto. El vampiro yacía de espaldas, el pelo se extendió largo alrededor de su rostro pálido, con las manos juntas sobre el pecho como un niño dormido.

—¿Está bien para moverlo? —Wren preguntó.

—¡Fuera de mi línea de fuego y puedes hacer lo que quieras! —le dije.

—Lo siento —dijo.

Incluso por encima de los micrófonos sonaba avergonzado.

No tuve tiempo para calmar su ego. Estaba demasiado ocupada mirando a los vampiros.

Mantuve mi atención principalmente en el ataúd abierto, pero no tenía la visión periférica que necesitaba. Mi vista se reduce a la mitad o más. Me sentí totalmente preparada.

—¿Por qué nuestras cruces no brillan? —preguntó Reynolds desde detrás de mí.

—Ellas no brillan en torno a los cadáveres —dije.

Wren y Tucker estaban teniendo problemas para meter el cuerpo en la bolsa. Wren finalmente arrojó el cuerpo a través de su hombro y Tucker comenzó a meter las piernas en la bolsa. El vampiro estaba completamente en la espalda de Wren. Su pelo largo se perdía en el agua, volviéndose negro, absorbiendo el agua. Cuando se deslizó completo en la bolsa, tuve una idea de su muerte, cara pálida, cabellos húmedos se aferran a él, como una víctima de ahogamiento.

Tucker cerró la cremallera de la bolsa y dijo:

—Hay agua en la bolsa. No sé cómo evitarlo.

Wren tiene el cuerpo tan equilibrado como podía y se dirigió a la escalera.

—Esto va a llevar mucho tiempo con sólo dos de nosotros —dijo.

La voz de Fulton se apoderó de las radios.

—Tenemos dos hombres más, Sra. Blake. ¿Es seguro enviar más hombres abajo?

—Hablando como uno de los dueños de corderos para el sacrificio —le dije—, sí. ¿Por qué debemos tener toda la diversión?

Wren llegó a la escalera y comenzó a subir, una mano en el pasamano. Trató de hacer los pisotones de rutina, como lo hicimos en el camino hacia abajo y casi se cayó de nuevo en el agua.

—Voy a subir las escaleras. Si se derrumban, traten de no dejarme enterrado hasta que se me acabe el aire.

—Es lo mejor —le dije.

—Gracias —dijo, el sarcasmo viaja muy bien en los micrófonos.

Tucker había aislado uno de los otros ataúdes. Reynolds se colocó cerca para mantener el equilibrio mientras Tucker tiene la tapa. Ella no tenía la altura suficiente para subirla de nuevo muy bien como había hecho Wren. Ella sólo empujó. La tapa cayó golpeando el ataúd con un ruido fuerte, haciendo eco. El sonido hizo que las puntas de mis dedos hormiguearan.

—Mierda —Reynolds respiraba.

—¿Todo bien? —preguntó Fulton.

—Sí —dije—, sólo un caso de nervios.

—¿Estás bien allá abajo, Tucker? —preguntó.

—Fui yo —dijo Reynolds—. Lo siento.

El segundo vampiro era un hombre con pelo castaño corto y una rociada de pecas aún aferradas a su piel blanca. Tenía más de seis pies. Iba a ser aún más difícil meterlo a la bolsa.

Tucker se le ocurrió la idea de arrastrar la caja a la escalera las usó para ayudar a embolsar el cuerpo. Sonaba bien para mí. La parte inferior de la escalera no estaba en la luz del sol, por lo que el vampiro no le debe importar.

Reynolds y Tucker habían arrastrado el ataúd al pie de la escalera en el momento que Wren volvió a bajar. Él puso una bolsa de cremallera a lo largo del cuerpo.

—Si Reynolds y Tucker mantienen el ataúd, creo que sólo puedo rodarlo dentro de la bolsa.

—Suena como un buen plan para mí —dijo Tucker. Dio un paso más en el agua.

Reynolds me miró, y yo dije:
—Claro.
Ella se mudó al otro lado del féretro, y guardó su pistola, el haz de la linterna cayó en el agua como un balón de oro.
Wren se inclinó sobre el cuerpo para rodarlo hacia su lado.
—Estás en mi línea de visión de nuevo, Wren —dije.
—Lo siento —dijo, pero sus brazos estaba abajo del cuerpo, lo rodó. No se movió fuera del camino.
—Muévanse, carajo —le dije.
—He casi termino de meterlo en la bolsa.
La cabeza del vampiro dio un espasmo. Sucede a veces, incluso en su «sueño», pero no me gusta ahora.
—Suéltalo y da un paso atrás Wren, ahora. —Mi cruz y la de Reynolds encendieron a la vida como dos soles blancos.
Wren hizo lo que le dije, pero ya era demasiado tarde. El vampiro se volvió hacia él, con la boca grande y los colmillos extendidos. Silbando entre dientes el aire al sentirse libre. Estaban demasiado cerca para confiar en la escopeta.
—Reynolds, es tuya —le dije.
Wren gritó.
La pistola Reynolds hizo chispas en la oscuridad. El vampiro se echó para atrás de Wren, con un agujero en su frente. Pero no estaba muerto, ni siquiera cerca.
Los vampiros no mueren tan fácilmente. Le disparé a la cara pálida. El rostro estalló en sangre y pedazos de carne, pequeñas piezas pesadas caían en el agua suavemente. Cayó de espaldas contra la tapa del ataúd, la cabeza se ha ido, las manos todavía tenían espasmos en el interior del satén blanco. Pataleando. Wren cayó de culo en la escalera.
Tucker estaba diciendo:
—Wren, Wren, contéstame.
—Estoy aquí —dijo, con voz ronca—. Estoy aquí.
Di dos pasos más con cuidado en el agua cubierta de las escaleras y puse otra bala en el pecho del vampiro, haciéndole un agujero en el pecho y en la tapa del ataúd detrás de él.
Coloqué otras balas en la escopeta y le dije:
—¡Hasta arriba, ahora!
Me arrodillé junto a Wren, una mano bajo el brazo, y la otra en la

escopeta. Durante el zumbido de los cañones en los oídos oí decir a Tucker:

—Algo rozó mi pierna.

—¡Fuera, ahora!

Traté de obligarlos a subir las escaleras con mi voz. Arrastré a Wren sobre sus pies y lo empujé por las escaleras. Él no necesita que le insistan. Cuando llegó a la luz del sol, se volvió, esperando por el resto de nosotros.

Reynolds estaba cerca de con nosotros. Y dos brazos chorreando agua se acercaron a ambos lados de Tucker.

Grité.

—¡Tucker!

Los brazos cerraron el aire, hacia atrás, bajo el agua. Se cerró sobre ella como un puño negro.

No podía hacer cualquier cosa para disparar.

Su voz era cristalina por la radio, la respiración de manera irregular me duele oírlo.

—¡Wren, ayúdame!

Me deslicé por la escalera, cayendo en el agua, dejando la oscuridad cerca de mí. Mi cruz quemaba a través del agua como un faro. Vi movimientos, pero no estaba seguro de que era ella.

Sentía movimiento en el segundo antes de coger las armas me agarraron por detrás. Arrancó el traje con los dientes, las manos rasgaron el casco como papel mojado. Rodé en el agua.

Dejé que sus manos ansiosas me llevaran, hasta que metí la escopeta en contra de su barbilla y disparé. Miré su cabeza desvanecerse en una nube de sangre por el resplandor de mi cruz.

Todavía tenía la mascarilla sobre mí porque no me estaba ahogando.

Los gritos de Tucker eran continuos ahora. Gritos por todas partes, en la radio, en el agua, haciendo eco constante.

Me puse de pie, los restos del traje deslizándose por mi cuerpo. He perdido algunos de los ecos de los gritos de Tucker. El agua estaba llevando los gritos como un amplificador.

Reynolds y Wren se metieron en el agua. Una mala idea. Algo luchaba, y lo vi. El traje de Tucker flotando en el otro lado del sótano. Me tiré al agua tratando de nadar hacia ella.

Reynolds estaba tratando de quedarse con Wren, con pistola en mano. Su cruz fue deslumbrantemente brillante.

Les grité por la radio.

—¡Todos fuera! ¡Fuera, maldita sea, fuera!

Nadie estaba escuchando.

Los gritos de Tucker se detuvieron bruscamente. Todo el mundo gritaba más. Todos menos yo. Me fui tranquila. Asustarme no ayudaría. Había al menos tres vampiros aquí con nosotros. Tres aparecidos. Nos íbamos a morir si nos quedamos aquí.

El vampiro explotó fuera del agua en frente de mí. La escopeta disparó antes de que me diera cuenta de que había hecho. El pecho del vampiro explotó, y se apoderó de mí de todos modos. Tuve tiempo de colocar de otra bala, en la cámara de la escopeta, pero no disparé. En momentos como este el mundo va demasiado rápido o demasiado lento. No puedo dejar que nada ocurra, pero se puede ver todo con absoluto detalle. Los dedos del vampiro excavando en mis hombros, dolorosamente apretados, me sostenía aún mientras retrocedí para apuntar con la escopeta. Vi sus colmillos, enmarcados por una barba oscura. El resplandor de mi Cruz era casi frenéticamente brillante, destacando la cara del vampiro como una linterna de Halloween. Disparé la escopeta hacia arriba debajo de su barbilla, no hay tiempo para prepararse, sólo para apretar el gatillo. El jefe explotó en una lluvia roja en todo mi máscara.

Yo estaba cegada por la sangre y más cosas gruesas. El golpe de la escopeta hizo que me sentara en el agua. Me fui sin saber si la cosa seguía atacando, o si había muerto.

Luché por la superficie. El agua había limpiado las manchas de sangre de la máscara, pero las cosas más sólidas se aferraron a ella, así que todavía estaba ciega. Quité la máscara de mi rostro. Perdí la radio, pero gané mi visión.

El vampiro estaba flotando en frente de mí, boca abajo o boca arriba. Sin rostro.

El arma de Reynolds disparó, los disparos sonaban extraños, y me di cuenta de que estaba sorda en el oído donde había disparado la escopeta. El cuerpo del vampiro reaccionó a las balas, tambaleándose, pero no se detenía. Estaba golpeando el cuerpo, como te enseñan en la academia.

Grité.

—Baja la cabeza.

Levantó el arma y la pistola dio un clic vacío. Ella iba por más munición extra en su bolsillo cuando la abrazaron y ambos desaparecieron en el agua.

Me deslicé fuera de lo que quedaba del traje. Incluso con la cinta adhesiva se escapó de mí como una piel. Cambié de manos para llevar la escopeta preparada y me zambullí en el agua.

En la piscina es más rápido, y si había algo me iba a agarrar, no lo hizo por ahora. La cruz iluminaba mi camino como un faro. Pero fue hacia la Cruz de Reynolds que nade. Esa fue mi faro.

Tenía segundos para llegar a ella o todo había terminado. Tuve una sensación de un segundo movimiento antes de que el último vampiro chocara contra mí. Me volví, soltando la escopeta, y tomé la pistola. Creo que sólo agarré nada, pero se perdió el arma de la mano y se apoderó de mí.

Era casi bonita con el pelo largo y pálido moviéndose detrás de ella como una sirena sacada de un cuento de hadas. La cruz le hizo brillar la piel al llegar a mí. Yo tenía un cuchillo listo y lo metí por debajo de su barbilla. Se deslizó con facilidad, pero no llegó al cerebro. No fue un golpe mortal, ni siquiera cerca. Se puso de pie en el agua, las manos arañando el cuchillo. No creo que fuera por el dolor. Ella no podía abrir la boca lo suficiente para alimentarse.

Le empujé la segunda hoja debajo de sus costillas, hasta su corazón. Su cuerpo se estremeció, los ojos increíblemente abiertos. Abrió la boca lo suficiente para ver la hoja del cuchillo empalada a ella. Ella gritó sin decir nada y me golpeó con el dorso de la mano. Lo único que me impedía estar en el aire era el agua. Absorbe parte del choque. Me caí hacia atrás, y el agua en circuito cerrado sobre mí. Tuve un segundo para flotar, a continuación, traté de respirar, tuve un trago de agua y me tambaleé en mis pies, tosí, saliendo pronto del agua.

Tuve mis pies debajo de mí y sentí algo caliente en mi cara no era agua. Yo estaba sangrando.

Mi visión se ponía gris con pequeñas flores blancas en ella.

La muchacha vampiro se acercaba a mí con mis últimos dos cuchillos en su cuerpo. No hubo más gritos desde el otro lado de la habitación. Yo no podía ver tan lejos, pero esto sólo podía significar una cosa. Reynolds, Wren, y Tucker, se habían ido.

Yo estaba sola sin protección en el agua. Me tropecé con algo y caí, vertiendo el agua sobre mí. Era más difícil de caer, más lento. Me tropecé con el traje de Haz-Mat, y la bolsa con la Browning en él. Mi visión estaba llena de agujeros. Fue como ver al vampiro a través de una luz estroboscópica. Cerré los ojos, pero las flores blancas se comieron la parte

posterior de los párpados. Me dejé caer en el agua y encontré la bolsa en mis pies. ¿Estaba aguantando la respiración, o dejé de respirar?

No podía recordar. Tuve la Browning sin abrir los ojos. Yo no necesito ver para usarla.

Cogí un puñado de sus cabellos y le arrastre a la superficie. Le disparé cuando llegué, soplando agujeros en su cuerpo como una cremallera hasta que llegué a su cara pálida. Puso una mano, sobre el cañón de la pistola, y la delicada mano estalló en pedazos de hueso, un muñón sangriento. Le disparé a la cara, hasta que fue toda roja y estaba sorda en ambos oídos.

El vampiro cayó de espaldas en el agua, y se fue de rodillas. El agua se esparce sobre mí.

Traté de subir a la superficie y no podía. Creo que tengo la última bocanada de aire, gris y manchas blancas por todas partes. No pude ver el resplandor de la cruz o el agua de color negro. Cuando la oscuridad se tragó mi visión, era lisa y perfecta. Estuve un momento flotando, un pensamiento débil que debo tener miedo, entonces nada.



# CUARENTA Y SIETE

Me desperté en el césped, donde Caroline y yo habíamos estado sentadas. Vomité agua y bilis, sintiéndome como la mierda, pero viva. Viva era bueno. Casi tan bueno que la detective Tammy Reynolds estaba de pie sobre mí, mirando el trabajo técnico de emergencias médicas que yo recibía. Su brazo estaba pegado a su lado, y ella estaba llorando. Luego, nada, como alguien que cambió el canal, y me desperté en un espectáculo diferente.

Estaba en el hospital, y tenía miedo de que hubiera soñado con Reynolds, y que estaba realmente muerta. Larry estaba sentado en una silla junto a mi cama, con la cabeza hacia atrás, dormido o eliminado por los analgésicos. Tomé su presencia como una señal de que no había alucinado con Reynolds. Si su caramelo había muerto, entonces no estaría sentado aquí, al menos, no dormido.

Parpadeó despierto, los ojos desenfocados, por las drogas, creo.

—¿Cómo estás?

—Tú dime.

Él sonrió, trató de ponerse de pie y tenía que tomar una respiración profunda antes de poder hacerlo.

—Si no me doliera, hubiese ido a ayudar para rescatar a Tammy de los vampiros.

Sentí algo que se soltó en mi apretado pecho.

—Ella está viva, entonces. Pensé que había soñado.

Él me miró parpadeando.

—Sí, ella está viva. También Wren.

—¿Cómo? —le pregunté.

Él me sonrió.

—Un vampiro conocido como el Viajero parece capaz de habitar en cuerpos de otros vampiros. Dice que es un miembro de su Consejo, y está aquí para ayudar. Dice que solicitaste su ayuda.

Larry me estaba observando muy de cerca, los analgésicos estaban poniendo sus ojos distantes, mientras trataba de escuchar la verdad.

—Eso fue fundamental —le dije.

—Él se hizo cargo del cuerpo del vampiro que atacó a Tammy y a Wren. Él los salvó. Metió su brazo en la boca del vampiro, y la rompió, pero va a sanar.

—¿Qué pasa con Wren?

—Está bien, pero está muy impactado con lo que pasó con Tucker.

—Ella no lo logró —dije.

Sacudió la cabeza.

—Ella estaba rota, casi por la mitad. Todo lo que estaba sosteniendo su cuerpo era el traje de Haz-Mat.

—Así que no tuviste participación en su rescate —le dije.

—Los vampiros hicieron el trabajo ellos mismos —dijo—. Se recuperó el cuerpo de Tucker, pero no se recuperaron los vampiros, todavía están ahí abajo.

Le miré.

—Déjame adivinar, se derrumbó ¿no es así?

—Apenas cinco minutos después de que sacaron el cuerpo de Tucker, y te pusimos en la hierba, todo se fue. El cuerpo del vampiro que el Viajero estaba utilizando empezó a arder.

Nunca he visto a uno de ellos antes arder. Fue impresionante y me dio

miedo. Los escombros cubrían el empeine. Ellos no podían excavar y sacarlos hasta la noche debido a que estarían expuestos a la luz solar de nuevo. Cavó su propio camino mientras empezaba a arder.

—¿Atacó a alguien? —le pregunté.

Larry sacudió la cabeza.

—Parecía bastante tranquilo.

—¿Estabas allí?

—Sí.

Lo dejé pasar. No tiene sentido preocuparse más de lo que podría haber ocurrido si el vampiro que había abierto paso a la libertad estuviera molesto. También me pareció muy interesante que el Viajero no podía soportar la luz del sol, y Warrick sí pudo. Sobrevivir a la luz del sol, incluso la luz tenue, fue el más raro de los talentos entre los muertos vivientes. O tal vez Warrick tenía razón. Tal vez era la gracia de Dios. ¿Quién iba a saber?

—¿Es mi imaginación o simplemente te veo moviendo mejor, con menos dolor? —le pregunté.

—Ya han pasado otras veinticuatro horas. Estoy comenzando a sanar.

—¿Perdón? —dije.

—Has estado inconsciente durante más de un día. Es domingo por la tarde.

—Mierda —dije.

¿Jean-Claude se reunió con el Consejo sin mí? Tuvieron la cena, o lo que fuera, ¿ya pasaría todo? Mierda, me dije de nuevo.

Larry todavía con el ceño fruncido dijo:

—Tengo un mensaje del Viajero para ti. Dime por qué de pronto tienes cara de susto y te lo diré.

—Dímelo Larry, por favor.

Todavía con el ceño fruncido dijo:

—La cena se aplaza hasta que se sienta lo suficientemente bien como para asistir.

Me recosté contra la almohada y no podía mantener el alivio en mi cara, ni mi cuerpo.

—¿Qué diablos está pasando, Anita?

Tal vez fue la conmoción cerebral. Tal vez fue el hecho de que no me gusta mentir para hacerle frente a la cara de Larry. Fuera lo que fuera le dije la verdad. Yo le dije todo. Le hablé de Richard y las marcas. Él sabía

sobre eso, pero no lo que yo había descubierto recientemente. Me he dejado algunas cosas, pero no mucho. Cuando terminé, él se sentó en la silla mirando atónito.

—Bueno, di algo.

Sacudió la cabeza.

—Dulce María, Madre de Dios, no sé por dónde empezar. Jean-Claude tuvo una conferencia de prensa anoche con el Viajero a su lado. Hablaron de los vampiros y la unidad humana bajo la cara de este evento horrible.

—¿Qué cuerpo usó el Viajero? —le pregunté.

Larry se estremeció.

—Ese es uno de los poderes vampiro más espeluznante que he visto. Él utilizó un vampiro de la Iglesia de Malcolm. Malcolm estuvo en la conferencia de prensa. También. El Viajero utilizó sus poderes para ayudar a rescatar a los vampiros, entre ellos a Malcolm.

—¿Quién actuó como intermediario mientras había sol? —le pregunté.

—Baltasar, su siervo humano.

—Baltasar como un servidor público, es espeluznante —dije.

Larry frunció el ceño.

—Él me dijo que había una cosa buena para los hombres con el pelo rojo. ¿Estaba bromeando?

Yo me reí, y me hizo doler la cabeza. De repente me sentí muy consciente de que tenía un fuerte dolor de cabeza, como si hubiera estado allí todo el tiempo, sólo enmascarado por las drogas. La química moderna, no hay sustituto.

—Probablemente no, pero no te preocupes. No estás en el menú.

—¿Quién es? —preguntó Larry.

—No lo sé todavía. ¿Dolph ha descubierto quién está detrás de los atentados y cosas así?

—Sí —lo dijo como si una palabra fuera suficiente.

—Dime o voy a salir de esta cama y hacerte daño.

—*Seres HumanosPrimero*. La policía allanó su domicilio el día de hoy, capturó a la mayoría de los líderes.

—Eso es maravilloso.

Me frunció el ceño, lo cual era perjudicial, entonces cerré los ojos y dijo:

—¿Cómo sabían los de *Seres Humanos Primero* dónde estaban los monstruos? ¿Golpearon casas privadas, guaridas secretas durante el día?

¿No deberían haber sabido que todo el mundo estaba en esto?

Oí que la puerta se abrió un momento antes de que la voz de Dolph dijera:

—Los vampiros. Había un traidor en su seno.

—Hey, Dolph.

—Hey, Es bueno verte despierta.

—Es un placer estar despierta —le dije—. ¿Quién es el traidor?

—¿Recuerdas a Vicki Pierce y su pequeña escena en *Promesas Calcinadas*?

—Recuerdo.

—Ella tenía un novio que estaba con *Seres Humanos Primero*. Ella dijo todo cuando la interrogamos por segunda vez.

—¿Por qué la tienen aquí?

—Parece que ella pagó poco por su nombramiento. Nos amenazó con acusarnos de asalto y tentativa de homicidio. Dobló una mesa de juego barato.

—¿Qué hace la pequeña *Miss Blue Eyes* con un traidor vampiro?

—Ella estuvo saliendo con Harry, el barman y dueño de una parte de *Promesas Calcinadas*.

Yo estaba confundida.

—¿Entonces por qué usó como escena del crimen su negocio? ¿Por qué aparentó sufrimiento?

—Su novio humano quería pagarle por hacerlo. Ella no quería que supiera que estaba viendo a Harry. Harry fue con ella porque pensó que sería divertido si buscaba un lugar de propiedad de vampiros no afectada por los fanáticos.

—¿Por lo que Harry sabía que estaba usando la información? —dije.

Me resultaba difícil de creer que cualquier vampiro lo haría, y mucho menos uno tan antiguo como Harry.

—Él sabía. Tomó su parte del dinero —dijo Dolph.

—¿Por qué?

—Cuando lo encontremos, vamos a preguntárselo.

—Déjame adivinar. Ha desaparecido.

Dolph asintió.

—No se lo digas a tu novio, Anita.

—Los vampiros pueden ser tu única esperanza en la captura de Harry ahora.

—¿Pero van a matarlo o a entregárnoslo?

Miré a otro lado.

—Ellos van a estar bastante molestos.

—No puedo culparlos por eso, pero yo quiero que él viva, Anita. Lo necesito vivo.

—¿Por qué?

—No todos los integrantes de *Seres Humanos Primero* fueron capturados. No quiero que salga por ahí con alguna sorpresa desagradable.

—Tienes a Vicki. ¿No te lo ha dicho?

—Ella pidió a un abogado, y por último, de repente desarrolló amnesia.

—Maldición.

—Necesitamos que nos diga si hay algún otro ataque desagradable.

—Pero no puedes encontrarlo —le dije.

—Eso es correcto.

—No quieres que le diga a Jean-Claude.

—Danos veinticuatro horas para localizar a Harry. Si no, entonces puedes poner a un vampiro en todos los puntos. Antes de que lo maten, trata de obtener información de él.

—Lo dices como si yo estaré allí cuando él muera —le dije.

Dolph sólo me miró.

Me miró a los ojos esta vez.

—Jean-Claude no mata, Dolph, no importa lo que dice la calle.

—Ojalá yo pudiera creerlo, Anita. No sabes lo mucho que deseo creer.

Me recosté en la almohada.

—Cree lo que quieras, Dolph.

Salió, sin decir una palabra, como si lo que quería decir era demasiado doloroso, demasiado trágico. Dolph empujaba contra nosotros, contra mí. Estaba empezando a preocuparme de que iba a seguir presionando hasta que nos empujara a separarnos. Queremos trabajar juntos, pero no seríamos amigos. El dolor de cabeza fue empeorando, y no sólo las drogas desgastando.



# CUARENTA Y OCHO

Me dieron de alta. Los médicos se sorprendieron de mi capacidad de recuperación. Si ellos supieran. Pete McKinnon llamó al final del día. Había descubierto que ha habido incendios similares en otras ciudades realizados por nuestro pirómano en Nueva Orleáns y San Francisco. Me tomé un minuto para mí, tenía que recordar por qué estas ciudades en particular eran importantes. Cuando me acordé le pregunté:

—¿Y Boston?

—No, no hay incendios en Boston. ¿Por qué?

Creo que no me creyó cuando dije, «por nada», pero a diferencia de Dolph, lo dejó pasar. Yo no estaba dispuesta a señalar con el dedo al Consejo de vampiros. El hecho de que los incendios misteriosos que habían ocurrido en las ciudades a las que habían ido a visitar, no significaba que tenían que ser ellos. No había habido incendios en Boston. El hecho de que había habido incendios misterioso en St. Louis, y el Consejo estuvo aquí,

no prueba nada. Sí, y el conejo de Pascua me trae regalos cada año.

Le dije a Jean-Claude mis sospechas.

—Pero ¿por qué el Consejo desea quemar edificios vacíos, *ma petite*? Si uno de ellos pudiera llamar el fuego a sus manos, no lo desperdiciarían en inmuebles vacíos. No, a menos que quemando el inmueble consiguieran algo.

—¿Te refieres a un motivo financiero? —dije.

Se encogió de hombros.

—Tal vez, aunque un motivo personal se adaptaría mejor.

—No puedo encontrar mucha más información sin dar al consejo a las autoridades como sospechosos —dije.

Pareció que pensaba en eso por un segundo o dos.

—Tal vez podrías esperar al suicidio absoluto para nosotros hasta después de haber sobrevivido a esta noche.

—Claro —dije.

Llevaba puesto un corto vestido de terciopelo negro con un escote en V y sin mangas. Una cinta de encaje rodeaba la cintura y la parte de la espalda del vestido estaba abierta. Mi piel pálida y atractiva se mostraba a través de ella. Bajé el vestido hasta mis muslos, el encaje rozó mi ropa interior. Eché una ojeada a los zapatos, el tacón era altísimo, Jean-Claude los había comprado, y lo había hecho deliberadamente. Yo había intentado usarlos antes y tengo que aceptar que la longitud más larga es más halagador para mis piernas cortas. Si hubiéramos planificado unas actividades extracurriculares, me hubiera encantado ver su cara cuando yo estaba usando nada más que unas medias. Como no era la situación, era frustrante, y tenía un poco de miedo.

Guardé los tacones altos de terciopelo que había elegido. En su lugar usé mis propias zapatillas negras. No como spiffy. Tal vez no mucho más cómodos, pero después de todo eran lo suficientemente bajos que podría correr con ellos, o llevar a hombres-leopardo desmayados si surgiera la necesidad.

—Eres la perfección, *ma petite*, a excepción de los zapatos.

—Olvídalo —dije—. Tienes suerte de que me haya puesto el vestido. La idea de que me visto sólo para que el resto del grupo me vea la ropa interior es espeluznante.

—¿Has hablado con el Viajero del pago y la responsabilidad?

—Bueno, esta noche pagamos el precio de mis hombres-leopardo.

¿Estás arrepentido ahora?

Gregory seguía atado en mi habitación, pálido y de aspecto frágil. Vivian estaba escondida en una habitación hablando en monosílabos.

—No, no, no me arrepiento.

—Entonces vamos a reunir el resto de nuestro equipo y seguir nuestro camino.

Pero él no se movió. Se quedó acostado boca abajo en el sofá blanco, la cabeza apoyada en las manos cruzadas. Si hubiese sido humano, les hubiese dicho que estaba tendido en el sillón, pero Jean-Claude lo disipó. Yacía tumbado de cuerpo entero, su largo cuerpo, sólo sobresalían las puntas de sus botas de negras sobre el borde del sofá.

Vestía un traje que había visto antes, pero la repetición no lo hacía menos encantador. Me encantaba su ropa, le encantó verme el vestido, y desvestirme.

—¿Qué estás pensando? —le pregunté.

—Me gustaría que nos quedáramos en casa esta noche. Quiero desnudarte, quitarte una pieza de ropa a la vez y disfrutar de tu cuerpo.

Sólo la sugerencia de mi cuerpo apretado contra el suyo….

—Yo también —dije, y me arrodillé en el suelo delante de él. Crucé la falda corta de forma que no se arrugara o subiera. Él no me enseñó eso, mi abuela Blake lo hizo, durante toda la vida en los servicios de la iglesia del domingo, donde lo que parecía más importante que el sermón.

Apoyé la barbilla en el sofá cerca de su cara. Mi pelo se derramó a mí alrededor, él tenía apoyado sus largos y finos dedos contra su cara.

—¿No encuentras tu ropa interior tan bonita como la mía? —le pregunté.

—Seda —dijo en voz baja.

Tenía una memoria sensorial tan fuerte que me hizo temblar. La sensación de él a través de la seda, la textura casi de vida que el tejido hacía sentir por la dureza de su cuerpo. Tuve que cerrar los ojos para evitar que lo viera en mi cara. La imagen era tan vívida que me hizo apretar las manos.

Sentí que se movía un segundo antes de que él me besara la frente. Habló con los labios aun tocando mi piel.

—Tus pensamientos te traicionan, *ma petite*.

Levanté mi cara hacia arriba, deslizando sus labios por mi cara. Estaba completamente pasiva no me moví en su contra, hasta que nuestros labios

se encontraron. Entonces, su boca se apretó contra la mía, los labios y la lengua moviéndose al mismo ritmo. Ninguno de nosotros utilizaba nuestras manos, sólo nos tocábamos la boca. Nuestras caras juntas.

—¿Puedo interrumpir?

La voz familiar era tan pesada por la ira que me hizo retroceder de Jean-Claude.

Richard se quedó al final de la camilla, la mirada fija en nosotros. Yo no lo había oído llegar.

¿Lo escuchó Jean-Claude? Yo apostaba a que sí. De alguna manera nunca pensé incluso que en la agonía de la pasión de Jean-Claude iba a dejar que nadie acercarse a él. O tal vez yo no pensaba que se pudiera distraer. ¿Una pobre autoestima, yo?

Me senté sobre mis talones y miré a Richard. Estaba vestido con un esmoquin negro, con cola. Su pelo largo peinado hacia atrás en una cola de caballo tan fuerte que daba la ilusión de que tenía el pelo corto. Siempre supe que Richard era guapo, pero fue sólo cuando se deshizo de los cabellos que me di cuenta de lo perfecto que era rostro. Los altos pómulos esculpidos, la boca llena, el hoyuelo. Miró hacia abajo con ese hermoso rostro familiar, y parecía arrogante. Él sabía el efecto que causaba en mí.

Jean-Claude se sentó en el sofá, con la boca manchada con mi barra de labios. El rojo tan vivo en contra de su piel pálida y parecía una mancha escarlata de sangre. Se pasó la lengua por el exterior de la boca, luego pasó el dedo a través de su labio superior, lentamente, hasta que desapareció la mancha roja. Puso el dedo en la boca para poder eliminar el lápiz de labios, muy lentamente, muy deliberadamente. Tenía los ojos en mí, pero el espectáculo era para Richard.

Me sentí agradecida por ello, y enojada con él. Sabía que Richard estaba tratando de hacerme daño, por lo que estaba haciendo daño a Richard. Pero también estaba jugando con él, frotando la sal sobre la herida.

La mirada en el rostro de Richard era tan animal que tenía que apartar la mirada.

—Es suficiente, Jean-Claude —dije—, suficiente.

Jean-Claude parecía divertido.

—Como quieras, *ma petite*.

Richard me miró de nuevo. Miré sus ojos. Tal vez había algo en mi cara que era demasiado crudo para mirar, también. Se volvió bruscamente y

salió de la habitación.

—Vuelve a retocar tu barra de labios, es deliciosa, pero tenemos que salir.

La voz de Jean-Claude, tenía una nota de pesar, en la forma en que celebra a veces la alegría, o el sexo.

Tomó mi mano, levantándola suavemente a su boca.

—¿Todavía estás asustada de ellos, incluso después de toda, la buena publicidad?

—Seguro que si tenían planes para matarnos, no habrían aparecido en una cámara contigo.

Le toqué la pierna, pasando mis dedos sobre la tela, sintiendo su muslo debajo.

—El Viajero y el alcalde de San Luis se estrecharon la mano, por amor a Dios.

Me tocó la cara, sosteniendo mi mejilla en su mano.

—El Consejo nunca ha tratado de ser, lo que podría llamarse, general. Es su primera incursión en un terreno muy nuevo. Pero han sido una pesadilla durante miles de años, *ma petite*. Un día en la política humana no los convierte en otra cosa.

—Pero…

Me puso los dedos en los labios.

—Es una buena señal, *ma petite*. Estoy de acuerdo, pero no sabes como yo. No los has visto en su peor momento.

Mi mente se acordaba del cuerpo de Rafael, con sangre; Sylvie atada a las cadenas, la visión de Fernando utilizando a Vivian.

—Los he visto hacer cosas muy terribles, cuando llegaron a la ciudad —le dije—. Establece las reglas, Jean-Claude. No nos pueden mutilar, violar, o matar ¿Qué queda?

Me besó suavemente en los labios, ya estaba, me ofreció su mano. La tomé, le dejé tirar de mí sobre mis pies. Llevaba la máscara de estar divertido, cuando quería ocultar sus sentimientos. Ahora sabía que eso significaba que me estaba escondiendo las cosas. Parecía que la usaba mucho cuando estaba asustado y no quería que la gente lo supiera.

—Me estás asustando —dije en voz baja.

Él sonrió.

—No, *ma petite*, lo que van a hacerme a mí, no es para todos ustedes.

Con ese tiro de consuelo, se fue a reunir a los demás. Me fui a mi bolso

y cogí la barra de labios deliciosos. El Consejo había establecido algunas condiciones de su propia mano. Esta noche no habría armas. Razón por la cual yo estaba vestida como estaba, una mirada era suficiente para saber que no llevaba nada. Jean-Claude consideró que les impediría tener una excusa para acariciar mi cuerpo. Cuando pregunté qué era lo que temía, todo lo que dijo fue:

—No quieres darles una razón para tocarte, *ma petite*. Confía en mí en esto.

Yo confío en él. Yo no quería que ninguno de los del consejo me tocase, nunca. Iba a ser una noche larga.



# CUARENTA Y NUEVE

El salón de Jea-Claude, lo que antes era el trono de Nikolaos se había convertido en una sala de banquetes. Habían encontrado una tabla que fue más de diez pies de largo. Se podía ver que la mesa era pesada con garras y bocas de leones tallados en alto relieve. Un mantel tan grueso con bordados de oro que brillaban bajo las luces de la mesa. Si hubiera sido por nosotros realmente comería fuera de él, me he preocupado por la basura, pero no había comida. No había sillas. No había platos. Había servilletas de lino blanco, con anillos de oro, copas de cristal, y uno de los calentadores de tamaño industrial, con llamas de gas azul bajo su superficie brillante. Había un hombre colgado por las muñecas y los pies, colgando sin poder hacer nada sobre la mesa reluciente. Estaba colgando directamente sobre el calentamiento del plato vacío. Su nombre era Ernie. La parte superior del cuerpo musculoso estaba desnudo. Una mordaza en su rostro, captura de parte de su larga cola de caballo.

Tenía el pelo afeitado a la nada en ambos lados de la cara. El Consejo no lo había hecho como la tortura. Se lo había hecho él mismo. Fue uno de los empleados más reciente de Jean-Claude, un hombre que quería ser un vampiro y hacía su aprendizaje actuando como una especie de criada y chico de los recados. Ahora, aparentemente, fue el aperitivo.

Richard, Jean-Claude, y yo, me quedé con Jamil, Damián, Jason, y sorprendentemente, Rafael, a nuestras espaldas. El Rey Rata había insistido en que nos acompañaba. Yo no había argumentado demasiado duro. Se nos permitió a una persona cada uno, además de Jason.

Yvette le había pedido especialmente. Al llevarlo a él, ganamos un hombre lobo, pero sus ojos azules estaban muy abiertos y su respiración un poco rápida. Yvette fue la idea de Jason del infierno y el infierno había enviado una invitación.

Ernie nos miró a todos, golpeando los pies y luchando, tratando de hablar a través de la mordaza. Creo que estaba tratando de decir, «bájenme», pero no he podido saberlo.

—¿Cuál es el significado de esto? —dijo Jean-Claude.

Su voz llenó la enorme sala, cayendo hasta que las sombras se dieron vuelta con sus palabras duras, se hizo eco sibilante.

Padma fue el único que salió del pasillo hasta ahora. Estaba vestido con un traje que brillaba como el oro, como el mantel. Tenía incluso un turbante dorado con plumas de pavo real y un zafiro más grande que mi pulgar. Parecía que alguien había llamado al casting central de un maharajá.

—Ustedes no nos han ofrecido hospitalidad a todos, Jean-Claude. Malcolm y su gente nos han ofrecido refrigerio. Pero, el Maestro de la ciudad, nos ha ofrecido nada.

Hizo un gesto hacia arriba a Ernie.

—Este entró sin nuestro permiso. Dijo que era tuyo.

Jean-Claude caminó hasta que quedó junto a la mesa y podía mirar a la cara de Ernie.

—Viniste a casa dos días antes de tu visita a la familia. La próxima vez, si hay una próxima vez, primero llama.

Ernie le miró con los ojos muy abiertos, hizo pequeños sonidos hmmm a través de la mordaza. Le dio una patada bastante fuerte en las piernas empezó a oscilar.

—La lucha se acaba de hacer sobre tus hombros duele más —dijo Jean-

Claude—. Estás en paz.

Como él lo dijo, Ernie progresó lentamente en la cojera. Jean-Claude lo había capturado con los ojos y comenzó a calmarse, no en sueño, en paz. La tensión desapareció de él, y él miró a Jean-Claude, vacío ojos marrones, esperando. Por lo menos no tenía miedo nunca más. Gideon y Thomas se acercaron a ambos lados de Padma. Thomas estaba en su uniforme de gala, botas negras pulidas como un espejo. El casco es blanco, con una borla en la parte superior que fue probablemente la crin. La capa roja, botones de bronce, guantes blancos, incluso una espada.

Gideon estaba muy cerca de estar desnudo. Un tanga blanca fue todo lo que llevaba en su cuerpo. Apenas le cubría. Un collar de oro macizo con incrustaciones de diamantes enormes y esmeraldas pequeñas cubría casi todo el cuello. Su cabello rubio peinado desplegado sobre él. Una cadena que conducía desde el cuello a las manos de Thomas.

Padma sacó la mano, y Thomas le dio la cadena a él. Ni Thomas ni Gideon intercambiaron ni una mirada. Habían visto el programa antes.

Lo único que me impidió hacer algún comentario mordaz fue que había dado mi palabra a Jean-Claude para que se él quien hablara esta noche. Él pensó que yo podría decir algo que hiciera mear a alguien. ¿Quién, yo?

Jean-Claude caminó alrededor de la mesa. Richard y yo dimos dos pasos atrás, reflejando a Padma y sus mascotas. El simbolismo no se le había perdido a nadie. Lo fue, Richard y yo estábamos fingiendo. No pensé que lo hicieran los otros.

—¿Supongo que le cortarás el cuello, y luego servirás su sangre a todos? —dijo Jean-Claude.

Padma sonrió y le dio un gesto amable de su cabeza.

Jean-Claude se echó a reír con esa risa maravillosamente suya y tangible.

—Si realmente quería hacer eso, Señor de las Bestias, tendría que colgarlo por los tobillos.

Richard y yo no intercambiamos miradas. Me volví y miré a la figura pacíficamente colgada de Ernie. ¿Cómo sabía, Jean-Claude habría que colgarlo por los tobillos? Haz una pregunta tonta.

—¿Estás diciendo que es un farol? —preguntó Padma.

—No —dijo Jean-Claude—, simplemente grandilocuente.

Padma sonrió, y casi le llegó a los ojos.

—Siempre juegas bien el juego.

Jean-Claude dio un pequeño arco con su cabeza, sin apartar los ojos del otro vampiro.

—Me siento honrado de que pienses bien de mí, Señor de las Bestias.

Padma soltó una carcajada aguda.

—Una lengua de miel, Maestro de la ciudad.

El humor murió repentinamente. Su rostro era duro de repente, vacío, a excepción de la ira.

—Pero la cuestión sigue siendo que has sido un anfitrión pobre. Me he alimentado a través de mis funcionarios.

Deslizó una mano oscura cariñosamente por el hombro desnudo de Gideon. El hombre-tigre nunca reaccionó. Era como si Padma no estaba allí. O tal vez, como si, Gideon, no estaba allí tampoco.

—Pero hay otros que no son tan bendecidos como yo, tienen hambre, Jean-Claude. Ellos están en tu territorio como a tus invitados y conocen el hambre.

—El Viajero es la alimentación de ellos —dijo Jean-Claude—. Pensé que te estaba alimentando también.

—Yo no necesito a su elenco de energía —dijo Padma—. Él era el mantenimiento de los otros hasta que uno, —él me señaló con su mano libre—, le dijo que parara.

Yo iba a decir algo, casi pido permiso, y el pensamiento, apretó mis tornillos.

—Le pidió parar —dijo—. Nadie le dice al Viajero qué hacer.

Allí, fue tan diplomático, que los dientes me dolieron.

Su risa entró en la habitación antes que él. El nuevo órgano del Viajero era joven, masculino, guapo, todavía tenía un buen bronceado por lo que estaba recién muerto. Baltasar llegó a su lado, sus manos se deslizan sobre el cuerpo del otro hombre posesivo. Un juguete nuevo que explorar. Me habían dicho que Malcolm le prestó al Viajero un miembro de la iglesia. Me preguntaba si Malcolm sabía realmente lo que el Viajero y Baltasar estaban haciendo con el cuerpo.

Me han dijeron que usaba togas, pero que no era él. El Viajero llevaba un paño púrpura articulado en un hombro con un broche de oro y un rubí. Su hombro izquierdo estaba desnudo, mostrando la piel curtida sin problemas a buena ventaja. La prenda fue recogida en la cintura con dos cables de color rojo tejido. Le caía casi a los tobillos, dando atisbos de sandalias atadas alrededor de sus tobillos.

Balthasar se vistió de rojo con una amatista y broche de plata en un hombro. Su hombro desnudo mostró el pecho lo suficiente para demostrar que era muscular, como si no hubiera habido ninguna duda. El vestido rojo estaba atado a la cintura con cordones de color púrpura.

—Se ven como los Mellizos Bobbsey —dije.

Jean-Claude se aclaró la garganta.

Dejé de hablar, pero si todo el mundo tenía una ropa tan ingeniosa, no estaba segura de que podía dejar de hacer comentarios. Quiero decir, era demasiado fácil.

El Viajero echó atrás la cabeza y se rió. Era una risa alegre como el silbido de las serpientes.

Volvió los ojos de color café a mí, pero en el fondo era él. Yo lo he conocido, no importa cómo, sus ojos que buscaba salir.

Balthasar era una o dos pulgadas más bajo que el nuevo. Se puso de pie lo suficientemente cerca del Viajero para llevarlo bajo el brazo, como un hombre alto cuando camina con una mujer, acunada contra su cuerpo, protegida.

—Te salvé los seres humanos de hoy, Anita. Salvé muchos vampiros. ¿No es eso suficiente para ti?

—¿Jean-Claude? —Hice de su nombre una pregunta.

Dejó salir su aliento en un largo suspiro.

—No tiene sentido hacer que prometas. Sé tú misma, *ma petite*, pero trata de no ser muy insultante.

Dio un paso atrás para que todos estuviésemos con los demás. Tal vez no le había gustado el simbolismo.

—Estoy encantada de que haya guardado a mis amigos hoy —dije—. Estoy extática que guardó todos los vampiros atrapados. Pero tienes un montón de buena prensa fuera de él sin ningún riesgo para ti mismo. Pensé que estabas de acuerdo en que ustedes tenían la necesidad de modernizarse un poco, entrar en el siglo XX.

—Pero estoy de acuerdo, Anita, estoy de acuerdo.

El Viajero se frotó la mejilla contra la cara de Baltasar, me miraba con tanta fuerza que me alegraba de que no era heterosexual.

—Entonces ¿qué es esta mierda medieval?

Yo señalé con el dedo pulgar hacia atrás a Ernie. Sus ojos se clavaron en el hombre, luego de regreso a mí.

—Yo lo hubiera dejado ir, pero los demás votaron, y es cierto que Jean-

Claude ha sido una gran laxa.

Jean-Claude me tocó el brazo.

—Si hubiera tenido mi invitación. Ni siquiera pidieron permiso para entrar en mi territorio, habría sido más que feliz de que le conceda los derechos de caza. Aunque se encuentra que uno de los otros beneficios que la legalidad es un número impresionante de víctimas voluntarias. Popular incluso, le pagarán para saciar su sed en sus cuerpos.

—Es una vieja ley entre nosotros —dijo el Viajero—, no pienso en entrar en otras de las tierras sin permiso. Sostuve a los demás, pero entonces tu siervo humano me enseñó que mis poderes estaban teniendo graves efectos secundarios en tu población local.

Se alejó de Balthasar, para entran en contacto a distancia de Jean-Claude.

—Pero ninguno de sus vampiros se vieron afectadas. No podía robarles su energía, o darles energía extra. Tú lo impediste. Me ha sorprendido más que cualquier otra cosa que has hecho, Jean-Claude. Suena a un poder que yo nunca he acreditado, ni ahora, ni en mil años a partir de ahora.

El Viajero estaba muy cerca de Richard, el cuerpo seis pies más alto que él.

Se quedó tan cerca que rozó el paño púrpura la longitud del cuerpo de Richard. Se movía en torno a él tan de cerca que nunca dejó de tocar la tela, deslizándose sobre el esmoquin adaptado como una mano en la tela.

—Padma no ha ganado tal poder de su unión.

Terminó de pie entre Jean-Claude y Richard. Levantó una mano para acariciar la cara de Richard, y Richard le agarró la muñeca.

—Eso es suficiente —dijo Richard.

El Viajero sacó su muñeca hacia abajo lentamente para que su mano rozara a Richard. Se volvió a Baltazar con una sonrisa.

—¿Qué te parece?

—Creo que Jean-Claude es un hombre afortunado —dijo Baltasar.

Un rubor se deslizó hasta la cara de Richard, sus manos se apretaron en puños. Fue colocado en la posición generalmente reservada para las mujeres. Si niegas que estás durmiendo con alguien, no te creo. Más difícil de negar, lo más seguro es que todo el mundo es culpable.

Richard era más inteligente que yo. No trató de negarlo. Él sólo se volvió y miró al Viajero. Se quedó cerca de él lo miró a los ojos y dijo:

—¡Aléjate de mí!

Todos los malos se rieron. Ninguno de nosotros lo hizo. Incluidos a nosotros Gideon y Thomas, por extraño que parezca. ¿Qué estaban haciendo con Padma? ¿Qué serie de acontecimientos los había atrapado con él? Si todos sobrevivimos, tal vez tenga la oportunidad de preguntar, pero era dudoso. Si matamos a Padma, probablemente iba a morir, también. Si Padma nos matan, bueno, ahí lo tienes.

El Viajero se acercó a mí en una nube de tela de color púrpura.

—Lo que nos lleva a usted, Anita.

Su nuevo cuerpo se elevaba por encima de mí, sobre un pie más alto, pero bueno, te acostumbras a ello.

—¿Qué? —dije, mirando hacia él.

Volvió a reír. Estaba tan feliz. Me di cuenta de lo que era: Posluminiscencia. Él y Baltasar se habían pulido con las joyas de la familia.

Miré fijamente a ese rostro sonriente y dije:

—¿En este nuevo órgano puedes hacer de doble juego o algo, o Balthasar tiene un cambio de menú?

La risa desapareció de sus ojos, su rostro, como el sol se hunde en el horizonte. Lo que quedó fue frío y distante y nada que se podía hablar.

Tal vez es mejor no hablar demasiado.

Jean-Claude tocó mis hombros y me movió hacia atrás. Empezó a moverse delante de mí, pero lo detuve.

—Lo molesto a él. No me protejas de él.

Jean-Claude dejó que me quedara en el frente, pero por alguna señal invisible el resto de la comitiva se trasladó hasta formar un abanico detrás de nosotros.

Yvette y Warrick salieron del pasillo con Liv.

—Todos ustedes parecen demasiado buenos para comer.

Ella se rió de su propia broma. Estaba vestida con un oficial blanco simple. Sus hombros desnudos eran más blancos que la tela. En cuanto la vi, yo sabía que no se había alimentado.

Mangas que no se adjunta a la vestimenta cubrían desde la axila hasta la muñeca. El corpiño equipado resaltó en una falda blanca completa con capas que se reflejaban en las extrañas mangas sueltas. Su cabello rubio casi blanco, caía en bucles trenzados y en espirales alrededor de su rostro. No hay trajes de época para Yvette, sólo lo iba hacer la vanguardia de la moda. Su maquillaje era sólo un poco oscuro en la blancura de papel de su

piel, pero era difícil conseguir la mirada infravalorada cuando estás tan terriblemente agotada.

Warrick llevaba un traje blanco. Era un traje hermoso vestido a juego con Yvette tan bien, parecía la parte superior de un pastel de bodas de la moda.

Yvette llevaba el vestido como si lo habían hecho sólo para ella. Warrick ahogadamente parecía incómodo.

Liv miró a todos con imparcialidad. Iba vestida de un azul formal que era para una mujer con bordes más suaves y menos músculo. El corte no era para ella, y lo llevaba mal.

Esta fue la primera vez que había visto a Liv desde que me enteré que ella había ayudado en la tortura de Sylvie. Yo lamentaba no haberla matado cuando tuve la oportunidad. Pero había una incertidumbre en sus ojos, un malestar en su cuerpo, que dijo, tal vez, había visto otro lado del Consejo desde entonces. Tenía miedo. Me alegré.

—Parece que estás usando ropa prestada, Liv —dije—. Como si alguien se la obsequiara a un pariente pobre.

—¿El Viajero se la ha dado a Yvette como su esclava? —Jean-Claude preguntó—. ¿Has quedado fuera tan rápidamente?

—Yvette sólo me ayudó a vestirme —dijo, con la cabeza alta, pero sus manos estaban tratando de suavizar el vestido en su lugar. Nada ayudó.

—Había vestidos muchos más atractivos en tu propio closet —dijo Jean-Claude.

—Pero no visten —dijo Yvette—. Para una ocasión formal debes tener vestidos para las mujeres. —Sonrió dulcemente.

Eso me hizo lamentar que llevaba un vestido.

—Sé lo que hiciste a Sylvie, Liv. Yo no estoy arrepentida de disparar hacía tus rodillas. ¿Pero sabes qué, Liv? unos años con el Consejo y es posible que lo lamentes también.

—No me arrepiento de nada —dijo.

Pero había una tensión alrededor de los ojos, un parpadeo a través de esos hermosos ojos.

Algo la había asustado a su buena y sólida apariencia. Una parte de mí quería saber qué le habían hecho a ella, pero fue suficiente para ver lo asustada que estaba.

—Me alegro de que lo estés pasando bien, Liv —dije.

Asher salió en el centro de la escena. Su pelo había sido recogido en

una trenza. Su pelo era todavía casi del color de los hilos metálicos del mantel, un color sobrenatural, incluso si hubiera sido humano. El pelo hacia atrás hacían más visibles las cicatrices en la cara desnuda. Es difícil no verlas, no es difícil mirar. El resto del equipo no lo hace más fácil.

Su parte superior del cuerpo estaba desnudo fue una maravilla el contrastes. Era como la cara, la mitad belleza angelical, la otra mitad una pesadilla derretida. Sus pantalones de cuero negro con una línea de carne desnuda mostrando desde la cadera hasta la mitad de la pantorrilla, las botas cubrían los demás. La carne que se vislumbra en el lado derecho de su muslo tenía cicatrices. Las cicatrices parecieron detenerse sobre la mitad del muslo. Llegó la gran pregunta. ¿Sus torturadores le hicieron un castrado? Era como un accidente de coche.

Yo quería saber, pero no lo hice.

—Jean-Claude, Anita, que bueno que se sumen a nosotros.

Hizo las palabras corteses una burla, llenándolos de una calidez silbido de amenaza.

—Tu presencia es el mismo placer que ha sido siempre —dijo Jean-Claude.

Estas palabras fueron en blanco, totalmente neutrales, elogio o desaire maliciosos. Fue decisión del oyente.

Asher se deslizó hacia nosotros, una sonrisa en los labios, perfecta. Una vez más ambos lados de la boca funcionaron. Los músculos estaban aún por debajo de todo el conjunto de las cicatrices. Llegó a estar directamente delante de mí. Estaba a dos pasos más cerca de estar cómoda, era tener protección o quejarse. Acabo de conocer su sonrisa con una de los mías. Ni la sonrisa se asomó a los ojos.

—¿Te gusta mi vestido, Anita?

—Un poco agresivo, ¿no te parece?

Trazó un dedo por el encaje en la cintura. La yema del dedo se deslizó dentro del encaje abierto, tocando mi piel desnuda. Reunió un pequeño grito de asombro en mi garganta.

—Puedes tocarme, donde quieras —dijo.

Me movió la mano.

—No puedo devolver la oferta, lo siento.

—Creo que se puede —dijo el Viajero.

Le miré.

—No —dije—. No puedo.

—Jean-Claude fue muy claro en sus reglas —dijo el Viajero—. Asher necesita alimentarse. Está dentro de las normas para que se alimente de ti, Anita. Prefiere hundir algo más, pero tendrá que conformarse con los colmillos.

Sacudí la cabeza.

—No lo creo.

—*Ma petite* —dijo Jean-Claude dijo en voz baja.

No me gustó la forma en que me llamó. Me volví, y una mirada era suficiente.

—Tienes que estar bromeando.

Él se acercó y me llevó a un lado.

—Las pautas que me diste no dicen nada en contra de compartir la sangre.

Le miré fijamente.

—¿Realmente quieres que se alimente de mí?

Sacudió la cabeza.

—No es una cuestión de necesidad, *ma petite*. Pero si no nos pueden torturar o violar, nos dejan poco más.

—Si deseas puedes negociar de nuevo uno de tus hombres-leopardo, Vivian —dijo Padma—. Tal vez, les da un paso seguro para el regreso de mi Vivian tan dulce.

Fernando entró en la habitación, en el momento justo. Fue golpeado, pero caminando. Es una lástima. Llevaba un chaleco de piedras preciosas y algo así como pantalones de harén. Las mil y una noches, tal vez, en lugar de un maharajá.

—¿Fernando le dijo que la violó?

—Sé lo que mi hijo ha hecho.

—¿Eso no impide que la quieras? —le pregunté.

Padma me miró.

—Lo que pueda hacer con ella una vez que es mía otra vez no es asunto tuyo, humanos.

—De ninguna manera —le dije.

—Entonces, ¿tienes otra opción? Debes alimentar a uno de nosotros. Si no hay nadie entre nosotros que te agrada más, alguien… Menos horrible, podríamos organizar algo. Tal vez podría tomar yo mismo. Entre nuestro propio pueblo sólo Yvette encuentra a Asher atractivo, pero sus gustos siempre han corrido a lo extraño y grotesco.

La cara de Asher nada traicionada, pero yo sabía que había oído. Tenía la intención de escuchar. Se había pasado los últimos dos siglos ser tratado como un fenómeno de circo. No es de extrañar porque estaba de mal humor.

—Me gustaría dejar a Asher hundir todo de él en mí, antes de que yo te deje tocarme.

La sorpresa se mostró por un instante en la cara de Padma, entonces la arrogancia. Pero no le había gustado el insulto.

—Tal vez antes de que termine la noche, Anita, conseguirás tu deseo.

No es reconfortante, pero Asher tenía problemas para mirarme, como si tuviera miedo. No de mí, exactamente, pero se trataba de un juego elaborado para hacerle daño. Había una tensión casual para las víctimas que reciben golpes con demasiada frecuencia por demasiadas cosas diferentes.

Jean-Claude susurró:

—Gracias, *ma petite*.

Creo que se sintió aliviado. Creo que él había pensado que podría ir en llamas antes que someterme. Antes de que Padma hubiera hecho una pequeña broma, me han puesto en más de una pelea. Yo iba a hacer esto. Le llamé a la línea del debate de aquí y se negó, significaba que luchó contra ellos. No nos gustaría perder. Si la donación de un poco de sangre nos mantiene vivos durante toda la mañana y no cobrar vidas, yo podía prescindir de ella.

Un leopardo gritó. Levantó los pelos de mis brazos. Dos leopardos acostados en la habitación, con collares de piedras preciosas brillantes alrededor de sus cuellos. El negro, Elizabeth, asumí, me espetó al verlos pasar. Los leopardos no son tan altos como un gran danés, pero si más largo. Se paseaba su pelaje como terciopelo sobre los músculos, su energía y la ira llenando la habitación, otros sintieron picazón a lo largo de la energía de los *cambiaformas*, como una droga. Los leopardos se extendían a los pies de Padma.

Sentí el oleaje de poder de Richard. Que salían de él en un baño relajante, dispuestos los leopardos para mantenerlos tranquilos, llamándolos de nuevo a la forma humana.

—No, no, son míos —dijo Padma—. Yo los voy a mantener en cualquier forma que elija, por mucho que quieran elegir.

—Ellos comienzan a perder las características humanas —dijo Richard

—. Elizabeth es una enfermera. Ella no puede hacer su trabajo si tiene colmillos o los ojos que no cambien de nuevo.

—Ella no tiene otro trabajo que servir a mí —dijo Padma.

Richard dio un paso adelante. Jean-Claude tocó su hombro.

—Él nos acosa, *mon ami*.

Richard le estrechó la mano libre, pero asintió.

—No creo que el Señor de las Bestias pueda retenerme si me obliga a volver a mi forma humana.

—¿Es un desafío? —preguntó Padma.

—El hombre-leopardo no te pertenece, Richard —dijo.

—Estos dos no pertenecen a nadie —dijo.

—Pueden ser míos, si quieren serlo —dije.

—No —dijo Padma—. No, voy a renunciar a nada más. Nadie más que usted.

Dio un paso atrás contra la pared, arrastrando con él a Gideon por el cuello con el collar de piedras preciosas. Thomas siguió casi tan de cerca.

—Asher tómala.

Asher trató de agarrarme el brazo, pero me alejé.

—Mantén tu trote. ¿No has dicho que esperas que nadie se suma a la experiencia?

—He estado esperando esto por más de doscientos años, *ma cherie*. Si se agrega la anticipación, entonces será maravilloso.

Me alejé de los ojos ansiosos y fui a Jean-Claude.

—¿Algún consejo?

—Tratará de violarte, *ma petite*. —Él me detuvo antes de que yo pudiera decir nada—. La violación no es real, pero el efecto es sorprendentemente similar. Es una seducción, si es posible. Necesidad de convertirlo en un placer. Será lo último que espera, y se enervan en él.

—¿Cómo nerviosos? —le pregunté.

—Eso dependerá, creo, lo fuerte que con tus nervios.

Miré hacia Asher. La ansiedad en su rostro era aterradora. Sentí que había sido detenido durante siglos, pero no fue mi culpa.

—Yo no creo que sea tan bueno.

Richard había estado escuchando. El vino lo suficientemente cerca como para susurrar:

—Eres la donación de sangre a un vampiro, ¿qué es una más?

—*Ma petite*, no tiene que compartir la sangre como compartir el poder

—dijo Jean-Claude.

Richard le frunció el ceño, luego a mí.

—¿Sin soltar la espalda? ¿No sabes cómo entregarte completamente a nadie?

La cara de Jean-Claude era muy neutra, blanca y hermosa. Miré su rostro impasible a Richard estaba enojado, y sacudí la cabeza.

—Si pudiera encontrar a alguien más para llenar el tercer lugar, Richard. Pero somos uno con el otro, así que deja de ser como un asno.

Me empujé delante de él lo suficiente para él de caer, y fue todo lo que no podía hacer para no darle una bofetada. Ser desagradable en privado era una cosa. Haciendo frente a los malos estaba en contra de las reglas.



# CINCUENTA

Asher me arrastró a un rincón, y los demás reunidos en el suelo como el tiempo de contar la historia en la escuela primaria. O tal vez mostrar y compartir, era una mejor analogía. Tiró de mí casi en su contra, con una mano en mi pelo controló mi cabeza. Me dio un beso casi, abrí mi boza lo suficiente para no ser golpeada. Me fue mejor que eso. Cerré los ojos y me dio un beso francés, dirigiendo mi lengua entre los dientes. Yo había perfeccionado el arte de besar a un vampiro francés, y al parecer era buena, porque Asher se retiró primero. Había una expresión de asombro, total y completa. No podía haberme sorprendido más si me hubiera abofeteado. No, menos sorprendida. Se espera la bofetada.

Jean-Claude tenía razón. Si tan sólo pudiera maniobrar con Asher ser más audaz de lo que era, él nunca podría hundir su colmillo en mí. Vale la pena intentarlo. Ni siquiera dejo que Jean-Claude se alimente de mí. Yo no estaba segura de que era el mal menor, pero una chica tiene que dibujar la

línea en algún lugar.

Asher puso su cara tan cerca de la mía, nuestras narices casi se tocaron.

—Mírame, chica, mírame. No quiero tocar esto.

El color azul pálido sorprendente de sus ojos, casi un blanco-azul, enmarcado por las pestañas de oro, era hermoso. Me concentré en los ojos.

—Suéltate el cabello —le dije.

Me apartó de él, con tanta fuerza que me tropecé. Yo estaba orinando con él, el robo de su venganza. No se puede violar la voluntad.

Me acerqué a él, acechando a su alrededor, lo que medio me dejaban los tacones, Jean-Claude había querido que me los pusiera. La espalda de Asher era pura y virgen. Sólo unas pocas cicatrices del goteo, donde el agua bendita había seguido por su lado. Corrí mis manos hasta la piel lisa, y saltó como si le hubiera hecho algo.

Se dio la vuelta, agarró mis brazos, manteniéndome alejada de él. Buscó mi cara casi frenéticamente. Todo lo que veía, no le gustaba. Movió las manos hacia arriba, hasta que tenía las muñecas, se colocó una de mis manos en el lado de las cicatrices de su pecho.

—Es fácil cerrar los ojos y fingir. Fácil de tocar lo que no está estropeado. —Me apretó la mano contra las arrugas en bruto que había sido su pecho—. Esta es la realidad. Esto es lo que vivo cada noche, lo que voy a vivir por toda la eternidad, lo que me hicieron.

Me estrechó, apretándome el brazo contra las cicatrices, así como a mis manos. La piel era áspero, callosa, como el agua congelada, carnosa. Miré su rostro, a centímetros de distancia, y dijo:

—Jean-Claude no hace esto por ti. Los hombres que me hicieron esto hace mucho tiempo que están muertos.

Yo me levanté de puntillas y le besé la mejilla con cicatrices.

Cerró los ojos, y una lágrima se deslizó de sus ojos por su mejilla rugosa. Besé a la lágrima, y abrió los ojos, de repente sorprendentemente cerca. En sus ojos vi el miedo, la soledad, una necesidad tan abrumadora que se había comido su corazón con tanta seguridad como el agua bendita se había comido la piel.

Le quería quitar el dolor que vi en sus ojos. Yo quería tenerlo en mis brazos hasta que el dolor disminuyó. Me di cuenta en ese momento que no era yo. Fue Jean-Claude. Quería sanar el dolor de Asher. Él quería llevar ese vacío terrible. Miré a Asher, a través de una película de emociones que nunca había tenido para él, una pátina de nostalgia para una mejor noche de

amor y alegría y cuerpos de calor en la fría oscuridad.

Besé su barbilla, cuidado de tocar sólo las cicatrices, haciendo caso omiso de la piel perfecta como había ignorado la anterior piel herida. Curiosamente, su cuello era todo, intacto. Me besó en la clavícula y su cresta blanca de cicatrices. Sus manos aliviadas, pero no me dejaran en libertad. Me sacó de sus manos mientras avanzaba por su cuerpo, un beso suave a la vez.

Pasé la lengua a través de su vientre, donde se desvaneció en sus pantalones. Se estremeció. Me trasladé a la piel abierta en la cadera y hasta abajo. Cuando las cicatrices terminaron en la mitad del muslo, me levanté, y él me miró, me miraba casi con miedo de lo que haría después.

Tenía que ponerme de puntillas para llegar detrás de él a la trenza de su cabello. Hubiera sido más fácil desde atrás, pero se lo había tomado como un rechazo. Yo no podía alejarme de las cicatrices, ni siquiera si eso no era lo que estaba haciendo en absoluto. Solté la trenza.

Separé los mechones de pelo, y luego tuvo que apoyar mi cuerpo contra el suyo sólo para no perder el equilibrio mientras le peinaba con mis dedos a través de los hilos de oro. Hay algo muy personal para tocar el cabello de una persona en la situación correcta. Me tomé mi tiempo, disfrutando de la sensación de ella, el extraordinario color, la riqueza de espesor de entre mis dedos. Cuando el cabello le caía en ondas alrededor de los hombros, bajé los pies.

Mis piernas se tensaron, demasiado tiempo en el punto.

Pongo en mis ojos lo que vi, era hermoso.

Asher me dio un beso en la frente, un toque de luz. Él me abrazó contra él por un momento y luego retrocedió.

—No puedo seducirte con mis ojos. Sin las angustias de la pasión, sólo ocasionan dolor. No necesitas alimentar a nadie. Lo que vi en tu cara, nadie me lo podría dar.

Él miró a Jean-Claude. Se miraron uno a otro durante un largo rato, a continuación, Asher salió del círculo, y me dirigí de nuevo a Jean-Claude.

Me senté a su lado, las rodillas dobladas bajo la falda. Me abrazó y me besó en la frente, como Asher había hecho. Me pregunté si él estaba tratando de probar la boca de Asher en mi piel. La idea no me molestaba. Tal vez debería haberlo hecho, pero yo no pregunté. Yo no estaba segura de que quería saber.

El Viajero llegó a mis pies, como por arte de magia, allí estaba.

—No creo que me sorprendería más si Anita hubiera evocado un dragón desde el aire, o que haya domesticado a nuestros Asher y no hizo sangre con ella. —Se deslizó al espacio abierto—. Yvette no es tan fácil saciarla. —Él le sonrió mientras se levantaba a sus pies—. ¿Estás lista, querida?

Pasó las manos por el pelo de Jason mientras caminaba. Saltó como si le hubiera picado, lo cual divirtió el infierno fuera de ella. Todavía estaba riendo cuando se volvió con sus faldas blancas y tendió los brazos a él.

—Ven a mí, Jason.

Se encogió sobre sí mismo, encrespándose en una pequeña bola de brazos, codos y rodillas.

Sacudió la cabeza.

—Tú eres mi elección, mi especial —dijo Yvette—. No eres lo suficientemente fuerte como para negarme.

Un pensamiento terrible se me ocurrió. Yo estaba dispuesta a apostar que Jean-Claude había cubierto la piel podrida de Yvette. Jason no puede recuperarse de otro abrazo de muerto podrido. Me incliné hacia Jean-Claude y pregunté:

—Negociaste la tortura, ¿no?

—Por supuesto —dijo.

Yo me encontraba en la ruta correcta.

—Puedes alimentarte de él, pero no te puedes descomponer.

Volvió sus ojos fríos hacia mí.

—Tienes algo que decir en esto.

—Jean-Claude negociaste sin tortura. Pudriéndose en Jason mientras se alimenta es una tortura para él. Tú lo sabes. Es por eso que le quieres.

—Quiero mi poca sangre de hombre lobo, y lo quiero exactamente de la manera que me gusta más —dijo.

—Puede alimentarse de mí —dijo Richard.

—No sabes lo que ofreces, Richard —dije.

—Sé que Jason es mío para proteger, y no puede soportarlo.

Se puso de pie, espléndido en su traje nuevo.

—¿Jason te ha dicho lo que le sucedió en Branson? —le pregunté.

Jason había tenido una cita obligada con dos vampiros mujer cuando comenzaron a pudrirse. Se convirtieron en largos cadáveres mientras estaban acostadas desnudas con él. Fue su peor pesadilla, casi una fobia ahora. Había presenciado el evento, incluso los que habían muerto en

manos de su cuerpo cuando me metí a rescatarlo.

Yo no lo podía culpar por estar aterrorizado.

—Jason me dijo —dijo Richard.

—Audiencia sobre el tema no es lo mismo que estar allí, Richard.

Jason había escondiendo su rostro contra las rodillas. Estaba diciendo algo bajo. Tenía que arrodillarme para escucharlo. Él estaba diciendo:

—Lo siento, lo siento, lo siento —una y otra y otra vez.

Le toqué el brazo y gritó, los ojos y la boca abierta de asombro.

—Está bien, Jason. Está bien. —Richard tenía razón. Jason no podía hacer esto.

Yo asentí.

—Tienes razón, Richard.

—No —dijo Padma—. No, el Rey Lobo es mío. No voy a compartirlo.

—Voy a tener nada menos que un *cambiaformas* —dijo Yvette.

Jamil estaba de pie.

—No, es mi trabajo para proteger a Jasón, no el tuyo, Jamil —dijo Richard.

—Es mi trabajo para protegerte a ti, Ulfric.

Richard sacudió la cabeza y comenzó a deshacer la corbata de lazo negro. Se soltó los botones de arriba abriendo unos pliegues de la camisa, dejando al descubierto el fuerte, y perfecta línea de su cuello.

—No —dijo Yvette.

Ella golpeó el suelo con los pies, las manos en las caderas.

—Él no tiene miedo. Quiero a alguien que tiene miedo.

En mi cabeza pensé, será miedo. Será mucho miedo. Aviso que no estaba saltando y ofreciéndome en lugar de Jason. Yo había visto este espectáculo en particular. No tenía deseo hacer estrellas en ella.

—Y yo tengo mis propios planes para el Ulfric —dijo Padma.

El Viajero chasqueó la lengua en ellos como si fuesen niños traviesos.

—Es una oferta justa, Yvette. El Ulfric a sí mismo por uno de sus lobos menores.

—No es la potencia de la sangre lo que quiero. Es el terror.

—Es una generosa oferta para alguien que no es consejo —dijo Padma.

—¿No siempre se pelean así? —le pregunté.

—*Oui* —dijo Jean-Claude.

Cerca de la vida eterna, el poder aterrador, y fueron de poca monta. ¡Qué desilusión! ¿Cómo de típico? Le toqué la cara a Jason, le daba un

aspecto de mí. Su respiración entrecortada.

Toqué sus manos, su piel estaba fría.

—Jason, si lo haces y no se pudre, ¿podrías dejar que se alimente?

Tragó dos veces antes de que pudiera hablar.

—No sé.

Una respuesta sincera. Estaba aterrorizado.

—Iré contigo.

Me miró entonces, me miró y no vi los gritos en su cabeza.

—Ella no le va a gustar eso.

—Que se joda. Ella puede tomarlo o dejarlo.

Eso me hizo ganar el fantasma de una sonrisa. Agarró mi mano que estaba encima de la suya.

Él asintió.

Miré a Jean-Claude aún sentado con nosotros.

—No estás siendo de mucha ayuda.

—Yo también he visto el espectáculo, *ma petite*.

Estaba haciéndose eco de mis pensamientos tan de cerca, me preguntaba cuáles eran sus pensamientos. Pero lo que estaba diciendo era aterrador. Me ofrecí a Yvette, no sólo para salvar a Jason.

Me puse de pie, Jason se levantó. Se aferró a mi mano como un niño en el primer día de jardín de infantes con miedo de que su mamá lo dejara en paz con los matones.

—Si das tu palabra de honor que no te pudrirás en él, puedes alimentarte.

—No —dijo Yvette—. No, eso estropea todo.

—Es tu elección —le dije—. Puedes tener a Richard, si Padma, te lo permite, pero no tendrá miedo. Puedes pudrirte en él, sin embargo, pero no te dará el horror de Jason.

Me mudé para que ella pudiera verlo claramente.

Jason se estremeció, pero se quedó de pie, pero él no quiso o no pudo cumplir con sus ojos.

Me miró. Creo que fue en realidad mirando mi vestido. Pero por una vez no lo hizo parar. La distracción era justo lo que necesitaba. Conocer a Jason, no me sorprendió un más que un abucheo, era mostrar lo que eligió.

Yvette se lamió los labios. Por último, asintió.

Jason me llevó hacia ella. Estaba vestido con un par de pantalones de cuero teñido de un color azul dos tonos más oscuros que sus ojos. Los

pantalones parecían pintados, deslizarse sin freno en las botas teñidas para igualar. No llevaba camisa, sólo un chaleco que hacía juego con los pantalones, atados con tres correas de cuero.

Se tropezó al entrar en el espacio despejado. Yvette se deslizó hacia él, y él se quedó atrás.

Sólo mi mano le impidió irse.

—Tranquilo, Jason, tranquilo.

Siguió moviendo la cabeza, luchando con mi dominio sobre su muñeca. No era precisamente luchando, pero no estaba cooperando bien.

—Es demasiado pedir —dijo Richard—. Él es mi lobo, y yo no lo quiero ver atormentado.

Miré a Richard, orgulloso y arrogante.

—Él es mi lobo, también.

Solté la muñeca de Jason lentamente y puse una mano en ambos lados de la cara.

—Si esto es mucho pedir, dímelo, y nosotros haremos otra cosa.

Agarró mis muñecas, y lo vi recogerse a sí mismo. Observé su control ganado llenar sus ojos, su rostro.

—No me dejes.

—Estoy aquí.

—No —dijo Yvette—, no puede sostener tu mano, mientras yo me alimento.

Me volví hacia ella, Jason tan cerca, que nuestros cuerpos se tocaron, sin manos.

—Entonces se acabó. No lo toques.

—Primero domesticas a Asher. Ahora tratas de dominarme. No tienes nada que yo quiero, Anita.

—A él, a Jason.

Ella susurró en mí, toda esa belleza cuidando de no romperla y mostrando a la bestia interior.

Ella lo arrebató de mí alrededor, y él se echó para atrás. Ella pateaba en él piso como un gato, y me quedé con mi cuerpo entre ellos, nos movimos en el centro del círculo. Sentí a Jason con espalda en la pared, y agarré el brazo de Yvette.

—Siente el terror, Yvette. Puedo sentir su corazón golpeando contra mi espalda. Sosteniendo su mano, no lo hará sin miedo. Nada de lo que pueda hacer hará perder el miedo a tu contacto.

Jason escondió su cara en mi espalda, las manos se deslizaron alrededor de mi cintura. Me dio unas palmaditas en el brazo. Su cuerpo fue un palpitante latido de su corazón, su sangre, bombea a través de su cuerpo con tanta fuerza que podía sentirlo. Su terror cabalgando en el aire como una niebla caliente, invisible.

—De acuerdo —dijo.

Ella retrocedió hasta el centro. Levantó una mano pálida a nosotros.

—Vamos, Anita, trae nuestro premio.

Me salí de sus brazos hasta que le llevaba de la mano de nuevo. Sus manos sudaban. Lo llevé, de espaldas a ella. Agarró mis manos en las suyas. Sus manos temblaban. Se quedó mirando mi cara como si fuera lo único que queda en el mundo.

Yvette tocó su espalda.

Gimió. Me atrajo hasta que nuestros brazos se tocaron, nuestros rostros a pocos centímetros.

Yo no tenía palabras de consuelo. Que podía ofrecer nada más que una mano para sostener y algo más en que pensar.

Yvette perdía los dedos alrededor de los hombros hasta que llegó a las correas que sostenían el chaleco. Sus manos rozaron la parte delantera de mi cuerpo cuando ella perdió el rastro de los lazos. Comencé a dar un paso atrás y las manos de Jason temblaban con la tensión. Yo me quedé donde estaba, pero mi pulso e latía en la garganta. Yo también tenía miedo de ella.

Tenía que deslizar la mano en la cintura para conseguir el último vínculo, su moldeado cuerpo contra su espalda. Le lamió la oreja, un movimiento rápido de lengua de color rosa pálido.

Cerró los ojos, inclinando la cabeza hasta que tocó la frente.

—Puedes hacer esto —dije.

Él asintió, los ojos todavía cerrados, ella le seguía tocando la frente.

Yvette pasó las manos por la espalda debajo del chaleco, se curvó alrededor de su pecho desnudo, corriendo las uñas por su carne en una carrera rápida.

Jason estaba sin aliento, y me di cuenta en ese instante que no era sólo el miedo. Había dormido con ella antes de que él supiera lo que era. Ella sabía que su cuerpo, sabía cómo llevarlo a la pasión como sólo puede hacerlo un amante. Había que utilizarlo en contra de él.

Jason sacó la cara y me miró. Me miró, y parecía perdido.

Empujó el chaleco alrededor de los hombros y lamió una línea húmeda

prolongada hasta la columna vertebral.

Volvió su rostro a mí, así que no volvería a ver sus ojos.

—Está bien, ya te sientes bien, Jason.

Se volvió hacia mí, y había otras cosas en sus ojos al lado de miedo. Hubiera sido más cómodo con el miedo, pero él era el daño.

Yvette se arrodilló e hizo algo bajo en la espalda con la boca. Le doblaron las rodillas de repente, lo llevó al piso. Acabé tendida de espaldas con Jason encima de mí. Yo tenía una pierna libre, era una ayuda y un obstáculo, ya que lo puso perfectamente encima de mí. Me di cuenta de que su cuerpo estaba feliz de estar allí. No estaba seguro sobre el resto de él.

Estaba haciendo pequeños sonidos bajos con la garganta.

Me escabullí por debajo de él lo suficiente para tocarle la ingle y no era la mía y yo presionando podía sentir y ver lo que Yvette había hecho con él. Había marcas de colmillos en la espalda baja, cerca de la columna vertebral. Perlas de sangre en el cuero azul escocés.

Sus brazos entrelazados alrededor de mi cintura.

—No me dejes, por favor.

Tenía la mejilla contra mi cintura. La tensión en su cuerpo hizo un ruido sordo en mi corazón.

—Yo no te dejaré, Jason.

Me quedé mirando a Yvette sobre su cuerpo.

Estaba arrodillada, con la falda blanca agrupada a su alrededor, como si un fotógrafo ambulante fuera a venir. Ella sonrió, y llegó a los ojos, llenándolos de una luz oscura, alegre. Estaba disfrutando el infierno fuera de sí misma.

—Ya te has alimentado. Se acabó —dije.

—Eso no fue una comida, y tú lo sabes. He probado, pero no me he alimentado.

Había valido la pena intentarlo. Ella tenía razón. Yo sabía que no se había alimentado.

—Entonces, ¡hazlo, Yvette!

—Si me hubieras dejado pudrirme, entonces sería más rápido, pero quiero su terror y su placer. Eso requiere más tiempo.

Jason hizo un sonido pequeño, como un niño llorando en la oscuridad. Miré a Richard. Seguía de pie, pero no estaba enojado conmigo ahora. No había dolor real en los ojos. Tendría que ser él en lugar de Jason. Como un verdadero rey que había tomado el dolor.

Olí bosques, ricos y verde, moho de la hoja húmeda y lo nuevo que hizo la garganta apretada. Miré a Richard y sabía lo que estaba sugiriendo. Habíamos tenido nuestra lucha poco acerca de la Munin. Él verdaderamente había pensado que estaba a salvo de ellos, porque yo no era un *cambiaformas*. No había conocido las marcas que he compartido con él me pondría en riesgo. Pero ahora que había posibilidades. No era la canalización de Raina, nunca quise hacer eso de nuevo, pero el poder de la manada. Su calidez, su tacto, podría ayudar.

Cerré los ojos y sentí la marca abierta como cortinas de despedida en mi cuerpo. Jason levantó la cabeza, mirando hacia mí. Sus aletas de la nariz, oliendo a mí, olfateando el poder.

Yvette arrancó el chaleco por la espalda como si fuera papel. Jason con voz entrecortada. Se lamió a lo largo de su cuerpo, y de repente la boca cerrada sobre sus costillas. Vi los músculos de su mandíbula tensa el cuerpo de Jason hizo espasmo en mi contra. Se desplomó en mi contra, las manos luchando por el suelo como si él no supiera qué hacer con su cuerpo, o con el mío.

Yvette se retiró dejando claros agujeros rojos. La sangre goteaba de la herida. Se humedeció los labios y me sonrió.

—¿Te duele? —le pregunté a Jason.

—Sí —dijo—, y no.

Empecé a levantarlo.

Yvette le puso una mano en la mitad de la espalda.

—No, yo lo quiero todo. Lo quiero que debajo de mí.

Olí el almizcle agudo de la piel. Jason trató de mirar a mí, pero Yvette obligó su cabeza en mi regazo. Ella lo utilizó para apoyar su cuerpo mientras ella miraba su cara.

—¿Qué estás haciendo?

—Yo soy su lupa. Pido la manada en su ayuda.

—Ellos no le pueden ayudar —dijo.

—Sí —le dije—, claro que pueden.

Me deslicé, retorciéndome bajo el cuerpo de Jason. El vestido negro terminó sobre el nivel de la cintura. Todo el mundo estaba haciendo una gran vista de las medias y la ropa interior.

Bueno que todo lo que acertaron. Pero pude ver la cara de Jason. Podía sentir su cuerpo un poco más de lo que yo quería. Pero eran sus ojos que lo yo quería, su rostro. Yo quería que él me mirara.

Yo nunca había intentado la posición del misionero con un hombre exactamente de mi altura.

El contacto visual es increíblemente íntimo. Me dio una risa nerviosa.

—He tenido fantasías como esta.

—Divertido —dije—. Pero yo no.

—Ooh, demasiado cruel.

Su columna vertebral inclinada, presionando su cuerpo contra el mío. Yvette se había dado otro gusto. El temor estaba de nuevo en toda su fuerza, llenando los ojos con pánico.

—Estoy aquí. Estamos aquí.

Cerró los ojos y respiró hondo. Señaló en el aroma de las hojas, y de la piel, y lugares oscuros, llenos de cadáveres que todos olían a manada. E Yvette golpeó de nuevo.

Jason gritó y me levanté lo suficiente para ver que el vampiro se había retirado una tira de piel suelta por lo que se agitaba. Sangre derramada por su piel.

Jean-Claude se acercó al borde del círculo.

—Eso es tortura, no alimentación. Se detiene aquí.

—No —dijo Yvette—, yo no me he alimentado.

—Entonces hazlo —dijo Jean-Claude—, pero hazlo rápidamente antes de que nuestra paciencia se acabe.

Se arrastró por su cuerpo, poniendo su peso en la parte superior de él, moliéndome en el suelo. El cuero cosido por encima de su ingle era terreno tan duro contra mí, que me dolía. Su respiración se hizo más rápida, rápida y más rápida. Él iba a hiperventilar.

—Mírame —le dije.

Yvette volvió la cabeza hacia atrás por el pelo.

—No, mírame a mí. Porque yo te haré daño, Jason. Voy a perseguirte en tus sueños.

—No —dije.

El poder hinchado dentro de mí, y escupí el poder en su pálido rostro. Sangre voló en unas largas y poco profundas cortaduras por su mejilla.

Todo se congeló. Yvette se llevó una mano a la mejilla sangrada.

—¿Cómo hiciste eso?

—Si te dijera que no estoy realmente segura, ¿me creerías?

—No —dijo.

—Entonces cree esto, perra. Acaba esto ahora o voy a cortarte un poco

más.

Yo no creía que lo dije, aunque no estaba segura que podía repetir la actuación. Sólo los vampiros maestros pueden provocar cortes como estos desde la distancia. Nunca había visto a Jean-Claude hacerlo.

Yvette me creyó. Se inclinó tan cerca que la sangre del corte goteaba en el cabello rubio de Jason.

—Como quieras, Putin, pero sabes, que no se puso bajo. Por ello… —me mostró el corte de su rostro una vez—, sufrirá.

—¿No es siempre el buen camino? —dije.

Ella frunció el ceño en mí, no era la respuesta que estaba esperando al parecer. Puse las manos en ambos lados de la cara de Jason, abrió los ojos para encontrar los míos. Hubo desconcierto en el marco del miedo ahora, porque Jason sabía que nunca había hecho nada parecido a lo que había sucedido a Yvette. Pero no podíamos decir, caramba, qué bueno, ¿Cómo haces para enfrentar a los malos?

Yvette cambió de posición hasta que su cuerpo quedó presionado a lo largo de Jason. Se movía en mi contra. No había nada entre Jason y yo, sólo el cuero de sus pantalones y algunos de satén. Mi cuerpo reaccionaba. Era mi turno de cerrar los ojos para no ver. Tal vez fue la reacción física, pero de repente me ahogué en el olor de la piel, y el calor, conocimiento cercano de su cuerpo. El Munin estaba aquí, en un torrente cálido, la construcción.

Levanté mi cara y lo besé. En el momento en que nuestros labios se tocaron, el poder fluía entre nosotros. Fue una unión de una especie diferente, mejor que con Nataniel, y yo sabía por qué. Nathaniel no se carga.

Jason no me besó de nuevo en un primer momento y luego se hundió en mi boca, en el poder cálido, y la potencia creció hasta que sentí como un pequeño viento caliente por todo el cuerpo, a través de nuestros cuerpos. El poder fluyó sobre Yvette y la hizo gritar. Hundió los colmillos en el cuello de Jason. Grité con mi boca, rigidez corporal, pero el dolor se montó cálido y eléctrico y fue arrastrado.

Pude sentir la boca de Yvette como un sifón, la succión del poder. Me metí en ella y la dejé helada de nosotros, borracha de sangre.

Liberados del cuerpo de Yvette, Jason se trasladó en mi contra. Él me besó como si pudiera trepar en el interior y tirar de mí a su alrededor, y lo besé. Me dio la bienvenida Munin Rama, y yo no sabía cómo apagarlo.

Sentía reaccionar su cuerpo, lo sentí venir, y eso fue suficiente para ayudarme a nadar de regreso en el control. Lo que es un momento embarazoso y agradable estar conduciendo otra vez.

Jason se derrumbó encima de mí, jadeando, pero no de miedo. Volví la cara para no echar un vistazo a nadie que se reuniera alrededor de nosotros. Yvette se puso cerca de nosotros, se hizo un ovillo, la sangre rodó por debajo de la barbilla. Se lamió la sangre, casi sin ganas como si hasta ese pequeño esfuerzo fuera demasiado.

Hablaba en francés:

—*Je rêve de toi*.

Yo había oído una versión de esto antes en Jean-Claude. Ella dijo el sueño de nosotros.

Me oí decir:

—¿Por qué los franceses siempre saben exactamente qué decir en momentos como este?

Jean-Claude se arrodilló al lado de nosotros.

—Es genético, *ma petite*.

—Ah —dije.

Tuve problemas para mirar a los ojos de Jason, todavía se extendía a través de mi cuerpo.

—Jason —le dije, golpeando su hombro desnudo.

No dijo nada, sólo se tendió en el suelo, cerca de Yvette de lo que yo alguna vez he pensado que estaría dispuesto.

De repente me di cuenta que mi falda estaba alrededor de mi cintura. Jean-Claude me ayudó a sentarse mientras yo me arreglaba el vestido hacia abajo.

Richard se arrodilló con nosotros. Yo esperaba un comentario mordaz. Sin duda le había dado munición suficiente para uno. Me sorprendió diciendo:

—Raina, se fue, pero no se ha olvidado.

—No es broma —dije.

—Lo siento, Anita. Cuando me dijiste, no me di cuenta que era una fusión casi completa. Entiendo por qué tienes miedo ahora. Hay cosas que puedes hacer para evitar que ocurran de nuevo. Estaba demasiado furioso contigo para creer que era así de malo. —Una mirada cruzó su rostro, dolor en parte, la confusión por otro lado—. Lo siento por eso.

—Si puedes evitar que eso suceda de nuevo, disculpa aceptada.

Padma repente se cierne sobre nosotros.

—Tú y yo vamos al próximo baile, Ulfric. Después de mostrar lo que nos dio su lupa, estoy más ansioso que nunca y a gusto contigo.

Richard me miró, luego a Jason y a Yvette, ambos aún en el suelo como si cualquier movimiento era demasiado.

—Yo no creo que sea tan bueno.

—Creo que se subestima, lobo —dijo Padma.

Richard le ofreció una mano, pero se quedó por su cuenta. Los dos hombres eran casi de la misma altura. Se miraron unos a otros, y yo ya podía sentir el poder de la quema entre ellos, la prueba.

Yo estaba en contra del pecho de Jean-Claude y cerré los ojos.

—¡Sáquenme de aquí antes de que empiecen. No soporto estar cerca de tanta potencia tan pronto!

Él me ayudó a ponerme de pie, y cuando mis piernas fallaron me abrazó, él me cogió en brazos, me sostenía sin esfuerzo. Él se quedó allí sosteniéndome, como esperando que yo protestara.

Puse mis brazos alrededor de su cuello y dijo:

—Apenas hazlo.

Él sonrió, y fue maravilloso.

—He querido hacer esto por un tiempo muy largo.

¿Era romántico que te llevarán en sus brazos al fin? Sí. Pero cuando Jason logró saltar de la planta, la parte delantera de sus pantalones de cuero azul estaba manchada, y no era romántica en absoluto.



# CINCUENTA Y UNO

Padma y Richard uno frente al otro fuera de su alcance. Cada uno fue dejando su poder como un señuelo al final de una línea, para ver quién mordía el anzuelo en primer lugar. El poder de Richard era como siempre, una calefacción eléctrica. Pero el poder de Padma era similar.

Más que cualquier otro vampiro que había alrededor, su poder era cálido, vivo, a falta de una palabra mejor. No tenía el brillo eléctrico de Richard, pero había calor.

Su poder llenó la sala, como si el aire fuera acusado de su energía. Estaba por todas partes y en ninguna. Poco poder de Richard a lo largo de mi piel, salió un grito de mi garganta que Jean-Claude hizo eco. El poder de Padma estalló a lo largo de mi piel como estar demasiado cerca de una llama abierta. Las dos energías combinadas fueron casi dolorosas.

Rafael se acercó a nosotros. Jean-Claude aún me sostenía en sus brazos, le permite saber cómo de mierda me sentía. El Rey Rata llevaba un muy

corriente traje azul, camisa blanca, corbata sobria. Sus zapatos eran negro pulido hasta alcanzar un brillo, pero podría haber ido a ninguna parte, una reunión de negocios a un funeral. Sí, tenía el aspecto de uno de esos trajes que sólo salían para las defunciones y matrimonios.

—Se sienten muy igualados —dijo—, pero es una mentira.

Lo dijo en voz baja como si acabara de hablar con nosotros, pero estábamos tan cerca que Richard podía oír.

—Él hizo lo mismo conmigo, entonces él me aplastó.

—Él no te aplastó —le dije—. Tú ganaste.

—Sólo porque me rescataste.

—No —dije—. No le diste a los hombres-rata. Has ganado.

Toqué el hombro de Jean-Claude, y él me puso abajo. Yo podía soportar. ¡Yupi!

—Muy impresionante, Ulfric —dijo Padma—, pero vamos a ver lo impresionante que puede ser, ¿de acuerdo? Gracias, Rafael, para echar a perder la sorpresa. Voy a devolver el favor algún día.

Los guantes, como se dice, estaban colgados. El poder de Padma retumbó por toda la habitación. Me desubicó, y sólo la mano de Jean-Claude impidió irme de rodillas.

Richard gritó y cayó de rodillas. Estábamos a la resaca del poder de Padma. Richard estaba recibiendo el tratamiento completo. Yo esperaba ver con Richard lo que había hecho conmigo, pero no lo hizo. Él tenía otros planes.

—Cambia para mí, Richard. Me gusta la comida con la piel.

Richard sacudió la cabeza. Su voz salió estrangulada, como si las palabras estuviesen siendo arrastradas por la garganta.

—Nunca.

—Nunca puede ser un tiempo muy largo —dijo Padma.

Sentí su poder, como los insectos marchando sobre mi piel, las hormigas con triatomas teniendo picaduras. Era lo que había hecho la mujer-leopardo, Elizabeth, cuando castigaba.

Richard no se retuerce en el suelo como yo lo había hecho. Él dijo:

—No.

Se puso en sus pies y dio un paso impresionante hacia el vampiro.

La quema empeoró, el rojo caliente más junto como una lámina continua de los incendios pequeños. Hice un pequeño sonido, y aún estaba Richard de pie. Dio otro paso sorprendente.

La sensación de poder se detuvo tan abruptamente que la ausencia de dolor trajo a Richard casi de rodillas a los pies de Padma. Su respiración era fuerte en el silencio repentino.

—El dolor no te traerá a mí —dijo Padma—. ¿Vamos a prescindir de los juegos, Ulfric? ¿Debo alimentar ahora?

—Quiero que termine con esto —dijo Richard.

Padma sonrió, y había algo en su sonrisa que no me gustó. Como si tuviera todo bajo control, y todo iba según lo planeado.

Se puso de pie detrás de Richard y se dejó caer de rodillas con gracia. Le acarició con la mano por el lado izquierdo del cuello de Richard, volviendo la cabeza hacia el lado de una huelga limpia. Un brazo se deslizó a través del pecho de Richard, aplastándolo con su cuerpo, por otra parte apretó la cara a un lado.

Padma se inclinó sobre él y le susurró algo al oído. Un espasmo se extendía a lo largo del cuerpo de Richard. Trató de liberarse de Padma, pero el vampiro era asombrosamente rápido. Se deslizó en los brazos de Richard, dedos entrelazados detrás del cuello de Richard.

Una Nelson clásica completa. Richard terminó la lucha con él en el suelo y el vampiro en la parte superior de él. Si hubiera sido un combate de lucha libre, Richard habría sido sujetado, perdido. Pero ningún árbitro iba a venir a decir «tiempo».

—¿Qué está pasando? —le pregunté.

—Le advertí a Richard —dijo Rafael—, pero él siempre ha sido tan fuerte.

—¿Qué? —le pregunté.

—Él está llamando a la bestia de Richard, *ma petite* —dijo Jean-Claude—. Yo le he visto hacerlo antes.

El cuerpo de Richard dio espasmo con tanta violencia, su cabeza golpeó contra el suelo con un chasquido seco. Rodó por su lado, pero el vampiro se quedó en él, susurrando, susurrando.

—¿Se las arregló para llamar a tu bestia así? —le pregunté a Rafael.

—Sí.

Le miré.

Se quedó en el show, no encuentro mis ojos.

—Me llamó por mi bestia, como el agua que vierte sobre mi piel, drena a la basura. Lo hizo una y otra vez, hasta que me desmayé. Me desperté como me encontraste en el estante, desollado.

Su voz era neutral cuando lo dijo todo, como si se tratara de una historia acerca de alguien más.

—Ayúdale —le dije, dirigiéndome a Jean-Claude.

—Si entro en ese círculo, Padma lo utilizará como excusa para un reto conmigo. Si se trata de un duelo, voy a perder.

—Eso es acoso, entonces —dije.

—Él también está disfrutando, *ma petite*. Rompiendo al fuerte es su mayor alegría en esta existencia.

Un grito salió de la boca de Richard. Un grito que terminó en un aullido.

—Voy a ayudarlo.

—¿Cómo, *ma petite*?

—Padma no puede retarme a un duelo, y él no puede llamar a mi bestia. Táctil hace que la marca sea más fuerte, ¿no?

—*Oui*.

Me sonrió y comencé a caminar hacia Richard. Jean-Claude no trataba de detenerme. Nadie lo hizo. Richard había logrado llegar a las rodillas con el vampiro sigue siendo moldeado a su espalda. Los ojos de Richard eran los ojos del lobo, de color ámbar, y estaba cerca de entrar en pánico. Está cerca, pude sentir su bestia como una forma enorme justo debajo de la superficie de un lago oscuro. Cuando se rompiera la superficie, le llevaría a ella. Rafael parecía haber aceptado su derrota, pero Richard no lo haría. Richard llevaría a la derrota y venció a sí mismo con ella.

—¿Qué estás haciendo? —Padma preguntó, mirando a mí.

—Soy su lupa y su tercero. Estoy haciendo mi trabajo.

Mantuve la cara de Richard en mis manos, y eso era suficiente. El contacto físico fue suficiente para fortalecer su control. Sentí su lento del corazón, el latido de su cuerpo con facilidad. Sentí que una gran forma hundirse en las profundidades. Richard dibujó en mi marca como un hombre que se ahoga con una cuerda, enrollando alrededor de sí mismo.

—No —dijo Padma—. Él es mío.

Le sonreí.

—No, es mío. Nos guste o si no lo hacemos, es mío.

Los ojos de Richard sangrado de vuelta a sus marrón normal, y pronunció las palabras:

—Gracias.

Padma estaba en una punta, tan rápido que era casi como magia. Me

agarró de la muñeca, lo suficiente para hacerme daño, y le dije:

—No puede oponerse a mí, porque yo no soy un vampiro. No se puede alimentar de mí, porque sólo puede jugar con una víctima una vez esta noche, y Asher era mi vez.

Richard yacía en el suelo, con un brazo se preparó para sostenerse, pero tuve un destello de cómo estaban sus huesos cansados, tan cansado, tan débil.

—Sabes bien nuestras normas, Anita —dijo Padma.

Tiró de mí cerca de él, los cuerpos casi se tocaban.

—No eres vampiro, o comida, pero todavía eres su lupa.

—¿Vas a tratar de llamar a mi animal? —dije—. No se puede llamar lo que no está allí. —Sentí poco poder con el hombre lobo.

Se llevó la mano a la cara y la olió a lo largo de mi piel como si estuviera oliendo a un perfume exótico.

—Hueles a manada, Anita. Hay algo que llamar en ti. Sea lo que sea, voy a tenerlo.

—Ella no es parte de la negociación —dijo Jean-Claude.

—Intervino —dijo Padma—. Eso tiene su parte en este bacanal. No te preocupes. No voy a hacerle daño. Demasiado.

Se apoyó en mí y en voz baja, suave. Es francés, y yo no hablaba suficiente francés para seguirla. Tomé la palabra para el lobo, y el poder, y la luna, y sentí el aumento de poder dentro de mí. Era demasiado pronto después de que Jason. El poder estaba demasiado cerca de la superficie, demasiado cerca. Padma llamó a ella, y yo no sabía cómo pararlo. El estallido de poder sobre mi piel en un baño caliente. Se doblaron mis rodillas y me sorprendí, yo me desplomó contra su cuerpo.

Richard me tocó la pierna, pero ya era demasiado tarde. Trató de reforzar mi control, como lo había hecho por él, pero yo no tenía ningún tipo de control todavía. Padma llamó y el Munin respondió. Yo estaba canalizando a Raina por segunda vez en una hora.

El poder llena mi piel, y yo me quedé, presionando mi cuerpo en Padma, mirándolo a centímetros de distancia. El poder quería tocar a alguien, cualquiera. No le importaba. Que me importaba, y que había tenido suficiente tiempo para controlar y rechazarlo. Le dije:

—No.

Me aparté de él, cayendo al suelo, como lo hice.

Padma me siguió, tocando mi pelo, mi cara, me arrastré lejos de él.

—El poder es de naturaleza sexual, tal vez un deseo de apareamiento. Qué interesante.

—Déjala en paz, Maestro de las Bestias —dijo Jean-Claude.

Se echó a reír.

—¿Qué crees que pasaría si yo seguía llamando a su bestia? ¿Crees que podría ceder? ¿Crees que me cogería?

—No vamos a encontrar nada —dijo Jean-Claude.

—Si interfieres con mi diversión, entonces es problema entre nosotros.

—Eso es lo que han querido.

Padma volvió a reír.

—Sí, creo que deberías ser asesinado por la muerte del Muevetierra. Pero no puedo matarte sólo para eso. El Consejo ha votado en eso.

—Pero si me matas en un duelo, entonces nadie te va a culpar, ¿es eso?

—Eso es todo.

Me acurruqué en el suelo, abrazada a mí misma, tratando de tragar el poder de nuevo, pero no iba a ninguna parte. Richard se arrastró hasta mí, tocando mi brazo desnudo. Me aparté de él como si su contacto me hubiera quemado, porque yo quería, lo quería de una manera tan cruda y primitiva que hizo mi cuerpo herido.

—No me toques, por favor.

—¿Cómo te deshiciste de él la última vez?

—El sexo o la violencia, la Munin me deja después de tener sexo o la violencia.

O la curación, pensé. A pesar de que había sido el sexo, también, en cierto modo.

El poder de Padma cabalgó sobre nosotros como un tanque, un tanque disparó con una banda de rodadura. Los dos gritamos, y Jean-Claude gritó con nosotros. Sangre derramada de su boca en un torrente rojo, y yo sabía lo que había hecho Padma. Había sentido que trató de hacerlo a mí. Había empujado en su poder, Jean-Claude y lo abrió, algo estalló dentro de él.

Jean-Claude cayó de rodillas, la sangre salpicando su camisa blanca. Yo estaba en mis pies sin pensar, de pie entre Padma y Jean-Claude. El poder de quemado a lo largo de mi piel. Mi enojo alimentado como si realmente fuera una bestia.

—¡Fuera de mi camino, humano!, o te mato, y luego a tu maestro.

Era como estar dentro de un muro invisible de fuego y el dolor de estar tan cerca de Padma ahora. Se había debilitado Richard, luego yo, hay que

hacer algo para las marcas. Sin nosotros, Jean-Claude podía ganar.

Dejé de luchar contra la energía dentro de mí. Me abracé, se lo di, y se desbordó de mi boca en una carcajada que levantó mi vello en los brazos. No era mi risa. Era una risa que nunca había pensado conocer de este lado del infierno.

Padma me agarró, con una mano en cada brazo, me levantaba de mis pies.

—Yo tengo derecho a matarte si interfieren con un duelo.

Le di un beso, un cepillo suave de los labios.

Él se asustó por un segundo, sólo se congeló, y luego me besó de nuevo, bloqueó los brazos detrás de mi espalda, siempre con los pies colgando fuera de la tierra. Alzó su rostro lo suficiente como para decir:

—Incluso si me coges aquí y ahora, no vas a salvarlo.

Esa risa se derramó de los labios, y sentí una oscuridad llenar los ojos. El frío, la parte blanca de mí, donde no había nada, estático y el silencio, el lugar donde murieron, abrió dentro de mi cabeza, y Raina lo llenó. Me acordé de la sensación de tener el corazón de Nathaniel en mis manos, en el momento que me di cuenta que podía matarlo, quería matarlo, más de lo que quería curarlo. Mucho más fácil de matar.

Cerré mis brazos alrededor del cuello de Padma y lo besó en la boca. Metí el poder en él como una espada. Su cuerpo se puso rígido, los brazos se abrieron, pero yo lo estaba sosteniendo ahora. Su corazón era liso y pesado. Se golpeaba contra el poder como un pez en una red. Me aplastó el poder a su alrededor. Cayó de rodillas y gritaba en mi boca. La sangre fluyó en un chorro caliente, llenando la boca con la punta salada y caliente de la misma.

Manos tiraron de mí, tratando de arrancarme lejos de Padma. Me aferraba a él, las piernas alrededor de su cintura, brazos alrededor de su cuello.

—¡Atrás o le rompen el corazón, atrás ahora!

Tomás cayó de rodillas al lado de nosotros, la sangre corría por su barbilla.

—Nos vas a matar y Gideon.

Yo no quería matarlos. El poder comenzó a deslizarse lejos, enterrado en el lamento.

—No —dije en voz alta.

Di de comer a la fuerza en mi ira, mi indignación. El Munin hinchado y

me llenó. Apreté el corazón de Padma suavemente, lentamente.

Puse mi cara contra su mejilla y le susurré:

—¿Por qué no estás luchando, Señor de las Bestias? ¿Dónde están los grandes, la quema, tu poder?

No hubo respuesta, pero su respiración era dificultosa.

Le apreté un poco más.

Se quedó sin aliento.

—Podríamos morir juntos —dijo con voz húmeda con su propia sangre.

Froté la mejilla contra su cara. La sangre de sus labios manchados a lo largo de nuestra piel.

Yo siempre había sabido que la sangre encendía a lo licántropos pero nunca había apreciado plenamente el recurso de casación. No fue tanto el sentir de la sangre como el olor de la misma. Caliente, dulce, de plano no metálico, y debajo, el olor del miedo. Estaba tan asustado. Podía olerlo, sentirlo.

Levanté la espalda de él lo suficiente para ver su rostro. Era una máscara de sangre. Una parte de mí estaba horrorizada. Una parte de mí tenía ganas de lamer, limpiar como un gato con un tazón de crema. En lugar de eso di a su corazón un poco más de compresión y observé el flujo de sangre más rápidamente de su boca.

Su poder construido en una colada caliente.

—¡Te mataré antes de morir, lupa!

Yo lo tenía y sentí que su poder empezaba a construir, aún débil, pero suficiente para hacer el trabajo.

—¿Todavía eres un hindú bueno? —le pregunté.

Sus ojos mostraban confusión.

—¿Cómo un mal karma cuánto ha acumulado este giro de la rueda?

Me dio una lamida rápida sobre la boca y tenía que poner la frente contra él y cerrar los ojos para no hacer lo el Munin quería. Raina ¿Qué habría hecho si hubiera estado aquí?

—¿Sería suficiente castigo para sus malas acciones en la próxima reencarnación, Padma?

¿Cuántas vidas se necesitarían para equilibrar esta vez?

Me aparté lo suficiente para ver su rostro. He tenido suficiente de control, no de nuevo para limpiar su cara con mi lengua. Mirando a los ojos, sabía que tenía razón. Le temía a la muerte y lo que vendría después.

—¿Qué harías para salvarte a ti mismo, Padma? ¿Qué le darías, a quién

le darías? —susurré.

—Cualquier cosa —susurró a su vez.

—¿Cualquier persona? —le pregunté.

Él sólo me miró.

Jean-Claude estaba sentado, en brazos de Richard.

—Todavía es un duelo hasta que uno esté muerto. Está dentro de nuestro derecho a insistir en acabar esto.

—¿Estás tan ansioso por morir? —dijo el Viajero—. La muerte de uno es la muerte de todos.

Se puso de pie por encima de nosotros y un poco atrás, como si él no quería estar estrechamente asociada con nosotros. Demasiado sangriento, demasiado primitivo, también mortal.

—Esa es una pregunta para Padma, yo no voy a responder —dijo Jean-Claude.

—¿Cuál es tu precio? —preguntó Padma.

—No hay pena más por la muerte de Oliver. Perdió un duelo, es tan simple como eso.

Jean-Claude tosió, y más sangre salpicada de sus labios.

—De acuerdo —dijo Padma.

—De acuerdo —dijo el Viajero.

—Yo nunca quería muertos a causa de la muerte de Muevetierra —dijo Yvette—. De acuerdo.

—Muevetierra ganó su muerte. De acuerdo —dijo Asher.

Jean-Claude tendió la mano a mí.

—Ven, *ma petite*. Tenemos nuestra seguridad.

Sacudí la cabeza, por un beso en la frente de Padma, dulce, casta.

—Le prometí a Sylvie que todos los que violaron iban a morir.

El cuerpo de Padma se sacudió bruscamente, reacción en el último.

—La mujer puede tener su venganza, pero no mi hijo.

—¿Está de acuerdo, Viajero? ¿Eres el amo de Liv? ¿Renuncias a ella tan fácilmente?

—¿Me matarías si me niego? —preguntó.

—Le di mi palabra, a Sylvie —dije.

Y yo sabía que significaba algo para ellos.

—Entonces, Liv es tuya para hacer lo que mejor le parezca.

—Maestro —dijo.

—Silencio —dijo el Viajero.

—Mira, Liv, son sólo monstruos.

Miró a la cara sangrienta Padma y el miedo, vi llenar sus ojos como el agua que vierte en un vaso. Le vi mirar a la cara y ver el vacío. No, porque la primera vez que le quería matar. No por venganza, o seguridad, o incluso mi palabra, pero sólo porque he podido. Porque en alguna parte oscura de mí sería un placer para aplastar su corazón y ver derramar sangre oscura. Me hubiera gustado echarle la culpa a Munin Raina, pero yo no estaba segura. Tal vez era sólo yo. Tal vez siempre había sido. Infierno, quizás fue uno de los muchachos. Yo no sabía y no me importaba. Dejé que el pensamiento llenara mi cara y ojos. Dejé a Padma ver, y el miedo llenó su cara, sus ojos, porque él lo entendió.

—Quiero a Fernando —dije en voz baja.

—Él es mi hijo.

—Alguien debe morir por sus crímenes, Padma. Yo preferiría que fuera él, pero si no me lo das, entonces yo te llevo en su lugar.

—No —dijo Yvette—. Hemos sido más que generosos. Permitiéndote matar a un miembro del Consejo y quedes impune. Hemos devuelto a su traidor y nuestro juguete nuevo. No debemos nada más.

Miré a Padma pero hablé para los oídos del Viajero.

—Si se acababa de insultar a los vampiros de esta ciudad, entonces sería más y usted no nos debe nada. Pero somos lukoi y no vampiros. Llamó a nuestra Geri a su mano y vino. Trató de romperla, y cuando no se inclinó la torturó. Usted torturó para que supiera que no le daría la lukoi. La deshonró sin razón, solo porque puede. Lo hizo porque no esperaba represalias. El Señor de las Bestias pensó que estaba por debajo de nuestro paquete de aviso. Peones en un juego más grande.

Me lancé hacia su corazón, porque si no lo hubiera matado la Munin. Metí el poder profundo en él. Lo empujé duro y rápido, hasta que gritó. Gideon y Thomas hicieron eco del grito.

Padma se derrumbó hacia atrás en el piso conmigo, montado en su cuerpo.

Yo me levanté, las palmas de mis manos sobre el pecho, las piernas a horcajadas de su cuerpo.

—Somos el Rokke Thronos, la gente de Rokke Thronos, no son peones de nadie.

Fernando se arrodilló justo fuera del círculo.

—Padre —dijo.

—Su vida o la tuya, Padma. Su vida o la tuya.

Padma cerró los ojos y me susurró:

—Él.

—¡Padre, no me puedes entregar a ella, para ellos!

—Tu palabra de honor que es la nuestra para castigar como mejor nos parezca, hasta la muerte —le dije.

Padma asintió.

—Mi palabra.

Damián, Jason y Rafael de repente aparecieron alrededor de Fernando. Extendió su mano a su padre.

—Yo soy tu hijo.

Padma no lo miró. Incluso cuando me arrastré fuera de él, estaba acurrucado en su lado más alejado de Fernando.

Me limpié la sangre de mi barbilla con la palma de mi mano. El Munin se iba, agotando. Tendría sabor de la sangre en todo el camino. Me di la vuelta a mi lado y vomité. La sangre no mejora la segunda vez.

Jean-Claude se acercó a mí y me fui a él. En el momento que se acercó su mano fría tocó la mía me sentí mejor. No mucho, pero algo. La mano de Richard me tocó la cara suavemente. Dejé caer en el círculo de sus brazos. Jean-Claude parecía ganar fuerza sólo de mi tacto. Se incorporó un poco más erguido.

Le eché un vistazo para encontrar a Gideon y Thomas haciendo lo mismo con Padma. Sangre derramada de todos ellos, pero sólo los ojos de Padma seguía obsesionado por el miedo. Le empujé al borde del abismo. Empujé a los dos. Había sido criada católica y yo no estaba segura de que había suficientes Ave María en el mundo para cubrir lo que me estaba pasando últimamente.



# CINCUENTA Y DOS

Fernando trató luchar, pero fue superado en fuerza y número. Lo ataron con cadenas de plata y lo amordazaron. La última fue a detener su constante mendicidad. No podía creer que su padre lo había traicionado.

Liv no luchó. Ella parecía tener casi resignación. Lo que más le sorprendió fue el hecho de que yo no maté a los dos donde se encontraban. Pero yo tenía otros planes para ellos. Habían insultado a la manada. Sería la justicia de la manada. Eso era una especie de actividad de grupo. Tal vez habría que invitar a los hombres-rata y tienen un trato de especies cruzadas.

Cuando se los llevaron, un silencio tan profundo y amplio llenó la habitación tronaba en los oídos. Yvette entró en ese silencio. Estaba sonriente y agradable, fresca y hermosa en la sangre de Jason y nuestro poder mezclado.

—Jean-Claude aún debe responder por sus vías traidoras —dijo.

—¿Qué estás diciendo? —dijo el Viajero.

—Mi maestro, *Morte d 'Amour*, le ha acusado de tratar de iniciar algún consejo en este país. Un consejo que roba nuestro poder y nos hacen títeres risibles.

El Viajero saludó a la basura.

—Jean-Claude es culpable de muchas cosas, pero que no es uno de ellos.

Yvette sonrió, y la sonrisa era suficiente. Iba a decir algo malo.

—¿Qué dices, Padma? Si es un traidor, entonces se puede ejecutar por ello. Puede ser un ejemplo para todos los que se atreverían a usurpar el poder del Consejo.

Padma todavía estaba en el suelo, acunado en los brazos de sus dos criados. Todavía no se sentía demasiado bien. Miró a nuestro pequeño grupo. Todavía estábamos acurrucados en el suelo, también. Los seis de nosotros no van a bailar esta noche. La mirada de Padma lo dijo todo. Le humillaba, asustado el infierno fuera de él, y lo obligó a renunciar a su único hijo a una muerte segura. Él sonrió, y no era bonita.

—Si ellos son traidores, entonces ellos deben ser castigados.

—Padma —dijo el Viajero—, sabes que esto es falso.

—Yo no he dicho que son traidores, Viajero. Le dije que si eran traidores. Si son traidores, entonces ellos deben ser castigados. Incluso debes estar de acuerdo con eso.

—Pero ellos no son traidores —dijo el Viajero.

—Yo uso del proxy de mi amo para llamar a un voto —dijo Yvette—. Creo que sé lo que tres de los votos serán.

Asher llegó cerca de Jean-Claude y nosotros.

—No son traidores, Yvette. Decir eso es una mentira.

—Las mentiras hacen muy interesantes las cosas. ¿No te parece… Harry?

Ella le tendió la mano como si se tratara de una señal y Harry el camarero se unió a ella. Yo no creo que pueda ser sorprendida más esta noche. Yo estaba equivocada.

—Veo que sabes de Harry —dijo Yvette.

—La policía te está buscando, Harry —dije.

—Lo sé —dijo.

Por lo menos tenía problemas para cumplir con mis ojos. ¿No me hace sentir mucho mejor?, pero un poco.

—Yo sabía que Harry era uno de su línea —dijo Jean-Claude—, pero él

es realmente uno de los suyos.

—*Oui*.

—¿Cuál es el significado de esto, Yvette? —dijo el Viajero.

—Harry ha filtrado la información horrible a los fanáticos que matarían a los monstruos.

—¿Por qué? —preguntó el Viajero.

—Exactamente esa era mi pregunta —dije.

—Mi maestro tiene miedo del cambio, como muchos de los antiguos. Haciéndonos legales es el cambio más radical con el que hemos sido amenazados. Él teme. Él quiere que se detenga.

—Al igual que Oliver —dije.

—Exactamente.

—Pero los asesinatos de vampiros se detuvieron —le dije—. En todo caso, en vista de las antesalas pro-vampiro es un impulso.

—Pero ahora —dijo—, tendremos nuestra venganza, una venganza tan sangrienta y terrible que a su vez, es todo el mundo contra nosotros.

—No se puede hacer esto —dijo el Viajero.

—Padma me ha dado la clave. El Maestro de la ciudad es débil, su vinculación a sus siervos aún más débiles. Sería fácil matarlos ahora si alguien los desafía.

—Tú —dijo el Viajero—, podrías desafiar a Jean-Claude, pero nunca podrías ser dueña de la ciudad, Yvette. Nunca tendrás la fuerza suficiente para ser un vampiro maestro. El poder de tu señor ha intentado elevarte por encima de tu estación.

—Es verdad que nunca voy a ser un maestro, pero no es un maestro de aquí, que odia a Jean-Claude y su criado. Asher.

Ella dijo que su nombre como se planeó.

La miró, pero parecía asustado. Lo que pensaba, él no sabía nada de él. Él miró a Jean-Claude.

—¿Quieres matarlo mientras él es demasiado débil para luchar?

—Sí —dijo.

—No —dijo Asher—, no quiero, el lugar de Jean-Claude, no como está. Derrotarle en un duelo ahora es una cosa, pero es… Traición.

—Pensé que lo odiabas —dijo Yvette.

—Sí, pero el honor significa algo para mí.

—¿Lo sugieres pero supongo que no a mí? —Ella se encogió de hombros—. Tienes razón. Si yo pudiera ser el amo de esta ciudad, yo lo

haría. Pero podría vivir mil años y nunca voy a ser un maestro. Pero no es el honor que te detiene. Es ella. —Ella me señaló—. Debe haber una alquimia que no veo, Anita. Hechizas a cada vampiro que viene cerca de ti y cada *cambiaformas*.

—Has tenido un gran gusto y no pareces demasiado tomada de mí —le dije.

—Mi gusto a las cosas aún más exótica que tú, animadora.

—Si Asher no toma la ciudad como el Maestro, entonces no puedes controlar los vampiros de la ciudad. No puedes obligarlos a hacer algún acto terrible a los seres humanos —dijo el Viajero.

—Yo no confiaba en el odio de Asher para hacer nuestro plan de trabajo. Habría sido útil tener el control del vampiro de la ciudad, pero no es necesario. La carnicería ya ha comenzado —dijo Yvette.

Estábamos todos en silencio, mirando fijamente, pensando todos nosotros una cosa. Lo dije en voz alta.

—¿Qué quieres decir, que ya ha empezado?

—Diles, Warrick —dijo.

Sacudió la cabeza.

Ella suspiró.

—Bien, les diré. Warrick fue un guerrero santo antes de que lo encontrara. Podría llamar el fuego de Dios a sus manos, ¿no?

No quiso mirar a cualquiera de nosotros. Se quedó allí, enorme en un blanco brillante, la cabeza gacha, como un niño que ha sido descubierto.

—Para establecer los incendios en Nueva Orleáns y San Francisco, y aquí. ¿Por qué no en Boston? —le pregunté.

—Te dije que comenzó a sentirse más fuerte cuanto más se alejó de nuestro maestro común.

En Boston todavía era débil. No fue hasta Nueva Orleans, que sentí volver la gracia de Dios para mí por primera vez en casi mil años. Yo estaba borracho en él en un principio. Yo me sentí profundamente avergonzado porque quemé un edificio. Yo no quería, pero me sentí tan maravilloso, tan puro.

—Le cogieron en ello —dijo Yvette—. Yo le dije hacerlo en otros lugares, en todas partes. Yo le dije que matara gente, pero incluso la tortura no le haría eso.

Levantó la vista entonces.

—Me aseguré de que nadie resultó herido.

—Eres un pyrokinetic —dije.

Él frunció el ceño.

—Me dieron un regalo de Dios. Era el primer signo de su favor para volver a mí. Antes, creo que temía al fuego sagrado. Temía que me destruyera. Pero no tengo miedo de mi propia destrucción ahora. Ella quiere yo uso los dones de Dios para el mal. Ella quería quemar su estadio con todas las personas dentro de esta noche.

—Warrick, ¿qué has hecho? —dije.

—Nada —susurró.

Yvette escuchó. Fue de repente a nuestro lado, las faldas blancas con movimientos de balanceo. Lo agarró del mentón y le obligó a mirarla.

—El punto de todo a la quema de los otros edificios iba a dejar un rastro de pruebas que culminará en el sacrificio de esta noche. Holocausto poco a nuestro maestro. Se quemará el estadio como lo habíamos planeado.

Sacudió la cabeza, con ojos azules, pero no asustados.

Ella le golpeó con fuerza suficiente para salir un recuadro rojo en la mejilla.

—Santo bastardo. Responde al mismo maestro que respondo. Te pudren la piel de tus huesos por esto.

Warrick se quedó muy recto. Se le podía ver la preparación para la tormenta por venir. Se puso de pie brillante y blanco y se veía como un guerrero santo. Había una paz en su cara que era hermosa de ver.

El poder de Yvette se lanzó hacia delante. Pero Warrick se quedó intacto, puro. No pasó nada. Yvette se dirigió a todos nosotros.

—¿Quién le está ayudando, quién le está protegiendo de mí?

Me di cuenta de lo que estaba sucediendo.

—Nadie está ayudándolo, Yvette —dije—. Él es un vampiro maestro y no puedes hacerle daño más.

—¿De qué estás hablando? Él es mío. Mío a hacer lo que me parezca. Él siempre ha sido mío.

—Ya no —le dije.

Warrick sonrió y se beatificó.

—Dios me ha librado de ti, Yvette. Finalmente, ha perdonado a mi caída en desgracia. Mi loco amor por tu carne blanca me llevó al infierno. Yo soy libre de ella. Yo soy libre de ti.

—No —dijo—. ¡No!

—Parece que nuestro hermano era miembro del Consejo de limitar los

poderes de Warrick —dijo el Viajero—. Como él te da el poder, Yvette, estaba evitando el de Warrick.

—Esto no es posible —dijo—. Vamos a quemar esta ciudad a la tierra y el crédito por ella. Les vamos a demostrar que son monstruos.

—No, Yvette —dijo Warrick—. No.

—Yo no te necesito para esto —dijo—. Puedo ser monstruo suficiente. Estoy segura de que hay un periodista en algún lugar que pueda aceptar. Voy a la pudrición por delante de sus cámaras, sobre él. No voy a fallar a nuestros maestros. Seré el monstruo que quieren. Los monstruos que realmente somos. —Le tendió la mano a Harry—. Ven, vamos a encontrar a las víctimas en lugares muy públicos.

—No podemos permitir esto —dijo el Viajero.

—No —dijo Padma.

Se puso de pie con la ayuda de Gideon y Thomas.

—No podemos permitir esto.

—No —dijo Warrick—, no podemos permitir que ella tiente a nadie más. Es suficiente.

—No, no es suficiente. Nunca será suficiente. Voy a encontrar a alguien para tomar tu lugar a mi lado, Warrick. Puedo hacer otro como tú. Alguien que me servirá para siempre.

Sacudió la cabeza lentamente.

—No puedo permitir que robes el alma de otro hombre en mi lugar. No voy a rescatar a otro hombre en el infierno de tu abrazo.

—Pensé que le temías al infierno —dijo Yvette—. Siglos de creer que vas a morir asado en castigo por tus crímenes. —Ella hizo un mohín de él, exagerando su voz—. Siglos de escuchar quejarse acerca de tu pureza y tú caída en desgracia, y el castigo que esperabas.

—Ya no temo mi castigo, Yvette.

—Debido a que crees que has sido perdonado —dijo.

Sacudió la cabeza.

—Sólo Dios sabe si estoy verdaderamente perdonado, pero sí he de ser castigado, entonces habré ganado. Como que todos tenemos. No puedo permitir que pongas otro en mi lugar.

Ella vino a él, arrastrando los dedos a través de su túnica blanca. Lo perdí de vista en su espalda ancha, y cuando volvió en torno a ella se estaba pudriendo. Se arrastraba en descomposición las manos por su traje blanco y dejando globos verdes, senderos viscoso como una babosa obscena. Se

rieron de él con el rostro cubierto de llagas.

Richard susurró:

—¿Qué está pasando con ella?

—Pasando de Yvette —dije.

—Volverás a Francia conmigo. Tendrás que continuar sirviéndome a pesar de que eres un maestro ahora. Si alguien quiere hacer un sacrificio, es usted, Warrick.

—No, no —dijo—. Si yo fuera verdaderamente fuerte y digno de la gracia de Dios, entonces tal vez yo regreso con ustedes, pero yo no soy tan fuerte.

Le rodeó con sus brazos podridos por la cintura y le sonrió. Su cuerpo fue corriendo a la ruina, fugas de fluidos oscuros sobre su vestido blanco. Su cabello claro se estaba secando ante nuestros ojos, convirtiéndolo en paja arrugada.

—Entonces, me besas, Warrick, por última vez. Tengo que encontrar a tu reemplazo antes del amanecer.

Ella le rodeó con sus brazos el vestido blanco, abrazando contra su cuerpo alto.

—No, Yvette, no. —Él la miró y no había algo parecido a la ternura de su rostro—. Perdóname —dijo.

Tenía las manos por delante de él.

Fuego azul surgió de sus manos, un extraño color pálido, más pálido aún que la llama de gas.

Yvette volvió la cara podrida para mirar hacia abajo en el fuego.

—No te atreverías —dijo.

Warrick cerró sus brazos. Su vestido que atrapado en primer lugar. Ella gritó:

—¡No seas estúpido, Warrick! ¡Suéltame!

Se mantuvo, y cuando el fuego alcanzó su carne se fue como si hubiese sido rociado con kerosene. Se quemó con una luz azul. Ella gritó y luchó, pero estuvo pegada en su pecho. Ella ni siquiera pudo vencer a las llamas con las manos.

El fuego bañó a Warrick en un halo de color azul, pero no se quemó. Se quedó allí amarillo y blanco, rodeado de fuego azul, y él se parecía a un santo. Algo sagrado y maravilloso y terrible a la vista. Se quedó allí brillante y Yvette comenzó a oscurecer y convertirse en cáscara en sus brazos. Nos sonrió.

—Dios no me ha abandonado. Sólo mi miedo me mantenía en esclavo de ella todos estos años.

Yvette trenzada en sus brazos, trató de huir, pero él la abrazó con fuerza. Se dejó caer de rodillas, inclinando la cabeza mientras ella luchó contra él. Se quemó, su piel cayendo de sus huesos, y ella gritó. El hedor de la quema de pelo y carne cocinada llenó la sala, pero casi no había humo, sólo la construcción de calor. Permitió a cada uno de los movimientos de ellos.

Por último, gracias a Dios, Yvette dejó de moverse, dejó de gritar.

Creo que Warrick estaba orando, mientras ella gritaba y se retorcía y se quemaba. Las llamas azules rugieron casi hasta el techo, pero cambió de color. Se convirtieron en puro amarillo y naranja, el color de la llama ordinaria.

Me acordé de la historia de McKinnon, de cómo el pirómano se había quemado una vez que el fuego cambió de color.

—Warrick, Warrick, déjalo ir. Te quemarás con ella.

La voz de Warrick llegó por última vez.

—No le temo a los brazos de Dios. Exige sacrificio, pero él es misericordioso.

Nunca gritó. El fuego comenzó a comer en él, pero él nunca hizo un sonido. En ese silencio se oyó una voz diferente. Unos gritos agudos, bajo y sin palabras, sin piedad, sin esperanza.

Yvette seguía viva.

Finalmente, alguien preguntó si había un extintor de incendios. Jason dijo:

—No, no lo hay.

Le miré a través de la habitación y se encontró con mi mirada. Nos miramos uno a otro y yo sabía que él sabía exactamente dónde estaba el extintor de incendios.

Jean-Claude, cuya mano aún sostenía, sabía dónde estaba. Caray, yo sabía dónde estaba. Ninguno de nosotros se fue corriendo. Los dejamos quemar. Dejamos a los dos quemar. Warrick se hubiera salvado si hubiera podido, pero Yvette quemada, bebé, quemada.



# CINCUENTA Y TRES

El consejo fue a casa. Hemos tenido la palabra de dos miembros que no seríamos molestados.

Yo no estaba segura de confiar en ellos, pero fue lo mejor que se va a conseguir. Richard y yo nos reunimos regularmente con Jean-Claude, para aprender a controlar las marcas. Todavía no puedo controlar el Munin, pero estoy trabajando en ello, y Richard me está ayudando.

Estamos tratando de ser menos desagradables. Se ha ido fuera del estado para el resto del verano para terminar el trabajo en su grado de maestría en biología sobrenatural. Difícil trabajar en las marcas a esa gran distancia.

Él se acercó a la manada para las candidatas locales a ser posible lupa. No sé cómo me siento por eso. Ni siquiera estoy segura de que si iba a perder a Richard. Es el alfa, el lukoi. Siempre se puede encontrar otro novio, una nueva familia, especialmente una así de extraña, es un regalo

poco común. Todos los hombres-leopardo han llegado a bordo de mi carro, incluso Elizabeth. Sorpresa, sorpresa. Los leopardos me llaman su Nimir-Ra, la reina de leopardos.

Yo y Tarzán, ¿eh?

Le entregué a Sylvie a Fernando y Liv. Aparte de unas pocas piezas que Sylvie conservará como recuerdo, los dos son desaparecidos.

Nathaniel quería vivir conmigo. Estoy pagando su apartamento. Parece perdido sin alguien para organizar su vida. Zane, se recuperó de sus heridas de bala, dice que Nathaniel necesita un maestro o una maestra, que es lo que el S& M multitud llama a un animal doméstico. El término significa alguien que es un escalón por debajo de esclavo, alguien que no puede funcionar solo. Yo nunca había oído hablar de tal cosa, pero parece ser cierto, al menos para Nathaniel. No, yo no sé lo que voy a hacer con él.

Stephen y Vivian son pareja. A decir verdad, yo había comenzado a asumir que Stephen le gustan los chicos. Muestra cómo lo sé.

Asher tiene su estancia en San Luis. Aquí, curiosamente, él está entre amigos. Él y Jean-Claude recuerdan las cosas que yo sólo había leído en los libros de historia o visto en películas. Sugerí a Asher ver a un cirujano plástico. Me informó que las quemaduras no pueden ser curadas, ya que fueron causadas por un objeto sagrado. Dije, ¿qué duele preguntar? Cuando llegó ante la idea chocante que la tecnología moderna podría ser capaz de hacer algo por su propio cuerpo maravilloso, no podía, preguntó. Los médicos están esperanzados.

Jean-Claude y yo bautizamos la bañera en mi nueva casa. Velas blancas brillantes en todas partes, la luz que brillaba sobre su pecho desnudo. Los pétalos de dos docenas de rosas rojas flotando en la superficie del agua. Eso es lo que vino hacer en casa una mañana a las 3 a.m.

Hemos jugado hasta el amanecer, cuando me acomodé en mi cama. Me quedé con él hasta que el calor dejó su cuerpo y mis nervios se rompieron.

Richard es el correcto. No puedo darme por completo a Jean-Claude. No puedo dejar de pensarlo. Yo realmente no puedo compartir una cama. Él es, no importa qué bonito, es un muerto viviente. Sigo rehuyendo de todo lo que me recuerda demasiado fuerte este hecho, como el consumo de la sangre y la temperatura del cuerpo baja. Jean-Claude ciertamente tiene las llaves de mi libido, pero mi corazón… ¿Puede un cadáver ambulante tener las llaves a mi corazón? No. Sí. Quizás. ¿Cómo diablos voy a saberlo?